Los días que no existieron



Daniel Ramírez

ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

Nota del autor

Notas

Créditos

LOS DÍAS QUE NO EXISTIERON

Daniel Ramírez



Para Teresa, Lucas y Sofía,
el ruido de la alegría

Matar a un hombre no es defender una idea; es matar a un hombre.

SÉBASTIEN CASTELLION

Pon a desfilar a un muchacho, hazle marchar con música, dale un fusil... y tendrás un asesino.

LEV TOLSTÓI

I

Hay algunas luces que se piensan. Todas se miran, entran por los ojos, pero algunas también se piensan. Julia se ha parado en mitad de la calle a pensar en una luz amarilla que chisporrotea tras el cristal de un escaparate abandonado. Julia está sudando, llorando y, además, llueve. Ha salido de casa cuando ha sentido que no podía controlar los pensamientos. Se han sublevado y ellos la controlan a ella. Si trata de atrapar un recuerdo oscuro para hacerlo desaparecer, lo parte en dos recuerdos oscuros. Su cabeza es un vaso de miedo a punto de desbordarse.

El ruido del corazón es la gasolina del pánico que la atenaza. Qué difícil es definir el pánico. Qué difícil, también, definir el miedo. Julia suele pensar mucho en eso. Qué difícil definir esos miedos invisibles que se nos cuelan por alguna parte, por alguno de los dedos de los pies, y nos van anulando sin piedad. Percute el corazón de Julia en todos los lugares donde la biología dice que no está. En la sien, en las muñecas, en el cuello. Julia aprieta sobre las palpitaciones para intentar frenarlas, pero se le escapan como se le escapaban los renacuajos en el río. Si aprieta en el cuello, el corazón le golpea en las muñecas. Si aprieta en las muñecas, recibe el puñetazo en el cuello. Al irse de casa, había en su cabeza un pitido largo y agudo. Tenía la sensación de que algo iba a explotar. Ha bajado las escaleras corriendo tras tener esa sensación inexplicable de final inminente.

Aquí, en esta acera estrecha, se percibe algo más segura. Está sola, pero no está sola. Aunque son más de las doce, hay gente alrededor. Un repartidor, un taxista, una pareja, la fiesta que asoma por un balcón. Julia los mira a los ojos. Se promete que ellos, de vez en cuando, también tienen miedo. Como en un credo, se reza a sí misma que esas risas serán suyas en algún momento. Es raro, es absurdo, pero esas otras vidas le dan seguridad. La vida del otro es la confirmación de la vida de uno mismo. Poco a poco, mirando la luz amarilla, va domando la respiración. La bombilla donde nace esa luz está dentro de una vieja librería que todavía tiene la puerta abierta. Julia ha pasado por aquí mil veces y sabe que es un lugar casi siempre abierto, con una pila de enciclopedias que, desde primavera, sostiene la puerta y la deja así, de par en par. Suele vislumbrar a un hombre mayor, de unos ochenta años, embutido en un mono azul, como los de la construcción. Julia no lo ha visto esta noche. Detenida al otro lado de la calle, mira esa luz amarilla que salpica la oscuridad como un bote de pintura derramado en el aire.

Hace un rato, a la luz blanca del lavabo, veía una franja morada amurallando sus ojos. También el rojo en los pómulos de tanto apretar la cara contra la almohada. En esa luz blanca veía, además, la última discusión con su padre, el día que lo dejó con Iván, el rostro de su abuelo; un cuerpo muerto y la sangre coloreando la acera con naturalidad, como un río abriéndose paso. Ese remolino de imágenes la suele doblar. Su padre, Iván, el abuelo, la sangre... Y se quiebra como una figura de mármol que cae al suelo.

Quizá sea el contraste de las luces. Ahora que mira la bombilla amarilla suplica estar lejos mucho tiempo de ese chorro de luz blanca, como de mesa de autopsia, que también baña las reuniones del periódico. La semana pasada, Alfonso Rivas, su director, dijo que la felicidad es una mierda. Lo dijo cuando Julia desmigó las claves de

su reportaje: la historia de la familia Álvarez-Pina, que es muy rica y ha comprado un pueblo de Madrid para construir casas y dar hogar a unos cuantos sintecho. «¡A quién cojones le importa la felicidad de alguien! Esto es un periódico, no una hoja parroquial», gritó Rivas.

El Universal es el segundo diario más leído del país. Como todos los de su competencia, afronta una crisis brutal. Muy pocos pagan por leer periódicos. No es que el reportaje de Julia fuera malo, cualquier otro día hubiera pasado el filtro, pero ese viernes no era un viernes cualquiera. Alfonso Rivas había recibido un toque de atención de los Velázquez, los dueños de la empresa, y se veía en el alero. Su forma de reaccionar, como es habitual en él, consistió en extender el terror entre sus subordinados. Desde el primer subdirector hasta el último becario. Los responsables de las secciones entonaron la queja de siempre, que no tienen tiempo, que publican demasiado y que no hay manera de encontrar esas «grandes historias» que les exigen.

Rivas sonrió. Se había quitado la americana y se había aflojado el nudo de la corbata. «¡Tú, Mendieta! —le gritó a Julia—. Mendieta y Ferrándiz se quedan, todos los demás fuera. Las exclusivas ya no sirven de nada. Publicamos una y a los dos minutos está en todos los periódicos. Quiero una gran historia que le cambie a la gente la manera de pensar. Ya no hay excusas. Quiero que tú, Mendieta, busques esa gran historia y que no vuelvas a la redacción hasta que la hayas encontrado. ¡Como si tardas tres meses! ¿Entendido, Ferrándiz? ¿Entendido, Mendieta?».

Julia se seca los ojos porque le escuecen. Es más el sudor que la lluvia. Intenta concentrarse en la luz amarilla. No quiere acordarse del periódico, no quiere acordarse del portazo que le dio a su padre en las narices, no quiere imaginar en sus manos los barquillos que le daba su abuelo cuando subía de la playa por la rampa de los relojes.

Ha llegado el momento de parar. Se va a ir unos días a casa, a San Sebastián. Antes de ponerse a buscar esa «gran historia que nos cambie la manera de pensar», va a intentar sosegarse. Va a abrazar a su madre. Quizá incluso le pida ayuda. No sabe qué le pasa. Si el trabajo es mucho y el estrés se dispara, colapsa. Si el ritmo desciende y se obliga a frenar, le invade el vacío. Es la misma sensación de aquella mañana en la desembocadura del río. Daba igual hacia dónde nadara: el agua la llevaba hacia las rocas. Gritaba y creía que no la oían, pero la oyeron. Ahora, pese a su obsesiva discreción, necesita que la oigan.

Sí, ya lo ha decidido. Mañana por la mañana llamará a Ferrándiz, su jefe, y le dirá la verdad: «Necesito parar, Alfredo». Alfredo Ferrándiz es un hombre alto, rechoncho y de cara colorada. Tiene mucho pronto, es colérico, pero se le tiene como el poli bueno de la redacción. Lo llaman —a sus espaldas— «Lopintan». No es tan fiero el león... Posee los escrúpulos de los que carece Rivas.

«Venga, Julia, vuelve a la buhardilla. Ya está. Todo está bien», se dice cuando, al fin, retira la mirada de la luz amarilla y la derrama por las azoteas. Le gusta este lugar. Lavapiés tiene sus líos, sus historias, su tráfico de drogas a ojos de cualquiera, las visitas constantes de la policía, su bullicio en mil idiomas, las tiendas de artefactos raros, ese olor a curri y a té, los bares alegres y apretados. Le gusta.

Triángulos de colores cruzan de fachada a fachada la calle en la que está. Es una calle vieja y estrecha, como tantas del barrio, como algunas de las que más le gustan de San Sebastián. Respira hondo, se recoge el pelo y se hace una coleta.

—¡Oiga! ¡Oiga! ¿Qué hace usted ahí? Me está molestando.

—¿Disculpe?

—Lo que oye, que me está molestando. —El librero del bigote y el mono azul se ha asomado por la puerta de la librería. Se ha quitado la gorra de capitán de barco que llevaba puesta y acompaña con ella sus aspavientos—. Veinte minutos pasmada mirando el escaparate. Y no me gusta que me miren. ¿Le parezco un mono de feria?

—Justo iba a entrar ahora, pero creía que estaba cerrado —se le ocurre responder a Julia, pensando que la va a despachar sin miramientos.

—¿Cerrado? ¿Usted está bien de la chota? Si pensaba que estaba cerrado, ¿cómo narices creía al mismo tiempo que podía entrar? —El librero ha salido del local y alza la voz desde el borde de la acera.

—Bueno, ya me iba. —Julia, como sacada de su ensimismamiento a golpe de grito, siente una repentina vergüenza. Se percata de que incluso algunos vecinos se han asomado a los balcones para ver quién discute y por qué.

—No, no, ahora pase usted, que, si no, menuda pérdida de tiempo. Adelante. ¿Qué quiere? —El librero se derrumba en un butacón tras el mostrador.

—Déjeme pensar... —Julia trata de ubicarse. Ve el rostro del hombre solamente a medias por culpa de los libros que abarrotan la mesa. Apenas distingue la gorra y sus ojos, que son como dos luciérnagas—. ¿No hay más luz? No veo nada... —Tropieza y derriba un montón de ejemplares que estaban apilados en el suelo.

—Me va a salir usted cara. —El librero, de mala gana, aprieta un interruptor y se enciende una luz más potente que es también amarilla. Julia abre algunos libros al azar. La luz amarilla, las páginas amarillas. Se siente de pronto en el centro de una postal vieja y arrugada.

—Gracias. Es una sorpresa que la librería esté abierta.

—Abro cuando me da la gana.

—En este barrio, todo el mundo hace lo que le da la gana. —Julia cree que él no se fía de ella. Y piensa que es lógico. Se ve reflejada en un espejo vertical que cuelga de una de las paredes. Una camiseta blanca de pijama, el chándal, las deportivas, toda empapada, las doce y media de la noche—. Este, ¿qué vale?

—Bastante. Cien euros o ciento y pico. —El librero se lo quita de la mano y se pone unas gafas que solo constan de la montura central y los cristales. Acaricia la portada y pasa las páginas. Es como si fuera a comprarlo en lugar de a venderlo—. Primera edición, tiene usted buen ojo.

—¿Y este?

—Sesenta. También es una primera edición, aunque algo más reciente.

—¿Y aquel de allí?

—Ciento veinte.

—Vale. —Julia no puede evitar un suspiro.

—Ya lo creo que lo vale. Oiga, es que está usted cogiendo primeras ediciones.

—¿Podría indicarme cuáles no son primeras ediciones?

—Señorita, ¡esto no está ordenado así! ¡Esto no funciona así!

—¿Y cómo está ordenado? —La pregunta de Julia es sincera, inocente, pero el librero se subleva. Pega un bufido y vuelve a sentarse en el butacón tras el mostrador. En ese instante, Julia comprende que la librería... no está ordenada.

—Siempre es lo mismo. Tocar para no comprar; tocar para no comprar.

—Yo sí quiero comprar.

—Pues céntrese en esa mesa. —El librero señala un estante con un cartel que indica: UN LIBRO, TRES EUROS. DOS LIBROS, CINCO EUROS. Son libros viejos, es cierto, pero no tanto como los demás. Serán, calcula

Julia, de la época de sus padres, de los ochenta. Revuelve, pero no encuentra ninguno demasiado atractivo.

—¿Y si me aconseja alguno? Venga, me llevo el que me recomiende.

—Voy a ver... —El hombre se levanta a regañadientes. Ha cambiado levemente la expresión. Se acerca y empieza a revolver él también. Lo hace a conciencia. Se detiene y mira a Julia. La mira de arriba abajo.

—Disculpe, ¿pasa algo?

—Coño, cuente, deme algún dato. No le voy a recomendar lo mismo si es usted veterinaria que jugadora de baloncesto. No voy a elegir lo mismo si usted lee poesía o ensayo. —El librero, que sigue hablando de manera altiva, ha rebajado un poco el tono. Sí, Julia se da cuenta. Lo que quería era que le preguntaran. Pero no por el precio, sino por la literatura.

—Soy periodista...

—¿Y cómo se atreve a entrar aquí? ¡No dejan ustedes de faltar el respeto al diccionario! ¿Ve todos esos periódicos de ahí? —Señala un montón de diarios viejos, algunos rotos—. Fascismo, comunismo, monarquías absolutas, dictaduras... ¡Lo peor de los hombres y lo mejor de las letras! La democracia ha arruinado el periodismo. ¿Dónde trabaja usted?

—En *El Universal*.

—Me lo temía. —El librero niega con la cabeza y se aleja de la mesa en la que ha buscado un libro para ella.

—Pero, por ser periodista, ¿no me va a dejar comprar nada?

—No soy una persona tan consecuente. Anda, tome. Guarde, guarde eso —le dice cuando ella hace amago de sacar la cartera que no lleva encima—. Este libro, para los periodistas, debería estar

sufragado por la Seguridad Social. —Julia lee en la portada *«Eichmann en Jerusalén,* Hannah Arendt».

—¿Y por qué nos hace tanta falta?

—¡La banalización del mal! Mire detrás, en la contracubierta, ahí lo pone: «Un estudio sobre la banalización del mal». Todos los días, erre que erre, banalizan ustedes el mal en cada una de sus páginas. Y lo peor de todo: con faltas de ortografía.

—Es usted... muy amable. —Julia se muerde los labios tras pronunciar la frase. Ha creído notar en alguna parte de su estómago la tentación de contestar con un exabrupto, fruto de ese carácter tan duro que tiene, según las verdades ancestrales de su madre. El silencio le parece una buena señal. Se siente mucho menos indefensa que cuando ha salido de casa, pero le duele la cabeza y quiere marcharse, así que calla.

—Si lo lee, vuelva. Adiós.

—Muchas gracias. ¡Hasta pronto! —Julia, ahora sí, sonríe. Quiere darle a entender que no la ha intimidado.

—¡«Hasta pronto»!, ¡dice que hasta pronto! ¡Ja!

El librero, cuyo nombre Julia no ha preguntado, se ríe a carcajadas mientras abre una caja y empieza a colocar ejemplares en una estantería desnuda.

II

Llueve en San Sebastián. De niña, Julia odiaba los días nublados de junio, julio y agosto. Eran los ladrones de sus aventuras en la playa, de la posibilidad de levantar el castillo de arena más grande de todos los tiempos. Desde que se fue a vivir a Madrid, estas nubes le encantan. En cinco horas de tren, ha cambiado casi treinta grados por veinte; el sol por el *txirimiri,* esa lluvia que no impide, que refresca. «¿Tú sabes por qué la llaman también calabobos? ¡Mírate! Estás empapada», le decía su madre cuando llegaba a casa del colegio después de haberse negado a llevar paraguas. Abre el bolso y se pone la sudadera. Una sudadera amarilla que tiene desde los diecisiete. ¡Cuánto tiempo se ha quitado de encima! Estornuda. Debe de ser la noche de ayer bajo la tormenta. «¡Venir a Donosti y resfriarme en Madrid!».

Las ciudades pequeñas, ha aprendido Julia, son duras. Nunca ha creído en ese estereotipo de «la calidad de vida». Hay gente que no está. Hay gente que ha cambiado. Hay relaciones que se han torcido. A Julia le pesan las amistades resquebrajadas. Lo mismo da un ex, una amiga que dejó de serlo por ningún motivo aparente o la panadera que le regalaba colines cuando niña y que acabó por retirarle el saludo.

De todo eso se acuerda Julia cuando vuelve. No sucede con frecuencia y procura que sean viajes relámpago. Ha llegado con la

intención de quedarse cuatro o cinco días, cosa que no ocurre desde las Navidades de hace ocho años. Piensa en los mismos nombres cada vez que recorre los mismos lugares. Con los brazos en la barandilla del puente y la vista en la playa de Gros, se acuerda de su abuelo. Siempre su *aitona*. Y esos pescadores a los que aprendió a mirar. Julia echa de menos a su abuelo como a nadie más. Fue el primero que faltó. A sus otros tres abuelos no los conoció. La primera muerte de su vida. No pudo despedirse. No se atrevió siquiera a entrar en el tanatorio. No le importó que la tanatopraxia, ese día aprendió la palabra, hubiera «quedado estupenda». Julia nunca vio a su abuelo muerto. Julia odia ver a los muertos.

De camino a La Concha, le entra el hambre. No ha comido nada desde el desayuno. Está convencida de que ahora tiene hambre porque está paseando por el lugar de la merienda: los barquillos, el helado... Al abuelo le gustaban tanto los helados que se los compraba hasta en invierno. Los *aitas* le echaban la bronca, pero ya era tarde. Lo piensa con una sonrisa de oreja a oreja, sentada en un banco de los jardines de Alderdi Eder. Julia sabe que hay un banco blanco entre dos árboles en el que una no se moja si se coloca en la esquina. Eso no ha cambiado y tiene pinta de que no cambiará nunca. En momentos de inseguridad, le gusta sentarse ahí. Le insufla la sensación de lo inalterable. En esa esquina, puede incluso pensar en su abuelo y en su padre sin que se le agite la respiración. El suelo, de cuadros rojos y blancos, está algo desteñido. Está así desde siempre, pero como lo ve muy de vez en cuando, tiene la sensación de que los colores se van diluyendo. Se mira los pies. Cuánto le han crecido los pies. Su abuelo le enseñó a jugar al ajedrez en estos recuadros y cree recordar que sus zapatos encajaban como si fueran fichas. Mira ahora las esculturas. Esos leones. «Ya te morderá la vida, Julieta, ya te morderá, pero a ti no

hay quien te pare», le decía el abuelo cuando intentaba convencerla para volver a casa si llovía. Cuando llovía como hoy. ¿Y las plantas? ¿Serán las mismas que entonces? Julia no sabe nada de plantas. ¿Murieron también?

Se levanta con el atardecer. Le ha dicho a su madre que llegará a cenar. Si no tuviera la maleta, iría andando. El camino a su casa es alegre al principio, cuando la carretera asciende y la playa es todavía grande a la vista. Coge un taxi. Le pide al conductor que frene antes de adentrarse del todo en la montaña. Solo desde ahí se ve esa cortina de agua grisácea que envuelve la ciudad como si fuera papel de celofán. Después llegan a Ayete y a su jardín; uno de esos jardines que tanto han gustado a los reyes. Por último, ya en una zona de nueva construcción, aparece la oscuridad: enormes chalés y una luz naranja. Insuficiente. La luz naranja no es igual que la amarilla. La luz naranja es la de las persecuciones de las películas. Julia, que solía volver a casa andando tras la discoteca para ahorrarse el taxi, tenía miedo y ese tramo lo hacía corriendo. Nunca le pasó nada, pero, de noche, en los últimos años, ha vuelto a correr al acercarse a esa zona. Todas estas cosas las va pensando con la cara apretada contra la ventanilla del coche. Le gusta el frío del vidrio cuando los recuerdos son tan intensos.

Esteban y María, los padres de Julia, viven en un adosado. Empezaron a construirlo cuando ella era niña y vivían alquilados en un piso de la parte vieja. Lo hicieron con la herencia de los abuelos maternos. Lo abordaron bien y en el momento justo, eso dice siempre Esteban, porque las crisis ni siquiera acechaban y España afrontaba lo que luego se descubrió como una «burbuja inmobiliaria».

Julia no tiene llaves. Tiene que tocar el timbre, pero antes, tras comprobar que no hay nadie en el porche ni asomado a la ventana,

se para un rato a mirar el jardín. Llegaron y solo había césped. Ahora, desde que su padre se jubiló, todo se ha llenado de flores. Recuerda que, de niña, al poco de instalarse, se cogió un cabreo tremendo porque supo que sus padres no habían previsto construir una piscina. «¡Nos cabe! ¡Nos cabe! ¡He visto dos casas muy cerca que sí que tienen!», les dijo durante semanas, quizá meses. Julia vuelve a sonreír como sonreía esa niña. De una manera muy parecida a cuando lo ha hecho en el banco de Alderdi Eder. Algunos recuerdos, sobre todo los que no duelen, jamás cambian. El resto, vuelve a pensar en el *aitona,* sí que lo hacen: mutan como las enfermedades que acaban matando.

—Pero ¡qué haces ahí! Te estás empapando, Julieta. Bajo a abrirte. —Su padre se ha asomado a la ventana desde arriba, desde el dormitorio. A Julia le cuesta reaccionar un par de segundos. Vuelve a sonreír, aunque de manera distinta, y alza la mano para responder al saludo. Se maldice por esa duda involuntaria.

María abre la puerta y se acerca a la verja para cogerle la maleta. Ya dentro, le pega un achuchón: «Jamás llevarás paraguas, ¿eh?». Hace tres años le regaló uno por su cumpleaños. Está en Madrid, en el mismo cajón donde lo puso entonces, aunque le dijo a su madre que era fantástico y que lo usaba mucho. Se acerca a su padre que, tras un amago de duda, coloca una mano sobre el hombro de Julia y le da dos besos. Julia también ha dudado. Siempre dudan los dos. «¿Me dais cinco minutos? Voy al baño, dejo las cosas arriba y bajo».

Todavía cuelgan de las paredes los pósteres de los grupos que le gustaban en el instituto: Sum-41 y Blink-182. Su abuelo decía que parecían fórmulas matemáticas. Julia, tiempo después, pensó que aquellos dos grupos tenían, ciertamente, una fórmula matemática bien diseñada. Todas sus canciones eran muy parecidas. Todas la llevaban, dando saltos, a vivir siempre en verano. La ventana da al

jardín. Abre la mochila y deja en la mesilla el cargador del móvil y el libro que llegó a sus manos anoche. Lo ha empezado en el tren. A ratos le ha resultado denso. Una densidad que la ha obligado a pensar. Hannah Arendt, judía, desmenuza el juicio a Eichmann, que tuvo lugar en Jerusalén a principios de los sesenta. A Julia el tema ni le va ni le viene. Es un libro que jamás habría escogido pero, pasadas las cien páginas, ha terminado por engancharla. Le parece un libro repleto de esquinas, de razonamientos inesperados: «¿Una judía que dice que el juicio a un criminal nazi no fue justo? ¡Con un par!». Ha tomado algunas notas, empujada por un ansia de revancha. A ver qué cara pone el librero. Julia no soporta que la traten como si fuera idiota. Y el librero lo hizo.

Abre la maleta y la deja en el suelo, junto al armario. Ya lo ordenará luego. Está la puerta abierta. Escucha a sus padres, que hablan en voz baja, aunque no acierta a comprender qué dicen. También lo hacían cuando vivía en casa. Lo hicieron muchísimo cuando murió el abuelo. Sentada en la taza del váter, se mira al espejo. Alcanza a ver su cara de barbilla para arriba. La luz de este baño es todavía más blanca que la de su casa. «Menudas ojeras. Seguro que tengo que explicarlas antes del postre».

Esteban y María se han colocado cada uno a un lado de la mesa; Julia en el centro. Hay piparras «de las que no pican», revuelto de champiñones y un poco de ensalada. También tarta de manzana, su preferida, con un papel de plástico transparente que la cubre. «Ya has visto que no he preparado nada, que ya sé que, si no, te enfadas», le dice su madre mientras le acaricia el hombro. Julia piensa que su padre tiene muchas más canas que la última vez. Creyó que, al jubilarse, iba a envejecer más despacio, pero no.

—Bueno, ¿qué te cuentas? ¿Cómo van las cosas por el periódico? —Esteban sirve la ensalada en los tres platos—. ¿Un poco de

revuelto, Julia, o no te gusta mezclar?

—Bien, bien, todo está bien. Mucho trabajo, pero contenta. La verdad es que necesitaba unos días para desconectar. —Julia odia cuando se sorprende a sí misma enlazando una frase hecha detrás de otra.

—Bueno, *maitia,* tú a tu aire. Ya sabes que no hay ningún compromiso. No he avisado a los tíos de que ibas a venir. ¿Qué tal en el piso? —Su madre nunca lo llama buhardilla—. ¿Fuiste a ver alguno más?

—Qué va, *ama,* ya se me pasó. Estuve agobiada el año pasado, pero estoy bien en la buhardilla. Es acogedora, barata y cabe todo lo que necesito.

—No será por dinero, ¿no? —pregunta Esteban—. Ya sabes que podemos echarte un cable si lo necesitas. Y recuerda que tienes en el banco lo que te dejó el abuelo.

—No, no, de verdad. Estoy bien. Y vosotros, ¿cómo estáis? ¿Cómo van las cosas en el curro, *ama?* Y tú, ¿algún proyecto nuevo, como cuando te dio por la jardinería? —Julia mira a su padre cuando él no la mira. *¿Ha sacado el tema del aitona de manera intencionada?Pero si es él quien nunca quiere hablar de eso*.

—El cambio de sede ha ido a mejor, ya te conté por teléfono. Estamos más en el centro y eso trae clientes. —María trabaja en una agencia de viajes—. Por lo demás, sin mucha novedad. Ahora que estamos cerca del verano hay mucha luna de miel, mucha familia que busca algún chollo en la costa, cruceros...

—No hables de la jardinería en pasado, Julieta, que sigo con ello. Y seguiré. ¿No has visto cómo está el jardín? Voy combinando. Estoy buscando algunas flores adecuadas para el verano. También estoy leyendo más: novela negra, que me engancha y me lleva la cabeza a otra parte. Estoy saliendo con unos amigos a andar en bici un par de

días por semana. No puedo quejarme. —Esteban apura la fuente de las piparras tras negar su mujer y su hija el ofrecimiento—. No pican, ¿eh?

—Qué bueno está el revuelto, *ama*.

—¿Y tú, hija? ¿Seguro que estás bien? Menudas ojeras. —Julia lo sabía, aunque pensaba que la pregunta iba a llegar más tarde—. ¿Seguro que no ha pasado nada en el trabajo?

—Sí. Ha pasado. Me han dado vía libre varios meses para que busque un reportaje gordo. —Lo suelta y ve la cara de asombro de su padre, que esperaba, igual que su madre, otra frase hecha, pero Julia se ha vuelto a sorprender a sí misma.

—¿Y por qué es una mala noticia? —pregunta Esteban.

Julia suspira, pero corrige el gesto porque su madre le lanza una mirada inquisitiva. María tiene razón. Esteban no tiene por qué saber que es una novedad de doble filo. Quizá tampoco lo sepa María, pero sí ha notado que a Julia le pesa mucho el encargo.

—Voy a poder trabajar con más calma. Incluso podré disfrutarlo, pero estoy en un momento delicado. Quieren «una gran historia» —lo dice con retintín— y no se me ocurre ninguna. Siempre quieren grandes historias, pero ahora de verdad.

—Ese Rivas... Vaya mala leche tiene. Lo vi el otro día en la tele, en una tertulia. Le preguntaron por esa noticia del ERE y la caída de lectores y suscriptores. Cómo se puso el tío. Pensé que iba a llegar a las manos con uno de *El Adelanto* que había en el plató.

—Pues sí, tiene muy mala hostia. Y que el periódico no vaya bien le tiene todavía más cabreado —apostilla Julia.

—Bueno, cariño, aquí has venido a descansar. Sé que no es fácil, pero intenta no pensar en eso. Proponte limpiar la cabeza y ponerte en marcha cuando estés camino de Madrid. Llevas mucho tiempo sin

parar. Las ideas llegan con la cabeza descansada. Ya lo verás. Oye, ahora un poco de tarta y ya recogeremos mañana.

—*Ama*... —Julia había olvidado la tarta de manzana, que está en un extremo de la mesa. Mira la tarta y le asalta una tristeza aún mayor que cuando mira a los ojos de su madre, que la han rescatado tanto tiempo y de tantas cosas. La tarta le dispara a algún lugar de la tripa, muy dentro—. Jode, me sabe fatal, pero es que... —Se lleva la mano al estómago—. Te prometo que no puedo.

—Venga, la dejamos todos sin probar. Mañana nos la desayunamos los tres —dice Esteban.

—Tranquilos, id vosotros a ver la peli, que yo recojo y luego me voy a dormir.

—Anda, tira para arriba, qué vas a recoger tú, hija. Cualquier cosa que necesites, avisa. Veré una peli con tu madre, como cuando éramos novios. —Esteban se acerca y coge por la cintura a María. Julia sonríe—. Venga, Julieta, a dormir.

III

A Julia le gusta pasear por el barrio viejo cuando hace fresco, como esta mañana. Sobre todo, en junio, porque no hay tantos turistas como en julio y agosto. Si no llueve, alarga la excursión hasta la fortaleza del monte Urgull. Es un camino que ha descubierto sola, de mayor. De niña, el castillo estaba «muy lejos» y «después de subir, había que bajar». Sopla el viento y, si hay silencio, puede escucharse al mar mordiendo las rocas. Hace unos años abrieron un bar. «Como si Donosti no tuviera ya suficientes», pensó Julia al verlo. Siempre le tuvo tirria a ese lugar hasta que, un día, le entraron ganas de ir al baño y no hubo otro cerca.

A Julia, estando aquí, en el monte, apoyada en la barandilla de piedra, con el mar abajo, le parece increíble que un sitio así coincida en el tiempo y el espacio con uno como *El Universal,* con sus neuras, sus líos de poder y sus traiciones. *¿Es posible que este castillo siga aquí, bajo la lluvia, en pleno invierno, cuando yo estoy encerrada en la redacción?*

Sí, claro que es posible. Y tanto que lo es. Le suena el teléfono. Ve que es Marcos, lo silencia. Pero acaba cogiendo. Le dijo que no la llamara bajo ningún concepto en sus días de descanso. Si lo ha hecho, algo ha debido de pasar. A Julia, los de «Economía» le parecen un coñazo, pero su amigo Marcos es la excepción que confirma la regla. Es el tipo que primero conoce los cotilleos del periódico.

—¿Sabes lo que estaba pensando, Marcos?

—Sorpréndeme, porque yo sí que te voy a sorprender a ti.

—¿Cómo es posible que, existiendo el monte Urgull, exista también un periódico como el nuestro? De verdad, desde aquí parece imposible, pero me has llamado tú para sacarme de dudas.

—Julia, tienes que volver a Madrid.

—Estás de coña. ¡Acabo de llegar! Necesito descansar, Marcos. Clara tenía razón, tengo que parar. Necesito, por lo menos, tres días más. —Se frota la cara con la mano que tiene libre. Vuelve a notar en la espalda ese escalofrío ya tan familiar.

—Doy por hecho que no has leído ningún periódico.

—Os dije que no iba a leer periódicos en una semana.

—Te lo resumo: un artículo contra *El Universal* en *El Adelanto,* igual que el del otro día. Vuelven a citar «fuentes internas». Hay alguien de dentro que está cantando. Y Rivas...

—Rivas sí que estará cantando: insultos y cualquier cosa que me pueda imaginar, ¿no?

—Ni siquiera eso. Me he enterado por mi jefe de que va a haber una especie de interrogatorios.

—Venga, no me jodas.

—Voy en serio. No a todo el mundo, lógicamente. Pero no sé por qué me da que tú vas a estar entre los elegidos.

—Pero si Rivas ya sabe que estoy fuera.

—Es un presentimiento. Llama a Ferrándiz. Oye, yo no te he dicho nada. Llámale como si acabaras de leer lo de *El Adelanto*. A ver cómo reacciona. Ya verás, nos vemos mañana en Madrid. Lo siento, Julita.

—Más lo siento yo.

—Del reportaje...

—Del reportaje nada. ¡Llegué ayer!

—Venga, venga. Aprovecha para descansar lo que queda de día.

—*Agur*.

—Un abrazo, Julia.

La cobertura no es del todo buena. Julia intenta leer el artículo de *El Adelanto,* pero no puede. Así que camina aprisa hacia la ciudad. Nunca ha sabido tener paciencia para estas cosas. Quiere saber cuanto antes si tiene que regresar a Madrid. Marcos no suele equivocarse en sus pronósticos. Aunque lo niega, le encantan los líos internos de *El Universal*. Clara y ella lo tienen como el gran confabulador del diario.

Julia se disculpa tras chocarse con una pareja de montañeros. Cuando ya están a un par de metros, le escucha a uno de ellos:

—¿Ves? Estos jóvenes, siempre con el móvil.

Julia cierra los puños y decide callarse, pero se sorprende a sí misma caminando en dirección a la pareja:

—Oiga, les he pedido perdón. ¿Saben por qué estoy mirando el puto móvil? No, qué van a saber. Pues se lo voy a decir: estoy con el móvil porque no puedo darme un paseo esta mañana igual que ustedes. Vaya suerte. Que lo disfruten. —Se da la vuelta y acelera el paso.

Por fin llega la cobertura. Abre la web de *El Adelanto*. El artículo en cuestión ocupa en la portada un sitio preferencial. Junto al titular, entre paréntesis, aparece un «II». Parece que van a publicar un serial acerca de las miserias de *El Universal* y, sobre todo, de Rivas. Esta vez sí hay datos que Julia desconoce. Alguien del Gobierno, que es mucho más cercano a *El Adelanto* que a *El Universal,* ha filtrado las facturas de las comidas que mantuvo Rivas con ministros del Ejecutivo anterior: muchas copas, de vez en cuando champán; el menú casi nunca baja de los trescientos euros. Todo cuando el país intentaba salir de la crisis. *¡Como si ellos no hicieran lo mismo!* El artículo explica que Rivas se benefició de su «amistad» con el

entonces presidente para conseguir varias campañas de publicidad institucional que se tradujeron en millones de euros. El colofón del artículo dice así: «El Gobierno actual, lógicamente, ha retirado esas asignaciones, lo que ha supuesto un serio varapalo a las cuentas de *El Universal*. Su director, que no escatimó en tomar partido, ve ahora cómo su periódico afronta una crisis económica y de credibilidad». Pero lo que más ha tenido que sublevarle a Rivas, deduce Julia, es este párrafo: «Algunos redactores han mostrado en privado su apoyo a otros miembros del *staff* para que den un paso al frente y se propongan como directores a la familia Velázquez».

Julia, al contrario que Marcos, no sabe nada de los líos de la redacción. No le interesan demasiado, salvo si le afectan directamente. Ahora sí, al tanto de la noticia, marca el número de Ferrándiz, su jefe. Piensa en llamar desde un bar, con un *pintxo* en la mesa. Porque tiene hambre. Pero cambia de opinión rápidamente. Sabe que va a gritar. Sabe que algunos saben que trabaja en *El Universal*. Ocurre desde que va, casi semanalmente, a una tertulia en uno de los canales más vistos. Rivas quiere que sus redactores estén en los platós para que el diario gane visibilidad. A Julia, como reportera, le toca un programa de sucesos. No le gusta, pero le pagan bien y es una orden del director. Ahí se acabó el anonimato. No es que la paren por la calle, pero de vez en cuando nota algunas miradas. San Sebastián, además, es muy pequeño. Baja a la playa de La Concha por las escaleras más próximas al hotel Londres. Ahora sí, llama a Ferrándiz. Se pone la capucha de la sudadera para protegerse del viento.

—¿Buenas noticias? —responde su redactor jefe—. Para darte malas noticias iba a llamarte yo dentro de un rato.

—He visto el artículo de *El Adelanto*. Imagino que se ha montado un buen pollo. Quiero saber si eso afecta a lo mío, si Rivas ha

mencionado mi reportaje.

—¿Ya tenemos reportaje en marcha?

A Julia le gusta la ironía de Ferrándiz, pero le pone nerviosa cuando la tensión es alta. Siempre ha creído que es su mecanismo de defensa para sobrevivir a un puesto como el suyo: la interlocución directa con el director día tras día, la presión... Un buen redactor jefe, al fin y al cabo, es también quien para los golpes sin que sus subordinados se enteren.

—No, no hay nada en marcha. Por eso temo que Rivas, que ahora está caliente, explote y me pida cuentas dentro de unos días.

—Julia, Rivas te va a pedir cuentas, pero sobre otro tema. Es esto lo que quiero contarte. —El sentido del humor de Ferrándiz se ha esfumado. Julia apenas ha escuchado ese tono oscuro en boca de su jefe. Lo asocia a los días de los despidos y a los problemas personales que ha habido en la sección a lo largo de los últimos años: enfermedades o muertes de familiares, por ejemplo—. Tienes que estar en Madrid mañana.

—Tengo que volver, entonces, esta tarde. Ni dos días, Alfredo. Ni dos días, ¡¡joder!! —Julia lleva un rato quitando y poniéndose la capucha. Vuelve a quitársela de golpe y decide dejarla en paz.

—Rivas quiere hablar contigo y con cuatro o cinco redactores más. *El Adelanto* cita «fuentes internas». Y él basa sus sospechas en dos cosas: por un lado, tienen que ser redactores lo bastante importantes como para manejar esa información; por otro, tienen que estar bien relacionados. Tú cumples los dos requisitos. —Ferrándiz suspira dejando entrever que el interrogatorio a Julia es absurdo.

—¿Bien relacionada? ¿Información importante? ¡Nunca me entero de nada! —Julia pega una patada y levanta la arena con las zapatillas.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero en la última reunión dijeron que solías coincidir en la tertulia de la tele con Adánez, el de *El Adelanto*.

—¿Dijeron? ¿Quién dijo?

—Ya sé que tú no estás en esas cosas, Julia. Rivas no es tonto, se dará cuenta en cuanto empiece a hablar contigo. Debería saberlo de antemano, pero está sufriendo muchas presiones. Su imagen está cayendo en picado. Intenta entenderlo.

Ferrándiz, igual que Julia, aunque con más fuerza debido a los años que llevan trabajando juntos, admira a Rivas y suele defenderlo casi siempre. Es una admiración exclusivamente periodística, como la de la mayoría, porque luego también critica su falta de escrúpulos.

—¿Quién lo dijo?

—¿Quién dijo qué?

—¡¿Quién me señaló en la reunión, Alfredo?!

—No perdamos tiempo en gilipolleces. Oye, tengo que colgar, que el periódico se sigue publicando todos los días.

—Ha sido Cáceres. Seguro que ha sido él. Siempre está igual. Me tiene cruzada y lo sabes.

—Julia, ahora no puedo hablar.

—Ya sé que es tu amigo, pero es un hijo de p...

Ferrándiz ha colgado. Ocurre cuando aparece el nombre de Cáceres. El jefe de «Política» no le perdona a Julia que, siendo becaria, cuando le ofrecieron quedarse en el periódico, pidiera el cambio a «Reportajes», una sección menos influyente y peor pagada. Cáceres, en ese sentido, es un tipo muy clásico: no concibe que, pudiendo elegir, alguien prefiera trabajar en otra sección que no sea la suya.

Julia nota cómo le arden los mofletes. Se imagina roja de ira. Se mete en la página de Renfe para comprar el billete de vuelta. No quedan: «Tren completo». «¡Joder!», grita. Tendrá que volver en

autobús. Como las vías no son de alta velocidad, uno y otro trayecto castigan casi con la misma duración, pero a Julia le gusta el tren porque puede ir leyendo. No se marea. El ensayo de Hannah Arendt ha cogido ritmo. Cada vez toma más notas. Quizá vaya mañana a ver al librero.

Hoy sí regresa a casa caminando. No tiene maletas. ¡La maleta! La ha deshecho esta mañana y va a tener que rehacerla después de comer. Piensa en sus padres. Aunque anoche le dijeron que no habían preparado nada, sabe que sí lo han hecho. Esta mañana, abrió la nevera antes de salir y se la encontró llena. Con mucho lujo, mucho capricho. No era la nevera de un matrimonio. También, en el garaje, cuando bajó a por una caja de leche que le pidió su madre, vio que su padre le había inflado las ruedas de la bicicleta. Está segura de que el objetivo era dar un paseo juntos. Un día de estos, Julia está segura, iban a ir a comer al Atari, su restaurante favorito. Sus padres son detallistas. Esto es solo lo previsible. *Debe de haber mucho más*. Julia lo piensa mientras camina cuesta arriba. Lleva una buena sudada. Después de Urgull, ahora toca la vuelta a casa. Va viendo el mar justo desde la perspectiva contraria. La barandilla blanca ya se ha disuelto, las copas verdes de los árboles parecen lunares y el mar se va haciendo más estático, como si alguien lo estuviera encerrando en un cuadro.

Julia odia perder el tiempo. Una de sus mayores virtudes, le dijo Clara una vez, no es simplemente esa, sino que se da cuenta de cuándo ella se lo hace perder a los demás y procura evitarlo. Generalmente, con bastante éxito. Le duele que el periódico, siempre el periódico, haya tirado por la borda la ilusión de sus padres. Llevaba casi un año sin pisar San Sebastián. ¿Cómo va a decir que no en Navidad? No tendrá excusa para evitar el regreso y ahí sí tendrá que ver al resto de la familia.

Ahora los escalofríos tienen su razón de ser: el sudor se ha enfriado bajo la camiseta. Ha sudado mucho porque ni siquiera se ha quitado la sudadera. Es este un clima peliagudo: abrigado se tiene calor; en camiseta, frío. Su madre le dice: «Julia, necesitas más ropa de entretiempo». *Entretiempo* es una palabra que solo puede utilizar una madre.

Desde la verja, ve que sus padres ya han puesto la mesa. Esta vez en el porche. Estando solos, nunca comen fuera. Supone más trabajo. En cambio, cuando Julia vuelve a casa, lo hacen incluso si la temperatura no acompaña.

—¡Hola, corazón! —grita María desde dentro.

—Ya verás qué comida tan rica, Julieta —añade su padre.

Julia no quiere decirles que se va. En realidad, no quiere irse, pero su autobús sale dentro de tres horas. También le cabrea sobremanera... tener que comer cabreada. Nada hay más incómodo para el cabreado que compartir mesa con gente alegre.

—Muchas gracias por la comida, tiene muy buena pinta. —Julia se sienta en una silla verde de plástico, y deja el bolso en el suelo, a su derecha. Su padre la mira extrañado.

—Oye, oye, que no hay prisa. Puedes entrar a dejar las cosas.

Esteban sonríe de oreja a oreja. Julia se da cuenta de que sonríe de veras. Apenas ha estado con él entre ayer y hoy, pero la cena y el desayuno le han bastado para percibir que la jubilación le ha sentado muy bien. Tiene mucho mérito, piensa Julia, porque disponer de más tiempo libre puede resultar peligroso. Más cuando el dolor sigue tiñendo de negro casi todos los recuerdos.

—Sí, *aita,* sí hay prisa... Me tengo que ir en un rato. ¿Podrías llevarme al autobús?

Esteban bebe sidra en un vaso. Se atraganta, pero carraspea a tiempo y evita la engorrosa invasión de la tos. Julia nunca le pide

que la lleve. Cuando ha ido con prisa a la estación, ha preferido coger un taxi.

—¡María! Vente. Yo saco el pescado del horno. Julia se tiene que ir. —Esteban alza la voz para que su mujer, en la cocina, pueda escucharlo.

—Calma, calma. Si no, picamos un poco... ¡y lo que sobre para la noche! —María asoma la cabeza por la terraza. Esteban, al escucharla, se levanta y va a la cocina.

—Hay un lío tremendo en el periódico —dice Julia cuando sus padres regresan y colocan las fuentes de comida en la mesa: ensalada y lubina con patatas panaderas—. Por eso tengo que marcharme.

—Lo de *El Adelanto,* ¿no?

A Julia la enternece lo puestos que están sus padres en el devenir de los medios en España. Generalmente, políticos y periodistas viven en una burbuja. En esa burbuja, por voluntad propia, también se encuentran sus padres. Siempre la ha conmovido, porque lleva siendo así desde que entró como becaria en *El Universal* hace casi diez años. Nunca les ha preguntado a sus compañeros si sus padres leen el periódico de arriba abajo todos los días... y también los de la competencia.

La conversación, encerrada en los lugares comunes, avanza como los soldados por un campo minado. En los titubeos de sus padres, en esa duda que se extiende igual que el aceite por los platos bajo el pescado, Julia intuye que llevaban mucho tiempo preparándose para sobrevivir sin rasguños a su visita, tocara cuando tocara. Desde su llegada, actúan con un guion aprendido. Ahora que el viaje a Madrid lo ha trastocado todo, es como si tuvieran que hablar en un idioma desconocido. Hablan como caminaban aquel día en que intentaron una excursión juntos y se perdieron en el monte. María

tiene más facilidad que Esteban. Ella procura solventar rápido y de manera superficial las dudas que les genera el interrogatorio de Rivas, las cosas del periódico. Él contesta con monosílabos y acude continuamente a la comida. A las espinas, al punto de la sal, a lo tiernas que están las patatas. María quiere que Julia coma algo. Porque apenas está comiendo. Y se lo dice. Julia, como sus padres, también va sobreviviendo a la conversación, al tiempo juntos. Pero sabe que algo no va a ir bien. Es un augurio del que no puede librarse, una escritura sagrada. Mira el reloj. Aunque no falta demasiado tiempo para que se marche, sabe que en alguna curva se va a estrellar. Para su sorpresa, es una frase de su madre la que comienza a zarandearla:

—Por nosotros no te preocupes, Juli, lo primero es lo primero.

Es lo mismo que le dijo Clara hace unos días al verla así: «Tranquila, Ju, si tienes que parar, pues paras. Lo primero es lo primero». Pero Julia ya ha decidido volver a Madrid y es consciente de que ha vuelto a colocar primero lo que la destruye poco a poco con tal de no enfrentar lo que, seguro, la destruiría de golpe. Asume, mientras mastica un trozo de pescado con desgana, que no es capaz de mirar a los ojos de esa criatura negra que está ahí agazapada desde lo del abuelo.

—¿Tienes en la cabeza algún tema? No sé, política, educación, deporte... —Esteban lanza la pregunta y Julia sabe que lo hace para alejar la conversación de ese «lo primero es lo primero» que la ha enmudecido.

—No, nada.

—Intenta que no sea peligroso... Todavía me acuerdo de aquella noche que pasaste con un narco en Marbella. Menos mal que la detención fue fácil. Imagínate que hubiera habido un tiroteo o algo así —continúa Esteban de manera distraída.

—Pero fue un buen reportaje. Ojalá tuviera ahora algo así entre manos. Lo peor es que necesito una historia mejor.

—También habrá buenas historias que no sean peligrosas, Julia —dice su madre.

—¿Vamos a empezar otra vez con esto? ¿Con lo del peligro? Joder.

—Julia, baja la voz. No son formas. Tu madre solo te ha dicho lo que piensa. Y yo pienso lo mismo. —Esteban apoya los codos sobre la mesa y entrelaza las manos. Mira fijamente a su hija.

—Está claro que los dos pensáis lo mismo sobre el peligro y sus riesgos.

—¿Qué quieres decir con eso? —Su padre también levanta la voz, pero Julia no contesta—. Oye, te estoy hablando: ¿qué quieres decir con eso?

—Esteban, déjalo... —interviene María.

—No, no. Es que siempre acaba llevando ahí la conversación.

—¿Llevándola adónde? ¿A ese lugar del que llevas huyendo veinte años? —Julia se quita la servilleta de las rodillas y la tira al suelo. Hace amago de levantarse.

—¡Julia! ¡No te lo permito! —Esteban da un puñetazo en la mesa. María levanta la cabeza y mira a derecha e izquierda. Los vecinos también están comiendo en el jardín.

—¿También hacía el *aitona* algo peligroso cuando lo mataron? Es eso, ¿no? Os parece que asumió un riesgo que no debía.

Al escuchar las palabras de Julia, Esteban se levanta y pega una patada a la silla. Abre la verja, da un portazo y se marcha.

IV

Otra vez la luz amarilla. Inconscientemente, como si eso hubiera sido lo que la salvó en la noche del pánico, ha bajado a mirarla de nuevo. Piensa en los adoquines de la calle como si fueran trozos de madera que van y vienen en este mar de luz amarilla. Se ha metido en un bar frente a la librería y ha pedido una cerveza. Ha respirado hondo al ver la bombilla encendida. Necesita una conversación que la saque del pensamiento circular sobre la bronca con su padre. Van apareciendo en su cabeza detalles del encontronazo hasta que el recuerdo termina con el ruido de la puerta contra la verja. Lo ve levantarse, dar una patada a la silla y luego el portazo. Cree que el librero puede rescatarla de ese ensimismamiento. Ya lo hizo la otra madrugada y su desesperación era mucho mayor.

Junto al posavasos, el libro de Arendt. No lo ha terminado, no ha alcanzado siquiera la mitad, pero ha subrayado y ha tomado algunas notas. Para intentar engañar al librero, ha colocado algunos pósits en esa segunda parte que no ha leído. Repasa algunos conceptos, pero no se concentra. Además de la imagen de su padre, se le aparece la risa irónica de Rivas. Le repatea que le jodiera el descanso en San Sebastián para nada. Llegó asustada, temblorosa, llamó «Rivas» en lugar de «Alfonso» a su director para aparentar seguridad y, cuando quiso pronunciar el discurso que había ensayado en el autobús, él le dijo: «Frena, frena, ya sé que no has sido tú».

Rivas quería pedirle algo. «Mendieta, defiéndeme en la tele. Necesito tiempo». Eso fue exactamente lo que le dijo. Se quedó bloqueada. Con esa suficiencia tan característica suya, satisfecho de haber provocado en su redactora la sensación que buscaba, añadió casi deletreando las palabras: «Los de *El Adelanto* y el Gobierno quieren joderme porque estoy a punto de publicar algo». Y no dijo más, pero la miró a los ojos dándole a entender que eso no podía salir del despacho: «Ale, ve a la redacción y di a todo el que te pregunte que soy un hijo de puta. Se lo creerán. ¿No es lo que pensáis todos?».

A Julia no se le da del todo mal mentir. Concibe que es una herramienta de trabajo. Mentir para salvaguardar la verdad que luego se va a escribir. Pero no sabe mentir a quienes la conocen tan bien: su madre, Ferrándiz, Marcos, Clara... Así que salió casi huyendo de la redacción, diciendo a sus amigos que creía tener una pista para su reportaje. Lo más difícil fue sortear a Clara, porque los del departamento de Diseño están muy cerca de la puerta. Apareció cantarina, pequeña, con su media melena rubia, cortada casi igual que la media melena morena de Julia. Les dicen que parecen mellizas. «Clara, ya te contaré, de verdad». Y se fue.

Julia le pide la cuenta al camarero porque no para de pensar. No tiene hambre, no se ha comido ni una sola de las patatas fritas que le han puesto en un cuenco junto al posavasos. Es obsesiva. De ahí nacen sus éxitos profesionales y sus derivas personales. Esa incapacidad para dejar de pensar en algo la empuja, como si fuera una corriente eléctrica, a solventar un reportaje complejo en tres o cuatro días. Cuando se sentó a escribir lo de los narcos, ya controlaba el nombre de los clanes, su procedencia, sus miembros, sus rutas... Pero piensa en su padre, en su abuelo... Y se ahoga. De hecho, se atraganta con el último sorbo de la cerveza. El gas se le

sube por la nariz y escapa por los ojos en forma de lágrimas. De las obsesiones de Julia, al final, nace un reportaje o sangra una herida.

Ya está frente a la librería. No acierta a discernir qué pone en el tablón de madera granate que un día funcionó como letrero de otra tienda. El librero, con su mono azul y su gorra de capitán de barco, está sentado en el butacón. Tiene en las manos lo que parecen postales antiguas. Las deja en la mesa y le pide con la mano que entre. Es un gesto rotundo. Es el gesto de un capitán de barco.

—Otra vez tiene usted los ojos llorosos.

—Esta vez no... Me he atragantado con la cerveza. —Julia titubea, sorprendida por un saludo tan invasivo.

—Entonces, el otro día sí eran lágrimas. —Sonríe el librero satisfecho de su hallazgo.

—Oiga, ¿y a usted qué le importa? —Julia no puede contenerse. Inmediatamente, se arrepiente de su brusquedad, pero el librero, tras una mueca de sorpresa, sonríe en señal de aprobación—. He venido porque me dijo que regresara. —Saca del bolso el libro de Arendt recordándole la conversación de la otra noche.

—Déjeme ver, déjeme. —El librero arrebata a Julia el ejemplar de la mano, se coloca esas gafas de montura gruesa y comienza a examinar los subrayados. Al cabo de un par de minutos, levanta la cabeza y sonríe. Sonríe demasiado. Placenteramente—. Bien, bien... No lo ha terminado, pero ha leído por encima de mis expectativas.

—¿No le han dicho que es de mala educación quitarle algo así a alguien? Tendría que haberme pedido permiso.

Julia aprovecha su resignación para atreverse y descolocar al librero, que no esperaba esa contestación. No ha habido ni un resquicio de ironía en sus palabras. También intenta leer por debajo de sus arrugas. El rostro del librero le parece uno de esos mapas montañosos que estudiaban en el colegio. «Un mapa físico», pedía

el abuelo en la librería del barrio aquellos primeros días de septiembre, cuando el colegio se aparecía como un cocodrilo debajo de la cama.

—Sí, tiene razón. Era una forma de decirle que la estaba esperando.

A Julia le desconcierta el repentino cambio de actitud de su interlocutor, que parece esconder bajo su arrogancia esos modales típicos de los mayores. El librero incluso hace una pequeña reverencia con la cabeza.

—Lo primero que tendría que hacer usted es presentarse. Que le quede clara una cosa: esto no va a ser un examen, sino una conversación.

Julia, satisfecha del efecto causado por sus últimas palabras, mantiene su dureza. También exhibiendo su atrevimiento, deja el bolso en el suelo y se sienta en una silla de madera frente al butacón. En medio, la mesa inundada de libros. Julia se siente chapoteando en el agua, sobrevivida al hundimiento de un barco, rodeada de cientos de libros que flotan.

—Me llamo Ramón. Soy librero. Estoy aquí desde hace cuarenta años. Tengo un hijo. A los hijos no les interesan los libros. Y sí, esto va a ser un examen. ¿Sabe por qué? Porque yo he leído entero el ensayo del que vamos a hablar y usted no.

—Venga, pregunte. —Pese al golpe bajo recibido, Julia intenta mantener la compostura. El otro día tuvo la sensación de haber permitido demasiado, de haber sido inocente en exceso. Coge un abrecartas de la mesa y juguetea con él.

—Ya habrá visto que la autora hizo de periodista, igual que usted. Publicó casi todo lo que ha leído en las páginas de *TheNew Yorker,* año 1963.

Ramón también toma asiento. Se echa hacia atrás y cruza los brazos sobre la tripa. Hace mucho calor. No hay siquiera un ventilador. Julia ve el sudor en el pecho del librero, que asoma encanecido por la cremallera del mono azul.

—Lo pone en la introducción. ¿Eso es una pregunta? ¿Va a ser tan fácil? —Julia decide tomarse la conversación como un juego. Quizá incluso se lo pase bien.

—¿Por qué cree que le aconsejé este libro?

—... porque Arendt no escribió lo que se esperaba de ella.

—Siga, siga. —Ramón se ríe socarronamente, acerca el butacón a la mesa, apoya los brazos en ella y sostiene la cabeza con las manos.

—Una mujer judía que va a cubrir a Jerusalén el juicio de un criminal nazi... Imagino que, socialmente, en ese momento, todavía con millones de supervivientes, ¡ella uno de ellos!, se esperaban unas crónicas de tono similar al de la Fiscalía. Su independencia fue mayor que la de los jueces. La gente en Israel se llevaría las manos a la cabeza.

—Pues claro que se llevaron las manos a la cabeza, ya verá cuando termine el libro. Pero no ha respondido a mi pregunta. —Ramón vuelve a reclinarse y se aleja de la mesa.

—Déjeme hablar, que no había terminado. Usted, tal y como me dejó claro con sus insultos el otro día...

—¿Cómo que insultos? ¡Oiga, no manipule!

—Sí, con sus insultos al periodismo. Le decía: tal y como me dejó claro, usted ve a los periodistas como Arendt veía al fiscal del juicio al nazi. Como a testigos enfermos de prejuicios. Me regaló un ensayo que consiste justo en lo contrario para darme una lección. Porque a usted le encanta dar lecciones.

—Le gusta ir al fondo de los asuntos, ¿eh, muchacha? Los viejos podemos hacer muy pocas cosas. Y los libreros de viejo, menos todavía. Una de las pocas cosas que podemos hacer es dar lecciones. Esa lección de la que habla, si es que la ha aprendido, se la ha dado Arendt, no yo. Pero no, no es una lección, sino una pregunta: ¿sería usted capaz de acercarse a un hecho tan peliagudo como ese y mirarlo con ojos limpios? —Ramón se levanta, rodea la mesa y se coloca junto a ella, ligeramente encorvado. Le clava los ojos en los ojos. Es extraño y hasta doloroso para Julia, como si sintiera las pupilas del librero revoloteando dentro de las suyas. Le atraviesa el subconsciente aquel día en el monte, cuando una abeja se le metió en el oído. Ese zumbido, esa sensación incómoda de tener un insecto dentro, como las pupilas del librero ahora. Hasta que el abuelo le echó mucha agua en la oreja, «ya verás, *maitia,* se va a ahogar y va a salir».

—¿De qué está usted hablando?

Incómoda por la cercanía de Ramón y por estar ella sentada y él de pie, también se levanta. El librero tarda varios segundos en contestar. Habrán sido cinco o diez como mucho, pero Julia tiene la sensación de haber cruzado la mirada mucho más tiempo. Es incómodo, pero aguanta... hasta que él se cansa.

—Nada, nada —responde Ramón por fin—. No veo en la tele ni leo en los diarios a periodistas capaces de eso. ¿Quién sería capaz, como Arendt, de escribir sobre los judíos colaboracionistas? ¿Quién sería capaz de decir que la solución final no fue cosa de los nazis, sino de casi todos los estratos sociales de Alemania? ¡A cualquiera que lo hiciera lo llamarían nazi! Igual que con todo lo que se escribe de nuestra guerra. De nuestra política. ¡La pregunta es qué habríamos hecho usted y yo de haber vivido en la Alemania de los años treinta! ¡Mírese en el espejo! ¡Míreme a los ojos! ¿Cuáles son

los fascismos que tenemos dentro? ¡Nadie se atreve a mirarse por dentro! El periodismo es una mierda. La humanidad es una mierda.

—¿Y la felicidad? —pregunta Julia con una media sonrisa, convencida de que ahora es ella la que escribe el guion.

—La felicidad también es una mierda.

—Se parece usted mucho a mi director. Es una frase que él dice mucho. Está usted a tiempo de ejercer el periodismo.

El golpe parece haber sido una aspirina para el librero, que se levanta y la invita a hacer un examen más amplio, de «conocimientos generales». No hay afabilidad en él, pero sí una voluntad de estirar la conversación por senderos aparentemente anodinos. Eso es lo que necesita Julia, senderos anodinos, y responde colocando más preguntas sobre cada respuesta del librero, que de vez en cuando hace algunos aspavientos. Julia sonríe, sabe que la incomodidad de Ramón ante tanta divagación es impostada.

Como los supervivientes que recorren después de muchos años las ruinas de un lugar en el que fueron felices, Julia y el librero tardan minutos y minutos en ir de una estantería a otra. Se les aparecen los griegos, los romanos, la Revolución francesa, la Armada Invencible, las dos guerras mundiales, los poetas malditos. Todos esos asuntos de los que Julia no sabe y de los que le gustaría saber. Le da mucha envidia que Ramón cite autores de memoria, que entone versos sin resbalar.

A ratos, las explicaciones del librero se convierten en un murmullo de fondo, en el eco lejano que se escucha cuando se está debajo del agua. Julia pone todo su esfuerzo en que no se note su distracción... para disfrutar de la otra Julia posible; la que le resulta difícil encontrar. La que, despegada por un rato de la imagen del abuelo, inventaba los juegos más populares en el instituto. La que sonreía mirando hacia otro lado en la foto de la graduación porque les

estaba gastando una broma a sus padres. La que ganó aquel certamen a la mejor periodista joven por un reportaje sobre un grupo de indigentes que vivía bajo una alcantarilla a la que entraban al caer el sol. La que, con un poco de alcohol en las venas, lograba revolucionar —ante la incredulidad de algunos compañeros— las primeras fiestas de *El Universal* a las que fue.

Una estantería, otra estantería, otra estantería. Hay cajas que están por el suelo, cuyo precintado Ramón abre con un cúter. Van sacando los libros, comentándolos. Al librero le gusta epatar con anécdotas surrealistas de la vida de los escritores. Todas van patinando por la alegría de Julia, salvo alguna que se cuela entre esos recuerdos resplandecientes. Los buenos recuerdos se le han posado a Julia en alguna parte de la cabeza como luciérnagas en las ramas de los árboles. «Oiga, periodista, ¿sabe lo de Mark Twain y el tren? No encontraba el billete y el revisor, tras haberlo reconocido, le dijo que no hacía falta. Twain le contestó: "¡Claro que hace falta! Si no, no sé dónde bajarme!". Sensacional, ¿verdad?».

Julia saca libros de las cajas y, simulando que lee cubiertas y sinopsis, los apila mecánicamente en una columna que se hace más y más grande. «¿Y lo de Arthur Koestler? Cuando le paraba algún admirador, se quejaba y le decía: "Oiga, esto no tiene sentido. Es como si a usted le gusta el *foie* y quiere saludar personalmente a la oca". Usted, periodista, ni sabrá quién es Koestler». Más libros en la columna, más y más libros. El paseo en bicicleta con su padre que ninguno de los dos esperaba, el día aquel en que se convirtió, sin querer, en profesora voluntaria de una academia para niños con autismo... Y hasta la noche en que, después de un buen rato llorando, le dijo a su madre que, aun con todo, estaba segura de que era mucho mejor haber nacido.

¿Cuándo se rompió el equilibrio? ¿Cuándo dejé de saber vivir con ello? ¡Julia, calla! Déjate llevar. Para una vez que tu cabeza... El librero hilvana la anécdota más famosa de Kafka: «Una niña estaba muy triste porque había perdido su muñeca. Entonces, Kafka estuvo un tiempo escribiéndole cartas a la niña como si fuera la muñeca. ¿Sabe lo que decía la última? Que se había casado y que ya no podría volver, pero que había sido muy feliz con ella. ¿A usted le gusta Kafka o prefiere a Camus?».

—Periodista, ¡le estoy hablando!

—Sí.

—¿Cómo que «sí»?

—Eso... que sí.

—No me estaba escuchando. Que no se repita. Oiga... —Ramón mira el reloj de cuco colgado de la pared a un lado del mostrador—. Ha sido suficiente. Y tanto que lo ha sido... Regrese mañana, verá algo que le entusiasmará, ya lo creo que sí... Le gustará mucho.

Se acerca a Julia y le abre la puerta. Le estrecha la mano, vuelve a mirarla a los ojos. De nuevo, esos segundos... Julia aguanta. Se concentra en las arrugas del librero. Una cordillera, otra cordillera... Y la nariz, puntiaguda, como una montaña del Himalaya.

—Tengo que trabajar... No sé si podré hacer un hueco mañana.

Julia sabe, nada más salir a la calle, que volverá. No ha pensado en oscuro durante casi dos horas. Esa luz amarilla.

V

Julia cierra los ojos y se deja abrazar por el agua de la ducha. Intenta concentrarse en el calor. Cuando los abre, se mira de arriba abajo. El pecho, los brazos, las piernas. No es capaz de recordar cuánto tiempo ha pasado desde el último hombre que subió a la buhardilla. Cierra los ojos muy fuerte. No recuerda siquiera su cara. Debió de ser hace tres o cuatro meses. Todavía hacía frío. Ve sus pies y los de él entrelazados bajo esa manta vieja, roja y de cuadros. Llegaron muy rápido, casi corriendo por las escaleras, y él se fue todavía más rápido. Sin tomar café. Porque Julia no quiso. Cuando lo habla con Clara, los suele llamar «hombres sin rostro». La de Clara y la suya parecen vidas paralelas. Parecida estatura, mismo corte de pelo, se compran la ropa juntas... Clara, a veces, pasado el tiempo, tampoco se acuerda de esas caras. «Joder, Julita, pero yo sí les pongo un café». «Ten cuidado, van a ver en ti a la madre de sus hijos». «¡Serás hija de puta!». Madrid empezó a ser mucho mejor para Julia tras conocer a Clara. Es diseñadora gráfica, jamás han competido en el periódico, y seguro que eso blinda su amistad. Con Almudena, Julia se llevaba tan bien como con Clara. Pero eran compañeras, becarias aquel primer verano en la sección de «Nacional». Peleaban por un contrato. Al final, lo lograron las dos, pero creyeron que había un solo puesto. Hace siglos que no toman una cerveza. Influye el papel de Paco Cáceres, el jefe de Almudena y el hombre más odiado por Julia.

Cuando le viene a la cabeza la cara de Cáceres, Julia se concentra en enjabonarse bien el pelo. Está algo nerviosa. No ha vuelto a hablar con sus padres. No ha contestado a los mensajes de Clara, pero sí le devolvió la llamada a Ferrándiz, que estaba muy cabreado. Que cómo es posible que no le contara cómo había ido el interrogatorio, que él siempre la mantiene al tanto, que la confianza ahora es más importante que nunca, que no se imagina cómo está el periódico, que menuda tensión en las reuniones de portada, que el nivel de exigencia del director resulta tan duro como insoportable. Entre titubeos e improvisaciones, logró convencer a su jefe de que el interrogatorio había sido eso, un interrogatorio, y que había salido indemne. Julia contrastó que Ferrándiz no sabe nada de esos supuestos artículos que va a publicar el director y que son el origen de la campaña puesta en marcha contra él por *El Adelanto*.

Vaya mazazo el de *El Adelanto*. Acaba de publicar una nueva entrega del serial. Aparece Rivas sin camiseta junto a los exministros de Fomento e Interior en la cubierta de un yate. Rivas tiene en la mano una botella descorchada de champán. Hay tres copas en una mesa. El texto recuerda las facturas de las comidas del director de *El Universal* con distintos miembros del Gobierno anterior. La novedad ahora es esta: pocos días después de regresar el yate a tierra firme, el Ministerio de Fomento firmó una campaña institucional en favor del diario por un valor de doscientos mil euros. Ese es el clima en el que Julia debe encontrar «una gran historia que nos cambie la manera de pensar».

No quiere dar más vueltas a las cosas del periódico. *¡Mierda!* Se le ha metido champú en los ojos. Se aclara el pelo a todo correr. Llega a las ingles con la punta de los dedos. Piensa en Iván. *¿Por qué he quedado con Iván?* Ante el espejo, colorea con maquillaje la oscuridad de sus ojeras. Cada vez le parecen más grandes. Las

paredes del baño son de un azulejo muy claro, lo que acrecienta la palidez de Julia. Se pone desodorante, palpa los pelos que sombrean levemente sus axilas. Piensa en el tiempo que, en el fondo, sí tiene, pero que no se dedica.

Se echa a la calle. Nota como si le crujieran las rodillas. Ha estado toda la mañana tirada en el sofá perdiendo el tiempo. *Voy a llamar al* aita; *mejor no*... *Voy a preguntarle a la ama a ver cómo está el aita; mejor no*. Ha comido un par de latas de atún. En la nevera solo había dos bolsas de lechuga caducadas y tres limones con mal aspecto. El armario de encima, por suerte, siempre está lleno de botes de garbanzos, guisantes, alubias y bonito. Su madre le envía una caja con conservas cada dos meses. Al principio, Julia le decía que no hacía falta. Pero tanta falta le hacía que comenzó a callar... y a dar las gracias.

Madrid le relaja. Lleva aquí casi diez años, pero incluso en los mismos sitios se le aparecen calles desconocidas, monumentos, placas, jardines. Lo nuevo le sirve para disolver los problemas. Durante los primeros años de relación con Iván, paseaban todo el tiempo. Tenían esa ventaja: ninguno de los dos conocía bien la ciudad. *¿Por qué he quedado con él?*

Probablemente, porque esas conversaciones la serenan. Va a acabar contándole lo del otro día con su padre. A Iván lo conoció en el despacho de abogados donde trabaja, que está muy cerca del bar donde van a verse. Ella iba a reunirse con un compañero suyo, experto en derecho internacional, para pedirle consejo sobre un reportaje acerca de refugiados. Apareció Iván, que es muy extrovertido, y casi a escondidas, en la puerta la invitó a un café. Luego otro. Después otro. «La relación nació en la cama», les decía Julia a Marcos y a Clara. Pasaban mucho tiempo ahí porque la

buhardilla de ella y el piso de él solo tienen un sofá y es incomodísimo. «¡No teníamos dónde sentarnos!».

Cuando lo dejaron, Julia solía tardar unas horas, incluso días, en contestar a los mensajes de Iván. Hoy le ha respondido en cinco minutos. «¡Julieta! ¡Cómo están las cosas en tu periódico! Hace tiempo que no te veo en la tele. También hace un par de semanas que no leo nada tuyo. ¿Estás bien? ¿Nos tomamos un café esta tarde?». Iba a dejarlo pasar, pero al iluminarse la pantalla del móvil y leer el mensaje ha visto la luz. Ha sido como ver la luz amarilla de la librería.

Atraviesa la plaza de Colón y se queda mirando una escultura enorme que iban a dejar allí un tiempo, pero que, al gustar tanto, se ha quedado para siempre. Es una cabeza de mujer. De color blanco. Si la miras fijamente, parece real. Para colmo, se llama *Julia*. Desde que la descubrió, sea la hora que sea, tenga el humor que tenga, mira hacia arriba y la saluda con la barbilla. *¿Y cómo estás tú?* Luego ella, la Julia de verdad, le va respondiendo, como haciendo terapia.

No sé por qué he quedado con mi ex. Bueno, sí lo sé. Es la única persona con la que puedo hablar de verdad. De lo mío, de lo importante, nadie sabe nada... Soy como tú. Nadie puede ver detrás de mis ojos. Oye, hoy estoy guapa, ¿a que sí? Pues todo es una mierda. Me quedaría en casa de Iván a ver una peli, a pasar calor y a abrir la ventana por la noche para notar ese vientecillo contaminado del amanecer. ¿Por qué me fui? No tengo ni idea de por qué me fui.

Un día estaban cenando. A los postres, Julia le dijo a Iván que quizá la relación se estaba atascando, que ya nada era como antes. Una sensación que le venía pesando desde hacía meses. Para su sorpresa, Iván le contestó muy serio que a él le pasaba lo mismo. Tenían las manos entrelazadas. Incluso recuerda que Iván tenía una

herida en el dedo anular: se había cortado con la grapadora en el despacho. Coincidieron en que, para estar así, mejor dejarlo. Aquello se acabó como había empezado: rápida, inesperadamente. Pasaron las semanas y Julia no se atrevió a decirle que el vacío que abrió esa conversación permanece. Tampoco le ha revelado que es casi tan feliz sin él como con él. Lo echa de menos cuando en su cabeza hay algo más importante que el periodismo. Cuando discute con su padre, cuando se acuerda de su abuelo, cuando quiere salir a bailar, cuando «los hombres sin rostro» huyen de la buhardilla. Todas esas veces en que el vacío, como una nube negra que le nace en el pecho, se le va extendiendo por el cuerpo y la deja sin aire. Hoy es uno de esos días. Llevan siendo así los días desde hace meses.

Julia no es supersticiosa. Iván tampoco. Por eso, siguen quedando en el bar donde tomaron su primer café. Julia lo odia porque es una barra alargada sin apenas taburetes en los que sentarse. Ni siquiera hay mesas. «Tienen muy buenos pinchos», lo justifica Iván. «¿Buenos pinchos? Se lo estás diciendo a una de Donosti, chaval».

Iván ha llegado antes. Lleva un traje azul marino. Camisa blanca y corbata roja. Julia le decía —hoy no va a hacerlo— que parece un trabajador de banca. Le encanta esa combinación. Es la una del mediodía. Ha pedido una cerveza. La ve entrar y pide otra al camarero.

—¿Y si no quiero una cerveza? Machista. —Julia le da un beso a su ex en la mejilla, y él ríe a carcajadas.

—¿Quién te ha dicho que es para ti? ¡Machista tú! —le responde mientras empuja la caña y una tapa de queso hacia ella, que se ha acodado en la barra de medio lado, a apenas medio metro de él.

—¿Cómo estás? ¿Mucho lío en el despacho?

—¿Seis meses sin vernos y es lo primero que me preguntas? —Iván se quita la americana, se pone de pie y la deja lo más

extendida que puede en su taburete.

—Para qué andarnos con rodeos... ¿Cómo ves a tu ex preferida? —Julia también se pone de pie, da un paso hacia él, cierra los ojos y acerca el rostro para que pueda verlo de más cerca. Aunque sabe que Iván va a leer dentro, también es consciente de que va a ver lo de fuera; eso que Clara llama «la bella Julia que tan poco se cuida». Los ojos color miel bajo unas cejas muy delgadas; la piel morena «todo el año y sin solárium», los labios ligeramente gruesos, el cuello delgado. «Julieta, con un poco de escote y unos pitillos, las demás no existimos». Julia quiere que Iván vea todo a la vez, como si la fotografiara.

—Muy guapa, como siempre, pero... Déjame adivinar... Bronca con tu padre. ¿Has estado en San Sebastián? —Iván adopta un tono más serio, se sienta y coloca la americana sobre sus rodillas.

—He estado en Donosti. Ha habido bronca con mi *aita* y eso me hace acordarme mucho del *aitona*. Además, hay lío en el periódico. Es una combinación letal.

—Pero ¿cuál de las tres cosas es la que no te deja dormir?

—Primero era lo del periódico. Después, la bronca con mi *aita*. —Julia da el último trago a su caña y pide otra ronda—. Lo del *aitona* siempre está ahí.

—Habéis discutido, imagino, por lo de siempre. —Iván niega con la cabeza y, mientras, con un par de dedos, recorre los labios de Julia para despejar la espuma.

—Es que no hay otro motivo de discusión. Me revienta que, tantos años después, los dos sigan haciendo como que no pasa nada. Y claro que pasa. Todavía el año pasado oí llorar a mi *aita* por la noche.

—Julia, siempre te digo lo mismo. Y siempre te enfadas conmigo. ¿Por qué no respetas su manera de enfrentarse a lo que pasó? ¿Por

qué la tuya es mejor que la suya?

—¡Es que él no se enfrenta!

—Claro que se enfrenta. A su manera.

—¡No es sano! Saluda a quienes le retiraron el saludo, pasea por esa calle y ni se inmuta; ¡fue a ver a la cárcel a uno de esos hijos de puta! Es que no me entra en la cabeza. —Julia ha levantado la voz en exceso. La están mirando. Pide disculpas a Iván porque sabe que dentro del bar hay compañeros del despacho—. Perdona, perdona...

—Julia, un montón de gente ha dado ese paso. No voy a entrar en si es recomendable o no. ¿Cómo voy a opinar sobre eso? Pero no te olvides de una cosa: cuando llegó la ambulancia, quien había cubierto el cuerpo de tu abuelo con unos periódicos para protegerlo de la lluvia fue tu padre. ¿Qué piensas? ¿Que la prescripción a él no le afecta?

—Iván, por favor... —Julia tiene los ojos rojos. El camarero, que se había acercado para recoger los vasos vacíos, se aleja con rapidez y no les ofrece nada más.

—Perdona, no tenía que haberte dicho eso. —Iván besa la cabeza de Julia.

—No puedo más con esto. El dolor, ese puto dolor, siempre me separa de mis padres. ¿No tendría que ser al revés? Te prometo que, cuando voy a Donosti, me propongo estar cerca. Incluso pienso en sacar el tema para terminar la conversación, ¡por una vez!, de buena manera. Pero es como si no fuera yo, como si fuera otra persona la que, de repente, empieza a gritar.

—Date tiempo...

—¿Tiempo? ¿Cuánto tiempo más tengo que esperar? Ya ha pasado demasiado tiempo, Iván. Dejémoslo. —Julia se frota la cara con las dos manos y pide un vaso de agua. Se lo bebe casi de un trago—. Oye, ¿tú qué tal estás?

—Todo bien. Sin muchas novedades. Julia, perdona, pero me tengo que ir. Me sabe fatal dejar esta conversación así. No hemos hablado ni media hora, pero arriba me espera un papeleo de locos, no sé ni a qué hora saldré. —Iván se pone la americana y se ajusta el nudo de la corbata. Hace amago de pagar la cuenta, pero Julia lo impide a tiempo.

—Tira, tira. Que me voy a tomar otra cerveza. —Es mentira—. Nos vemos pronto. —Julia se acerca y le da un beso a Iván, que le acaricia la cintura antes de marcharse.

Julia nota un hormigueo en la espalda. En la misma zona donde suelen asaltarle los escalofríos. Una sensación cálida, agradable, que hacía muchos meses que no sentía. Lo piensa en el baño, frente al espejo, adonde ha ido para lavarse la cara y volver a pintarse la raya del ojo. *Se acaba de ir mi exnovio, un tío guapo, cariñoso, buen conversador, treinta y cuatro años. Y yo me estoy maquillando para ir a ver a un librero ¿de ochenta? Enigmático, agrio y con muy mala leche.* Sonríe, abre la puerta y se lanza a la calle.

Por el camino, le cuenta a la escultura cómo le ha ido. Julia se dice que es «demasiado vasca», más como su padre que como su madre, y que debería «trabajar» para poder contar estas cosas a sus amigos, en lugar de a un monumento. Se siente algo insegura. Iba buscando el consuelo y la conversación de su ex, pero cuando lo ha visto, hasta que ha salido el tema de siempre, ha sentido un fuego dentro. Por si acaso, se había arreglado como hacía tiempo. Pero se siente algo insegura, ahora que va caminando por el paseo del Prado sudando el maquillaje, porque Iván no la ha mirado como tantas otras veces. *Total, ¿qué más da?*

Considerando en frío, piensa Julia, Iván tiene razón. ¿Quién es ella para decirle a su padre cómo tiene que avanzar? «Él estuvo allí y tú no». Julia se repite las palabras de Iván. Pero no puede evitarlo, le

nacen de lo más hondo del estómago estas otras: *Eso es cierto, pero no podemos olvidar. Y tú, aita, muestras, queriendo o sin querer, esa indiferencia. ¡Ni siquiera sabemos quién disparó! ¿Cómo es posible que no nos lo preguntemos todos los días? El tiempo se nos está acabando.*

A Julia le cuesta coger aire. Se resguarda del sol en una marquesina. Le sangra el dedo índice. No es capaz de recordar cómo ni cuándo, pero se lo ha debido de morder.

—Lo tengo todo, ¿lo ves? —Se gira para hablarle en voz alta a la escultura, que ya queda lejos—. Estoy podrida por dentro y me estoy pudriendo por fuera.

—Pues sí, lo tienes todo, chiquilla. Y haces bien en contarlo a los cuatro vientos. Nosotras, cuando lo teníamos todo, no hacíamos más que callar —le dice a Julia una señora mayor, pequeñita y encorvada, que también espera el autobús.

—Ay, si yo le contara...

—Pues cuéntame, muchacha, cuéntame.

Julia la ayuda a subir al autobús. Se sientan juntas en dos asientos de esos de otro color, más grandes, destinados a gente mayor y minusválidos. Julia se pone a prueba. Antes de contarles a sus amigos, podría dar el paso y charlar con esta mujer, que le dará más respuestas que la escultura.

Se baja del autobús a orillas del barrio de Lavapiés. Julia sonríe mucho porque, para una vez que da el paso, apenas ha podido contar. La señora la ha emprendido cual boxeador y, como si llevara tiempo sin ser escuchada, le ha narrado su infancia en Los Santos de la Humosa, su «matrimonio para toda la vida con Julián», la muerte «del pobre Julián» y la alegría de los «nietecillos». Pasó hambre esta mujer en la posguerra, no estudió, aunque dice que no le habría gustado. Sin embargo, de entre todas las cosas que le ha dicho,

Julia se queda con una que sí le sirve: «Siempre aparecen aventuras en la vida, hija. Incluso a mi edad, se me echó el otro día un hombre encima en la rehabilitación. Pero tú tienes la posibilidad de aprovecharlo». Bajando la voz, ha añadido cogiéndola fuerte del brazo: «Tú puedes abrazar a esos hombres que se te tiren encima e incluso darles la vuelta y ponerte tú encima de ellos».

Conforme enfila la calle en cuesta de la librería, gana un poco de confianza. Se vale de la metáfora: esta vez va a ponerse ella todo el tiempo encima del librero. *Vamos a jugar, ¿no quería que imitara a Hannah Arendt?* Aunque, un momento... Saca su móvil. Tiene una llamada perdida de su madre. Sabe lo que quiere. Duda. *Venga*. Abre la conversación de su padre y teclea un mensaje; un texto que no dice nada pero que abre el camino a la aproximación. De repente, un ruido, luego una sirena. Acelera el paso, ve algo raro en la librería. Un coche de la Policía Municipal está aparcado justo en la puerta, subido a la acera. Piensa que tendrá que ver con alguna redada en un piso. A tres o cuatro metros, ve cómo los agentes entran y salen de la librería. Echa a correr. Hay varios vecinos asomados a los balcones. Una señora grita a la policía que ella ha visto a los ladrones. Uno de los agentes le responde que ahora sube, que no va a mantener una conversación a gritos.

Julia se acerca todavía más a la puerta para preguntar por Ramón a los policías. Le dicen que el librero no regresará hoy, mañana, ni pasado. Por un momento, cree que ha muerto, pero al ver su cara de susto, el agente añade: «Se ha llevado una buena, pero se recuperará». El cristal de la puerta está roto. Dentro, más desorden del habitual. Julia alcanza a ver abierta la caja registradora. Intenta sin éxito alargar la conversación con los policías. Cuenta las alturas del edificio... *El tercero*. La señora que dice haberlo visto todo estaba asomada al tercero. Como si de un reportaje de sucesos se tratara,

Julia entra en la cafetería más cercana y pide un café. Espera a que desaparezca el coche de los municipales. Consulta la sección de «Local» en las webs de los periódicos. Nada. Pregunta a uno de sus compañeros en el diario, pero le dice que están liados con otras cosas, que no les ha llegado aviso y que no van a tener tiempo de mirarlo.

Lo sucedido no ha debido de ser demasiado complejo. La policía apenas tarda diez minutos en tomar declaración a la señora. En cuanto el coche arranca, Julia paga su café y toca el telefonillo.

—¿Diga?

—Disculpe, soy periodista. Me gustaría preguntarle por el robo de aquí abajo. Lo de la librería.

—¡Claro! Suba, suba. ¿De qué canal viene usted?

—No, no. Soy periodista de *El Universal*.

—Ah, pero yo no leo eso... Yo quería la tele. Aunque... ¿eso también lo ve la gente?

—Por supuesto, millones de personas. ¿Me abre?

—Sí, sí, suba. El ascensor está roto. Vaya por las escaleras.

Julia llama a la puerta con los nudillos. No hay timbre. Aparece una mujer de unos ochenta años. Pelo blanco, rizado. Una bata azul celeste. Huele muy bien, parece un bizcocho. Se abre una puerta en el rellano de arriba. Se abre otra puerta, quizá ahora en el de abajo. Julia sabe que no va a escuchar ella sola a la testigo.

—Usted dirá. Bueno, antes que nada, apunte, apunte: me llamo María Jesús Acuña. Apunte, apunte —repite al comprobar que Julia no hace amago de sacar una libreta del bolso. La periodista acaba transigiendo ante la insistencia de la señora.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo está Ramón?

—¿Quién?

—¡El librero!

—Como una cabra.

—¿Cómo?

—Ese hombre está loco. Siempre lo ha estado. No sabía que se llamaba Ramón. No habla con los vecinos del edificio. Eugenia, la del cuarto, dice que vive dentro de la librería. Que duerme allí por las noches. —«¡Vive allí! ¡Estoy segura!», suena una voz desde arriba.

—Cuénteme, por favor, qué ha pasado. Empiece desde el principio.

—Ha sido todo muy rápido. Como en las películas. Estaba asomada a la ventana. Han llegado tres chicos. Uno de ellos llevaba un palo. No eran negros, señorita, por si iba a preguntármelo. ¿Iba a preguntármelo? —añade ante el silencio de Julia.

—Por favor, siga.

—Han entrado. Imagino que le habrán pedido el dinero de la caja. ¿Qué dinero va a tener ese hombre? ¡Si no vende nada! Total que, en uno o dos minutos, han salido los chicos corriendo. Detrás, el librero. Llamándoles de todo. Insultos que yo no entendía. Eran como... insultos cultos. Les lanzaba libros.

—¿Cómo que les lanzaba libros?

—Sí. Les decía que le robaran libros «si tenían cojones». Que les vendrían muy bien.

—¿Dónde está Ramón? ¿Qué le ha pasado?

—Cuando el librero les ha gritado «hijos de puta», los chicos le han entendido. Entonces, el del palo ha dado media vuelta y ha comenzado a golpearlo. Hasta que lo ha tirado al suelo. Primero, el librero seguía gritando. Después, se ha callado. Ha debido de quedarse tieso. Uf, tiesico, tiesico. Se lo han llevado en ambulancia.

En cuanto escucha la palabra *ambulancia,* Julia echa a correr escaleras abajo y deja a la mujer con la palabra en la boca.

—Sabía que íbamos a vernos. Lo que no sabía, muchacha, es que fuéramos a hacerlo aquí. Pero sabía que vendría.

Ramón Aldana está postrado en la cama. Tiene una pierna vendada y en alto. Julia sabe que se llama así porque lo ha encontrado en un reportaje que se publicó con motivo de la feria del libro viejo en Madrid. Después de dar con el apellido, ha llamado por orden alfabético a todos los hospitales de la ciudad y, tras hacerse pasar por una sobrina en el control de enfermería, aquí está. En La Paz: un edificio alto, blanco, gris, sucio, con cientos de ventanas, incrustado en una hondonada junto a las Cuatro Torres. Sintiendo cierta culpa: sabe que no habría venido si el librero no se hubiese despedido con la promesa de mostrarle algo. Sabe que no ha venido realmente preocupada por él.

Habitación 386, tercera planta. Como ya conoce la capacidad de este hombre para leerle el rostro, mira por la ventana unos segundos antes de seguir con la conversación. Los trajes oscuros de los ejecutivos absorbidos por las torres y las batas blancas de los médicos enfrentan los dos caminos de la supervivencia: el dinero y la medicina. Julia se gira, al fin, hacia Ramón. La cara repleta de moratones. No puede abrir el ojo izquierdo. Viste el pijama azul celeste de los enfermos. Su mono de trabajo está doblado en un sofá. Julia lo mira. *¿Cómo se le puede dar tal paliza a un anciano?* Él, como si leyera la pregunta en el subconsciente de la periodista, dice:

—Mire, aquí está la consecuencia de la incultura.

—¿Cómo está usted? —Julia titubea, se acerca a la cama y apoya la mano en las sábanas. En cuanto habla, sabe que ha errado con la pregunta. ¿Qué se pregunta en un momento como este?

—¿No lo ve?

—Sí, perdone, perdone. ¿Cuál es el pronóstico?

—En una semana, dicen, estaré fuera. Salvo lo de la pierna, todo es menos aparatoso de lo que parece. Los moratones duelen, pero se van igual estando en casa que en el hospital.

—Bueno...

—Oiga, tengo un poco de prisa, escúcheme bien. —Ramón se incorpora en la cama, coloca la espalda recta y pide a la periodista que se acerque más.

—¿Prisa? —Por un momento, Julia cree que Ramón le va a pedir que lo ayude a escapar del hospital.

—Calle y escuche: en ese papel —Ramón señala un papelito escrito a boli que está en la mesilla— he apuntado el teléfono directo de esta habitación. No tengo móvil. Va a ir a la librería ahora mismo. Cuando esté allí, me llama.

—¿Y cómo entro?

—Con la llave, que está en el primer cajón. Cójala. Si se encuentra con algún policía, repita eso de que es mi sobrina y diga que ha ido a recoger unos libros para traérmelos al hospital.

—¿Y tengo que ir allí para eso? ¿Para traerle unos libros?

—¿No es usted periodista? ¡Qué pocas novelas negras ha leído! Si tuviera que ir a recoger unos puñeteros libros, ¿estaría yo hablando en bajo, lo más cerca que puedo de sus orejas, a costa de un dolor en las costillas que me está matando? —Ramón vuelve a tumbarse.

—Debería ser usted más amable a la hora de pedir favores.

—El favor se lo estoy haciendo yo a usted.

—¿Ah, sí?

—En la librería, hay algo que quiero darle. Todavía la estaba examinando, periodista, pero todo esto del atraco lo ha acelerado. Tendré que confiar en usted antes de lo previsto y sin estar del todo

seguro. Venga, tenemos prisa. Me da miedo que hayan podido llevarse lo que quiero enseñarle.

Sin responderle, Julia coge el papel con el número de teléfono y la llave que está en el cajón de la mesilla. Sale de la habitación y camina despacio hacia el ascensor. Al pasar por el mostrador, consciente de que va a tener que regresar esta misma noche o mañana, se detiene y saluda:

—Muchas gracias, buenas tardes.

VI

Se sienta y vacía el sobre en la mesa. Una decena de papeles de un amarillo oscuro. Tamaño cuartilla, como los que tenía su abuelo en el despacho. Algunos con las esquinas dobladas; otros son tan finos que parecen estar a punto de disolverse, como las páginas de las biblias viejas. Al contemplar su fragilidad, Julia da tres bocados a un trozo de *pizza,* aparta el resto de la comida, se levanta, se lava las manos y vuelve a sentarse. *Pero... ¿qué es esto?*

Todavía tiene cierta sensación de irrealidad, como si se le hubieran quedado incrustados en las pupilas los reflejos naranjas de las farolas que alumbran la calle de la librería. La calle, llena de bares, con todos esos letreros iluminados, parecía una linterna en medio de un barrio que, en algunos metros, es muy oscuro.

Otra vez el miedo, pero un miedo más placentero. Porque no es suyo. Es el miedo de Ramón. Se lo ha inoculado por teléfono, con una respiración a trompicones, con tartamudeo, cuando ella no terminaba de encontrar los papeles, refugiados en una trampilla en la pared de la librería. Al lado del sobre indicado, había otros documentos. Casi una decena de fotos. Un niño con su madre. Es Ramón. Julia está segura. La ansiedad del librero, esa obsesión transmitida con violencia desde la habitación del hospital, provoca en Julia, tan cansada de caminar a cuestas con su secreto, la extraña sensación de tener, de pronto, entre las manos, el secreto de otro. Un secreto, parece, guardado durante años y años bajo una trampilla. El secreto de Julia es un periódico. Nadie sabe en *El*

Universal, ni siquiera Marcos y Clara, que un día el cadáver de su abuelo fue cubierto con periódicos. ¿Cuál es el de Ramón? ¿Qué significa esto? Julia cruza los dedos para que la intimidad del librero no sea la muerte de alguien. A Julia le asusta cualquier asesinato, da igual lo lejos que ocurra. Si lee sobre un asesinato, imagina un cuchillo negro atravesando la carne y la conciencia de los que querían al muerto; abriendo agujeros por los que siempre manará el dolor en forma de un recuerdo tan negro como el cuchillo. Le suena el móvil. Lo mira por si fuera el teléfono largo del hospital. Dos llamadas de Ferrándiz, una de Clara, otra de su madre. Marcos le ha enviado algunos enlaces. Supone que *El Adelanto* sigue a la carga contra Rivas. Ni rastro de esa información que, según su director, está provocando la persecución de la competencia.

El papel principal —el más grande— acoge lo que, a primera vista, parece un mapa de constelaciones. Se parece a los que Julia veía de niña en el planetario, cuando iba con el colegio. Miraban al techo, veían las estrellas, y creían que eran de verdad. Aquel día, cuando el incendio, ardió el planetario. Incluso las estrellas de verdad empezaron a parecerle de mentira. Un título en mayúsculas, escrito a bolígrafo en la parte superior. Dice así: «Situación probable de los alemanes en la costa cantábrica».

Cada círculo, cada constelación, incluye un nombre en su interior. También en mayúsculas. Nombres la mayoría alemanes, aunque también algunos españoles. Los círculos, además, están coloreados de tres formas: rojo, amarillo y azul. En la esquina inferior derecha hay una leyenda que explica el mapa: los nombres rodeados en rojo son «espías»; los amarillos, «propagandistas»; y los azules, «agentes de la Gestapo». A cada identidad la acompaña un número: son, en total, treinta y cinco. En los folios posteriores se proporcionan algunos datos de los alemanes. Cada uno con su ficha.

El mapa es muy farragoso porque los círculos están conectados unos con otros. El espionaje, la propaganda y la Gestapo se entrecruzan continuamente.

Julia coloca en orden los papeles y los pone en la mesa. Mira al techo. Piensa en Ramón. *¿Quién es Ramón Aldana? ¿Un miembro de la Resistencia? ¿Un hijo de republicanos exiliados? ¿Un español que colaboró con los nazis? ¿Un infiltrado? ¿Un loco?* Antes de leer detenidamente las cuartillas, se acerca a la encimera, rellena el vaso de agua y se acaba la *pizza*. Se prepara una infusión. Vuelve a lavarse las manos.

Coge la única cuartilla que contiene un texto escrito. Tres párrafos tecleados en una máquina de escribir. El autor corrigió posteriormente a mano algunas erratas. Julia sonríe porque esas tildes colocadas *in extremis* encarnan lo que suele decirle Ferrándiz, su jefe: «Las erratas son las últimas en abandonar el barco». Abre una libreta para escribir sus propias reflexiones, también las preguntas que le van surgiendo para trasladárselas a Ramón en el hospital. El texto dice así:

> En el último mes de nuestra guerra civil, Karl Nagel invitó a cenar a unos amigos suyos españoles. Antes de sentarse a la mesa, los convidados visitaron su despacho en el puerto. Sorprendieron a Nagel reprendiendo severamente a dos soldados alemanes, que escuchaban firmes y serviciales.
>
> Al parecer, esos dos soldados habían requisado por la mañana una embarcación de Nagel sin saber quién era el propietario. Los invitados españoles —así me lo contó uno de ellos— sospecharon que Nagel era un agente alemán encubierto en lugar de un empresario pesquero. ¿Cómo podía tener si no tanta ascendencia un pescador sobre dos soldados?
>
> Una amiga italiana de Rosario, mi mujer, escuchó la historia de mi boca el 24 de marzo de 1939 en nuestro domicilio. No se sorprendió. Dijo tener amigas italianas trabajando para agentes alemanes en Bilbao y San Sebastián. Me facilitó algunos nombres y yo los apunté. Ese es el motivo por el que comencé a escribir este informe.

El «informe» carece de firma, pero Julia no tarda en razonar que su autor no pudo ser Ramón Aldana. En 1939, el librero tenía que ser un niño de seis o siete años. ¿Y si fue su padre? ¿O su abuelo? En la trampilla, había muchísimos documentos y fotos de familia. A Julia no le parece honesto trastear allí sin permiso, pero no descarta hacerlo si Ramón se niega a contestar.

Por desgracia, el texto solo arroja una pista: la referencia temporal del 24 de marzo de 1939. Las demás indicaciones, por llamarlas de algún modo, son muy vagas. Karl Nagel, el primer nazi descubierto por el escritor de los papeles, vivía en una localidad con puerto y se dedicaba a la pesca. O eso pretendía hacer creer.

Julia apunta todas esas deducciones y da un par de sorbos a su infusión. Le suena el móvil. No lo coge. Es Clara. Justo cuando deja de sonar, recibe un mensaje: «La dirección de Rivas se tambalea. No sabemos qué va a pasar. ¿Cómo vas? Está siendo imposible hablar contigo». Para evitar distracciones, Julia pone una alarma para el día siguiente a las nueve —quiere llegar temprano al hospital— y apaga el teléfono.

Es el turno de las demás cuartillas, las que no tienen forma de mapa; las de los números y los apellidos. Son los mismos que aparecen en la constelación: espías, propagandistas y agentes de la Gestapo. Cada uno con una pequeña semblanza biográfica de apenas una línea. Por ejemplo: Schmitt, oftalmólogo. Calle San Martín, n.º 36 (San Sebastián). Conduce un Peugeot n.º 2 con matrícula francesa: 5460 [...]. Gerschner, fotógrafo. Calle Usandizaga, 9 (San Sebastián). Su mujer es francesa [...]. Lersch, dueño del Café Rondón. Calle Elcano, n.º 42 (Bilbao). Tres hijos. Todos rubios [...]. Strammer, vendedor de coches. Alameda de San Fernando, n.º 23 (Santander) [...]. Bayer, trabaja en el hotel Continental (San Sebastián). Viaja mucho. Siempre en autobús.

Así uno tras otro hasta llegar a treinta y cinco. La tinta es la misma, la forma de las letras, el interlineado... Todo. Julia deduce que los papeles fueron escritos en la misma máquina. Sin embargo, las anotaciones a bolígrafo pertenecen, por lo menos, a dos manos distintas. Aportan casi siempre el mismo dato. Una ciudad y una fecha. *Como si fueran esquelas*. Está segura de que donde pone, al lado de Karl Nagel, «1983, Madrid», se trata del año y el lugar de su muerte.

Karl Nagel, el empresario pesquero que dio lugar al informe, está muerto. Es el único sobre el que se añaden más datos aparte de la fecha y la ciudad. «Ayuda emigración». Julia le da vueltas. *¿Emigración? ¿Traía nazis a España o los sacaba de aquí? Cualquiera de las dos opciones encajaría con su falsa profesión, que le serviría como tapadera para comprar barcos.*

La periodista deduce que Ramón Aldana no tiene internet, así que se levanta, coge el ordenador y, sentada de nuevo a la mesa, teclea en el buscador «Karl Nagel» por si apareciera algo más. Nada, ni una sola mención. Hace lo propio con el resto de los nombres. Tampoco. A modo de consuelo, se dice: *Si muchos de ellos fueron espías, es normal que no aparezcan al buen tuntún, ¿no?*

Parece una película. Se estrenan muchas películas sobre nazis. Una vez vio una sobre una delegación nacionalsocialista instalada, con todo lujo y a todo tren, en la Costa del Sol. Al terminar, en el cine, con la pantalla fundida a negro, un aviso: «Basada en hechos reales». En «hechos» como los que ahora tiene delante.

A Julia, por un momento, se le enciende la bombilla. *Aquí está mi reportaje*. Empieza a rumiar cómo podría componerlo mientras se prepara otra infusión, pero pronto lo descarta. Sería un buen reportaje, es cierto, pero un reportaje histórico del montón. «Arqueología», le diría su director. Sin demasiado impacto en el

presente. «Nada, flor de un día. En veinticuatro horas no se acuerda nadie». A Julia siempre le han gustado los reportajes históricos. Los lee cada vez que aparecen en su periódico o en la competencia, pero hace tiempo que aprendió a discernir su gusto particular del gusto general. Los mejores reportajes, aprendió con Ferrándiz, son los que trascienden las clases sociales, el poder adquisitivo y la ideología. *Llegaron los nazis a España amparados por el franquismo. ¿Qué tiene de nuevo? Nada.*

Le da vueltas en la cabeza. *Calma, no pierdas el rumbo. No olvides que estos papeles son de Ramón y que mañana se los tienes que llevar al hospital*. Alcanzadas sus conclusiones, Julia se tranquiliza con frases de ese estilo porque sabe que, si contempla una mínima posibilidad de reportaje, pasará toda la noche trabajando. *¡Ya está! ¡Para!* Amontona la caja con los restos de *pizza* en la encimera, da un par de sorbos a la taza, abre la ventana y se tumba en la cama. Un soplo de viento pone a temblar los papeles. Viendo que no corren peligro, se concentra en el aleteo de sus esquinas. Imagina qué puede salir de ahí; no puede evitar que las sombras recortadas en la pared de la buhardilla se transformen en su cabeza. *¿Quiénes sois? ¿Qué es esto? ¡Para ya!* Enciende la lámpara y coge el libro de Arendt, que está en la mesilla. Lo abre, pero renuncia en apenas un par de páginas. Esta noche, leer sobre el juicio a Eichmann le recuerda a los papeles del librero. Así que apaga la luz, se coloca en posición fetal y se zambulle en la búsqueda de una postura cómoda. Hace mucho calor y no puede dormir. Se engancha a un pensamiento: juega a citar de memoria el mayor número de nombres de los que acaba de leer en las cuartillas. Empieza por Nagel, sigue por Schmitt, continúa por Gerschner, llega a Von Lenard... Le invade la somnolencia. Ve con los ojos cerrados, pero ¡con cuánta nitidez!, la cara de Ramón. O mejor dicho: los ojos

de Ramón. *¿Cómo no he caído antes? Los nazis y Arendt. El juicio. Y luego esa mirada, esas dos miradas que me lanzó en silencio, en la librería. Él ya tenía pensado enseñarme los papeles.*

Julia enciende la luz. Está demasiado agitada como para seguir intentando dormir. Se levanta, coge la libreta que había dejado en la mesa con las preguntas anotadas para Ramón, se sienta en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, y apunta en ese diario que estrenó por consejo de un psicólogo: «Querías enseñarme los papeles, ibas a enseñármelos al fin y al cabo, pero quisiste ponerme a prueba con la lectura de Arendt. El atraco lo ha acelerado todo. Ya no te queda más remedio que poner las cartas sobre la mesa. ¿Qué quieres de mí?».

VII

En la ducha, Julia discurre a una velocidad vertiginosa. Además del agua templada en el cuello, nota en la frente, como si quemaran, esos pensamientos avasalladores que le quitan el control sobre sí misma. Tenía que ser ahora, el ruido del teléfono, justo cuando iba a meterse en la cama, con el atardecer, a meditar las revelaciones que le ha hecho el librero en el hospital durante horas. Hay algo que no encaja. Hay algo más, seguro, detrás de lo que parece un ejercicio de «arqueología». Cuando piensa en los alemanes, escucha la respiración entrecortada de Ramón al describirle los papeles. Es la misma que la suya cuando aparece la sombra de su abuelo, cuando tiene que hablar con su padre. Es la respiración que acompasa las verdades que duelen muchísimo dentro y que, por eso, se manifiestan así, exhaladas involuntariamente, produciendo una sensación de ahogo, convirtiendo a sus poseedores en peces que boquean fuera del agua.

Julia iba a pensar en todo eso desnuda, tirada en la cama —así estaba—, cuando ha comenzado a vibrar el móvil. «Francisco Rodríguez llegó al Gobierno tras una campaña electoral financiada irregularmente por cuatro constructoras». Rodríguez es el presidente desde hace tres años y encarna la ideología más próxima a *El Adelanto*. El cuerpo de la noticia va acompañado de un montón de imágenes: fotografías de anotaciones a mano. La prueba del dinero inyectado al partido de Rodríguez por las grandes empresas. En las redes sociales, un reguero de mensajes expande la noticia. Los

partidos de la oposición han pedido la dimisión del presidente. Lo rebotan radios, televisiones y periódicos. No es el caso, como era previsible, de *El Adelanto*.

Luego ha leído los mensajes de Marcos —«el periódico renaciendo y echando humo, mucha peña suscribiéndose»—, los de Clara —«no sé dónde andas, pero me acuerdo de ti, a ver si cotilleamos»—, los de Ferrándiz —«tienes una flor en el culo, Mendieta, el director está entretenido y se habrá olvidado de tu reportaje»—, los comentarios de sus padres en el grupo de WhatsApp. Luego, una llamada de Rivas, que, eufórico, le ha dicho: «Y ahora tienes que ir a la tele a celebrarlo. ¿Que por qué tú y no alguien de "Política"? Porque das mejor en cámara y tienes más repercusión». Al fin, la llamada de la productora dándole los datos y, ahora, Julia, en la ducha, preparándose para el programa.

Está ahormando en su cabeza la parte de la tertulia que sí puede preparar: la exposición de motivos, la narración de las noticias publicadas por *El Universal* sobre la corrupción. Esa primera parte no le pone demasiado nerviosa. Incluso ha memorizado la literalidad del arranque y del final. Aurora, la productora, le ha prometido que en ese tramo no será interrumpida, pero le inquieta la tertulia. Sabe que habrá algún periodista de *El Adelanto* que irá a por ella. Siempre lo hay. La cuestión es: ¿cómo defender a su periódico sin defender a Rivas? *No tengo por qué defender a mi director. Las pruebas, en su caso, también pueden considerarse concluyentes*.

Después de haber conocido a tres o cuatro grandes directores como Rivas, Julia ha llegado a la siguiente conclusión: creen que una corrupción grande tapa a la pequeña, la supera, abre un escenario que no tiene que ver con el anterior; y así se va escribiendo la historia. Se trata de intentar jugar la partida en un escenario de corrupción que no te comprometa como director. Si Julia intenta

buscar argumentos a lo más difícil —las acusaciones sobre Rivas—, se cuelan en su cabeza las imágenes superpuestas de la conversación mantenida con Ramón en el hospital hace unas horas. Quiere aparcarlo, ya tendrá tiempo para eso, *Céntrate en lo de la tele,* pero no puede.

Lo primero que recuerda es un ramo de flores en la papelera. Un montón de pétalos blancos sombreando el cubo negro. La enfermera le dijo que Ramón había discutido con su hijo. Cuando Julia le preguntó, Ramón miró el ramo de flores y no dijo nada más. Después cambió de tema y se quejó de que la enfermera le hubiese regalado *El principito,* que sí había sobrevivido —estaba en la mesilla — a la cólera del librero.

—¡Estamos aquí para hablar de lo que tenemos que hablar, muchacha!

—Tomo nota —contestó Julia todavía sin sacar la libreta, con los ojos en la ventana.

No pudo saltar directamente de las flores en la papelera al rostro de Ramón. Se topó con un fogonazo blanco y azulado al otro lado del cristal. *Algo así debe de ser el cielo en la cabeza de los católicos*. Ha llegado a ese pequeño recuerdo intrascendente por el camino del agua caliente en la cara.

Aquel marzo de 1939, la Guerra Civil estaba a punto de terminar. Hacía mucho que Franco había tomado Bilbao. Karl Nagel no era un empresario pesquero. Eso Julia ya lo sabía. Y fue un tal Joaquín, un amigo de la infancia del padre de Ramón, el que lo descubrió abroncando a los dos soldados alemanes. Joaquín y el padre de Ramón eran amigos de siempre, crecidos en torno al frontón de Forua, un pueblecito de Vizcaya. Julia hizo alguna broma sobre la condición de vascos que comparten, pero el librero no se desvió. Desde que Joaquín vio aquella escena tan extraña, el padre de

Ramón y él se pusieron a investigar. Así nació el mapa de constelaciones, fruto de un dispositivo de seguimientos.

Joaquín, que siempre vivió en Bilbao, visitaba al padre de Ramón todos los veranos en la casa familiar de Forua. Ramón solía sorprenderlos hablando en voz baja de aquella historia. «Esas historias, después de la guerra, siempre se hablaban en voz baja, chica». Julia no apuntó apenas y le sorprende la literalidad con la que rememora el relato del librero. También es capaz de revivir con detalle su mirada cuando lo interrumpió preguntándole por sus recuerdos de la guerra. Era como... como si un pájaro gris le hubiese atravesado los ojos.

Ramón, un niño, se quedaba paralizado, escuchando al otro lado de la puerta. No entendía, pero sabía que era importante. Algo así experimentó Julia cuando, el día que mataron al abuelo, entró corriendo al salón para recoger una pelota. Su padre estaba hablando, entre sollozos, de un detenido, de la *muga* de Francia. Julia preguntó: «*Aita,* ¿qué es la *muga?*». Su padre, tras sobresaltarse, la miró lívido. Julia se aclara el pelo con un fuerte masaje de los dedos. Quiere sacar esa imagen de su cabeza para volver a la del librero tumbado en la cama del hospital.

Joaquín y el padre de Ramón investigaron juntos hasta que murió Joaquín. No llegaron demasiado lejos. Fueron confirmando, año tras año, algunos fallecimientos, algunos domicilios.

—Pero ¿qué buscaban exactamente? No lo entiendo, Ramón. ¿A quién buscaban? ¡Para qué!

—Calma, muchacha, calma...

—¿Y su padre? ¿No siguió investigando al morir Joaquín?

—No. Mi padre, cuando murió Joaquín, me dio estos papeles y ya está.

—Tampoco lo entiendo. ¡Después de toda una vida!

—Le diré algo para que intente entenderlo. Para que piense. Es un acertijo. Usted, ¿qué hace cuando ve muy de cerca el dolor?

—No entiendo...

—¡Claro que entiende! —La reprimenda retumba ahora en los oídos de Julia, que cierra el grifo y empieza a secarse con la toalla.

—El dolor... me acerca al dolor. Me lleva a más dolor. No quiero acercarme, pero me acerco. No puedo evitarlo. Quiero saberlo todo de ese dolor.

—Bien, chica, bien... Pues mi padre era así al principio, creo. Cuando murió Joaquín, al poco tiempo, dejó de investigar, guardó las cuartillas en un cajón y no quiso saber nada de lo ocurrido. No quiso saber nada del pasado. Quiso sobrevivir.

—Ocurrió algo más, estoy segura. Esas decisiones se toman por algo. ¿Qué pasó?

—Le he dicho que es un acertijo. Piense.

—Ya.

—Hemos terminado, estoy cansado.

Al salir de la ducha, ante el espejo y con la toalla anudada en la cabeza, vigila las legañas y las derrota con la punta de los dedos. Por lo demás, no se preocupa demasiado. En la tele la maquillan muy bien. Aunque son casi las ocho de la tarde, el calor no remite. La llama el chófer, que ya está abajo. Julia no termina de acostumbrarse al mundo de la tele. Los chóferes nunca formaron parte de su ecosistema. En San Sebastián, apenas los vio de pequeña. Todavía hoy considera los taxis como un privilegio. Le hace gracia pensar en las preguntas que se harán sus vecinos. Lavapiés tiene una renta media por habitante ostensiblemente más baja que la del resto de los barrios céntricos de Madrid. De repente, los días de tele, una chica sale de su portal y se monta en un Mercedes con los cristales tintados. Una señora muy mayor, al verla, le dijo: «Uy, a

estas alturas, si tiene ese coche, no lo dejes. El carácter se puede domar, pero la cartera, o está, o no está».

—Señora Mendieta, ¿verdad? —la saluda el conductor a través de la ventanilla cuando la ve aparecer.

—No.

—Disculpe, me he equivocado —dice el chófer volviendo a colocar las manos en el volante y con disposición de marcharse.

—Soy Julia Mendieta y, aunque soy una señora, no me gusta que me lo llamen. —Se ríe.

Es una frase que tiene preparada para estos casos. A todos los conductores los descoloca y a ella le divierten sus tics de sorpresa, le quitan los nervios. La tele está a una media hora, pero no puede leer por el camino porque se marea. Si está nerviosa, y ahora lo está, piensa en cosas que le hacen reír. Sonríe, por ejemplo, porque ha escondido las cuartillas del librero detrás de uno de los cajones del armario. En las películas, siempre hay alguien que entra en las casas y roba los papeles con los que empiezan las investigaciones. Ahora que está de buen ánimo, decide llamar a su madre, con la que no ha hablado, más allá de haber cruzado un par de mensajes, desde que se fue de San Sebastián.

—*Ama,* ¿cómo estás?

—Hija, ya en el coche, ¿no? No vayas a llegar tarde.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues, chica, lo sabe todo el que haya puesto la tele. Llevan un montón de horas anunciando el programa. Ten cuidado y no entres en provocaciones, no merece la pena.

—Siempre me dices lo mismo y siempre te hago caso. A mí no me va el barro, *ama*. ¿Qué tal el *aita?* ¿Cómo estáis los dos?

—¿Y esto del Gobierno? ¿Cómo va a acabar? —Su madre esquiva la pregunta.

—*Ama*...

—Dime.

—Hay que esperar. Las anotaciones solo afectan a segundones, a tesoreros... Todos sabemos lo que se esconde, pero las grandes piezas solo caen cuando se demuestra. *Ama*..., contéstame. ¿Cómo estáis?

—Tu padre anda nervioso. Dice que esto no tiene buena pinta, que estas cosas acaban mal. Lo está siguiendo con mucho interés. Además, ahora que está jubilado, tiene todo el tiempo libre y no se ha despegado del móvil ni de la tele. Yo bien, hija. ¿Has cenado?

—Me comeré un par de bocadillitos de esos tan ricos que ponen en la sala de espera. Te tengo que dejar, *ama*. Luego te cuento.

—*Agur,maitia*. ¡Mucha suerte!

—Bueno, señora que no quiere que la llamen señora. Aquí estamos. Creo que me tocará a mí también llevarla de vuelta. Así que luego nos vemos —se despide el conductor desde su asiento.

A algunos colaboradores muy conocidos, mayores que ella, les abren la puerta. A Julia no le ha pasado nunca y no sabría cómo actuar si sucediera. Tendría que buscar otra frase divertida.

Pasa el control de seguridad, se dirige a maquillaje. Suele pasárselo muy bien porque las maquilladoras son casi siempre de su edad.

—Julia, ¡qué ojeras! Anda, vente *p'aquí* rápidamente que tenemos que arreglar esto —la saluda Aixa.

Más de una vez, Julia ha pensado que Aixa es quien debería salir en la tele. Taconazos, voz grave, un carácter arrollador y los pitillos bien prietos. Julia le da un beso en la mejilla y se sienta. Es una sala grande, rectangular, con un espejo horizontal enorme en uno y otro lado. Tres sillas en cada uno, ahora todas vacías salvo la suya. Una

hilera de bombillas redondas, muy blancas, recorren los espejos como si fueran una serpiente.

Aixa la anima a que se inyecte ácido hialurónico en las bolsas de los ojos:

—Mira a mí qué bien me ha quedado y ni te enteras. Pero si quieres seguir así, yo te dejaré espléndida, como una puerta, cada vez que vengas. A ver, ciérrame bien esos párpados... Un poquito por aquí, un poquito por allá... ¿Con el pelo qué hacemos? Después de secarlo, claro. —Aixa sabe que Julia le va a dar vía libre para que haga lo que quiera, pero espera a oírlo por boca de la periodista—. Hoy necesitamos algo rompedor, ¿no? He visto que la cosa está muy calentita. Julia, calma, ¿eh? Tú gritas y yo entro. —Aixa comprueba que la sala continúa vacía, aun así baja la voz—. ¡Nos fundimos a esos viejales!

—Eres la mejor, Aixa. Con el pelo, lo que quieras, pero no nos pasemos de rompedor, que tengo que transmitir credibilidad.

Aixa se parte de risa y añade:

—Hija, qué seria te pones. Si quieres transmitir credibilidad, ya puedes empezar a decir cosas más divertidas, que es de noche y la gente se duerme.

Julia se levanta peinada y maquillada. Aixa la coge por los codos, la mira y le dice:

—Acuérdate. Todos los días serios, todos esos días en los que ha habido nervios, han empezado así y han acabado bien. Me voy rápido para casa, que quiero verte. Estará la sala abierta para que podáis coger toallitas desmaquillantes al acabar.

Julia le da un abrazo y recorre el pasillo hacia la sala de espera. La llama así, «sala de espera», pero en la puerta pone «sala VIP». Saluda al resto de los tertulianos.

Desde que comenzó a ir a la tele, le llamó la atención el silencio de la sala de espera. Cuando va como redactora a una rueda de prensa, se forman corrillos de periodistas donde se comparten chascarrillos. Aquí, en cambio, todo es más serio, salvo en contadas ocasiones. Hoy es uno de esos días de silencio. «Hola», sonríe Julia al entrar. Adánez, de *El Adelanto,* se limita a arquear las cejas. «Hola», contesta Esther Altea, veteranísima, de *El Aviso*. La sala es más bien una salita. Sin ventanas, cuadrada, con dos tresillos enfrentados, con dos mesas pequeñas a los lados y una más grande en el centro, donde están los bocadillos y la bollería. Julia maldice interiormente porque, al ver a sus compañeros, sabe que no va a picar nada y que va a tener hambre durante el programa. No va a comer porque le da vergüenza hacerlo delante de los demás. Es una vergüenza absurda. Está segura de que a alguno de ellos también le apetece comer un bocadillo, y que no lo hace por ese «saber estar» mal concebido. En los desayunos con empresarios pasa lo mismo: todas las mesas llenas de comida... y nadie come. A Julia le pone de los nervios, pero no se atreve a romper esa barrera.

Adánez y Altea consultan el móvil compulsivamente y Julia se dispone a hacer lo propio. Antes comprueba con disimulo qué está leyendo Adánez: *El Universal*. Tendrá cinco o diez años más que ella. Trabaja como corresponsal parlamentario. Es ácido en sus redes sociales, afilado en sus columnas. *Escribe muy bien el hijo de puta*. Y le cae fatal. Julia piensa que los mejores periodistas políticos son así, muy hijos de puta, pero imagina que ella también lo es. Se dio cuenta de que no había marcha atrás cuando se sorprendió actuando a espaldas de un compañero para arrebatarle una noticia. Julia es intransigente y exhibe un rígido código ético en lo que se refiere a sus publicaciones, pero se muestra difusa durante la consecución de sus reportajes. En las tertulias, procura huir de la

confrontación. Se estudia los temas a conciencia y aporta análisis pretendidamente novedosos, fraguados horas antes en su cabeza. Adánez adopta un estilo mucho más televisivo, se lanza a pecho descubierto contra el contrincante; porque así concibe, como contrincantes, a los periodistas que comparten plató con él. No congenia con Julia. Le molesta coincidir con ella porque no entra a sus provocaciones. Esther, mucho mayor que ambos, ya al borde de la jubilación, salpica la tertulia con anécdotas del pasado y paralelismos históricos. Son las diez menos diez. Una azafata toca en la puerta y dice: «Por favor, vamos yendo todos a plató».

A Julia, después de microfonarla y probar su voz, la colocan a la izquierda del presentador. Allí suelen sentarse los periodistas socialmente adscritos a la derecha y, justo al otro lado, los adscritos a la izquierda. La idea, aunque simple, luego funciona bien en pantalla. El juego de las cámaras, el relato urdido desde los extremos, insufla más vehemencia a las discusiones que se van trenzando. A Julia no le incomoda sentarse allí, tampoco al otro lado. Cada día le toca en un sitio. Estos cinco minutos previos al programa le resultan difíciles. Intenta consultar el móvil, pero no se concentra. Suele dolerle la tripa, aunque se le pasa en cuanto se zambulle en el directo. Los nervios. La mayoría de sus compañeros desperdigan el iPad y el móvil en su lado de la mesa. Ella, pese a ser la más joven, sigue apostando por el papel: un folio en blanco y un bolígrafo. Ahí apunta las respuestas que se le ocurren a lo que van diciendo los demás. Es consciente de que su principal defecto pasa por su incapacidad para interrumpir. En la tele, no funciona dejar al contrincante que termine su intervención. «¡El programa se muere, Julia! ¡No te cortes!», la animó el director del espacio al poco de comenzar sus colaboraciones. En la siguiente ocasión, interrumpió

un par de veces para complacerlo, pero sigue sin hacerlo demasiado. Le parece violento. «En cinco, cuatro, tres...».

—Muy buenas noches, bienvenidos una vez más a *La Persecución*. Hoy, como ustedes saben, asistirán a un programa muy especial. *El Universal* ha dejado al Gobierno en una situación muy complicada. Acaba de publicar los contratos que prueban cómo el presidente del Ejecutivo financió su última campaña electoral gracias a las mordidas cobradas a varias constructoras importantes del país. En unos minutos, una periodista de este medio les explicará este asunto y aportará nuevos datos que saldrán publicados en los próximos días. Pero esta historia no acaba ahí. Paralelamente, *El Adelanto* ha publicado las facturas de las opulentas comidas que mantuvo Alfonso Rivas, director de *El Universal,* con el presidente y los ministros más reseñables del Gobierno anterior. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? ¿Cuál es el punto de conexión? También habrá en nuestra mesa de análisis un periodista de *El Adelanto*. No se vayan, un par de minutos de publicidad ¡y empezamos!

Sin que Julia tenga tiempo a reaccionar, el presentador se dirige a ella y a Adánez.

—Por favor, cuando os dé paso la primera vez, no os interrumpáis. Repito: no os interrumpáis. Que cada uno ponga sobre la mesa los datos que tenga. Luego tendremos media hora para discutir. Y eso, en televisión, es una eternidad.

A Julia, pese a que sonríe y asiente, le ha molestado el arranque del programa. Carlos Vargas, el presentador, ha planteado lo que ahora va a suceder como una especie de debate entre los dos diarios. Le ha molestado, aunque se lo imaginaba. Vargas, piensa Julia, es un artista en provocar conflictos para luego aparecer como moderador. *Nos pone a darnos cuchilladas y luego pide calma y*

saber estar. Vaya huevos. Julia no ha querido mirar a Adánez, pero sabe que él sí la ha mirado a ella recurrentemente.

A Julia, el equipo del programa no la ha avisado de que le pedirían «nuevos datos» de la investigación. Eso sí se lo pregunta a Vargas.

—Oye, con nuevos datos, ¿a qué te refieres?

—Joder, Mendieta, pues a nuevos datos, un avance de lo que llevéis mañana. Eso les han dicho tus compañeros de «Política» a los de producción.

A Julia, que vuelve a forzar una sonrisa, se le enciende la bombilla. *El hijoputa de Cáceres*. Coge el móvil y escribe corriendo a Ferrándiz: «Alfredo, por favor, urgente. Pásame los titulares de mañana».

—Como ustedes saben, los contratos publicados por *El Universal* desvelan lo que parece una práctica repetida por el partido en el Gobierno desde hace años. En varias de las regiones donde gobernaba, concedían obras públicas a las constructoras a cambio de algunas mordidas. Dinero en negro que iba a parar a las arcas del partido. Está hoy con nosotros la reportera de este medio y colaboradora habitual de nuestro programa, Julia Mendieta.

—Buenas noches, Carlos. Efectivamente, estamos ante una operación que ha venido funcionando como un reloj en el entorno del presidente Rodríguez. —Adánez emite una mueca sarcástica lo bastante leve para que no se cuele en el directo, pero visible para Julia—. El funcionamiento de esa operación, según los documentos que hemos aportado, era siempre el mismo. El Gobierno autonómico de turno concedía, aparentemente por concurso, una obra pública a una de las tres constructoras implicadas. Tanatorios, piscinas, carreteras, aeropuertos... Hablamos siempre de millones de euros. Entonces, el tesorero del partido en esta región anotaba la entrada, en metálico, de un dinero que llegaba a la organización siempre dos

o tres meses después. Hemos contrastado, pericialmente, la letra de esas anotaciones con la de los miembros del partido implicados. La cuantía millonaria de estas corruptelas se incrementó sobremanera el año inmediatamente anterior a la campaña electoral que llevó a Francisco Rodríguez a la presidencia.

—Gracias, Julia. Eso es todo lo que sabemos hasta ahora pero, según nos habéis transmitido desde *El Universal,* la investigación va más allá. Habrá más mañana y a lo largo de la semana, ¿verdad?

—Sí, Carlos. —Julia, con mano temblorosa, acierta a pulsar la pantalla del móvil para ver si Ferrándiz le ha enviado el titular de mañana, pero no lo ha hecho—. Esto es solo un punto de partida. Tenemos más datos y se irán conociendo a lo largo de los próximos días.

—Julia, ¿no puedes avanzarnos algo más?

—En este momento, se está todavía analizando qué parte vamos a publicar mañana.

Julia sabe que ha patinado. *Ipso facto,* le llega un mensaje de su director: «¿Qué estás diciendo? ¡Mendieta, que son casi las once de la noche! ¿Cómo no vamos a saber qué publicamos mañana? Aportamos más datos. En Castilla y León ocurrió lo mismo». Y Julia vuelve a maldecir a Cáceres, al que imagina al otro lado del televisor celebrando la puñalada.

—Sin embargo, tal y como les decía —retoma Vargas, el presentador—, el director de *El Universal,* Alfonso Rivas, ha sido salpicado por una segunda investigación, esta publicada por su principal competidor, *El Adelanto*. Está aquí con nosotros Javier Adánez, uno de los periodistas que ha firmado estas informaciones. Buenas noches, Javier.

—Sí, buenas noches, Carlos. Como dices, en este caso, es muy importante la secuencia. Conviene explicar a nuestros espectadores

que Rivas ha publicado su «investigación» —dice con retintín, como ridiculizando la palabra— después de que apareciera en nuestras páginas dibujado como lo que fue: un director vendido al Gobierno anterior. Sus fotos en bañador, en la cubierta del barco, compartiendo copas con los miembros más importantes de aquel Consejo de Ministros son solo una anécdota. Lo importante es la categoría: esas facturas tan gruesas de las comidas en los mejores restaurantes de Madrid solían preceder a la inyección de grandes cantidades de dinero a *El Universal*. Aprovecho para celebrar que ya no están en el poder. Aprovecho también para lamentar que un periódico así pueda ser, todavía hoy, el segundo diario más leído de este país, pese a que sus lectores, según los datos oficiales, estén huyendo en desbandada. Blanco y en botella, Carlos. Alfonso Rivas, el director de *El Universal,* protegía al entonces Gobierno en sus páginas y el presidente le premiaba con campañas de publicidad institucional. ¿O es una casualidad que *El Universal* haya comenzado a sufrir grandes penurias económicas justo después de la llegada de Francisco Rodríguez a la presidencia? Lo que también me consta es que estas prácticas han dejado de producirse.

A Julia no le cabe la menor duda de que esa práctica —la del Gobierno que premia a los periódicos más próximos— sigue vigente. Quizá no de una manera tan explícita, pero sí a través de otra máscara. Pero no va a poder entrar en eso cuando se abra el debate. No tiene pruebas y, desgraciadamente, Adánez sí ha publicado imágenes y facturas referidas a Rivas. Julia intenta olvidarse de que Rivas la está viendo. Quiere evitar defenderlo en público, pero sin que se note. No puede parecer que una periodista de *El Universal* considera culpable a su director. Y en la tele los silencios resultan harto elocuentes. Así que decide apostar por la

investigación y centrar el tiro todo el tiempo en las revelaciones de su diario sobre el Gobierno actual.

Vargas cede la palabra a Esther. Julia aprovecha para anotar, de manera esquemática, las cosas que va a decir en su primer turno de debate. Sabe que es lo único que va a poder preparar. A partir de ahí se desatará la tormenta.

—Miren, llevo muchos años en esto. Desgraciadamente, los dos casos que acabamos de conocer, tanto el del director del puro vendido al poder como la ciénaga de corrupción en la que chapotea el Gobierno, no son savia nueva. Nos recuerdan a mucho de lo que hemos vivido desde que llegó la democracia. ¿Qué quieren que les diga? En un país sano, con un ecosistema institucional sano, ni el señor Rodríguez seguiría siendo presidente ni el señor Rivas continuaría al frente de un periódico. También les digo que me preocupa más lo de Rodríguez que lo de Rivas. Porque lo del señor Rodríguez ocurre en la casa de todos los españoles y lo del señor Rivas sucede en un periódico que apenas leo. No es nada personal, Julia.

Adánez había hecho amago de intervenir, pero la mención a Julia obliga a Vargas a dar paso a la periodista de *El Universal*.

—Me halaga que la competencia preste tanta atención no solo a nuestras exclusivas, sino también a la vida interna del periódico. Es señal de que les preocupa nuestro trabajo. —Julia sonríe y mira a cámara en lugar de a Adánez—. Estamos hablando de un escándalo de corrupción con muy pocos precedentes. Esther tiene razón en que hubo casos parecidos, pero todos ellos concluyeron con un varapalo de los tribunales a los partidos implicados. Nuestra sociedad, nuestra fortaleza institucional, va a afrontar ahora la prueba del algodón. La corrupción destapada por *El Universal* es sistémica. Los apuntes de los tesoreros, concluyentes. Acabo de

confirmar con la redacción que mañana, efectivamente, aportaremos más anotaciones. El sistema de las mordidas también le funcionó a Rodríguez en el Gobierno autonómico de su partido en Castilla y León.

—Quiero preguntarte algo, Julia. ¿Por qué dices que esas supuestas anotaciones son concluyentes? Los afectados han dicho que no son ciertas, que eso no ha salido de su puño y letra. Por otro lado, imaginemos, repito, imaginemos, que fueran ciertas. ¿No te parece exagerado hablar de corrupción sistémica cuando el presunto implicado de más rango es un vicesecretario? He elegido solo un par de lagunas entre todas las que ofrece esta «investigación». —Adánez vuelve a mofarse en el uso de esta palabra.

—Espera, espera, que te contesto, compañero, no tengo ningún proble... —lo intenta Julia.

—Perdona, yo te he dejado terminar. Es mi turno. No te preocupes, que ahora termino.

—Mendieta, por favor, que acabe Adánez —interviene Vargas con una sonrisa. La sonrisa del que sabe estar conduciendo un programa que, si nada se tuerce, ganará la batalla de la audiencia.

—Decía que esas son solo dos de las lagunas de las que adolece el trabajo de *El Universal*. Vamos a ver, no seamos inocentes. Si se me permite la expresión, en esta mesa todos tenemos el culo pelado. Sabemos que Rivas está huyendo hacia delante porque ve peligrar su cabeza. Ya no solo en su periódico, donde, tal y como publicó *El Adelanto,* se gesta una conspiración para desbancarlo, sino en la sociedad española. El que aparecía como uno de los grandes periodistas de este país, el que quitaba y ponía presidentes con sus «investigaciones», está siendo catalogado socialmente como el «director del puro vendido al poder». Ahí están las facturas de sus comidas, las fotos con sus amigotes del anterior Gobierno, las...

—Es curioso, Javier, veníamos a hablar de hechos, de las noticias public...

—No, no, ya termino, me gustaría añadir algo más —insiste Adánez que, sonrisa de oreja a oreja, levanta su iPad con las dos manos, como pidiendo al presentador algunos segundos más para leer algunos datos en la pantalla.

—Adánez, por favor, demos la palabra a Julia Mendieta, que esto es una tertulia, hablamos todos. —Vargas siempre utiliza la misma técnica: una de cal y otra de arena para cada contendiente.

—Vargas —solo Esther lo llama por el apellido en directo—, yo también estoy aquí. Espero que esto no se convierta en una guerra de chiquillos. —El dardo, que cualquier día habría calentado a Julia y a Adánez, pasa desapercibido. Solo se miran el uno al otro.

—Ahora voy contigo, Esther. Adelante, Mendieta, por alusiones.

—Decía que me resulta muy curioso que esta noche, en la que se iba a hablar de hechos, mi compañero Javier no hace más que emplear adjetivos. Y me parece bien, pero los adjetivos tienen mucha más relación con la opinión que con la información.

—Con treinta años, Julia, ¿y ya estás dando clases de deontología periodística? —Adánez suelta una carcajada y después niega con la cabeza.

—El Gobierno debe responder a las informaciones publicadas por *El Universal*. La portavoz, tras el Consejo de Ministros, ha rehuido todas las preguntas de la prensa y el presidente no ha dicho ni pío. ¡Nada! La sociedad merece explicaciones. Estamos hablando de un caso del que cada vez conocemos más ramificaciones. Ya he contado que, mañana, nuestro periódico aportará las pruebas de cómo la trama también operó en Castilla y León. Me apena, volviendo a tus preguntas, Adánez, que los lectores de *El Adelanto* se queden sin conocer estos detalles. Sois el único periódico entre todos los de

ámbito nacional que no se ha hecho eco de la noticia. ¿Por qué? Querías poner preguntas sobre la mesa. Creo que esa es también una buena pregunta. —Julia respira hondo. Le aporta mucha tranquilidad enlazar dos o tres buenas intervenciones al poco de comenzar el programa. Es como el deportista que empieza bien el partido. A partir de ahí, puede conducirse con más tranquilidad.

—Si *El Adelanto* no publica esa información es porque no se ha comprobado que sea cierta. No sería la primera vez en este país que las pruebas periciales fueran un apaño. —Adánez responde con suficiencia, pero algo ha cambiado en su rostro. Julia ha aceptado el cuerpo a cuerpo y eso lo ha desarmado, porque nunca ocurre—. Precisamente, no la hemos publicado porque respetamos mucho a nuestros lectores y...

—Adánez, todos los lectores de *El Adelanto* han dedicado hoy mucho más rato de «lectura» —ahora es Julia la que emplea el retintín— a *El Universal*.

—Mendieta, por favor, si le haces una pregunta es para que conteste. No convirtamos esto en un barrizal —tercia el presentador.

—Como te decía, Julia, publicaremos esa información, por supuesto, si un día se demuestra que es cierta. En cualquier caso, te lanzo una pregunta parecida: ¿por qué tu periódico no ha publicado las fotografías de su director en la cubierta del barco, compartiendo festín junto a aquellos ministros que luego regaban con miles de euros vuestra redacción?

—Debieron de fallar los aspersores, Adánez, porque a mí no me rozó ni uno de esos billetes. ¡No me resfrié después de tanto maná encima! Insisto, más allá de la broma...

—No, no, Julia, esto de lo que estamos hablando no es ninguna...

—Carlos, ¿puedo terminar? —Julia sabe que, esta vez, el presentador le va a dar la razón. Y así lo hace, levantando la mano

abierta en dirección a Adánez—. Lo que digo es que debemos centrarnos en lo sustancial: acabamos de conocer cómo el partido en el Gobierno se ha financiado con las mordidas de unas constructoras. La sociedad merece explicaciones. Las merece rápidas y claras. Este silencio es peligrosísimo. ¿Qué van a decir en Europa? Imagino que nuestros espectadores ya han visto las portadas de algunos de los diarios más leídos en Francia, Alemania o Reino Unido. Al contrario que *El Adelanto,* ya han informado a sus lectores de nuestra exclusiva. —Julia se arrepiente al instante del nuevo golpe bajo a Adánez, que ha comenzado a pintarrajear un folio de manera compulsiva.

—Vamos a dar paso a Esther Altea, por favor. Esto no es un debate, sino una tertulia. Esther, adelante.

—¿Qué quieren que les diga? Estoy decepcionada con mis dos jóvenes y prometedores compañeros. Ya han visto cómo evitan responder a las preguntas que se lanzan entre ellos. Ya han visto cómo ocultan el pecado de su propia casa para solo fijarse en casa ajena. Sería absurdo que repitiera ese refrán tan manido. La paja... No tengo mucho más que aportar, Vargas. Solo espero que el presidente del Gobierno, efectivamente, dé la cara. Y también espero que la familia Velázquez, propietaria de *El Universal,* haga lo que tiene que hacer con el director de su periódico.

La posición de Esther Altea, razona Julia ahora que el presentador ha dado paso a unos vídeos explicativos preparados por la redacción para desenmarañar los pufos de Rivas y la relación entre el Gobierno y las constructoras, podría interpretarse como equidistante. Pero Julia piensa que Altea tiene razón. *Hacer excepciones con la corrupción es repugnante*. Le inquieta que esté tan asumido socialmente. Julia está segura de que la mayoría de los telespectadores asiste a la tertulia como a un partido de fútbol. Unos

apoyarán a Adánez y otros a ella. Por fortuna, no deben de quedar más de diez minutos de debate. Tras los vídeos, ha llegado la publicidad. Y la pausa ha sido larga. A Julia no se le escapa que esta noche habrá habido más anuncios de lo normal debido al alto índice de audiencia pronosticado.

—Buenas noches de nuevo —saluda Carlos Vargas—. No se equivocan si piensan que esto de lo que estamos hablando moverá las placas tectónicas del país. Las dos tramas de corrupción analizadas afectan a los llamados poderes fácticos: el Gobierno, las empresas y los medios. Está por ver cómo actúa el otro gran poder: la justicia. ¿Es nuestra justicia realmente independiente? Hablaremos de ello dentro de un rato. Pero, antes, me gustaría pedir un último análisis a nuestros colaboradores. Esther, por favor.

—Insisto, Vargas, me marcho decepcionada. De hecho, tengo ganas de irme a mi casa, qué quieres que te diga. Ojalá los telespectadores mantengan la misma tesis que yo, la de exigir una depuración de responsabilidades en las dos direcciones. —Conforme acaba su intervención, Esther se mete el móvil en el bolsillo y guarda la *tablet* en el bolso. Existen determinadas actitudes que solo la edad permite.

—Julia Mendieta, por favor.

—Muchas gracias por haberme invitado, Carlos. Aprovecho para invitar a los espectadores a leer mañana *El Universal,* donde encontrarán nuevas exclusivas sobre la trama de corrupción que afecta al Gobierno.

—Pero no sobre los chanchullos de su director —la interrumpe un Adánez visiblemente resentido.

—¿Se me va a atacar incluso en este último turno? —alega Julia mirando de nuevo al presentador.

—Siempre se te ha dado bien hacerte la víctima, ¿eh?

—No sé de qué hablas, Adánez.

—Claro que lo sabes. Se está muy bien en la condición de víctima. Tantos años beneficiándote de ello. —El periodista de *El Adelanto* mira a Julia a los ojos, como transmitiéndole que lo que dice no es casual. Julia, al principio, no da crédito. No puede estar refiriéndose a su... —El victimismo, Mendieta, no lleva a ninguna parte. Porque el victimismo huele.

—Creo que ya ha sido suficiente... —balbucea Julia. Carlos Vargas ya no es un actor. No corta a Adánez porque no sabe a qué se refiere. No controla la escena.

—Ya es hora de que abandones tu puñetera condición de víctima. En la vida y en el periódico. A la gente le aburre. Aquí en Madrid y en San Sebastián.

Y Javier Adánez sonríe.

—Eres un hijo de puta.

Julia se levanta y, antes de marcharse, arroja el agua de su vaso a la cara de Adánez. Vargas continúa en silencio. Adánez sonríe todavía más, como si fuera eso lo que estaba buscando. El presentador, que ha debido de recibir una orden por el pinganillo, mira de nuevo a cámara y despide el programa. La luz roja se apaga y grita:

—¡Mendieta! ¡Qué coño te ha pasado! ¿Te has vuelto loca?

Pero Julia ya no está en el plató. Recorre los pasillos lo más rápido que puede. Con lágrimas en los ojos, con el corazón rebotando contra el pecho. Va a salir del edificio. Un guardia de seguridad le advierte:

—Señorita, el micrófono... Se le ha olvidado quitárselo.

Julia agarra el micro, lo desprende de la americana de un tirón y lo arroja al suelo.

Le toca esperar un par de minutos en la puerta hasta que llega el coche. Sigue llorando, pero ya no de rabia, sino de desconsuelo. Le cuesta respirar. El conductor la mira por el retrovisor y, con una empatía que Julia agradece, ni siquiera le da las buenas noches. Su móvil no deja de vibrar. Se resiste a leer los mensajes. Su madre llama continuamente. También su padre.

Llega a casa, se quita la ropa y la tira al suelo. Después, rebusca en la caja de medicinas hasta encontrar una pastilla de Lorazepam. El blíster está casi lleno. Solo la ha tomado en dos ocasiones. Una tras la primera gran bronca con su padre. Otra cuando cubrió para el periódico la primera salida de la cárcel, con permiso de tercer grado, de un sospechoso del asesinato de su abuelo. Marcos y Clara, a los que llamó por teléfono pensando que estaba a punto de perder el control, no entendieron el motivo del ataque de pánico. Porque no saben, nadie lo sabe, que Mendieta es el tercer apellido de Julia.

VIII

—Entonces... usted ya había estado aquí.

—Sí, pero lo importante no es que haya estado yo. Lo importante es quiénes estuvieron antes.

—¿Le importa que paremos un momento?

Pone el freno a la silla de ruedas del librero y, aprovechándose de la oscuridad del lugar, desploma la espalda en la pared. A Julia le pesan los brazos y las piernas. La resaca de la medicación. Le pesa también la mera posibilidad de que la amenaza de Adánez se cumpla. «¿Y si lo publica? ¿Y si desvela tu nombre y te relaciona con el *aitona?»,* le ha preguntado su padre por la mañana. Julia sabe lo que esconde esa pregunta: el temor a que regresen las tardes largas de su hija en la cama, la sesión diaria de psicólogo, los ojos turbios. Julia lleva intentando deshacer ese nudo desde que llegó a Madrid, pero no puede. Es absurdo, un sinsentido. Pero colapsa. ¿Qué importa, a estas alturas, que la gente, la gente en general, incluidos sus amigos y sus compañeros, sepa que su abuelo fue asesinado por una banda terrorista? ¿Cuántos miles de personas llevan prendida de su biografía esa misma condición? Sin embargo, la mera mención de su abuelo conecta eléctricamente en su cabeza con la prescripción, con la actitud de su padre, con el silencio de su madre, con el ambiente asfixiante, con las personas que dejaron de saludarlos. Y sucede. Colapsa. Su padre, en el mismo mensaje, le ha escrito: «Estoy contigo». Ha trascendido el verbo de oficinista que acostumbra a utilizar en el WhatsApp. Julia lo ha sentido en su

literalidad. A su padre con él. Como hacía mucho que no lo sentía en un episodio relacionado con el abuelo.

Hay mucha humedad. Se nota que las puertas de esta sala han estado cerradas durante años más allá de algún trabajo de mantenimiento. El crujido al abrirse ha delatado su falta de uso. Julia está ida. Ni se ha inmutado cuando Ramón le ha dado veinte euros a un chaval para que las abriera a golpe de hombro. Apenas ha escuchado la explicación técnica: están dentro de la Montaña Artificial, en el parque del Retiro, levantada por Fernando VII en el siglo XIX. Al otro lado de la puerta, en su cima, se pueden ver cascadas y riachuelos. Julia conocía ese lado de la montaña de sus paseos con Iván, pero no había reparado en la puerta por la que han entrado. Está en una de esas rectas de polvo y piedra que bordean el parque.

—No estás para lecciones de arquitectura, ¿eh? Te voy a tratar de tú porque me cuesta menos esfuerzo y porque ya sé qué es lo que te lleva a esa especie de purgatorio.

—Ramón...

—Me han puesto el vídeo por la mañana en el hospital. Las enfermeras te reconocieron. Estuviste soberbia... Y ese canalla. Ya sé de lo que hablaba. Hablaba de tu abuelo.

—No me gustaría hablar de eso.

—Ahí está nuestra igualdad de condiciones. En tu abuelo y en mi hijo. El otro día tartamudeaste cuando hablaste de tu abuelo. Ya estamos al tanto de nuestras vulnerabilidades. Tú sabes que yo sé cuál es tu talón de Aquiles. Y tú sabes que yo sé que no quieres hablar. Por eso no me vas a preguntar por mi talón. Porque sabes lo que se siente al escuchar las preguntas.

Tantas preguntas. Todos los mensajes que ha recibido desde que se ha levantado giran en torno al enigma que deslizó Adánez en

directo. Ferrándiz, Marcos, Clara. Hasta Rivas. A todos les ha pedido tiempo. Por fin ha esgrimido una verdad para hacerlo: «Estoy tirando de un hilo, estoy bien. De verdad, estoy enganchada a algo». A Ferrándiz, por primera vez, le ha mencionado lo de los nazis, pero no le convence: «Los periódicos están llenos de reportajes de nazis. ¿Qué vamos a descubrir nosotros?». Cruza su pensamiento, como una estrella fugaz, apenas le da importancia, el audio de Vargas: «No sé qué te pasó, Mendieta. El programa fue un pelotazo. Estate tranquila, te seguiremos llamando. Pero hay que esperar unas semanas. No puede parecer que lo de ayer no tiene consecuencias». A Rivas, para cortar la conversación, le ha dado a entender que se trata de un trapo sucio, de una relación. Y como él sabe lo que es aparecer en los periódicos abrazado a una mujer que no es la suya, ha callado. Eso sí, le ha advertido: «Mendieta, solo una cosa... No soy gilipollas. Ya sé que ayer esquivaste la posibilidad de defenderme. Pero para mí fue suficiente que estuvieras ahí».

—Muchacha... Vamos a seguir. Haz un esfuerzo. Tenemos que estar de vuelta en el hospital antes de las siete.

El hospital. Un vendaval de culpa. Julia sigue pensando en su abuelo y en el riesgo de que la desenmascaren a pesar de la conversación que ha tenido con el médico y la enfermera antes de salir de allí. Aunque se empeña, no puede pensar en eso. Casi como cuando adolescente, como cuando comenzó a entender lo que había pasado, su abuelo resucita en la memoria. Y está ahí, cambiando los cartuchos de la máquina de escribir, envuelto en el humo de la pipa marrón que cuelga de su boca, consultando libros gordos y viejos, corrigiendo los folios a mano, volviendo a teclear el texto final. «Mira, Julieta, los folios tienen que estar así, sin una sola arruga. Si no, no se tomarán el artículo en serio». Después, la última etapa del

ritual. El paseo de su mano hasta aquella redacción y el sobre entregado en la entrada.

—Julia. —El librero nunca la llama por su nombre—. De verdad, no tenemos tiempo.

El tiempo. Ahora sí logra conectar. Y piensa en la conversación con los médicos antes de salir del hospital.

—Señora...

—Julia. Julia está bien, gracias.

—En las pruebas que le hemos hecho a su tío para descartar fracturas... hemos detectado un tumor en el pulmón con metástasis en el cerebro. Lo sentimos de veras. Queremos ser francos: no hay tratamiento posible. Solo paliativos. Queríamos localizar a su hijo para tenerlo al tanto, pero después de la discusión del otro día... Quizá es mejor que se lo diga usted a ambos. Nosotros podemos hacerlo, pero, en ese caso, los psicólogos del centro recomiendan que haya un familiar cerca.

—¿Cuánto tiempo le queda?

—Puede ser un mes, pueden ser seis meses... Es difícil saberlo. Pero no le queda mucho.

Julia coloca una mano en la silla de ruedas y con la otra sostiene el móvil. Se le hace difícil conducir y, al mismo tiempo, alumbrar el espacio. Las paredes son una mezcla de ladrillo rojizo y hormigón gris. En el suelo, algunos charcos. Pese al calor de fuera, nota algo de frío. Incluso cierta corriente de aire. Como si le leyera el pensamiento, Ramón apunta:

—Debe de haber algún conducto de ventilación. El techo está muy alto, quizá a más de cinco metros.

A Julia le sorprende la capacidad de aislamiento de la Montaña Artificial. Pese a estar la puerta entornada, no escucha ruido del

exterior. La rendija de luz que entra desde fuera es como un rayo de sol que une el umbral con el centro de la estancia.

—Mira esa pequeña línea de luz, periodista. —Julia da unos pasitos desde la pared hasta el centro de la sala, como si fuera una funambulista caminando por el alambre—. ¡Es una metáfora! ¡Hemos alcanzado la luz por primera vez en esta historia! —Al ver que ella continúa en silencio, prosigue con su relato, consciente de que no se está explicando bien—. Todas las grandes historias no son nada más que la búsqueda de una luz. ¡Desde el comienzo de los tiempos! O, mejor dicho, desde el comienzo de la literatura. ¡La luz es el grial, chica! Los poetas, los pintores, los novelistas... Pero también los policías, los científicos, los inventores. Ahora vas a aprender a manejar el fuego.

—¿Y para eso me ha traído a una cueva? —Julia responde con ironía, pero es una ironía a modo de defensa. Le preocupa la pasión con la que habla el librero. Aunque casi no le ve el rostro, es como si imaginara esa luz de la que habla en las pupilas de sus ojos. Una luz delirante en los ojos de un hombre que está muerto y no lo sabe.

—Ten paciencia, ten paciencia. —Ramón baja un poco la voz—. Hemos venido por Nagel y el resto de los alemanes, pero he visto esa luz y... Nosotros estamos buscando la luz. Solo quería recordártelo.

Julia se pone de cuclillas, abre el bolso y saca la libreta. En una postura algo incómoda pero eficaz, logra encontrar acomodo para escribir. Alza la vista. Se encuentra a un Ramón nervioso, que agita los brazos y niega con la cabeza.

—¡Estáis condenados a la inmediatez! Qué desgracia. Guarda eso, cojones, y escucha. Ya apuntarás luego. Es importante que mires, que imagines. No importa la literalidad de lo que te voy a contar. Lo que importa es la vida que puedas encontrar. Luego ya lo apuntarás

en tu casa, pero ahora escucha. Por favor, escucha, Julia. —Al oír su nombre, la periodista sabe que Ramón va en serio. Pese a conocerlo desde hace pocos días, se cree capaz de comprenderlo a través del tono. Piensa que, en su caso, es casi más importante que las palabras. Así que guarda la libreta, se incorpora, da unos pasos y vuelve a apoyar la espalda en la pared, a pocos centímetros de la silla de ruedas—. Fue en diciembre de 1979. Si hubieras aparecido algunos años antes en la librería, te podría haber dicho incluso el día de la semana. He ido olvidando detalles... Pero recuerdo lo sustancial. Era, como te digo, diciembre de 1979. Ya lo sabes, y si no lo sabes, atiende, porque el contexto es importante. Una democracia recién estrenada. Muy bulliciosa, a ratos violenta. Habían pasado cuatro años desde la muerte de Franco, pero Franco estaba mucho más muerto que ahora. Era como si hubiese pasado un siglo. Por lo menos para los que entonces éramos jóvenes. La sociedad, con algunos matices, se había impuesto el mandato de mirar hacia delante. Había un pacto tácito entre empresarios, políticos, banqueros, artistas... El esfuerzo era de los que tenían la guerra en el recuerdo. A la generación de posguerra, la nuestra, le costaba menos. Todo esto te lo cuento porque, si no, cuando llegue al final, me preguntarás: «¿Y cómo es posible que nadie quisiera saber?». —Esta vez, al imitar la voz de Julia, el librero no la ha ridiculizado—. Total, que aquel día de diciembre de 1979, al atardecer, di por primera vez en la diana.

—Vio a Nagel.

—Sí. Como te dije, mi padre me dio los papeles antes de morir. Yo seguí con la investigación. En aquellos finales de los setenta, todavía vivían muchos de los miembros de aquella red. Estaban desperdigados por toda España. Había dos grandes núcleos: Cataluña, en la zona de Gerona; y la Costa del Sol.

—¿Y el norte? ¿Qué pasó con Bilbao, San Sebastián o Santander? Ese era el seguimiento de los papeles.

—Espera, joder, esp... —Lo ha contrariado que Julia haya interrumpido su exposición, pero es como si se hubiera percatado de que la pregunta resulta conveniente, porque da marcha atrás y la contesta—. No puedo responderte con certeza, pero el País Vasco era un lugar muy agitado en ese tiempo.

—Se refiere a ETA. —A Julia le tiembla la voz y el librero la mira con brusquedad. Es como si Ramón tuviera un radar para las tribulaciones del otro. Y es paradójico, piensa Julia mientras sostiene su mirada, porque luego casi siempre carece de empatía en la conversación.

—Sí. Aunque no he encontrado lo que podríamos llamar una prueba, sí constaté que, cuando el franquismo comenzó a agonizar, casi todos se mudaron. Puede que les pesara el miedo a ETA, no lo sé. —Ramón habla más despacio. Julia está segura de que ha notado cómo le ha temblado la voz al decir «ETA».

—Pero estamos en...

—Sí, muchacha, a eso voy. Estamos en Madrid. Porque Nagel fue uno de los que se marchó. Y se instaló aquí, en Madrid.

—Entonces, en el atardecer de aquel día de 1979... —Julia recupera el tono y finge una repentina jovialidad para esquivar las miradas inquisitivas que le ha lanzado Ramón cuando ETA se ha cruzado en el relato.

—Aquel día me la jugué. Aquel día entré aquí dentro. Llevaba tiempo siguiendo a Nagel. Vivía con total normalidad. En la calle de Ibiza, a la espalda de este parque. Estaba, como quien dice, jubilado. Pero Karl Nagel, como te digo, era lo que podía llamarse un españolito de a pie. Hacía sus recados por el barrio, tenía un buen

piso, un coche más que decente y sus planes consistían en ver algunos partidos de fútbol en el bar, pasear no muy lejos de casa y...

—Venir aquí.

—Exacto. En mi seguimiento, durante meses, comprobé que Nagel venía aquí una o dos noches al mes. Me costó muchísimos años, ¡años!, darme cuenta. Porque yo no lo seguía de noche. Al encontrarme con una vida tan tranquila, creí que no salía de casa pasadas las diez. De hecho, el final de su rutina diaria consistía en un paseo de una media hora que daba con su mujer después de cenar. Todos y cada uno de los días. Sábados y domingos incluidos. Pero una noche como aquella de diciembre de 1979... —A Ramón le falta el aire. Ha hablado muy rápido y en muy poco tiempo. No parece que sea familiar el dolor que lo asalta porque se lleva las manos a los costados. De una zancada, Julia se sitúa frente a él. Escucha una respiración metálica. Le pone una mano a cada lado de la cara. Piensa en el diagnóstico.

—¡Ramón! ¿Está bien? ¿Necesita que llame a un médico?

—Estoy bien, estoy bien. La falta de costumbre. ¿No ves que nunca hablo con nadie? No tengo clientes; solo tengo atracadores. —El librero coge las manos de la periodista y las separa de su rostro. Julia cree percibir una caricia, pero ha sido un roce muy leve, quizá una casualidad.

—Venga, vamos al hospital, ya vendremos mañana.

—No, no, las cosas hay que terminarlas, chica. Un día como aquel, decía, o mejor dicho, una noche como aquella, Nagel volvió a salir del portal poco después de haber entrado con su esposa. Iba a buen ritmo, el que le permitía su edad. Tendría ochenta años, pero mantenía la espalda erguida. Abundante pelo blanco y unos ojos muy azules. Incómodos. Solo me miró una vez. En un bar. Él salía del baño y yo entraba. Estuve unos segundos dentro de esos ojos,

pero me parecieron minutos. Hacía frío, me encontraba mal dentro de esos ojos. Fue muy raro, muchacha, pero fue así... —Se atraganta.

—Ramón, ¿seguro que está bien? —A Julia le cuesta conectar. Recuerda que se ha comprometido con los médicos a darle hoy la noticia.

—Lo vi entrar en este lugar. Fue muy raro. Conozco muy bien este parque. Ni siquiera me había fijado en que aquí —la señala con el dedo— había una puerta. ¡A ti te ha pasado lo mismo cuando hemos llegado! Esa es la ventaja de este sitio. Está a ojos de todo el mundo, pero nadie repara en él. La Montaña Artificial. Esperé fuera, incluso del parque, mirando desde la verja. Me fumé dos paquetes de tabaco, no llevaba reloj; esa fue mi medida del tiempo. Cuando salió... aparecieron más. ¡Salieron ellos!

—Más miembros de la red.

—Muchos más. Ocho o nueve. A tres de ellos —Schmidt, Schäfer y Krämer— los tenía ya fichados. A los demás fui poniéndoles nombre poco a poco. El seguimiento, cuando empecé con esto, no solo consistía en comprobar si estaban vivos, sino en averiguar su participación en... algunas cosas.

—¿Cosas?

—Su papel en... determinadas operaciones. No todos eran... No todos son igual de interesantes.

—¡Qué quiere decirme! ¡Qué buscaba! ¡Qué busca!

—¡Espera! —Ramón vuelve a llevarse la mano a la zona de las costillas. Julia hace amago de empujar la silla hacia la puerta, pero el librero levanta la otra mano y suplica tiempo. Después de tragar saliva, continúa—. Espera, no vayamos tan rápido. Tardé varios meses en comprobar que esa reunión era habitual. Un día no me resistí y entré.

—Ese día de diciembre de 1979.

—Lo seguí a unos diez o doce metros. Me acerqué a la puerta cuando calculé que todos estaban dentro. Te habrás fijado en que es fácil vigilar el sitio porque está en medio de una recta. Es prácticamente imposible que se acerque alguien sin que lo vea el que está a punto de entrar. Empujé muy suave.

—¿Vio usted algo?

—Vi mucho.

—¡Venga!

—Pude ver porque estaban todos en el centro. —Ramón señala el lugar exacto—. Había una mesa, y encima, una lámpara bastante grande. Imagino que funcionaría a pilas. Estaban sentados en unas sillas muy cutres, de plástico negro, de esas que ponen en las verbenas municipales.

—¿Y qué? —Hace rato que Julia está delante de él de nuevo, y no a un lado.

—¿Qué de qué?

—¿Qué hacían?, ¿qué decían?

—No tengo ni puñetera idea de qué decían. Hablaban en alemán. ¿Sabes? Al empezar con todo este tinglado, intenté aprender alemán. Pensé que sería una inversión. No solo para perseguir a esta gente, sino para leer a grandes autores o ir a la ópera y no tener que leer los subtítulos. Pero me fue imposible. Es dificilísimo. Total, que no supe qué decían. Yo tenía mucho miedo. Entré y me arrimé a la pared en una zona de sombra no alcanzada por la luz de la lámpara. Estaba lo bastante cerca de la puerta como para echar a correr si alguno de los alemanes se giraba. ¿Y qué hacían? Pues muy sencillo: jugaban a las cartas, bebían cerveza, cantaban alguna canción y comían bocadillos.

—Está usted de broma. —Julia, muy seria, ha cerrado la libreta y mira a Ramón con los brazos en jarra, casi desafiante.

—¿Qué esperabas, periodista? ¿Que estuvieran torturando a un niño indefenso? ¿Que se hubieran puesto el uniforme de las SS? ¿Que hubiesen empezado a gritar «Heil Hitler» o «Sieg heil»? ¡Esto es la puñetera realidad, no una película americana!

—...

Julia no responde y Ramón, al ver que ha sonrojado a su interlocutora, se da prisa en continuar.

—No pude leer entre líneas. No sé si recordaban su pasado. No sé si seguían convencidos de su causa. Ni siquiera sé si lo estuvieron entonces o si lo hicieron por obligación, miedo o dinero. Todo esto es muy difícil, ¿sabes? Por eso es tan interesante. Porque esta historia encierra al hombre en toda su complejidad... Al cabo de un rato, me marché. No sé si fue media hora o dos horas. Pero salí de allí y me fui a casa. Fue una sensación extraña. Era como si hubiera alcanzado lo que tanto deseaba, pero al mismo tiempo me invadió... una parálisis. Quería seguir, pero no podía.

—¡Nunca intentó hablar con Nagel! ¡Ni con ningún otro! No me lo puedo creer. —Julia parece haberse olvidado de las dolencias de Ramón. Se lleva las manos a la cabeza como si sintiera un dolor—. ¿Esto se acaba aquí? —En un arrebato de ira, tira el bolso al suelo.

—Eh, eh, frena, muchacha. Vigila ese pronto. Es muy parecido al mío y no lleva a ningún sitio bueno. Esto no acaba aquí, esto solo acaba de empezar.

—¿Entonces? —La pregunta de Julia es casi un susurro. Se ha desinflado como un globo. La certeza de que «esta historia», como la llama Ramón, no es la que necesita publicar el periódico parece haberla golpeado.

—Falta lo fundamental. El acertijo. ¿Por qué mi padre perseguía a Nagel? ¿Por qué yo lo he perseguido tanto tiempo? ¿Por qué todo esto no se ha terminado? Por eso estás aquí. Pero necesitamos tiempo, más tiempo... —Ramón coloca sus manos en los asideros sobre las ruedas de la silla y se impulsa camino de la puerta.

—¿Vas a dejarme así? —Julia empieza a andar a su lado. Lo ha tratado de tú sin querer.

—Estoy cansado.

Salen al parque. Ninguno de los dos se preocupa de que puedan estar observándolos. Julia había pensado en tomar un par de fotografías, pero la desilusión ha hecho que lo olvide. El cielo ha cambiado de color. Tiene un tono en la frontera entre el gris y el naranja. Sopla algo de brisa, aunque el calor permanece. El reloj marca las ocho y cuarto. *¡Las ocho y cuarto! Menuda bronca nos van a echar*. Ramón, al borde de la calzada, donde empieza un paso de cebra, agita la mano para pedir un taxi. Julia extiende el brazo y, cariñosamente, detiene el gesto del librero. En ese instante, él se da la vuelta y la mira.

—A ti te pasan dos cosas. Una es tuya, esa que no me quieres contar, la que empata con el tema de mi hijo, que tampoco te quiero contar. Pero te pasa algo más... Me pasa algo a mí. Es eso, ¿no?

Julia conduce la silla de ruedas hasta el banco más cercano. Se sienta enfrente de Ramón.

—Lo que precisamente no tenemos es tiempo... No te queda mucho tiempo.

Es la primera vez que le da a alguien una noticia así. Siente algo ligeramente similar a cuando hacía reportajes de sucesos. Se tiró casi un año llamando por teléfono a familiares de víctimas y homicidas justo después de la tragedia. Siempre creyó que esa labor no le había enseñado nada, pero quizá ahora... Aunque le resulta

parecido, percibe haber traspasado una pantalla. Ramón no es un desconocido, tampoco es un amigo. A Julia le da tiempo a pensar todo esto porque el librero, esta vez, no la mira directamente. Callado, ha derramado los ojos por El Retiro, que está a cuatro o cinco metros, al otro lado de la verja.

—¿Necesitas algo? ¿Cómo puedo ayudarte? ¿Quieres que avise a...? —En cuanto lanza la tercera pregunta, Julia repara en su error y calla.

—Necesitaba tiempo, muchacha. Pero ahora entiendo. Claro que ahora entiendo.

—¿A qué se refiere?

—A las miradas. Las enfermeras y el médico me miraban distinto. Como con pena. Quien ha sido mirado con pena alguna vez no lo olvida nunca. Tengo un radar para esas miradas.

—Creo que yo también.

—Bueno, venga, dispara y nos vamos. ¿Qué es? ¿Cuánto me queda?

—Meses. No han sabido especificármelo. Es un cáncer de pulmón. —Al escuchar las palabras de Julia, Ramón se lleva una mano a cada costado, pero no como antes. No hay dolor. O no lo parece. Es como si quisiera palpar la enfermedad—. Un cáncer... con metástasis en el cerebro.

—Es normal. He fumado mucho. Lo que no tenía que haber hecho nunca es dejar de fumar. Me cambió el carácter a peor. Venga, vámonos. Además, tú tendrás cosas que hacer. —No ha terminado la frase cuando vuelve al mismo paso de cebra de antes. También con la mano levantada. Se detiene un taxi y baja la ventanilla—. Disculpe, ¿puede pedir a la emisora que envíen uno más grande? Para que entren un viejo con muy malas pulgas y una silla de ruedas.

—Ramón, alguien más debe saberlo.

—Periodista, hemos hecho un trato. Respétalo. Ah, y apunta esto: Gustav Hafner. Calle Lope de Rueda, número 4.

—Uno de los alemanes que venía aquí —dice ella con incredulidad.

—Ahora es cuando empieza tu trabajo. Los papeles son tuyos.

IX

El pelo le quema en los hombros. Sonríe con cierta malicia. Es uno de esos días en los que Iván dice que da miedo. A Julia le encanta disfrutar de su seguridad. Siempre está fingiendo que la tiene. Así que, cuando es verdad, muerde. Tiene enfrente, al otro lado de una calzada estrecha, el número 4 de Lope de Rueda. Y no tiene, al otro lado del teléfono, a nadie que la moleste.

Porque esta mañana, en el periódico, le ha dicho a Ferrándiz que acaba de encontrar las señas de «un nazi vivo». Ha visitado la redacción para aplacar a su jefe, que quería pedirle explicaciones de lo que pasó en la tele, de su reportaje. Además, Rivas había convocado a los periodistas para darles un mensaje muy claro: «Esto es una guerra contra el Gobierno y *El Adelanto*. Quien no quiera remar en la galera, que se vaya». Mientras escuchaba al director, Julia notaba que sus compañeros la miraban. Era como haber entrado desnuda. Y al salir, Cáceres, «el hijo de puta de Cáceres», le ha puesto la mano en el hombro y le ha dicho: «Uribe... digo Mendieta. Vaya lío el de la tele, ¿eh? Maneja buena información el cabrón de Adánez. Sabía de lo que hablaba. Algunos sabemos». El intestino, de golpe, con mil nudos, como si un duende le estuviera dando vueltas y vueltas, disfrutando de su dolor. Ferrándiz la había recibido con un taco enorme de folios, los reportajes publicados sobre nazis en el último año: la búsqueda del wolframio, el belga alabado por Hitler que acabó en España, los protegidos por Franco...

Pero, cuando ha escuchado «está vivo, Alfredo, ¡está vivo!», ha aceptado la tregua. Eso sí, le ha transmitido un temor.

—¿Hace cuánto que no se sabe de él?

—Mi fuente no lo vigila desde hace dos o tres semanas. —Eso le había contado Ramón por teléfono justo antes.

—Puede haber muerto; puede haber perdido la cabeza.

Julia sonríe porque el intestino se le ha ido desenredando conforme se ha acercado a Lope de Rueda. Son eso, las ganas, el reportaje en marcha, la posibilidad de una isla en la que refugiarse sola con su personaje. La idea de vivir dentro de otro universo. La contingencia de sumergirse en una especie de realidad que es como si fuera ficción. Un lugar donde ella es Julia Mendieta y nada más. No es que ya no quiera desmigar la intuición de que Cáceres y Adánez trabajan juntos o embrollarse en el riesgo de que se pueda publicar la historia de su abuelo. Es que no puede. Solo mira al número 4 de Lope de Rueda.

Su determinación es la de la otra Julia. La de aquel viaje a China. Le viene a la cabeza esa imagen. Aquel puente de cristal a trescientos metros de altura sobre un barranco. Iván no quería cruzar, pero ella sí. Lo convenció. Lo agarró de la mano, sacó una foto a la mitad del puente, y lo llevó hasta el otro lado. Era ella la que conducía hacia la vida. O aquel otro viaje a Croacia —una imagen que no sabe por qué también se le cuela ahora en la mente —, cuando Iván no quería coger el barco hasta esa isla donde se conservaban los restos de la Armada yugoslava. Era él quien había tomado notas porque le apetecía: la isla que tanto tiempo había estado cerrada al público donde se pueden ver hoy los túneles militares y los garajes submarinos del mariscal Tito. Cuando aterrizaron en Split, los periódicos hablaban de una banda de

atracadores escondida allí. Aun así, seguían zarpando los barcos con turistas. Iván se arredró, no quería. Y fue ella la que lo convenció.

Julia no tiene apenas datos de Gustav Hafner. Solo su relación con Karl Nagel y otros nacionalsocialistas que se reunían en la Montaña Artificial, además de algunas menciones a su trayectoria militar, aparentemente irrelevante, rescatadas de la hemeroteca de prensa histórica. Son periódicos españoles. No ha podido consultar la hemeroteca alemana, donde seguro que dejó más rastro. El hecho de que el personaje sea, *a priori,* un militar anónimo no la decepciona. Ya imaginaba que no iba a encontrar con vida a un dirigente del Tercer Reich. A vuelapluma, calcula que Hafner tendría veintipocos años al estallar la Segunda Guerra Mundial, lo que no le habría permitido encarnar cargos de responsabilidad. Esta circunstancia juega a favor de Julia: ese anonimato le garantiza el descubrimiento de un personaje a sus ojos y a los de sus lectores. La novedad riega de gasolina la investigación. Cualquier dato, por minúsculo que sea, será una victoria.

Julia sigue intentando vislumbrar si hay portero para no tropezar en la entrada. Julia tiene la mirada de cerilla. Eso le decía el *aitona:* «Julieta, cuando miras así, tienes los ojos como cerillas. Hay algo a punto de arder».

Después de casi diez años, Madrid le sigue pareciendo un mastodonte. Su trabajo, que cada semana la lleva a un sitio distinto, le permite conocer rincones casi sin querer. *Esta ciudad no se acaba nunca*. La calle Lope de Rueda es uno de esos rincones. Y le parece mentira porque nace en Alcalá, la recta más larga de Madrid; y porque está a tiro de piedra del Retiro y de plazas como Cibeles. Es una calle cualquiera. Una buena señal: la experiencia le dice a Julia que las grandes historias nacen en sitios así, repletos de vecinos que salen en el telediario diciendo: «Era una buena persona, me

ayudaba a subir la compra». Y esa frase vale lo mismo para un asesino en serie que para un ganador de la lotería.

La calle es estrecha. Árboles a los lados, de copa redonda y frondosa con hojas de un verde oscuro. Hay bares cuadrados, de esos de barra metálica y pinchos en la vitrina. Julia se asoma a un par de ellos para componerse un retrato del vecino prototípico. Pese a la cercanía del barrio de Salamanca y a ser la hora del café, se encuentra con mucho jubilado. Son jubilados, parece, de clase media-alta. Con la vida resuelta. Julia sonríe porque los jubilados, en días como hoy, casi siempre llevan camisa de manga corta. *Solo a ellos les queda bien la manga corta*. Se ríe otra vez, pero cambia de canal en su cabeza porque recuerda la bronca que le echó a Iván por comprarse un par de esas camisas. Se fija en las tiendas. Tienen el mismo tamaño que los bares y sus nombres le permiten adivinar que muchas de ellas están a salvo de las grandes cadenas y de los negocios franquiciados. Antes de enfilar el portal de Hafner, concluye que dispondrá de un arma de doble filo. *Seguro que los vecinos se conocen. Bueno para obtener datos, malo para pasar desapercibida*.

El número 4 de Lope de Rueda también cumple a la perfección con el entorno: un edificio que combina la pared blanca con el ladrillo rojo. El portal, sombreado en piedra, es de metal negro con un cuatro dorado. Julia observa con disimulo. El sol le hace reflejo y le impide adivinar su interior. Fingiendo una llamada, se pone a dar pasos en círculo frente al portal. Entra una vecina de unos setenta años con un carro de la compra, que mira a Julia de arriba abajo. Al rato, sale el portero del edificio, también en manga corta, camisa blanca y corbata negra. Julia está segura de que la vecina le ha dicho algo porque el portero, sin importarle que esté en medio de una —falsa— llamada, le pregunta:

—¿Necesita usted algo?

—Vengo a entregar un paquete a un señor alemán, que se apellida... —Julia abre el bolso y hace como que rebusca dentro—. Es que me cuesta pronunciar el apellido.

—Espere... Deme un momento.

El portero regresa al interior. Julia, con la mayor naturalidad de que es capaz, sujeta la puerta con la mano y entra detrás. El portero se queda parado y la mira con extrañeza. Levanta un teléfono fijo que hay en su mesa de madera y llama.

—Amelia, soy Paco... Me dicen que tienen un paquete... No, no sé lo que es... Ah, vale, vale. —Se dirige a ella—. No esperan ningún paquete. Además, ya no vive ningún alemán en el segundo.

Julia se despide con un «muchas gracias» y aprieta el puño dentro del bolsillo. *O no esperan ningún paquete o no vive ningún alemán en el segundo. Además, ¿quién había hablado del segundo?* Cruza a la acera de enfrente, mira al segundo piso y llama a Ramón. Cuatro ventanas. Sobre una de ellas, justo cuando Julia posa sus ojos encima, cae una cortina que cubre el cristal. El librero se ahoga en su propia ansiedad.

—No, Ramón, todavía no he podido subir... Sí, sí, de aquí no me muevo. En cuanto salga el portero, yo subo... Bueno, es un riesgo que hay que correr... En eso tienes razón. Si pregunto por Hafner y están usando un apellido falso, sabrán que lo estamos buscando, pero no nos queda otra... Haz el favor de tratar bien a las enfermeras... Joder, eres incorregible... Que no, que no me muevo hasta que pueda entrar.

Cruza al bar de enfrente. No le ha preguntado a Ramón por qué ese obsesivo interés en Hafner. Sabía que no iba a contestarle. Eso sí la incomoda. Es como una mosca volando cerca de su oreja continuamente. Ella sabe que está ahí por su reportaje, pero quiere saber qué es lo que mueve al librero. Qué es lo que lo mueve con

esa visceralidad. Se sienta junto a la cristalera tras asegurarse de que, desde su taburete, puede observar el portal sin estorbos. Pide un café con hielo y pregunta al camarero aparentando desinterés.

—Hacía mucho que no venía por el barrio. ¿Qué fue de aquel señor alemán tan mayor? ¿Vive?

—¡El señor Leibniz! Siempre a las once en punto. Que yo sepa, no ha muerto. Lo vi paseando con su hija el otro día, pero hace un par de semanas que no lo trae.

—Qué cabeza la de ese hombre, ¿eh? Qué maravilla.

—Pues no tengo ni idea de la cabeza. Solo sé que parece cabezota. Conmigo, desde luego, no habla mucho. Y con su hija tampoco.

—¿Está seguro de que es su hija?

—Cago en la mar, qué preguntas tenéis los jóvenes. Lo llama «padre», no va a ser su marido.

El camarero, también camisa de manga corta, con un trapo enorme colgado del hombro, le ofrece a Julia una servilleta, unos palillos y unos cuantos terrones de azúcar. Ella declina la invitación con la mano y una sonrisa de oreja a oreja que es sincera. Porque, si nada se ha truncado en los últimos días, Gustav Hafner, con el sobrenombre de «señor Leibniz», está vivo y con la cabeza sobre sus hombros. Suena el teléfono.

—*Ama,* ¿qué tal? ¿Qué haces? —Julia juguetea con los hielos sin perder de vista la puerta. El portero, a ratos, se acerca a abrir, pero no abandona el edificio.

—¿Un café a estas horas? ¡Que oigo la cucharilla, Juli! Luego no vas a dormir, ¡son más de las cinco!

—Tú no eres una madre, eres un sabueso. Aquí estoy, detrás de un reportaje. Nada nuevo. Contenta. Oye, muchas gracias por las conservas. Qué a gusto voy a cenar hoy también.

—Aprovecha, aprovecha, que ya sabes que no nos cuesta nada. Oye, hija, quiero contarte algo para que estés prevenida.

—Dime, *ama*.

—Es tu padre.

—Ya imagino por dónde vas.

Julia deja de remover el café y se gira para analizar a sus vecinos de bar. Ha intuido qué quiere contarle su madre y, en previsión de que pueda desatarse la discusión, comienza a sentir agobio. Una tensión que le nace en la tripa y, como una rana que salta, acaba asediándole la cabeza.

—Ayer por la tarde, tu padre estuvo en una de esas reuniones. Pero fue una reunión... más importante. Distinta.

—¿Por qué no me llama él? —Julia cambia de tono. Coloca la mano derecha en la pantorrilla e, inconscientemente, se clava las uñas.

—Tú tampoco se lo pones fácil, cariño. Pero te va a llamar, ya verás.

—Joder, *ama,* ¿cómo quieres que se lo ponga fácil? ¡Son unos putos asesinos! —Sabe que el grito ha tenido que ser escuchado por el camarero y los clientes. Hunde la cabeza en la taza y da un sorbo al café.

—Para él no es nada fácil. Vino muy afectado. Por la noche lo escuché llorar. —A María le tiembla la voz.

—Entonces, ¿para qué va? Es muy sencillo que no se sienta «a-fec-ta-do». —Julia pronuncia la palabra con sarcasmo.

—Se lo ha recomendado su terapeuta, ya lo sabes. Ayer fue con ella... Estuvieron sentados los tres...

—¿Qué tres? ¡Joder, con la terapeuta! ¿Qué sabe ella de lo nuestro? ¿Qué sabe ella de que te peguen un tiro por la espalda? En medio de la calle. ¡A un anciano!

Julia deja dos euros sobre la mesa y, sin mirar atrás, sale del bar. No puede contenerse. Solo grita.

—Julia, intenta calmarte, no me grites. Estoy intentando explicarte.

—¿Explicarme qué? Oye, ¿y qué tres estuvieron? Porque no se sentaría a tomar café con ese... ¿Qué hicieron? ¿Celebrar el poco tiempo que falta para la prescripción?

—Sí, era él. No sé cómo fue la conversación, no sé si le dio detalles de aquel día; no sé si le dijo algo del otro, del que disparó. No sé nada, Julia. Tu padre vino en silencio. No cenó. Subió y se metió en la cama. —A María le cuesta respirar. Solloza, pero Julia no escucha.

—*Ama,* no quiero que me cuentes estas cosas. ¿Para qué me lo cuentas? Solo hago mala hostia con esto. Y solo genero odio hacia el *aita*. Nos jodieron la vida. Y ahora, la gente como el *aita*... ¿Qué busca? ¿Ayudarlos a lavar la conciencia? ¿Tú sabes cuántos crímenes quedan sin resolver? ¡Ni siquiera les exigen eso para sentarse con ellos! Esos cabrones llevan años encerrados y no han dicho una palabra sobre el que apretó el gatillo.

—Julia, yo no sé...

—Claro, tú nunca sabes nada, tú siempre estás en medio.

—...

La madre de Julia no es capaz de articular palabra. Llora.

—Yo, yo... No sé, esto me mata por dentro cada día. Es una pesadilla.

—Perdona, *ama,* si tú no tienes la culpa... —Julia siente como si fuera a vomitar el corazón. Se marea. Se limpia el sudor de la frente, lo percibe frío. Apoya la espalda en una farola.

—Hija, ¿puedo pedirte una cosa? —María toma aire poco a poco.

—Que no lo juzgue, ¿no? *Ama,* es que no puedo evitarlo.

—No es eso, Julia. Solo te pido que lo escuches. Nada más. Que lo escuches.

—Pero...

—Venga, hija —su madre continúa antes de que ella pueda darle una respuesta—, te dejo, que tendrás mucho curro. Un beso enorme. Y suerte con esa historia que estás persiguiendo. Tómate una tila, o incluso un carajillo si lo necesitas.

—Cómo eres, *ama*. Eres de otro planeta.

Al escuchar la reacción de su madre a los gritos que le ha propinado, Julia se siente todavía peor. Siempre la ha admirado, aunque la acuse de equidistancia. Sabe que su posición es muy delicada. Pasó más tiempo que nadie con el abuelo porque fue quien más lo cuidó aquellos años. Le dio el desayuno esa mañana. Le corregía los artículos que luego él, parsimoniosamente, llevaba al periódico. Iba a acompañarlo ese día, como tantos otros, pero tenía mucho catarro. Entonces, le pidió a su marido que lo acompañara. Esteban lo hizo a regañadientes; tuvo que cancelar una reunión de trabajo. María insistió en que la cancelara, «acompaña a tu *aita»,* porque la alegría del abuelo estaba en los artículos: Esteban accedió, dijo que sí, se puso los zapatos y cogió el paraguas.

Julia abre el bolso para guardar el móvil y sacar un pañuelo, pero no tiene. Se seca las lágrimas con el hombro. Respira hondo. «Respiración diafragmática», le decía el psicólogo. No entiende a la terapeuta de su padre. A ella nunca le han aconsejado reunirse con los terroristas. «Cada caso es distinto». Es verdad que eso sí se lo dijo su psicólogo.

Se ha marchado del bar a gritos. Le da vergüenza volver a entrar. Lo lamenta porque es el sitio perfecto para hacer guardia y quizá tenga que regresar más días. Todavía ve algo borroso por culpa de las lágrimas. *Mierda, mierda, ¿tenía que ser ahora?* Vuelve a secarse

los ojos con la camiseta. El portero acaba de abandonar el edificio para ayudar a unos repartidores que parecen transportar una televisión. Julia se gira para que no pueda verle la cara. Corre a la puerta, pero se le cierra en las narices. La golpea con el puño. Está abierta. Sube corriendo las escaleras. Calcula en qué lado cayó la cortina sobre la ventana. Es el 2.º D. Se coloca el pelo. Un felpudo corriente, una puerta corriente. No hay letrero con los apellidos de quienes habitan el piso. Sí lo hay enfrente. Toca el timbre. Escucha el suelo crujir. Al otro lado, una persona se detiene junto a la puerta. Julia percibe el giro de la mirilla. El círculo oscuro en el centro de la puerta es ahora un pequeño círculo blanco.

—¿Diga?

—Buenos días, Correos. Traigo un paquete para el 2.º D. —No hay respuesta—. ¿Oiga?

—¿Para quién es el paquete?

—Para... —Julia duda—. Es una notificación de Hacienda para Amelia...

Se abre la puerta, pero solo a medias. Un cerrojo de correa, metálico y dorado, establece una frontera insalvable entre Julia y el recibidor. Asoma el rostro de Amelia. La mitad de su rostro. Piel sonrosada, arrugas. Unos ojos muy azules. Ella alza su libreta, como si fuera un paquete, a modo de escudo. En ese instante en que Amelia examina la libreta, Julia hace lo propio con lo poco que alcanza a ver de la casa. Paredes verdes. Una cómoda con algunas fotos. Marcos plateados. Y al fondo, dos piernas que cuelgan de un sofá. Dos zapatillas de cuadros. Una pierna sobre la otra.

—Márchese de aquí o llamo a la policía.

X

El taxi la adentra en la noche por el paseo de la Castellana, que ya es como un bosque salpicado de antorchas. No sabe por qué le ha dicho que sí a Iván. «¿Quieres cenar, Julia?». Y ella: «Me pillas bien. Nos vemos en una hora donde quieras». La guardia que había empezado en el bar frente al portal era absurda. Una mujer no va a salir de casa con su padre de casi cien años por la noche, pero le había prometido a Ramón que no iba a moverse. Acaba de engañar a un enfermo terminal, que, según lo que le dicen los médicos —la llaman a ella porque no localizan al hijo—, no duerme y «se encuentra en un estado de tensión fuera de lo habitual».

—¿Usted sabe qué le puede estar pasando a su tío?

—No lo sé. La verdad es que no lo sé.

No sabe si es el hijo, no sabe qué significa Gustav Hafner. Lo único que sabe —sus cavilaciones se acaban ahí— es que el alemán esconde algo que determina la vida del librero. Le ha dicho que sí a Iván y tiene miedo de que la realidad no sea como acostumbra. De que esta noche, mientras ella cena con su ex, su reportaje, su anciano alemán, se esfume. La culpa, en el fondo, la tiene el propio reportaje. Ha resucitado a Julia. Y Julia ha decidido que esta sea la noche de la alegría, pese a que de vez en cuando se le cuele una ficción en su cabeza que le hace mucho daño: imagina a su padre con ese terrorista, dándose un abrazo en la calle Easo, en el lugar exacto. Ha llamado a Clara para contarle lo de Iván en el taxi camino de casa. Solo tenía media hora para prepararse. Le ha pedido

consejo. «Algo atrevido, Ju. Tienes que comprobar si sigue existiendo el deseo». Las dos se han reído. Es una de esas frases que aparecen en los consultorios de las revistas. Julia sabe que la respuesta es afirmativa en su caso porque, en la ducha, subida a una nube de imaginación, piensa en Iván cuando serpentea por sus ingles con los dedos enjabonados. También le ha dicho Clara, más en serio, que se valga del subidón para explorar sus dudas. Incluso para compartirlas. «¿Tú crees que estarías mejor con él? ¿Estabas mejor con él?». No lo sabe. No ha tenido tiempo de pensarlo, pero se lo va a preguntar esta noche.

Cuando se ponía el vestido, le ha sonado el móvil. Ferrándiz. Ha cogido. «Mendieta, tienes que firmar una pieza que no es tuya». Titular: «El ministro de Fomento, pieza clave en el cobro de comisiones». «Con esto dimite, ya lo verás». Julia no comprendía. ¿Quién no quiere firmar una noticia que va a tumbar a un ministro? A Ferrándiz se le ha escapado: «Dice Cáceres que es para proteger a una fuente». Luego la ha llamado Almudena. Eso sí que ha sido raro. Ha dudado en cogerlo porque estaba peinándose al mismo tiempo que pensaba cuál puede ser el objetivo de Cáceres con esa maniobra. «Julia, te robo solo un minuto. El texto que has firmado —lo habían publicado al minuto— es mío. Puedes estar tranquila. Todo cien por cien contrastado. Pero quiero que sepas que Cáceres, por algo que se me escapa, ha querido que lo firmes tú». «No entiendo nada». «Yo tampoco. Julia, ten cuidado. Quiere ponerte en el punto de mira por algo. Quiere que seas tú la que aparezca como verdugo del Gobierno. Lo de la tele el otro día, ahora esto... Me dicen que el ministro va a dimitir». «Tengo una cena, no llego. Muchas gracias por avisar». «Nada, Julia». «A ver si un día nos vemos las dos».

Montada en el taxi, camino del restaurante, se pinta los labios de rojo. No se los pintaba así desde que fue con Iván a la copa de Navidad de su despacho. Él estaba atacado porque ella lo había amenazado con presentarse en vaqueros y jersey. «Ya que estás, ponte un pañuelo palestino». Julia apareció con un vestido largo, rojo, y con los labios como ahora. Se ha supervisado en la pantalla de su móvil cuatro o cinco veces para comprobar que no hay imperfecciones, como si de un artículo se tratara. Se ha corregido todas las erratas. No ha sido fácil, le temblaba la mano.

Antes de bajarse del coche, vuelve a mirarse en la pantalla. Le resulta irónico el fuerte contraste que percibe: tan nerviosa por dentro, tan segura por fuera. Pero hay un rasgo que la delata: los ojos. Es la misma duda, la misma culpabilidad que cuando le contó a Iván que había pasado la noche con otro. Llevaban casi un año juntos. Salió con gente de su periódico y de la competencia. Dos o tres copas. Pese a que intentó engañarse con el paso del tiempo, no estaba tan borracha. Se fue con aquel tipo cuyo nombre ni siquiera recuerda. Menos mal que fue en su casa y no en la buhardilla. Si no, se habría tenido que mudar. Dudó si contárselo a Iván. Solo se atrevió a contárselo a Ferrándiz. Ni siquiera a Marcos o a Clara. Ferrándiz no le dio demasiada importancia, a ella le soliviantó que lo viera como algo de críos, pero le dijo las palabras necesarias para que se lo contara a Iván y, aunque él la echó de su casa con un par de gritos, fue quien quiso que siguieran juntos. Aquello sobrevoló —y sobrevuela de alguna manera— la relación. No los condicionaba, pero sí los explicaba.

Julia ya está donde siempre. El «donde siempre» de Julia e Iván es la Taberna Pedraza, en la calle Recoletos, justo donde empieza el barrio rico de Madrid. A Iván le encanta la tortilla de patatas poco hecha que ponen. Le descubrió el secreto a Julia y estuvieron

cenando allí —como dirían los periódicos de una actitud tan voraz— «de manera indiscriminada». El restaurante es mucho más grande de lo que sugiere su nombre. Tiene un par de pisos. A la entrada hay unas mesas pequeñas y redondas que son muy cómodas para quienes van a picar. Iván ha reservado ahí.

Se acerca pensando en una de las cosas más importantes que le enseñó Iván: deslindar los lugares de los recuerdos. Es decir, un lugar que un día regala felicidad no tiene por qué hacerlo siempre. Y viceversa. Julia se comprometió a asumir la norma y continuó yendo a Pedraza tras dejarlo con él. Primero con amigos. Después, con el propio Iván. Y un día se plantó allí sola para terminar de escribir un reportaje. Separar los lugares de los recuerdos le brinda cierta libertad. Solo hay un sitio que no ha conseguido volver a pisar: la calle Easo al final, en la esquina donde asoma el mar. Antes que pisar ese trozo de acera, es capaz de dar cualquier rodeo. Por ahí caminaba su abuelo todas las mañanas. Por ahí caminaba la mañana en que, camino del periódico, con su viejo maletín en la mano...

Lo ve al otro lado del cristal. Camisa de rayas azules y blancas, pantalón claro. Sin corbata. Varios botones desabrochados por el calor. Está con el móvil. Se detiene un momento a mirarlo, pero acelera en pocos segundos hacia la puerta por miedo a que la descubra.

—No pasa nada, Julia. Esto es como la zona verde del coche. Hay cinco minutos de margen antes de la multa. —Iván se levanta de la silla, rodea la mesa y le da un abrazo.

—Menudo escote, guapo. Otro botón más y te veo hasta el ombligo. —Julia deja el bolso en el suelo y toma asiento.

—Este calor es insoportable. Ya sabes que soy un firme defensor del escote masculino. A ti te suelo ganar por incomparecencia, pero hoy...

—¡Cerdo! —Al escuchar a Iván, Julia se lleva las manos al pecho, como intentando taparlo—. Bueno, qué, tortilla y algo más, ¿no? —Abre la carta y pasea la mirada por los distintos platos, pero en realidad no lee. Está nerviosa.

—Claro, una ensaladita, croquetas, algo de carne, lo que prefieras. —Iván tampoco mira la carta. De hecho, la utiliza para abanicarse.

—Venga, croquetas y ensalada. —Julia cierra su carta, arrebata a Iván la suya y le apunta con la barbilla—. Mucho preguntas por mí, pero ¿tú qué tal? ¿Cómo van las cosas?

—Estoy bien. Cansado. Llevo fatal el calor, ya lo sabes, y lo de estos días es terrible. No se puede estar en Madrid. Antes, esto pasaba en julio y agosto, pero parece que se ha adelantado. Tengo muchas ganas de coger las vacaciones. —Una gota de sudor resbala por su frente; la captura como si fuera una mosca cuando empieza a conquistar su nariz.

—¿Te vas a casa?

—No me voy a casa, pero sí una semana con mis padres a Italia. Mira, así ya no te vas a poder reír de que vaya de vacaciones a Murcia. Luego, con amigos, otra semana a Grecia. A la playa. —Iván llama al camarero para pedir la comida.

—Viaje de soltero, ¿eh? —Julia se arrepiente en cuanto lanza la pregunta. *Mierda, demasiado rápido*. Iván, además, se queda en silencio, pero el camarero se acerca y, al tomar nota, acaba con el momento incómodo.

—Sí, con eso está todo, muchas gracias... ¿Por dónde íbamos? Sí, pues eso, que no pintan nada mal estas vacaciones. ¿Y las tuyas, Julia?

—No sé si me voy a coger días...

—Julia, no me jodas. ¿Otra vez? —Iván la interrumpe algo alterado—. ¿De verdad vas a cometer el mismo error otra vez? ¿Te

acuerdas de cómo acabaste el verano pasado? Tienes que descansar.

—Es muy fácil decirlo cuando se trabaja en un despacho y los clientes desaparecen en agosto. —Julia también alza la voz. Este es un tema de conversación que suele acabar mal.

—No me vengas con ese cuento del «compromiso periodístico». —Lo dice con burla—. Tus amigos del periódico libran igual que la gente normal. Entiendo que te lleves el móvil por si pasa algo, pero ¿no marcharte de Madrid? Por cierto, ¿qué tal están Marcos y Clara? —Iván da un giro de ciento ochenta grados a la conversación. El camino de las vacaciones los empuja a un precipicio tan tonto como complicado.

—¿Realmente piensas que no me he dado cuenta de la maniobra? Pero me parece genial, porque para una vez que nos vemos, qué tontería discutir. Si no me cojo vacaciones, es porque tengo una buena historia entre manos. —Julia esboza una media sonrisa.

—Y ahora me vas a decir que no puedes contármela.

—Exacto. Pero para mantenerte intrigado y que me llames de vez en cuando, te diré que hay nazis de por medio, como en esas películas que te gustan.

—¡Joder, Mendieta! —Iván responde imitando la voz de Rivas—. Estará contento tu director.

—Mi director está jodido.

—Bueno, según cómo lo mires. Yo, que lo analizo desde fuera, lo veo en una situación compleja, que puede catapultarlo o hundirlo. La investigación sobre los chanchullos del Gobierno es un buen pelotazo. Acaba de dimitir un ministro, ¿lo has visto?

—Rivas está podrido, Iván. Todas esas fotos, esas facturas... La gente ya sabe que nuestro periódico no es independiente.

—Venga, Julia. La gente sabe desde siempre que ni vuestro periódico ni ningún otro son independientes. Cada uno tiene lo suyo. Lo de Rivas es obsceno por las fotografías y las facturas, pero mi sensación es que, si la investigación va bien y el Gobierno cae, el cielo escampará para vosotros. —Iván parte la tortilla en dos y pone la mitad en el plato de Julia—. ¡Qué rica! ¡Qué poco cuajadita! —A Julia le atonta esa cara de felicidad que se le pone a Iván por cosas tan intrascendentes como una tortilla.

—Querrás decir que el cielo escampará para Rivas. —Julia niega con la cabeza para decirle a Iván que no quiere pan—. ¿Pedimos vino o estás bien así?

—¿Vienes a contarme que te vas de *El Universal?* Si te apetece una botella de blanco, por mí perfecto.

—Venga, ¡la pedimos! —La última vez que Julia se imaginó en la cama con Iván había alcohol. Los dos estaban borrachos—. No, no, no he querido decir eso. Me refiero a que, tanto si le va bien a Rivas como si le va mal, yo siempre podré desmarcarme de sus chanchullos. No formo parte del *staff* del periódico.

—Pero el otro día lo defendiste en la tele. —Iván da las gracias al camarero, que les sirve una copa a cada uno y después sumerge la botella en la cubitera.

—No, te equivocas. Defendí el trabajo de mis compañeros.

—Eso, hoy, es defender a Rivas, te guste o no.

—Sé muy bien lo que hago, guapo.

—Tranquilo, torooo. —Iván agarra la servilleta con las yemas de los dedos y da un pase de muleta en las narices de Julia—. En la tele estuviste fantástica. Si acabamos esta cena sin que me tires un vaso de agua por encima, lo consideraré una victoria. No has vuelto a ir, ¿verdad?

—No. Y no lo echo de menos. La única que lo echa de menos es mi cartera. Supuestamente, estoy castigada por haber mojado a ese cabrón, aunque dicen que me sacarán pronto de la nevera. El *show* les encantó. Ha subido mucho la audiencia y el programa lo vio un montón de gente. El puto Vargas, que no hizo nada por parar las miserias de Adánez, dice que tengo que «guardar las formas».

—La cuestión es: ¿cómo se ha enterado ese tío de lo de tu abuelo? ¿Se lo han chivado o ha estado investigándote?

—Cualquiera de las dos cosas es posible. Adánez es listo, puede haberlo averiguado él perfectamente. Pero ha pasado algo en el periódico que me está poniendo muy nerviosa.

Le cuenta la amenaza de Cáceres, lo de la información de Almudena que ha tenido que firmar... Le pone la mano en el hombro a Iván para mostrarle cómo el jefe de «Nacional» la detuvo en las escaleras. Al extender el brazo, a punto está de tirar una de las copas de vino.

—Aunque eso ya da igual, ¿no? La cuestión es que lo saben dos enemigos y que estarás nerviosa por lo que puedan hacer con esa información. —Iván extiende los dedos para tocar las manos de Julia, pero rectifica.

—Lo mismo pienso yo. Ojalá Adánez solo lo utilizara para sacarme de quicio en la tertulia, pero no creo en las casualidades. Y menos después de lo de Cáceres. Esa es la pregunta: ¿qué quieren? ¡Si yo no tengo nada que ver con la guerra entre los dos periódicos! —En la mesa de al lado, otra pareja se gira al escuchar la exclamación de Julia. Puede que incluso la hayan reconocido.

—En algún momento, te enterarás. Y tienes que estar preparada. Ya sabes que estoy aquí para lo que necesites. —El ofrecimiento la conmueve. Ahora es ella quien extiende los dedos para rozar las manos de Iván—. Julia, le he estado dando vueltas a una cosa... Ha

sido a partir de la última bronca con tu padre y de lo que pasó en la tele. ¿No crees que ha llegado el momento de hablar con él?

—¿De verdad tenías que decirme esto hoy? —Julia se recuesta en la silla tomando la mayor distancia que puede. Iván se lanza a por su mano, pero ella se la niega.

—Julia, tienes que dar pasos. No puedes seguir así hasta el infinito. Te va quemando por dentro. Habla con tu padre, cuéntaselo a Marcos y a Clara...

—¡No quiero que se me trate como a una víctima! No quiero preguntas sobre lo que pasó, no quiero preguntas sobre la prescripción, no quiero ninguna pregunta. —Se le quiebra la voz. Cuando dice «preguntas», recuerda aquel folio muy doblado, metido en un sobre, que dejó una vez en la mesilla de noche de su padre. Ahí estaban todas las preguntas, todos los interrogantes sin resolver. Lleva buena parte del día pensando en ese papel porque no sabe si su padre, en esa reunión que le ha revelado su madre, habrá aprovechado para hacerle alguna de esas preguntas al terrorista implicado en el asesinato del abuelo. Había pensado en compartirlo con Iván, pero la ira la aleja de la posibilidad de la confidencia.

—Olvídate de lo que piensen los demás. Ha pasado mucho tiempo. Es algo que solo te atormenta a ti. Que no te suene cruel, pero esto se ha olvidado mañana. A nadie le importa. ¿Cuántas personas han perdido a alguien en este país por culpa del terrorismo? ¡Hazlo por ti! ¡Solo está en tu cabeza! Ya sabes lo que pienso: empieza por tu casa. Habla con tu padre. Ese es el nudo que te ahoga. Habla con él sobre lo que pasó, ¿qué más da lo que ha venido después? —Iván la mira fijamente a los ojos, pero Julia sigue rehuyendo el contacto visual. Está nerviosa. Intenta distraerse mirando los platos, la cubitera, la servilleta...

—Iván, no quiero seguir hablando de esto. —Se lo dice con la mirada en la puerta.

—Ey, ey, Julia, tranquila, respira... Hablamos de otra cosa. Si te lo digo es porque te... aprecio mucho.

—Sí, yo también «te aprecio». —Julia emplea un tono burlón al responderle con la misma expresión. Vuelve el vidrio a sus ojos.

—Sabes que es verdad... —Iván le tiende un pañuelo—. No hace falta que me hagas caso. Nunca me hiciste caso con esto. Pero necesitaba decírtelo para quedarme tranquilo.

—Se trata de que yo esté tranquila.

—Joder, Julia.

—Joder, Iván, eso digo yo.

—Estoy seguro de que, si escucharas lo que pasó ese día, mirarías a tu padre con otros ojos. Él estuvo allí y tú...

—Y yo, ¿qué? Es muy fácil hablar desde fuera. Es muy fácil; porque no tienes ni puta idea.

—Bueno, ya está, vale. Lo dejamos. —Iván se ha puesto nervioso. Ya no solo mira la pareja de al lado, también lo hacen algunas personas que toman cerveza en la barra.

—Sí, eso, «lo dejamos». —Julia escribe en el aire y el camarero se acerca con la cuenta.

—¿Ya nos vamos? ¿No vas a terminar de cenar?

—No me encuentro bien.

—Necesito contarte algo. —Julia no responde, ni siquiera lo mira. Así que él decide continuar—. Llevo unos meses conociendo a alguien.

—No tienes por qué darme explicaciones. Me marcho, Iván. —Al ver que el camarero no regresa con el datáfono, Julia se levanta, acude a la barra, paga con su tarjeta y sale del restaurante.

Echa a andar por el paseo de Recoletos. Es noche cerrada. Quiere gritar. Se muerde los dedos de la mano hasta hacerse daño. Saca el móvil, pero no acierta a leer los mensajes. Las lágrimas le han invadido los ojos.

XI

Se incorpora sobresaltada. La han despertado unos golpes en la puerta. Temiendo desvelar su presencia dentro de la buhardilla, en lugar de encender la luz, utiliza la linterna del móvil para alumbrar la habitación. Más golpes. Son las cuatro de la mañana. Le duele la cabeza. Le pesan los brazos. Antes de acostarse, tomó la dosis de ansiolítico que le permite el psicólogo en situaciones límite. Rondaba su cabeza ese pájaro negro que la visita de vez en cuando para decirle que la culpa es suya, que siempre estará sola, que irradia dolor al que se acerca, que por eso perdió a Iván, que por eso está lejos de los suyos, que por eso no conoce a nadie. Se obsesionó. No podía arriesgarse a una noche de insomnio. Quería estar a las siete en Lope de Rueda para vigilar la puerta, para buscar una manera de acercarse a Hafner.

Intenta ponerse de pie, pero siente una pesadez en las piernas que la obliga a sentarse en el borde de la cama. Otra vez los golpes. Camina primero hacia la ventana. Se asoma. No hay nadie en la calle. Piensa en llamar a la policía. Prepara el 091 en el teclado. Agarra un cuchillo y coloca la oreja en la puerta. Hay una respiración agitada al otro lado. Está segura. Hay alguien.

—¿Quién es? —dice con la mayor seguridad que puede e intentando fingir la voz de un hombre.

—Julia, abre. Soy el *aita*.

Hay mucho sudor en el rostro de Esteban. Lleva una camisa con tres botones desabrochados. Julia no lo mira a los ojos. Mantiene su

atención en lo demás: la agitación del pecho, los puños, las rodillas levemente quebradas. Esteban apoya una mano en la barandilla de la escalera, como si fuera a perder el equilibrio. Julia lo abraza. Hacía años que Julia no abrazaba a su padre. Sigue sin mirarlo a los ojos. Ha recuperado la lucidez suficiente como para darse cuenta del momento, aunque todavía se encuentra torpes las piernas por culpa del ansiolítico. Una de sus rodillas choca con las piernas de su padre y a punto están de caer los dos al suelo. Lo que sí cae es el móvil de Julia. Boca arriba, con la luz de la linterna alumbrando la escena en mitad del descansillo. A ella le aporta cierta tranquilidad esta leve oscuridad; se ha apagado la bombilla de la escalera. Escucha los sollozos de su padre. Julia no sabe si ha pasado un minuto o cinco cuando él la agarra por los hombros y la separa de sí.

—Julia, *maitia*. Tenía miedo de que te pasara algo.

—Pero ¿qué me iba a pasar, *aita?*

—No contestabas al teléfono, no abrías la puerta. Llevo aquí más de una hora. No sabía a quién llamar, dónde encontrarte. He ido al periódico, no han sabido decirme nada.

—¿Te has presentado como mi pa...? —Julia se corrige a tiempo, consciente de que es lo menos importante—. *Aita,* estoy bien, de verdad, ¿qué haces aquí?

—Tu madre se ha enfadado conmigo, no quería que viniera. Dice que tú te arreglas sola, que hay que darte espacio.

—*Aita,* no entiendo. Espera, pasa. —Invita a su padre con la cabeza. Duda si él ha estado alguna vez en la buhardilla.

—Lee esto, hija. Léelo y piensa que todo está bien. Porque todo está bien. Tenía que llegar el momento y no pasa nada. —Le tiende su móvil a Julia con una noticia en la pantalla—. Lleva publicado cinco o seis horas. Te llamamos, pero debías de estar dormida.

Julia quita el modo avión del teléfono, que empieza a vibrar insistentemente. Llamadas perdidas, mensajes, notificaciones de redes sociales. Se pone a leer. Es un artículo de *Corazonadas,* el suplemento rosa de *El Adelanto*. El titular dice así: «¿Quién es Julia Mendieta? Todo sobre la periodista que ataca al Gobierno desde la tele». Le sigue un subtítulo que reza: «Su verdadero nombre es Julia Uribe García Mendieta. Siempre ha ocultado el asesinato de su abuelo». Y luego un texto trufado de fotografías, incluidas varias que muestran el cuerpo boca arriba, bajo la lluvia, envuelto en periódicos, ensangrentado:

> Julia Uribe García Mendieta nació en San Sebastián hace treinta años. Creció primero en el centro de la ciudad y después en un barrio residencial de las afueras. Su padre está jubilado y su madre trabaja en una agencia de viajes. El misterio que oculta esta periodista, últimamente en boca de todos por sus ataques al Gobierno en la televisión, tiene que ver con su familia paterna. Es nieta de José María Uribe, asesinado en un atentado terrorista el 22 de octubre de 1993. Abogado ya jubilado, escribía artículos en la prensa. Muchos de ellos contra el nacionalismo. Solía encabezar también un movimiento contra la violencia en las calles de San Sebastián, celebrando una manifestación cada vez que se producía un asesinato. Por razones que este suplemento desconoce, Julia borró su identidad para ocultar su condición de víctima del terrorismo. Empezó a trabajar como becaria en *El Universal,* ya a las órdenes de Alfonso Rivas. Sus primeros artículos fueron publicados en la sección de «Política», aunque hace años que se la conoce por su labor de reportera y, sobre todo, de tertuliana televisiva. La recordarán por haber arrojado un vaso de agua en directo a un redactor de este diario, Javier Adánez. Este periódico ha tratado de ponerse en contacto con Julia Uribe para preguntarle por este vacío en su biografía, pero no ha obtenido respuesta. En los últimos días, ha incrementado sus ataques al Gobierno. Su investigación, aparentemente sin pruebas, vincula al ya exministro de Fomento con una trama de corrupción. Amante de la lectura, del surf y del deporte en general, vive en el centro de Madrid. La mayoría de sus amigos pertenecen también al ambiente periodístico. La única pareja que se le conoce es un abogado del barrio de Salamanca, con quien rompió su relación hace más de un año.

El artículo no lleva la firma de ningún periodista. Julia devuelve el móvil a su padre y, de un vistazo, consulta el suyo. La noticia se ha

replicado en las redes. Es como si formara parte del culebrón de la trama que afecta al Gobierno. También la han publicado algunas revistas del corazón, que han titulado los textos por la relación que tenía con Iván. Le han escrito Marcos, Clara y varios compañeros del periódico. La ha llamado Ferrándiz. Un mensaje muy largo de su madre. Otro de su psicólogo. Este sí lo lee: «Te preguntarán un día o dos. Es solo tu cabeza. La gente se olvida, Julia. De verdad, la gente se olvida. Todo esto no dice nada malo de ti». No quiere leer, no quiere contestar. Se está mareando. Su padre, que se da cuenta, se acerca. Ella lo detiene levantando la mano, pero sin brusquedad. Julia intenta respirar hondo apoyada en la encimera. Corre al baño. Quiere vomitar. Se encierra. Se lava la cara. En el agua que corre, imagina el charco de sangre. Luego, el rojo que se va tornando gris disuelto en la lluvia. El paraguas abierto en el suelo. La tinta de los periódicos oscureciendo la bolsa de plástico blanca. El maletín marrón. Todo eso que ella no vio, pero que estudió en las fotos. Su padre llama a la puerta. Julia abre sin levantarse del suelo. Él entra, ella se abraza a sus piernas. Solloza. El hipo le dificulta la respiración. Esteban, ahora sereno, le acaricia el pelo.

—Venga, *maitia,* arriba. Tenemos que estar de pie. Eso me decía la *ama* en el cementerio. Ahora, más de pie que nunca.

—*Aita*... No puedo más. De verdad, no puedo más. —Se abraza a su cuello.

—¿Me invitas a un café? Y charlamos un rato. Tengo que estar despierto para conducir.

—¿No quieres echarte aquí a dormir? No molestas. —Julia vuelve a la cocina, saca un par de tazas y prepara dos cafés en la máquina.

—No, no. Tu *ama* estará preocupada y no quiero dejarla sola mucho tiempo.

—Bueno. Ya está, ¿eh? Que estoy bien, *aita*. De verdad que estoy bien. Ha sido el pronto, el impacto de verme ahí... Las fotos del *aitona*...

—¡Qué vas a estar bien, hija! —Esteban alza la voz y contesta con resignación. Al contrario que otras veces, Julia no reacciona con brusquedad a la brusquedad. Asiente, sonríe y le da la razón.

—Es verdad, qué voy a estar bien... Pero tú tampoco lo estás.

—¿Sabes? Cuando venía en el coche, he pensado que, si te parecía bien, este sería un buen momento para hablar.

—¿Hablar de qué? —Julia ha hecho una pregunta absurda a modo de defensa para ganar tiempo. Sin quererlo, ha puesto en un aprieto a su padre, que sin el don de la palabra va a tener que comenzar una conversación muy difícil.

—De mi padre, hablar de mi padre. —Esteban pilla a Julia por sorpresa. Cree que nunca le había escuchado esa palabra, *padre*. Tanto él como su madre suelen hablar del abuelo o del *aitona*—. Quiero contarte lo que pasó.

—*Aita,* ya sé lo que pasó. Todo el mundo sabe lo que pasó. Está en los periódicos, hay mil artículos en internet.

—No, Julia, solo hay cuatro personas que de verdad saben lo que pasó. Una ya no está, que es tu *aitona*. Otra es quien disparó, otra el que lo acompañaba. Y luego estoy yo. Quiero contártelo. Decirte lo que vi.

—Háblame del que acompañaba al que disparó. Sé que lo viste el otro día.

—Dejemos eso para el final. Primero quiero contarte lo que pasó ese día, Julieta.

—¿Y eso va a servir de algo? —Instintivamente, Julia se da la vuelta y busca el azúcar en un armario donde sabe que no está.

—Nunca te he pedido nada... Creo que me puede servir a mí.

—¿Lo piensas tú o te lo ha dicho tu terapeuta? —Julia cierra el armario de un portazo y golpea la puerta con el puño—. Perdona, no tenía que haber dicho eso.

—También puedo hablarte de mi terapeuta, de cómo estamos trabajando. No tengo ningún problema. Siéntate, por favor. —Julia se coloca en la silla de enfrente. Ahora es ella la que se encarama a su taza de café—. Solo te pido que no me interrumpas.

—¿Y preguntas? —Julia no lo ha dicho por destensar la situación, pero su padre sonríe. Sabe que está orgulloso de ella. Le pesa no haberle agradecido todo el tiempo que dedica a leer sus reportajes por culpa de las discusiones.

—Preguntas sí, hija. —Esteban asume el silencio de Julia como la señal de que esta vez sí lo va a escuchar. Entonces, empieza—. Era jueves. Tu madre tenía un catarro de aúpa. Se había levantado con seis o siete décimas. Me lo dijo cuando me iba a trabajar. Estábamos todos en la cocina. Tú también, hija.

—Sí, yo también...

—Tu madre me pidió que acompañara al *aitona* y entrara un poco más tarde. Le dije que no, que tenía una reunión importante a primera hora. Pero fue el *aitona* el que insistió.

—Nunca se ponía así.

—¿A qué te refieres, Julia?

—Yo nunca lo había visto enfadado. Pidió ir solo a entregar el artículo. Cuando le dijisteis que no, incluso antes de que la *ama* te insistiera, te pidió directamente a ti que lo acompañaras. Él nunca pedía nada. Y, sobre todo, nunca insistía. Yo jamás lo había visto exigir. Tampoco levantar la voz. Pero se puso a gritar ante tus negativas.

—Estaba obsesionado con el pleno del Parlamento esa semana. Había una negociación entre el Gobierno vasco y los *abertzales*.

Nada, una cosa de pensiones. Pero el *aitona* había ido recriminando al Gobierno que pactara con ellos sin que hubieran condenado los asesinatos. Había escrito que le importaba un pimiento la mejora de su pensión si era a costa del blanqueamiento del terrorismo. El artículo que quiso entregar ese día era el último de una serie. Decía que no podía esperar al día siguiente. Le ofrecí llevarlo yo, pero no se fiaba. Hacía varios meses que no te dejábamos ir con él y con la *ama* hasta el periódico. ¿Te acuerdas, Julieta? A veces, el *aitona* entregaba sus textos por las tardes. Ibais juntos los tres, a la salida del colegio, pero dejamos de hacerlo porque se había jodido todo.

—¿Se había «jodido todo»? —Julia repite las palabras de su padre y mueve las manos con nerviosismo. Está acostumbrada a tomar notas cuando escucha relatos tan largos. Al no tener un boli, se va apretando los dedos uno a uno. Desde la uña hasta el nudillo, como un médico estudiando posibles fracturas tras un accidente.

—Habían empezado a insultarle por la calle. Estábamos acostumbrados a las miradas... A esas miradas. Pero lo de los insultos... Lo hacían sin acercarse demasiado. Algunos en voz baja, pero otros a gritos. «¡Fascista!», «¡franquista!» y gilipolleces así. No sé cómo lo viviría él, no lo hablábamos, pero yo tenía miedo. ¿Dónde estaba el límite? ¿En qué momento una de esas personas podía empujarle o pegarle en vez de insultarle?

—Franquista el *aitona*...

—¿Te lo contó?

—¿El qué?

—Que estuvo en la cárcel.

—No.

—¿Y la cicatriz de la mano? ¿De qué te crees que era?

—De un quemazo con un mechero, me dijo. Algo así.

—Lo torturaron en la cárcel. Lo detuvieron por comunista. Siempre por los artículos. Publicaba en panfletos revolucionarios clandestinos. Lo hacía con seudónimo, pero toda Donosti sabía que era él. Lo detuvieron y le dieron. Siguió escribiendo hasta que murió Franco. —Esteban mira sus manos. En concreto, la derecha, a la altura del dedo pulgar, donde su padre tenía la cicatriz.

—No me lo contó.

—Nunca hablaba de eso. Yo lo supe por tu abuela. A veces, pienso que su cáncer no estuvo tan mal. Pienso muchas veces que, si cuando morimos no hay nada, mucho mejor. Así tu abuela nunca habrá sabido nada. Una vez le pregunté al *aitona* por la cicatriz, pero me dijo que de eso no se hablaba. Tampoco le gustaba hablar de la guerra. Pasaron hambre. Los de Franco tardaron poco en tomar San Sebastián. Como su padre era hombre de campo, apolítico, no le fue bien con la república, pero tampoco mejoró con la dictadura. ¿Dónde estábamos? —Esteban se levanta, coloca su taza en la máquina y se prepara otro café.

—En los insultos.

—Ah, sí. Entonces le pedimos que dejara de ir por la tarde al periódico. Le costó mucho hacer el cambio en su rutina, ¿eh? Solo aceptó cuando le pedimos que lo hiciera por ti. Al principio, se negaba. Decía que tenías que ver cómo era la sociedad que teníamos, pero tu madre y yo le decíamos que era demasiado pronto para eso. Total, que cambiamos los horarios. Era jueves.

—Era jueves... —Ahora es Julia quien se levanta y se prepara un segundo café.

—Era jueves y no hubo manera de convencerlo. Todos los días me pesa, ¿sabes? No haberme negado a acompañarle... No fui capaz de vencer la presión de tu madre. Eso también nos separó a nosotros un tiempo, aunque el dolor, gracias a Dios, nos fue acercando. Hay

gente a la que le aleja. Tu madre y yo nos unimos. Y yo, para sobrevivir, me fui alejando del dolor. Eso es lo que tú no has entendido porque has hecho lo contrario.

—*Aita*...

—Tienes que entenderlo, Julieta. Si seguía todo el tiempo dándole vueltas, pensando en la prescripción, en la justicia...

—Quedan tres meses.

—Ya sé que quedan tres meses. Lo pienso cada día y luego peleo para olvidarlo. Tú eres al revés, hija. Te acercas al dolor, te, te... ¡te arrojas a él! Todo ese tiempo que estuviste investigando lo que pasó... Te estabas destruyendo. Recuerda cómo acabaste. Sin poder levantarte de la cama. No podía apoyarte en algo así. Para vivir, aprendí que tenía que alejarme de eso.

Mientras escucha la reflexión de su padre, Julia se acuerda del de Ramón, que decidió huir de lo que todavía ella desconoce y que le tuvo tantos años investigando a los alemanes. Lo mismo que a Ramón, en cambio, lo ha mantenido haciendo esos seguimientos hasta que ha podido. Ramón es como ella, piensa. O ella es como Ramón. Le da vértigo porque ve en el librero a alguien que se ha consumido en una persecución. Julia no quiere consumirse, pero está convencida de que no puede cambiar. Quizá por eso hayan conectado. Son dos buscadores similares con medio siglo de separación.

—Julia, ¡Julieta!, que te has quedado pasmada. ¿Entiendes lo que digo?

—No sé si lo entiendo, *aita,* pero te prometo que voy a intentar entenderlo. Prométeme algo tú a mí.

—Te prometo que...

—Que si yo voy a intentar entenderte, tú vas a intentar entenderme a mí cuando te diga que no puedo olvidar, que necesito

pensar, que necesito investigar, que necesito tener ese reloj de arena en la cabeza hasta que no quede más arena.

—Te prometo que... lo intentaré. Hija... ¿has vuelto con eso? ¿Estás otra vez investigando?

—No, *aita,* ahora no, pero... ya sabes. Cualquier cosa que aparezca... volveré a empezar.

—Todavía lo pienso, Julia: si me hubiera ido a trabajar, el *aitona* se habría quedado en casa. No me lo quito de la cabeza.

—O no... Pudo haberse marchado solo.

—Nunca iba solo, conocía sus limitaciones. ¿Sabes otra cosa que he pensado? Le tratábamos como si fuera mucho mayor de lo que era. Julia, dentro de diez años, yo tendré la misma edad que el *aitona* cuando lo mataron.

—Lo habrían matado otro día, *aita*. —Julia se sorprende consolando a su padre. Es la primera vez que cae en la cuenta de esa injusta carga de culpabilidad que pesa sobre él. No había mirado aquel día desde ese ángulo.

—No lo sé. Eso nunca lo sabremos. Lo que sí sé es que, de muy mala gana, llamé a la oficina, retrasé la reunión y me fui con el *aitona* hacia el diario. Llovía mucho. Era un día muy desagradable. No nos dirigimos la palabra por el camino. Íbamos muy juntos, hombro con hombro, porque llovía mucho, muchísimo, y solo habíamos cogido un paraguas. Él repetía: «No entiendes nada, no entiendes nada». —Cuando ve a su padre imitar al abuelo, una lágrima resbala por el rostro de Julia. Es la misma voz, la misma manera de decir que no—. Todavía recuerdo el ruido de la lluvia, las bocinas de los coches. Te podría decir incluso las personas a las que saludamos. También las que no nos saludaron. A mí me hervía la sangre con eso. Al *aitona* parecía que le daba igual. ¿Tú te dabas cuenta, Julia?

—¿De qué?

—De lo de los saludos.

—Un poco... Había cosas que me llamaban la atención en el súper, en la panadería, a la salida del cole...

—Solíamos tardar veinte minutos, quizá algo más, dependiendo de cuánta cola hubiese en la tienda de los periódicos. Era una distancia muy corta como para ir en coche, pero lo bastante larga como para que a veces se hiciera pesado el paseo. Sobre todo, en los días de lluvia. En mi cabeza, esos veinte minutos son ahora muchísimos más. Son horas, horas y horas. Son días enteros. Meses, años. Los revivo tantas veces que ya no sé bien qué parte de lo que pensé aquella mañana es real y qué parte me la he imaginado después. Sí sé que no hablamos y que yo estaba cabreadísimo por haber tenido que retrasar la reunión. Hay tantas preguntas que no le hice... No ese día, sino en general. ¿Puedo decirte una cosa que me ha molestado mucho de ti?

—Claro, *aita*. —A Julia le ha pillado de improviso la pregunta de su padre. Hasta ahora, en las discusiones, se han recriminado lo que han querido, pero no cosas concretas, sino actitudes.

—Que no me hayas hecho preguntas en todo este tiempo.

—Sí te he hecho preguntas, *aita*.

—Desde la furia, Julia. Desde el rencor. Me refiero a preguntas como las que yo no le hice a mi padre. Tú has podido preguntarme todo. Has podido preguntarme por aquel día, por el *aitona,* por cómo me sentía yo, por cómo se sintió tu madre, por cómo intentamos protegerte a ti de todo eso. Pero nunca has preguntado. —Esteban da vueltas alrededor de la mesa.

—Tú tampoco me lo has puesto fácil. Cuando me acercaba, solía pillaros cuchicheando. Habíais generado un espacio en el que yo no

podía entrar. ¡Era una niña! Pasado el tiempo, pudisteis haberme sentado a charlar, pero eso no pasó.

—Sí pasó, lo hizo la *ama*.

—No tú.

—Lo hizo la *ama* después de que los dos creyéramos que era mejor así. Yo no estaba bien, y la empatía nunca ha sido lo mío. No sabía qué decir. Todo lo que era hablar de mi padre me rompía. Me devolvía al agujero. Mi terapeuta me recomendó que no fuera yo el que...

—Tu terapeuta, otra vez.

—Julia...

—Perdona, sigue.

—Bueno, eso: solo quiero que, de ahora en adelante, me hagas preguntas si lo necesitas.

—Vale.

—Íbamos camino del periódico. Ya veíamos el mar. Al *aitona,* el mar no le decía mucho. Estaba muy acostumbrado. Como todos los que hemos crecido en Donosti, supongo. Pero no era de esos que, como tú, lo echan de menos si tienen que viajar. Eso sí, lo conocía muchísimo. Nunca he sabido cómo conoció el mar. Yo llevo toda la vida allí y no sé las cosas que sabía mi padre. La frecuencia de las mareas, el impacto de las tormentas, el juego de las corrientes... El *aitona* sabía todo eso. Yo lo tengo que mirar en internet. ¿Ves? Es otra de las cosas que no le pregunté. Quizá sea algo generacional. Aprendían casi todo ellos solos. Viviendo. Fíjate, te había dicho que no hablamos esa mañana, que no nos dijimos nada pese a lo pegados que íbamos el uno al otro. En realidad, él sí dijo algo. No me lo dijo a mí. Lo dijo al aire, se lo dijo, no sé, a la ciudad: *elur-maluta*...

—¿Copos de nieve? ¿A finales de octubre?

—Cuando estaba tirado en el suelo, mientras llegaba la ambulancia, me pareció ver caer algún copo de nieve. Quizá fuera una alucinación. O quizá me haya convencido después. Pero estoy casi seguro. En Donosti es casi imposible que nieve, pero juraría que cayeron algunos copos de nieve. Eran tan pequeños que se deshacían al contacto con la zamarra.

—En las fotos de ese día no se ve.

—Puede que fuera una ilusión. No lo sé, Julia. ¿Sabes que no vi a los fotógrafos? ¡Con todos los que fueron apareciendo! Entras en una realidad paralela. Dejas de escuchar las voces. Oyes un eco en tu cabeza, unos sonidos como... como a cámara lenta. No están tan mal hechas las películas. Cuando hay escenas así, juegan a reducir la velocidad, a ralentizar las voces. ¿Te has fijado alguna vez, Julieta?

—Sí, *aita*. Pero... cuéntame el final.

—Nunca lo he contado, Julia.

—A la *ama* sí se lo habrás contado.

—Entero, no. No he podido.

—Y...

—¡A la terapeuta tampoco! —Esteban sonríe. Da un sorbo a su café y, con la otra mano, estira los dedos para acariciar a su hija.

—Sigue, sigue.

Se ilumina la pantalla del teléfono de Julia. No suena, pero vibra. Es una llamada. Ni ella ni él lo miran. Solo se miran las manos. Pero el teléfono vuelve a vibrar. Es Esteban quien le dice a su hija que eche un vistazo. Número de centralita. «El hospital...», murmura Julia. Esteban, alarmado, como si despertara de un sueño, acaricia la mejilla de su hija y pregunta: «¿Estás bien? ¡Cógelo!». Julia lo coge. «¿Diga?... Sí, sí, soy yo... Nada, no se preocupen. Al revés, les agradezco que hayan llamado con tanta rapidez... Me pilla en un

momento complicado, pero... Sí, puedo estar allí en tres cuartos de hora... Muchas gracias».

—Lo sabía, no estás bien.

—Para, para, *aita,* que no soy yo. —Julia le cuenta a su padre que tiene un amigo ingresado en el hospital con un cáncer terminal—. Algo le ha pasado esta noche. Le han tenido que dar muchos calmantes. Le ha subido bastante la fiebre. Me piden que vaya por si... No tiene familia. Bueno, sí tiene, pero... —Esteban mira al techo.

—Tan joven, cómo lo siento, Julia.

Pero Julia le dice a su padre, para tranquilizarlo, que Ramón no es tan joven, que es «un señor mayor». Esteban repregunta porque no entiende nada:

—¿Tu pareja?

Julia ríe con nerviosismo, a medio camino entre la diversión por la confusión de su padre y la preocupación por la situación del librero.

—No, *aita,* no es mi novio. Es un librero.

Y Julia relata. No da todos los detalles. No dice nada de los nazis. Se limita a describir que le compró un libro, que trenzaron una bonita relación —una especie de amistad maestro-discípula—, que un día lo atracaron, que le descubrieron el cáncer, que tiene un hijo pero no se habla con él, que ella es la única a quien tiene.

—Venga, hija, márchate. Corre. Hacemos una cosa: yo me quedo aquí echando una siesta. Cuando me levante, cojo el coche y me vuelvo a Donosti. Sí, tranquila, ahora llamaré a la *ama*.

—Yo también le voy a mandar un mensaje, le voy a decir que hemos hablado y que ha ido bien. Se pondrá muy contenta. Oye, *aita,* nuestra conversación no ha terminado. Tendremos que llegar al final... —Esteban deja su chaqueta en la silla y, sin quitarse los zapatos, se tumba en la cama. Julia asoma la cabeza desde la puerta del baño—. Papá, cuéntame otra vez.

—¿Qué dices, hija?
—Nada, es una canción.

XII

—Soy policía. Corra, por favor. Siga a ese coche rojo, el Opel de ahí delante.

Tras ver salir a Amelia Hafner del número 4 de Lope de Rueda, Julia ha logrado parar un taxi en el cruce más cercano. En pocos minutos, consiguen colocarse detrás de la hija del alemán. Lo bastante cerca para comprobar que va sola, que conduce con la espalda muy erguida y que ha dejado el bolso en el asiento del copiloto.

Las curvas, el aire acondicionado como una ventisca en la cara y en las piernas. La tensión en las mandíbulas del taxista, al que Julia ve, sentada detrás, por el retrovisor central.

—¿Vamos bien así? —pregunta el hombre de vez en cuando. Es un señor con ademanes y aspecto parecidos a los de su padre.

—Sí, sí, no se preocupe. Haga lo que sea para que no se nos escape.

Los dos vehículos se adentran en la M-30, que está algo sobrecargada pese a que son las diez de la mañana; un momento atípico para el tráfico.

—Las obras, ya sabe. En esta ciudad, las obras...

Quedan engullidos por el atasco. El sonido es el que menos le gusta a Julia de entre todos los característicos de Madrid: el murmullo del aire acondicionado salpicado de bocinazos y motores que arrancan.

—Me temo que tenemos para un rato, agente.

Al estornudar, Julia se acuerda de la tos de Ramón, atisbada desde la puerta entornada cuando llegó al hospital. Estaba el librero vencido hacia delante. Una enfermera muy menuda sosteniéndolo. *Debe de pesar muy poco*. Antes que la cara del librero, vio su espalda y las gotas de sangre escupidas en un trozo de papel que también sujetaba la enfermera. Cuando lo tumbó en la cama, Ramón miró a la puerta y Julia se alejó de ella. Quería seguir viéndolo sin ser vista. El pecho de Ramón se inflaba y se desinflaba como un balón de playa.

En cuanto la vio, aparecida con las primeras luces del amanecer, en la habitación oscura cubierta progresivamente de una neblina blanca, balbuceó varias veces:

—¿Qué haces aquí? ¿Qué haces aquí? —Recobrada la voz al beber un poco de agua asistido por la enfermera, lo gritó—: ¡Qué haces aquí! Vete a donde tienes que estar.

Julia pidió que los dejaran solos. Los dedos huesudos y amarillentos del librero. El pelo fino y suave sombreándole los nudillos. Ahora, atascada en la carretera, con la cabeza recostada en la ventanilla, se acaricia una mano con la otra, justo en el punto donde apretó Ramón al decirle: «Necesito que descubras ya a ese hombre. Necesito saber qué hizo y por qué lo hizo. Quiero saberlo todo. Quiero que se sepa quién es». «¡Saber qué! ¿A qué te refieres? No sé qué estás buscando. No entiendo nada, Ramón». «No tenemos tiempo, muchacha. No tenemos tiempo... Vete».

El tráfico se acelera poco a poco. En las ventanillas de los demás coches, Julia ve a Ramón: la mirada alucinada de los poetas románticos, la cabeza vulnerable y descubierta, desnuda sin su gorra de capitán de barco; el cuello redondo del pijama azul celeste del hospital, tan distinto a ese azul eléctrico de su mono de librero, como si su cuerpo hubiera ido transparentando hasta quedarse en el

alma. Y la mirada suplicante. Eso es lo que no se le quita de la cabeza. La mirada suplicante de alguien que se muere y pide algo por última vez.

—Disculpe, disculpe. ¿Está bien?

Un frenazo. Julia se golpea la cabeza contra el asiento delantero. En cuanto escapa del aturdimiento, se asoma para comprobar que el coche rojo de Amelia sigue ahí delante.

—Ha puesto el intermitente, parece que quiere tomar la próxima salida.

Salía Julia del hospital, directa a Lope de Rueda, cuando escuchó un ruido. Un ruido insignificante, nada que ver con los que pueblan ahora la carretera, pero que la empujó a esconderse en una sala de recreo del personal sanitario. Desde la puerta de las escaleras, un hombre de unos cincuenta, muy arreglado, camisa y pantalones, nada que ver con el desaliño que gobierna al librero y a la librería, entró en la habitación. Julia supo que era él.

—Estamos obligados a hablar, padre.

—Como vuelvas a mencionarla, empiezo a dar golpes y a gritar como la otra vez. Hasta que te saquen de aquí.

—Era tu mujer, pero también era mi madre. Tengo el mismo derecho que tú a hablar de ella.

—Te he avisado. Ni una sola palabra.

—¿Y la abuela? ¿Tampoco podemos hablar de la abuela? Era tu madre, pero también mi abuela.

—Guillermo, por favor.

Julia recuerda cómo el tono de Ramón variaba repentinamente de la amenaza a la súplica ante las preguntas de su hijo.

—Padre, acabemos con esto. Son muchos años. Solo quiero que lo entiendas.

—Eres tú el que... —Ramón cogió aire—. Eres tú el que jamás ha intentado entenderme. Primero me machacabas con cada gesto, con cada palabra... —Inspiró con fuerza, Julia escuchó incluso el rebotar del aire contra las paredes de su nariz—. Luego, en cuanto pudiste, te marchaste.

—Y tú no hiciste nada por detenerme. Siempre te ha gustado estar solo. Estás haciendo lo posible por morirte solo.

El hijo de Ramón, en cambio, transmitía mucha serenidad. Julia tiene ahora la sensación de que había pensado cada palabra.

—No estoy solo.

—No estás solo, claro. La periodista... y esa misma historia, la de toda la vida, que solo nos ha quitado tiempo y salud. A ti, hasta te costó la relación con tu padre, dejaste de verlo, no le hiciste caso primero a él cuando te decía «deja de investigar eso, que no sirve para nada», luego no le hiciste caso a mi madre, después no me hiciste caso a mí. No hay nada que hacer con eso, nada que se pueda arreglar. ¿Qué más da ya?

—Ese es el problema, que nunca has comprendido su importancia. Quiero saber, quiero entender. Te lo he explicado muchas veces, pero te da igual. Por favor, déjame descansar. Necesito fuerzas para conocer los avances. Guillermo, necesito ag... aguantar.

—Me lo pusiste muy difícil. Pasamos hambre, pasamos frío hasta en verano. Y mamá... Tú decías que podías, pero no podías.

—Tú no sabes lo que es el hambre. No sabes lo que es el frío. ¿Qué es lo que quieres decir? ¿Que la dejé morir? ¡Dilo, miserable!

—Siempre acabas así, con esa misma frase. Es tu manera de escapar de mí.

El hijo de Ramón se había repuesto y su voz ya no era serena, sino fría.

—El problema no es lo que se cuenta, sino lo que se calla. Casi nunca mencionas a tu abuela. Nunca has querido escuchar cómo murió. El miedo, el silencio. Tampoco sabes nada de eso. No sabes cómo todo eso atenaza una vida.

—Nos hiciste a mamá y a mí cargar con eso. Era tu pasado y nos lo cargaste a nosotros. Pudiste renunciar, pudiste olvidar, teníamos una vida por delante. Pero te dejaste secuestrar por el pasado. Siempre el pasado.

—No entiendes nada, Guillermo.

—Era yo el que hacía la cola en ese comedor social. Era yo el que iba a casa de mis amigos para pedirles algo de ropa. Fuiste tú el que dejó ese trabajo. Con ese trabajo, nada habría ocurrido como ocurrió. Y la familia del pueblo... Que si estábamos mejor de lo que parecía, que si jamás aceptarías una limosna. Encima, preferiste montar esa librería que, en vez de darnos dinero, nos quitó lo poco que teníamos.

—¡No lo entiendes! ¡Era mi madre! ¡La mataron! No podía estar cerca de esa gente. Tú estás reaccionando igual por tu madre. Quieres saber, quieres entender.

—¡Mi madre era tu mujer!

—¡Cállate! Nunca entenderás.

—No, no lo entiendo, padre. Por eso estoy aquí.

—No entiendes nada.

—Explícamelo.

—Es tarde, ya es muy tarde. Ni siquiera sé si algo así puede entenderse sin haberlo vivido.

—¡Explícamelo!

Julia ve muchos árboles en las aceras. Uno cada dos metros. Muchos adosados y alguna embajada cuya bandera es incapaz de identificar. El coche de Amelia continúa a pocos metros.

—Voy a bajar un poco el ritmo. Si vamos muy pegados en esta carretera, a ella le va a parecer raro. Estamos entrando en un barrio muy residencial, agente, aquí hay lo que ve... Nada más.

Amelia abandona la recta, que parece algo así como la calle principal del barrio, y gira a la derecha. Ante la inquietud de Julia, el taxista dice:

—Tranquila, ya sabemos dónde está. Girando ahí solo se puede ir a Los Abedules... Sí, Los Abedules. Una residencia de ancianos.

Julia paga la carrera con ostensible propina y corre al interior de la residencia. Es un chalé de varias plantas. Si no fuera por el personal de blanco que pulula por los pasillos, parecería una mansión de las que aparecen en esas películas que le gustan a su madre. Amelia está en el mostrador. Se queja de unos papeles que le piden: «Muchos papeles, muchos papeles». Julia finge concentrarse en el tablón de anuncios que está a unos metros. Lee, entre otras cosas: «Apadrina a un abuelo. Se buscan voluntarios para nuestra red de residencias en Madrid».

—Buenos días. Vengo por lo de los voluntarios. Me gustaría inscribirme.

—Buenos días. Fantástico. Por favor, déjame tu DNI, copio los datos y los envío a la asociación, que se pondrá en contacto contigo.

—Como vivo lejos, ya que he venido, ¿no podría empezar hoy?

—Sí, no creo que haya problema. Siempre y cuando las personas a las que te acerques te autoricen a hablar con ellas.

Amelia se gira hacia Julia. Y Julia vuelve el rostro, simulando que mira hacia el patio de la residencia, que está al otro lado de una galería, ahora vacía debido al calor. Teme que la recuerde de su encontronazo en las escaleras de Lope de Rueda.

—Más papeles y más papeles. Esto es increíble, disculpe que se lo diga. Vendré a primera hora de la tarde. —La recepcionista responde

con una sonrisa a la hija del alemán, que guarda unos sobres en el bolso y se marcha al aparcamiento.

Julia cree que el uso del nombre falso está dificultando la identificación y el ingreso de Hafner en la residencia.

—Mira, bonita, ese de ahí es el salón. Ahí van a estar todos hasta las doce y media, que es la hora de comer. Dentro habrá una gerocultora que te recomendará con quién empezar, alguno simpático.

Julia se planta en la entrada. Intenta divisar a Hafner. No sabe cómo reconocerlo. Tiene en su cabeza la imagen de esas piernas delgadas una sobre la otra; la foto mental de las zapatillas de cuadros. Se acerca a la gerocultora, se presenta y pregunta:

—¿Hay algún extranjero? Supongo que no. Es por practicar idiomas.

Le habla de un señor alemán que ha llegado hace unos días, que parece ser muy antipático, que no dice casi nada, pero que la cabeza, dentro de lo que cabe, la tiene bien, eso dicen las pruebas que se hacen con el ingreso. Señala al fondo, a una de las esquinas de la galería.

—¿Seguro que quieres probar con él? Mucha suerte.

Puede que sean seis o siete metros en línea recta. Ahí está. Gustav Hafner es un hombre delgado, pero no es la delgadez de los desahuciados. Lleva unos pantalones oscuros y un chaquetón granate pese al calor. Debe de poder caminar porque junto a su silla, que no es de ruedas, hay un andador. Nariz aguileña, fácilmente perceptible de perfil. Pelo blanco, abundante. Labios finos. No alcanza a divisar sus ojos. En los ojos está todo. Se acerca poco a poco, como si Hafner pudiera desaparecer igual que los oasis en los espejismos de los sedientos.

—Buenos días. Me llamo Julia. Soy voluntaria de la asociación... —Le tiende la mano al anciano.

—La asociación, la asociación... Todo el día con la asociación. En el poco tiempo que llevo aquí, me han hablado mil veces de la asociación. ¿Quién les ha dicho a ustedes que los que estamos solos necesitamos compañía? —Hafner no responde a la mano tendida, ni siquiera mira a Julia a la cara. Habla con un marcado acento alemán, pero su español parece absoluto.

—Disculpe, no quería molestarle.

—Si no quería molestar, ¿por qué se ha acercado? —Entrelaza las manos y juega con los pulgares. Hace círculos con ellos a gran velocidad.

—Precisamente por eso le he...

—Espere, no he terminado. Acercarse así es una costumbre muy española.

—Tiene toda la razón. Veo que conoce nuestras costumbres, imagino que lleva aquí muchos años... —En cuanto Julia hace una mención al pasado, Hafner gira la cabeza y, entonces sí, la examina de arriba abajo. Julia nota un escalofrío general, como una brusca bajada de temperatura. Cree que le toca hablar a su interlocutor, pero no arranca. Solo la mira—. Yo soy de San Sebastián, pero llevo en Madrid ya una temporadita...

—Tampoco se lo he preguntado, pero... —Cuando Julia amaga con marcharse, Hafner le concede una tregua—. San Sebastián es una ciudad bonita. Entiendo que quiera presumir.

—¿Ha estado alguna vez?

—Algunas veces.

—Es un sitio casi de frontera.

—¿Por qué lo dice, señorita?

—Nada, es igual...

—No, no es igual. Si lo ha dicho, es por algo. Y si sonríe, es por algo.

—¿Le molesta que sonría? —Julia estaba sonriendo porque el diálogo le recuerda a sus primeras conversaciones con Ramón.

—No se desvíe. Ha dicho que San Sebastián es un sitio de frontera. Y eso requiere una explicación, a no ser que haya dicho una idiotez.

—Pasan cosas interesantes en las fronteras. El contrabando, las guerras, los idiomas, las culturas... A mí me gustan.

—¿Le gusta el contrabando? ¿Le gusta la guerra? ¿Los idiomas? ¿La cultura? ¿Qué es lo que le gusta? Hable con precisión.

—No lo sé... —Julia titubea—. Me gusta... la mezcla —le lanza una provocación para ver cómo responde.

—¿Y la mezcla de por sí es buena? Tendrá usted que pensar primero qué obtiene de esa mezcla y si mejora lo presente. ¿Alguna vez se ha mezclado usted con algo verdaderamente distinto?

—Tuve un novio que no era de San Sebastián.

—Si lo tuvo y ya no lo tiene es porque la mezcla no salió bien. —Julia cree entrever una sonrisa en la mueca de Hafner, pero no está segura. Para ponerlo a prueba, se ríe a carcajadas. Y él, ahora de manera más clara, sonríe también. Julia se da la media vuelta y se topa, a tres o cuatro metros, con la mirada incrédula de dos enfermeras, que no parecen acostumbradas a que alguien ría con Hafner. Y menos aún a que él sonría.

—No, no salió bien...

Julia se siente en una nube. Y esa emoción es más poderosa que el miedo o la incomodidad de la conversación. Echa de menos no haber iniciado la charla con el móvil grabando. No quiere olvidar ni un solo detalle de lo que está ocurriendo. A ratos, se sorprende a sí misma maquinando el arranque del texto y eso hace que no preste

toda la atención. Es uno de sus fallos más frecuentes: empezar a preparar el reportaje en su cabeza cuando tiene que limitarse a escuchar.

—Oiga, ¡oiga! ¿Me está oyendo?

—Sí, sí, perdone.

—¿Qué le estaba diciendo? Dígame cuál es la última frase que le he dicho.

—Pues...

—Se lo advierto. Es la última falta de respeto que tolero. Si vuelve a ocurrir, pediré que se la lleven. —Hafner lo dice con el dedo anular rasgando el aire en vertical; uno de los gestos más inquisitivos del hombre, que sobrevive con el paso de los siglos.

—*Stimmt etwas nicht, Vater? Belästigt sie dich?*

Aparece una mujer que se coloca detrás de la silla de Hafner. Le habla a él, pero mira a Julia. La periodista reconoce al instante a Amelia, la hija del alemán. Recibe como una pedrada la misma mirada que en el rellano de la escalera.

—Buenos días, me llamo Julia. Soy voluntaria de la asociación. No pretendo molestar... —No sabe una palabra de alemán, pero está segura de que Amelia le ha preguntado a su padre si la visita lo está importunando. Hafner responde con un par de palabras. Ha bajado mucho la voz. A Julia, de hecho, le sorprende que Amelia sea capaz de oírle sin agacharse—. De verdad que no quiero molestar. Mejor me marcho... —Amelia ha debido de olvidarse de algo. Ha regresado demasiado pronto.

—Sí, márchese. Nadie le ha pedido que venga —contesta. Julia fuerza una sonrisa y, antes de dar un paso atrás, intenta escrutar el rostro de Hafner en busca de una respuesta. El alemán la mira, pero ella no sabe qué significa.

La gerocultora sorprende a Julia por la espalda y le susurra:

—No te preocupes. Conozco muy bien al personal. Os he estado espiando desde lejos. Me parecía un milagro que el señor Leibniz haya aguantado tanto rato charlando. A nosotras no nos soporta. Así que puedes estar tranquila. Pero es que la hija parece todavía peor que él. Ven conmigo.

Recorren juntas el salón. Antes de abandonarlo, Julia echa un último vistazo a Hafner, que ha salido al patio con su hija. Se sientan en uno de los bancos verdes metalizados que rodean una fuente de piedra. Parece que él mira hacia arriba, al cielo. Amelia está sentada justo al lado, pero no hablan. En la recepción, Julia se despide; la gerocultora insiste:

—Por favor, solo van a ser cinco minutos. Ven conmigo.

Por las escaleras, acceden a un primer piso donde ya se adivinan decenas de habitaciones. También hay una zona de despachos. En concreto, tres, situados en hilera. La gerocultora toca en la puerta de uno que se anuncia como «Psicología y terapias de día».

—Espérame fuera, va a ser muy poco tiempo. Ahora te avisamos.

La gerocultora habla a puerta cerrada con la que Julia supone que es la psicóloga de la residencia. Está nerviosa, pero deduce que no puede ser nada malo. Cuando empieza a divagar acerca del motivo que la ha traído hasta aquí, sale una segunda mujer de la habitación y le dice:

—Soy Marta, la psicóloga de Los Abedules. Por favor, pasa. —Le gusta que no la trate de usted—. Alejandra me ha estado contando lo que ha pasado con el señor Leibniz y su hija. Quiero pedirte que sigas viniendo. Y que seas discreta. —La psicóloga toma asiento detrás del escritorio y le ofrece a Julia la silla de enfrente.

—Pero...

—Como te imaginarás, no puedo darte muchos detalles. Solo puedo decirte que el señor Leibniz es un perfil muy complicado.

Acaba de entrar y su mala adaptación es de libro. Es el tipo de gente que no lo asimila y que no se adapta jamás. La residencia se convierte en un infierno para él y para nosotras. Según nuestros informes, tiene la cabeza perfecta. Incluso sospechamos que finge ciertas dificultades de movilidad para no participar en las actividades que preparamos. Físicamente, créeme, está como un roble. Con las pruebas que ya tenemos y su analítica, no es descabellado decir que es como si tuviera veinte años menos. Vamos, un portento. No lleva aquí ni cuarenta y ocho horas, pero el otro día lo encontramos deambulando de pie por su habitación. Es muy desaconsejable que alguien en su sano juicio pase todos los días sin hablar con nadie. Alejandra me ha dicho que le has arrancado unas cuantas palabras y que estabais charlando hasta que ha llegado su hija. No des importancia a ese final tan... Vamos a hacer una cosa...

—De verdad, me ha resultado tan incómodo que... —Julia imposta una retirada a sabiendas de que la psicóloga va a insistir.

—Al rellenar los papeles del ingreso, nos costó dios y ayuda que la hija aceptara que su padre forme parte del programa de voluntariado. Ella intentó disuadirlo, pero no pudo. Tampoco él quería firmar la autorización al principio, pero lo hizo con tal de que le dejáramos en paz. Solo podemos tener un problema...

—Yo no quiero problemas, de verdad.

—El problema es que su hija o el propio Leibniz nos pidan, después de lo de hoy, dejar de formar parte del programa. Pero si no lo hacen... podemos montar un «dispositivo» —la psicóloga remarca la palabra con visible diversión— para que puedas seguir viniendo sin que te cruces con su hija. Si él quiere hablar contigo, guardará el secreto de manera natural, sin que tengamos que pedírselo.

—¿No ha venido nadie más estos dos días a ver al señor Leibniz? Algún otro hijo, más familiares... —Julia exhibe una curiosidad lo más inofensiva posible. Sabe que la respuesta que obtenga, esta sí, va a ser determinante.

—No, no sabemos demasiado de la familia, pero aquí no viene nadie más que ella. Tenemos una ventaja: parece de rutinas muy rígidas. Viene un rato a última hora de la mañana y otro a primera hora de la tarde.

—¿Entonces? Va a estar muy complicado...

—Hay dos opciones. Oye, antes que nada, perdona, ¿eh? Imaginamos que tienes tu trabajo y que vendrás aquí en los pocos ratos que tengas libres. Te decía: tienes dos opciones: aparecer justo después del desayuno, a eso de las nueve, y quedarte hasta las once menos cuarto. O venir después de la comida, a las dos, y quedarte hasta las tres y pico. Alejandra tiene turno de mañana y podrá estar un poco al quite por si Amelia viniera antes. Por la tarde, meteré en el ajo a otra compañera. Mira, ya sé lo que me vas a decir —continúa la psicóloga cuando Julia va a intervenir—: que no quieres meterte en un lío, que solo vienes a echar un cable... Pero no te imaginas la obra social que estarás haciendo si consigues hacer hablar a Leibniz. Piénsatelo...

—Bueno, venga, vamos a intentarlo. Aquí estaré mañana mismo. Muchas gracias.

—Al revés, muchas gracias a ti.

XIII

Julia ve a Hafner en el temblor del té al salir del microondas. En el espejo del ascensor. En los rostros de los ancianos que se va cruzando por la calle. Deben de ser las nueve, el cielo ya tiene esa luz como de lámpara de bajo consumo, y ella vuelve a llegar tarde a una cita que no quería. No quiere nada que la aleje de Hafner. Por eso se subleva contra sí misma; se culpa por albergar una curiosidad distinta: qué va a contarle Iván. Por qué no ha dejado de llamarla hasta que ha conseguido organizar esta cena. Julia ha aceptado, «si nos vemos, tiene que ser esta noche, el resto de la semana ya estoy con mucho lío», porque no quiere volver a visitar al alemán mañana con la duda de lo que Iván va a decirle revoloteando en su cabeza.

Habrá visto, piensa Julia, los artículos sobre el asesinato de su abuelo en los periódicos y en la tele. *Este cabrón quiere consolarme. Se siente mal por haberme contado lo de su nueva novia en un momento como este. «La está conociendo», dice... Se la está follando.*

Por la tarde, ha intentado leer, ver una película, ordenar la buhardilla. Y no lo ha conseguido. A cada rato, ha acabado sentada en el escritorio pergeñando preguntas para Hafner en una libreta. También ha comenzado a escribir aquello que le diría si pudiera al terrorista que se entrevistó con su padre, pero ha acabado rompiendo esos folios por el miedo supremo a embarcarse de nuevo en aquella investigación que casi la tumba hace unos años. Ahora, camino del bar, «Iván, que sea algo de picar, algo rápido», va

contestando mensajes pendientes. La montaña de llamadas sin responder da la medida de la realidad paralela en la que se ha ido encerrando. A Clara le cuenta que tiene un nazi, que se lo diga también a Marcos, que está bien, «de verdad que estoy bien», que de lo del abuelo ya hablarán, que le den «un poco de tiempo», que tendrán «una conversación como se merece», que va a estar desaparecida. A Ferrándiz lo amansa, «dame más tiempo, Alfredo», diciéndole que ese nazi que ha encontrado, además, «tiene la cabeza en su sitio». «Pues más vale que se acuerde de cómo se cargaba a los judíos, Mendieta. Si no, estamos jodidos». Ferrándiz aprieta a Julia explicándole que *El Universal* se está quedando sin munición contra el Gobierno y que, cuando se acabe, el director la mirará a ella: «Sí, Rivas te mirará a ti. Querrá algo tan fuerte como para que actúe de silenciador de sus escándalos. Tienes que estar preparada. Debes tener algo para disparar cuando te toque».

Julia entra en el bar. Está lleno, es la hora de cenar. Una barra de pinchos, no hace falta reserva. El suelo, lleno de servilletas de papel tan amarillentas como los libros de Ramón. «Perdón, perdón». Va atravesando el tubo camino de los últimos taburetes, donde suele colocarse Iván. Algunos sujetan su cerveza pegados a la pared. Otros, pegados a la barra. Julia transita por el medio. En función de la pinta que encuentra a uno y otro lado, ofrece el culo o la cara. Eso se lo enseñó Clara: «Mira, es una situación inevitable. Tienes que pasar sí o sí. Como cuando llegas tarde a un concierto, al cine o al teatro. Y con las personas pasa eso. Da igual hombres que mujeres. A algunos te apetece ponerles la cara y a otros el culo».

En esas divagaciones está Julia cuando, por fin, alcanza el final. El camarero, que parece reconocerla, la saluda:

—No ha llegado tu chico. —*Me reconoce, pero no se entera de nada*—. ¿Quieres tomar algo mientras?

Pide una cerveza y, un tanto incómoda, se hace el hueco que puede en la esquina. Para acercarse el vaso a la boca, roza el brazo de la chica que está al lado. Este contacto, tan típico de los bares, es mucho más violento en verano que en invierno. Porque no hay jerséis, no hay abrigos. Es piel con piel.

—Ey, Julia, ¡perdona! Estaba con un cliente muy pesado. No había manera de que se fuese. —Aparece Iván entre la multitud, como escupido por la boca de una ballena. Lleva la corbata y la americana en la mano. Un par de botones de la camisa desabrochados.

—Una cerveza también para él.

—¡César, que sea doble por favor!

—Iván, voy un poco pillada. Ando metida en mil berenjenales. Al grano, porfa. Picamos algo muy rápido y nos vamos.

—Sí, sí, tranquila. —Iván deja la americana y la corbata en el colgador de la barra, coge su cerveza, se la lleva a la boca, roza con los nudillos el pecho de Julia. Los dos se dan cuenta, pero ninguno dice nada.

—Pues venga, dispara. —Julia se muerde el labio inconscientemente. Se imagina ese cuerpo a cuerpo de Iván con otra mujer. Siente rabia. Y la siente de una manera muy animal.

—Venga, sin rodeos. Es Almudena.

—¿En serio? ¿Almudena? ¿No había más tías en Madrid? —Julia no acaba la frase. Se termina la cerveza de un trago y se dispone a marcharse.

—¡Eh, eh! ¡Para, para! —Iván deja rápidamente su vaso en la barra y la detiene poniéndole las manos en los hombros.

—¡Iván, no me toques! —El grito de Julia pasa desapercibido gracias al ruido que empantana el bar.

—¡Julia, escúchame! —Iván sube la voz todavía más. Lo suficiente para que ahora sí se giren varias personas—. No es eso, joder,

déjame hablar. ¿Cómo voy a estar liado con Almudena? —Julia, que experimenta vergüenza por haber demostrado sus celos de una manera tan explícita, pide otra cerveza y deja a su ex que se explique—. No soy yo quien tiene algo con ella. Es... Adánez, el gilipollas de *El Adelanto*.

—¿Qué?

—Fue casualidad. Estaba yo con... Estaba cenando en un restaurante. Fui al baño; tuve que rodear varias mesas. Y en una de ellas estaban esos dos. Ella no me vio a mí. Y menos mal. Si no, creo que habría sido desagradable para todos. Además, fue después de lo de la tele y de que se publicara en su periódico la mierda de artículo sobre tu abuelo. Estuve a punto de decirle cuatro cosas.

—Mierda, ahora entiendo...

—¿Crees que fue ella quien le contó lo de tu abuelo?

—No, no creo. Porque Almudena nunca lo ha sabido. Estoy casi segura de que se ha enterado por él. O directamente por la prensa. Pero el otro día... —Julia le hace un gesto a Iván para que pida otras dos cervezas. Mientras se las toman, le cuenta que, el otro día, tuvo que firmar un texto de Almudena y que sospecha que Cáceres y Adánez hicieron esa maniobra para ponerla todavía más en el punto de mira del Gobierno—. Llevábamos sin hablar un montón de tiempo. ¿Y ahora me entero de que está con ese gilipollas? ¿En el ajo con esos dos? ¿Qué hora es?

—Julia, que te conozco...

—Las nueve y media —lo consulta ella en la pantalla de su móvil —, todavía llego al cierre del periódico.

—Frena, frena. ¡Julia!

Iván se queda solo en el bar, el vaso vacío en la mano. Su americana y su corbata han caído al suelo. Tienen algo de serrín por encima.

Julia entra en la redacción a paso rápido. «Buenas noches». No responde al saludo del conserje. Llama al ascensor, pero tarda en llegar. Aprieta con furia el botón. Una y otra vez. Se rinde en apenas cinco segundos. Sube los escalones de dos en dos. Se cruza con Javi y Andrea, sus compañeros de sección. Le preguntan por un titular. Están dudando sobre un tema que se publica mañana. «Lo siento, ahora no puedo», y pasa de largo. Alcanza la mesa de Almudena. No está en su sitio. «¡Mierda!» se le escapa en alto. Cáceres levanta la cabeza:

—La sección de «Nacional» tiene mucho trabajo que hacer en muy poco tiempo.

Julia pregunta por Almudena. Cáceres señala con indiferencia la fotocopiadora, que está en medio del pasillo. Se gira, la ve agachada cogiendo unos folios. Va a por ella.

—Almudena.

—¿Qué tal, Julia?

—Tengo que hablar contigo. Vamos a la cocina.

—Queda media hora para el cierre y no he terminado de escribir. Mañana hablamos.

Almudena ha saludado con una sonrisa, pero la corrige con celeridad. Conoce bien a Julia. Ha debido de distinguir en su rostro uno de sus ataques de rabia. Por eso, trata de evitar el encuentro.

—Tiene que ser ahora.

—Julia...

—Ahora.

Y Almudena acepta. Probablemente, porque sabe a su compañera capaz de ponerse a pegar gritos en plena redacción y quizá augure

ese escenario como peor de lo que pueda venir en la cocina. Julia toma la delantera. La sigue Almudena a un par de metros.

—Tú dirás.

—¿Cómo eres tan hija de puta?

—Yo así no hablo. Ni contigo ni con nadie. —Almudena camina hacia la puerta, pero Julia se interpone en su camino.

—No seas cobarde. Dímelo aquí, a la cara. Lo de Adánez.

—Joder, es eso. —Almudena suspira, rodea a Julia y se sienta en una mesa junto a la cafetera y el fregadero.

—Eres una zorra. —Julia la mira desde arriba, con las manos apoyadas en la mesa.

—¿Crees que no voy a contestarte? ¿Crees que voy a callarme como siempre que tienes uno de tus prontos? Me follo a quien me da la gana.

—Y te da igual si por el camino eso supone follarte a tu amiga. —Julia pega un golpe en la mesa.

—Ah, ¡es que ahora somos amigas! ¿Cuándo hemos vuelto a ser amigas? ¿Ya lo éramos cuando me robaste esa noticia que sabías que yo había empezado a investigar antes? Podías haberte cortado un poco. ¿Crees que no te vi cuando bajaste la pantalla del portátil al oírme llegar? —Almudena se levanta y se acerca a Julia—. Total, eso qué más da. Es solo una anécdota.

—Oye, follaros las dos a quien queráis. Que se entere todo el periódico también si eso os da morbo. Pero ¡que no sea a la hora del cierre! Un poco de silencio. —Ernesto Márquez, el jefe de «Economía», irrumpe en la cocina, rellena su taza de café y se marcha con un portazo.

—Julia, mírame a la cara.

Almudena baja la voz y recula al ver a su compañera, que no puede esconder un leve temblor de las manos. Se cruzan las

miradas. Julia está segura de que Almudena la está recordando tirada en la cama aquel día, en pleno ataque de ansiedad. Le dijo que era por estrés, por muchos temas acumulados pendientes de escribir. No sabe si se lo creyó. Pero Julia ahora no puede esconder los mismos temblores en las manos de aquella vez. Los temblores que se fueron extendiendo hasta derribarla y secuestrarle el lenguaje. Julia se controla, bebe un vaso de agua. Sabe que los temblores van a pasar de largo; sabe que, desde hace un tiempo, después de tanto trabajo con su psicólogo, estos ataques casi siempre pasan de largo.

—Perdona, no me encuentro bien. —Julia apoya las manos en el fregadero, aprieta la repisa plateada. Cuanto más aprieta algo, menos le tiemblan las manos. De eso también está segura y se va recomponiendo.

—Julia, yo no tengo nada que ver con lo que está pasando. Nada. Llevo un tiempo enrollándome con Adánez. Empezamos antes de que saltara toda esta historia. No sabía que os llevarais mal. De hecho, la primera vez que salió tu nombre en una conversación fue después de lo del vaso de agua. Empezó a criticarte, a soltar mierda. La última, cuando lo de tu abuelo... —Almudena calla al ver que la mención del abuelo provoca que un par de lágrimas serpenteen los pómulos de Julia.

—No sé qué me pasa. Al escuchar lo de mi abuelo, siento esa rabia y... —Se dirige a la puerta; ahora es Almudena la que se pone en medio.

—Julia... Solo nos acostamos, nada más. También tomamos algo de vez en cuando. —Almudena pone el brazo en la mano de Julia para impedirle que salga.

—Puedes hacer lo que quieras, no tienes que contarme nada. —Irrumpe en Julia un incomodísimo sentimiento de culpabilidad. Sabe

que se le ha transparentado como la ropa interior al caer a una piscina.

—Te lo cuento porque quiero. Prefiero que lo sepas. Estoy sola. No sé. No es fácil, joder. —Almudena suelta el brazo de Julia y se aparta de la puerta.

—Ya sé que no es fácil.

Las dos se quedan en silencio. Un compañero entra en la cocina y, dejando a cada una a un lado, se dirige al frigorífico, de donde saca un táper para cenar. «Perdón», y se marcha. Julia intuye que Almudena, lejos de estar pensando en lo que ahora sucede, está recorriendo los años transcurridos desde que se conocieron hasta hoy. Como si fueran un álbum de fotos. Porque Julia ve en ella una combinación de expresiones fugaces: la sonrisa compasiva, las cejas en arco de la incredulidad, el suspiro resignado. Todas se van repitiendo en distinto orden, ancladas en no sabe qué recuerdos.

Julia intenta hacer lo mismo, revisitar esos momentos, pero no puede. Ni siquiera es capaz de recordar la escena que le ha echado en cara Almudena. El día en que le robó no sé qué noticia. Puede ser verdad. Más bien, está segura de que es verdad. Pero no puede pensar en eso. El amago de culpabilidad que la asalta por el naufragio de la amistad acaba resbalando por la pendiente de sus preocupaciones más rutinarias, que ahora se anclan en la obsesión de Adánez con ella. ¿Por qué? ¿Por qué quiere hundirla?

—Tengo que cerrar el artículo de mañana. —Ahora es Almudena la que intenta salir de la cocina y Julia quien la sujeta.

—Supongo que esto no se puede arreglar de repente, que tenemos que hablar...

—¿Hablar? ¿Cuánto llevamos sin hablar? ¿Para qué vamos a hablar ahora, Julia? —Almudena le pide que se aparte y la deje salir. No es brusquedad, es indiferencia.

—Bueno, ahora estamos las dos... solas.

—¿Solas? Tú tienes a Iván. No te imaginas lo que es llegar a casa por la noche después de todo el día currando y solo tener un libro en la mesilla y una bolsa de lechuga en la nevera. —Al escuchar a Almudena, a Julia se le vuelven a vidriar los ojos—. Ey, ey, ¿qué pasa?

—Nada, que lo dejé con Iván.

—No lo sabía.

—Normal, ¿cómo lo ibas a saber? Para una vez que hablamos y me pongo como una bestia.

—Supongo que a mí, en tu lugar, me habría pasado lo mismo. Bueno, lo mismo pero un poco menos. Yo no sé gritar así. —A las dos se les escapa una sonrisa—. Oye, una cosa.

—¿Qué pasa? —Julia y Almudena se alejan de la puerta y se sientan frente a frente en la mesa.

—Hay algo raro en *El Adelanto*. Van a por ti. Lo noto porque Adánez, desde que ocurrió lo de la tele, ha ido mencionándote más, como si quisiera sacarme información. Se cree más listo que yo. Piensa que me está utilizando, pero le estoy usando yo a él para divertirme. ¿Y si nos divertimos las dos?

—No sé por dónde vas.

—¿Y si le saco información a Adánez?

—Pero ¿qué información? ¿Qué tienen en mi contra? ¡Si yo no estoy metida en nada de lo del Gobierno!

—Pues eso es lo que podemos averiguar. Adánez piensa que ya no somos amigas, que nos llevamos fatal. Lo cree de verdad porque, para qué te voy a engañar, le hablé mal de ti cuando empezamos.

—Bueno, si ahora puede servirnos de algo, el cabreo habrá valido la pena. —La conversación, que había empezado a gritos, es ahora un intercambio de susurros.

—Las dos sabemos que en *El Adelanto* van a por ti. Vamos a enterarnos de cómo y por qué. Si es solo política o si hay algo más.

—Por intentarlo... —Julia se levanta y hace un gesto con la cabeza en dirección a la puerta—. Oye, no quiero meterte en un lío, que estás con el cierre. Vete, anda.

—Tú lo que no quieres es seguir hablando de lo importante, de por qué dejamos de hablar. Eres incorregible, Mendieta.

—Y tú vuelves a tener razón, Almudena.

—Ya hablaremos.

—Oye. —Julia sale a paso rápido de la cocina e intercepta a Almudena en el pasillo.

—¿Te has arrepentido de haber dejado de gritar?

—Te prometo que un día hablamos de verdad, Almu, de lo nuestro, pero cuando todo pase.

XIV

Un asesinato, que es solo un segundo, puede explicar toda una vida.

Esta mañana, Julia se ha despertado con la cabeza agitada. Poco a poco, con el traqueteo de la máquina del café, con el respingo de la tostadora, al subir al autobús camino del hospital, ha ido recuperando imágenes difusas de sus sueños. Tras ir hilvanándolas todas, ha llegado a esa conclusión. Un asesinato, que es solo un segundo, puede explicar toda una vida. El mosaico de fotos que ha ido pescando de su subconsciente es bastante heterogéneo. Lo mismo aparece su abuelo que Ramón, el hijo de Ramón o Gustav Hafner. La protagonista que más fuerza ha debido de tener en el sueño, que todavía tres horas después no sabe si definir como pesadilla, es la madre del librero. Antes, solo la había visto en las fotografías que estaban tras la trampilla de la librería, pero en su cabeza la ha revivido incluso en color. Cree que piensa en ella porque la forma en que murió —«el miedo, el silencio»—, la forma en que la mataron, ese misterio que Julia desconoce, explica toda la vida de Ramón igual que la manera en que mataron a su abuelo explica la suya.

Julia duerme algo mejor gracias al reportaje en marcha. Se ha propuesto levantarse todos los días a las siete para visitar a Ramón antes de entrevistarse con Hafner. Sigue presionándola con febrilidad: «Quiero saber, muchacha, no vengas aquí. ¡Qué haces aquí!». Unos cuantos pañuelos salpicados de puntitos de sangre ya forman parte del nuevo retrato de Ramón. Ella también siente el

fuego, las ganas de visitar a Hafner, pero la relación que le une al librero ha ido cambiando. Sabe que se está muriendo solo. La conversación con el hijo espiada desde la puerta le ha hecho experimentar una mayor culpabilidad. A eso se unen las palabras del médico, que esta mañana, antes de entrar en la habitación, le ha contado que Ramón ha rechazado todos los paliativos que le puedan nublar el sentido: «No se lo podemos negar, pero va a ser duro. Queríamos que estuvierais... que estuvieras avisada. Se puede apagar cualquier día... y sufriendo». Le resulta difícil hablar con Ramón sin derramar una lágrima.

—Muchacha, ven aquí, acércate.

—Con lo poco que te gusta que la gente esté cerca.

—La tristeza nubla el pensamiento. Tú y yo lo sabemos mejor que nadie por culpa de nuestro talón de Aquiles. Deja la tristeza en esta habitación, ya la recogerás cuando vuelvas a contarme lo que descubras.

Julia va camino de Los Abedules en un taxi. Se ve reflejada en Ramón. En su oscuridad, en su mirada inquisitiva, en su necesidad de lejanía, en su obsesión por saber. Tiene miedo. Cuando sus padres no estén, ¿habrá alguien cerca? ¿Dejará que alguien que no lleve su sangre esté cerca para siempre? A Julia le da vértigo sentirse parecida a Ramón. Es una periodista que sueña con averiguar un día lo que su padre ni quiere ni puede averiguar: quién mató al abuelo. Julia va haciendo su camino viendo a su padre y a su abuelo en cada huella que va dejando. Julia es solitaria, y en cada una de sus acciones hay pequeños posos de melancolía. Pequeñitos, casi disueltos, como los que navegaban en los culos de las botellas de sidra que tanto le gustaban al abuelo. Mientras mira por la ventanilla, viendo a toda esa gente que disfruta en los parques de la compañía de otros, intenta responderse que ella no es

solitaria, que hará lo posible por no morirse sola, que ese deseo de encerrarse en la buhardilla cuando está en un bar con sus amigos, que esa pulsión incontenible de regresar a Madrid cuando está en San Sebastián, tiene que ver con el abuelo y lo que pasó. Nada más. *Ahí se jodió todo. Ahí, sin saberlo, me hice solitaria. Yo no era una niña solitaria. Ni siquiera lo soy siempre. Julia, no del todo. Te lo prometo, me lo prometo, no del todo*.

A Julia, en realidad, le gusta estar sola a medias. Una vez, entrevistó a un señor que debía de tener la misma edad que Hafner. Le había tocado la lotería. Fue a verlo a su casa. Era la casa de un hombre solo, abandonado a sí mismo. En el mismo edificio, un piso más arriba, vivía su hija. «¿Sabes? Me gusta estar solo. Ni subo a verla ni la dejo que baje. Por las noches, cuando la soledad es todavía más honda, oigo sus pasos. También el ruido que hacen mis nietos. Soy como un lobo. Un lobo solitario al que le gusta tener la manada cerca». Vuelve a pensar en el hijo del librero, ha estado tentada de averiguar cómo encontrarlo, ¿quizá seguirlo?, pero ha acabado por respetar esa habitación donde Ramón no quiere que entre nadie más. Ella acaba de descubrir cómo duele cuando un artículo de periódico arrasa las paredes de ese espacio y pone el secreto al alcance de cualquiera.

—Son 23,70, por favor.

—Muchas gracias, caballero.

Julia intenta relajarse al enfilar el camino que lleva a la entrada de la residencia. La tristeza se le mete por todas las partes del cuerpo. Le entra por los dedos de las manos y los dedos de los pies. La nota en el viento que le enreda el pelo. Cierra los ojos con fuerza para ahuyentarla. Son una especie de pestañeos largos. Violentos. En lugar de encontrar ese fundido a negro en el que van apareciendo motas de colores, imagina el blanco del hospital, que es el blanco

del baño de la buhardilla y el blanco de la sala de reuniones del periódico. El blanco que se va coloreando de puntos rojos, como la sábana de Ramón. *Venga, Julia, joder, no es tan difícil*. Respira hondo. Vuelve a cerrar los ojos. Al fin aparece el negro con sus puntos verdes, amarillos y naranjas. «Julieta, estamos hechos del polvo de las estrellas. Por eso, vemos esas manchas cuando cerramos los ojos; es un viaje por la galaxia de la que venimos», le decía su abuelo. *Julieta, estamos hechos del polvo de las estrellas,* se repite una y otra vez cuando alcanza la recepción.

Pone los pies en el salón repleto de ancianos. Todos están colocados en la misma dirección, como en el cine. Miran hacia el extremo de la estancia donde hay una televisión. En realidad, la disposición, razona Julia mientras busca a Hafner con la mirada, no tiene mucho sentido. Porque el televisor es de tamaño normal y la mayoría de los residentes no alcanzan a verlo desde tan lejos. Se inquieta. Siente que, estando de pie, se va convirtiendo poco a poco en el centro de las miradas. Pero muchas de esas miradas —vuelve a tranquilizarse— no podrían siquiera definirse como tales. Lo que ella ve en los ojos de quienes tiene más cerca es otra cosa. Da vueltas por el salón. Camina en línea recta, pegada a la galería acristalada. Lo hace así porque el sol se cuela con fuerza y, cuando estaba en el lado contrario, tenía que forzar los ojos para vencer al reflejo. A Hafner lo han movido de sitio. Ya no está donde el otro día.

—Julia. —Le ponen una mano en el hombro.

—¡Ay! Qué susto me has dado. ¿Qué tal? —Se topa con la gerocultora que la puso en contacto con la psicóloga.

—Nada, solo quería darte tu carné de voluntaria. Oye, perdona si es indiscreción, pero... tú eres la de la tele, ¿no? Lo hemos estado comentando, nos sonabas.

—Eh, sí, pero... Esto que hago aquí no... Quiero decir... Estoy...

—Tranquila, tranquila. No pasa nada. Era solo que, si tu experiencia es buena, nos vendría muy bien que lo dijeras en algún programa. A ver si así la gente se anima al voluntariado.

—¡Ah! Por supuesto. Contad con ello.

—Mira, ahí tienes al señor Leibniz. Lo están acompañando a la esquina.

—Muchas gracias. Allá que voy.

Julia nota en el cuello el latido del corazón. Cree que puede escucharlo. Es como el tambor de las fiestas de San Sebastián. Bum, bum, bum. Tan duro golpea que teme que ese pálpito trasluzca en algún trozo de su piel. El pecho, la sien, el antebrazo. Bum, bum, bum. Le encantaba el contraste entre el pelo blanco del *aitona* y el pañuelo azul que se anudaba al cuello. Bum, bum, bum. El paseo por el bulevar. «Mucha gente, la mano bien prieta, *maitia».*

—Diez minutos antes de que aparezca su hija vendré a por ti. ¡Disfruta! —Hay una ironía evidente en el verbo con el que se despide la gerocultora.

Hafner, al que han sentado en una silla en la esquina del salón, todavía no ha reparado en la periodista. Julia finge consultar el móvil, pero mira por el rabillo del ojo al alemán desde una distancia de dos metros, último baluarte de su seguridad. Es como si tuviera miedo de no poder mirarlo a la cara con la intención de escribir; como si esas ganas de escribir pudieran transparentársele. Así que, desde esta posición de francotiradora, como a través de una mira telescópica, empieza a redactar ya el reportaje en su cabeza sabiéndose invisible: «Pelo abundante, impropio de su edad. Raya a un lado. Chaquetón granate y camisa azul claro. Los ancianos llevan chaquetón en verano. La mirada azul. Un azul grisáceo algo más claro que el de la camisa. Cuello afilado, parece el mástil de un

barco. Pálido. Veo ya, desde aquí, esas venas verdosas bajo la piel blanca. Pómulos afilados. Todo es afilado en Gustav Hafner».

—Buenos días, señor...

—Leibniz, Rudolph Leibniz. —No duda ni un segundo; de lo que Julia deduce que lleva años utilizando el nombre falso—. Buenos días, señorita...

—Julia. Me llamo Julia.

—¿De verdad no tiene nada mejor que hacer?

—¿Puedo sentarme? —Antes de obtener el asentimiento del alemán, coge una silla y se sienta enfrente. Apoya el bolso en una mesa baja.

—Qué manía la suya. ¿Lo ve? —Hafner la inquiere con la barbilla y señala la silla de Julia con el dedo índice.

—No le entiendo. —Primero, Julia se inclina hacia los lados y revisa la silla. Después, cruza y descruza las piernas creyendo que ha podido hacer un gesto improcedente.

—No tiene ningún respeto por las normas básicas de cortesía. Me ha preguntado si me importa que se siente y, antes de que le haya respondido, ya se ha sentado.

—No... no me he dado cuenta, disculpe. —Julia se levanta como un resorte.

—Claro que no se ha dado cuenta. Ese es el problema. Pero siéntese ya que ha venido. No tengo otra cosa mejor que hacer. Y si me niego a charlar con usted, será peor la consecuente charla con el personal de la residencia. A eso, además, no puedo negarme. Prefiero hablar con usted, señorita Julia.

—Gracias.

—Julia... ¿qué más?

—Julia Uribe, pero puede llamarme Julia. —No debe utilizar una identidad falsa. En realidad, no puede. Necesitó el DNI y una foto de

carné para inscribirse en la asociación. Tampoco va a mentir sobre su profesión porque la gerocultora la ha reconocido. Eso es lo que más le inquieta. Nadie quiere hablar con los periodistas. Julia tiene miedo de que Hafner le pregunte a qué se dedica.

—Uribe. Es un apellido vasco. Muy vasco. —Hafner pronuncia las bes y las uves como las efes. Julia no ha estado en Alemania. No conoce apenas alemanes y es un idioma que no ha escuchado en demasiadas ocasiones, más allá de algunos veranos en San Sebastián.

—Su apellido es muy alemán también.

—Eh... Mi apellido... No es muy alemán. Es alemán a secas.

Julia sonríe para sus adentros. Ahora sí lo ha visto dudar. Probablemente, al escucharla, Hafner haya pensado primero en su apellido verdadero y no en Leibniz, su coartada. Durante el proceso de documentación, Julia no ha encontrado nada más acerca de él que esas menciones anodinas a su presencia en el ejército alemán. Nadie puede saber quién es Gustav Hafner sino por medio de una entrevista. Es un arma de doble filo. Todo está por descubrir, y eso es bueno; pero los descubrimientos van a ser muy difíciles de contrastar. Hafner no sabe que Julia lo está engañando. Pero Julia tampoco sabrá si está siendo víctima de una estrategia similar.

—¿Cómo está usted, señor Leibniz?

—Un día más. Cuando se tiene casi un siglo a la espalda, aquí y en cualquier parte, todos los días son iguales, ¿sabe? —Suspira mientras levanta las dos manos, como intentando abarcar todo el salón.

—¿Cuánto tiempo lleva en la residencia?

—No creo que sea un dato importante. Lo único que puede romperle la rutina a alguien como yo es una caída, un golpe. Le confesaré que puedo andar sin problemas, tengo mucha mejor

forma física de la que aparento, me siento fuerte, pero lo escondo para evitar al personal de la residencia y sus ideas delirantes. Nos tratan como a monos de circo.

—Me alegro... de que esté mejor de lo que parece.

—Oiga, ¿me haría usted un favor, señorita Julia?

—Sí, dígame.

—Ha vuelto a cometer el mismo error. Ha dicho «sí» sin escuchar lo que le voy a pedir. Eso es peligroso. —Hafner arremete ahora de otra manera. Sin sonreír, pero sin aspereza—. Tiene usted suerte. Es un favor inofensivo: sáqueme al patio. No me dejan salir por el calor. Si voy con usted, no dirán nada. ¿Ve ahí al fondo? Hay una sombra. Vayamos allí. Me gusta escuchar el rumor de la fuente.

—Vamos para allá. —Julia se pone de pie, se cuelga el bolso del hombro y empuja la silla de ruedas. El corazón sigue con su concierto de percusión. Ahora lo nota, muy fuerte, en las muñecas —. Deme usted su palabra.

—Acerca de qué.

—Si yo lo saco al patio, cuando me vaya, no puede revelar que he sido yo.

—Mujer, la habrán visto.

—Me refiero a su familia, al médico o a alguien que no nos haya visto. Entenderá que no puedo contradecir al personal de la residencia.

—Mejor pedir perdón que pedir permiso. Eso es muy español y tiene algunas ventajas. Si alguien le dice algo, podrá pedir perdón. —Hafner se anima camino del patio. Continúa empleando frases cortas, pero las enlaza con más vivacidad.

—Deme su palabra. Estaré más tranquila.

—Trato hecho. —Hafner, que ha empezado a caminar a la par que Julia, agarrado artificialmente a su brazo, se detiene y extiende su

mano abierta.

—Trato hecho. —Julia mira la mano de Hafner. Los dedos delgados, huesudos. Una alianza de oro. Otro anillo cuyo significado desconoce. *Son raros los anillos, además de la alianza, en los hombres mayores*.

—¡Oiga! —Hafner agita su mano al ver que Julia no la estrecha.

—Trato, trato. —Y le coge la mano. Se siente extraña. Piensa que es absurdo que se sienta extraña porque todavía no sabe nada de la vida del alemán. Pero, dada su filiación militar, se lo imagina como los nazis de las películas. Se repite por lo bajo: «Podría ser así, pero también podría no ser así».

—¿El qué podría ser así?

—Nada, nada. —Julia ha debido de musitar demasiado alto. Lo de pensar en voz alta involuntariamente es una costumbre que casa mal con su profesión—. Bueno, ya estamos en el patio. Tienen razón los de la residencia, hace mucho calor.

Tras acompañarlo a un banco en la sombra, coge para ella una silla de plástico verde que hay a unos metros. Vuelven a estar frente a frente. Saca una botella de agua y deja el bolso en el suelo. Después, pone a grabar el móvil y lo apoya encima del bolso cerrado. El suelo es de piedra. Igual que la fuente, parece imitar tiempos pasados, siglos anteriores.

—Usted dirá, señorita Julia. —Hafner exhibe agilidad en el tren superior de su cuerpo. Sin dificultad, saca los brazos del chaquetón, se lo quita y lo deja colgado sobre sus hombros como si fuera una capa.

—No, no, diga usted. Va a ser mejor así. Es difícil entablar una conversación con usted, señor Leibniz.

—Soy prevenido. Es normal que cueste hablar con alguien a quien no se conoce. Vengo de un siglo difícil, ¿sabe? Desconfiar me ha

supuesto muchos más beneficios que confiar.

—Me gustaría decirle que a mí me ha pasado al contrario...

—Pero no es así.

—Y eso que vengo de un siglo mucho más fácil que el suyo. Hay días que pienso una cosa y otros la contraria. Debe de haber sido mitad y mitad lo de la confianza. —Julia bebe agua y consulta el móvil. Cuando hace una entrevista importante, le entra una especie de trastorno obsesivo compulsivo. Cada pocos minutos, teme que el teléfono haya dejado de grabar.

—¿No llevamos ni dos minutos y ya está con el teléfono?

—No, no... Estaba mirando ahí por casualidad, ni siquiera me he dado cuenta. ¿Usted tiene móvil?

—Cuando entré aquí, me desprendí de él. Manejaba también el correo electrónico. Total, ¿para qué? Todos mis amigos han muerto. Mi hija, cuando quiere algo, llama a la residencia. ¿Usted tiene hijos?

—No.

—No tiene pareja tampoco, entonces.

—Podría tener hijos y no tener pareja.

—No es lo normal. No es lo normal ni siquiera en esta sociedad que... ha cambiado tanto.

—Pregunta usted mucho, señor Leibniz. Y pregunta cosas que no se suelen preguntar en una primera cita. Déjeme preguntarle a usted. Háble me de la sociedad de antes, de la sociedad en la que creció.

—La sociedad alemana es muy distinta a la española.

—Háble me de la sociedad alemana, entonces. —Julia habla con mucha lentitud porque no quiere mostrar un interés excesivo por el testimonio de Hafner. Se mentaliza. *Solo soy una voluntaria que ha venido a ver a un anciano*.

—Ya no queda nada de esa sociedad, tampoco de su paisaje. Usted sabrá que la guerra acabó con Alemania.

—Eh... sí, sí, claro. —Se le eriza la piel cuando escucha *guerra* en boca de Hafner—. Nunca he estado en Alemania, pero he visto algunos documentales. Berlín, por ejemplo, debió de cambiar mucho.

—Lo destruyeron. Sin piedad. Era una ciudad antigua. Hoy es una ciudad nueva. No me gusta lo nuevo. Berlín era la joya de la corona. La reina de Praga, Budapest, Viena... Hoy es una mala imitación de Nueva York. Edificios altos, luces por todas partes. Me pone de mal humor hablar de esto. «Mal café», dicen ustedes.

—Es normal. ¿Sabe? San Sebastián también fue destruida por un incendio. Pero fue a principios del siglo XIX y dio tiempo después a construir una ciudad que hoy ya consideramos vieja.

—San Sebastián es una de las ciudades más bonitas de España.

—Me dijo que la conocía.

—¿Cómo no voy a conocerla? Llevo viviendo aquí desde antes de que sus padres se casaran. Quizá ni se habían casado sus abuelos y yo ya vivía en Madrid.

—No recuerdo en qué año se casaron mis abuelos. —A Julia le viene a la cabeza la imagen de su padre; el instante en que dijo *«elur-maluta».* Los copos de nieve que, de veras o en la cabeza de su abuelo, cayeron del cielo aquel día—. Cuando se casaron, Berlín ya debía de ser otra cosa. ¿Le gustaba volver?

—*Nein,* ya no era Berlín.

—Para qué hacerse «mal café», ¿no? Es mejor que hablemos del Berlín que ya no existe.

—Era una ciudad alegre. Bonita y alegre. Aislada. Yo nací en una casa pequeña en el centro de la ciudad. Mi padre era comerciante de telas.

—¿Y su madre?

—¿Mi madre qué?

—¿Qué hacía?

—Cuidar de mí y de mi hermano. Eso hacían todas las madres. Cuando yo nací, acabábamos de perder la Primera Guerra Mundial, la Gran Guerra. Mis primeros recuerdos son de cuan...

—¡Julia! Tienes una llamada en recepción. —Aparece la gerocultora visiblemente nerviosa—. Dicen que es urgente. Corre, yo me quedo con el señor Leibniz. ¿Ha estado usted a gusto? —dice ya mirándolo a él.

—Julia es un bonito nombre —responde Hafner—. Hasta la vista, señorita Julia.

—Adiós.

Julia ve por el cristal a Amelia, que acaba de entrar en el salón. La hija de Hafner se dirige a otra trabajadora del centro, seguro que para preguntar por su padre. La periodista accede a la estancia por el otro extremo y, una vez confundida entre los ancianos y el personal de Los Abedules, se las apaña para escapar hacia la recepción a espaldas de Amelia. Allí la espera Marta, la psicóloga.

—Corre, anda, y muchas gracias. Nos vemos el día que tú quieras. La hija del señor Leibniz se ha vuelto a adelantar. A ver si termina ya con lo del dichoso papeleo. Por los pelos. Pero estoy segura de que ha merecido la pena.

—Y tanto —contesta Julia.

XV

—Joder, esto es muy porno, tía, no hace falta que me cuentes los detalles.

—¿Lo ves? ¡Ya eres igual que yo!

Almudena se levanta del taburete en que está sentada y abraza a Julia pasándole un brazo por encima y brindando con ella. No saben si están merendando o cenando. Son las siete de la tarde y lo que ocurre en las mesas de alrededor siembra la duda. Unos con el café; otros con la cerveza.

—Yo nunca me he acostado con un tío para conseguir información. Y no te lo digo como crítica. Si el tío me gustase...

—¡Que no hablo de eso, tía! ¡Tía! ¡Tía!

—Almu, estás fatal y solo es el primer vermú. —A Julia le desborda la risa. Han pedido vermú porque quieren celebrarse. Hacía mucho tiempo que no se veían las dos así, empezando con un abrazo, siguiendo con las bromas de antes.

—Cuando llegaste a Madrid, Ju, te reías de nosotras. Nos imitabas: «Ay, tía, oye, tía, jode, tía». Ahora hablas igual que nosotras, *mai-tia*. —El juego de palabras le sirve para soltar una carcajada.

Están sentadas en el bar situado en la azotea de un hotel. Huele a patatas fritas, resuena el chapoteo en una de esas piscinas que solo sirven para mojar los pies. Es una azotea tan alta que todo Madrid parece haberse construido para saludar a quienes miran desde aquí arriba. Adornan la barandilla en cada esquina unas armaduras

enormes de un gris metalizado que el tiempo ha ido tiñendo de marrón. Julia y Almudena no paran de charlar. Parecen las amigas que fueron. Se nota en el lenguaje corporal más que en la conversación. Los brazos por encima de los hombros, los empujones, algún beso en la mejilla. Se han colocado en una mesa alta, bajo un nebulizador de agua. Han acabado acercándose sin descifrar lo que pasó entre ellas. Han rehecho lo suyo, por lo menos en apariencia, traicionando la promesa de Julia en la cocina del periódico: «Un día hablamos de verdad, de lo nuestro». Almudena, para descubrirle que, pese a la diversión, no lo ha olvidado, cuando ha salido a relucir algún episodio pasado y feliz, le ha dicho: «Julia, aunque tú discutas como un hombre, yo no discuto como un hombre. Hablaremos, ¿eh?».

La entrada de julio suele traer el Madrid más multitudinario. La gente todavía no se ha ido de vacaciones, hace mucho calor y los hoteles como este, con piscina y tumbonas en la terraza, se cotizan caro. El resto del año, Julia evita los lugares donde la cerveza sobrepasa los cinco euros, como es el caso. Piensa ahora que no sabe si Almudena hace lo mismo. Ya no sabe lo que cobra, no sabe siquiera si sigue viviendo en aquel piso de Argüelles, tampoco sabe si su hermano encontró trabajo, si murió aquella abuela a la que tanto visitaba. Julia ya no sabe casi nada de Almudena.

Estaba saliendo del hospital —había ido para contarle a Ramón la conversación con el alemán— cuando llamó Almudena: «Julieta, tenemos que vernos. Para hablar de Adánez, de Rivas, del periódico... Te prometo que te va a encantar». Julia quería irse a casa para seguir divagando acerca de las próximas preguntas para Hafner. Tiene un nazi lúcido, tiene hasta un método diseñado para visitarlo cada día, pero no sabe cuál es el mejor camino para adentrarse, ¡otra vez el dichoso libro!, en eso que Arendt llamó la

banalización del mal. Ramón apenas puede ayudarla. Cada vez habla con más dificultad. Julia cree contraproducente visitarlo sin demasiadas novedades. Le suben las pulsaciones, los médicos se preocupan. La papelera de su habitación se sigue llenando de las flores que le lleva su hijo. El librero ha dejado de comprender que Julia avance con esa lentitud. A ratos, le recrimina falta de valentía, falta de arrojo: «¡Yo no puedo decirte más! ¡Busca en el libro de Arendt!». Una puerta se abre en él; no obstante, justo después de tornarse arisco. Roza los dedos de Julia y, con mucha socarronería, le dice «gracias» cinco o diez veces seguidas. Porque Julia, desde que llegó al hospital, le ha recriminado que no se las dé a las enfermeras. Desde hace un par de días, se despide de él con un beso en la frente.

—Haces bien despidiéndome como a un muerto, muchacha. Es lo que soy. Pero no te olvides: todos somos, también tú, muertos de vacaciones.

—Ramón, necesito saber qué es lo que buscas. Lo necesito saber para...

—Corre. Acabarás sabiéndolo tú sola. Los prejuicios nublan la vista. Tienes que acercarte con ojos nuevos, con ojos nuevos...

Son las ironías del periodismo. Desde que ha aparecido un nazi en su vida, Julia ha aprendido a vivir. La relación con sus padres es más intensa, está retomando su amistad con Almudena y atraviesa mejor de lo que pensaba —su psicólogo tenía razón— la publicación de su verdadero apellido, el recuerdo desnudo del asesinato de su abuelo en los confidenciales. Se acuerda de los padres de Iván, a los que llegó a querer como suyos: «Joder, Julia, ¿por qué no tratas a tus padres como a los míos? ¡Si hasta les organizas las vacaciones!».

Cree que el agobio que ahora la corroe es el normal: la prescripción. Tres meses para la prescripción. Y, detrás, esa

conversación de su padre con uno de los dos terroristas implicados cuyo contenido todavía no ha conseguido averiguar. «Julia, claro que es normal que te encienda lo de la prescripción. ¿Cómo no iba a hacerlo? Pero estás superando lo otro, lo que te anulaba», le ha dicho Clara en la larga conversación de teléfono que se debían. Marcos, más afilado, le ha dicho: «Ahora ya puedes ser tú. Antes te escondías. Ahora eres tú y lo normal es tener pánico a esa cuenta atrás». Julia está saboreando la normalidad. Un vermú con una amiga en la entrada del verano.

Gracias a Gustav Hafner, experimenta una sensación desconocida: es como si las piezas del puzle que ahorma su vida estuvieran encajando. Su madre le ha dicho algo que no se quita de la cabeza: «La vida, hija, es como meter cosas en un armario a rebosar. Por cada una que encajas, se caen todas las demás. Un trabajo, una carrera, un amor, un amigo, un proyecto... No hay manera de que entre todo. O sí. Poniéndolo en un lugar que no habías previsto». Todo esto le hace escuchar una de cada dos frases de las que le dice Almudena; y eso que —tenía razón su amiga— lo que tenía que contarle le genera una mezcla de morbo e interés.

—Oye, Ju, ¡que estás en Babia! ¿Qué piensas?

La escena que Almudena le ha desmigado es más o menos esta: quedó anoche con Adánez. Se lo llevó a casa. Se acostó con él. No pudo sacarle el tema hasta que estuvieron en la cama. Además, lo sacó él. A Almudena le pareció perverso porque percibió que a Adánez le ponía hablar de Julia en ese momento.

—¿Y tú te concentrabas, Almu? ¡A ver si me voy a tener que preocupar! ¡A ver si es que también te gusto a ti!

—¡Calla! Pues me costó, pero es que era interesante.

Adánez, encima de Almudena, confesó lo que ambas suponían: que Cáceres está por medio y que se inventó aquello de proteger

una fuente para que Julia tuviera que firmar la información sobre el ministro. Así, la situaba en el punto de mira para, después, desvelar su doble vida con un artículo en *El Adelanto*. Almudena le manifestó sus dudas, le dijo que «la gente entendería los motivos de Julia para haber ocultado el asesinato de su abuelo». También añadió que la mentira, a su modo de ver, tenía más que ver con un miedo irracional de Julia que con una influencia real en su trabajo: «¡Hay cientos de víctimas del terrorismo en este país! ¡A quién le importa eso! Es más una cosa de ella, que se bloquea». «No me estoy callando nada, ¿eh?». «Ya te creo, ya». Adánez respondió a Almudena con maquiavelismo. Que eso da igual, que «la gente» deja de confiar en los periodistas que tienen dobles vidas. Que ahora, cuando hable en la tele, muchos pensarán: «Si nos engaña con su vida personal, ¿por qué no va a engañarnos con la vida de los demás?».

El juego con Adánez no acabó bien. Tampoco para Almudena. Porque, tirando, tirando de la lengua, se dio cuenta de que le excitaba mucho fantasear con Julia. Él reconoció, en la cama, pensando que a Almudena también le ponía el juego, que le encantaría acostarse con Julia, que había pensado en ello muchas veces.

—¿De verdad lo tiraste de la cama? —Julia se siente reforzada. No se lo dice a Almudena, pero le insufla confianza saberse atractiva a ojos de Adánez.

—No sabía que tenía tanta fuerza, pero... —Almudena llama al camarero y le recuerda que, al traer los vermús, se ha olvidado de ponerles «una tapita».

—Sigo sin entender nada, Almu. ¿Por qué yo?

—Está obsesionado contigo. Le gustas y, encima, te tiene mucha envidia profesional. Es una combinación letal. Además, a eso

añádele lo de cuando se quedó fuera... Y, ya de paso, si te tira por la borda, pues se lleva por delante a «una de las voces de credibilidad de *El Universal*» —lo dice con voz rimbombante— y se gana el favor de los suyos.

—Para, para, para... No sé a qué te refieres con eso de «cuando se quedó fuera».

—Lo de su admiración por Rivas, lo de que le quitaste el puesto.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando, Almu.

—¡Es un cotilleo típico cuando hay cervezas con la competencia! Aquel verano, cuando entramos las dos de becarias, en «Nacional» estaban buscando un redactor joven, alguien que no fuera becario, que tuviera un poco de experiencia, pero que estuviera empezando... Adánez era el típico fan enloquecido de Rivas. Sabes de lo que te hablo porque tú y yo también lo éramos. —Almudena da un trago y coge aire ante los asentimientos de Julia—. Te prometo que es verdad porque me lo han contado amigos suyos y él también me ha hecho alguna referencia rencorosa.

—Vale, bien, vale, pero... nosotras entramos para ser becarias. Su contrato iba por otro lado.

—Pues al parecer, no. Se apretaron el cinturón y nos metieron a nosotras dos como becarias. No contrataron a nadie y Adánez, que ya había pasado varias entrevistas, que había estado en el despacho de Rivas, que lo había contado por ahí... se quedó fuera.

—Por eso ese verano nos metieron a dos en la sección de «Política» cuando de normal solo meten a uno.

—Equilicuá. Tú, recordarás, ibas a ir a «Reportajes» ya desde el principio, pero te metieron en «Política» y él se quedó fuera.

—¡Ahora sí que nos hemos quedado sin fuente, Almu! No vamos a poder sacarle nada más. ¡Vuelve a meterlo en la cama! ¡Recógelo

del suelo! —Julia le da un golpe en el hombro a su amiga, que se atraganta porque estaba bebiendo.

—Oye, guapa... ¿te parece poco? Hemos contrastado lo que suponíamos: Cáceres y Adánez están compinchados. No sé qué gana Cáceres, no creo que se meta en esto solo por joderte. Además, seguro que a Adánez se le pasa y volvemos a quedar.

Almudena coge el móvil, que acaba de sonar. Tapa el sol con el brazo para poder leer en la pantalla la notificación de *El Universal:* «El presidente del Gobierno, Francisco Rodríguez, estaba al tanto de la financiación irregular de su partido».

Julia coge el suyo y comienza a leer en voz alta el texto de la noticia:

—«El presidente del Gobierno conocía la trama de financiación irregular de su partido. Tal y como ha informado este diario, los de Francisco Rodríguez llenaron su tesorería gracias a las mordidas cobradas a determinadas empresas, que agradecían así la concesión de los contratos que recibían. Aunque el sistema tuvo carácter autonómico, *El Universal* ha contrastado que Rodríguez participó en al menos dos reuniones informales en las que se habló de este asunto. Las fuentes consultadas reiteran que el hoy presidente del Gobierno y entonces candidato mostró su connivencia con el *modus operandi,* pero también aseguran que exigió quedar al margen para "poder mantenerse limpio". El gabinete de Rodríguez no ha querido responder a las preguntas realizadas por este periódico, que se ha puesto en contacto con el Gobierno antes de publicar la investigación».

—Espera, espera, que esto se pone interesante... —Almudena alza su móvil, como diciéndole a Julia que ahora es ella la que va a leer algo en voz alta. Muestra en su pantalla una notificación de *El*

Adelanto, que ha llegado medio minuto después que la de *El Universal*.

Almudena lee:

—«Alfonso Rivas, director de *El Universal,* se enriqueció con parte de las campañas de publicidad institucional pagadas a su diario por el Gobierno anterior. El periodista se hizo con un dúplex en el centro de Madrid por seis millones de euros, una cantidad que asumió sin necesidad de hipoteca. El abono se produjo justo después de que su periódico cobrara el último de los pagos del Ejecutivo en calidad de anunciante». ¿Y esto qué, Julia?

—Oye, Almu, estoy cansada. Me voy a ir a casa. ¿Repetimos pronto? —La salida de Julia es algo abrupta.

—¿Es por lo de tu abuelo? ¿Estás bien? —Cambia de pregunta al ver que Julia, a la que conoce de sobra, tiene más cara de estar en otra parte que de sufrir—. Has encontrado un reportaje, ¿no?

—Qué va. Es solo cansancio, de verdad. —Se levanta del taburete y besa a su amiga. Sabe que su mentira no ha funcionado, pero Almudena todavía no ha recobrado tanta confianza como para insistir.

De camino a casa, Julia toma una decisión: una entrevista más con Hafner debe valerle para publicar una primera entrega en cuanto se lo pidan. Sabe que el periódico está a punto de estallar y ya está avisada de que Rivas pagará con ella en algún momento la ausencia de noticias.

XVI

Gustav Hafner ha muerto. Julia no lo encuentra. Da vueltas por la sala. Primero en círculo, luego trazando líneas rectas. Parece una militar que desfila. Algunos ancianos se giran sorprendidos por el caminar vertiginoso de la periodista. Está sucediendo exactamente como en esa pesadilla tan recurrente desde que lo conoció. Ha llegado a Los Abedules por la mañana. Con su libreta, su botella de agua, su bolso y sus sandalias de cuña. Y Hafner no está. Quizá no haya muerto. Quizá la hija los viera charlando el otro día y lo haya sacado de la residencia. Quizá haya sido él, que se ha cansado de hablar, de responder preguntas a una chica que no conoce de nada.

«¿Hace cuánto que no firmas? ¡Mira la fecha de tu último reportaje! Esto es un periódico, no una revista de tesis doctorales», le ha dicho Ferrándiz por teléfono. Marcos, al que le gusta mucho la historia, dice que a *El Universal* se le está poniendo pinta de Imperio bizantino: «Julita, los bizantinos cayeron en un asedio de cincuenta y tres días. Si esto sigue así, a nosotros nos sobrarán unos cuantos».

Pepe Velázquez, el propietario, ha visitado la redacción, lo que ha generado más ruido sobre un posible relevo de Rivas. El diario es un avión enloquecido que no se sabe si va a poder aterrizar en algún momento. Está sumido en una crisis de credibilidad por los chanchullos de su director, pero a los cientos de suscriptores que se van les siguen cientos de suscriptores que llegan por las informaciones sobre el Gobierno. «Dame una semana y publico el reportaje, Ferrándiz. Una semana». Los detalles de este ruido a Julia

no le interesan demasiado, pero conforman una corriente de agua que va a reventar la presa tras la que se ha parapetado: la libertad para escribir sin urgencia, sin plazos. «Joder, si fue el director el que lo estableció así, Ferrándiz». «El director, Mendieta, es uno distinto cada día». «Julia, aprieta, estamos en manos de un loco brillante». «Eso decían al principio que era Hitler, Ferrándiz».

Julia respira. Ahí está Hafner. Se acerca a un hombre que parece castigado en una esquina. Lo distingue por el chaquetón y el abundante pelo blanco. Le pone una mano en el hombro. El anciano se gira:

—Hola, bonita.

Julia ni siquiera sonríe, no acierta a responderle, no reconoce su cara. Una mano en su espalda la sobresalta: es la gerocultora.

—Perdona, me he asustado. Es que no encuentro a...

—Tranquila. Mira, ahí lo tienes. Aunque el calor aprieta, como todavía es pronto, os hemos preparado la cita en el mismo lugar que el otro día. No les dejamos salir al patio, así que se va a sentir privilegiado. Le gusta sentirse privilegiado, supongo que ya lo habrás notado. Nosotras también lo vamos conociendo.

—Qué tonta, ¿cómo no he mirado al patio? ¡La galería es enorme!

—Estarás un poco dormida, ¿quieres un café?

—No te preocupes, muchas gracias.

—De todos modos, os hemos puesto una mesa, una jarra de agua y un par de vasos. Por favor, asegúrate de que bebe de vez en cuando. Tiene que estar hidratado. Además, no hay manera de desabrigarlo. Dice que no pasa calor. No sé, chica, manías. A ciertas edades... Venga, venga, ¡no hay tiempo que perder!

—Muchas gracias, de verdad.

—¡Al revés! Muchas gracias a ti. No sabes el favor que nos haces. El señor Leibniz es insopor... Muy difícil. —Le guiña un ojo y se

despide con una carcajada.

La gerocultora se aleja por el pasillo. Julia respira hondo. Saca un pañuelo del bolso y se enjuga el sudor. Esta mañana no se ha maquillado. Ha venido más cómoda.

—Voluntaria, ha venido usted sin maquillarse —la saluda Hafner al verla cruzar el patio. Lleva el chaquetón granate, abierto y sobre los hombros. Debajo, una camisa de rayas anchas, como de leñador.

—Es usted muy observador.

—También fui voluntario, como usted. Aunque mi misión era mucho más difícil.

—Ah, ¿sí? Cuente, cuente. —Julia toma asiento, aparca el bolso junto a su silla, coloca el móvil grabando disimuladamente en la mesita y sirve el agua en los dos vasos, tal y como le ha pedido la gerocultora.

—No, no la voy a aburrir con esas historias. Ha pasado mucho tiempo. Usted no lo comprendería.

—O quizá sí. Uno de mis abuelos también fue voluntario en una guerra.

—¿Quién ha dicho guerra? Ven ustedes muchas películas, todo el día con las pantallitas y los ordenadores. Creo que nosotros éramos más felices. No había cosas de esas y la mayor tecnología que imaginábamos era que un avión nos llevara de un continente a otro. Mire, le voy a ser franco. —Una paloma roza uno de los dos vasos y lo tira al suelo. Se rompe. Julia no ha escuchado bien a Hafner.

—¿Franco qué? Perdone, no le he oído bien.

—¿Franco? ¿Cómo dice?

—¿Franco? Me he perdido, es que no le he oído bien.

—Cobarde —musita Hafner, pero ahora Julia sí que lo oye—. No sé cómo a los españoles les gusta tanto Franco.

—Hombre, señor Leibniz, no creo que Franco guste mucho a los españoles.

—Pues aquí vivo rodeado de españoles y muchos repiten cada día... «Esto con Franco no pasaba», «con Franco se vivía mejor». Con Franco, señorita Julia, la Europa que podía haber sido se fue a la mierda. «Irse o mandar a la mierda» son expresiones que no tienen traducción literal al alemán. Pero esa es otra historia. Están ustedes obsesionados con el pasado. ¿Por qué me ha preguntado por Franco? Pida otro vaso de agua, le va a entrar a usted la sed dentro de poco...

—Pero si ha sido usted quien ha hablado de... —Julia aparta los cristales con el pie y los mete debajo de la mesa—. Por cierto, ¿qué son todos estos papeles? ¿Puedo? —Coge un par de sobres que hay junto a la jarra.

—De eso quería hablarle... Son documentos sobre mí y sobre mi familia. Lo poco que tengo. El personal de la residencia quiere que completemos ese formulario que también tiene ahí... Forma parte del «voluntariado» —Hafner lo dice con burla—. Me han asegurado que, si no lo rellenamos, será difícil que podamos seguir viéndonos. Aquí uno no sabe cuándo le hablan en serio o en broma. Pero no nos costará mucho... —Sigue hablando con desgana, pero no es la misma persona que el otro día. Mira a Julia con más frecuencia y habla más rápido, como si quisiera extender la conversación lo máximo posible ante la próxima visita de su hija.

—Al final le va a coger usted gusto a estas conversaciones, ¿eh?

Ahora es Julia la que no mira a Hafner. Con las manos temblorosas, repasa uno a uno los papeles que tiene en las manos. Hay varias fotos. Ya piensa en el modo de fotografiarlas con el móvil sin que su entrevistado se dé cuenta. Le sudan las manos, se le caen los papeles al suelo. Una de las fotografías recala en el

pequeño charco de agua que ha dejado el vaso roto. Es una mujer de pelo castaño, de cuello ancho y largo, con ojos claros y un collar de perlas.

—Pero ¡qué hace! Traiga, traiga. —Hafner está fuera de sí. Mira fijamente la foto que se ha mojado y que vuelve a estar en manos de Julia.

—Perdone, perdone, ha sido sin querer. —Julia seca la foto con su camiseta.

—¡Le he dicho que me dé eso! —El grito de Hafner debe de haberse escuchado incluso dentro del salón porque una gerocultora se asoma al patio. Al ver que Julia la mira con complicidad, vuelve para dentro.

—Aquí tiene, ya está, ya está...

—Claro que ya está. No va a volver a tocar esta fotografía. —Hafner la guarda en un bolsillo del chaquetón a la altura de la tripa.

—Con lo bien que habíamos empezado, señor Leibniz.

—Sí, pero es usted muy torpe. Y no se pueden cometer torpezas con determinados objetos. Eso lo aprendí muy pronto, ¿sabe? Parece que usted no lo ha aprendido nunca.

—Muy bien. —Julia se levanta. Decide lanzar un órdago al alemán, igual que hizo con el librero cuando los primeros días fue tratada de manera similar—. Aquí se queda. Voy a ver si encuentro alguien que me enseñe a no ser torpe. Ha sido un placer, señor Leibniz. —Enfila el camino de la cristalera. Tiene los puños cerrados y suplica en voz baja que el alemán rectifique y le pida que regrese.

—Señorita... —El tono de Hafner es ahora el normal. Julia celebra su victoria abriendo la puerta del salón—. ¡Señorita! ¡Oiga!

—Dígame, pero que sea rápido. Me voy.

—Discúlpeme, no ha estado bien. Siéntese. —Ante la dura mirada de Julia, que no le responde, vuelve a pedir perdón—. Le ruego que

me disculpe, siéntese.

—Le advierto, señor Leibniz, de que esta es una conversación de igual a igual. Del mismo modo que usted no tolera faltas de respeto, yo tampoco lo voy a hacer.

—Entendido. —En señal de buena voluntad, Gustav Hafner saca la foto del chaquetón y se la tiende a Julia—. Es la única fotografía que tengo de mi madre. Estoy seguro de que comprenderá lo que ha pasado.

—Lo comprendo. —Y Julia, que piensa, no sabe por qué, en aquellos días en que trató mal a su madre tras las broncas con su padre, lo dice de veras—. Siento mucho que se haya mojado, pero, mire, ya está. Seca, sana y salva. —Alisa los bordes de la foto lo mejor que puede. Se han encogido un poco por culpa del agua.

—Ojalá estuviera «sana y salva».

—¿Cómo se llamaba su madre?

—Ingrid.

—Qué nombre tan bonito.

—También hay algunas en España.

—Muy pocas. —Julia saca del bolso su cuaderno y hace un par de anotaciones rápidas. En mayúsculas, escribe: «Franco, cobarde». Y después, apunta: «Vida familiar». Debajo, «madre, Ingrid».

—¿No apunta usted en el papel que nos han dado?

—No se preocupe. Es que escribo mucho y me da miedo que no me entre. Luego arrancaré estos folios y los entregaré en recepción. ¿Le parece bien?

—Haga lo que quiera.

—A ver... aquí pone «Familia», «Infancia», «Juventud»... Sigamos por donde habíamos empezado. Háble me de su madre.

—Nació en Berlín en 1891. Un día de abril, en primavera. ¿Es posible olvidar el cumpleaños de una madre? Aunque no lo crea, es

posible. Cumplía años uno de los primeros días de abril. Pero no recuerdo si era el 3, el 4 o el 5, y ya no tengo manera de comprobarlo. —Hafner, emocionado como Julia no lo había visto hasta ahora, hace una pausa y bebe un sorbo de agua.

—Ingrid...

—A ver, déjeme... —Julia, que estaba mirando la foto, se la devuelve a Hafner, que continúa su relato con la vista puesta en la señora de cuello grueso y collar de perlas—. Los niños de entonces no hablábamos con nuestros padres. En eso, reconozco que hemos cambiado a mejor. Lo veo en los niños y los jóvenes que vienen aquí a ver a sus abuelos. Llegan hablando con sus padres. Se van hablando con sus padres. Me llama mucho la atención. Los miro y disfruto. ¿Usted habla con sus padres?

—Sí, claro. Más con mi madre que con mi padre, si entendemos *hablar* en el sentido que usted dice.

A Julia le da miedo el tono que va tomando la conversación. El español de Hafner, casi perfecto, tiene un ligero acento alemán que lo hace agradable, hipnotizador. Pasa con algunas personas, da igual lo que estén diciendo. Escucharlas produce placer. La piel se va erizando con las palabras. Cuando callan, o cuando hacen amago de callar, ese placer amenaza con desaparecer. Así está Julia, escuchando a Hafner acurrucada en su silla como si fuera un sillón. Detrás del placer asoma el recelo. Teme que germine la empatía. Sí, es eso. ¿Y si luego le tiembla el pulso a la hora de escribir? En su cabeza está aquella anécdota que tanta gracia le ha hecho siempre, pero que ahora, cuando atraviesa su subconsciente como un relámpago, contribuye a expandir el temor. Fue a cubrir un suceso. Un guardia civil fuera de servicio había matado a tiros a un conductor con el que había discutido en la carretera. Tenía que construir el perfil del asesino. Las fuentes de las que obtuvo la

información fueron sus amigos y su familia. Escribió el texto, lo entregó. Entonces, en la reunión de portada, cuando Rivas leyó el arranque, exclamó: «¡Joder, Mendieta! ¡Solo te ha faltado decir que es una bellísima persona!».

—Mi madre era una mujer buena y corriente. En realidad, decir que era buena, muy buena, es decirlo todo. Es difícil de explicar. Supongo que a usted también le cuesta describir la bondad de su madre.

—Sí, señor Leibniz.

Para salir del ensimismamiento que le induce el verbo de Hafner, Julia intenta descifrar cómo es posible que el hombre amargo y adusto de los primeros días se haya transformado de esta manera. Solo encuentra un motivo: los estragos de la soledad. Da igual el carácter, no importa la condición, ni siquiera la bonhomía o la maldad. Un hombre en soledad es un hombre que, de repente, como si reventara una botella de champán, arroja sus recuerdos ante el mero encuentro con alguien que consigue conectar con él. Y Julia lo sabe porque ha hecho muchas entrevistas. Julia acaba de conectar con Hafner.

—Fueron días muy felices, ¿sabe? Mis padres se querían. Muchos padres de entonces no se querían. Quererse no era lo normal. —La hipnotizan las erres de Hafner. Tanto las que siguen a las consonantes, bruscas y ruidosas, como las que las preceden, que parecen jotas—. Mi padre era serio como todos los padres, pero caminaba de la mano de mi madre. Estaba por encima de ella, era el que mandaba. Pero no era un tirano. Yo vi al padre de un amigo pegar a su mujer. A los dos nos impactó, pero a ninguno nos pareció demasiado raro. Nos tapamos los oídos y no miramos, pero ya está. No sé qué hago contándole todo esto, señorita Julia.

—Pues lo que está haciendo usted es cumplir con su deber, señor Leibniz. Nos han puesto una tarea y es lo que estamos haciendo.

—Cumplir con mi deber...

Después de repetir la frase de Julia, Hafner vuelve a coger el vaso de agua. Mientras bebe, se mira las piernas, que junta y separa con visible concentración. Ella no sabe hasta qué punto llega realmente su fortaleza. ¿A qué velocidad puede caminar Gustav Hafner? Es una manera absurda de preguntarse por su capacidad de escapar.

—Háble me de su padre.

—Rudolph... Rudolph Leibniz.

—De profesión... —Julia sonríe, pero como sonríe casi todo el tiempo; Hafner no sabe que lo hace porque ha percibido el patinazo que a punto ha estado de dar revelando su verdadero apellido.

—Sastre.

—¿Una tienda de ropa? —Julia toma notas a toda velocidad. El móvil está grabando, pero los matices solo sobreviven si se garabatean.

—Sí. En la Wilhelmstrasse. Conocerá usted la Wilhelmstrasse... Eh, oiga, ¡señorita Julia! —Ahora con mayor evidencia, se ha quedado hipnotizada al escucharle pronunciar palabras en alemán.

—Disculpe, ¿la qué?

—¡La Wilhelmstrasse es una de las avenidas más importantes de Berlín!

Reaparece el Hafner colérico, que gesticula con las manos en señal de desesperación. Julia no puede evitar sonreír. Su enfado le recuerda a esa escena de la película *El hundimiento,* cuando Hitler, en su búnker, muy enfadado, carga contra todos sus generales. A modo de parodia, esa escena suele deformarse y emplearse con otros significados. Julia, por ejemplo, ha visto esa secuencia con Hitler farfullando, como si fuera Rivas, acerca de la ausencia de

exclusivas en el periódico. También lo ha visto, como si fuera el entrenador de la Real Sociedad, insultando a sus jugadores por haber perdido un partido. Lo ha visto de tantas maneras... Es ese sonido, el del alemán enfadado. Una tontería, una bobada, pero Julia no puede evitarlo y sonríe. Le gusta la sensación. Contribuye a disolver su tensión interna.

—Creo que se lo dije el otro día. No he estado nunca en Berlín. Como para saberme el nombre de las calles...

—Millones de personas conocen la Wilhelmstrasse sin haber estado en Berlín.

—Sea usted educado y explíqueme.

—Ya no queda nada de la avenida que yo conocí. Fue destruida durante la última gran guerra. Pero era una avenida preciosa. Los Campos Elíseos de Berlín. Todo eran banderas, edificios gubernamentales, palacios...

—Y la sastrería de su padre.

—Correcto. No había apenas tiendas en la Wilhelmstrasse, pero una sastrería tenía sentido. Tanto sentido tenía que aguantó más de un siglo. Los hombres poderosos llevan trajes a medida. ¿No es así, señorita Julia? Mi bisabuelo, mi abuelo y luego mi padre hicieron trajes para muchos de esos hombres poderosos. Von Bülow, Hindenburg, Von Papen, Hitler... —Como las bes y las uves son efes, unas cuantas gotas de saliva caen sobre las manos de Julia. *Hitler,* en cambio, es una palabra delicada. Porque la erre del final no se pronuncia y acaba en una *a* que se queda como flotando en el aire.

—Tendrían su bisabuelo, su abuelo y su padre muchas anécdotas que contar...

—Tendrían, pero no me gustan las anécdotas. Se dará cuenta de que, si le cuento anécdotas, es porque me despisto. Lo que había en aquella sastrería era perfección. Eso era lo importante. La precisión.

Y la precisión no es una anécdota. Yo me sentaba en un taburete que había en una esquina, tras unos telares. Asomaba la cabeza desde ahí. A mi padre no le gustaba que *andáramos* por la sastrería si había clientes dentro.

—Anduviéramos.

—¿Cómo dice?

—Nada, nada, siga.

—El metro, las telas, el tacto, el consejo. Todo era precisión, educación, respeto. Por ejemplo, era impensable que mi abuelo o mi padre trataran a alguien de tú en la sastrería. Ustedes tratan de tú incluso a la gente que no conocen. Mi padre, cuando estaba trabajando, trataba de usted a sus amigos. Era lo natural. A mí, en mi larguísima vida española, me han parado por la calle para preguntarme la hora de tú. Y después, en esta era moderna, los avisos de los aviones, de los trenes, todo de tú. Una catástrofe.

—¿Tenían ustedes mucho dinero?

—¿A usted qué le importa, señorita Julia? Pensaba que también en España era de mala educación preguntar por el dinero. —Hafner no está cabreado. Lo ha dicho sonriendo, como si fuera en broma, pero le ha servido para rehuir la respuesta.

—Es de mala educación preguntar por el dinero de hoy, pero no por el de hace cien años. ¿No le parece? El tiempo no pasa en balde.

—¿Qué es *balde?*

—Quería decir que el tiempo pasa.

—Lo sé, pero nunca he entendido el sentido de esa expresión. «El tiempo pasa», es más fácil decirlo así. No éramos una familia acomodada, pero tampoco humilde. Lo importante eran las propinas. Mi familia pagaba los excesos con las propinas de los hombres poderosos.

—¿Y las mujeres?

—No había mujeres. Era una sastrería solo para hombres. Si las hubiera habido, yo habría pasado mucho más tiempo tras los telares. —Suelta una carcajada. Julia menea la cabeza, pero también se ríe. Le hace gracia la risa de Hafner.

—Siguiente pregunta... —Julia retoma la lectura del papel preparado por la residencia—. ¿Tuvo usted hermanos?

—Tuve un hermano. Nació cuando yo tenía dos años. Murió con once meses. Muerte súbita. —Hafner dice «muerte súbita» como el que habla del tiempo. Después, añade algo más porque se percata del impacto que ha tenido en Julia su parquedad—. Sí, señorita, fue una desgracia, pero seguimos viviendo... ¿Qué íbamos a hacer?

—Lo siento mucho.

—La que más lo sintió fue mi madre.

—¿No tuvo más hijos?

—No quiso tenerlos. Asumió un riesgo. Porque en aquella Alemania había que tener hijos. Habíamos perdido una guerra y, aunque no lo sabíamos, nos estábamos adentrando en otra. Pero mi padre siempre la protegió. En contra de su creencia, porque él sí quería tener más hijos. Además, en aquellos años veinte y treinta era rara, era extraña, una familia con un solo hijo. No hubo demasiadas discusiones. Mis padres se querían, ya se lo he dicho. Fue muy duro.

—Ya imagino...

—No, no se lo imagina. Solo una mujer que ha perdido un hijo sabe lo que significa perder un hijo.

—Tiene usted razón, señor Leibniz.

—Casi siempre tengo razón, señorita Julia, ya lo irá viendo. —Suelta una carcajada. Es la segunda desde que lo conoce, pero esta vez Julia no sonríe. Piensa en su madre, en cuando le contó un aborto que tuvo dos años después de nacer ella. Estaba embarazada

de cinco meses. Todavía hoy se acuerda de aquel niño que hubiese sido su hermano. Se acuerdan las dos: su madre y también Julia desde que lo sabe—. Antes de que sigamos con ese papel, señorita Julia, páseme el otro sobre. Sí, ese.

Hafner recoge un nuevo sobre de fotografías que está precintado con un trozo de celo amarillento. Julia no duda de que ese celo, que aguanta como cierre a duras penas, lleva ahí muchos años, quizá décadas.

—¿A ver? —dice Julia extendiendo las manos. Hafner vuelca el sobre. Caen un montón de fotos. La mayoría de ellas, pequeñas. Cuadradas, verticales, de cartón áspero, con los bordes en fino zigzag.

—Esta es la sastrería por fuera. Estamos mi padre, mi madre y yo.

Todas las fotos son en blanco y negro. Julia intenta colorear con sus ojos lo que ve. Una tienda de puerta estrecha en los bajos de lo que se intuye como un gran edificio. Un señor de unos cuarenta años lleva un chaleco y un metro colgado del hombro. Distingue a su lado a la señora del cuello grueso y el collar de perlas. Después, un niño en medio de los dos, ¿puede que rubio?, con pantalones cortos y una sonrisa angelical. Julia lo mira. Es un niño como cualquier otro. Intenta imaginar. Tiene prisa por saber qué pasó para que ese niño acabara convertido en un nazi refugiado en España. Qué pasó entre medias. Ese es su reportaje. En realidad, es una historia cualquiera. La de uno entre varios millares. Pero es la última historia posible. La última vez que puede contarse con carne, vísceras y pensamientos cómo toda una nación se echó en brazos de un loco.

Lo que ahora ronda por la cabeza de Julia ha pasado por ella muchas noches. Con este reportaje, sufre una borrachera de ambigüedades. Primero, se descubrió deseando con toda su alma que un nazi estuviera vivo. Y una vez que lo ha encontrado se

descubre suplicando que no sea uno cualquiera, que tenga una gran historia a sus espaldas, como la de Eichmann y la solución final en los juicios que relata Hannah Arendt. Eso no es otra cosa que desear que su entrevistado tenga a sus espaldas asesinatos, crímenes, crueldad y dolor. Julia mira a Hafner, que sonríe. Y ve detrás de esa sonrisa, muy al fondo, al niño que sonríe en la fotografía.

—En esta otra, está solo mi padre —sigue contando Hafner. Es una foto de carné. Un hombre serio, de bigote exquisitamente afeitado, con americana y camisa de cuello duro—. Ahí estamos los tres desayunando. Debe de ser un fin de semana porque mi padre solo desayunaba con nosotros los sábados, los domingos y los días de fiesta. Y esta otra... Mi primer desfile. Mire, cójala.

—Cuánta gente. —Es lo primero que acierta a decir Julia tras el impacto que le produce la foto. Es como un golpe. Es la imagen de tantas películas, pero esta vez con un protagonista que ella conoce, que está vivo y que tiene delante. Julia alza la foto y, con una mano, se hace de visera. Es media mañana y apenas quedan zonas de sombra en el patio—. La Wilhelm..., ¿verdad?

—Exacto. La Wilhelmstrasse.

Y la Wilhelmstrasse está llena de niños, de adolescentes. Por lo menos la acera que encuadra la fotografía. De fondo, otro edificio oficial. Decenas de chavales ordenados en filas y por edad. Cuanto más cerca de la primera fila, más pequeños. En tercera fila está Gustav Hafner, que en la otra fotografía desayuna sonriente con sus padres en un salón. Disimuladamente, gracias a la mano con la que se tapa el sol, Julia mira a Hafner y luego a la fotografía. El anciano sonríe igual que lo hace el adolescente. Le inquieta la poca importancia con la que le ha confesado su pasado. En realidad, era un pasado muy previsible. Por estadística, un altísimo porcentaje de los hombres de la edad de Hafner podrían tener una foto así. Julia

intuye que no hay arrepentimiento ni vergüenza en él porque se la ha puesto en las manos con la misma facilidad con la que le ha enseñado la sastrería.

Vuelve a la foto. Todas esas banderas, todas esas esvásticas. De Hafner, el adolescente de la tercera fila —tendría quince o dieciséis años—, solo ve el cuello, el rostro y el brazo. En el cuello lleva una especie de pañoleta unida con un nudo, pero que cae en dos tiras, una hacia cada lado, cuando roza el pecho. En el rostro, la sonrisa. Y en el brazo, un brazalete que sabe rojo a pesar del blanco y negro. Blanco en el círculo que acoge la esvástica, negro en la esvástica y rojo en todo lo demás. Los niños miran al frente y hacia arriba. Una carroza, un dirigente o el ejército debe de estar recorriendo la Wilhelmstrasse. Julia sonríe; se ha recordado a sí misma al paso de la cabalgata de Reyes.

—Fueron días fe... —empieza Hafner.

—¡Señor Leibniz! ¡Qué buena cara tiene usted! —Aparece una gerocultora que acaricia la espalda del anciano y se asoma para ver las fotos que Julia tiene entre las manos.

—Hemos pasado una buena mañana, ¿verdad? —En cuanto percibe la presencia de la chica, Julia cambia el orden de las fotos y sitúa en primer lugar el desayuno de familia.

—¿Esto ya se ha acabado? —pregunta Hafner.

—Ya es la hora, sí. No te preocupes, Julia, dame, que yo organizo los papeles.

—No, no, oiga, prefiero que los lleve a mi habitación la señorita Julia. —Hafner suplica un guiño de complicidad. Julia calla y espera la respuesta de la gerocultora porque no quiere ofenderla.

—Bueno, bueno, no se me altere. Será Julia quien lleve las cosas a su habitación. De momento, yo le voy a llevar a usted al salón porque aquí hace mucho calor y su hija Amelia debe de estar a

punto de llegar. Adiós, Julia, es la 104. Primer piso. Estará abierta. Si no, le dices que te abra a algún compañero de los que habrá por el pasillo.

—Estupendo. Hasta pronto, señor Leibniz.

—*Guten morgen*.

—Eso, *guten morgen*.

Julia sube corriendo a la habitación. Se dirigen a ella desde recepción:

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido?

Pero ella camina rápido porque sabe que tiene el arranque del reportaje en las manos. Confía en que no la sigan. Agitando las fotos y sus apuntes, responde a gritos:

—¡Voy a dejar esto en la habitación del señor Leibniz, ahora mismo bajo!

Alcanza por las escaleras la primera planta; tiene que bajar el ritmo. Se topa con algunos ancianos que hacen su rehabilitación amarrados a un andador. Los acompañan, como es lógico, los fisioterapeutas de la residencia. El tráfico es lento, pero denso. A Julia le duele la cara de tanto sonreír.

—Disculpe..., disculpe..., disculpe..., disculpe.

El pasillo empieza en la 90 y debe llegar hasta la 104. Abre la puerta. Una ráfaga de viento le azota la cara. Como una bofetada, ¡zas! Al fondo, de frente, hay una ventana abierta de par en par. A Julia se le vuelan los papeles y las fotografías. En un remolino, comienzan a dar vueltas por la habitación. Corre primero a por las fotos. Falta una. *Mierda, ¡la señora de perlas!* Se hace con ella cuando está a punto de extraviarse por la ventana. La mira e, instintivamente, le da un beso a la señora en la frente. Cierra el

ventanal, recoge los apuntes, se sienta en la cama. Mira alrededor. Nada más entrar, a la izquierda, el baño. Una cama estrecha, de metro noventa. Está reclinada en su parte más alta, un mando eléctrico cuelga en uno de los extremos. También hay un escritorio de madera sin rastros de uso.

Algo más tranquila, comienza a registrar la habitación como si fuera la policía que le hizo creer al taxista. Los cajones del escritorio, vacíos. Los cajones de la mesilla, vacíos. No hay despertador, no hay nada. Si no fuera por la ropa del armario, parecería la habitación de un muerto. *En realidad, es la habitación de un hombre que casi está muerto*.

La ropa es muy parecida a la que lleva hoy puesta. Tres chaquetones, todos de color ligeramente granate. Tres pantalones de tela. Ropa interi... Julia cierra de un golpe ese cajón. *¡Para!* Se siente sucia al ver en su mano los calzoncillos de Hafner y se pregunta por los límites de su oficio. Al fondo del armario, en el lugar más lejano a la puerta, hay una americana príncipe de Gales. Está claro que los chaquetones y los pantalones fueron comprados cuando ya era un anciano. Pero la americana es distinta. Su tacto la lleva, por qué no, a la sastrería de la Wilhelmstrasse. Julia palpa las solapas, los bolsillos exteriores, el hueco para el pañuelo... Se pincha un dedo —«¡Ay!»— dentro de uno de los bolsillos internos. Es una medalla dorada y con una esvástica negra en el centro.

Un ruido. Julia escucha el picaporte de la puerta. Se hace una bola, se mete dentro del armario y lo cierra. Se ha dejado las fotos encima de la cama. Coloca uno de los ojos en el hueco de la cerradura y mira.

Es Amelia, la hija de Hafner. Llega resoplando, como si hubiera subido corriendo las escaleras. Suda tanto que Julia es capaz de percibirlo desde dentro del armario. Habla sola, en alemán, y Julia

no entiende. Farfulla alguna expresión en castellano. Por ejemplo, cuando se acerca a la cama y coge las fotos de su padre. Parece que ya sabe cuáles son porque no se detiene a mirarlas. La hija de Hafner se acerca al armario. Pone la mano en el tirador; cambia de opinión y se acerca a la mesilla. Las guarda ahí dentro. Ha dejado entornada la puerta del armario. Si se girara en esa dirección, vería a Julia dentro hecha un ovillo, pero camina hacia la puerta de la habitación con la mirada en el techo.

Julia cuenta hasta sesenta varias veces. Cuando calcula que han pasado cinco minutos, cuando la banda sonora de la habitación vuelve a ser el tacataca de los andadores que circulan por el pasillo, sale del armario y se tumba en la cama. Resopla entrecortadamente. Le duele la mano. Unas gotas de sangre se cuelan por los nudillos. Abre el puño. Se ha clavado la esvástica de tanto apretarla. La devuelve a su sitio. Captura con su móvil las fotos familiares. Ya puede ponerse a escribir.

XVII

Un hambre voraz. Julia no recuerda cuándo fue la última vez que se compró una hamburguesa con patatas fritas en uno de esos «para llevar» que desaconsejan la edad, las revistas, la ciencia, los amigos y, finalmente, salvo en contadísimas ocasiones, uno mismo. Le ha llamado la productora de la tele. La quieren esta noche, «ya estás fuera de la nevera, Mendieta», para un especial sobre corrupción. Y ella, en vez de temer un reencuentro con Adánez o un debate delicado, ha dicho que sí pensando en el dinero. Va a dedicar una hora a leer los periódicos antes de entrar a plató y con eso va a pelear.

Las piernas le resultan ligeras, el bolso no pesa. No le molesta siquiera este sol tan blanco y cegador que rocía las Cuatro Torres y el hospital de La Paz. El sol es un latigazo en el rostro que no duele. Cierra los ojos y mira hacia arriba. Se imagina en la playa de La Concha, frente al hotel Londres, debajo de la escalera, con la toalla extendida, tumbada y casi desnuda. Julia vuelve a reír. Aquel día habían salido sus padres a pasear. Ella había vuelto de Madrid sin avisar, también era verano, y se había puesto a tomar el sol antes de ir a casa. Sus padres la vieron sin la parte de arriba del biquini. Su padre solo miraba al mar cuando le hablaba. No la veía así desde que ella tenía seis o siete años. Su madre, también nerviosa, acabó por partirse de risa. Está a lomos del entusiasmo. Está a lomos, simplemente, de un reportaje.

Julia regala el mejor «buenas tardes» que puede a todo sanitario con el que se cruza. Tiene, por fin, algo que contarle a Ramón. No es demasiado, no hay detalles escabrosos, pero puede explicar con cierta profundidad de dónde viene Gustav Hafner. Atraviesa el pasillo de la habitación del librero. No hay nadie en el puesto de control. El paisaje es el de siempre: ese pitido constante de alguna máquina, el rodar de las camillas. También el mismo olor, el de las flores que traen los familiares de los enfermos. La puerta de Ramón está abierta. Julia grita: *«¡Guten morgen,* tío!». Pero Ramón no está. Sí están sus cosas en la mesilla. Sus pocas cosas: el libro de *El principito,* algún periódico. En la silla, doblado, su mono azul de librero de viejo. La funda de la almohada, empapada en sangre. Dos nubes rojas colorean el blanco; ese blanco de los hospitales tan relajado cuando el enfermo respira dormido y tan agresivo cuando lo subraya el granate de las entrañas. Julia deja el bolso en el sillón y agarra el pulsador de la cama. Llama repetidamente. Aparece una enfermera. Le pide que se siente. Ella lo rechaza con la cabeza y alza la barbilla inquiriendo información.

—No te hemos llamado por teléfono porque acaba de ocurrir.

—Sé lo que me va a decir, no se moleste.

—¿Tu nombre era? —La enfermera la trata de tú porque salta a la vista que Julia y ella son de la misma edad.

—Julia.

—Julia, tu tío no está muerto.

—¿Qué ha pasado?

—Está en la UCI, creo que ya conectado a un respirador. Ha sufrido un grave fallo pulmonar. Parecía que se iba, pero lo han reanimado *in extremis*.

—¿Está sufriendo?

—Sí.

—¿Y entonces? —Julia se enciende como la gaseosa, pero se percata y, casi automáticamente, se muerde los labios.

—Ya sabes lo que pidió: seguir viviendo hasta el final. Solo paliativos que no le hagan perder el sentido.

—¿Puedo visitarlo?

—Espérame aquí un minuto, déjame que lo pregunte. Si está verdaderamente estabilizado, no creo que haya problema.

La enfermera sale de la habitación. Julia se acerca a la ventana. Lo primero que hace en cuanto se queda sola es dar la espalda a la almohada manchada de sangre. Mientras esparce la mirada por el cristal, acaricia con los dedos el mono de Ramón. No lo mira, pero lo acaricia. Alcanzada cierta calma, se acerca a la mesilla. El librero ha estado leyendo *El Adelanto*. Se alegra. Sabe que ha sido una manera de estar cerca de ella, de continuar al corriente de sus vicisitudes. Coge el ejemplar de *El principito*. También ha debido de leerlo. Hay una hoja doblada con una frase subrayada que dice: «Si vienes a las cuatro de la tarde, comenzaré a ser feliz desde las tres». Ha reventado una tubería en alguna parte. Las lágrimas devoran sus ojos.

—Julia. —Regresa la enfermera, que se planta en el umbral de la puerta al oírla llorar—. Perdona, puedo venir luego.

—No, no, dime.

—Puedes pasar a ver a tu tío. Imagino que ya conoces las normas de la UCI. Solo una persona con él dentro.

Recorren juntas el pasillo y se montan en el ascensor. Coinciden con tres personas más. Julia odia que la vean sufrir. Julia odia que la vean sufrir cuando no puede disimularlo. Alza el rostro. El ascensor es un tren camino de un lugar donde duele. Solo está marcada la primera planta, la de la UCI. Todos van al mismo sitio. Repara en

una mujer que debe de tener la edad de su madre. Se sonríen con timidez, como si estuvieran cometiendo un delito.

La enfermera le pide que la acompañe. Van a un paso más rápido que por el pasillo de la otra planta. Desde el cristal, por primera vez, ve a Ramón anclado al respirador.

—Te dejo con el doctor.

—Buenos días...

—Julia.

—Buenos días, Julia. No quiero andarme con rodeos. —Es un hombre alto, de pelo oscuro y abundante, aunque con amplias entradas en la frente—. Su tío ha tomado la decisión de seguir viviendo. En su situación, unos quieren y otros no. Con esto quiero decirle que, de no haber mostrado esa voluntad de resistir, se le hubiera dejado ir poco a poco. Y hubiese tardado poquísimo. Cáncer, metástasis, los pulmones apenas funcionan... Ya conoce usted el diagnóstico. Incluso estando así, atado al respirador, no va a durar demasiado. Hay una ventaja: tiene momentos de lucidez. A ratos, podrá escucharla.

Julia asiente y, sin contestar al médico, franquea la puerta y se dirige a la cama donde está tumbado Ramón. Le coge de la mano, se acerca y musita en su oído:

—Ya puedes ser feliz, he venido antes de las tres. Son las dos y media. —Nota una leve caricia en la mano que el librero le hace con el pulgar. Se aleja de él para verle la cara.

La UCI está llena de ruidos acompasados. El pitido de la máquina que mantiene vivo a Ramón es más lento, pero mucho más potente que el de la habitación. El sonido de su respiración, amplificado por el aparato que la impulsa artificialmente, resulta atronador y convierte al librero en una especie de androide. Completa la partitura un sonido de fondo indescriptible, como el de una campana

extractora. A Julia la relaja. En su buhardilla, a veces la enciende para escribir. Lo hace cuando no consigue centrarse y sus piernas tiemblan bajo la mesa. Hay un ramo de flores puesto en agua. Son lirios blancos, exactamente iguales que los que solía ver en la papelera de la habitación. Sobre la mesa, una foto en blanco y negro: la misma mujer que aparecía con Ramón niño en la foto junto a las cuartillas de los alemanes, pero está sola. Un primer plano muy posado, «fotografía de estudio», que se decía. Cuando va a devolverla adonde estaba, encuentra unas líneas en el dorso: «Estoy empezando a escucharte ahora que no puedes hablar. He vuelto a la casa del pueblo. He leído, he hablado con la gente. Si cierro los ojos, soy capaz de oír el ruido que se llevó a la abuela. Aun así, tengo que decirte la verdad, como tú lo harías. No te entiendo, padre, pero te comprendo. Guillermo».

—¿Qué tal estás, querido tío? —Julia vuelve a llorar—. Eres un cabezón. Vengo a contarte. Ya tengo cosas que contarte, pero sigo sin saber qué quieres, qué buscas. Me lo estás poniendo muy difícil.

Empieza a improvisar en voz alta la que, ya está segura, será la primera parte de su reportaje. Al rato, se queda dormida.

En el camerino no está Aixa, su preferida. La saluda, muy correcta, otra chica. Debe de ser nueva. Es algo que la contraría. No ha pensado qué va a decir. Ni siquiera sabe cuáles son las noticias que va a publicar su periódico mañana. Manda rápidamente un mensaje a Ferrándiz, que no tarda en responder: «Habla con alguno de los de "Nacional", no tengo ni idea». Otra vez.

—¿Qué hacemos con el pelo? —Julia no contesta. Tiene la mirada perdida en la pantalla del móvil y su cabeza busca otra manera de averiguar el titular principal de *El Universal* de mañana. ¿Y el propio

Rivas? Pero teme que le saque el tema del reportaje. ¡Almudena! Le escribe, pero no responde—. Perdona, eh, ¡perdona! ¿Qué hacemos con el pelo?

—Algo que no sea muy arriesgado. Lo dejo en tus manos. —Julia sale de su ensimismamiento y sonríe lo mejor que puede a la maquilladora. *Tiene que estar pensando que soy la típica gilipollas que, por salir en la tele, trata a los demás por encima del hombro. Luego se lo contará a sus amigos. ¿Ponéis cara a la Mendieta? La de* El Universal*. Pues es gilipollas. Le hablas y ni te contesta*. Entonces Julia alarga su respuesta—. Perdona, no estoy teniendo un buen día. Me llamo Julia, ¿y tú?

—Rebeca, igual que hace quince minutos.

—¿Lo ves? No estoy teniendo un buen día. —A las dos les entra la risa.

En la sala de invitados falta alguien. *El capullo de Adánez*.

—Hola, Esther.

—Buenas noches, Mendieta. Cómo está la guerra de periódicos, ¿eh? A ver si nos dejáis un ratito en paz.

Esther Altea no sonríe. A Julia no le genera desasosiego, pero es cierto que a algunos compañeros de su edad les impone esa ironía difícil de interpretar. Habla igual cuando está cabreada que cuando no lo está.

Desde que ocurrió lo del vaso de agua, es la primera vez que el programa reúne a los tres mismos protagonistas: Esther Altea, Javier Adánez y Julia Mendieta. Y el único que no está en la sala es él. «Venga, vamos a ir pasando a plató. Id directos a microfonar».

A Julia le gusta que su adversario llegue tarde. Fantasea incluso con que empiece a sonar la cabecera del programa y no haya aparecido. Es un motor de tranquilidad que pugna con el nerviosismo que le inspira no saber qué decir. Cuando ha entrado

por la puerta de la tele, se le ha pasado esa confianza absoluta, algo absurda, que la había conquistado al salir de Los Abedules. Ha intentado, sin éxito, apuntar nuevos argumentos en la libreta, pero solo piensa en Hafner. Sentada en su sitio, ya con el micro prendido de la solapa de la americana, recibe la respuesta de Almudena: «Está pasando algo raro. Nos acaban de convocar a una reunión».

—¡Esto qué es! Oye, Vargas, tu programa no puede permitirse perder la neutralidad con tanto exhibicionismo. ¿Dos periodistas de *El Universal* en la misma tertulia? —se subleva Esther Altea un par de segundos antes de que el presentador dé las buenas noches.

Julia levanta la cabeza. Tiene enfrente, en el otro extremo de la mesa, a Paco Cáceres. El móvil de Julia empieza a vibrar como si fuera un instrumento de percusión. Están en directo. Por línea interna, el regidor le pide que apague su teléfono o lo quite de la mesa. Mientras lo hace, siente esa mirada tan incómoda sobre los hombros. Siente incluso la mano de Cáceres en la espalda, como aquel día en que la paró al borde de la escalera del periódico. Respira hondo y lo mira. Cáceres está distinto. No encuentra cinismo o ironía en él. Cree atisbar una especie de fuego, una severa determinación. Julia comienza a garabatear letras sin sentido.

—Déjame, querida Esther, que hoy dé la bienvenida primero a Paco Cáceres, que se incorpora como tertuliano a este programa. Esta noche, él es, en sí mismo, una noticia. El hasta ahora redactor jefe de «Política» en *El Universal* hace acto de presencia esta noche como subdirector de *El Adelanto*.

—Muchas gracias por invitarme, Vargas. Ya sabes que soy telespectador tuyo desde hace años. Eso hace que me sienta en casa. Y sí, efectivamente, acabo de dar un paso muy importante en mi carrera. Es muy emocionante porque ya sabes que soy un tanto viejo y creía estar en esa edad en la que dejan de ocurrir cosas.

—Cáceres, por favor, no presumas de viejo. Por lo menos, no delante de mí —lo interrumpe Altea.

—El caso es que sí. Desde esta misma noche trabajo como subdirector de *El Adelanto*. Lo hago por dos razones. La primera es obvia y tiene que ver con mi nuevo periódico: formar parte del *staff* del medio más leído del país es una oferta irrechazable. Y la segunda, creo que también obvia, tiene que ver con el diario para el que trabajaba. *El Universal* es un nido de corrupción, el director ha perdido la confianza de los dueños y de la redacción... En definitiva, es un barco a la deriva.

—¡Calma, calma, Cáceres, que el programa acaba de empezar! —Vargas exhibe una sonrisa ancha, que descubre de extremo a extremo una dentadura perfecta—. Esther Altea, que es la mayor, como ella misma se ha encargado de referir, ya ha saludado a nuestros espectadores. Por alusiones, paso a dar la bienvenida a Julia Mendieta. Buenas noches, Mendieta. ¿Con qué va a sorprendernos mañana *El Universal*?

—Buenas noches, Vargas. No lo sé exactamente por una razón muy elemental: este señor, Paco Cáceres, ha cambiado de periódico sin dejar hecho su trabajo y ni siquiera sus redactores saben a esta hora cuáles son los titulares de mañana.

—Julia, entiendo que... —intenta terciar Cáceres.

—Cáceres, por favor, esperemos a que termine. Este programa no es un barrizal. —A Vargas, piensa Julia, le importa un pimiento «el barrizal». Todo lo contrario. Quiere que ella continúe porque ha empezado en tromba.

—Entiendo que Cáceres haya venido aquí a protagonizar lo que él y su nueva empresa consideran un gran golpe de efecto. Pero ustedes, que están en casa —Julia ya no mira a Cáceres y a Vargas, sino a la cámara—, comprenderán que no es elegante, ni siquiera

moral, marcharse de una empresa a escondidas, por la noche, sin despedirse de tu propio equipo, para intentar descuartizar en directo a quienes te han dado de comer durante décadas. —A Julia le sorprende su virulenta reacción, pero Cáceres la saca de sus casillas. Al ver que él también se ha sorprendido, decide seguir percutiendo —. En unos minutos, supongo, nos hablará de la corrupción de *El Universal,* de cómo, supuestamente, el Gobierno anterior nos regó con dinero público, nos hizo de oro a cambio de callar sobre su acción política...

—¿Supuestamente? Venga, Mendieta, por favor, si estaba yo dentro... —Cáceres habla tartamudeando, visiblemente nervioso.

—Cáceres, por favor, en un minuto te doy la palabra, pero escuchemos a Julia Mendieta.

—Un segundo, un segundo, me viene muy bien esta interrupción. ¿Estabas tú dentro? ¿Estás diciendo que contemplaste cómo un gobierno compraba a un periódico y tú, que eras el jefe de su sección más importante, callabas? Cáceres, esta noche...

—Julia, ahora sí, tengo que darle la palabra a Paco. —Vargas está pletórico. Desde que lo conoció, la periodista aprendió que, cuanto más gesticula, más contento está.

—Solo una frase, Vargas. Decía que Cáceres no musitará una palabra esta noche sobre el gravísimo caso de corrupción revelado por *El Universal* estos días. Y a todos nos resultará raro. Porque él mismo ha firmado algunas de las informaciones contra el Gobierno. ¿Se ha arrepentido? ¿O es que publicó mentiras? ¿Te has arrepentido, Cáceres?

—Cómo ha empezado el programa esta noche. Ya saben que aquí es donde se cocina la información, donde se cuentan las noticias de los periódicos antes de que se publiquen. Vamos a escuchar a...

—Vargas, este programa ha empezado igual que siempre últimamente: con una guerra absurda entre *El Universal* y *El Adelanto,* como si fuera un Barça-Madrid, ¿para qué coño me has traído? —dice Altea.

—Esther, por favor, dame un momento.

—Llevo semanas dándote momentos, Carlos. Me voy. Te dejo con tu cara a cara, que es en el fondo lo que querías. No entiendo la pantomima. A mí ya no me llaméis más. Por lo menos hasta que no hayan terminado estos numeritos. —Esther Altea se levanta, pone el bolso encima de la mesa, coge su iPad y se lo coloca bajo el brazo. Con la otra mano, se quita el micrófono y lo arroja contra la mesa. El golpe del micro les ocasiona un pitido por línea interna. Julia no sabe si el bote que pega Vargas está relacionado con eso o con la inesperada marcha de Esther, que ya ha abandonado el plató.

—Ya ven que este programa no tiene trampa ni cartón. Este programa es el territorio de los libres. Muchas veces, ustedes, en sus casas, en los bares, en el trabajo, comentan que las tertulias de televisión están amañadas, que sus participantes siguen consignas y que despliegan ante sus ojos una especie de guion. No es así. Esther Altea ha decidido marcharse de manera inesperada. La respeto y, después de esto, seguirá teniendo mi respeto, aunque no esté de acuerdo con su manera de proceder. —Vargas es un animal televisivo. Su desconcierto apenas ha durado unos segundos. Mira a la cámara y es como si fuera a comérsela; como si sus manos, sus codos y sus apuntes fueran a salir despedidos hacia ella—. Cáceres, estábamos contigo. ¿Qué puedes ofrecernos?

—¿Te parezco poco? Soy un hombre que ha cruzado las líneas enemigas. —Vuelve a ser el Cáceres irónico de la redacción. Lo sucedido con Esther le ha dado tiempo para reponerse. Julia lo tenía

arrinconado en la esquina, como en un combate de boxeo—. Estoy muy tranquilo, todo lo contrario que mi excompañera Mendieta.

—Compañera creo que no lo fui nunca, Paco. Deberías decir «subordinada».

—¿Lo ven? Es tremendo.

—Desde luego, es tremendo...

Ahora Julia se equivoca. No hay nada peor que aparecer desquiciada en la tele en mitad de una discusión con alguien que logra mantenerse en calma. En programas así importa más el envoltorio que el mensaje. Es una guerra de gestos, de latiguillos, de frases cortas.

—Si Mendieta me deja...

—Claro que te deja, Cáceres. Y si no lo hace, yo me encargo, ¿eh, Julia? —Vargas vuelve a respirar acompasadamente.

—No he venido a dar ninguna exclusiva. He venido a dar testimonio de algo que viví durante muchos años y que, efectivamente, tal y como decía Mendieta, no supe contar a tiempo. Corrijo, es más grave: vengo a dar testimonio de algo que no me atreví a contar. Probablemente, porque tenía una familia que alimentar, unos hijos que llevar a la universidad, una madre en una residencia...

—Qué pena me da todo eso, Cáceres.

Julia continúa con el cuchillo entre los dientes. No es capaz de bajar las revoluciones. No mira a la cámara, solo lo mira a él. Comete un error de principiante porque eso significa que también ha perdido de vista la pantalla donde se ve el programa tal cual lo ve el espectador. Porque eso significa que no está viendo cómo aparece ella en las casas de la gente. Está sudando. Pese al maquillaje, su rostro está más cerca del rojo que del moreno. Y no hace más que pintar rayajos en su libreta.

—Alfonso Rivas es un gran periodista. Sería un loco si pensase lo contrario. Pero los grandes periodistas también se corrompen. En parte, puedo incluso llegar a entenderlo. Todo el mundo sabe lo difícil que es sacar hoy un periódico adelante. Por eso tiene tanto mérito lo que hacen en *El Adelanto,* una empresa de éxito y completamente saneada. Rivas vio cómo su medio, que es su hijo, se iba al traste. Necesitaba una inyección de capital urgentemente. Y encontró ese dinero en el Gobierno. Los gobiernos, ustedes lo saben, tienen ese vicio desde tiempos inmemoriales. Desde que existió el primer periódico, ya un gobierno quiso comprarlo. Si los periódicos no fueran importantes socialmente, los gobiernos no querrían comprarlos. Aprovecho también para rebatir esos postulados de que los diarios escritos ya no pintan nada. Claro que lo hacen. Las televisiones y las radios se construyen a través de ellos. Miren lo que lleva ocurriendo estas semanas.

—Cáceres, al grano, que esto está virando hacia una charla de deontología periodística —lo empuja Vargas, que ve cómo su contertulio rehúye el cuerpo a cuerpo. El ahora subdirector de *El Adelanto* sabe que no es tan rápido como Julia y que no le compensa un diálogo pugilístico—. ¿Qué es lo que viste ahí dentro?

—La tragedia de un hombre, de un gran periodista, que no supo resistir la presión del poder. Alfonso Rivas, para qué utilizar otro verbo, se dejó sobornar. Yo vi esos números, escuché algunas llamadas. Eran campañas de publicidad institucional, pero puede que hubiera más cosas. Si eso es lo que yo pude escuchar, ¿qué se negociaría cuando no había nadie delante?

—Yo estoy viendo ahora la tragedia de otro hombre que se dejó sobornar por la competencia. Paco Cáceres está apuñalando delante de todos ustedes al director que más alto le aupó en su carrera profesional. —Tal es la agresividad que le provoca a Julia la mera

contemplación de Cáceres que ha cruzado un río peligroso. Ya no es una defensora del periódico para el que trabaja. Empujada por la rabia, se ha convertido en una defensora de su director.

—Ahora voy contigo, Julia. Cáceres, ve terminando, por favor.

—Quiero decir que entiendo a Julia Mendieta. Cuando yo tenía su edad, también habría mantenido la boca cerrada. Está empezando su vida, tendrá que pagar el alquiler o una hipoteca; en fin, no quiero entrar en detalles personales. No podemos pedir a gente como ella que dé un paso al frente para denunciar la injusticia a la que se ve sometida una cabecera histórica como *El Universal*. Yo solo soy el primero de muchos. De eso no me cabe duda. Verán ustedes cómo sus revelaciones sobre el actual Gobierno no van a ninguna parte. En cambio, pronto se sabrá toda la verdad sobre Alfonso Rivas. Y disculpa, Julia, no quería entrar en temas personales. Ya sabes que no es mi estilo. —Cáceres sonríe y guiña un ojo a su excompañera. Ha querido terminar disparando a donde más le duele. Con ese guiño, le ha confirmado que fue él quien orquestó con Adánez la publicación de los artículos sobre su verdadera identidad y el asesinato de su abuelo.

—Eres un miserable. Un corrupto que intenta redimirse contando la supuesta corrupción de otro. Y todo a cambio de dinero. Yo también me marcho. Espero que lo comprendas, Vargas, no pienso compartir tertulia ni un segundo más con este señor.

Igual que Esther Altea hace unos minutos, Julia se levanta y se quita el micro. No mira a Cáceres, pero sí a Vargas. Y le sonríe. Es otro mensaje en clave, una manera de decirle: «Ya está. Ahí tienes lo que querías». Vargas finge sorpresa, se levanta y trata de calmarla. Mide mucho sus pasos porque se acerca a ella a una velocidad lo suficientemente lenta como para no alcanzarla.

Julia se va de una manera diferente a la del día en que lanzó el vaso de agua a Javier Adánez. Esta vez sonríe y camina decidida. Lejos de temblar, aprieta los puños. Se deja abrazar por el ruido creciente de sus tacones. Le gusta ese ruido. Ahora aprieta también los labios.

—Qué pronto ha salido hoy, señorita. Me encuentra porque he dejado aquí a otro cliente hace diez minutos. Ha tenido suerte —le saluda el conductor, nervioso, en la puerta.

—No es pronto, es la hora.

Julia se da cuenta en ese instante. La guerra contra *El Adelanto* ya no es solo la guerra de Rivas. Tampoco la de su empresa. Es también la suya... y solo acaba de empezar. A bordo del coche, prepara decenas de preguntas para el alemán. Tiene que publicar. Ya.

XVIII

—Que sí, *ama,* que es verdad, que estoy aquí, ¡me vas a destrozar los mofletes!

—Ay, Julieta, ¿por qué has venido? ¡Qué alegría!

—Para hablar con el *aita*. En Madrid, se quedó una conversación pendiente.

María suelta por fin a su hija, pero, tras separarla de sí, extiende los brazos y coloca las manos sobre sus hombros. La mira fijamente a los ojos. Nunca la había oído hablar con esa naturalidad del abuelo. Y menos en relación con su padre. María, como si confirmara con la mirada que la actitud de Julia es meditada y no fruto de un calentón, sonríe a borbotones. Vuelve a abrazar a su hija. Vuelve a agarrarle los mofletes.

—*¡Ama!* ¡Ya!

—¡Pero bueno! ¡Si es Julieta!

Esteban, al escuchar el timbre y después el ajetreo en el jardín, se asoma por la ventana del primer piso. Baja los escalones de dos en dos y, en complicidad con su mujer, coge a Julia por el moflete derecho. María sigue tirando del izquierdo.

Ya es julio, pero no hace calor en San Sebastián. Una capota de nubes grises cubre la explanada de los adosados. Da la sensación de que puede haber empezado a llover en alguna parte de la ciudad. Este alto es un microclima. A veces, llueve en la playa y aquí brilla el sol. Este monte que acoge la casa, con sus propias reglas meteorológicas, parece un purgatorio que separa dos dimensiones.

—Para que no os llevéis un disgusto ni preparéis nada, que os conozco: tengo que irme mañana...

—El reportaje, ¿no? —dice María mientras se dirige adentro—. Venga, no vamos a quedarnos aquí fuera.

Julia ha ido en avión. Nunca lo hace porque es mucho más caro, pero si solo va a pasar una noche en San Sebastián, merece la pena. Es domingo. Le han pedido desde la residencia que no visite hoy a Hafner: «El domingo es un día raro y no sabemos cuándo va a aparecer Amelia. Le acabaremos contando lo del voluntariado, pero queremos que su padre esté más integrado». Julia ha ido para terminar la conversación con su padre; mañana por la mañana, a primera hora, después de aterrizar, estará de nuevo sentada con Hafner.

Cuando compró los billetes, sintió que la invadía una especie de fuerza moral. Sintió también que, por primera vez en mucho tiempo, estaba colocando a los suyos por delante de un reportaje. Al salir de la UCI, pensó en conceptos como el paso del tiempo, la fragilidad de la vida y lo azaroso de la muerte. Al ritmo del respirador, entró en una habitación de su cabeza donde no le dolía pensar en las cosas que tanto le suelen doler. A Marcos y a Clara les ha contado detalles acerca del nazi camino del aeropuerto: «Me voy a casa en el momento más inapropiado, ¿veis como tengo corazón? ¡Cabrones!». Pero sabe que se está haciendo trampas. Si hoy hubiera podido visitar a Hafner, no estaría en San Sebastián. También sabe que, de no ser por la charla que mantuvo su padre con el terrorista, de no ser por ese misterio que la enciende y que se ha propuesto desvelar, no habría ido.

—Eso, el reportaje, ¿qué dice el alemán? ¿Es todo lo cruel que necesita una periodista despiadada como tú? —Sonríe Esteban, que camina detrás de su hija y le pega una palmada en la espalda.

—Tengo algunas buenas fotos, el convencimiento de que no es un arrepentido y la posibilidad de mantener con él algunas entrevistas más. ¡No es poco! Pero no tengo ni idea de sus circunstancias, no sé si estuvo en la guerra, si participó en algo... Todo podría ser un fiasco. Pero he apostado. No sé, veo algo en sus ojos. Me están presionando mucho desde el periódico. Quieren publicar cuanto antes para desviar la atención de los escándalos de Rivas.

Julia aparca su mochila en la entrada y se sienta en el sillón. Sus padres la acompañan y se ponen uno a cada lado. Ella pasa los brazos por encima de sus hombros.

—Julieta, vamos al grano. ¿Por qué has venido? Creo que me lo puedo imaginar —dice Esteban más serio.

—Quiero que terminemos la conversación que empezamos en Madrid, *aita*. —Lo dice y mira a su madre, no a su padre. María asiente y pone la mano en las rodillas de su hija.

—A mí tampoco se me olvida la prescripción, Julia, pero prométeme que no tiene que ver con eso. Recuerda que, cuando te obsesionaste, la investigación casi te lleva por delante.

—Te prometo que no es eso, *aita*... —¿Le está mintiendo? Ni siquiera ella sabe si le está mintiendo. ¿Qué va a hacer ella cuando sepa qué pasó en esa reunión?

—No se hable más. Bajamos al centro. Coge una chaqueta, que luego refrescará. Yo llevo un paraguas por si llueve.

Esteban, de pie, camina hacia la puerta. Julia se despide de su madre con un abrazo de cuatro o cinco segundos. Uno de esos abrazos que, atravesado el oleaje del corazón, duran en realidad varios minutos. A veces, incluso años.

—Mira, Julieta, cógeme del brazo. El *aitona* y yo veníamos andando por aquí. La calle Easo es una bonita manera de entrar en la ciudad. —Es como tomar conciencia de ella, piensa Julia. Parece imposible que el mar esté al fondo. Conforme se avanza en dirección a la playa de La Concha, van apareciendo indicios de muchísimas cosas, pero no del mar. Hay primero, en una plaza a la izquierda, un quiosco de esos que articulan la vida de los pueblos. Alrededor de los quioscos se baila y tocan las orquestas—. A tu *aitona* le gustaban mucho las bandas municipales. Ponían sillas de plástico. Venía con tu abuela, se sentaban y escuchaban los pasodobles, el *Xalbadorren* o lo que tocara.

Ahora es Esteban quien agarra el brazo de Julia. Ella se había soltado para mirar al quiosco. Está rodeado de farolas negras y barandillas blancas. El suelo es gris, como el cielo. Y ahí... «puedes entrar por una puerta y aparecer en otro país», dicen al unísono. Era lo que le decía el *aitona* a Julia cuando la traía a jugar a esta plaza. Lo decía —como miran ahora padre e hija— con la vista puesta en el edificio que todo el mundo llama «la estación del Topo». Es una mole grisácea y cuadrada. Cada siete minutos pasa un suburbano que, en media hora, te deja en Hendaya, al otro lado de la frontera. La primera vez que el abuelo se lo contó, Julia no lo creyó. Entonces, la cogió de la mano y la subió al Topo: «Julieta, estamos debajo de la tierra. Y te prometo que, cuando veamos la luz, estaremos en otro país». Hicieron aquella expedición y se la confiaron como un secreto. Pasaron allí la mañana. Llegaron un poco tarde a comer. Esteban y María preguntaban, abuelo y nieta reían.

Van naciéndoles los miradores a los edificios. Se intuyen sillas y mesas apretadas en esas terrazas acristaladas. Son las extremidades de las casas.

—Las islas —le dice Julia a su padre—. ¿No te parece? Si tienes un piso con mirador, es como España con las Canarias o Italia con Sicilia. Estás fuera, pero estás dentro. Cuando llueve, me encantaría tener una casa con mirador para escribir.

Se acaba la plaza, las aceras se van estrechando. Se alza a un lado un muro enorme. La gente dice que es feo y en los periódicos escriben que conviene tirarlo por «su falta de estética» y por «su aparente fragilidad». Un puñado de piedras de varios metros de altura que llevan cien años emulando a la torre de Pisa. Julia, probablemente, sea la única periodista que ha defendido el muro por escrito. Todavía hoy cree que la originalidad de su ruego fue lo que empujó a aquel periódico local a publicar el texto. Reconocía que era feo, pero lo alababa como la pared donde habían nacido las historias que tantos abuelos cuentan a sus nietos. «Derribar el muro es derribar miles de infancias de golpe», escribió. A Julia, el abuelo le decía que, por las noches, se descolgaban de ese muro decenas de duendes luminosos que luego daban de comer a los animales de la plaza de Guipúzcoa.

Julia y su padre caminan cada vez más juntos.

—Ya te dije que iba a llover.

Esteban abre el paraguas. Se asoma el verde al fondo. Se ve la silueta del Sagrado Corazón de Jesús en la cima del monte Urgull, pero si uno no sabe que es un monte, puede pensar que es un bosque. Resulta paradójico porque, cuando aparece el verde, aparecen también las casas más presumidas de la ciudad, las vistas más civilizadas. Ese pequeño París que fue levantado alrededor de aquellos aristócratas que acudían a San Sebastián como si fuera un balneario.

Esteban se detiene en la esquina con la calle de San Bartolomé. Se giran hacia la catedral del Buen Pastor. Es la construcción

religiosa más grande, el lugar en torno al que se desarrolla la vida de la gente: en sus faldas están las tiendas, los bares y hasta un centro comercial. En lo que va del Buen Pastor hasta la playa se fabricaron los recuerdos más especiales de Julia. Todo era sol en ese trayecto. Eran recuerdos casi siempre de lluvia, pero los sentía como el sol. Los barquillos, los helados, la peonza, los regalices al salir de misa, el escondite. Por eso, cuando mataron al abuelo, Julia también se enfadó con la ciudad. Esas aceras, con quien tanto se había querido, se convirtieron de golpe en el lugar más oscuro de su memoria.

Como si supiese en qué estaba pensando, Esteban le dice:

—Es raro, ¿verdad? Fuimos tan felices aquí...

Julia se ha preguntado muchas veces si al abuelo le dio tiempo a pensar en eso después del disparo. Él tampoco se lo podría creer. Lo habían matado en el lugar de sus días más felices. Por muchas amenazas que hubiera, por mucho que los carteles y las manifestaciones le avisaran, tenía que ser casi imposible para él sentirse inseguro donde había aprendido a andar. ¿Cómo pueden matarte exactamente en el mismo lugar donde has aprendido a andar? ¿Cómo pueden matarte en las mismas baldosas donde has aprendido a hablar? Julia duda si hacerle estas preguntas a su padre, pero decide tirar de su brazo y seguir caminando. Ya atisba a lo lejos la esquina.

Esteban se mueve más lento en este tramo. Julia percibe cómo su padre, que había tomado la iniciativa del paseo, se va quedando sin gasolina en las piernas. Le recuerda a aquel verano camino de San Sebastián con Clara y Marcos. Pusieron gasoil en vez de gasolina en el coche del padre de Clara. El coche empezó a andar más despacio, luego estrenó un tembleque como de carro de caballos y, después,

se paró. Julia acaricia el brazo de su padre. Lo acaricia con fuerza, quiere transmitirle firmeza.

—Tranquila, *maitia,* no me voy a echar atrás. Pero esto me está costando un poco...

Con «esto» se refiere al tramo final de la avenida. Ya se alza sobre ellos la trasera del hotel Londres, con su letrero en rojo fosforescente; en ese rojo Moulin Rouge.

—Faltaba muy poco para que llegáramos, ¿eh? El diario estaba, ya sabes, al lado del ayuntamiento. Nos quedarían cinco minutos. Diez al paso que iba el *aitona*. En esa tienda de ahí, compró sus cuatro o cinco periódicos de cada mañana y se los pusieron en una bolsa de plástico blanca porque llovía. En una mano el maletín, en la otra la bolsa con los periódicos. —Julia aminora la velocidad intencionadamente.

—Venga, *aita,* vamos a hacerlo bien. Vamos a hacer como si fuera aquel día.

Esteban respira hondo. Mira sus zapatos. Luego los de su hija. Cierra los ojos. Cuando los abre, parece haberse convertido en un actor. Es como si un director en la sombra hubiese gritado «¡Rodando!».

—Vamos a cruzar, Julia, que estábamos ahí, donde la heladería.

Se lanzan los dos a la calzada. No miran a los lados, pero no viene ningún coche. Es raro que a esta hora no haya circulación en la calle Easo, pero Julia y Esteban están a otra cosa.

—¿Y ese ruido, *aita?*

—No sé, hija, debe de haber alguna manifestación por ahí.

Los gritos crecen; tienen que hablarse al oído.

—Recuerdo que aquí, sin mediar palabra, nos paramos en mitad de la acera. Al *aitona* se le había cansado el brazo en el que llevaba la cartera con el artículo y sus apuntes. Se cambió de mano los

periódicos y el maletín. Te quedas pensando... Tantos años pensando. Lo hubieran matado igual, pero... ¿y si no nos hubiésemos parado? ¿Habría cambiado algo ese minuto? Seguro que no, pero te vuelves loco, Julia. Te vuelves totalmente loco. Todas nuestras acciones, por milimétricas que sean, tienen un impacto en algo. Es como el que cruza y muere atropellado. ¿Y si no se hubiera parado a atarse los cordones? ¿Y si no hubiese habido tanta cola en la panadería?

Julia no dice nada para no cortar el relato de su padre, pero, algo incómoda, echa la vista atrás. No puede escucharlo bien por culpa de ese ruido. Es una manifestación que se ha colado en la calle Easo y que también camina en dirección al mar. Se giran. Divisan una pancarta blanca con los rostros de algunos terroristas presos en negro que dice en euskera: «No estamos todos». Esteban ve que su hija frunce el ceño, sonríe con resignación y continúa su relato para aplacarla.

—Pisé un charco. Me había manchado bastante una pierna del pantalón. No sé qué dije, pero fue algo típico, ya sabes. Nos detuvimos cinco o diez segundos porque intenté sacudirme el agua, limpiarme. Con la otra mano sostenía el paraguas e intentaba que el *aitona* no se mojara. ¿Sabes? Acabé tirando la ropa que llevaba puesta ese día. La sangre, el barro... La tiré días después a una basura muy lejos de casa, en la otra punta de la ciudad. Ahora que lo pienso, no sé qué hicieron con la ropa del *aitona*. Hoy me he arrepentido de haber tirado la mía. Hay una caja en el trastero que nunca te he enseñado. Ahí he ido metiendo todo lo que me recuerda a él. Esa ropa fue la última que tocó. Algunos días, desde que estoy mejor, abro la caja y trasteo un poco. —Esteban se adelanta y se apoya en una farola—. Ven, hija. —Vuelve a cogerla del brazo—. Estábamos exactamente aquí.

Julia no reconoce la cara de su padre. Jamás había visto esa vulnerabilidad. No encuentra palabras que lo describan, pero es un rostro que transmite una mayor fragilidad que el de las lágrimas el día del entierro. Porque las lágrimas, se dice, pueden ser firmes. Aquel día, ya lo pensó entonces, sus padres lloraron con firmeza, como si se hubieran propuesto transmitir más dignidad que pena. Ahora es distinto. A Esteban le tiembla la boca. Julia lo ve porque el ruido de la manifestación es cada vez mayor y casi tiene que leerle los labios.

—No oí pasos, no oí nada, de verdad. Imagínate que hay un ruido de ciudad de fondo. No como el de ahora, uno más cotidiano, tranquilo. Y de pronto... —Al ver que su padre no termina la frase, Julia calla. Quiere que lo haga. No es un pensamiento razonado; es un impulso. Quiere escucharlo. Necesita revivir ese disparo. Esteban, que se ha desprendido de su hija, musita—: Pum.

Julia no sabe si su padre ha sido capaz de verbalizarlo. Quizá la voz le haya fallado o quizá lo haya dicho muy bajito y se haya disuelto entre los cánticos de los manifestantes; pero Julia lo oye con nitidez. «¡Pum!». Siente cómo se le quiebran las piernas. Mira al suelo. Su padre señala una baldosa, le tiembla el dedo índice. Deja de señalar porque parecen darle vergüenza los temblores. Julia lo abraza y él se muerde el dedo. Cae primero el padre, luego la hija. Están de rodillas.

—Ya está, *aita,* ya está —le dice al oído.

—El maletín con el artículo... La bolsa con los periódicos... La lluvia roja en el cuerpo. Respiraba, respiraba. Te prometo que respiraba, hija. No sé cuánto duró. Respiraba, respiraba, respiraba. Te prometo que respiraba. Después, tapé el cuerpo con los periódicos. Los saqué uno tras otro y fui cubriéndolo por todas partes salvo la cabeza. Los brazos, las piernas, los pies... Algunas

páginas volaban. Otras se quedaban pegadas a él; iban cogiendo ese color oscuro conforme se deshacían. Una mezcla de gris, rojo y negro... —Se mira las manos—. Cada vez que cojo un periódico, hija, pienso que se me va a deshacer entre los dedos. Y luego tú, escribiendo en los periódicos... Siempre los periódicos. Ahí está toda nuestra historia. —Vuelve a abrazarse a Julia.

—¿Viste algo? —Julia, que se seca las lágrimas con el antebrazo, quiere saberlo. Es la pregunta que tanto tiempo estuvo intentando resolver hasta que se cansó y decidió pasar página. Aquella investigación camino de ninguna parte la destruyó. Ve la cara de su madre esa noche diciéndole: «Julia, si no paras, vas a morirte en vida».

—Dos hombres corriendo y un coche. —Vuelve a señalar con el dedo temblando, ahora a la carretera—. Fue todo muy rápido. Muy rápido, muy rápido, muy rápido. —Esteban repite tartamudeando—. Dos espaldas, solo recuerdo dos espaldas. Los estaban esperando. Llevaban pasamontañas.

—*Aita,* vámonos... —Julia se va a levantar, pero Esteban la agarra por los codos y la mantiene muy cerca de sí.

—Hay una cosa... ¿Te acuerdas de *elur-maluta?* Después de que habláramos... se me ocurrió releer los periódicos de aquel día. En una crónica meteorológica diminuta, lo ponía. ¡Lo ponía! —Esteban logra serenarse y alzar la voz.

—¿Qué ponía, *aita?*

—¡Cayeron algunos copos de nieve, muy pocos, poquísimos, en San Sebastián! Nunca había sucedido a finales de octubre. Mira, Julieta, agáchate todavía más. No sé qué fue lo último que vio el *aitona*. Pudo ser el mar, pero también la cima de Urgull. Estando de pie no se ve porque la tapa el letrero de esa tienda. Pero a esta altura, tumbado como él estaba, sí se ve. Eran dos sitios que le

gustaban... Llevo un tiempo consolándome, pensando que, cuando me muera, también querría estar mirando al monte o al mar. —Julia ahora entiende aquello que le contó una de las pocas amigas del colegio con las que mantiene relación. Le mandó un mensaje diciéndole que ya había visto a su padre dos veces, en la calle Easo, «donde mataron a tu *aitona»,* en una postura rara, «como tumbado».

—*Elur-maluta, aita*.

—*Elur-malu*...

Se están poniendo de pie. Uno de los manifestantes choca con Esteban, que vuelve a caer al suelo. Otro de ellos le tiende la mano y lo levanta. Julia escucha que un tercero dice:

—Joder, pero si es Uribe, ¿todavía sigue así?

Sin poder contenerse, Julia se abalanza sobre él y le pega un puñetazo. La cabecera de la manifestación se disuelve para acercarse a la esquina. El agredido levanta los brazos, sonríe y con la nariz sangrando, pide calma. Mira a los ojos de Julia y celebra:

—¡Mirad! ¡Eh, mirad quiénes son los fascistas!

Julia vuelve a arremeter contra él. Esta vez no consigue darle un puñetazo. Otros manifestantes la sujetan por los hombros y la cintura.

—¡No me toquéis, joder, que no me toquéis! ¡Hijos de puta! ¡Asesinos! ¡Eso es lo que sois! ¡Unos putos asesinos!

Esteban consigue reaccionar y, a empujones, libera a su hija de quienes la sujetan. Otro hombre, que Julia distingue como manifestante por su estética y la camiseta que lleva, ayuda a su padre y aparta a la gente. Les va abriendo paso hasta que, por fin, en el paseo de la playa, se sientan en un banco. Muchos los miran. Julia está fuera de sí. Toda ella es un flan que tiembla.

—Joder, Esteban, ya es casualidad —dice el hombre, que tendrá unos diez años más que Julia. Al girarse, al verlo de frente, Julia encuentra en él algo que le resulta familiar.

—Gracias. Vaya lío, ¿eh? —Esteban, que se sienta y se pone de pie con nerviosismo, se tienta la ropa e intenta alisar las arrugas. El manifestante se aleja después de guiñar un ojo—. Oye, Julia, no le digas nada de esto a la *ama,* que no quiero preocuparla. Julia... —intenta explicar Esteban.

Pero Julia no responde. Solo tiembla.

—Sí, hija. Es él. —Esteban pone las palmas de las manos hacia arriba, como si estuviera sacando literalmente a la superficie una verdad mucho tiempo enterrada.

—Igor.

Julia se levanta e intenta correr en dirección a la manifestación. Se le pasan por la cabeza muchas preguntas embarulladamente: ¿desde cuándo hablan?, ¿de qué han hablado?, ¿ha habido más de una reunión? Su padre y él se han tratado solo unos segundos, pero con evidente confianza. Todos los interrogantes quedan disueltos por una fuerza mayor: el violento deseo de ser ella la que hable con él ahora.

—No es el que disparó, Julia, ya lo sabes. —Esteban, firme, abraza a su hija, que no consigue liberarse.

—¡Qué más da eso, *aita!* Él también lo mató, ¡él también lo mató! ¡Él nos puede llevar a...! ¡Desde cuándo os veis! Me has mentido, joder. Me has mentido, estoy segura. —Llora y golpea con los puños el pecho de su padre, donde acaba apoyando la cabeza.

—Perdone, pero va a tener que acompañarnos. —Un policía, que ninguno de los dos ha visto venir, pone la mano sobre el hombro de Julia—. Vaya preparando la documentación.

Esteban intenta mediar.

—Agente, debe de ser un error. Mi hija no ha hecho nada. —Pero el policía contesta sin dejarle acabar.

—Mire, estábamos en esa esquina vigilando la manifestación. Su hija ha agredido en dos ocasiones a una misma persona.

Julia va a decir algo, pero se serena al ver el remolino de gente que la rodea. Enseña su DNI al policía y lo acompaña al coche.

—*Aita,* ¡me debes una respuesta! ¡Me la debes! —grita desde la puerta.

XIX

—Oiga, por favor, tengo que coger un avión mañana a primera hora. Necesito salir de aquí.

Julia está de pie en una sala, según calcula, de cuatro metros de largo y tres de ancho. Las paredes son amarillas. El suelo, de baldosas blancas. Al principio, se ha sentado en el banco de cemento que recorre la estancia, pero estaba muy frío. *No puede ser, no puede ser*. Sonríe irónicamente al verse a sí misma con las manos agarradas a los barrotes, como en las películas.

Cuando le han comunicado que iba a ser retenida, ha tenido miedo. Una policía, como si le hubiera leído el pensamiento, le ha dicho: «No te preocupes. Es un lugar seguro». Y lo es porque un agente camina de lado a lado por delante de la puerta. A ese es al que Julia trata de convencer.

—Déjeme explicarle, por favor, no puedo perder ese avión.

El policía, la primera vez, le ha dicho:

—Tendrá usted que esperar como los demás.

Ante la insistencia de la periodista, ha dejado de contestar.

Cuatro personas más en el calabozo. Un hombre la mira. Julia procura darle la espalda. Tiene miedo de que la haya reconocido. *La puta tele*. Una mujer en la esquina y acurrucada contra la pared, un tipo prácticamente inconsciente y visiblemente ebrio, un señor de traje y corbata. Este último le llama la atención. Para que el tiempo pase más rápido, se pone a jugar igual que suele hacer en el metro. ¿Cuál será la doble vida de ese hombre? ¿Qué ha hecho para estar

aquí? ¿Lo había planificado o ha sido una circunstancia imprevista? ¿Saben sus amigos que ha sido detenido? ¿Tiene familia?

—Julia Mendieta. —Aparece otro agente.

—Soy yo. —Se acerca a la puerta.

Cuando el policía se dirige a Julia, se escuchan ruidos por las escaleras de acceso al calabozo. Aparece un hombre esposado, con las manos a la espalda. El hombre grita con visible desesperación:

—¡Joder, si estaban ustedes allí! ¡Lo han visto! ¡Yo no he empezado!

Le tienden un pañuelo para que se seque las gotas de sangre que le caen por la nariz. A Julia le suena la voz del hombre.

—*¡¿Aita?!¡Aita!* ¡Qué has hecho! ¿Y esa sangre?

—Señora Mendieta, por favor, venga conmigo. —El agente abre la puerta de la celda común.

—No quería dejarte sola, Julieta. —Sonríe Esteban.

—Lo que nos faltaba, una reunión familiar —le dice un policía al otro.

—Señora Mendieta, debe acompañarme ya.

—Un minuto, agente, ¿no teníamos todo el tiempo del mundo? *Aita,* ¿qué ha pasado? —Julia se acerca a Esteban para mirarle de cerca la nariz—. Parece un buen golpe.

—No es nada. Peor se ha quedado el otro. Lo raro es que no hayan querido traerle de visita aquí. Eso es lo que no me explico, agente.

—Mire, me está usted tocando mucho los cojones. Se lo he dicho ya en dos ocasiones. No quiero ni una falta de respeto más. —El agente que ha traído a Esteban hace amago de meterse en el calabozo para encararse con él. Julia se interpone.

—Ya te contaré, hija, de verdad que no es nada. Un chaval que ha visto la bronca de antes se ha puesto a insultarte. Y por ahí no paso.

No tenemos por qué aguantar ciertas cosas. De verdad que no, agente, de verdad que no. —Esteban niega con la cabeza y el agente, en un ejercicio de contención, da un golpe a la verja.

—Mendieta, le repito que es urgente, debe acompañarme.

Julia se despide de su padre con una caricia en la nariz ensangrentada. Asciende las escaleras y, a sus ojos, todo empieza a tornarse un poco extraño. La llevan, no hacia la calle, tampoco a uno de los lugares donde habitualmente se producen los interrogatorios. La suben al segundo piso, que mejora ligeramente el aspecto del primero. Algunos cuadros, algunas placas en las puertas de ciertos despachos sugieren que se trata de la zona noble de la comisaría. Sin embargo, el paisaje general es como de los años ochenta. Los marcos de madera, las puertas de madera, el suelo de parqué; los ventanales empañados entre habitaciones. Julia se siente dentro de uno de esos documentales sobre los años del plomo que llevan décadas estrenándose y que nunca ha podido ver. Sabe que a su padre lo llamaron para participar en varios, pero se negó. Y cree que lo hizo por ella.

El agente toca la puerta del pasillo del fondo.

—Adelante.

Por el acento, Julia sabe que la persona que responde no es vasca. También intuye que no es policía. Es una voz que no desprende ninguna tensión, ninguna desgana por tener que estar trabajando un domingo pasadas las nueve de la noche. En el interior, un hombre de traje y mediana estatura mira por una ventana rectangular. Sigue lloviendo en San Sebastián. Es la única ventana de la habitación. El despacho principal —una silla de cuero detrás de la mesa con el ordenador le permite deducir que está en el lugar donde se toman las decisiones— es el máximo exponente de lo lúgubre en la comisaría: ni un solo adorno. Una papelera de metal,

un paragüero negro, varios tacos de folios por estrenar. El blanco de unos papeles sobre la mesa parece una linterna. Julia no presta atención al hombre que la recibe. Ha zambullido la mirada en ese blanco agresivo que le trae tantos recuerdos incómodos. Intenta huir de ellos pensando en su padre. Le nace la preocupación, pero también un orgullo sobrevenido que no ha sentido por él en todos estos años. Aunque una parte racional le dice que su padre no debería haber actuado así frente a los insultos, el instinto le muestra la conexión con él que llevaba tiempo buscando. La conexión de la violencia, la disconformidad y la rabia. Sin embargo, Julia no ha visto en la cara de su padre el alivio que ella siente cuando se deja llevar por la violencia contra lo que simboliza la organización terrorista que acabó con el abuelo. Es un alivio transitorio, de apenas unos segundos, como un orgasmo. Pero Julia, desde que cumplió los quince o dieciséis, no puede evitar vivir en esa dirección.

—Julia Mendieta, qué alegría. Por fin nos ponemos cara. Tenía ganas de conocerte.

—Ministro...

—Llámame Luis y, por supuesto, tutéame.

—No entiendo nada.

—¿Te refieres a que esté yo aquí? Ha sido una feliz coincidencia. Estaba inaugurando un cuartel de la Guardia Civil en La Rioja y, cuando iba a regresar a Madrid, me he enterado de que habías tenido un pequeño lío. Me ha apetecido venir a saludarte, eres una estrella de la tele. —El ministro del Interior, Luis Olmedo, invita a Julia a sentarse.

—Estoy bien de pie, gracias.

—Me han dicho que quieres salir pronto, que tienes que coger un avión mañana a primera hora. Yo mismo puedo llevarte a Madrid esta noche. —El ministro sí se sienta en ese butacón de cuero

desvencijado tras el ordenador. Enciende un cigarro y levanta la barbilla hacia Julia en señal de ofrecimiento.

—No, gracias.

—Quieres ser como una de esas periodistas de las películas, ¿eh, Mendieta? Cómo ibas a aceptar el cigarro de un ministro. Podría interpretarse como un signo de compadreo. Discúlpame si te he ofendido. —Hace calor en la habitación. El ministro se levanta, intenta abrir la ventana, pero parece que está rota. Se quita la americana y vuelve a sentarse—. ¿Qué hacemos contigo?

—Lo que haya que hacer en estos casos.

—Hombre, ya que he venido hasta aquí, me gustaría hacerte un favor y que pudieras pasar la noche en casa. Te confesaré algo, Mendieta: yo, en tu lugar, habría hecho lo mismo. He hablado con el agente que te ha detenido. La ley le obligaba a detenerte, pero también él me ha confesado que habría hecho lo mismo. Un gilipollas riéndose a la cara del asesinato de tu abuelo.

—Cientos de gilipollas, ministro, homenajean, semana sí, semana también, a los asesinos y ustedes no hacen nada por evitarlo. Es difícil hacer política aquí, ¿eh? —Julia resopla y mira por la ventana cuando dice «aquí», como si quisiera englobar con la mirada la ciudad entera, desde la playa de la Zurriola hasta la playa de Ondarreta.

—Es muy difícil, claro que es muy difícil. El Gobierno anterior, que tanto defendió tu periódico, tampoco impedía esos homenajes. La línea entre la libertad de expresión y el enaltecimiento del terrorismo es muy delgada cuando se estudian las cosas con cierta frialdad. ¿Están homenajeando lo que hicieron o están pidiendo que los terroristas..., los asesinos, sí, sí, los asesinos —añade rápido el término cuando ve la cara de desprecio de Julia— puedan regresar a cárceles donde estén más cerca de sus familias? ¿Qué culpa tiene la

madre del tipo que asesinó a tu...? ¿Qué culpa tienen las madres y los padres de lo que hicieron sus hijos? Pero no estamos aquí para hablar de filosofía política, Mendieta. Tampoco para perfeccionar el Estado de derecho. —El ministro Olmedo saca un pañuelo de tela blanco y se seca el sudor de la frente.

—Tiene razón, ministro. No estamos aquí para eso.

—Tutéame, por favor, Julia.

—¿Qué quiere?

—Nada, mujer, nada. Solo es que te veo muy lanzada contra nosotros en las tertulias. El otro día te cobraste con aquel artículo la cabeza del ministro de Fomento... Y te veo también muy lanzada defendiendo a tu director. Quería avisarte de que te estás subiendo al barco equivocado. Pronto, Rivas habrá caído. Y tú, tan joven y con tanto talento...

—Si está aquí, es porque cree que el Gobierno quizá no sobreviva a lo que estamos publicando. Si no, no se habría tomado la molestia. —Julia, ahora sí, se sienta frente a Olmedo y lo mira a los ojos.

—¿Por qué lo tienes tan claro, Mendieta?

—Es una intuición. No, ministro, no tengo ni idea de por dónde van a ir las próximas informaciones. Además, como sueño con ser una de esas periodistas de las películas americanas, si lo supiera, no se lo diría.

—No soy tan burdo, Mendieta, por favor. ¿Qué estabas pensando? ¿Que iba a pedirte los titulares pendientes de publicarse a cambio de sacarte rápido de aquí? ¿Pensabas que te lo iba a pedir a cambio de sacar a tu padre del calabozo? No somos tan malos como nos dibujáis. —Olmedo da una larga calada y exhala el humo hacia el techo.

—Entonces, ¿qué quiere?

—Toma mi tarjeta. Ahí está mi teléfono personal. Si cambias de opinión, si un día quieres tomar un café, me escribes. —Olmedo pone la tarjeta sobre la mesa. Se contraría al no encontrar un cenicero. Tira el cigarro al suelo y lo apaga con la punta del zapato —. Puedes marcharte. En un rato soltarán a tu padre.

—Gracias y *agur,* ministro.

—¡Ah, Mendieta! —le dice cuando ella ya está en el marco de la puerta—. Una tontería: esa investigación que estás haciendo con el ancianito alemán tiene muy buena pinta. A mí también me gustan las novelas históricas, ¿sabes? He pensado en ti estos días, en los nervios que tienes que estar pasando. Lo de la competencia entre periódicos y todo eso. Sería una pena que los de *El Adelanto* te pisaran la exclusiva, ¿no? Mucha suerte.

Julia se detiene unos segundos en el umbral de la puerta. Duda si girarse, pero se niega a mostrarle al ministro lo que quiere ver. Lo siente de pronto, como un chispazo: la vulnerabilidad va desnudando cada centímetro de su piel. Está desnuda, pero de espaldas.

XX

—Señorita, he estado pensando y... El otro día no completamos bien esos papeles que nos dieron. Si lo hacemos, mejor hacerlo bien, ¿no? Deberíamos ser algo más organizados, más estructurados. Ni siquiera me preguntó usted mi fecha de nacimiento.

Julia está muy cansada. Se ha mareado en el avión. Pensaba, como por la noche a cada rato, en las gotas de sangre que caían de la nariz de su padre. En la mezcla de miedo y tristeza que divisó en la cara de su madre al llegar a casa. Una noche sin dormir para alguien que ha estado muchas noches sin dormir, pero que al fin había conciliado el sueño, es aterradora. Es el principio de un abismo. Ha amanecido con mucho sol en Madrid, pero ella no ha conseguido trascender ese universo oscuro al salir a la calle. Tampoco al estar frente a Hafner. Julia experimenta cierta ansiedad porque, incluso en sus peores momentos, las entrevistas y los directos la habían sacado del ensimismamiento, de sus pensamientos en bucle. Alguna vez pensó que, el día que eso no sucediera, regresaría a la sesión diaria de psicólogo.

Al contrario que en otras ocasiones, no es solo su pasado lo que la inquieta, sino la amenaza velada del ministro. Julia ha llegado a Los Abedules girándose continuamente hacia atrás, escudriñando cada pasillo. Ha respirado hondo al contemplar a Hafner esperándola solo en el patio. Le atenaza el temor a que Interior filtre a sus amigos de *El Adelanto* la existencia de Gustav Hafner. Se ha imaginado a Adánez sentado con él. No haber dormido le enturbia las ideas; los

miedos toman carne y parecen tan reales como las plantas que adornan el patio. No sabe cómo se han enterado en el ministerio. *¿Me han estado siguiendo?* Todo eso da vueltas en su cabeza mientras intenta discurrir la mejor manera de poner a grabar el móvil de nuevo sin que Hafner se dé cuenta.

—Señorita, ¿no es mejor que se vaya a casa? Tiene mala cara, como si no hubiera dormido en toda la noche. No pierda de vista que esto es voluntario.

—He dormido mal, señor Leibniz, eso es todo. ¿Usted no duerme mal nunca?

—Duermo muy bien. No es frecuente a mi edad, pero duermo muy bien. Lo que pasa es que esto no funciona, la conversación no avanza. —Hafner se desespera. Se inclina hacia delante lo suficiente como para alcanzar con sus manos las rodillas de Julia y quitarle los papeles.

—Venga, vamos allá.

—Puede hacer lo que quiera, pero esto no es un trabajo. Me parece excesivo. Me parece... demasiado.

—Sigamos. Solo me ha costado un poco despejarme. Es eso.

—Última oportunidad. Adelante. —Hafner vuelve a inclinarse para devolverle los papeles. Julia activa la grabadora y apoya el teléfono en la mesilla de plástico auxiliar donde el personal de la residencia ha colocado, como suele, una jarra de agua y un par de vasos—. Le decía que no estructuramos bien la charla el otro día. Podríamos empezar con el nacimiento.

—¿Cuándo nació usted?

Ante el asombro de Hafner, Julia se bebe de un trago el vaso de agua tras lanzar la pregunta. Está algo mareada. No consigue conectar con la realidad. Se le aparece con nitidez el rostro de Igor, el hombre que salió en su ayuda durante la manifestación, uno de

los terroristas que participaron en el asesinato del abuelo. No sabía que había salido de la cárcel. Le sorprendió la familiaridad con la que se trataron su padre y él. Por la noche, en casa, su madre le confirmó lo que ya intuía: en realidad, se habían visto tres o cuatro veces, no una, y su padre estaba esperando el momento para contárselo. La utilizó a ella, a la *ama,* como embajadora para allanar el terreno con aquella llamada.

María le pidió a Julia que no le recriminara a su padre esos encuentros antes de regresar a Madrid. La ha abrazado con fuerza de madrugada en el aeropuerto y se ha despedido agradeciéndoselo. Por culpa de las lágrimas, Julia no ha podido contarle que, por primera vez, no ha sentido la necesidad de atacar a su padre. «Con lo contenta que se habría puesto».

—Apunte, apunte: nací el 26 de diciembre de 1916 en Berlín.

—Apuntado... El otro día sí fuimos en orden, aunque a usted le parezca «desestructurado». Porque supe lo del fallecimiento de su hermano siendo casi un bebé, me habló de la relación de sus padres, de la sastrería, de ese Berlín tan bonito que desapareció bajo los bombardeos de la guerra... Háble me de usted, de su infancia.

—Uno no sabe casi nada de su infancia. No sabemos nada de los dos momentos más importantes de nuestra vida: el nacimiento y la muerte. Esa pregunta tan típica, ¿cuál es su primer recuerdo?, nunca funciona, es una idiotez. Porque la respuesta va cambiando, depende de cuándo se piense. La pregunta debería ser: ¿cuál es la primera rutina que recuerda? —Julia intenta motivarse concienciándose del cambio que ha operado en Hafner. Las barreras que levantó al principio han volado por los aires en apenas un par de conversaciones. Se acuerda de lo que le ha dicho la psicóloga de la residencia, a la que se ha cruzado al llegar esta mañana: «Cuando

un hombre que no habla nunca empieza a hablar... Puede ser como un huracán. Anda con cuidado».

—¿Y cuál es la primera rutina que recuerda, señor Leibniz?

—Mis padres y yo, en la cocina, los domingos, desayunando pan con mantequilla y mermelada. Ellos, café con leche. Yo, un vaso de leche. El café era de cebada. Todavía costaba encontrar el café convencional por culpa de la primera de las guerras mundiales, que acababa de terminar. Recuerde, señorita Julia, estamos en el Berlín de los años veinte. Me acuerdo de mis padres cuando tomo café, ¿sabe? Sé que lo que le digo es sentimental, impropio de un hombre viejo como yo. Pero esa es la primera rutina que recuerdo. —Hafner habla del humo de la cafetera, alza las manos como si le rezara a algún dios. Julia se queda embobada mirando esas manos blanquecinas serpenteadas por venas verdes. *¿O son azules? El otro día me parecieron azules*.

—Iría usted al colegio, supongo.

—Por supuesto que iba a la escuela. Mis padres eran muy duros. Me hacían estudiar mucho. Me obligaban a leer, a resolver problemas más complejos de los que me tocaba. Esa Alemania era así. Era una Alemania derrotada. Los padres reaccionaban a la derrota de la Gran Guerra preparando a sus hijos para una victoria. A veces pienso que era una educación de revancha. Parecía que estudiábamos contra alguien. Contra los franceses, los ingleses, no lo sé. Y esa educación, quizá, solo quizá, en algunos aspectos, era mejor que la de hoy. Creo que el niño necesita la competición para formarse. ¿Usted qué piensa? —Hafner se cruza de brazos.

—No importa lo que yo piense, señor Leibniz.

—Ya lo creo que importa. Esto es una conversación, señorita Julia, no una entrevista.

—Sí, pero... —Julia se muerde las uñas al escuchar la palabra *entrevista*—. Es mejor que hable usted, señor Leibniz. Tenga en cuenta que este voluntariado está pensado para que usted «mejore». Y la gente de la residencia dice que usted no habla.

—¡No hablo con ellos! —Hafner levanta el dedo índice—. Igual que usted, supongo, no hablará con otra gente... —Baja la voz al darse cuenta del tono.

—Me refiero a que, si lo ven a usted hablar, pensarán que estas conversaciones sirven para algo. Y nos seguirán poniendo facilidades.

—Facilidades, ya.

—Bueno, llámelo como usted quiera.

—¿Qué se cree? ¿Que no me he fijado en que se marcha cuando va a llegar mi hija?

—Hombre, no es exactamente así.

—Es exactamente así, señorita Julia. Y lo comprendo. Mi hija Amelia es muy celosa de nuestra intimidad. Pero yo no tengo nada que esconder. A estas alturas, ¿qué importa todo? El pasado de un hombre solo influye en su presente cuando su desempeño influye a su vez en la sociedad. Casi ningún viejo influye en la sociedad. Los niños, los borrachos y los viejos decimos la verdad porque nuestra verdad no le importa a nadie. No le afecta a nadie.

—No estoy de acuerdo, señor Leibniz. Pero eso tampoco importa. ¿No sería mejor que volviéramos al relato de los hechos?

—Parece usted policía.

—A veces.

—Tiene usted suerte esta mañana.

—¿Por qué?

—Mi hija no va a venir porque tiene que hacer «papeleo».

Hafner imita el acento español. Sonríe y Julia también lo hace. Es el primer signo claro de complicidad entre los dos. Cuando Julia piensa en esto, aparta la mirada de los ojos del alemán. Es la misma prevención absurda de todos los días. Necesita ganarse su confianza, pero hay algo en ella que la obliga a levantar una frontera frente a la cordialidad: el miedo a una empatía verdadera.

—Estábamos hablando del colegio. —Julia pulsa la pantalla del teléfono para comprobar que está grabando. Lo ha colocado muy cerca de la jarra de agua fría para que un aumento de temperatura no pueda apagarlo.

—La parte deportiva era la más cruel. En la educación física, la competición nos animaba a la pelea. Con once o doce años, nos golpeábamos sin dudar si eso nos facilitaba puntuar más alto. Era una educación salvaje. Demasiado salvaje. Creo que eso no fue bueno. He conocido muchos hombres incapaces de contener la ira.

—¿Usted es capaz de contener la ira?

—Soy una persona muy cerebral, señorita Julia. Por eso acabé en el ejército.

—¿Es usted militar? —Julia se coloca más cerca de Hafner, con los codos sobre las rodillas. Procura disimular que conocía ese dato; el único que encontró en la hemeroteca.

—Hoy, en Occidente, es una profesión como otra cualquiera. Antes, es cierto, tenía otro prestigio. Porque había guerras y los países se atacaban unos a otros. ¿Usted conoce el mapa de la Europa de 1916, cuando yo nací? No se parece en nada al de 1940, ni al de 1950, ni por supuesto al de la Europa de hoy. Se me ha olvidado decirle, señorita Julia, que muchos niños, muchísimos niños, soñábamos con ser militares. Los libros, las películas, los conciertos, los juguetes... Todo era militar. Nos soñábamos como el

gran canciller Bismarck, como generales al frente de un ejército que hacía nuestro país más grande.

—Bismarck, el fundador de Alemania, ¿no? —Apunta el dato para halagar a Hafner. Ya sabe de sobra que es un hombre al que le halaga el conocimiento.

—Exacto. Pero ese rasgo no era solo propio de los alemanes... ¿Ha leído las memorias del general De Gaulle? También era un niño que se soñaba como un general al frente de su país. ¿Le interesa a usted la historia?

—Mucho, señor Leibniz. —Julia lleva una ele pequeñita dibujada en la palma de la mano derecha para recordar que debe llamarle Leibniz y no Hafner.

—Pues debe usted saber que Bismarck y el Segundo Reich, la gran Alemania que nació en 1871 y que desapareció con la Gran Guerra, es lo verdaderamente importante. Ese fue el momento en que cambió la historia. La manera en que nació ese imperio y la manera en que desapareció... Eso lo explica todo. —Hafner pide a Julia que le sirva un poco de agua.

—¿A qué se refiere exactamente? —pregunta mientras llena el vaso que sostiene Hafner con mano firme. Se propone anotar justo después que la firmeza de sus manos es la firmeza de su voz.

—Eso nos llevaría a un terreno abstracto. *Difunminado*. Se dice así, ¿verdad?

—Difuminado.

—Eso, difuminado. Y usted quiere hablar de hechos. Pero se lo resumiré con una frase para que pueda comprenderlo: la moral de victoria nace de la derrota.

—Es una frase hecha.

—Pero es verdad. Bueno, sigamos, señorita Julia... —Conforme avanza el relato, Julia consigue sosegarse y despejarse. Las palabras

de Hafner camino de la grabadora son su salvavidas—. Entenderá usted que debamos detenernos en 1933.

—La llegada de Hitler al poder.

—*Hitla* —corrige Hafner pronunciando de manera distinta. Julia lo ha dicho acabado en -er. Y Hafner la ha corregido acabando la palabra en a y sin pronunciar la erre—. 1933, efectivamente, la «llegada al poder», como dice usted. Me sorprende que conozca la fecha, no la voy a engañar. La mayoría de los españoles no la conoce. Los españoles son muy pesados con su guerra, ya se lo dije. Aquí, en la residencia, hay tres o cuatro que la ganaron. Y están todo el día con la guerra.

—Es normal, ¿no? Quienes ganan una guerra tienen muchas ganas de contarla.

—¿A usted le interesa la guerra de 1936?

—Me interesan las guerras en general, señor Leibniz.

—¿Y la suya en particular? Conozco bien su guerra. Estuve en esa guerra. Es más mía que suya. Yo la gané. Nosotros la ganamos.

—¿Estuvo en... nuestra guerra? —A Julia se le enciende el reportaje en las entrañas más que en la cabeza.

—Ya lo creo. Nos divertiremos, señorita Julia, nos divertiremos... Ya verá usted cuántas mentiras ha aprendido sobre las guerras. Sobre «nuestra guerra» —remarca las últimas palabras.

—Me da la sensación de que las guerras se hacen con mentiras...

—Para defender verdades. Pero no nos adelantemos. Vayamos a 1933.

—Vamos allá, permítame que me ponga cómoda.

Julia cruza las piernas y se acurruca en la silla. El sol se ha sumergido en una enorme gasa gris y eso hace que no sude tanto. Le sorprende no ver una sola gota en la frente de Hafner, que lleva puesta su camisa de manga larga habitual y el chaquetón colgado

de los hombros. El bochorno aprieta las sienes y genera una sensación de presión. Se asoma una gerocultora y pregunta a la periodista y al alemán si se encuentran bien. Julia ve en su cara la sorpresa ante lo larga que está siendo la conversación.

—Yo tenía dieciséis o diecisiete años, una edad suficiente para recordar, pero escasa para comprender. A los jóvenes, «chavales», que dicen ustedes, no nos interesaba la política, pero notábamos que algo estaba pasando. Yo lo veía en la sastrería, donde de la noche a la mañana todo era política. La gente hablaba con pasión, también con algo de violencia. Mi madre tuvo que empezar a ayudar a mi padre porque muchos clientes querían encontrar los brazaletes del partido. Supongo que ya los habrá visto usted en las películas. Rojos, con el círculo blanco. Al principio, los vendían en las sedes del partido. Luego los regalaban. Pero hubo un momento en que todo el mundo los quería y no había suficientes. A mi padre se le ocurrió venderlos en la sastrería. Mi madre estaba todo el día cosiendo. Llegaba a casa y la encontraba en la mesa de la cocina, junto a la máquina. Había sobre las sillas unas telas rojas muy grandes. Cuando se acababan, iba yo a casa del señor Brauer a por más tela. No se lo creerá, pero el señor Brauer era judío. Sí, sí, judío. Y durante un tiempo hizo mucho negocio con las telas. Hasta que se fue y la tienda pasó al señor Thomas.

»Por primera vez, veía en las calles un ambiente de entusiasmo, de alegría. Había desfiles como el de la foto que le mostré. Cantábamos canciones, se organizaban competiciones deportivas en los barrios de la ciudad. Berlín, como dicen los escritores de París, era una fiesta. Una fiesta un poco rara porque esa alegría sobresalía sobre algunas revueltas nocturnas... Peleas entre las unidades militarizadas de los distintos partidos. Sobre todo, las nuestras y las de los comunistas. No es que los alemanes fuéramos más ricos que

antes, seguíamos siendo mucho más pobres, pero éramos más alegres. Poco a poco, pero muy rápidamente para lo que suele ser la historia, con Hitler en el poder se iban reduciendo las diferencias entre los ricos y los pobres. La desigualdad es la pólvora de las sociedades. Y había, señorita, menos desigualdad que nunca. No todos estaban conformes con el partido. —Hafner, ha comprobado Julia, siempre dice «el partido» para referirse al nacionalsocialismo —. A mis padres, por ejemplo, los recuerdo indiferentes. A mi padre, por lo general, le molestaban las ideas que hacían ruido. Por eso siempre detestó a los comunistas. Mi madre decía que se nos estaba poniendo «cara de guerra». ¿Sabe que en las elecciones que ganó el partido muchos de los votos llegaron por miedo al comunismo? Eso no se lo habían contado, claro. El pequeño detalle de cómo el partido fue creciendo democráticamente y ganando las elecciones se les suele olvidar a ustedes.

»La República de Weimar, la "democracia" que teníamos, era un desastre. Eso también explica lo que yo pensaba y lo que pensaba una inmensa mayoría. Era un gobierno corrupto, de clases pudientes, de gente que se enriquecía a costa de los demás, una república donde los judíos mandaban mucho, muchísimo. El país se desmoronaba. Eso tampoco lo sabía, ¿verdad? Era una democracia agotada que tenía que terminar. Ni se controlaba el orden, ni crecía la economía ni se paliaba la desigualdad... ¿Dónde iba? —Julia no contesta. Es la primera vez que oye a Hafner hablar sin tapujos de los judíos—. Señorita, Julia, ¿dónde iba? Ah, sí. Mi madre decía que se nos estaba poniendo «cara de guerra». Y acertó. Aunque en mi casa no eran del partido, yo sí que me afilié. Tenía un par de amigos en el colegio que lo eran. Luego lo fueron todos. Quien se hacía del partido cambiaba su forma de vestir, su forma de hablar. Hasta su forma de andar. Sí, usted pone cara de extrañeza. ¿Unos chavales

del partido? El partido era una casa abierta en la que resultaba muy fácil entrar. Ibas, te apuntabas... No siempre fue así. Hitler, eso lo supe después, fue muy inteligente. Al salir de la cárcel, durante cierto tiempo, limitó las afiliaciones. Era algo exclusivo. Una vez oí que solo un miembro de cada familia podía hacerse del partido. Fue inteligente porque, así, consiguió que todos quisieran ser del partido.

»El partido era como una ola que iba absorbiéndolo todo. En las tiendas, símbolos del partido. En los campos de fútbol, símbolos del partido. En los cines, símbolos del partido. En la radio, discursos del partido. Mis padres, que tanto escuchaban la radio, dejaron de hacerlo porque solo aparecían las cosas del partido y del doctor Goebbels. ¿Conoce usted al doctor Goebbels? El ministro de Propaganda. —Julia asiente—. Veo que sí. Bien, sigamos.

»Hubo un momento en que mis padres dejaron de vigilarme. Al principio, mi padre me pegó un bofetón cuando se enteró de que, junto a unos amigos, había apedreado el escaparate de la señora Gebhard. Lo hice porque estaba seguro de que era comunista. Eso nos habían dicho. No recuerdo quién. Ella siempre lo negó. Fue a quejarse a la sastrería y mi padre reaccionó pegándome un bofetón. ¿Sabe una cosa? Días después, cuando arreglaron el escaparate, la señora Gebhard lo adornó con la simbología del partido. No me mire así, señorita Julia. No estuvo bien, le doy la razón, pero fue, como dicen ustedes, "una cosa de chiquillos". Y no, nadie nos lo pidió en el partido ni nos premió por ello.

»Mi padre se rindió pronto. Mi madre se rindió porque lo hizo mi padre. En el fondo, aunque jamás lo reconocieron, el partido les daba tranquilidad. Porque el partido nos sacaba a los chavales de la calle. Sabían dónde estábamos en cada momento: en la sede de la organización, en una competición deportiva, en un desfile, en una excursión... Y eso es lo más importante para unos padres, saber

dónde está su hijo. Las calles de Berlín habían sido muy inseguras hasta hacía poco. Con ser del partido, todo se volvía seguro. Incluso para quienes no lo eran, si no se oponían frontalmente a él, también eran seguras las calles. Ser del partido no requería en los adultos el entusiasmo de la juventud. No se imagine el nacimiento repentino, ¿se dice *repentino?,* de un Berlín de fanáticos. Usted viene aquí a hacer eso que llaman "voluntariado". Sus padres habrán dedicado tiempo alguna vez a cosas como la Cruz Roja, ¿no? O a Cáritas. Yo he donado dinero a Cáritas muchas veces. También a la Asociación Española contra el Cáncer. Ser del partido era lo mismo. Había que dedicar un rato los viernes por la tarde y otro los sábados por la mañana. Los más ambiciosos políticamente estaban todo el día metidos en cosas del partido, pero la gente normal, como la presumo a usted, como los amigos de mis padres, no le dedicaban demasiado tiempo. Vivían como antes de 1933, pero más tranquilos, con más dinero, con más confianza en su país. Con más orgullo.

»Las cosas, se lo he dicho antes, iban mucho más rápido. La Historia se aceleró. Eso solo se puede saber con una perspectiva de cuarenta o cincuenta años. Pero tenga claro que, en ese momento, la historia se aceleró. El partido lo iba absorbiendo todo. Las asociaciones profesionales, los ¿gremios?, los puestos importantes de las empresas... Todos correspondían a alguno de sus miembros. ¿No lo comprende? ¡Es muy sencillo! Piense en una ciudad pequeña, por ejemplo, la suya, San Sebastián. Allí, supongo, existe un cuerpo de policía local. Un buen día, esa policía local, por orden del Gobierno, se integró en las SS. Todos los agentes de esa policía local, miembros o no del partido, ya eran del partido. ¿Lo ve? Después, hubo una segunda fase, digamos, de afiliaciones. O quizá fue a la vez. Iba todo tan rápido... Tras los entusiastas, o al mismo tiempo que ellos, se fueron afiliando todos esos que lo hacían para

conseguir un trabajo, para conservarlo, para captar clientes... ¿Sabe, señorita Julia? La mayor parte de quienes no se afiliaron en los años treinta... fue para no pagar la cuota mensual de sesenta céntimos. Déjeme, déjeme, no pregunte ahora porque puedo perder el hilo de lo que le estoy contando.

»Usted pensará, y tiene razón, que me hice muy pronto del partido porque no tenía capacidad de entender sus propuestas políticas. Es cierto. Para cuando tuve edad de hacerlo, era tan del partido que nunca me detuve a pensar si había otras organizaciones más convenientes. Para cuando tuve esa edad, además, ya no había otros partidos. Le digo estas cosas porque ustedes, me refiero a quienes no habían nacido, suelen simplificar mucho las cosas. Me dice que quiere usted saber, señorita Julia, cuáles fueron entonces las cosas que me hicieron enamorarme del partido. Quizá el verbo que usted ha elegido sea demasiado. El amor es algo mucho más fuerte. Le diría que fueron la alegría, el entusiasmo y la fuerza con la que se defendía a Alemania. Hitler llegó en el momento exacto. Recuerdo el día que lo hicieron canciller. Nevaba en Berlín, y pienso que la nieve es una metáfora perfecta. Iba enterrando esas cosas que los alemanes queríamos olvidar y, sobre ese manto blanco, sobre esa cobertura por estrenar que alfombraba la ciudad, empezaban a verse las pisadas de un tiempo nuevo. Todo se inauguraba, todo empezaba. Para explicárselo a mi hija, le pedí que recordara la ilusión al abrir los regalos de Navidad. Era esa ilusión al ver las imágenes en el cine, al estrenar los uniformes, al desfilar por primera vez, al aprender las nuevas canciones. Le contaré algo. Una "anécdota", como dice usted.

»Había llegado yo con una caja de brazaletes a la sastrería. Se había formado una tertulia. Entré sin hacer ruido y me quedé en una esquina, escuchando. Mi padre, como se puede usted imaginar por

lo que le he contado, no defendía al partido. Tampoco lo criticaba. Mi padre era muy precavido. La gente que trabaja de cara al público suele serlo. Pero uno de sus íntimos amigos, cuando algunos se quejaron de que quienes protagonizaban las grandes acciones del partido eran bruscos, incultos, problemáticos y violentos, respondió: "Por eso tenemos que afiliarnos nosotros. Por eso tienen que afiliarse nuestros hijos. Debemos introducir el pensamiento en una causa noble. Debemos aburguesar el partido". Era verdad. Poco a poco, los grandes escritores, los grandes abogados, los grandes músicos, los profesores, los catedráticos... se fueron haciendo del partido. Y el partido tuvo otra imagen. Ya no eran cuatro locos violentos que quemaban edificios del Partido Comunista. Lo normal en aquel tiempo era dejarse seducir, y no al revés.

»Si usted hubiera nacido en 1916, señorita Julia, también habría sido del partido. No, no niegue con la cabeza. Es cierto que podría no haberlo sido, pero porcentualmente son muy pocas las opciones de que eso hubiera ocurrido. No voy a hacer comparaciones con lo que sucedió en su país porque no tiene nada que ver y porque me parecería un atrevimiento. Aunque le adelantaré algo: creo que yo conocí la guerra española mucho mejor que esos "compañeros" de residencia de los que le he hablado antes. No nos precipitemos. Todo a su tiempo, todo a su tiempo... Pero ahí, con la guerra de 1936, empezó mi relación con España, así conocí a mi mujer... ¿Sabe? Hay algo que no terminan de entender quienes no han vivido una guerra. Y yo lo comprendo. A mí me ocurriría lo mismo. Son incapaces de comprender que, en esa tragedia que son las guerras, suceden cosas... ¿cómo decirlo? Encendidas. ¿No me entiende? ¿Cómo se dice? *Luminosas,* eso, luminosas. Cosas inolvidables, cosas... bonitas. Sí, se puede decir que bonitas. Algunos de los mejores momentos de mi vida llegaron con la guerra.

Hafner toma aire. Lo hace ostensiblemente. No ha hablado rápido, pero ha hablado mucho. Se ha cansado. Julia ve cómo entrelaza las manos, cómo las apoya en su regazo. Se queda con la mirada fija en la fuente.

—Señor Leibniz, mientras usted coge energía... Me llama la atención su forma de contar el pasado. Es como si se lo hubiera contado a usted mismo muchas veces. —Julia detiene la grabación, guarda el archivo como «Hafner-1», y activa una nueva toma—. Parece un discurso preparado, escrito con antelación.

—Me he contado mi pasado muchas veces. ¿Usted no se cuenta a sí misma las cosas que echa de menos?

—Sí, sí...

Como un fogonazo, se le aparece el rostro de su abuelo. Distingue los pequeños pelos blancos de la barba antes del afeitado. Las dos marcas granates en la nariz que le dejaban las gafas después de leer. El mar de arrugas en el entrecejo cuando le lanzaba alguna pregunta. El mechón de pelo cayendo sobre la frente. Si presta especial atención, como ahora, puede verse a ella misma, siendo niña, reflejada en sus pupilas.

—Señorita Julia, hay algo en usted... Cuando parece que se queda en blanco, no es así. Está perdida en algún dolor, en algún pasado. Es muy joven para tener un pasado con esa fuerza... —Julia no le está escuchando—. ¡Oigan, oigan! ¿No saben que es de mala educación interrumpir una conversación privada?

—Señor Leibniz, tendría usted que darnos las gracias. ¿Sabe qué hora es? —Aparece una de las gerocultoras empujando un carro que carga otra jarra de agua y lo que parecen varios platos de comida. Julia logra despegarse del pensamiento de su abuelo al escuchar las ruedas del carro. Lo hace con sobresalto. Cree que han venido a avisarla de la cercanía de la hija de Hafner—. Claro que no sabe qué

hora es, señor Leibniz, porque ha estado tan a gusto que no ha mirado el reloj. ¡Son casi las dos de la tarde! Y como usted es tan metódico, sí que sabrá responderme a esta pregunta: ¿a qué hora se come aquí? —Hafner mira con desprecio a la trabajadora de Los Abedules, que continúa hablando ante el silencio del alemán—. A las doce y media. Como muy tarde, come usted a la una. Pero hemos hecho una excepción porque lo hemos visto disfrutando de la conversación. Así que, para celebrarlo, les hemos traído aquí algo de picar.

—Le voy a explicar algo —se dirige a la gerocultora con mucha vehemencia, más incluso que la que le propinó a Julia el primer día —. En esta residencia tratan a los ancianos como a niños. Y eso es una falta de respeto. Se lo diré muy españolamente: puede llevarse la comida por donde la ha traído.

—Pues fíjese que yo tengo bastante hambre, señor Leibniz. Creo que nos viene de maravilla —tercia Julia—. Además, si podemos comer aquí, es una excusa para seguir charlando.

—Si la señorita Julia lo desea, deje eso ahí, pero márchese, por favor. ¿Por dónde íbamos?

—Adiós, muchas gracias. Hemos hablado de su afiliación al partido, del partido en general... pero no me ha contado cómo y por qué acabó en el ejército.

Julia se estira en la silla casi como si se estuviera despertando de la siesta. Tiene los brazos agarrotados, las piernas agarrotadas. Le duele un poco menos la cabeza, como si realmente hubiera dormido. Se pide un esfuerzo más antes de ir a casa a descansar, aunque se promete pasar antes por el hospital para ver la evolución de Ramón. ¿Le podrá contar lo que está escuchando ahora? ¿Realmente Ramón podrá escucharla a ella? ¿Qué hay en toda esta historia del alemán que le permite al librero agarrarse a la vida?

—No es tan difícil. No, no es tan difícil. Con todo lo que le he contado, debería ser capaz de deducir por qué ingresé en el ejército.

Hafner levanta el plato que cubre la ensaladera y comprueba con sorpresa que tiene jamón y queso. Julia detecta esa sorpresa en las cejas del alemán, que come de un bocado una loncha de jamón.

—Señor Leibniz, con cuidado, por favor... —Le vienen a la cabeza esas noticias que se publican en el periódico de vez en cuando: «Un anciano muere tras atragantarse con el jamón en una comida familiar».

—¿No ha escuchado lo que he dicho hace un minuto? No me trate como a un impedido. Usted no sería capaz de ganarme un pulso; sea usted la que tenga cuidado.

—Mire, señor Leibniz, si tiene alguna queja, me lo dice con educación. Si no, aquí se queda. No tengo por qué aguantar su mal genio. —Ya son varias horas de charla como para que Julia se amilane. Su brusquedad surte efecto en el alemán, que tiende el plato de jamón y queso a la periodista.

—Compréndalo, señorita Julia. Llevo casi cien años comiendo... Es una experiencia suficiente como para que me deje hacerlo solo, ¿no?

—También lleva casi cien años hablando como para saber qué es la buena educación.

—Dice usted bien, dice usted bien... Me gusta su fuerza. Pero no se olvide de lo que le he dicho: posee un pasado demasiado profundo para ser tan joven. Creo que su fuerza tiene que ver con ese pasado... Oh, no, no. No me diga nada. Prefiero averiguarlo. Ya lo verá, señorita Julia, ya lo verá... Lo averiguaré.

Hafner come un trozo de queso y se queda con otro en la mano. Después, hace un gesto de súplica, muy reverencioso, para que Julia le sirva agua.

—Mire lo que hemos conseguido hablando exclusivamente de usted. Nos han traído incluso la comida y hemos infringido las normas de la residencia. —Julia coloca los platos en el carro y rechaza las continuas invitaciones de Hafner—. Sigamos.

—¿No ha dicho que tenía hambre? ¡Ha dicho que tenía hambre! A usted no hay quien la entienda. Bueno, no importa. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Infringir las normas es un buen punto de partida. Yo jamás habría aceptado ¿infringir?, ¿se pronuncia así? Jamás habría infringido —lo pronuncia con dificultad— las normas de esta residencia si las hubiera jurado. Nosotros ganamos la guerra para Franco y todos esos generales... pero nunca me fie de ellos. Franco y sus compañeros incumplieron su juramento. Traicionaron a la República. Probablemente, tendrían sus motivos. Para nosotros, el anticomunismo fue suficiente para apoyarlos, pero... incumplieron un juramento. Creo que yo jamás lo habría hecho.

—¿Cómo fue su juramento, señor Leibniz?

—Muy emocionante. Fue en Der Pariser Platz, la plaza de París. La conocerá usted...

—Ya le dije que no he estado nunca en Berlín.

—¡Cómo es posible que no conozca Der Pariser Platz! Aunque sea por fotografía: Die Brandenburger Tor.

—¿Disculpe?

—¡La Puerta de Brandenburgo!

—Haber empezado por ahí. Con la cuadriga de caballos encima, la conozco. —Julia intenta divisar interiormente esa foto tan típica de los folletos turísticos, pero no puede. La imagen que acude a su cabeza con incomodísima frecuencia es la de Igor acercándosele en la manifestación. La cara recortada de Igor, proyectada sobre un fondo oscuro. *¿Cuándo salió de la cárcel? ¿Cómo consiguió acercarse*

al aita? ¿Cómo puedo encontrarlo yo ahora? La prescripción, ¿cuántos días faltan exactamente?

—Bien. Es un sitio emblemático de la ciudad. La construyó Federico Guillermo II, rey de Prusia, tras ganar una batalla en Holanda. Debió de ser a finales del siglo XVIII. Tenía una función muy clara: era la puerta de la ciudad por la que se salía en dirección a Brandenburgo. Luego vinieron los cambios... ¿Sabía que esa cuadriga de caballos que ha mencionado usted se la llevó Napoleón a Francia? Nadie habla hoy de los crímenes de Napoleón... ¿No le parece? Ya veo que esta mañana está usted menos habladora, señorita Julia. Sigamos.

»La Puerta de Brandenburgo fue muy importante para el partido. Allí se desfilaba y se cantaba con bastante frecuencia. Fue, por ejemplo, un lugar clave en la ceremonia de los Juegos Olímpicos de 1936. Podrá encontrar usted en internet algunas fotografías preciosas... Eran esos días en que la frontera entre el partido y el ejército se había... *difuminado*. ¿Ha visto? Aprendo rápido. Difuminado. Yo llegué al ejército a través del partido, pero creo que, si no hubiera existido el partido, también habría ingresado en el ejército. Como le he dicho, los niños queríamos formar parte de un ejército fuerte que defendiera Alemania, igual que los niños de hoy quieren ser futbolistas. No, no ponga esa cara. Si quiere entenderlo, debe comprender que las cosas sucedían así. Era nuestro sueño de caballerías. Ustedes también tienen el suyo, el *Quijote*. Pero es un sueño ingenuo, loco y desorganizado. Eligen mal. Podrían fijarse en el *Cantar de Mio Cid,* pero prefieren el *Quijote*. Yo, señorita Julia, me quedo con *El cantar de los nibelungos*. Pero, bueno, no es momento de hablar de literatura. Además, en aquel tiempo, yo no había leído demasiado. Sí leía más que mis compañeros, pero no tanto como hoy me hubiera gustado. Aunque, como ve, recuperé el tiempo

perdido. La clandestinidad tiene sus ventajas... Algún día le contaré eso.

»Cuando le dije a mi padre que quería ingresar en el ejército, no le sorprendió. Sí se sorprendió cuando le conté lo del partido, pero no cuando le dije: "Padre, quiero entrar en el ejército". No opuso resistencia. Al revés, mostró orgullo. Incluso en esos tiempos en que ejército y partido eran lo mismo, la mayoría de los alemanes apoyaban al ejército. Creyó incluso que el ejército me moderaría. Quizá ocurriera, puede ser que ocurriera... A mi casa llegó la tranquilidad cuando mi uniforme del partido cambió por el del ejército, pero mi madre se preocupó mucho cuando les dije que sería aviador. No, no es que yo tuviera especial interés, pero... El día que yo llegué, el ejército necesitaba aviadores. Empezamos a practicar. Practicábamos mucho. Aunque mi familia, por sus relaciones, tenía cierto carácter burgués, apenas habíamos viajado. Solo conocía Berlín. También un poco sus alrededores gracias a las excursiones del partido. Un día estuve en Múnich, donde todo comenzó... La revuelta de Hitler en la cervecería... Ya sabe cómo acabó aquello. Yo no creo en Dios, pero sí pienso que las cosas tienen un porqué. Sin ese fracaso, Hitler nunca se habría convertido en Führer. Somos adultos, señorita Julia, haga el favor... —Hafner suelta una carcajada al ver la espasmódica reacción de la periodista —. *Führer* es una palabra como otra cualquiera. Pero no nos perdamos en el repaso de la Historia. Además, veo que usted tiene buenas nociones. No suficientes, pero mejores que las de la mayoría.

»Lo que quería decirle es que conocí Alemania desde el cielo. Bebí muy joven de ese espíritu militar al que me había acercado a través de las películas, la radio y los cuentos. En el ejército coincidí con quienes habían combatido en la Gran Guerra. Sabían que no podrían

defender su país si empezaba otra, muchos eran viejos, pero el Führer quería que ese sentimiento de la derrota prendiera en nosotros. Acertó. La unión entre los veteranos y los jóvenes fue verdadera. Después de los vuelos, allí mismo, en las casetas junto a las pistas, bebíamos cerveza y fumábamos juntos. No puede usted imaginar el orgullo que yo sentía al llevar el mismo uniforme que ellos. Supongo que las cosas en el ejército alemán de hoy son muy diferentes. Los ejércitos de los países europeos no son más que instrumentos de... *abschreckung*. ¿Cómo se dice? Instrumentos para impedir que el otro te ataque. Eso debe de tener una palabra en español... ¿Disuasión? De acuerdo, instrumentos de disuasión. Al final le voy a tener que pagar por las clases de español. En aquel 1934, el ejército era de otra manera. Sabíamos que se fabricaban armas muy rápido porque aparecían las fotografías de las fábricas en los periódicos. Sabíamos que cada vez éramos más soldados. Nuestro Führer, antes un gobernante político, vestía de militar. Entrenábamos y aprendíamos asumiendo que pronto podría estallar una guerra. ¿Que si teníamos miedo? No, no teníamos miedo. No en ese momento; luego, en la guerra, todos tenemos miedo. Quien le diga que no, miente.

»Mi juramento fue poco después de la muerte del presidente Hindenburg. Ya sé que le he dicho que dejáramos a un lado la Historia, pero este matiz es importante. Cuando murió el presidente Hindenburg, Hitler se convirtió en canciller y presidente al mismo tiempo. Empezaron los juramentos por toda Alemania. Casi siempre en el ejército, pero también en otros... ¿estamentos? En otros trabajos. Acabarían jurando todos los funcionarios. Me levanté muy pronto por la mañana, no había amanecido. Me vestí. Me afeité ante el espejo. ¡Y no tenía barba! Bien, bien, me gusta que sonría, señorita Julia... Antes de salir de casa, mi madre, en camisón, fue a

la puerta y me colocó bien el traje. También limpió una vez más las botas con betún. Mire la piel de mis brazos. Todavía me emociono. Mi madre no quería que yo fuese aviador, pero el día más importante, justo antes de irme, quiso tener ese detalle conmigo. Cuando pienso en mi madre, pienso en ese momento. ¿Sus padres viven? ¿Sí? Entonces, todavía no ha elegido un momento. Cuando mueran, lo elegirá. Y cada noche, antes de dormir, aunque sea un segundo, cruzará por su cabeza. Me dice que soy un sentimental, que no soy como los hombres de antes, que no soy lo que parezco... Y tiene usted razón. Llevo muchos más años viviendo en su tiempo que en el mío. Llevo muchos más años viviendo en España que en Alemania... He trabajado mucho aquí, he tenido muy buenos amigos españoles...

»Salí de casa. Me reuní en un local del partido con algunos aviadores. Veteranos y jóvenes, todos juntos. Los veteranos también juraban ese día porque su juramento era de antes del Führer y había que renovarlo. Desayunamos huevos y salchichas. Fuimos caminando hasta Der Pariser Platz. Calculo casi una hora de trayecto. Íbamos cantando, desfilando. Marchando. La gente con la que nos cruzábamos nos aplaudía. Es emocionante ese sentimiento fraternal... que veo que usted no comparte. No, no, un momento... ¿No había dicho que era mejor que usted no opinara? Déjeme, déjeme. Llegamos a la plaza. Yo veía la Puerta de Brandenburgo, ¿ha visto qué acento tan español?, desde muy lejos. La plaza se había convertido en una laguna gris de uniformes militares. En la Puerta, como un sol rojo, enorme, colgaba el símbolo del partido. Era algo muy familiar para mí. Recuerde que estaba acostumbrado a transportar telas de ese color. No puedo explicarle cómo, pero se oía sobre la multitud. Escuché la voz del Führer. Fue la única vez. Como un solo hombre, todos dijimos: *"Ich schwöre bei Gott diesen heiligen*

Eid, daß ich dem Führer des Deutschen Reiches und Volkes, Adolf Hitler, dem Oberbefehlshaber der Wehrmacht unbedingten Gehorsam leisten und als tapferer Soldat bereit sein will, jederzeit für diesen Eid mein Leben einzusetzen".

Con los ojos cerrados, Hafner evoca esas palabras y se acompaña del brazo en alto. Julia, tras superar la sorpresa y verla replicada en algunos de los ancianos al otro lado de la cristalera, se levanta de la silla como un resorte y agarra el brazo del alemán. Vuelve a sentarse. Comienzan unos segundos de silencio. Quizá minutos. Julia, ahora sí, siente el miedo del primer día ante Hafner. El temblor en las piernas, el escalofrío en la espalda, la imposibilidad de dejar reposar las manos en alguna parte. Cruza y descruza las piernas. Se arrepiente.

—Acérquese. —Julia no reacciona—. ¡Le he dicho que se acerque! —Tras el grito, Julia acerca su rostro al del alemán, que se ha inclinado hacia delante. Después, Hafner suelta uno de los reposabrazos de la silla y levanta el dedo índice hasta casi tocar la cara de la periodista—. Se lo advierto: no vuelva a hacer eso jamás. ¿Me ha entendido? Ni se le ocurra volver a hacer eso.

—En... entendido, señor Leibniz.

Julia no puede apartar sus ojos de los de Hafner. Hay algo en ese azul grisáceo que la mantiene encadenada. Recuerda que Ramón, cuando le habló de los ojos de Karl Nagel, le contó algo parecido. Unos ojos que encadenan y transportan a un lugar incómodo e indeterminado donde hace frío. En este instante que no sabe cuánto dura, Julia siente el miedo como una enfermedad, como una gripe sobrevenida. Hasta que Hafner no deja de mirarla, ella sigue mirando. No puede dejar de mirar. *Deja de mirar, deja de mirar, deja de mirar, deja de mirar, Julia...*

—Como no habrá entendido nada, se lo voy a traducir: «Juro ante Dios que debo obediencia incondicional al líder del Imperio y pueblo alemán, Adolf Hitler, comandante supremo de la Wehrmacht, y que como valiente soldado estaré preparado en todo momento para defender este juramento con mi vida». Ahora, márchese, estoy cansado.

Julia coge el móvil, lo mete en el bolso, se levanta y abandona el patio de Los Abedules. Dentro del salón, finge una llamada para esquivar a la gerocultora. Emplea el mismo truco en la puerta para huir de la psicóloga del centro y de la recepcionista. En la calle, se refugia en una esquina trasera del edificio. Piensa que nadie la ve. Se pone las manos en la tripa, intenta respirar hondo. El aire entra y sale de su nariz a borbotones. Cuenta hasta sesenta una y otra vez. Posa la mirada en la hierba, que se mueve levemente. Intenta centrarse en cada brizna, en cómo se mueve. Cierra los ojos. Parece que funciona.

—¡Eh, Mendieta! —Por el camino de la puerta principal, se acerca un hombre que no es capaz de identificar. Cree que es alguien que la ha reconocido por sus apariciones en la tele. Julia echa a andar en dirección contraria—. ¡Mendieta, Mendieta!

El hombre corre hasta plantarse delante de Julia. Lleva un traje oscuro, gafas de sol y unos zapatos granates. La corbata cuelga a su espalda por la velocidad de la carrera. Mientras la devuelve a su sitio y ajusta el nudo, le dice:

—Tranquila, mujer, tranquila. Solo traigo un mensaje de tu amigo Luis.

—¿Luis?

—Luis Olmedo. No creo que tengas muchos amigos ministros del Interior. Ha sido un placer para nosotros garantizar la tranquilidad de estas horas de conversación con el señor Hafner. —Ante el ceño

fruncido de Julia, continúa—: ¿Qué pensabas? ¿Que el papeleo de su hija se alargaba tanto por casualidad? Ve dándote cuenta. Es mejor que trabajemos juntos. Todos saldremos ganando.

XXI

«Julia, tenemos que vernos». Y Julia relee el mensaje de Iván una y otra vez. No ha conseguido echarse la siesta, no ha conseguido que le entre el hambre. No ha conseguido siquiera engañar a su madre y hacerle creer que está bien. No sabe qué hacer con el tiempo cuando deja de escribir. El tiempo le resulta incómodo. Le aprieta esas clavijas que se imagina en las sienes hasta que se pone de pie, comienza a dar vueltas y se echa a la calle. Solo es capaz de aparcar el rostro de Igor cuando escribe. En cuanto deja de martillear el teclado, como ahora, lo ve: revive la palmada del terrorista en la espalda de su padre el día de la manifestación.

«Julia, tenemos que vernos». El reportaje funciona. Ha escrito tres folios de un tirón. No sabe qué es consumir anfetaminas para mantenerse despierta y trabajar, pero piensa que la sensación debe de ser parecida. Se ha visto los ojos rojos en el espejo. Se ha visto, también, la palidez de la piel en pleno julio. Se ha visto tantas cosas que ha dejado de mirar en un par de segundos, como si le hubieran arrojado algo encima.

Va caminando por el paseo de la Castellana y no hay nadie. Se fija en esos edificios grandes, cuadrados y grises de Nuevos Ministerios. Son de geometría fija, radical. Se les ve a la legua la escuadra y el cartabón. Julia ha pasado por aquí mil veces, pero no se había fijado en la arquitectura como ahora. Hace un rato, mientras escribía, ha estado viendo fotos de la Whilelmstrasse en tiempo de Hitler. La calle donde tenía la sastrería el padre de Hafner estaba repleta de

edificios oficiales, entre ellos la Cancillería del Reich. Encuentra ciertos parecidos. De hecho, el edificio del Ministerio del Aire levantado por los nazis —uno de los pocos que sobrevive— es calcado a los que Julia tiene enfrente ahora.

Entorna los ojos. Reproduce en su cabeza las músicas y los cánticos de las multitudes que se ha puesto antes, sentada en su escritorio, para inspirarse. Igor dándose la vuelta. Coloca a la gente, con todos esos brazaletes rojos, a un lado y al otro de la carretera. Igor guiñando el ojo. Por el centro, los que van a jurar lealtad al Führer. Intenta comprender que aquello fue una sensación alegre para millones de personas. «Oiga, ¡mire por dónde va!», le dice un hombre que sale de un portal y casi se la lleva por delante. *Igor, tengo que encontrar a Igor*.

«Julia, tenemos que vernos». Son las tres y media de la tarde y calcula que va a llegar a La Paz en algo menos de una hora. Ve una fuente de esas que utilizan los perros y se moja la nuca. Vuelve a ver su cara en el reflejo del agua que está en el suelo. *Vaya pinta*. Total, qué más da. Ramón no la va a ver y a Iván, *qué importa Iván,* pretende despacharlo pronto. «Julia, tenemos que vernos». Ha intentado negarse de verdad, pero Iván ha insistido hasta conseguir «media hora de reloj» en el McDonald's junto al hospital. Acelera el paso, no quiere retrasarse. Siendo puntual, será más fácil huir.

Se le han pasado las ganas de ver a Iván y no sabe por qué. En realidad, solo existe una explicación posible, que es la que más miedo le da: que deja de necesitarlo cuando le sobreviene un buen reportaje. Los pensamientos sobre Iván son esta tarde esos peces delgaditos y de color gris que cruzan la cabeza sin provocar corriente a su paso. Para saber que están ahí, hay que fijarse con mucha atención, pero Julia no lo hace. Solo acude su nombre a la cabeza porque relee el mensaje, «Julia, tenemos que vernos», y porque no

ha logrado esquivar la cita. Es egoísmo, lo sabe, pero no puede evitarlo. *¿Y si vuelvo a necesitarlo cuando publique el reportaje? ¿Y si lo necesito cuando vuelva a discutir con mi padre?* Pero hoy ve tan lejos la publicación y la bronca que ni siquiera el miedo a la pérdida la paraliza. Además, se dice orgullosa: *es él quien está con otra*. Se topa con la muerte definitiva de la curiosidad cuando se percata de que ni siquiera ha pensado estos días en la «otra». «El que faltaba», se dice al ver iluminado el nombre de Ferrándiz en la pantalla del móvil. Inconscientemente, empujada por los nervios, camina cada vez más rápido. Los Nuevos Ministerios van disminuyendo de tamaño a su espalda.

—Dime, jefe. —No puede evitar transmitir desgana.

—¿Qué tal, Julia?

—Pues mira, estoy yendo a ver a mi ex, que tiene algo tan importante que decirme como para haberme jodido la tarde. Supongo que ahora me la joderás tú también diciéndome que hay que publicar ya. Pero estoy preparada. Sí, por fin estoy preparada.

—Para, para, Julia. No te llamo por eso. Me habría gustado contártelo en persona, pero como el reportaje ha comenzado a carburar... no quiero robarte mucho tiempo. Además, voy a salir de Madrid unos días. Ya hablaremos con calma cuando nos veamos. —Ferrándiz suspira con fuerza.

—¿Qué pasa, Alfredo?

—Me marcho, Julia. Dejo *El Universal*.

—Estás de coña. ¿Ahora? —Julia abandona de golpe su inmersión en la historia de Hafner.

—Precisamente ahora. No puedo más. Esto es un infierno. Y no, no va en el sueldo.

—Y yo... ¿qué hago? —Ferrándiz ha sido su jefe desde que firmó el contrato con el periódico tras el verano de prácticas en la sección

de «Política». No ha tenido otro.

—No lo sé. Eso es cosa tuya, Julia.

—Pero no podemos rendirnos, Alfredo. Todo lo que hemos publicado... ¡es cierto!

—Yo no trabajo para salvar el mundo. Rivas se ha vuelto loco y es imposible trabajar para él. Es simplemente eso.

—Tú siempre me lo has dicho: en todos los periódicos, quienes mandan están locos.

—Hasta cierto punto.

—¿Quién va a mandar ahora en «Reportajes»? —Viendo que la decisión es firme, Julia intenta reponerse y esconder la fragilidad.

—Tampoco lo sé. Rivas me ha dicho que, de ahora en adelante, hables directamente con él. Solo te digo que está más imprevisible que nunca. Sus cambios de humor, sus cambios de opinión. Anda con cuidado. Ya sabes que te deseo lo mejor. Te llamaré cuando vuelva a Madrid. Te leeré con mucho gusto.

—Cuídate, Alfredo.

—Julia...

—Dime.

—¿Tú estás bien?

—No lo sé.

Como si los papeles se hubiesen invertido, es ella quien cuelga sin decir adiós. Está llegando a la plaza de Castilla, que es un cruce de caminos de donde salen autobuses y vagones de metro a todas partes. Se para a mirar. Ve tanta gente eligiendo tantos destinos distintos. Se recuerda a sí misma cuando llegó a Madrid. La firmeza con la que caminaba paseo de la Castellana arriba se resiente y la obliga a resituarse. *Tranquila, Julia, esta plaza siempre ha sido un lío. Es por... ahí*. Pero no puede dejar de mirar los autobuses.

En un autobús así, azul y gris, llegó el primer día a *El Universal*. Miraba la sección de «Reportajes» con deseo, cuando los demás becarios la envidiaban por escribir en «Política». En la parada del autobús, la dejó Ferrándiz tras el primer día de trabajo en la sección. Sobre autobuses fue su primer reportaje en la universidad: visitar la cochera, charlar con los conductores. Aunque coge más el metro, siempre ha preferido el autobús. Desde niña, le dan miedo las profundidades de las cosas. Ella misma, ya desde la firma que utiliza para los artículos, solo se muestra en superficie.

En el autobús, ha encontrado calma cuando parecía imposible. La línea que la lleva a su casa desde el centro de San Sebastián va subiendo la colina y, desde la ventana, se ve la playa de La Concha cada vez más pequeña. Por la noche, la luz de las farolas se refleja en la orilla del mar, que es de un negro azulado. En el temblor de esos luceros, desde la ventanilla, Julia sumergía las preocupaciones que estaban a punto de engullirla.

Ahora hay un autobús que se marcha y se lleva a Ferrándiz. Piensa que quizá ella deba hacer lo mismo. *Julia, quizá debas hacer lo mismo*. Pero no puede. Tiene que publicar la historia de Hafner, encontrar a Igor, que lo lleve hasta quien disparó y después... Después puede que sí. Se marchará muy lejos. O puede que no. ¿Qué más da el después? Ni siquiera está garantizado el después. Aún falta mucho, se dice ahora que está llegando al hospital de La Paz.

—Julia, ven, siéntate. ¿Qué pasa? —Aunque Iván no lleva traje y corbata por estar de vacaciones, llama la atención dentro del McDonald's. La camisa por dentro, los pantalones estrechos, los mocasines—. ¿Quieres un poco de agua?

—Prefiero una Coca-Cola, la verdad, gracias. —Sin decir «hola», sin darle el beso en la mejilla que le suele dar cuando se saludan, se sienta en una silla de plástico marrón y mira el edificio del hospital que se levanta a cuarenta o cincuenta metros. Intenta adivinar cuál es la ventana de la UCI. Ni siquiera recuerda si la UCI tiene ventana. Le carcome la culpabilidad porque, de camino, no ha pensado en Ramón.

—Julia, tengo que decirte algo.

—Y no podías esperar. —Es consciente de que le está ofreciendo su versión más agresiva, pero no lo puede evitar. Sabe que Iván la conoce a fondo y esa es la mejor disculpa que puede encontrar alguien que está ofreciendo su peor versión.

—No, no podía esperar.

—¡Joder! —Le suena el móvil—. Este tampoco podía esperar. —Le enseña a Iván el nombre de Rivas en la pantalla y coge la llamada—. Director, sí, sí... Ya estoy al corriente de lo de Ferrándiz... Tengo escrita la primera parte, luego te la envío para que la veas. Tengo fotos, tengo audio... Sí, sí, ya te he dicho que no está mal... Pero creo que deberíamos arriesgar y esperar un pelín más. Si salimos ahora, todo el que quiera encontrará al alemán y me será imposible hablar con él otra vez... Cuando tengamos los dos episodios, si te parece, disparamos... No, no han vuelto a llamarme de la tele. Supongo que lo harán en cuanto saquemos alguna exclusiva sobre el Gobierno... Adiós, direc... —Ha colgado—. Iván, tengo mucha prisa.

—No puedo ser demasiado rápido, Julia. Es importante.

—Ya sabes que tienes media hora.

—Oye, Julia, no me jodas. Cuando tú has estado mal, ¿te he puesto un cronómetro? —Iván pierde la paciencia y, tras subir la voz, mira al mismo sitio que Julia. Por la ventana, al hospital. Al ver que ella guarda silencio, continúa hablando—. Llevo unos días que...

—Joder, esto sí que no... ¿Os habéis puesto de acuerdo hoy todos los que pretendéis arruinarme el día? —Julia se levanta al ver aparcado en la carretera, junto al hospital, un coche negro. Tiene los cristales tintados, pero ha distinguido la cara del conductor antes de que subiera la ventanilla. Es el hombre que la asaltó en Los Abedules. Está segura. Es el enviado del ministro Olmedo—. Ahora vengo, Iván.

Julia camina a paso rápido hacia el coche. Golpea dos veces con el puño en el lado del conductor, que no baja la ventanilla. Golpea dos veces más. Otras dos. Nada. Dice en voz muy alta, casi gritando:

—O das la cara o monto un número. —En cuanto el cristal descubre la cara del conductor, Julia le apunta con el móvil, como si fuera una pistola—. Mira, hoy tengo muy mal día. Entonces, tú te vas a callar y me vas a escuchar. ¿Ves esta foto? —Le enseña la fotografía que acaba de hacerle—. Es tu cara de gilipollas, siempre con las gafas de sol. ¿Ves esta otra? —Le enseña una segunda imagen que ha tomado mientras se acercaba—. Es la matrícula del coche. Te voy a decir qué estoy haciendo aquí y te voy a decir qué vas a hacer tú. He venido a tomar una Coca-Cola con mi ex a un puto McDonald's y después voy a entrar en ese hospital a ver a un amigo que se está muriendo. Y tú, cuando te pregunte, le darás esta información a tu jefe, pero te vas a marchar ahora mismo si no quieres que mañana salgan tu cara y tu matrícula en el periódico con un titular así: «Un agente del Ministerio del Interior sigue a una periodista de *El Universal* para intentar frenar las informaciones sobre el Gobierno». Eso sería un problema gordo para ti, ¿eh? Pues hala, conduce.

Julia golpea el capó con el puño y regresa al McDonald's. El coche desaparece.

—¿Quién era ese tío?

—Un agente del Gobierno que me persigue y todavía no sé muy bien para qué, ¿ves qué buen día? Ah, y estos minutos cuentan de tu tiempo. —Se sienta y agarra con las dos manos su refresco.

—Julia, he venido porque tengo dudas... —Iván no la mira. Ha apoyado los codos en la mesa y se revuelve el pelo con las manos—. Creo que fue una tontería dejarlo.

—Dilo otra vez. —Julia lo agarra de las manos para obligarle a mostrar la cara. No esperaba algo así y quiere ver si sus ojos se corresponden con sus palabras. Los encuentra como un vidrio a punto de estallar.

—Venga, Julia... Tampoco hace falta ensañarse, ¿no? —Un puñado de lágrimas comienza a caer cuando Iván esboza su sonrisa, como si los labios fueran la compuerta de los ojos.

—No sé qué decirte, Iván... Me pillas en un momento que... —Recoge las lágrimas de su ex con la punta de los dedos y se las coloca en los suyos. Era algo que hacían cuando lloraban juntos.

—¿Todavía te acuerdas de eso?

—¿Cómo no voy a acordarme? ¿Por qué me cuentas esto ahora?

—Desde que te vi el día de la cena, empecé a dudar. No fue durante la cena, sino después. Joder, soy idiota. Me di cuenta en casa, no podía dormir. Lo vi en tu cara, pero ya te digo, después, cuando te recordaba. Estoy seguro de que fuiste a decirme lo que te estoy diciendo yo ahora, que quizá no tendríamos que haberlo dejado. Estoy seguro, Julia. Y yo, en lugar de verlo, te cuento que estoy conociendo a alguien... Bueno, que estaba. Luego lo fui pensando, lo hablé varias veces con mi terapeuta.

—¡Otro con el terapeuta! ¿No podéis hacer nada solitos? —Los dos se parten de risa.

—Eres la mujer más cruel que conozco.

—Es que vaya tela... —Julia llama al camarero; había olvidado que en este lugar no hay servicio en las mesas, así que acude al mostrador y pide otra Coca-Cola y un café—. Perdona, sigue.

—Te lo estás pasando bomba, ¿eh? Igual el día no estaba tan mal y solo te faltaba darle una oportunidad. —Iván se ha relajado un poco y ya la mira a la cara. Tiene los ojos rojos y el pelo revuelto.

—Sin que sirva de precedente, y al contrario que casi siempre, puede que tengas razón... *cariño*. Lo decías así, ¿no? Cariño.

—Dices bien, *maitia*. Lo decías así, ¿no? *Maitia*.

—Para, que se nos está poniendo cara de gilipollas.

—Yo siempre he tenido un poco de cara de gilipollas, Julieta. Me lo has dicho muchas veces estos años.

—Estás impresionante hoy, Iván. Vuelves a tener razón. —Ríen de nuevo los dos.

—La teoría dice que hay que volver cuando se tienen las cosas claras, pero se me ha ocurrido un remedio alternativo para no arriesgar tanto. ¿Qué te parece si empezáramos a vernos otra vez?

—Pero si ya nos vemos de vez en cuando, Iván... —Julia aleja las manos de él y las cruza sobre la tripa.

—Me refiero a vernos de otra manera. No sé... A vernos como si no tuviéramos pasado. Como si todo empezara otra vez. —Ahora es ella quien resulta incapaz de mirar a los ojos. Ni siquiera contesta—. No tienes que decirme algo ahora. Yo ya he dicho lo que tenía que decir. —Iván titubea y acorta su respuesta ante la frialdad de Julia, que no reacciona—. Estás pensando en otra cosa, ¿no? No estás aquí, Julia.

—No es eso. Te prometo que no es eso. Solo que... Esto está ocurriendo a destiempo. Ahora no puedo...

—¿Hace menos de un mes sí y ahora no? ¿Qué ha cambiado?

—No lo sé.

—Yo sí lo sé. —Iván empieza a hablar más rápido—. Cuando viniste a contarme que dudabas, no tenías ningún reportaje en marcha y acababas de discutir con tu padre. Ahora, ¡estoy seguro!, el reportaje ha empezado a funcionar, la historia fluye... y te has reconciliado con tu padre. Me alegro mucho por las dos cosas, Julia. Pero sé que no tienes tiempo para mí por eso.

—Iván.

—Julia, te conozco y...

—Iván, mi padre tiene cierta relación, no me preguntes porque no sé nada, con uno de los dos asesinos de mi *aitona,* que ha salido hace poco de la cárcel. Él me puede llevar hasta el otro, el que disparó, el que consiguió huir.

—Julia, por favor, no empieces...

—Claro que voy a empezar. Ya he empezado. Voy a convencer a mi *aita,* tengo que hablar con ese hombre. Tengo que conseguir que me lleve hasta el que disparó. Todavía estamos a tiempo.

—Sea lo que sea, Julia, ahí yo no entro. El reportaje, tu abuelo, tus padres... Estoy fuera cuando las piezas encajan, ¿no lo ves?

—¿Y si esa es la verdad? ¿Y si tienes razón?

—Claro que esa es la verdad, Julia.

—Esa verdad me viene dando miedo mucho tiempo. Quizá haya sido muy injusta contigo, pero te prometo que no ha sido mi intención usarte de esa manera...

—Es lo que parece.

—Ya sé que es lo que parece. Por eso ahora no quiero...

—¿Y no es ahora precisamente el momento de que intentes vivir todo a la vez? El último intento.

—No es una decisión racional, no es querer. Debo tener fuerzas y no las tengo. Y, sobre todo, me falta tiempo. ¿Me das un mes?

—Julia...

—¿Dos semanas?

—Me marcho. —Iván se levanta y le da un beso en la cabeza.

Julia nota en su cara, zigzagueando por las mejillas, las lágrimas de Iván. Ella también quiere llorar, pero no sucede. Ni siquiera cuando lo ve alejarse al otro lado del cristal. Tampoco cuando su silueta se pierde en un paso de cebra. Se culpa. Entonces, roza esas lágrimas con las yemas de los dedos y vuelve a acercarlas a sus ojos. Ahora sí llora.

Julia sube directamente a la UCI. No saluda por los pasillos. Lleva el móvil en la mano. Está deseando sentarse y ponerle la grabación del alemán a Ramón. En el puesto de control, una enfermera la reconoce y le da «una buena noticia»:

—Hemos trasladado a tu tío a una habitación. No es que haya mejorado porque, como te contamos, ya no va a mejorar... pero hemos podido retirarle el respirador y darle el oxígeno con un aparato parecido, pero menos invasivo. Allí estaréis más tranquilos. Ahora te indica una compañera cómo llegar.

Quizá tenía razón Iván y a este día tan negro solo había que darle una oportunidad. Se monta de nuevo en el ascensor. No tiene ganas de hablar. No ha querido preguntarle a la enfermera si el librero ha despertado. Tampoco si conserva la capacidad de escuchar. Saluda con las cejas al médico que le comunicó el diagnóstico. A Julia le gustaría que la gente, en general, fuera como en los hospitales. Suelen detectar a dos o tres metros, sin necesidad de intercambiar palabras, qué pasa por la cabeza de los pacientes y sus familias. El médico, en cuanto la ha visto enfilar el pasillo, se ha apartado con una sonrisa. Ni siquiera le ha dado las buenas tardes.

La puerta está entornada. Este pasillo no es como los demás. El silencio no existe hasta que es absoluto, pero cuando se dice eso de «se puede escuchar el silencio» es porque apenas hay ruido. En este pasillo, piensa Julia, se puede escuchar el silencio. Oye algunas máquinas de fondo. Parece que siguen una misma partitura, como si todo el pasillo respirara a la vez. Julia asume que este es el lugar donde la muerte resulta un trámite. No hay ruido, pero hay flores. Cuatro o cinco ramos distribuidos en unas repisas junto a las puertas. Precediendo a la de Ramón, hay lirios blancos. Otra vez lirios blancos. El sol debe de golpear las ventanas de este lado del edificio porque la luz del techo está apagada y la que ilumina el pasillo es muy tenue; se cuela por las rendijas de unas persianas que Julia todavía no ve, pero supone casi echadas.

Es muy cruel cuando la muerte se cuela en un cuerpo a lomos de la enfermedad. Julia ve al librero en la cama. Tiene los ojos cerrados y respira en armonía, sin esfuerzo aparente. *No hay huellas del dolor ni agujeros por donde el alma o lo que sea que tengamos dentro parezca a punto de escapar. No se le ve la muerte. Parece dormido como cuando no estaba enfermo, supongo*. Se sienta en un pequeño sillón de reposabrazos grises y metalizados. Descubre una palanca para extender un reposapiés. Le tienta el sueño, así que se levanta, saca el móvil del bolsillo y le dice:

—Querido tío. Tienes que prometerme que vas a aguantar hasta que todo esto acabe. ¿Puedes escucharme? —Ramón pestañea y, al entornar los ojos, Julia trastabilla, como si el pestañeo levantara la corriente de un tornado. Duda, pero vence su vergüenza, coloca su cabeza en el regazo del librero y rompe a llorar—. Están pasando tantas cosas... Tengo gente con la que hablar. Tengo suerte. Pero no tengo a nadie con quien hablar del puzle completo. Mi *aitona,* el reportaje, Igor, Iván, mis padres... Ya sabes. Bueno, no lo sabes,

pero lo intuyes. A ti tenía que habértelo contado. Creo que iba a hacerlo, pero... —Cree escuchar la voz de Ramón.

—Tranquila. —Lo mira a la cara, pero tiene los ojos cerrados.

—¿Sabes? Habría sido bonito que tú tuvieras pensado hacer lo mismo conmigo. Contarme tu puzle completo. Por qué investigabas a Hafner, qué le pasó a tu madre, cómo se rompió la relación con tu hijo. Nuestros talones de Aquiles, ¿recuerdas? Venga, que te lo pongo para que lo escuches. Pronto espero venir con más. No te duermas. Yo sí voy a echar una cabezadita. Necesito recuperar fuerzas. —Pone la mano sobre la del librero una última vez antes de pulsar el *play* y tumbarse—. Sé que lo leíste, *El principito:* «Si vienes a las cuatro de la tarde, comenzaré a ser feliz desde las tres». Son ya más de las seis, no he sido feliz en todo el día. Pero ese segundo en que me ha parecido que has abierto los ojos... Seré feliz cada vez que lo piense.

Julia escucha una voz a lo lejos, pero no ve nada. Cree que duerme, pero esa voz se va haciendo más presente. Por fin abre los ojos: ve al hijo de Ramón de espaldas. Está de pie, junto a la cama de su padre. Vuelve a cerrar los ojos y se finge dormida. Recoge los pies en el sillón para meterlos dentro de una manta que ella no se había puesto y que ahora le cubre el cuerpo. *Ha tenido que ser él, Guillermo*. No puede mirar el reloj, pero calcula que ha dormido varias horas. No sabe si la noche está empezando o acabando. Una pequeña lámpara ilumina la habitación desde la mesilla donde Julia dejó el móvil. Tampoco es capaz de precisar si esa lámpara estaba allí antes de quedarse dormida. No ha visto la cara de Guillermo, pero lo ha reconocido por la espalda; la misma que vio escondida desde el ascensor. Ese pestañeo le dice que quizá este hombre sea

algo mayor de lo que primeramente intuyó. Se lo ha visto en las manos, que están apoyadas sobre la sábana y sostienen un puñado de folios.

Pese a la sorpresa de verse en la habitación junto a Ramón y su hijo, el espacio le da tranquilidad y vuelve a entrar en una especie de duermevela; ese territorio tan plácido que une la realidad y el sueño. Guillermo está hablando; leyendo sus papeles con voz a ratos temblorosa. Parece una historia, un cuento. Julia se deja llevar, se acuerda de los cuentos que le contaba su abuelo antes de dormir. Se inventaba los personajes, jamás le leyó algo escrito, ni por él ni por otros. Concentrada en una voz rasgada, de fumador, viaja hasta la casa familiar en un pueblo. Hay árboles muy verdes, casas muy blancas y hombres muy callados.

—Ha pasado tanto tiempo, padre... Te he escrito estas palabras para no dejarme nada, después de haberlo pensado mucho todo. Te habría gustado verme escribir, estoy seguro. He estado en el pueblo y, todavía hoy, a la gente le cuesta hablar de lo que pasó. Quienes no habían nacido hablan mucho, pero los que estuvieron cerca de tu madre ese día... Esos callan, hay que arrancarles cada palabra. Fui a ver a tu hermana, la tía Concha. Me pidió que la despidiera de ti. Dice que dejó de quererte muchos años, pero que, sin haberos arreglado, te volvió a querer y que ya lleva haciéndolo bastante tiempo. Dice que eres un cabezón y que, desde pequeño, te costó muchísimo perdonar, si es que lo conseguías. Yo, que tantas veces le he dado la razón a ella, me sorprendí defendiéndote. Le dije: «¿Puede aprender a perdonar un niño que pierde así a su madre?». Quiero creer que sí, que no estás lleno de odio, que el hecho de que siguieras adelante con esa historia no significa que estés ahogado por la rabia. Me gusta pensar que la pena también es un motor. Creo que lo es.

»Todos estos días, desde que supe que tu enfermedad no tiene remedio, he intentado cambiar una cosa por otra; la ira por la pena. Al principio no pude, pero después sí. Y aquí estoy, comprendiéndote, pero no compartiendo lo que hiciste. Eso no puedo hacerlo y solo te pido que tú hagas lo mismo. Guarda fuerzas para decirme al final, con un gesto, si me comprendes.

»La tía Concha está muy mayor y no sale de casa desde hace más de un año. La convencí a regañadientes para que me acompañara adonde... La llevé en coche. Ya no queda nada de aquello. La casa donde estabais es una especie de cobertizo. Pero uno nuevo, donde un vecino guarda las cosas del campo. Ya no hay pisos ni alturas. Es solo un cobertizo enorme de techos altos. Me senté en el lugar exacto. La tía Concha, apoyada en una columna, se quedó en su lugar, donde también estuviste tú, cogido de su brazo. ¿Sabía tu madre algo? Qué tontería. ¿Cómo iba a saber dónde iba a caer la...?

»Pero es que no me lo explico. Lo normal es que dos niños se abracen a su madre en un momento así, pero os quedasteis enfrente. Se lo pregunté a la tía Concha varias veces. ¿Por qué os quedasteis ahí? ¡Justo ahí! No lo sabe. Dice que ella se lo ha preguntado toda la vida. Lo ha hecho tanto que ha llegado a la siguiente conclusión: "Cualquier cosa que yo me diga será *gezurra*[1] ". Olvidaste la lengua que quisieron enseñarte de niño. Tampoco me la enseñaste a mí. Eso no le gustó a la tía Concha. Me dijo que una de vuestras grandes broncas se montó cuando te recriminó que eso suponía olvidarte de tu madre.

»Os metisteis en ese cobertizo por casualidad, desde la calle, pensando que había refugio. Fue lo contrario. De pronto, el ruido. Tan sordo, dijo la tía Concha, que fue como no escucharlo, porque después estuvo un rato sin oír nada más. ¿Tú también te quedaste sin oír? Me dijo que un soldado que se metió dentro os dio unos

palillos para los dientes y os enseñó a colocároslos en vertical, en la boca, para que no os reventaran los tímpanos. La tía Concha dice que eso os salvó las orejas. Ella, que era la mayor, debía de tener diez años. Tú, cuatro o cinco. Tampoco olvida lo de los rezos. Le sorprendió mucho porque en casa había escuchado que los rojos no rezaban. Toda esa gente sentada rezando a la vez el padrenuestro... *Gure Aita*. Unos en castellano y otros en euskera. ¿Sabes? Una vez, estando mamá enferma, te oí rezar el padrenuestro en euskera. Tú no me viste. Te espié desde la puerta. Me gusta oírlo todavía hoy. No creo en Dios, padre, pero a veces voy a una misa en euskera que hacen los jesuitas cerca de la plaza de Santa Ana. Cantan el padrenuestro en vasco...

»Hubo humo, algo de fuego. La tía Concha te cogió del brazo cuando la gente comenzó a salir de lo que quedaba del edificio. Salisteis por un lateral, no quedaban paredes. Dice que salisteis porque os obligaron a hacerlo. Queríais buscar a vuestra madre, pero cuando señalasteis con el dedo, sin contestaros nada, os sacaron de allí. ¿Tú te acuerdas de algo de todo esto? ¿Te lo contó ella alguna vez? ¿De cuándo son tus primeros recuerdos? He leído algunas cosas... Dicen los expertos que esas primeras imágenes son de cuando tenemos tres o cuatro años, más o menos los que tenías tú. La potencia de lo vivido, supongo, ayuda a recordar. La tía Concha tiene una imagen grabada que coincide con lo que tú, un día, discutiendo, como siempre, me explicaste: los riachuelos de sangre corriendo por debajo de las piedras donde había quedado sepultada tu madre. Ahora que ya no puedes contarme... Ojalá pudiera saber qué es lo que recuerdas. Supongo que es lo bastante como para explicar lo que hiciste después. Padre, ni con toda esa sangre corriendo debajo de las piedras puedo compartir lo que hiciste.

»Llegaste a Madrid sin nada. No quisiste los pocos ahorros que te ofrecieron en casa la tía Concha y la tía Vicenta. De tu padre, ni hablamos. Ni te despediste ni luego volviste a verlo. Creo que eso es lo que tus hermanas no te perdonaban. Aquel también era un hombre solo, como tú. Un hombre solo que se apartó de esa búsqueda para no volverse loco. Te ofrecieron Concha y Vicenta lo poco que tenían para que pudieras pagarte una pensión digna, pero nada. Aun así, no te delataron. Te fuiste una mañana sin despedirte, dejando sin probar el mendrugo que tus hermanas te dejaron en la cocina. En Madrid, conociste a aquella familia... Fuiste su mecánico, su chico para todo. Te trataron bien, te cuidaron. Fuiste a la universidad gracias a ellos. Compraste todos esos libros gracias a ellos. Ya lo sé, ya lo sé... Es como si te estuviera viendo. No les debes nada porque trabajabas duro. De madrugada, por las noches... En cualquier momento. Pero te dejaban estudiar, te pagaron, te vistieron. No te gustaba que te lo dijera, pero era un matrimonio sin hijos y tú fuiste lo más parecido que tuvieron a uno. Contabas cosas para demostrar lo contrario: que si la diferencia de clase, que si tú eras de pueblo y ellos de ciudad, que si tantas y tantas cosas. Son tantas cosas, ¿eh, padre? Toda una vida.

»Pero no iba mal. Fueras o no uno de los suyos, te tenían mucho cariño. ¡Si hasta pagaron la boda! Te pagaron el traje a ti y parte del vestido de mamá. La acogieron bien. Te lo pusieron fácil para que salierais juntos algunas noches. Me lo reconociste. Todo esto que te estoy diciendo me lo reconociste. Cuando nací yo, volvieron a ayudarte. Habías dejado de trabajar en su casa, en esa casa del barrio de Las Letras que tanto te gustaba, en esa casa de portalón verde y grande a la que se accedía por la calle del Prado, frente al Ateneo. Te rescataron. Bueno, vale, en cierto modo, tú también los rescataste a ellos porque ya eran mayores. Salisteis ganando todos.

Eso era lo bueno de esta historia desde el principio. Ganabais todos todo el tiempo.

»Ya no vivías allí, claro, porque estábamos mamá y yo. Pero te ayudaron a pagar el alquiler de un piso cercano, en la calle Atocha. Yo sí tengo recuerdos de los tres años. Ese globo de metal oscuro que había colgado encima de la farmacia enfrente de casa. Los helados, las visitas a la tienda de grabados de la calle Huertas, los paseos por El Retiro, las primeras manifestaciones en el paseo del Prado, los libros tirados por esa habitación que convertiste en despacho. La casa, como mamá, ordenada y limpia. El despacho era como tú cuando te quedaste solo: desaliñado y patas arriba.

»Tenía trece años cuando mamá se puso enferma. Era un cáncer como el tuyo, aunque mucho más agresivo. Se puso muy delgada, pero seguía tan guapa... Mamá era muy guapa. Tú decías, en los días felices, de eso también me acuerdo, que no entendías cómo se había fijado en alguien como tú. Comenzaron las visitas al hospital. Primero encontraron un tratamiento que no le fue mal. Pareció incluso que dejaba atrás el cáncer. Entonces llegó el maldito día. Yo no supe nada hasta muchos años después, cuando pude atar cabos y preguntarme por qué, de pronto, aquella familia que tanto te había ayudado se convirtió en el demonio. Dejamos de verlos. Estaba jugando con el balón en el parque, nos los encontramos y me alejaste de ellos. Cuando pregunté si podíamos ir a ver los animales disecados que tenían colgados en el granero de la casa, dijiste que no y que no volveríamos allí nunca más. Ella intentó acercarse, explicarte que no era para tanto, que eran unas palabras sin importancia. Tú le dijiste que las palabras son lo único que verdaderamente permanece. Luego le contestaste a mamá, en casa, que eso lo creías al pie de la letra. Los edificios y los puentes algún

día, por mucho que duren, se caerán. Pero las palabras que se han dicho estarán ahí para siempre.

»Cerraron el taller que te contrató. Tu título universitario, tú mismo lo decías, no servía para nada. Te recuerdo con tu carta de presentación impresa, entrando y saliendo de casa, diciendo: "¡Adónde coño voy yo con el título de Literatura! ¡Adónde coño voy yo!". Las cosas malas en la vida aparecen todas juntas. Las cosas buenas van muy espaciadas, como si se llevaran mal unas con otras. Y luego lo de *Anna Karenina:* "Todas las familias felices se parecen unas a otras, pero cada familia infeliz lo es a su manera". ¿No era un poco crío para leer ese libro? Tenía trece años.

»Mamá empeoró. Le pusieron el mismo tratamiento. No funcionaba. Lo intentaron varias veces, pero nada. La operaron. Salió mal. Bueno, no salió bien, que es lo que importa en estos casos. Utilizaste tus últimos ahorros en un tratamiento experimental, en un hospital privado en la Sierra. Guardaste un poco de dinero para llevarla en taxi. Nosotros, cuando estuvo ingresada, íbamos a verla en autobús. Recuerdo el silencio, la nieve al otro lado de la ventanilla. Y tu mano revolviéndome el pelo. Sonaba el teléfono de casa. Si eran ellos, colgabas. Una vez lo cogí yo. Era ella: "Guillermo, ven a casa. No se lo digas a tu padre. Te daré algo de dinero. No podéis seguir así". Fui a por el dinero, lo dejé sobre la mesa de la cocina. Era algo más de la suma que necesitábamos para pagar el tratamiento de mamá. Me agarraste muy fuerte de los hombros, me dijiste con violencia: "Que sea la última vez que me traicionas". Y me obligaste a regresar a su casa a devolverles el sobre. ¿Tú no habrías traicionado los principios de tu padre para salvar a tu madre? ¿No es eso lo que has hecho con esa búsqueda de los alemanes? Sí, ya sé que quizá mamá no se hubiese salvado. Tienes razón. Sé que lo más

probable es que hubiese muerto de la misma manera. Pero ¿y qué? ¿No valía la pena intentarlo?

»Al final, conseguiste el dinero. No sé cómo. Nunca me he atrevido a preguntártelo. Habías montado la librería, pero estaba cerrada porque te ocupabas de mamá. Esa librería no nos dio más que problemas. Pocos clientes, muchas averías, muchas reparaciones... Y solo una satisfacción: cuando compraste y revendiste a un museo aquel cuadro de no sé qué pintor amigo de Picasso. Lo celebramos cenando en un restaurante. Mamá estaba enferma, pero fue cuando el tratamiento funcionaba. Ibas de madrugada al taller y abrías la librería después de comer. Decías que, poco a poco, se convertiría en un negocio. Las librerías de viejo no son un negocio, padre. No sé si alguna vez lo fueron. Todavía recuerdo el odio que fui cogiendo a esos libros amarillentos... No olvido la huella de tus dedos negros en sus lomos, la grasa del aceite del coche en los extremos inferiores de sus páginas.

»¿Tan grave fue lo que pasó? ¿Una frase te pudo llevar a ese lugar tan oscuro? El rechazo hacia aquel matrimonio hizo que llegáramos tarde a pagar el tratamiento de mamá, pero luego hubo más, claro. Vinieron al funeral. No los saludaste. A la salida, quisieron darte dinero para pagarme los estudios. No lo quisiste. Así una y otra vez hasta que nadie quiso ayudarnos. Conseguiste meterme de recadero en el hotel. Tenía quince años y trabajaba como si tuviera veinte. Tuve que dejar el colegio, tuve que aprender a ir a por comida, a por ropa... Conocía las iglesias donde más caridad había. Y tú mientras en la librería, prometiéndome que eso algún día cambiaría. ¡Éramos pobres pudiendo no serlo! Solo he conocido una persona en el mundo que fuera pobre por elección. Tú, padre.

»Lo de los principios y la dignidad está muy bien para las novelas, pero ¿qué pasa cuando tienes una mujer enferma y un hijo sin un

abrigo decente en invierno? En la tele, aparecía eso de la Transición, las libertades, la democracia... Decías que se habían creído lo de la libertad, pero que quienes pilotaban aquello no se arrepentían, no pensaban en el fondo que lo que hicieron los suyos en la guerra y durante cuarenta años estuvo mal. Nosotros estábamos solos porque tampoco éramos de los otros. Tú no eras de nadie. Ni siquiera podíamos beneficiarnos de las ayudas que daban algunas asociaciones de víctimas del franquismo que iban naciendo. "¿Qué te crees? ¿Que en la República todo estuvo bien? Aléjate de los rebaños", me decías. Pero yo no entendía nada. Con frío se piensa mal, padre. Sobre todo, cuando no has tenido frío de siempre, como era nuestro caso.

»Ya sé que aquel día en la casa del portalón verde tuvo que ser muy difícil, ya sé que te entraron ganas de golpearlo, lo sé todo. A mí me habría pasado lo mismo. A cualquiera le habría pasado. Lo que no he entendido en todo este tiempo, eso con lo que sigo sin estar de acuerdo, es tu reacción... El romper con todo, el marcharte, el hacernos a nosotros rehenes de tus principios.

»Acabé como tú. En un taller por la mañana, haciendo lo que me habías enseñado. En el instituto por las noches. Luego la universidad. Medicina, porque hacían falta médicos y tenía mucho miedo a quedarme sin trabajo. Imagínate mi vergüenza el primer día aquí, viéndote tras el atraco. Me echaron de un hospital, joder, padre... No sé si alguien me reconoció. Aunque, ¿qué más da? Gracias a esos que pudieron haberme reconocido, me enteré de que habías ingresado, de que sufrías una enfermedad terminal, de que te visitaba una "sobrina"...

»Os he escuchado desde la puerta algunos días. He tenido envidia. Es la relación que nosotros no tenemos. Es la relación que tampoco tuviste con tu padre. Vi que la habías engañado para seguir

con tu investigación. En realidad, ella también ganaba algo. Encontrarse un nazi así, lúcido y con buena salud, en estos años... Es una buena exclusiva.

»Pero dime, padre, ¿por qué fuiste tan rígido? ¿Fuimos nosotros los que tuvimos la culpa? ¿Debimos hacer algo de otra manera para convencerte? ¿Quizá quejarnos más? ¿Quizá mamá debió ser más dura? No lo sé. Yo, como la tía Concha, he llegado a la conclusión de que las respuestas que se pueden dar a todas esas preguntas son *gezurra*. Ojalá hubiese estado contigo en aquella casa del portalón verde el día en que todo cambió para nosotros, en ese salón, con él y con ella... Yo era pequeño, pero puede que lo bastante mayor como para sentir rabia. Y con esa rabia, por qué no, habría caminado convencido en tu misma dirección. ¿Habría sido más feliz? ¿Habríamos sido más felices juntos? No lo creo. Yo he sido más feliz así, poniendo distancia, estoy seguro. Y creo que tú has sido menos feliz. Unos somos más flexibles, otros menos. Hay cosas que no se pueden cambiar. Hay cosas, supongo, que no se pueden perdonar. He intentado convencerme repitiéndome las palabras de él e imaginando la cara de espanto de ella. Porque él no sabía de dónde habías salido tú. Ella sí. Se lo contaste al poco de empezar a trabajar en su casa. Ella era un encanto, siempre con una buena palabra en la boca, siempre pendiente de los demás. Él... también te quiso a su manera. Pero era un hombre de ese tiempo, encima, militar. Te cabreaste cuando te dije que él no sabía exactamente lo que pasó, que no disponía de información, que de haberlo conocido todo con detalle no lo habría dicho, que era un tipo preso de unas ideas que le habían inculcado a martillazos, que estuvieron a nada de matarlo, en un sótano, torturándolo, en Madrid, cuando la guerra acababa de empezar... Pero tú siempre tan idealista, diciendo que todo eso da igual, que las circunstancias trágicas nos condicionan, pero no nos

determinan, joder, padre, pareces filósofo; tú siempre diciendo que todo hombre, por podrido que esté el ambiente, encuentra la oportunidad de redimirse. Pero... ¿no eres tú también un hombre encadenado por un contexto, por una situación que no decidiste? Estás esclavizado por un solo día de tu vida, ¡por un instante! Él estaba esclavizado por una guerra y una dictadura.

»Ya sé que este camino es peligroso y que me puede llevar a justificarlo, a hacer lo que tú llamas equidistancia, a poner a la misma altura a la víctima y al verdugo. Pero no olvides que él fue víctima antes que verdugo, aunque te doy la razón en que fue verdugo durante muchísimo más tiempo que víctima.

»Me he repetido esas palabras una y otra vez, te lo prometo; las palabras que hicieron que todo estallase. Ese día en el salón, junto al mueble-bar marrón de la esquina. De pie los dos, como en un cruce de caminos: "Ramón, no quiero ni una palabra más sobre eso. Estoy harto de esa propaganda roja. Exageran y magnifican. Además, qué coño. Había que hacerlo y se hizo. Ojalá se repitieran esos bombardeos ahora que empieza esto a desmadrarse. Qué sonido, qué potencia. Ven, brinda conmigo por las bombas atronadoras". Te quedaste parado, no sé qué pensaste, tampoco si llegaste a decirle algo. No querías hablarme de ese día. Pero te escuché decírselo a mamá. Por eso, cuando me recriminas que no sé lo que pasó, sí que lo sé. Lo sé muy bien, o por lo menos sé lo fundamental. Te quedaste parado, supongo que lo miraste con esos ojos que yo te he visto alguna vez... Y te marchaste. Pudo haber sido peor. Nunca has sido violento, nunca has usado la fuerza. Además, él era un anciano. El hombre alto, el general uniformado de las fotos que limpiabas, era un anciano encorvado y con bastón. ¿Qué ibas a hacer? Ella no oyó lo que dijo, pero se lo imaginó cuando rompiste con todo. Te pidió perdón mil veces. Él también te

llamó. A mí también me pidió que te trasladara el mensaje. Que no le dieras importancia, que eran cosas de la guerra, que todo había pasado, que vivíamos en paz, que aquellos días no volverían a repetirse... Pero no pidió perdón. Si lo hubiera hecho, ¿qué más daba?, no habría cambiado nada. Alguien que dice eso no puede estar arrepentido.

»La tía Concha me explicó que el cobertizo ardió toda la noche y que, en una esquina, viendo el fuego, estuvisteis con vuestro padre, que fue a recogeros, esperando la oportunidad para sacar el cuerpo de tu madre. Cuando tu padre lo consiguió con la ayuda de otros tres hombres, la tía Concha, se acuerda muy bien, te tapó los ojos. No te revolviste, tampoco llorabas. Estuviste ahí, esperando, con las manos encima de las de tu hermana Concha, que te tapaban los ojos. Lo siguiente que viste fue una manta amarilla, gorda y polvorienta. Y sobre ella, un montón de lirios blancos. ¿Lo ves, padre?

»He pensado mucho, le he dado un montón de vueltas... Y no puedo estar de acuerdo con lo que hiciste. Esa es mi verdad. Ya sé cuál es la tuya. Te prometo que lo sé. ¿No es momento de reconocernos y dejar toda esta mierda atrás? Padre, pronto tendremos que decirnos adiós. Quizá esté siendo ahora, quizá nos estemos diciendo adiós para siempre —Guillermo dobla los folios y los deja sobre la cama—. Padre, hazme un gesto, ¿me has estado escuchando?

Julia se incorpora en el sillón, se frota los ojos con fuerza, intenta ver la reacción de Ramón. Lo mira a la cara, después a las manos, pero si ha ocurrido, ya ha debido de ocurrir. No ve nada. Solo la espalda del hijo y el rostro dormido del padre. Guillermo se da la vuelta y Julia no tiene reflejos para reaccionar. Ahí están, frente a frente. Ella, con un asombro cristalino en la mirada. Él, con un rostro

que Julia no sabría describir. Son demasiados impactos en apenas tres o cuatro segundos. Primero, intenta retener su cara para dejarla en algún lugar de los recuerdos. Quiere asegurarse de reconocerlo si vuelven a encontrarse. Después, busca en sus ojos la respuesta que ha podido darle su padre, pero no halla ninguna señal. Nada. No sabría inclinarse, no sabe qué hay ahí dentro: tristeza, resignación, pena, alegría, serenidad...

Antes de marcharse, Guillermo inclina levemente la barbilla, como asintiendo. A Julia la reconforta porque lo interpreta como algo a medio camino entre el agradecimiento y el reconocimiento. Va a devolverle el mismo movimiento de barbilla, pero ya es tarde. Se ha ido. Lo ha hecho tras rozar con los dedos el ramo de lirios blancos que hay en la mesilla. Es muy parecido al de la puerta.

Julia cierra los ojos. Reafirma la cara del hijo del librero en el cine de la memoria. El pelo negro, pero con más canas de las que parecía a lo lejos. Una arruga en cada pómulo, que le atraviesan la cara en diagonal. Barba de pocos días. Los ojos pequeños pero tan vivos de su padre. Y en alguna parte, de manera indeterminada, el rastro de la violencia. Lo sabe porque ella también lo encuentra cuando se mira en el espejo.

XXII

—¿Y por qué me ayudas a mí ahora? ¿Por qué no colaboras con la policía?

Julia se lo pregunta a Igor en la terraza de un bar frente a la playa del barrio de Gros. Están solos pese al comienzo del verano. Están solos porque una nube negra con forma hexagonal engulle el parque por completo. Con sus mesas y sus sillas de plástico. Con unos columpios casi vacíos, donde una madre de la edad de Julia ayuda a tirarse por el tobogán a un niño que no quiere irse a casa. *«iAma, berrira!* ¡Otra vez!», se escucha en los largos silencios que siguen a las preguntas de Julia y a los monosílabos que le concede Igor como respuesta. El suelo es de piedra gris, un reflejo del cielo. Julia mira al niño; le asusta el paso del tiempo. Se coloca las manos sobre la tripa para aplacar el escalofrío.

Igor ha elegido este lugar —Julia lo sabe; es su ciudad— porque los turistas no rebasan las fronteras de La Concha en los días en que amenaza tormenta. Para los turistas, San Sebastián acaba donde lo hacen sus barandillas blancas. Se nota en cómo varía el paisaje. Cuando se acaba la barandilla, se difumina poco a poco lo aristocrático, los destellos de esa ciudad que quiso ser París en miniatura. En este barrio de Gros, los bares ofrecen mesas de plástico con servilleteros de metal y publicidad de marcas de cerveza. Igor tarda en contestar, Julia se concentra en una sensación: el silencio es mucho más perceptible en unos columpios casi vacíos. Cuando Julia ve un parque vacío, recuerda que su

vientre también lo está y piensa que, de no ser por las circunstancias que la han ido asaltando, de no ser por ese veneno que su estómago esparce por la gente que la rodea, le gustaría ser madre. Es un pensamiento peligroso. Si tira del hilo hasta el final, si une todos los puntos, se acaba diciendo: *Creo que querría ser madre si no hubieran matado al aitona*.

Igor ha pedido un pincho de tortilla; ella un café. Ha ido en coche con su padre, que ha insistido en llevarla y saludarlo. Le ha dicho Esteban a Igor al despedirse: «Recuerda lo que me has prometido. Me lo has prometido. Ni un minuto sola». Pero a Esteban lo han engañado. El plan pactado pretende proteger a Julia... sin renunciar al margen de libertad de movimientos exigido por ella para investigar. Fue lo más difícil: convencer a Igor de que engañara a Esteban. Bueno, primero ya fue muy complicado que su padre le diera el teléfono de Igor. Porque de fondo estaba la divergencia del padre y la hija ante el dolor: esos acercamientos de Esteban a los terroristas en los últimos años. Un proceso que ella conocía, pero que no imaginaba tan rápido.

Julia recuerda las palabras de su padre con la misma precisión con que ahora escucha el estallido de las olas. Esteban se resistía a darle el número del terrorista. Impostadamente, para ablandarlo, ella le admitió algo que jamás le habría admitido: Igor no disparó, «no es lo mismo». Se mordió la lengua y, conforme avanzaba la llamada, visto que no prosperaba, cedió en ese punto. Se sintió mal por mentir a su padre. Por manipularlo. Es algo típico del periodista que intenta obtener información: fingir una cercanía con la fuente en los asuntos trascendentales. Julia se esmeró porque no es lo mismo engañar a una fuente que engañar a un padre. Esteban calló y, poco a poco, empezó a cambiar el tono. Pasó del «ni de broma, estás loca, te conozco, eres capaz de cualquier cosa, que no, que ni de

broma» al «¿para qué lo quieres? ¿Qué estás buscando, Julia?». Ahí no le mintió: «Lo estoy buscando a él, *aita*. Estoy buscando al hombre que mató al *aitona*. Ya sabes que no nos queda tiempo, apenas tres meses, y solo Igor puede ayudarme. ¿Recuerdas cuando hablamos en Madrid? Me dijiste que intentarías entenderme». A Esteban le pareció una locura. Además, confirmó lo que había sospechado desde que Julia «prometió» renunciar a la investigación: su hija tenía la fecha de la prescripción del asesinato tatuada en todas partes. No se había olvidado de ella, la llevaba como un cuchillo clavado en la espalda pese a esas veces en las que dijo: *«Aita*, *ama*, ya está. Lo he asumido. Tengo que parar para sobrevivir».

Esteban le recordó a Julia esos dos años en que se tiraba el día en la cama; esos dos años en que, de no haber sido por el trabajo en el periódico, no habría salido de la buhardilla. «Nunca lo vamos a encontrar, Julia, nunca. Y es mejor vivir siendo conscientes de eso. Si tú, día y noche durante tanto tiempo, no lo conseguiste... ¿Por qué ahora? Recuerda las consecuencias de buscar y no encontrar. ¡Cómo acabaste!». Su padre —está segura— se contuvo para evitar llegar al lugar donde más sufre ella: la insinuación de que la caducidad penal del crimen también puede ser una liberación. Un día, cuando Julia le recriminó a su madre que Esteban pudiera pensar así, ella le dijo: «¿No te das cuenta, hija? ¡Piensa así por ti! ¡Tú le has llevado hasta allí! ¡Porque te estás destruyendo! No le hagas elegir entre su padre muerto y su hija viva. Lo estás haciendo. Y te está eligiendo a ti».

Esteban no creía que Igor fuera a ayudar a su hija en el sentido que ella deseaba: «Está arrepentido, pero no es un traidor. Ser un traidor es lo peor que pueden ser hoy esos asesinos. Los traidores no pueden pasear por las calles de sus pueblos. Y esta gente lo

único que tiene es su tierra, no tienen adónde ir, no conocen otra cosa que esa tierra por la que han matado y han estado dispuestos a morir». La conversación entre padre e hija, en el fondo, fue la de siempre: la pugna entre quien apuesta por el acercamiento a los terroristas y quien lo rechaza. Pero Julia tenía un dato que no tenía en ocasiones anteriores: Igor, en una charla en la cárcel recomendada por la terapeuta de su padre y por los psicólogos del centro penitenciario, pidió perdón a Esteban. Luego vinieron dos o tres encuentros más. Igor —se enteró Julia tras la manifestación— acaba de salir de prisión. Julia sigue pensando que su padre no le ha revelado todo lo que sabe.

La última bronca de Julia con Esteban tuvo otro tono. Después de verlo saludando al terrorista en la manifestación, se moderó —está segura—, gracias a ese cinismo que debía mostrar para conseguir el contacto de Igor. Además, cuando pudieron hablar con cierta calma, con ella ya en Madrid, estaba muy reciente la visita de los dos al calabozo. No pudo evitar recriminarle a su padre que aceptara la charla con Igor sin el compromiso del terrorista de facilitar la identidad de su compañero, pero lo hizo con mesura... y una bola de fuego en el estómago. «Julia, él no sabe dónde está. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo? No sabe cómo encontrarlo». *«Aita*, si no es un traidor, sabrá cómo encontrarlo. Pero yo ya no entiendo nada: ¿los arrepentidos de lo que hicieron no son todos traidores?». «Ya no, hija, ha pasado mucho tiempo. Es más complejo». Dieron vueltas y vueltas. Fue una conversación telefónica que se prolongó dos días.

Julia está teniendo una pequeña tregua gracias a un nuevo episodio de la guerra entre periódicos. Cuando ya estaba marcada la publicación del primer reportaje sobre Hafner, recibió una llamada del director: «Has tenido suerte, Mendieta. Vas a tener un poco más de tiempo para esa visita al alemán que dices que te falta. Mañana

vamos con algo gordo. Estate atenta. Va a ser tan gordo que te va a regalar una prórroga».

La información a la que se refería Rivas era verdaderamente importante, figuró en portada un par de días —eso es una eternidad para una noticia— con un titular, según Julia, algo amarillista: «Escucha la prueba: Francisco Rodríguez autorizó la financiación irregular de la campaña electoral que lo llevó a la presidencia».

Julia no cree en los horóscopos, en la providencia ni en cosas por el estilo, pero esta vez vio en el nuevo escándalo informativo una señal. *Es mi oportunidad para encontrarlo. Tengo que intentarlo una vez más*. Avisó a Iván, a Marcos y a Clara de que se iba unos días, también a Rivas en esa llamada, y a nadie más porque Ferrándiz ya no está y la sección de «Reportajes» es una jungla sin jefe al frente. Rechazó —eso cabreó mucho al director— las invitaciones de la televisión para participar en las tertulias sobre las noticias publicadas por *El Universal*. Y en ese contexto, con su periódico a la cabeza en la guerra con la competencia, ha decidido convertirse en un fantasma. Eso sí, le hacía falta convencer a su padre y a Igor.

«Aita, no sé cómo decírtelo. Tú necesitaste hablar con ese hombre como parte de tu proceso. Yo lo necesito ahora. Y también necesito encontrar al asesino del *aitona*. Me equivoqué juzgándote, negándote esa oportunidad. No hagas tú lo mismo conmigo. Dame la última oportunidad que me queda». Supo que había dado en el clavo porque su padre calló, después titubeó y luego volvió a callar. «Déjame que lo piense». Al día siguiente, Julia recibió un contacto en su teléfono. Ponía: «I». Luego un mensaje: «Cómo cambian las cosas. Te lo paso sin el visto bueno de tu madre». Le asaltó una doble sensación: la satisfacción por haber conseguido su objetivo y la culpabilidad por haber mentido a su padre. Julia no cree que se equivocara todas esas veces en las que le recriminó sus

acercamientos a la banda terrorista. Se arrepiente de haberle machacado, de haberle gritado, de haberle retirado la palabra, de todo eso, pero no de los motivos que la empujaron.

—Responde, ¿por qué quieres ayudarme ahora?

Julia iba a pegar un puñetazo en la mesa, pero ha visto a tiempo que se acerca el camarero con su segundo café. Igor se ha terminado la tortilla y ha dado un último sorbo a su copa de vino. Saca un cigarro, lo enciende y mira al mar. Como si fuera una chimenea, el humo sale de la capucha gris que le cubre la cabeza. Las capuchas son parte del paisaje en los veranos de esta playa. Las llevan puestas los surferos que van hacia el mar y también los que regresan. «No quiero que me vean con alguien de fuera», le ha dicho al saludarla. Julia, muy brusca, le ha contestado: «¿De fuera? De fuera eres tú, que naciste en un pueblo. Yo soy de San Sebastián».

—Tengo que decirte que nunca pensé que llegaría un momento como este. No, no, no me refiero a eso —se apresura Igor al ver que Julia se dispone a arremeter de nuevo—. No hablo de nuestro encuentro. Me refiero a esta calma, a esta ciudad como... dormida. Y a no echar de menos lo de antes: la música, las manifestaciones, el ruido, el fuego...

—Ese es el problema, que vosotros no tenéis que «echar de menos». —Julia lo dice en voz baja, casi susurrando, consciente de que está insultando a la única carta que queda en su baraja.

—Acuérdate de lo que hemos hablado estos días. —Igor sonríe y niega con la cabeza—. No podemos empezar si no tienes capacidad de frenarte. Hostia, si eres así conmigo, imagínate lo que vas a sentir cuando le veas a él.

Porque después de la llamada con su padre, llegó la llamada a Igor. Él estaba avisado. Quiso coger el teléfono, cree Julia, por hacerle un favor a Esteban. Ha intentado ponerse en la cabeza del terrorista y cree comprenderlo. *Si ayuda al* aita, *se ayuda a sí mismo. Se ayuda a seguir adelante, a calmar su conciencia*. Pero luego se advierte. *No puede ser tan fácil, Julia. La mente de un ser humano no puede ser tan fácil*.

Igor abordó la primera conversación con cierto pánico. No por la conversación en sí —le explicó—, sino creyendo que podía tener el teléfono pinchado. Una vez establecido el contacto, Julia recibió indicaciones para llamar a distintos móviles, supone, de prepago. Así se fueron terciando las llamadas. Cuatro o cinco, quizá, pero todas entre el jueves y el viernes. Julia quiere regresar a Madrid el domingo para ver a Hafner el lunes y hoy ya es sábado.

Lo estás utilizando, lo estás utilizando, se repetía ella después de colgar tras un ataque de ira. *Lo estás utilizando y él te está utilizando a ti. Es como un negocio, que no te importe lo demás*. Se calmaba, daba un paseo, incluso visitó a Ramón un par de veces, y volvía a llamar. Visitó al librero para pedirle perdón y un poco más de tiempo: «Sé que me comprendes. Tienes que darme algunos días para intentar encontrarlo. Luego volveré a por Hafner, pero ahora necesito concentrarme en esto».

Julia no sabía por dónde empezar. Su padre le contó algunos detalles para que pudiera preparar la llamada: «Igor es un arrepentido, pero no de la manera que tú concibes. Para ti, es un arrepentido solo a medias». Esteban se refería a que Igor había confesado en secreto a la policía los preparativos del atentado con una excepción: la identidad del hombre que disparó. «Solo lo saben él y quienes están huidos. Si confesara, aunque lo hiciera en privado, tendría problemas. Además, ¿qué prueba puede aportar?

Volveríamos a otra investigación, otra más... Me hierve la sangre, hija, te lo juro que me hierve la sangre. Pero si lo pienso en frío, lo comprendo. ¿De qué nos sirve que arriesgue su vida? ¿Otra vida más en juego por esta mierda? Tú tienes que aprender a pensar en frío si quieres acercarte a él». Igor es un chico de pueblo, nacido a las afueras de San Sebastián. Mejor dicho: era un chico de pueblo. Tenía veinte años cuando participó en el atentado y ahora tiene casi cuarenta. Los motivos que lo llevaron a entrar en ETA... Julia no quiso escuchar demasiado sobre esto; supone que son las mismas razones que llevaban a algunos chavales de su clase, a algunos vecinos, a disculpar e incluso apoyar los asesinatos: «Es una guerra contra el Estado, a nosotros también nos matan». A Igor, le contó Esteban a Julia hasta que ella le interrumpió, lo torturaron cuando lo detuvieron para intentar que confesara, pero no lo hizo. Le dieron una paliza. Julia no quiso escucharlo porque sabía que se compadecería y le repugnaba la mera posibilidad de hacerlo.

—Venga, ya estoy más tranquila.

—No estás tranquila. Qué vas a estar tranquila. —Igor es correcto y educado, pero cuando niega o afirma, resulta brusco.

—No me mires así. —Julia tiene dentro una mezcla de ganas de correr, pegar, gritar y escapar. Esas ganas se acentúan con la mirada de Igor.

—¿Así cómo?

—Como si mandaras sobre mí.

—Te lo dije bien claro: aquí hay unas reglas, las pongo yo y tienes que cumplirlas. Todavía puedes marcharte. Luego no podrás volver hasta mañana por la noche.

—Vamos.

—Espera un rato más. Tranquilízate. —Igor pide otro pincho de tortilla—. Vas a probarla. Te va a gustar.

Julia se siente segura porque no encuentra en él ninguna razón por la que pueda hacer algo que lo lleve de nuevo a prisión. Han sido casi veinte años de encierro. Además, se ha repetido a sí misma en el avión, su padre confía en él. Y eso es mucho. Desde que habló con Igor por primera vez, Julia no ha querido conocer a fondo su historia. No ha querido conocer detalles sobre su familia o su pueblo. Tampoco sobre las conversaciones con su padre ni sobre su implicación en el asesinato del abuelo. Sabe que eso la desbordaría de furia y arruinaría cualquier posibilidad de colaboración. Ya habrá tiempo. Solo le ha preguntado acerca de su presencia en la manifestación donde se vieron por primera vez. Le ha dicho que qué narices hacía ahí si se avergüenza de lo que hizo; y él le ha contestado que esas concentraciones «no son para defender lo que se hizo, sino para pedir el acercamiento de los presos a las cárceles de Euskal Herria, porque nuestras familias no tienen la culpa; bastante han sufrido».

Ha habido una frase de Igor que ha arrancado un leve asentimiento de Julia: «Yo estaba ahí para defender a mi padre, que fue a verme a Cádiz durante años, hasta que por fin me trasladaron aquí. Tú quieres verme a mí para ayudar al tuyo». Julia ha cambiado de tema. Le dan vértigo los afectos de Igor.

La madre se lleva al niño del parque. Es la hora de comer. Otra vez el silencio. Ahora casi del todo. Solo suenan el mar y el columpio, que sigue en movimiento. «Mira, *ama,* le voy a dar muy fuerte. Desde aquí se puede llegar hasta el cielo». Y lo ha empujado con las dos manos, con todas sus fuerzas. La madre ha tenido que retirar rápido a su hijo para que no recibiera el golpe del columpio a su vuelta. Hasta el cielo mira ahora Julia y se queda un rato así: rehén de las nubes que pasan. La saca de su ensimismamiento el ruido del plato de tortilla contra la mesa.

—Venga, prueba, igual ya no comemos nada hasta la cena. —Igor le acerca el tenedor.

—¡Julia! —grita un hombre a lo lejos. Está detrás de los columpios, casi donde empieza la playa. Saluda con la mano y una sonrisa tan grande como para verla desde esta distancia de siete u ocho metros.

—Oye, ¿qué hostias es esto? —pregunta Igor girándose en dirección contraria, hacia la puerta del bar, para no ser avistado por el tipo que saluda.

—Ya es mala suerte... Es un viejo amigo de la familia, ahora vengo. No tardo nada.

Julia lo ha reconocido por la voz. *El sicario de Olmedo*. Lleva las mismas gafas de sol que en Madrid, pero no hay rastro del traje. Camisa de manga corta y de flores, unas bermudas azul marino y chancletas del mismo color. Piensa Julia que este tipo no ha veraneado en San Sebastián en su vida.

—Qué, Mendieta, ¿retomando el tiempo perdido con los viejos amigos?

—¿Qué haces aquí? —Julia le hace una señal con la cabeza para pasear en dirección contraria a la terraza donde espera Igor.

—¿Te avergüenza que te vean conmigo? Nosotros también somos viejos amigos, mujer. —El hombre se quita las gafas de sol, las deja colgando de un botón de la camisa y se mete las manos en los bolsillos. Echan a andar por el paseo que lleva al río y al centro de la ciudad.

—Venga, tengo poco tiempo.

—Vaya cambio, ¿no? Si no llego a seguirte, ni te reconozco —le dice mirándola de arriba abajo; mirándola sobre todo a la cara.

Julia viste vaqueros, deportivas, una camiseta blanca y la sudadera amarilla colgada de la cintura. Antes de viajar a San

Sebastián, pasó por la peluquería y pidió el corte más distinto al suyo que se les ocurriera. Salió de allí peinada *a lo garçon,* que dice su madre. Derrotada la melena, con flequillo y reflejos rubios.

—¿Te gusta? —No puede evitar que un torrente de ironía se cuele en su voz—. Bueno, dime, qué quieres.

—Siempre con prisa, Mendieta, siempre con tanta prisa. Te lo voy a poner muy fácil, entonces. Dime de dónde sale todo y no volverás a verme. Un nombre y me marcho.

—¿De dónde sale qué?

—No me toques los cojones. No te va a gustar que me entre a mí la prisa. —El enviado de Olmedo se detiene, la coge del brazo y la mira a la cara—. Dime de dónde sale la información que estáis publicando, los audios del presidente, de dónde sale toda esa mierda.

—¡Ah! —Julia se relaja, incluso sonríe al agitar el brazo para desprenderse del marcaje—. Te refieres a eso... ¿De verdad creéis que yo sé quién es la fuente?

—Mendieta, te conviene estar a buenas con nosotros. Por ejemplo, ¿qué te parecería que se reabriera la investigación sobre el asesinato de tu abuelo a tres meses de que prescriba?

El hombre vuelve a sonreír. Sabe que Julia conoce cómo funciona la ley. Si alguien aporta una prueba consistente señalando a una persona concreta y eso provoca la apertura de diligencias, el contador se pondría a cero y se volvería a disponer de veinte años para investigar a ese sospechoso.

—No vuelvas a mencionarlo. —Ahora es Julia la que se acerca y apunta a su boca con el dedo índice—. Ni se te ocurra volver a mencionarlo.

—Sería balsámico, un ejercicio de justicia después de tantos años y cuando ya parece imposible —pronuncia estas últimas palabras

ridiculizándolas—. Nosotros podemos lograrlo.

—Te he dicho que no lo menciones.

—Venga, dame un nombre, quién es la fuente. Los dos tenemos prisa. —El enviado de Olmedo vuelve a perder la paciencia y adopta su tono más serio. Julia se percata de que está nervioso, transita demasiado rápido de la ironía al genio.

—Te voy a decir la verdad. —Suspira—. No tengo ni idea de cuál es la fuente, pero si lo supiera, lo último que haría sería decírselo a un sicario como tú.

—Le doy saludos al ministro de tu parte. —Se aleja camino del Kursaal, que se alza sobre el río, donde termina la playa. Es un bloque de formas rígidas, de un solo color, el gris. Otro reflejo del cielo—. ¡Por cierto, Mendieta! Se me olvidaba —añade en voz muy alta, ya a tres o cuatro metros—. Cuando regreses a Madrid, el señor Hafner no estará en Los Abedules para recibirte. Su hija va a enterarse de que una periodista anda entrevistándolo y lo sacará de la residencia para protegerlo. Qué pena, tenía muchas ganas de leer tu reportaje. Si no sabes cuál es la fuente... ya verás, a partir de ahora, vas a hacer todo por saberlo.

—Vosotros sois los primeros a los que les interesa que salga el reportaje. Taparía vuestra mierda.

—¡Claro! Lo que no nos importa tanto es si lo sacas tú o el tonto de Adánez.

Julia da media vuelta y finge indiferencia. Mira al horizonte para intentar relajarse, pero encuentra un mar devorado por olas altas que rugen, callan por un segundo en su máxima altura y después estallan. Ella es lo mismo por dentro: un corazón que late fuerte, calla por un segundo y vuelve a golpear. Se siente presa en una telaraña de ansiedades: el miedo a que Igor se haya marchado, el miedo a no concluir el reportaje de Hafner, el miedo a incumplir el

último deseo de Ramón; el miedo a que este último intento de buscar al asesino de su abuelo fracase y vuelva a encerrarla entre las sábanas.

Echa a correr. Se cruza con un grupo que está parado en la acera; no puede pasar. Han venido a ver el Kursaal; se nota que lo están estudiando en sus distintas perspectivas. Parecen arquitectos. Para colmo, hablan en alemán. Julia tiene que frenar y caminar de perfil. Choca con algunos de ellos. Ya ve el parque y la recta de los bares que lo rodea. Sigue corriendo. Hace un rato se le ha debido de caer la sudadera que llevaba atada a la cintura. Desanda el camino para recuperarla. *¡Joder!* Vuelve a correr. Ahora sí, ya distingue la cara de Igor, que no sabe descifrar del todo.

—Creo que voy a probar la tortilla. —Es la primera vez que se muestra amable con él. Se acerca el plato que antes había rechazado.

—¿Qué hostias ha sido eso? Te pedí discreción, ¡la puta discreción! —En el lado de Igor ya no está la copa de vino. Solo un paquete de tabaco abierto y un cenicero inundado de colillas.

—Si no llego a ir a saludarlo, habría sido peor, porque se habría acercado él. Es un amigo de mis *aitas*. No me veía desde hace un montón de tiempo. —Intenta quitar importancia al encuentro, pero su lenguaje corporal no la ayuda. Las piernas temblando, las manos temblando.

—Empezar así no me transmite confianza. Me juego mucho, ¿sabes? Claro que lo sabes. Te lo expliqué mil veces hasta que me convenciste. —Ella le contesta encogiéndose de hombros, insistiendo en que la visita del viejo amigo se escapa de lo que puede controlar —. Qué, ¿está rica la tortilla?

—Está rica, sí. —No tiene hambre. Además, está fría. Se la come rápido y a grandes bocados. Quiere marcharse cuanto antes.

Nerviosa, divisa los alrededores con el mayor disimulo posible. Tiene la sensación de que el enviado de Olmedo se ha marchado al comprobar que no iba a conseguir su objetivo, pero no descarta que vuelva a seguirla—. Venga, ¿vamos?

—Antes, tenemos que repasar algunas cosas.

—¿Otra vez?

—*Bai, berriro begiratuko dugu*[1] .

—Me llamo Maider Hernández. Nací en Donosti hace treinta años. —Julia corresponde hablando en euskera—. Cuando tenía cinco, me mudé a Nueva York por el trabajo de mi padre, que construye puentes. Mi madre montó allí una floristería. Estudié Literatura y estoy preparando el doctorado sobre los autores de la generación perdida: Hemingway, Fitzgerald, Stein, Sylvia Beach... Pero me está costando. Me voy alargando y alargando... Espero terminar pronto y...

—Para. Eso que has dicho de los escritores, ¿te lo sabes bien? No es ningún gilipollas, le gusta leer.

—Que sí, que sí, que me lo he estudiado.

—Sigue. —Igor tiende el paquete de tabaco a Julia, que coge un cigarro. No fumaba desde el instituto.

—He venido a Donosti en verano para recorrer los lugares de mi niñez. Me acuerdo un poco de algunas cosas. Tú y yo nos conocimos tomando algo en la parte vieja, en ese bar que hace esquina junto a la iglesia, al final de la calle Mayor. —Tose por culpa del cigarro.

—Más.

—Me estás llevando a ver los sitios más bonitos de la zona. Hemos estado en Bilbao, en Vitoria, hemos visto un encierro juntos en Pamplona.

A ratos se traba por el euskera. Apenas lo habla desde que dejó el instituto. Con su abuelo sí que lo utilizaba más. Le decía: «Julia, es

la lengua de nuestros padres. Que nada te aleje de ella». Lo entendió más tarde, mucho más tarde.

—Joder, si estamos hablando en euskera, no puedes decir Pamplona y Vitoria. Tendrás que decir Iruña y Gasteiz.

—Vale, vale. Venga, sigo. —Julia apaga el cigarro tras haberle dado solo tres o cuatro caladas y lo deja en el cenicero.

—Enséñame el móvil.

—¿Ves? No es el mío, es el nuevo que me pediste que comprara. Tengo dentro tu teléfono, el de mi *aita* guardado con otro nombre, he creado un montón de contactos falsos... Mira el fondo de pantalla: mis padres y yo, de niña, en Nueva York. —Igor se inclina hacia ella y se retira levemente la capucha para mirar.

—Tu *aita*... Joder, no quería engañarlo.

—Solo lo hemos engañado a medias.

—Le he prometido que no te voy a dejar ni un minuto sola.

—Y eso haremos, salvo que exista una oportunidad para...

—No te quedes ni un minuto sola con él. Ten paciencia. Si queremos hacerlo bien, tiene que ser despacio. En caso de emergencia...

—Correr hacia la carretera.

—Bueno, no va mal ese euskera.

—He leído, he visto películas, he practicado. —Julia pide la cuenta. Acerca rápido su tarjeta al datáfono para evitar que sea él quien pague. No quiere nada suyo.

—Espera. —Cuando se va el camarero, Igor estira el brazo y le arrebata la tarjeta.

—¿Qué coño haces?

—¿Lo ves? Siempre se escapa algún detalle. En esta tarjeta pone tu nombre real. La tarjeta se queda en la guantera del coche. Ahora sí, vamos. —Igor se levanta.

—Eh, una cosa más. No me has contestado. —Vuelve a sentarse —. ¿Por qué me ayudas a mí ahora?

—Le prometí a tu padre que haría lo que estuviera en mi mano para ayudarle. Le estoy ayudando a él. Es un buen hombre.

—Podrías haber hablado con la policía como testigo protegido o como se diga.

—¿La policía? —Igor se ríe hasta que no puede contener las carcajadas—. ¡La policía! Sois un puto número para la policía. Sois un problema. ¿Cuánto han investigado desde que pasó aquello? ¿Cuánto han averiguado? Lo único que saben, lo único que sabéis, se lo conté yo. ¡Los jueces! ¡Qué mierda le importáis a los jueces! Nada. Los políticos. —Se ríe todavía más—. Solo hablan de tu abuelo y los demás cuando se acercan las elecciones. Sois una puta pancarta.

—La policía no ha podido... —Julia balbucea—. Si les hubieras dado más datos, podrían haber ido más allá. —Vuelven a hablar en castellano—. No entiendo por qué hacemos esto, que es mucho más arriesgado. Con la misma pista, ellos podrían ir y...

—¿Ir adónde? ¿A otro país? ¿Sin pruebas consistentes? No sabes de lo que hablas. Bueno, sí lo sabes, pero no quieres verlo. Porque cuando lo viste, me contó tu padre, acabaste al borde de...

—Acabé así por tu culpa, asesino. —Julia no grita, pero remarca cada sílaba.

—No se lo digo a la policía porque también ellos son unos asesinos. Primero, podrían filtrar que he sido yo quien ha dado el nombre. Y segundo... no pienso hacer el trabajo sucio a esos cabrones. Tú solo ves una parte. Mira esto. —Extiende el brazo. Lo cruza en vertical una cicatriz que sorprende por su forma: una línea tan recta que parece una operación. Julia no quiere mirar. Se gira hacia el mar—. ¡Mira esto, joder! ¡Atrévete!

—Estaba buena la tortilla —dice manteniendo la vista en el mar—. El primer culpable de un crimen sin resolver siempre será el asesino. —Levanta la barbilla y dispara sus ojos contra los de Igor.

—Uribe, no te olvides de una cosa. —Nunca la había llamado por su verdadero apellido, el de su abuelo—. Se te acaba el tiempo. Soy... Fui un terrorista —se traba—, pero soy el único que puede ayudarte.

XXIII

El coche es uno de esos Fiat pequeños que parecen una cápsula espacial. La rodilla de Igor, más alto que la media, roza con la palanca de cambios y a punto está de hacerlo con la pierna de Julia. No hay palabras dentro del coche. La radio está apagada y las ventanillas cerradas. Viajan a lomos del ruido del motor y el murmullo del aire acondicionado. Julia apoya el antebrazo en la parte superior de la puerta y deja caer ahí la cabeza. Se refugia en lo que le va ofreciendo el cristal: grises, verdes, asfalto, montañas. Sabe que pronto comenzarán a abrirse para dejar paso al mar.

No tiene miedo. Más bien, tiene miedo a no tener miedo. Cuando lo padeció en exceso, su psicólogo le enseñó a aprender las virtudes del pánico. Un temor contenido, enmarcado en los límites de la racionalidad, «nos mantiene alerta, nos defiende». Lo contrario nos desinhibe peligrosamente. Calcula que no quedan ni diez minutos para llegar y el miedo no aparece. También ha logrado encerrar provisionalmente en algún rincón el odio a Igor. Eso va a ser lo más difícil: tratarlo con cariño, bromear, brindar. Es un amigo que le está dando un paseo por el país de la infancia. Se gira para mirarlo por primera vez desde que ha arrancado el coche: conduce rígido, con las dos manos al volante y las gafas de sol puestas. Se pregunta si él tiene miedo. Se plantea incluso preguntárselo: «¿Tienes miedo?». Para evitar la tentación, cambia de pregunta.

—Oye, ya casi estamos, ¿no?

—Sí, ya estamos.

Julia ha pasado muchos días de sus veranos en Hendaya. La primera vez llegó junto al abuelo a bordo del Topo. También ha venido varias veces en barco desde Fuenterrabía, el pueblecito español que ya puede verse al otro lado del mar desde este aparcamiento.

—Es bonito Hondarribia, ¿eh? —le dice Igor al apagar el motor y darse cuenta de hacia dónde mira, a un barco que parece un autobús-lanzadera y que recoge viajeros a ambos lados del mar cada cuarto de hora.

A Julia le encantaba la sensación de tardar tan poco en cruzar a un lugar donde hablan distinto. *«Aitona,* ¿estamos en otro país, de verdad?». El abuelo la llevó también a ver la isla de los Faisanes, uno de los lugares favoritos de Julia. Es un trozo de tierra en medio del río Bidasoa, a medio camino entre Fuenterrabía y Hendaya. Allí se acordaron tratados que pusieron fin a guerras medievales y se firmaron matrimonios entre las monarquías de Francia y España. Pero nada de eso le interesaba demasiado, «eso no te interesa, ¿eh, Julieta?». Lo que le apasionaba era que los dos países se hubieran repartido la isla para evitar las guerras que se iban sucediendo entre los pescadores. «Te prometo que es así, *maitia*. Seis meses al año es España y seis meses al año, Francia», le decía el abuelo. Julia siempre le contestaba: «¿Y ahora qué es? ¿Francia o España?». El abuelo no lo sabía de memoria. Entonces, paraba a un viejo del lugar para preguntárselo y que lo escuchara su nieta.

A Julia tampoco le interesó demasiado, de eso no le habló el abuelo, que este fuera el pueblo elegido por Franco y Hitler para reunirse y debatir la participación de España en la Segunda Guerra Mundial. Ahora, por culpa de Ramón y de Hafner, sí le genera cierto interés, pero sabe que no pisará la estación de tren donde se reunieron. Queda lejos de la playa.

Igor saca las mochilas del maletero. Julia se asoma a la barandilla del puerto, junto al aparcamiento. El agua está limpia y la surcan unos peces grises y alargados. Su abuelo le decía que había muchos tiburones, pero que había que gritar para que saludaran. Julia y el abuelo gritaban muy alto: «¡Tiburones! ¡Tiburones!».

—Nos viene bien que conozcas Hendaya.

—Todo el mundo en Donosti conoce Hendaya. —Julia responde con poca simpatía, pero se obliga a añadir una frase amistosa y una sonrisa para demostrar que está preparada—. El puerto es precioso y la playa es enorme.

Quizá eso ayude. Julia intenta convencerse de que, si no conociera Hendaya, sentiría el miedo. Conoce las casitas, el mercado que se instala aquí los domingos de julio y agosto, dónde empieza y acaba la playa, el mejor bar para tomar un helado, los baños públicos. Sabría incluso regresar a San Sebastián andando.

Van camino de la playa. «¿Por qué no llevas a Iván a Hendaya?», le preguntó su madre. Y lo trajo. Pasearon cogidos de la cintura. Julia caminaba con la mano metida en el bolsillo trasero del pantalón de Iván, como siempre que hacía frío. Él la besaba en la cabeza cuando se paraban a mirar algo. Habían llegado en barco desde Fuenterrabía. Él tenía razón: «Francia es más caro y se come peor. ¡Cómo es posible! Si tienen el mismo mar para pescar el mismo pescado». Bebieron un par de botellas de sidra, pasearon y, cuando fueron a regresar, se les fue en las narices el último barco de vuelta. Cogieron un taxi, pagaron un dineral. «¿Lo ves, corazón? —le dijo agitando el *ticket*—. Tú querías cenar en Francia y ha sido como hacerlo en París».

—Oye, que estamos llegando. —Igor la saca de su ensimismamiento con una palmada amistosa en el hombro.

—¿Aquí?

Julia no esperaba que fuera en este lugar. Las casas que subrayan la playa —paredes blancas y tejados en punta de color rojo— suelen estar repletas de turistas. Son las típicas construcciones que uno imagina cuando piensa en el País Vasco. Tanto en Francia como en España, las agencias de viajes las utilizan como reclamo en sus publicidades. De estética neovasca, nacieron a principios del siglo xx y fueron pespuntando la orilla hasta cubrir los tres kilómetros de costa. Julia ha visto que la casa a la que se dirigen está dividida en tres alturas y que las dos superiores tienen un ventanal desde el que imagina grandes vistas al mar. Se lo imagina también a él, mirando al mar, disfrutando, y se enciende.

—Qué, ¿entramos? —Se había quedado parada en la acera. Igor ya tiene la mano en el timbre.

—Sí, vamos.

Suena una voz:

—*Oui?*

—Soy yo —contesta Igor. Y la puerta se abre.

Suben las escaleras, es el primer piso. Julia va reviviendo ese *«oui?»* en su cabeza una y otra vez. Es la voz del hombre que lleva buscando tanto tiempo. Nunca imaginó que sería tan fácil, que sonaría a través del telefonillo de una casa en la playa. Antes de tocar la puerta, Igor se gira hacia Julia, que está detrás, y le lanza una mirada que lleva cosida una pregunta: «¿Preparada?». Asiente. Igor cierra el puño y golpea.

—Qué sorpresa —dice en euskera el hombre que aparece—. Qué sorpresa —vuelve a decir ahora mirando a Julia y con verdadera cara de asombro.

Por un momento, ella cree que la ha reconocido, pero le bastan un par de segundos para comprobar que ese pasmo se corresponde con la presencia en el lugar de una desconocida.

—Lander, esta es Maider. —Julia se acerca para darle dos besos, pero él, que no lo percibe debido a la penumbra del descansillo, contesta desde la puerta:

—Aúpa, Maider, encantado.

Julia ha memorizado su cara en cuanto ha aparecido. Está segura de que ya podría identificarlo entre un millón de hombres. El pelo ligeramente rizado. Abundante y azabache. Los ojos achinados, pequeñitos, verdes. Sin barba ni apenas rastro de afeitado. Hay algo que le dice que tiene una edad similar a la de Igor, pero parece mucho más joven. Es un rostro que describiría como aniñado. Resulta poco más alto que ella. Delgado, bastante delgado. Lleva una camiseta verde y unas bermudas marrones. Julia se fija en sus espinillas, cima de esa delgadez que lo recorre desde el cuello hasta los pies. Lo ha escaneado en los dos segundos que han transcurrido hasta su siguiente pregunta:

—Bueno, pasáis, ¿no?

—A eso hemos venido. —Sonríe Julia, forzándose a dar un paso ante una parálisis de Igor que la intranquiliza.

—Joder, Igor, parece que has visto un fantasma.

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—También tienes razón, ven aquí. —Lander lo abraza y le coge la mochila. Ya en la cocina, que es la primera habitación de la casa, señala el ventanal que da al mar—. No está mal, ¿eh?

—¿De dónde te has sacado esto? —Igor se cruza de brazos y mira en esa dirección. Julia sabe que está nervioso porque se ha disuelto la vehemencia que transmitía en las llamadas y en su encuentro de por la mañana en San Sebastián.

—Una amiga de mi *ama,* que me lo ha alquilado barato. Si no, ¿cómo iba a pagarlo? —Lander abre el frigorífico y saca tres

cervezas buscando el asentimiento de Igor y Julia—. Maider, con ese nombre supongo que eres de aquí —empieza a hablar en castellano.

—Sí, sí, de Donosti, como este. —Julia retoma el euskera.

—Ya le gustaría a este ser de Donosti. Este es de pueblo, como yo. —Lander golpea cariñosamente la espalda de Igor—. ¿Y qué haces por aquí? —se dirige otra vez a Julia. Se han sentado en tres butacones mullidos y de espalda alta. Los une en tertulia una mesa redonda y de madera.

—Ver sitios, conocer gente...

Julia despliega lentamente su falsa identidad. Lo hace a trompicones y con titubeos para esconder la prefabricación. Mira a Lander, sigue fotografiándolo en su cabeza, aunque de vez en cuando se gira hacia Igor, que sonríe. También es una sonrisa muy distinta a la de esta mañana, desprendida de toda seguridad. Lander lo conoce muy bien y teme que, en lugar de descubrirla a ella, lo descubra a él.

Se recrea varios minutos al describir los alrededores de su casa en Nueva York. Aporta detalles absurdos. El horario de la floristería, el nombre del colegio al que iba, la distancia que debía recorrer en metro para llegar... Esos detalles irrelevantes, lo sabe bien, son los que insuflan verdad a las mentiras. Julia detecta en un par de ocasiones que Lander mira a Igor por el rabillo del ojo. Lee una migaja de ese asombro que le conquistó la cara al abrir la puerta. Si Julia no manejara el contexto que maneja, no se daría cuenta. Pero le ha costado muy poco percibir que Lander está incómodo y que pretende reprender a su compañero mediante diminutas señas por haber ido con una desconocida.

—Joder, para llevar tanto tiempo fuera, hablas bastante bien el euskera.

—No te creas. Si te fijas en la pronunciación, se nota que es guiri —tercia Igor, quizá consciente de que debe disimular mejor su nerviosismo.

—Mis *aitas,* en casa, me hablan mucho en euskera. Siempre les ha preocupado que me convirtiera en una gringa, que olvidara mis orígenes. Se pusieron muy pesados. Me traían libros, revistas, películas...

—¿Y tú no venías con ellos o qué? ¿Te dejaban allí?

—La verdad es que... —Julia no había previsto una pregunta así y duda. Hasta ahora no había improvisado ninguna de sus palabras. Anoche, tumbada en la cama, había imaginado esta conversación una y otra vez. La había construido distinta, en un lugar más oscuro, y Lander tenía otro aspecto. Otro rostro y una frialdad que no percibe en él—. La verdad es que me trajeron poco, apenas un par de veces. Mi *aita*... Mi *aita* tenía vacaciones cuando yo no las tenía en el colegio. Entonces, o me quedaba con mi *ama*... o se iban los dos y me dejaban con una vecina que es como de la familia.

—Y tú, qué, cabronazo, años sin dar señales de vida y ahora...

—Ya sabes que he estado... —Igor pide permiso para acercarse al frigorífico y coger otra cerveza—. He empezado a buscar curro y me está costando. No sale nada. Estoy aprovechando para pasar tiempo con mi *aita,* en el pueblo. También he viajado un poco. Hemos viajado un poco —introduce de nuevo a Julia, que, contra pronóstico, se está desenvolviendo mejor que él.

—Ah, ¿estáis jun...? —Lander los señala a ambos al mismo tiempo con el dedo índice de cada mano.

—Qué va, qué va. —Julia se sonroja de verdad. No había contemplado que Lander los pudiera imaginar como pareja. Ahora que sucede, le parece obvio que lo haga. Dos personas que llegan,

una de ellas desconocida y sin previo aviso, dicen que llevan un tiempo viajando juntos...

—No sé cómo será en Nueva York, probablemente distinto porque allí sois muy modernos, pero aquí, dos vascos, chico y chica, que viajan juntos... es lo que es. —Julia interpreta que Lander no ha creído su respuesta y que piensa que, como poco, están liados.

—Que no, Lander, joder; si no, te lo diría, ¿qué más daría? —sentencia Igor con una brusquedad que alarma a Julia. Ha sido una intervención extemporánea, fuera de tiesto.

—Vale, vale, *calmez-vous, monsieur* —dice Lander. Julia no tiene duda. Es la pronunciación de alguien que habla francés a la perfección.

Se cuela en su mirada interior, la del recuerdo y el corazón, el momento en que escuchó a su padre hablar de la *muga* pocos días después del asesinato del abuelo. Está segura de que Igor también habla francés. Tienen más o menos cuarenta años. Han pasado veinte desde entonces. Puede que los dos hayan vivido en Francia casi un tercio de su vida.

—¿Y tú eres de por aquí, Lander? —Julia quiere ponerlo a prueba. No tiene reparo en preguntar porque es lo normal. De hecho, no hacerlo podría delatarla. Cuando se conoce a alguien, se le preguntan cosas porque, precisamente, se le está conociendo.

—No, no. Soy de un pueblo pequeño cerca de Bilbao. ¿Conoces la zona?

—Sí, sí. Hombre, no demasiado, pero hemos estado en Bilbao hace unos días. La ciudad está muy bonita. —Lander ha puesto hace un rato los pies sobre la mesa, que está llena de las típicas revistas de viajes y decoración que se colocan en los pisos turísticos. Para demostrar relajación, Julia hace lo mismo.

—¡Y aquí estamos! Dos chavales de pueblo con una de Nueva York. —Se parte de risa Lander buscando la complicidad de Igor, que está ausente—. ¡Eh, chaval, despierta! —Esto último lo dice en castellano.

—Estará cansado de conducir, lleva una buena paliza estos días —sale Julia en su ayuda.

—Oye, yo ya he contado qué hago. Tú ¿a qué te dedicas, Lander?

—Es una gran pregunta. De verdad, una gran pregunta. —Se levanta y va a la cocina. Vuelve con una lata de aceitunas, un trozo de queso y una bolsa de patatas fritas—. No os he ofrecido nada. ¿Habéis comido? —Igor asiente y rechaza el picoteo con una negativa de las manos—. Bueno, yo lo pongo por aquí, por si os entra el hambre. Te decía que es una gran pregunta porque he hecho un montón de cosas: camarero, he trabajado en un taller, cartero... Y ahora estoy, para qué te voy a mentir, viviendo un poco la vida. Tenía unos ahorros, murió mi *aita* y me cayó algo de herencia... Para la vida que llevo no necesito mucho, pero dentro de poco me tendré que poner a currar. Si ves algo interesante por ahí, me avisas.

—Claro.

—Y tú también, ¿eh? Quién sabe si mi futuro está en Nueva York.

—Nunca se sabe.

Julia ha intentado memorizar punto por punto las pocas cosas que ha contado Lander de sí mismo. No sabe si también responden a una identidad falsa. Cuando desde uno de los móviles de prepago, Igor le reveló sus señas, Julia puso cara de estupefacción: Lander Latasa. Conoce los nombres de la mayoría de los terroristas, también de los meros sospechosos. Fueron muchos años de investigación. Lander no le sonaba siquiera. Buscó en internet todo lo referido a él. Nada de importancia. Una huella en la Federación Vizcaína de fútbol

y una detención, junto a otros diez jóvenes, en una concentración de la *kale borroka* en Bilbao. Era menor de edad. El resto, la infancia y primera juventud, cuando no llevaba una vida oculta, pertenece a los años ochenta, al mundo anterior a internet, y Julia no tuvo tiempo de recorrer parroquias, pueblos ni archivos. Tampoco de preguntar a alguna de sus fuentes en la policía. Además, lo descartó por miedo a poner la pista sobre alguien aparentemente limpio.

Pese a la insistencia de Julia, Igor no quiso contar más. «Ya te he dicho que fue él. Lo demás no importa. Lo demás te va a descentrar. Ya habrá tiempo». Julia no sabe si Lander se arrepiente. Tampoco si, después de aquel atentado, participó en algún otro. Aunque eso, venía pensando en el coche, *¿qué más da?* Es él y solo necesita una prueba para demostrarlo. A ratos, algo hace ruido en el fondo de su conciencia, como una mosca, y le hace desconfiar de Igor. *No sé por qué me ayuda, no sé por qué me ayuda*. Y ella misma se contesta. *No te ayuda a ti, está ayudando a tu* aita. Luego vuelve la mosca a revolotear en ese fondo oscuro de su cabeza. *¿Tanto quiere ayudar al* aita *como para traicionar a su compañero? ¿No es la lealtad lo único que le queda a esta gente? ¿Y si está al borde igual que yo? ¿Y si esto es lo que necesita para empezar otra vida de una vez por todas? ¿Y si duda? ¿Y si se arrepiente ahora que está con él y recuerda buenos momentos?* Todo eso puede ser cierto y todo eso ahora da igual.

—¿Qué? ¿Nos bañamos? Hace una tarde cojonuda —dice Lander.

—Yo estoy un poco cansado, no me apetece —responde rápido Igor.

—Por mí, genial. —Julia había empezado a contestar cuando Igor no había terminado de hacerlo. Se miran los dos con preocupación.

—Venga, Igor, pues, ¿te quedas preparando algo de cena mientras?

—No, no; aunque no me bañe, me bajo con vosotros y me tiro un rato en la arena. Eso sí me apetece. —Julia ve a la legua que ha inventado esa respuesta para cumplir la promesa que le ha hecho a Esteban: «Ni un minuto sola».

—Puedes pasar a mi cuarto a cambiarte, Maider; esa puerta de ahí enfrente. No tiene pérdida. —Bromea sobre las pequeñas dimensiones del apartamento—. La puerta de la izquierda es un baño y esa de ahí otra habitación. Podéis dormir juntos... Bueno, no os queda otra porque esta casa, mira que es raro, no tiene sofás, solo los butacones.

La casa, efectivamente, es un tanto extraña. Tras un pequeño recibidor con un paragüero y un espejo, se abre un salón-cocina bastante amplio con el ventanal al mar. Ahí están los tres butacones, a un par de metros de una barra americana. Por último, las tres puertas que ha mencionado Lander. Todo es blanco: el paragüero, las estanterías, los electrodomésticos... Todo salvo los butacones.

—Venga, ahora os veo.

Julia se levanta, coge la mochila y entra en la habitación de Lander. Cierra la puerta y apoya la espalda contra ella. Se aprieta las sienes con las manos. Cierra los ojos y las masajea con fuerza. Respira hondo y, al fin, abre los ojos. Mira por la ventana, pequeña y con la persiana a medio echar. Después, recorre —de puntillas y haciendo el menor ruido posible— el resto de la habitación. Son muy pocos metros cuadrados y un armario, casi la celda de un monje, pero ella va caminando, pasito a pasito, rodeando cada baldosa.

Junto a la ventana, una mesa de plástico duro y blanco. La silla, del mismo material, y sobre ella un bañador y una toalla. En la mesa no hay más que un bote de crema solar, unas gafas de sol y las llaves de un coche. Se fija en la marca, un Toyota, y luego se promete acordarse de intentar encontrarlo para memorizar la

matrícula. Eso: debe buscar una excusa para que monten en el coche de Lander.

Abre el armario, que cruje. «¡Mierda!», maldice, y mira a la puerta, pero al no escuchar nada más allá de las voces de Igor y de Lander, se tranquiliza. Ropa muy parecida a la que lleva. Camisetas y bermudas. También unas deportivas, algunos bañadores más. Y en los cajones, calzoncillos, calcetines y una caja de condones. Julia fantasea con aquella serie de espías estadounidenses que veía cuando la universidad. Está tentada de buscar un pelo y guardarlo, pero ¿de qué serviría? Revelaría la identidad de Lander, pero no lo inculparía de ninguna manera. *Joder, céntrate, no seas gilipollas*.

Camina hacia la mesilla. Un par de libros. Una antología de poemas de Gabriel Celaya, *Canto en lo mío,* y una novela de Faulkner, *The Wild Palms*. Está en inglés. Julia sonríe. *Va a ser más fácil que me descubra si me habla en inglés que si lo hace en euskera*. En el primer cajón, líquido para las lentillas. En el segundo, una cartera: lleva setenta y cinco euros, una tarjeta de crédito y un carné de identidad francés. Julia lo saca con tal nerviosismo que se le cae al suelo y rueda debajo de la cama.

Suenan dos golpes en la puerta. Julia, que estaba tumbada en el suelo, se pone de pie con la mayor rapidez que puede. Se marea.

—Maider, perdona, me he dejado el bañador dentro, donde la mesa. Al lado tienes crema de sol, puedes utilizarla si quieres —dice Lander.

—¡Gracias! Me va a venir bien, me doy la crema y salgo, dos minutos.

Recoge el carné: Renaud Seyral, nacido en Toulouse hace cuarenta y un años. Saca el móvil y le hace una fotografía por ambos lados. Después, las envía a su otro móvil, el que usa normalmente, que ha dejado en San Sebastián, y las borra. Mete el

carné en la cartera y la cartera en la mesilla. Abre la mochila, se pone el biquini, se echa un poco de crema en la cara y en los brazos para justificar la tardanza. Va a abrir la puerta; escucha las voces fuera. *Soy idiota, ¿cómo no me he quedado a escuchar desde el principio?*

—Joder, Igor, pero faltan tres putos meses, tres putos... para que todo acabe, y me traes aquí a una... que has... hace dos semanas. —Lander susurra y Julia no es capaz de escuchar cuando se cuela el ruido del mar por el ventanal.

—Me dijiste hace un tiempo que querías hablar y eso he hecho, venir a hablar contigo. —La voz de Igor es más grave y, por tanto, más nítida.

—Es una locura, sabes que... una locura. Si no fueras tú pens... me están traicionando. —Igor no responde—. Me la has presentado... mi nombre. ¡Mi nombre, hostia!

Julia no oye más. Aprieta la oreja contra la puerta, pero nada. Se echa la toalla al hombro y regresa al salón. Lleva en una mano el bote de crema.

—Perdonad, tengo los brazos muy cortos, es difícil llegar a la espalda.

Tardan en reaccionar. Estaban los dos frente a frente junto a la barra americana de la cocina, donde hay dos botellines de cerveza abiertos. Igor sonríe.

—No pasa nada.

Y Lander se ofrece a Julia:

—¿Te ayudo con la crema? No te vayas a quemar.

Coge el bote y se coloca detrás de ella. Enfrente Igor, detrás él. Emparedada entre ambos en mitad del salón. Nota los dedos en la espalda, un escalofrío. Reacciona arqueando el cuerpo.

—¿Está fría o qué?

Julia, paralizada, no responde. No se da cuenta de que no está contestando y es Igor, haciendo aspavientos con una mano, el que la devuelve a la realidad.

—Es que soy muy friolera, ya verás en el mar —titubea.

—Sí que eres friolera, ¡cómo tiemblas!

Julia se concentra en la mirada de Igor, que por la fuerza de los hechos se ha convertido en un aliado. Lo tiene enfrente y trata de encontrar algo de serenidad en sus ojos. Los dedos de Lander van haciendo círculos. Los hombros, el centro de la espalda, la cadera. Ahí está el miedo, al fin. Ese miedo que no encontraba durante el viaje en el coche. Es tan fácil identificarlo: aparece entre sudores, temblores y pensamientos que atenazan la cabeza. Suelen ser pensamientos absurdos, muy cerca de la irrealidad; una sensación como de muerte inminente.

—Oye, estás temblando. Ya termino —dice Lander.

Julia cierra los ojos. No escucha el murmullo de las olas, como hace un rato. Escucha la voz de Adánez en la tele —«eres una víctima, toda la vida haciéndote la víctima»—, escucha el titular de *El Adelanto* —«Julia Mendieta es Julia Uribe, la nieta de José María Uribe, asesinado el 22 de octubre de 1993»— y, por último, escucha la voz de su padre en la calle Easo, donde se asoma La Concha: «Pum».

—Eh, Maider, que te quedas dormida —le dice Igor.

—Perdona, es que estaba muy a gusto. Venga, vamos, que nos quedamos sin tarde. Dadme solo un segundo, que voy al baño.

Dentro, abre el grifo al máximo para enmascarar las arcadas. Procura también meter ruido rompiendo el papel higiénico. De rodillas, con los labios temblando, vomita. Se moja la cara pero, cuando va a secársela con la toalla, piensa que también ha pasado por sus manos y la deja donde estaba. *¡Mierda, joder, mierda!* Había

olvidado que iba maquillada. Deja correr más el agua para desmaquillarse del todo. Por el lavabo va cayendo un líquido levemente marrón. Comienza a verlo rojo oscuro, pero cierra los ojos con fuerza, los abre y vuelve a ser marrón.

—Perdonad, es que había olvidado que iba maquillada y no iba a entrar en el mar así. —Sonríe.

—¡Y eras tú la que nos metía prisa! —contesta Lander buscando su complicidad.

Descienden las escaleras y entran en la playa. Con la toalla al hombro, van esquivando sombrillas hasta dar con un trozo de arena cercano al mar y lo bastante amplio para los tres. Julia siente alivio al verse rodeada de tanta gente. Le reconfortan los rayos del sol: nota cómo van fundiendo esa capa de escarcha que se había alojado en su piel.

—Ahora sí, al agua. Maider, tú te apuntas, ¿no? Tenemos a Igor para vigilarnos los móviles.

—Qué va, yo también me baño. —Igor, que se había tumbado, se levanta como un resorte—. Me han entrado las ganas.

—Qué vas a tener ganas. Quédate aquí, que nos viene hasta bien. Están robando mucho últimamente. —Lander se coloca detrás de Igor, lo abraza entrelazando las manos sobre su tripa y lo levanta del suelo. A punto están de caer los dos—. ¿Cuánto tiempo hacía que no te cogía así? O tú estás más gordo o yo estoy más viejo.

—Venga, Lala, que yo también me baño —insiste Igor. Julia deduce que «Lala» es el acrónimo de Lander Latasa.

—Quédate, Igor, de verdad, si es un entrar y salir. —Las palabras de Julia lo descolocan, lo traicionan. Le arrancó un margen para poder investigar, pero el tú a tú va a llegar demasiado pronto.

—Hala, *agur*. —Igor se despide tumbándose boca abajo.

Lander se quita la camiseta. Julia detecta rápido una cicatriz en el costado. Aunque es bastante moreno, llama la atención ese trozo de piel más claro, rosáceo. Es la típica herida mal curada, sin puntos cuando los necesitaba. Se parece a la que ella tiene en la rodilla. Su madre estaba de viaje. Julia se quedó con su padre y el abuelo. Eran los días en que aprendía a andar en bici. Cayó en un suelo pedregoso. El abuelo le quitó con unas pinzas y una gasa la gravilla que se había colado dentro de la piel. Decidieron no llevarla al médico. Cuando su madre vio la herida, ya había empezado a cicatrizar de mala manera y no se podía coser. Mira a Lander y piensa cómo pudo hacerse esa herida. Él, pese a la luz del sol que le golpea la cara, advierte la mirada de Julia.

—¡Al agua!

Va corriendo hacia la orilla y Julia tras él. Sumergen las rodillas, a los dos se les escapa un «¡joder!». Lander dice que las «entradas lentas son lo peor» y propone el remedio del *bat, bi eta iru*[1] . Cuenta tres y los dos bucean por debajo de la ola que se les abalanza. Nadan en dirección a las boyas amarillas que avisan de la salida a alta mar. Dejan atrás a quienes juegan a las palas, al balón y a los padres pendientes de sus hijos. *«¡Aitona, aitona!»,* grita un niño. Julia nota el viento en la cara, el erizarse de la piel y el olor a sal. Es extraño: nunca había experimentado a la vez las sensaciones de los días felices y las de los momentos oscuros.

Ya no hacen pie, Lander deja de nadar. Se tumba boca arriba y mueve los brazos como si fuera un molino.

—Esto es vida, ¿eh?

Julia no sabe continuar la conversación. Porque lo que ella quiere es caminar en una dirección que requiere mucha confianza. En los momentos en que él no la mira, Julia no puede dejar de mirarlo. Va escaneando sus palabras, su boca, sus brazos, sus manos, sus

piernas. Es incapaz de creer que ocurriera. Es incapaz de encontrar una pista del disparo, por insignificante que sea, en este hombre risueño y vital que no ha hecho más que llamar a la vida desde que ha abierto la puerta.

—Y tú, Maider, ¿qué quieres hacer? —Lander se incorpora. Con una mano, se retira el flequillo de la frente. Julia mira esa mano. Tiene la sensación de hacerlo a cámara lenta.

—No sé, picar algo por ahí, lo que os apetezca. —No está acostumbrada a nadar con tanta corriente. Flota moviendo los brazos y las piernas con rapidez.

—Mira, así, no te muevas tan rápido porque te vas a cansar mucho antes. —Se acerca para que vea cómo mueve él brazos y piernas—. No, no, me refería a qué quieres hacer en general. En el futuro.

—Vaya pregunta... No sé si alguna vez me lo he planteado en serio. La tesis es una meta tan grande y difícil que no he pensado mucho más allá. Supongo que, cuando la acabe, después de tanto tiempo, sentiré una sensación de vacío.

Están en esa zona del mar donde empiezan a levantarse las olas. A Julia se le mete un poco de agua en la boca y se atraganta.

—Ven, vamos un poco más al fondo. Vas a estar mejor.

—¿Y tú? ¿Qué quieres hacer?

—No pienses que estoy loco ni que voy preguntando esto a todo el que acabo de conocer... Lo que pasa es que llevo aquí varios días solo, pensando, leyendo, mirando el mar. Y cuando se mira el mar solo, se piensan esas cosas, ¿no crees?

—Sí, a mí también me pasa. —Julia lanza una respuesta breve esperando que Lander continúe y conteste a la pregunta.

—Tampoco lo sé muy bien... No sé qué quiero hacer, cuál es mi curro soñado. —Lander comienza a hablar en castellano dándose

cuenta de que a Julia le resulta más fácil continuar con la conversación así. Es un código de buena educación al que ella contesta, sin interrumpirlo, con una sonrisa—. Pero sí me gustaría volver al pueblo para estar con la *ama* y con mi hermana. He pasado mucho tiempo fuera. Muchísimos años. Estaba lejos y no llamaba a casa. Creo que no me he perdonado haber estado lejos cuando murió mi *aita*. Esto sí que es raro, es muy raro contarle esto a alguien que acabas de conocer, ¿no? —Lander vuelve a tumbarse boca arriba.

—O no. Quizá sea más fácil contarle estas cosas a quien no te conoce. —Julia sigue lanzando respuestas cortas. Quiere que hable él.

—También es verdad. Oye, puestos a filosofar, te lanzo otra: ¿qué crees que es más importante? ¿Lo que hicimos en el pasado o lo que haremos en el futuro?

—Uf, esta sí que es difícil. —Julia duda de veras. Maider, esa chica que nada tiene que ver con él ni con su pasado, le diría que lo más importante es lo que se está haciendo en el presente. Julia, en cambio, le contestaría que ciertas losas del pasado pueden aplastar el presente y el futuro—. Creo que lo más importante es lo que hacemos entre el pasado y el futuro, ¿no?

—Me gusta tu respuesta. Yo también pienso así si pienso en frío. Pero si se piensa con las cosas del pasado en las manos, ¿somos capaces de pensar de esa manera?

—Depende del pasado. De cuánto nos pese, ¿no? ¿A ti te pesa mucho? —Julia se mira el pecho con miedo a que el retumbar del pulso pueda percibirse.

—Hay algo en tu mirada, Maider. No sé qué es, pero me transmite confianza.

—¿Qué es? —Duda si volver a la carga con la pregunta sobre el pasado, pero se frena cuando va a abrir la boca. Cree que su interés habría sido desmedido.

—Es como si prestaras verdadera atención a lo que dicen los demás, como si lo analizaras y le dieras vueltas.

—Me gusta más escuchar que hablar. —Julia intenta tumbarse boca arriba, pero pierde el equilibrio y vuelve a meter la cabeza en el agua. Lander la rescata agarrándola por los hombros.

—Las personas como tú salen perdiendo, Maider.

—¿Las que no saben flotar?

—Porque se tragan todas las paranoias de los que nos gusta hablar. —Se parte de risa por la broma de Julia—. Y el agua, también se tragan el agua. De primera pareces muy seria, pero eres divertida, ¿eh?

—Y tú, ¿cómo eres?

—No lo sé. Dímelo tú. ¿Cómo soy? —Lander coge distancia de nuevo para poder mirarla a los ojos.

—Todavía es pronto para que pueda responder a eso. Pero te diré algo mañana antes de irme.

—Eso también es demasiado pronto. ¿Por qué no volvéis el viernes que viene? Tengo el apartamento hasta el domingo siguiente. ¿O te vas ya a Nueva York?

—A ver si convencemos a Igor, que es el que conduce. Pero estaría bien.

—Si no, también puedes venir sola, ¿eh?

—Es mejor que convenzamos a Igor. Reunión de viejos amigos. —Julia finge timidez. Intenta actuar como cuando conoce a un chico al azar. Desde hace un rato, cree que a Lander le interesa especialmente.

—Vamos a convencerlo. —Apunta a la orilla con la cabeza y nada hacia la playa.

Julia lo sigue, pero no logra ir tan rápido. Las olas la van empujando, así que se deja llevar. Cuando Lander le hace ver que ya puede tocar el fondo con los pies, deja de nadar y se pone a caminar. Una ola la arrolla y, al levantarse, descubre que se le ha caído la parte de arriba del biquini. Él le grita a lo lejos:

—Tranquila, ¡no he visto nada!

Igor no está tumbado en la toalla, sino de pie en la orilla, exactamente en el lugar al que ellos llegan, prueba de que los ha perseguido con la mirada todo el tiempo.

—Nada, quería mojar un poco los pies, que hace calor. Vosotros tan amigos, ¿no?

Lander se gira hacia Julia en busca de complicidad.

(...)

La habitación solo tiene una ventana. Julia va rellenando el cielo negro y el ruido de los grillos con lo ocurrido desde que salió de San Sebastián. En el colegio, aprendió que los grillos cantan más alto cuanto más calor hace. Les explicaron que, concienzudamente, anotando en un papel las frecuencias, se puede llegar a adivinar la temperatura mediante el rastro de sonido que van dejando los grillos. No se debe hablar de «canto» —esto le llamó mucho la atención— porque es un ruido que hacen frotando las alas una contra la otra. No sabe cuántas horas han pasado desde que se metió en la cama, pero Julia es un grillo que se frota contra la sábana y da vueltas.

Todos estos años se ha preguntado si se atrevería llegado el momento. ¿Sería tan valiente como para convertir esos

pensamientos oscuros en una acción concreta? Un golpe, un disparo, una puñalada, lo que sea. Si lo tuviera delante, ¿lo haría? Hace ya varias horas, por la noche, de vuelta a esta casa, se le planteó ese dilema. Decidió matar. Da vueltas y vueltas, se tapa y se destapa con la sábana. ¿Matar es siempre así? Por mucho que pueda reflexionarse un asesinato, ¿es un impulso el que lo acaba haciendo posible? Mira el reloj: van a dar las seis. Lleva cinco horas en bucle repasando milimétricamente lo sucedido. Todo lo que la llevó a matar y ahora le hace sentirse encerrada en un cuerpo del que quiere escapar a través de una explosión. Siente las venas a reventar. No sabe si va a reventar o si ese calor abrasivo la va a deshacer.

Al salir de la playa, volvieron a casa. Hicieron turnos para la ducha. Cuando Lander entró en el baño, Julia le pidió a Igor que vigilara la puerta y se puso a registrar la casa. Él negaba con la cabeza, como riendo del afán que ella mostraba al levantar cojines y abrir armarios: «¿Lleva veinte años escapando y te crees que va a dejar una prueba escondida entre los cereales?». Julia le preguntó si creía que Lander todavía va armado, Igor contestó que no, pero asomó una duda en forma de titubeo.

No sabe si fue precaución, pero cuando ella propuso ir a Fuenterrabía a cenar —«me han dicho que es muy bonito»—, Lander hizo lo posible para que permanecieran en Francia. Probablemente, pensó Julia, no quisiera cruzar la frontera. Los convenció con una fiesta de la sidra en San Juan de Luz. «Vamos en tu coche, Igor, que seguro que es más grande». Y Julia perdió la oportunidad de apuntar la matrícula. «¡Qué coño haces, ¿estás loca?», le dijo Igor cuando, estando Lander en la ducha, Julia cogió las llaves del coche y comenzó a apretar el botón asomada a la

ventana de la cocina para ver si se abrían las puertas de algún vehículo. «¡Deja eso ahí, hostia!».

Igor conduciendo, Julia de copiloto y Lander detrás. Volvió a sentir esa falta de control, como con la crema. Él la miraba desde atrás sin saber ella dónde estaba mirando él exactamente, sin poder ver si en sus ojos se levantaba una sombra de sospecha. Julia recordó que en la guantera estaba su tarjeta de crédito con las señas reales y no se lo pudo quitar de la cabeza en los veinte minutos de trayecto. Lander, eso sí pudo verlo mientras caminaban hacia el centro del pueblo, la miraba mucho. Le recordó a los primeros días con Iván: esa mirada de querer saberlo todo, de querer reírlo todo, de querer empatizar con todo.

Había anochecido. Atravesaban la calle principal, muy estrecha, llena de gente. Las casas son hotelitos de dos o tres plantas. Casi todas blancas con los tejados y las contraventanas en rojo. Algunas, muy pocas, en verde. Es una calle bonita, de esas que te arrancan algún comentario cuando las ves por primera vez. Julia había pasado por ahí en mil ocasiones y debía ir reconstruyendo el asombro, escuchando atenta las explicaciones tanto de Lander como de Igor. Lander intentaba llevar la voz cantante y era muy detallista en sus apuntes. Igor lo hacía, piensa Julia ahora que lo ve dormido a su lado, por representar su papel de amigo y guía turístico. Olía a dulce. Vendían almendras garrapiñadas en varias esquinas. Jóvenes y mayores se sentaban a charlar en el umbral de los portales. Tan estrecha es la calle que Julia se sentía como una ficha en el tablero de la Oca.

Entraron en algunas tiendas, ya a punto de cerrar. Julia compró unos jabones fabricados en la zona. Vieron camisetas, dulces, colonias... Todo eso que se vende en lugares así. Lander habló de San Juan de Luz en invierno. Dijo que suele estar «vacío e

inquietante». Julia calló y pensó en aquella Francia donde se refugiaban los terroristas y no tenían necesidad de esconderse. Algunos iban a cara descubierta, seguros de que nada podía ocurrirles. Hasta que algunos policías españoles, en unión con mercenarios contratados, comenzaron a secuestrarlos y asesinarlos. Fue entonces cuando el Gobierno francés, temeroso por la inseguridad que aquellos atentados generaban entre sus habitantes, decidió colaborar con España. Esto lo iba repasando Julia en su cabeza en los pocos momentos del paseo en que Lander callaba. «Oye, sí que te está gustando San Juan de Luz, ¡que te quedas embobada!».

Pensó que con un poco de suerte no entrarían en la iglesia, pero la fiesta de la sidra se celebraba en sus alrededores y el templo estaba abierto. Pudieron pasar con los vasos en la mano. El sacerdote de la parroquia, encantado. Julia le oyó decir en francés a un hombre que, por su aspecto y edad, parecía vecino del pueblo: «De alguna manera tenemos que atraer a los fieles. Este es un país de ateos». La asaltaron de golpe los recuerdos. El fulgor dorado del altar, las balconadas con las barandillas de madera, los bancos viejos e incómodos, las puertas a uno y otro lado de la nave... Se sentaron en la mitad más lejana al púlpito. Ni Igor ni Lander se santiguaron pero, por su actitud respetuosa, Julia dedujo que, como mínimo, habían recibido una educación católica, como la suya. No descartó que fueran creyentes.

«Esta es una iglesia de pescadores... Tiene su historia, ¿eh? Aquí se casó Luis XIV», comenzó Lander. Pero Julia dejó de escuchar. Imaginó a su abuelo, arrodillado en uno de los bancos delanteros, con la camisa de cuadros de manga corta y las bermudas. Las manos entrelazadas. Ella, como está ahora, se solía sentar detrás a esperarlo. Le decía: *«Aitona,* me aburro». Él, como si no escuchara

—quizá no escuchase de verdad—, seguía arrodillado tres o cuatro minutos. Luego se levantaba, cogía de la mano a su nieta y la llevaba a los bancos más alejados del altar. Allí, en voz muy baja, señalaba el barco que cuelga del techo. «Julieta, ¿es un barco de pescadores o es un barco pirata? ¿Qué nos parece hoy?». Julia elegía y, a partir de ahí, el abuelo le contaba un cuento que improvisaba sobre la marcha. Al acabar, cuando ella ya movía las piernas como se mueven las ranas en el estanque, el abuelo le decía: «Espera, ya sabes que falta una cosa más». Y recitaba un poema como si fuera una oración: «Julieta, *maitia,* que te lo tienes que aprender». Decía el abuelo:

Tú no puedes volver atrás
porque la vida ya te empuja
como un aullido interminable.

Hija mía es mejor vivir
con la alegría de los hombres
que llorar ante el muro ciego.

Yo sé muy bien que te dirán
que la vida no tiene objeto
que es un asunto desgraciado.

Entonces siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti como ahora pienso.

La vida es bella, ya verás
como a pesar de los pesares...

¿Cómo seguía? Lander continuaba hablando. Igor asentía y musitaba un «sí» de vez en cuando. En sus cavilaciones, Julia rezó un padrenuestro en euskera. No sabe si cree en Dios. Está más cerca de no hacerlo que de hacerlo, pero procura no pensarlo demasiado. *«Gure Aita, zeruetan zerana».* Tuvo que recomenzar varias veces porque no rezaba desde niña. *«Gure Aita, zeruetan zerana, santu izan bedi zure izena».* Tras la catequesis, pocos días antes de la primera comunión, le dijo a su abuelo: «No sé si lo voy a saber hacer porque no sé rezar». Le contestó: «Hija, rezar es pensar en los demás. Pensar cosas buenas para los demás. Yo estoy rezando cuando te recito el poema». Al acabar la oración, *«eta ez gu tentaldira eroan baiña atara gagizuz gatxetik»,* pensó en sus padres y les deseó paz. Pensó en Ramón y, al no poder desearle vida, pidió para él una buena muerte. Escuchó a Igor toser. Pensó en Lander y en él. Comenzó a desearles oscuridad. Entró en ese lugar que quema, que empieza en la tripa y acaba en los dedos. Se mordió las uñas. Paró. No por sentirse mal, sino por temor a que esa agresividad se le transparentara. «Es bonita, ¿verdad, Maider? A mí es de las iglesias que más me gustan», le dijo Lander. Julia contestó: «Es preciosa, sí».

Salieron a la calle. Recorrieron los bares que rodean en círculo la iglesia. Igor se contuvo para poder conducir después. Julia bebió casi tanto como Lander. Comieron un bocadillo y un helado. Cuando a eso de las doce iban a marcharse, apareció un coro. Vestidos con camisa blanca y un pañuelo azul al cuello, comenzaron a cantar. Era el *Xalbadorren,* quizá las estrofas más conocidas de la historia del euskera. A Julia le invadió un huracán de nostalgia. A Igor y a Lander, juzgó ella por su reacción, también. La gente arremolinada en torno a la iglesia se hermanó en un abrazo. Cogidos de los

hombros, uno tras otro, como en una trenza enorme, cantaron. «Tu último aliento fue el verso más profundo. Nunca se pueden decir verdades tapadas. El grito más fuerte, más fuerte... ¿Dónde estás, en qué prado, pastor de Urepel? Te escapaste subiendo por las laderas de las montañas».

Julia, Lander e Igor se unieron. Los protegía por el costado el muro de piedra gris de la iglesia. El *Xalbadorren,* de los años setenta, es una canción que cuenta la historia de un pastor vascofrancés que iba por los pueblos entonando versos. Un *bertsolari*. Julia se olvidó de los nombres y la historia de quienes tenía al lado. Apenas reaccionó al abrazo de ambos. No se dio cuenta hasta que se topó con la mirada de sorpresa de Igor. Cantó y pensó en los momentos que habían existido al mismo tiempo que esa melodía: las primeras excursiones, los primeros juegos en el colegio, los primeros besos, los primeros campamentos. Todas esas primeras veces. El *Xalbadorren,* incluso en quienes no entienden la letra —Julia lo comprobó con sus amigos de Madrid—, activa, implacable, la maquinaria de la nostalgia.

Camino del coche, que estaba a las afueras, Lander le guiñó el ojo a Julia para que frenara el ritmo y dejase que Igor se adelantara. Paseó muy cerca de ella. Con las manos en los bolsillos, pero con el brazo derecho rozando el brazo izquierdo de Julia. Ahora que lo recuerda, también lo siente: se tapa con la manta y se frota los brazos igual que los grillos frotan sus alas. En ese instante, Julia dio un par de pasos a un lado y se apartó inconscientemente.

—Perdona, perdona, Maider, es la sidra, que voy haciendo eses. —Julia es capaz de recordar la conversación casi palabra por palabra.

—Nada, nada, creo que yo también —le respondió para justificar su súbito alejamiento.

Le dolía la cabeza, pero sentía ese flotar placentero que insufla el alcohol. Había extraviado algo el equilibro, pero había encontrado una barrera de protección frente a las emociones que la acongojaban en la playa por la mañana. Se percibía más valiente. Más endeble por fuera, pero mucho más sólida por dentro. Fiera.

—Ha sido emocionante, ¿no? —le dijo él.

—¿El qué?

—Lo del *Xalbadorren*.

—Sí. No sé qué tiene esa canción, pero nos emociona a todos. Éramos un montón. Cada uno de un lugar, pero ahí estábamos, abrazados.

—Quizá haya sido la sidra, y no la canción. —Lander rio muy fuerte, como el que no se controla—. Y tú, ¿en qué estabas pensando mientras cantabas?

—En gente a la que quiero. Mis *aitas,* mi *aitona,* mis amigos... ¿Tú?

—¿Vive?

—¿Cómo?

—Tu *aitona,* que si vive.

—No, no. Murió. Pero preferiría no hablar de eso. —Julia miró al frente para concentrarse en algo. Vio a Igor, que se iba adentrando en una acera poco iluminada, cerca del puerto.

—Perdona. ¿Has visto qué bien empiezo las conversaciones? Ya te he tenido que pedir perdón dos veces. Seguro que hay una tercera.

—Oye, ten cuidado, no te caigas, que la acera casi no se ve.

—Si fuera un cabrón, podría fingir que me caigo para que me agarres, pero no quiero pedirte perdón tan rápido otra vez. —Riendo, Lander echó a correr. Se adelantó unos metros y quedó, más o menos, a mitad de camino entre Igor y Julia.

Abordaban ya la recta que empieza en las últimas casas y sigue en la carretera. Antes de llegar a la línea donde se apilaban decenas de coches —entre ellos el suyo—, debían cruzar un puente de madera que salva una altura de tres o cuatro metros. Debajo, fluye un arroyo de pocos dedos de profundidad y un montón de piedras.

Julia se asomó porque tuvo ganas de vomitar. El vacío la engullía. Fue una sensación muy parecida a esa que describen los que tienen vértigo. Le sobresaltó el grito de Lander, que se había sentado, con las piernas colgando, en la mitad del puente. Igor, que lo escuchó, pero no lo vio, siguió caminando y abrió el coche. Julia lo distinguió al fondo por la luz del móvil; debía de estar consultando mensajes.

—¡Eh, Maider! Este es un sitio cojonudo para seguir con nuestras conversaciones filosóficas. —Julia, todavía apoyada en el puente, vio cómo Lander se tambaleaba al girarse hacia ella. Deseó que cayese. Lo deseó con todas sus fuerzas. Recuerda esa sensación cristalinamente, como si se tratara de una imagen—. Venga, ¡ven! —Sin responderle, Julia comenzó a caminar en su dirección—. ¿A qué te ha recordado el *Xalbadorren?* Dímelo, tenías la cara llena de recuerdos. Estabas en otra parte. —Julia continuó andando hacia él sin responder—. Hemos bebido demasiado para hablar de algo tan importante, pero yo sí que quiero contestar a la pregunta. Es una canción que nos lleva a todos al pasado. En eso estamos de acuerdo, ¿no? No conozco a nadie que la escuche y piense en el futuro. —Lander seguía hablando, gesticulando mucho, derramando la mirada por el cielo—. Yo pensé en el pasado, pero también en lo que me dijiste en la playa. ¿Qué pesa más? ¿Lo que hemos hecho o lo que vamos a hacer? Depende de lo que pese ese pasado, de si podemos sostenerlo con las manos. A mí me cuesta muchísimo sostenerlo, supongo que ya te habrás dado cuenta, pero esta noche he descubierto algo. Algo que quizá me pueda ayudar en el futuro.

Con esa canción, soy capaz de salir de mi cuerpo, de marcharme. No hablo de suicidarme porque me encanta vivir. El vaivén del mar, el calor del sol, la lluvia mojando la hierba de la montaña... —Julia se quedó parada a dos o tres metros—. No pongas esa cara, ya sé que no ha sido solo la canción. También habrá ayudado el alcohol. Pero lo he sentido esta noche. He podido salir de mi cuerpo, desprenderme de un pasado muy intenso. Cómo es posible que te esté diciendo esto el día que nos hemos conocido, Maider. Es muy fácil, ¡una vez más tenías razón! —Se giró hacia ella—. Puedo contártelo porque no formas parte de mi pasado. Ven, canta conmigo.

Julia echó a correr hacia él. Había decidido empujarlo al vacío. Tomó la decisión en muy poco tiempo, quizá medio minuto, pero en su cabeza lo que quería hacer no se le aparecía como un impulso, sino como un destino meditado. Corrió los cinco o seis metros que los separaban y lo vio muerto, bajo el puente, con la sangre saliendo de su cabeza y enturbiando el arroyo. *No pienses más, no mires atrás. Por fin, por fin, por fin,* se repetía para animarse. Ya ni siquiera le pesaban las piernas, se habían esfumado las náuseas y hasta el mareo. Era una sensación desconocida. De paz y placer. De resarcimiento absoluto. Ella tampoco tenía pasado. Cerró los ojos y empujó con los brazos al frente lo más fuerte que pudo. Inconscientemente, repite el gesto ahora, en la cama, con la espalda incorporada y el sudor cayéndole por la frente.

Después... No sabe muy bien qué pasó después —vuelve a tumbarse—. Lo siguiente que recuerda es a Igor encima de ella, en el suelo enmaderado del puente, gritándole al oído: «¡Qué haces! ¡Qué coño haces! ¡Qué coño haces, hostia!». Miró a un lado. Lander también estaba postrado en el suelo. Reía con muchísima fuerza. Golpeaba la espalda de Igor: «Para un abrazo que me iba a dar, con

lo que me ha costado, y lo jodes en el último momento». Montaron en el coche. Lander se durmió. Julia e Igor se mantuvieron en silencio. Igual que cuando viajaron desde San Sebastián hasta Hendaya.

—Oye, ¿puedes parar quieta? —Igor se levanta de la cama y la mira con los brazos en jarra. Bosteza—. Quién me iba a decir que dormir juntos iba a ser peor para mí que para ti, ¿eh, Uribe? Has perdido la puta cabeza. Casi lo matas.

—¿Por qué lo has salvado? ¿Sigue siendo tu amigo? —Julia se incorpora doblando las rodillas y apoyando las manos sobre ellas.

—Pensaba que eras más lista. ¿No te das cuenta de que te he salvado a ti? —Niega con la cabeza.

—Como poco, nos has salvado a los dos. Se te ve a la legua el sentimiento de culpabilidad. —A Julia le duelen los ojos, sobre todo encima de los párpados. Se frota la cara.

—No tienes ni puta idea. Has estado a punto de arruinarte la vida, igual que se la arruinó él. —Igor camina hacia la puerta de la habitación y pone la oreja. Parece que no escucha nada porque regresa adonde estaba.

—Es gracioso que me des lecciones tú a mí.

—¿Sabes lo que te pasa? —Se sienta en el borde de la cama y la mira a los ojos—. Después de haberlo conocido, hay una mínima duda en el fondo de ti. Y eso te corroe tanto como el odio que le tienes.

—¿Tú crees? ¿Una duda? He intentado arrojarlo al vacío. —Julia contesta con la mayor ironía que puede.

—Estabas borracha.

—Sabía lo que hacía.

—Sientes alivio ahora que no lo has hecho.

—Tengo dudas, no alivio, por eso no duermo. Dudo de si tenía que haberlo hecho o no, pero no porque haya cambiado mi opinión sobre él. ¿Qué más da lo que opine? Es un asesino. Además, ¿qué coño hago hablándolo contigo? Tú eres otro asesino.

—Me di cuenta ya el día que me llamaste por teléfono. —Igor se tumba y mira al techo. Julia se levanta de la cama. Es como si, repentinamente, se hubiera acordado de la identidad del hombre con el que comparte colchón—. Tienes miedo a conocernos de verdad. Éramos tan hijos de puta en tu cabeza que el mínimo rastro de algo bueno te saca de tus casillas. Ahora la vida es más difícil, ¿eh?

—Para ti igual que para mí. Vas a meter en la cárcel a tu amigo «Lala» —pronuncia el apodo con cinismo.

—Ni siquiera sabemos si vamos a conseguirlo. Luego nos vamos; se nos ha acabado el tiempo y no tenemos nada.

—Tú también tienes dudas de lo que estás haciendo.

—Voy a intentar dormir un poco.

—Tienes dudas, cobarde.

—Calla, joder. —Gira el tronco hacia el otro lado de la cama.

—Volveremos el sábado que viene.

—Lo imaginaba.

—Si prefieres, puedo venir sola.

—No. Aunque existe un camino para acabar con esto. Ya sabes cuál es. Cómo te mira.

—Eres un puto cerdo. ¿Por qué no mantienes tú una conversación con él, lo grabas y nos vamos? O le damos una hostia y lo metemos en el maletero.

—¡Chis! —Igor se lleva el dedo a la boca y le pide que baje la voz. Se escucha un ruido fuera de la habitación.

—¿Por qué me ayudas? No me lo has dicho.

—Uribe, hostia.

—Dímelo para que te crea: ¿por qué me ayudas?

—¡Otra vez! —Igor grita y se arrepiente al instante. Se levanta y pega la oreja en la puerta—. Vale ya, no demos más vueltas a lo mismo.

—Quizá ni siquiera me estés ayudando. Igual hasta te has arrepentido. ¿No eras un arrepentido? Como me dijo mi *aita* —se lo dijo en otro sentido, pero quiere hacerle daño—, solo eres un arrepentido a medias.

—Tu *aita* y tú no tenéis nada que ver, eso ya me ha quedado claro.

—Queremos llegar al mismo sitio por caminos distintos.

XXIV

Es una de las peores sensaciones. La de querer estar en un sitio y, a la fuerza, tener que estar en otro. Julia llega a Los Abedules con la cabeza en el apartamento de Hendaya. Se despidió de Lander prometiéndole que volvería. Él la invitó a quedarse unos días más y ella lo rechazó con una mentira. Le dijo que tenía reservado un hotel en Barcelona y que perdería el dinero si no iba. Añadió que no era solo cuestión de dinero, que Barcelona había sido la ciudad de los grandes escritores latinoamericanos y que le hacía mucha ilusión conocerla. «Voy sola, Igor tiene que descansar un poco, ¿no? Tengo allí unos amigos», remató. Sabía que Lander no se iba a ofrecer a acompañarla porque no quiere cruzar la frontera.

Anoche, al llegar a Madrid, llamó a su padre, que cogió el teléfono y no dijo nada. Julia escuchó su respiración a trompicones. Habló su madre, que puso el móvil en manos libres: «Julieta, no nos cuentes si no quieres. Solo dinos si estás bien, por dentro y por fuera». Contestó que sí y ahí, tras cuatro o cinco frases sobre la comida y el tiempo, murió la conversación. Fue como si sus padres hubieran asumido que esta parte del camino tiene que hacerla sola.

Para entretenerse, llamó a Marcos y a Clara mientras comía una lata de atún con algo de lechuga. «Es inútil preguntarte dónde y cómo estás». Les regaló una verdad a medias: «He viajado a Francia para investigar unas cosas relacionadas con el reportaje». A modo de terapia —ellos lo aceptaron de buen grado porque saben que lo hace a menudo—, Julia lanzó una batería de preguntas y se dispuso

a escuchar. Solo a escuchar. Le hablaron de la marcha de Ferrándiz, del desgobierno del periódico, de la euforia de Rivas sostenida por las informaciones sobre el presidente, de cómo decenas de periodistas de *El Adelanto* estaban llamando a colegas descontentos de *El Universal* para sonsacarles trapos sucios acerca de su director... Le dibujaron una ciudad alerta, con las sirenas sonando y sus habitantes corriendo a los refugios. Cuando alumbró esa metáfora en su cabeza, se acordó del bombardeo que acabó con la madre de Ramón.

Su expectativa esta mañana al despertar no ha sido buena. Ha recordado la amenaza del enviado del ministro, que le advirtió de que Hafner no estaría en la residencia cuando volviera a visitarlo. Sabe que el Gobierno suele cumplir las amenazas que lanza, pero no le ha quedado otro camino que acercarse para comprobarlo. Se medicó para dormir. Tomó la pastilla y se concentró en las pulsaciones, que notaba en las muñecas como un tambor africano. Imaginó que iban descendiendo poco a poco y se quedó dormida como se quedan dormidos los heroinómanos en las películas.

Al salir de casa, ha aparecido Iván. No lo había previsto porque Iván, pese a su conversación del otro día, desapareció de su cabeza en cuanto supo que viajaría a conocer a Lander. La reacción de Julia al verlo ha sido como la de quien se tropieza y está a punto de caerse. «Estoy preocupado. Solo es eso. Llevas unos días desaparecida. No contestas los mensajes, no sé si estás bien. Ya me dijiste que necesitabas tiempo, pero, joder, Julia, hay algo que me dice que no estás bien, que estás al borde de un precipicio». Sorprendida ella misma por su frialdad, solo ha podido decirle: «Ahora no puedo, Iván». Y se ha marchado a por el taxi con una sensación extraña. Iba andando, pero miraba a Iván y lo veía a cámara lenta, como si ella estuviera alejándose en un tren y él se

quedara en el andén. Iván se ha despedido como lo hacen quienes se quedan solos y tristes: con un leve gesto de la mano y la mirada puesta en algo que parece el futuro. Julia ni siquiera se ha girado. Lo ha visto dentro del coche cuando han pasado por delante.

En su viaje al norte, Julia había olvidado el calor de Madrid. Se ha puesto pantalones largos. Pese a haber llegado en taxi, el camino que conduce a la puerta de Los Abedules desde la carretera ha sido suficiente para romper a sudar. Por olvidar, ha olvidado hasta su corte de pelo.

La chica en recepción no la reconoce. Se traba al dar las explicaciones por culpa del cansancio. Como no acierta con las palabras, busca en el salón a las gerocultoras. Respira hondo y señala a una de ellas cuando la ve. Le hace aspavientos, pero esta la mira con extrañeza. Solo cuando se acerca le dice: «¡No te conocía! ¡Qué guapa!». No entiende que haya venido a ver al «señor Leibniz». «Pensaba que te habían avisado. Nos hemos debido de coordinar mal. Espera, ven».

La acompaña a la planta superior, al despacho de Marta, la psicóloga que urdió el plan para posibilitar las visitas a espaldas de la hija del alemán. Le ofrecen asiento. Julia, que siempre lo rechaza, se sienta. Le dan más cariño que explicaciones. También un vaso de agua. «No sabemos qué ha pasado, es que no sabemos qué contarte. Queremos darte las gracias. Has ayudado mucho al señor Leibniz. El cambio en su conducta empezaba a ser perceptible... Y justo ahora... El viernes a última hora apareció su hija y se lo llevó. Sin avisar, sin llamar antes. Vino y se lo llevó. No nos dio ningún motivo cuando se lo pedimos. Ya sabes, de tal palo tal astilla. La hija era incluso peor que el padre. Como podrás entender, no podemos darte ninguna dirección ni nada por el estilo. Nos lo impide la ley de protección de datos. Bueno, Julia, esta es tu casa. Nos haría

muchísima ilusión que siguieras con el voluntariado. Y, como ya te hemos pedido, si te apetece, que cuentes en los medios cómo ha sido tu experiencia». Julia les dice que no se encuentra bien y que, aprovechando la circunstancia, va a ir a casa a «tomarse algo y echarse una siesta». Promete que volverá porque es la manera más ágil de acabar con la conversación.

Sale de la residencia y, aunque daba por hecha la mala noticia, experimenta el vacío, que en su caso es como un dolor en el estómago que se va haciendo cada vez más grande. Mira el teléfono. Lo mira mucho desde que a Ramón le diagnosticaron la metástasis. Sabe que cualquier día, en cualquier momento, recibirá una llamada que le comunicará el final. Ha pensado muchas veces en cómo salir de este agujero. Desde que escuchó la amenaza del sicario de Olmedo, supo que se multiplicaban de pronto las probabilidades de que tuviera que despedir a Ramón sin haber completado su reportaje. En realidad, no sabe qué falta. Bueno, lo sabe desde el punto de vista periodístico: el repaso a la vida completa de Hafner, su papel en la guerra civil española y su visión del Holocausto. Le vienen a la cabeza las palabras de Ferrándiz: «Un nazi que no mata judíos no nos sirve para nada». ¿Por qué la historia de Hafner es tan importante para Ramón? Su madre tiene algo que ver con el alemán. O no. O quizá Hafner solo sea el exponente de la ideología que acabó con aquella bomba estampada en el tejado. Una manera abstracta de comprender. Uno de esos caminos extraños tan comunes en la manera de proceder del librero. No tiene tiempo para pensar. Son tantas cosas.

Se ha sentado a divagar en un banco. Nota en las rodillas el suave golpe de un puño, como si estuvieran llamando a la puerta de su atención. Cree que va a encontrarse con un niño, pero al abrir los ojos ve a un hombre de pelo cano y ojos claros sentado en una silla

a motor. Julia no tiene ganas de hablar, pero contesta amablemente por la condición de minusválido del hombre que la mira de manera inquisitiva.

—Buenos días. —Fuerza la sonrisa.

—Ya sé que a usted no le apetece hablar, no tenía ninguna pinta de querer mantener una conversación. También sé que me ha dado los buenos días porque soy minusválido.

—No, no...

—No me interrumpa. A mí tampoco me apetece charlar sobre las nubes y el sol. Si me he acercado es porque tengo algo que decirle. —El hombre habla con tanto aplomo que Julia se desprende con rapidez de la compasión que había mostrado en el saludo—. Usted es Julia Mendieta. Ha venido aquí para ver a Gustav Hafner y Gustav Hafner no está.

—¿Trabajas para el Gobierno? —Cabreada ante la posibilidad de un nuevo chantaje, Julia lo trata de tú y se levanta del banco—. Si es así, te digo lo mismo que a tu compañero la otra vez: vete a la mierda.

—No sé si a la mierda, pero nos vamos juntos de aquí. Tengo el coche ahí al lado. Vamos.

—¿Vamos a dónde? —responde ya alejándose de él.

—A ver a Gustav Hafner.

—¿Quién eres? —Julia vuelve a acercarse a la silla de ruedas.

—Soy Eduardo Hafner.

Julia camina rápido tras él. Llegan al coche. Duda. Aunque sabe que es habitual, nunca ha visto conducir a un paralítico. Desconoce cómo se va a subir al asiento y se acerca para ofrecer su ayuda.

—¿Quiere que...?

—Usted, detrás.

Julia no reacciona hasta que él la apremia a subir. Ve cómo, con la fuerza de sus brazos, se coloca en el asiento. Desde ahí, retira las dos ruedas de la silla y la pliega de manera que todo entra en el lugar del copiloto.

Julia se fija en sus brazos, de piel pálida y venas marcadas, con ese color entre el verde y el azul que hace que revivan las manos de Hafner. Calcula que Eduardo debe de tener alrededor de sesenta años. Piensa en la mayoría de los hombres de esa edad. Razona que muy pocos podrían subirse al coche desde una silla haciendo palanca con los brazos.

—Tampoco tiene tanto mérito. A la fuerza, ahorcan —le dice como leyéndole el pensamiento. Julia deduce por el refrán que Eduardo Hafner es español. No tiene acento alemán. Es más, cree detectar en él cierto deje madrileño.

—Domina bien el idioma —dice Julia buscando confirmar su presentimiento.

—¿Usted no domina su idioma? Mi idioma es el suyo.

—Pensé que...

—No se haga la tonta conmigo —responde Eduardo tras accionar el botón del motor. Julia ve que el acelerador tiene forma de aro y que está incrustado en el volante—. Usted ya sabe que mi padre lleva muchísimos años en España.

—Bueno, pero...

—No hay peros, tenemos poco tiempo.

—Pues sí que me recuerda usted a su padre, tan simpático.

—Mire... —Empieza con una sonrisa irónica—. Usted ha comenzado un trabajo y debe terminarlo. Mi hermana va a hacer todo lo posible por impedirlo, pero yo voy a hacer lo posible para que lo termine.

—¿Y eso por qué?

—Digamos que mi padre y yo... —Eduardo se señala las piernas. Julia las adivina esqueléticas bajo el pantalón que las cubre. El pantalón se desparrama por el asiento y solo parece cumplir con su función a la altura de las rodillas, donde se vislumbran dos huesos circulares del tamaño de una pelota de tenis.

—No sé bien a qué se refiere.

—¡Míreme las piernas! —Eduardo se gira para comprobar si Julia hace lo que le pide. Cuando devuelve la vista al frente, pega un volantazo. Se había metido en el carril de al lado, por donde circula un coche a gran velocidad.

—Oiga, por favor, mire a la carretera.

—Disculpe. —Eduardo recupera la compostura y parece que pide disculpas con sinceridad—. Míreme las piernas. —Julia vuelve a mirarlas—. ¿Ahora lo entiende?

—Creo que sí.

Aparca el coche en una calle amplia. Han tardado apenas diez minutos. Julia no ha mirado por la ventanilla, así que no sabe dónde está: un barrio residencial y nuevo, repleto de edificios de cuatro o cinco plantas. Todos grises, con pequeños trozos de hierba que los separan. Son tan parecidos que parecen colmenas.

Julia baja del coche y esta vez no le ofrece su ayuda. Sin embargo, es él quien la pide. Se pone nerviosa, no acierta a encajar las ruedas en la silla. Eduardo le da indicaciones precisas. Ahora es ella quien pierde la calma. *¡Qué difícil es esto!* Cuando lo consigue, Eduardo señala un portal, que abre con unas llaves que denotan provisionalidad. Cuelgan de un llavero de plástico naranja, como son los llaveros de alquiler o de casa recién comprada. Julia entra en el ascensor, pero Eduardo se queda fuera:

—Es el 3.º derecha. —Pulsa el botón, pero Julia impide el cierre de la puerta en el último momento colocando la mano en el sensor.

—¿Y si viene su hermana?

—Creo que tardará un poco, pero eso no está bajo mi control. —Eduardo da la vuelta y se dirige hacia la puerta del portal, que está lleno de espejos grandes y cuadrados.

—¡Espera! Tú quieres ayudarme y ella quiere protegerlo. ¿Por qué?

—Si descubrieras en algún momento de tu vida que tu padre fue un criminal, ¿lo protegerías?

—Creo que sí. —Julia piensa de veras en su padre antes de responder. Lo imagina arreglando las flores en el jardín, hinchando las ruedas de la bicicleta y pasando el brazo sobre los hombros de su madre, en el sillón, justo cuando va a empezar la película—. ¡Por eso lo digo! Es tu padre.

—Es el padre de mi hermana. Para mí, es como si no fuera mi padre.

Se cierra el ascensor. *Qué manía con los espejos*. Las ojeras azules, la piel blanca. Acerca la cara al espejo para poder observar sus pupilas. Intenta convencerse. Cuando se abre la puerta, se dice que la ha visto. Esa luz, ese fuego. No sabe si está ahí, pero se lo repite.

La puerta del 3.º D está entreabierta. Un pequeño recibidor con varias baldas vacías. A la izquierda, una cocina que es como un pasillo estrecho. Brilla el plateado de los electrodomésticos, que están sin estrenar, recubiertos de un plástico transparente. Tras el marco de una puerta donde no hay puerta, aparece un salón, que es seguro la habitación más grande. Luminoso, se cuela el sol por los ventanales, que recorren en hilera la pared. Julia intuye que dan a la calle donde Eduardo ha aparcado el coche.

En el centro está Gustav Hafner, que no ha percibido la presencia de Julia. El salón, como el recibidor y la cocina, está vacío. No hay

muebles, con la excepción del viejo butacón donde está sentado el alemán. Rechina lo vetusto del sillón, amarillento y de alto respaldo, que no encaja con el aire moderno, casi robótico de la vivienda. Hafner lleva sobre los hombros su habitual chaqueta granate. Con las manos entrelazadas, mira por la ventana.

—Buenos días, señor Leibniz. —Está lejos. No la oye—. ¡Buenos días, señor Leibniz!

—Qué alegría, señorita Julia. Sabía que vendría.

—¿Y por qué lo sabía?

—Porque sabía que haría todo lo posible por encontrarme. —Hafner le hace un gesto para que se coloque delante de él y no tenga que girar el cuello.

—¿Por qué tenía ese convencimiento?

—Dejémonos de juegos. ¿De veras piensa que no sé quién es usted? —Hafner sonríe, pero Julia no atisba ironía ni cinismo. Cree encontrar incluso cariño en esa sonrisa.

—¿Quién soy?

—Una periodista que cree interesante, ¡incluso imprescindible!, lo que este pobre viejo puede contar sobre su pasado.

—¿Y cómo se ha enterado?

—¿No le parece suficiente el pánico de mi hija al sacarme de la residencia? Alguien se lo dijo. Apareció, me advirtió de lo que había ocurrido, como si a mí me preocupara lo más mínimo, y me sacó de allí. Sus amigas las enfermeras no daban crédito cuando manifesté mi deseo de quedarme. Pero esta hija mía... Es colérica, protectora. Cree que todavía hoy, más de ochenta años después, puede ocurrirme algo. —Niega con la cabeza.

—¿Y qué puede ocurrirle, señor Hafner? —Es la primera vez que lo llama por su nombre real, lo que provoca en él una carcajada.

—Eso del nombre... Durante unos años fue necesario. Primero porque a las autoridades españolas que nos protegían no les interesaba que se supiera que estábamos aquí. Después, cuando todo cambió, porque ya no estábamos seguros en ningún lugar. Pero ¿hoy? ¿Qué van a hacer con un anciano tan... anciano? Usted sabrá lo que puede ocurrirme, usted es quien conoce las leyes y las repercusiones que puede tener un artículo. Usted sabe lo que puede pasar. Señorita, póngase cómoda. No va a estar ahí de pie toda la mañana. —Ante la duda de Julia, señala la puerta de un dormitorio, donde ella intuye que hallará una silla.

—Gracias.

Camino de la habitación, Julia duda. No sabe qué ha querido decirle Hafner con ese «usted sabe lo que puede pasar». ¿Está intentando chantajearla? ¿Quizá disuadirla de publicar un reportaje que pueda generarle problemas? También ha podido ser mero sarcasmo, como tantas otras veces. Pero sea lo que sea, el comentario ha colocado al frente de sus pensamientos una preocupación añadida: ¿qué consecuencias puede tener su artículo para un hombre de esa edad? Intenta seguir adelante recordando que su hijo lo ha llamado criminal y que Ramón lleva toda una vida buscándolo por algo relacionado con la muerte de su madre.

—Bueno, aquí estoy.

—Usted dirá.

—Antes que nada... una curiosidad. Conoció a Karl Nagel, ¿verdad? Iba usted a la Montaña Artificial.

—¡Ah! Al fin descubre sus cartas. Ese fue el camino, ¿eh, muchacha? El viejo Nagel. En aquellas reuniones nos hacía sentir como en casa. —Julia asiente. Los papeles que le dio Ramón acaban de cobrar sentido.

—Comencemos, entonces, una entrevista en condiciones. —Julia abre el bolso, saca el cuaderno y el móvil, que coloca en el suelo cerca de Hafner para grabar la conversación. Suena el teléfono, pero no se ilumina la pantalla. Se da cuenta de que el que suena es el otro móvil, el que compró para responder a la identidad de Maider y que está en su bolsillo. Es un mensaje. Lander: «Tengo ganas de verte. ¿Venís el viernes?».

—¿Malas noticias? Se le ha cambiado la cara.

—Todo lo contrario.

—Me alegro. ¿Por dónde íbamos?

—¿No quiere saber cómo le he encontrado?

—Ah, me lo puedo imaginar. Él creerá que me está perjudicando, pero me ha arreglado la mañana. —Julia niega con la cabeza instintivamente cuando le escucha hablar así de su hijo. Hafner, que lo percibe, la inquiere—. Usted no tiene ni idea. Le di todo. Estuve al borde de arruinar mi empresa constructora. Sí, no ponga esa cara. Invertí en él mucho dinero, mucho esfuerzo. Pero no lo aprovechó.

—¿No lo aprovechó?

—No consiguió aprender a andar.

—¿Y si no dependía de él?

—Eso es lo mismo que decía su madre primero y después él cuando fracasaba. No solo fueron las piernas. Era todo. Se quejaba continuamente de que el trato no era el mismo hacia él que hacia su hermana. ¿Cómo iba a serlo? Él era un niño distinto —continúa hablando al ver que Julia no le contesta—. ¿Qué importancia tiene esto? Supongo que no le resulto interesante por un melodrama familiar. Creo que el último día que me visitó hablamos de mi juramento. Sí, cuando pasó eso... Cuando interrumpió mi juramento... No se lo tengo en cuenta. Le decía que estaba a punto de venir a España por primera vez.

—Sí.

—¿Sabe? He decidido hacerle un regalo. Hablaremos ahora de la cuestión judía.

—¿Cómo dice?

—Deje de fingir, quiere hablar de eso. Es lo que más le interesa desde que vino el primer día. Porque todos ustedes son así. No hacen más que analizar aquel periodo de la Historia con ese punto de vista. No va a poder concentrarse en lo que tengo que contarle hasta que no crucemos ese río. No hacen más que publicarse libros y emitirse documentales sobre la cuestión judía. Olvidan todos los matices. —Vuelve a mirar por la ventana.

—¿Hay matices en eso, señor Hafner?

—Claro que los hay. No olvide una cosa: a los dirigentes nacionalsocialistas se les ahorcó tras los juicios de Núremberg, pero no se les convenció. Se les ejecutó con la misma idea viva en la cabeza a la que ponían la soga. ¿Sabe lo que se preguntaba herr Göring? «¿Por qué se gastan tanto dinero en ahorcarnos?». —Hafner pone una voz campanuda que Julia no sabe si se parece a la de Göring. Sí percibe, no obstante, una antipatía hacia él—. Yo tampoco lo entiendo. No dejan ustedes de hacer películas, de escribir libros... De gastarse el dinero y el tiempo.

—Con Göring no hubo que gastar dinero. Se suicidó antes de que lo ejecutaran.

—Es cierto, y fue un acto de cobardía. Lo mismo hizo el ministro Goebbels cuando supo que todo había terminado. En él no me sorprendió porque no era militar, pero herr Göring... Debió de aguantar hasta el final y mirar a los ojos a sus ejecutores. —Hafner suspira.

—¿Y Hitler?

—¿Qué ocurre con *Hitla?* —vuelve a pronunciarlo con esa *a* al final que llama la atención de Julia.

—También se suicidó.

—Sí, pero el hombre que se suicidó en aquel búnker de Berlín... ya no era el Führer. Podía seguir siendo Adolf Hitler, pero no el Führer. Me alegro de que me haga esa pregunta... Oh, no, no me incomoda. No es ni siquiera impertinente. —Intenta aplacar la mirada desafiante de Julia, que se ha echado hacia delante como si hubiera ganado un asalto a los puntos—. Lo hablé después de la guerra con muchos amigos alemanes. El Führer, en ese último año fatídico, estuvo muy mal aconsejado. Tomó decisiones incorrectas. Personales y militares. La culpa, creo, no fue exactamente suya. O sí, por dejarse arrastrar por ese grupo de... Bueno, no importa. ¿Lo ve? No soy un fanático. Hitler se equivocó algunas veces.

—¿Usted habría aguantado hasta el final?

—Está dando por hecho que también existen motivos para ejecutarme a mí, señorita Julia.

—¿Existen?

—Averiguarlo es el trabajo que usted se ha propuesto. Sus lectores dirán que sí porque los lectores, cuando son un conjunto, no piensan. Pero usted no es así, señorita Julia, usted no es así. Usted ha venido aquí a pensar, ¿no es eso?

—¿Usted habría aguantado hasta el final? —repite la pregunta para demostrar arrojo y capacidad de aguante.

—Oh, por supuesto. ¿No escuchó el otro día mi juramento? ¿Eso qué importa? No pierda el tiempo, señorita Julia. Aquí lo importante no es lo que yo habría hecho, sino lo que hice o no hice. Le agradezco de veras el interés. —El señor Hafner ha cogido su chaquetón, lo ha colocado sobre sus rodillas y se entretiene haciendo bolillos con su lana.

—¿Qué es para usted un judío?

—Hoy ya no sé lo que es un judío. Desde que vivo en España, apenas he conocido judíos. Cuando era joven, cuando ocurrieron todas aquellas cosas, un judío era el hombre colocado entre dos alemanes en la cadena de la supervivencia. Un traficante de dinero. Alguien que se enriquece.

—Señor Hafner, usted sabe que... —Julia presiente su paciencia menos vulnerable a las opiniones de Hafner. Le viene a la cabeza la imagen de Lander. Discurre que todas esas horas pasadas a su lado quizá le hayan endurecido la piel cuando se trata de las heridas ajenas.

—Lo sé, lo sé. Usted me va a decir que no todos los judíos eran banqueros o prestamistas. Los había al frente de otros negocios, en otros... ¿cómo se dice? En otros estratos de la sociedad. Pero yo le estoy dibujando el arquetipo. Porque su pregunta lleva implícita la búsqueda del arquetipo. Usted estaba preguntando por todos los judíos del mundo y eso es lo único que puedo responderle sobre todos los judíos del mundo.

—Acepto. Sigamos con el arquetipo.

La respuesta provoca la sonrisa de Hafner. A Julia le sorprende su buen humor. Había conocido en él la ironía y el cinismo. El buen humor apenas había asomado. Pero hoy es la nota predominante. Tiene enfrente a un hombre tranquilo, sonriente y conversador.

—No sé cómo explicárselo... Me gustaría ponerle algún ejemplo concreto. Sí, mire. A una media hora de mi casa había un mercado. Uno de los carniceros no se ocupaba de buscar el género y llevarlo. Simplemente, lo compraba y lo vendía. Era judío. También ocurría con un pescadero. Y con un frutero. Le parecerá mucha casualidad. No se lo crea si no quiere, pero los tres eran judíos. Vendían más barato que los alemanes que regentaban otros puestos.

—Pero ¿esos judíos no eran también alemanes?

—Probablemente. Es para que usted me entienda... El caso es que, al vender más barato, robaron muchos clientes a quienes llevaban allí vendiendo toda la vida. Conforme ganaron dinero, fueron subiendo los precios. Llegaron a abrir puestos en otros mercados cercanos. No participaban de la solidaridad que hubo siempre en ese mercado. Se enriquecieron a costa de maltratar los negocios de los demás. —Hafner no lo explica con demasiada severidad. Habla como el profesor que se dirige a sus alumnos desde la pizarra.

—¿Es usted comunista, señor Hafner? —La pregunta desata un ataque de risa en el alemán, que se atraganta y comienza a toser. Le pide a Julia un vaso de agua. Va a la cocina. Abre los armarios. Están prácticamente vacíos. Encuentra dos platos, dos vasos, dos juegos de cubiertos, unas pocas servilletas, una sartén... Sabe que corresponden a Hafner y a su hija—. Tome, aquí tiene.

—Ha estado muy divertida, señorita Julia.

—No entiendo por qué le molesta que esas familias judías practicaran el libre mercado. Si hubieran sido alemanes... Perdón, si no hubieran sido judíos, no le habría importado. —Vuelve a sentarse y a coger el cuaderno.

—Probablemente. Pero le diré más: eran días difíciles, días de posguerra. Esas familias judías, por lo menos las que yo conocía, no hicieron el más mínimo esfuerzo por ayudar a quienes lo pasaban mal. Vivían en sus comunidades cerradas, colaboraban entre ellas. Siempre en trabajos cómodos, de señoritos. No tenían ampollas en las manos. ¿Es mucho pedir que los judíos también trabajaran la tierra? Hacían negocio con el trabajo de los demás. Y podría ponerle infinidad de ejemplos: el hombre que nos vendía las telas, la familia que regentaba la tienda de radios... Eran artistas de la compraventa.

—Seguimos generalizando mucho, pero...

—Y como tiene razón, aunque sea inevitable, he tratado de ponerle algunos ejemplos. —Hafner gesticula hoy más que de costumbre. Está muy ágil, muy despierto—. ¿Se ha preguntado si los judíos también nos odiaban a nosotros?

—¿Usted cree que ellos les consideraban a ustedes una clase aparte? Quizá solo los vieran como «alemanes».

—Oh, no, eso no es así. Entiendo que no me crea, pero usted no lo vivió y yo sí. Y lo que le digo es que nunca tuve esa sensación. Jamás me sentí tratado de igual a igual.

—¿Tuvo amigos judíos? En la escuela, en el barrio.

—¡Ya lo creo! Tenían más dinero que yo, más libros que yo, iban al cine más que yo. Lo que ocurrió en el principio, cuando gobernó el partido, fue que se reequilibraron las cosas.

—¿Qué pasó con sus amigos?

—Se marcharon de Alemania. Nadie les robó su dinero, sus propiedades. *Nein*. Cuando se implantaron determinadas medidas, se marcharon.

—¿Se los ha imaginado alguna vez en Auschwitz? —Julia descruza las piernas y separa la espalda de la silla. Quiere ver la reacción de Hafner.

—No sea grosera, señorita Julia. Auschwitz, Sachsenhausen, todos esos sitios... fueron fruto de la guerra. Murieron inocentes, claro que murieron inocentes. ¿Cree que no me importa? Pregúntemelo. Ojalá no hubieran muerto inocentes. Pero eso es la guerra. Lo peor de una guerra siempre está en la retaguardia. ¿Ha estudiado lo que hicieron los rusos cuando entraron en nuestras ciudades? Miles de mujeres, como usted —la señala con el dedo—, fueron violadas. Miles de hombres asesinados. Niños, también niños. Eso no parece

interesarles tanto. ¿Y los americanos? Los «aliados» —ridiculiza la palabra—. ¿Qué cree que hicieron cuando llegaron a Berlín?

—Señor Hafner, usted ha vivido el tiempo suficiente como para conocer investigaciones rigurosas, testimonios, libros, documentales... para conocer lo que pasó.

—He vivido en la Alemania nacionalsocialista. Soy consciente de lo que puede conseguir la propaganda. —Aquí sí responde de manera cortante.

—Hay fotos. Hay miles y miles de pruebas irrefutables. No me haga reír. —Julia deja de tomar notas.

—Siempre las mismas fotos, siempre los mismos testimonios... convenientemente recogidos por los americanos. Debo reconocer que lo han hecho de maravilla. Es una operación con vocación de eternidad, sostenida en el tiempo con un tesón admirable. Señorita Julia, piénselo: si nosotros hubiésemos ganado la guerra, usted pensaría lo mismo pero al revés.

—Y no habría judíos en el mundo.

—Igual que hoy no hay nacionalsocialistas.

—Está comparando una etnia con una ideología.

—¡Exacto! Ahí quería llegar. Esa es la diferencia entre ustedes, los nacidos en este siglo, y nosotros. Para nosotros, la raza es una ideología. Claro que sí. Porque la raza lleva prendida, como el cuerpo la sombra, una cultura, una lengua, una manera de vivir. Es así inevitablemente. —Julia respira hondo y se muerde los labios para no contestar. Se culpa por haber extraviado el rumbo de la entrevista. Su trabajo, se repite como si estuviera en clase, no es discutir con el entrevistado ni hacerle ver que no tiene razón, sino obtener información. *Julia, cállate,* se repite para sus adentros. Al ver que no responde, Hafner continúa con su discurso—. Se habrá dado cuenta de que el ministro Goebbels no me generaba

demasiada simpatía, pero era listo. Sabía encerrar en una frase realidades muy complejas. Le regalaré una cita incontestable: «Pasaremos a la historia como los mayores estadistas o los mayores criminales». Perdimos la guerra. Quienes pierden la guerra siempre son criminales.

—¿Qué hizo o pensó usted cuando el Gobierno fue implantando medidas contra los judíos?

—Ha pasado mucho tiempo, mucho tiempo... No recuerdo esas «medidas» con exactitud. ¿Usted recuerda las medidas que tomaba su Gobierno hace diez años? Señorita, no nos perdamos en disquisiciones.

—Si hubiese ocurrido algo así, creo que lo recordaría. —Julia mira hacia la puerta al escuchar la advertencia de Hafner sobre el tiempo. Tiene la tentación de asomarse a la ventana para ver si Amelia está cerca.

—No, no lo recordaría. Le diré una cosa en clave general: todas esas medidas fueron legales. Por eso fue tan fácil que las apoyaran los abogados, los jueces, las universidades, los escritores... Todo se hizo respetando la Constitución. ¿Sabía usted que Hitler jamás eliminó la Constitución de la República de Weimar? Hitler fue «de la ley a la ley». Como ustedes.

—Oiga... ¿Está comparando la Transición española con la Alemania de Hitler?

—Le estoy hablando de medidas, de leyes, de eso por lo que ha preguntado usted. Una Constitución no es nada. Una Constitución es tan elástica como las jóvenes gimnastas que ganan medallas en las Olimpiadas. Por cierto, luego le hablaré de las Olimpiadas. Hay algo que usted no es capaz de comprender. Lo veo en sus ojos. Ni puede ni quiere entenderlo.

—¿Se da cuenta de la superioridad moral desde la que me habla? Todo el tiempo.

—Oh, si es eso lo que le molesta, le pido disculpas. Pero es algo que un viejo como yo puede permitirse. ¿Y si los ciudadanos, en una «de-mo-cra-cia» eligen más intervencionismo? ¿Y si los ciudadanos quieren entregar, por procedimientos democráticos, poderes completos a un gobierno? ¿No es eso tan democrático como lo contrario? No le hablo solo del pasado. Mire la China del presente. Si sus habitantes no estuvieran con... conformes —se traba al pronunciar la palabra— con el régimen que los gobierna, ¿no armarían una revolución? ¡Sería tan fácil que derribaran al Gobierno! Costaría mucha sangre, pero la revolución triunfaría. ¿Cómo es posible que en los países del presente no exista una figura penal para castigar como se merece a quienes dañan a su nación? ¡El *Volkschadling!* Esa medida sí la recuerdo, la implantó el Führer.

—No me hable de China, señor Hafner. Quiero que me hable de esas medidas contra los judíos que comenzaron a implantarse y que supusieron un punto de no retorno. Quiero que me hable de lo que vio.

—Lo que pasó... Se lo explicaré de otra forma. ¿Piensa que quienes siembran y cosechan el trigo son capaces de ver cómo crece? No me creerá, pero yo no tuve la sensación de que ocurriera repentinamente. —Julia no contesta, pero le hace ver con la mirada que no le cree—. Si todo cambia en una dirección, si todo el mundo cambia en esa dirección, ¿algo cambia realmente?

—La moral es individual, señor Hafner. El sentido de la ética es individual. Eso sí lo tengo claro.

—Eso solo ocurre en sociedades donde no existe un sentimiento de pueblo, un espíritu compartido. El *Volkgeist*. Le reconozco que no puede entenderse si no se ha vivido. Yo he vivido las dos cosas. El

Volkgeist del Reich y el individualismo decadente de hoy. La gente era mucho más feliz antes. Usted habría sido muy feliz en el Berlín de los años treinta.

—No si hubiera sido judía.

—Esa es una respuesta fácil, señorita Julia. Esperaba más de usted.

—Es que tengo la sensación de que usted no sabe realmente lo que pasó. Es como si no hubiera querido enterarse, como si todo lo considerara propaganda.

—¿Qué pasó? —Hafner esboza una mueca para dar a entender que solo por cortesía escuchará el relato que tantas veces ha oído. Eso enciende todavía más la reacción de Julia.

—Miles y miles y miles de familias asesinadas. Hombres, mujeres, niños... Por el mero hecho de ser judíos, por el mero hecho de tener una raza distinta a la suya. Pero es que ni siquiera tenían una raza distinta. Es una creencia, una religión. —Julia emborrona su cuaderno haciendo círculos con el bolígrafo.

—En las guerras mueren muchos inocentes. A mí tampoco me gusta. ¿Pudimos pasarnos de la raya en algunas ocasiones? Es posible. Pero eso es inevitable en una guerra.

—Ya morían inocentes antes de que empezara la guerra.

—Yo no vi nada de eso. Nada de eso. *Nein, nein, nein*... El principio fue el reequilibro. Intentaba explicárselo antes. Yo estaba entusiasmado con esas medidas porque eran de justicia social. Los alemanes volvían a tener buenos trabajos, se acababa el paro, no había quien se aprovechara de ellos... Los judíos que no estaban de acuerdo con esas medidas tenían la oportunidad de marcharse. Se llevaban su dinero, nadie se lo quitaba...

—Pero...

—Un momento. —Hafner levanta la mano y detiene la intervención de Julia. Hay algo en sus movimientos que tiene la capacidad de anularla; como si cierta autoridad se desprendiese de su cuerpo en forma de electricidad—. Por supuesto que hubo eso que usted insinúa, pero con quienes lo merecían. Se castigó a los traidores, a los delincuentes, a los estafadores.

—Escucharía cosas, vería cosas.

—No vi cosas, sí escuché cosas. Pero en un momento como ese, con tantos enemigos como había, todo el mundo decía muchas cosas. No las creí. Si hubiera visto algo demasiado grave, repentino, creo que habría actuado. Se lo digo de verdad. Pero no lo vi.

—¿Intentó investigar esas «cosas que escuchó»?

—No.

—¿Por qué?

—Porque había «cosas» —Hafner lo dice con sorna— mucho más importantes que hacer. Era militar, nos preparábamos para una posible guerra. Los alemanes, se lo expliqué cuando la conocí, habíamos sufrido mucho. Europa nos había quitado nuestra riqueza, nuestras tierras. Habría sido una irresponsabilidad que yo me dedicara a investigar «chismes» cuando el país empezaba a renacer. Así lo dicen ustedes, ¿no? Chismes.

—Hombre, pero...

—Señorita Julia, imagine que usted vive en un país así, al borde de una guerra. Usted está entusiasmada con cómo España sale adelante, con cómo va mejorando la vida de la gente. Se reducen las diferencias sociales, se reduce la miseria, no hay pobres tirados por las calles. Y un día escucha de alguien que siempre se queja de todo que está pasando no sé qué cosa. ¿Habría dedicado tiempo a investigarlo? ¿Habría tenido los medios para hacerlo? Es absurdo. Totalmente absurdo. —Julia se levanta y, ahora sí, se acerca a la

ventana. No divisa a la hija de Hafner, tampoco a su hijo—. Amelia puede llegar en cualquier momento, eso es cierto. ¿No hemos hablado ya suficiente de esto? No vamos a tener tiempo para hablar de lo que usted ha venido a buscar. Mire, señorita...

—¿Y las cámaras de gas? ¿Usted qué piensa cuando ve esas fotografías? ¿Ha visitado alguna vez esos lugares? —Julia lo interrumpe. No se sienta, no apunta. Solo lo mira desde arriba.

—Nunca conocí a nadie que trabajara allí, nunca he estado allí. Sí, claro que he visto esas fotos. Es la guerra. Si no me equivoco, las primeras cámaras de gas comenzaron a funcionar en 1939.

—No olvide, «señor Hafner» —Julia pronuncia irónicamente, igual que él cuando la llama «señorita Julia»—, que las cámaras de gas fueron tan solo un método ideado para asesinar más rápido. Ya se asesinaba a miles de inocentes antes de que se construyeran.

—No sé si fueron miles, pero sobre todo no sé si fueron «inocentes». Esas cámaras... —suspira— hicieron más fácil el trabajo. Usted, claro, no sabe lo que es matar. Lo que supone para un hombre. Nadie está preparado para matar. Ni siquiera el más cruel de todos los seres humanos. Sé de lo que hablo. Ejecuté prisioneros de guerra. Y no, no me venga ahora con preguntas absurdas: que si lo volvería a hacer, que por qué lo hice... ¡Lo hice porque era lo que debía hacer! —Hafner eleva la voz y la señala con el dedo. Julia se sorprende por el repentino cambio de tono y se echa hacia atrás, apoyando la espalda en el cristal de la ventana—. ¿Qué es más difícil? ¿Matar o morir? ¿Adónde miras cuando tienes que disparar? ¿A los ojos? ¿Al pecho? ¿A ninguna parte? ¿Un militar puede ejecutar a un hombre sin mirarle a los ojos? ¿No es eso una falta de respeto?

—Las cámaras de gas, teniendo en cuenta sus palabras, son el método más cobarde de entre todos los posibles. Apretar un botón

es mucho más fácil que mirar a los ojos.

—Yo nunca apreté ese botón. Lo hubiera apretado si hubiese recibido la orden, pero no ocurrió. Es interesante eso que acaba de decir. Estoy de acuerdo con usted. El hombre al que se le quita la vida merece que a su ejecutor le cueste algo. Esas cámaras no las inventaron los militares. Fue cosa de los políticos. Pero creo que puedo comprender lo que pasó.

—¿A qué se refiere?

—Veo cómo se abren los agujeros de su nariz, señorita Julia. —Ella se lleva las manos y los palpa inocentemente—. Se le nota que está oliendo la sangre. Cree que lo que le voy a decir ahora puede ser un gran titular, aunque me sorprende... Se lo repito: ¿no estamos perdiendo demasiado tiempo? ¿No quiere que pasemos ya a hablar de eso que ha venido a buscar?

—No entiendo, pero... señor Hafner, responda a lo que le he preguntado, por favor.

Julia vuelve a agarrar el cuaderno y mira al alemán con la mayor atención de que es capaz. No quiere que se le escape ningún centímetro de su rostro. De hecho, al estar la grabadora funcionando, tiene la costumbre de reducir sus notas al ambiente. No sabe qué es eso de lo que habla Hafner y que ella supuestamente busca, pero lo averiguará más tarde. Tiene, es cierto, un gran titular al alcance de la mano. Julia es como un toro corriendo hacia un mural rojo.

—Usted sabrá, luego vendrán los lamentos. Está corriendo el riesgo de quedarse sin su recompensa, pero le contestaré a la pregunta encantado para que vea que no se trata de cobardía. Digo que lo comprendo porque llegó un momento en que había que ejecutar muy rápido. Como le he dicho, no todos los seres humanos están preparados para participar en una ejecución. Mi superior, un

buen hombre, dio la posibilidad a algunos compañeros de librarse de las ejecuciones sin sufrir represalias. Pero había que ganar la guerra. Y se diseñaron métodos más amables, más aceptables para la mayoría. ¿Cómo dicen ustedes...? Ojos que no ven...

—Corazón que no siente.

—Exacto. Intentaré explicárselo con más detalle.

—A... adelante.

Julia se muerde la lengua. Se convence de que no es momento de rebatir, de que una reacción brusca ante lo que escucha sería una falta de respeto a sus lectores. Se repite continuamente que Hafner debe explayarse al máximo para dejar testimonio del pensamiento de un tiempo. *Que hable él, que hable él. ¡Cállate!*

—Yo no pasé por el trance de esa decisión. Le repito, me gustaría que quedara claro: habría cumplido con mi deber si se me hubiese ordenado tal cosa. Cuando uno hace eso, cuando uno ejecuta a un prisionero, no está pensando en el acto «tan terrible» que está cometiendo. *Nein,* señorita Julia, *nein*. Mi deber es tan importante para Alemania, lo que yo hago es tan importante para salvar a mi país, que me obliga a presenciar y hacer cosas horribles. Ese era el razonamiento.

Un portazo. Reverberan los cristales de las ventanas y a Hafner, que estaba bebiendo agua, se le cae el vaso al suelo. Julia se gira hacia la entrada de la casa. Es Amelia. El alemán niega con la cabeza y le dice:

—Se lo dije, señorita Julia, se lo dije. Habíamos dejado lo mejor para el final y no hemos podido siquiera comentarlo. Se va con las manos vacías.

Julia sigue sin entender las palabras de Hafner, pero apenas tiene tiempo para pensar. Amelia se planta frente a ella en tres zancadas. Le arrebata el cuaderno de las manos y lo tira al suelo. Como si de

un instinto animal se tratase, Julia se arrodilla y recoge su móvil. Guarda la grabación, se la envía a Clara para tener una copia y se pone de pie.

—Disculpe, ya me iba.

—No, no, usted no se va a ninguna parte. Ya lo verá, usted no se va.

Amelia mira a su padre, que le niega el rostro y dirige sus ojos a la ventana. Llama por teléfono.

—Policía, estoy en el número 7 de la avenida de Santiago, 2.º derecha, en el barrio del Cañaveral, en Madrid. Una ladrona ha entrado y está aquí conmigo. Ha agredido a mi padre. Por favor, vengan pronto, no sé cuánto tiempo voy a poder retenerla.

Julia presta atención porque no sabía siquiera dónde estaba. Después, reacciona echando a correr. Le sorprende que Amelia no la persiga, pero lo comprende al llegar a la puerta: está cerrada con llave.

Ahí sí nota cómo la conquistan los nervios. «¡Joder, joder!», dice en voz alta mientras aporrea la puerta. Hafner le dice algo a su hija en alemán. Amelia, como si no escuchara a su padre, se aleja de él, deja el bolso en el suelo y se sienta a esperar en la silla que había ocupado Julia.

La periodista corre hacia el alemán y suplica:

—Señor Hafner, por favor. Déjeme salir.

Él vuelve a dirigirse en alemán a su hija. Se levanta, le grita y le reclama algo. Julia, que intuye que Hafner le está pidiendo las llaves, se acerca a la ventana. Ve al fondo de la calle un coche de la policía abriéndose paso con la sirena. El ruido, de hecho, se cuela en el salón pese a estar las ventanas cerradas. Hafner reacciona gritando a su hija, esta vez en castellano:

—¡Abre la puerta!

—Lo hago para protegerle, padre. Me lo agradecerá.

—¡Dónde están las llaves! Abre. ¡Es una orden!

Por un momento, ante la cara de asombro que le provoca el grito de su padre, Julia piensa que Amelia va a ceder, pero se recoloca el pelo, se levanta y camina a paso rápido hacia la cocina. Julia la alcanza y la agarra de la camisa.

—Por favor, no me haga esto. ¡Por favor! —vuelve a gritar para obtener una respuesta que no llega.

Todavía agarrada a su camisa, Julia la mira a los ojos. Son claros, de pupilas pequeñas, muy parecidos a los de su padre. No encuentra ni una pizca de piedad en ellos, pero tampoco de odio. Es algo que no sabe descifrar, como si detrás del muro que parecen levantar sus pupilas hubiera algo más.

La policía irrumpe en el salón. Uno de los agentes agarra a Julia por la espalda, retira sus manos de la camisa de Amelia, le pone las esposas y la tira al suelo; aprieta con la rodilla contra su espalda.

—Si obedeces, no te harás daño.

Otro de ellos se acerca a Hafner y le pregunta si está bien. Julia alcanza a ver que el alemán mira al policía como miraba a las trabajadoras de la residencia. Tras unos segundos de silencio, Julia recobra el aliento como la que recobra el sentido después de un desmayo. Pierde el control. Grita y mueve las manos. Siente el dolor en la espalda.

—¡Soy periodista! ¡Esto es un error! ¡Señor Hafner, señor Hafner! ¡Dígaselo! Usted quería que yo viniera.

El policía la levanta cogiéndola por los hombros.

—Todo eso en comisaría, vamos.

Salen del portal y Julia ve la escena que tantas veces le ha tocado escribir: la mueca de impresión en los vecinos de la escalera, la gente asomada a los balcones, el tráfico detenido... y ese murmullo

que pronto trasciende lo individual y se convierte rápidamente en un todo, en la voz de la calle, como si la acera pudiera hablar: «¿Qué ha pasado? ¿Quién es? ¿Dónde ha sido? ¿Un atraco?».

Resignada al silencio camino del coche, imbuida de una sensación de irrealidad, ve a unos metros del portal a Eduardo, al que distingue con facilidad por su silla a motor. Con un golpe de hombro, se libra del marcaje del agente, da un par de pasos hacia él y grita:

—¡Eduardo! ¡Eduardo! Diles que tú me trajiste aquí, ¡diles que tú me trajiste aquí! ¡Por favor! —A Julia se le quiebra la voz, quiere seguir gritando, pero le falta el aire y se ahoga.

Uno de los policías, al ver que el otro se ha despistado, se acerca y la vuelve a agarrar por los hombros. Entre los dos la sostienen y, pese a sus coletazos de animal herido, se disponen a meterla en la parte trasera del coche con cierta facilidad.

—Un momento, un momento. —Esa voz le suena. Aparece el enviado de Olmedo, que muestra a los agentes un documento y les dice—: Interior. Yo me la quedo, no os preocupéis.

Después, en una conversación que no escucha, ocurre algo que provoca que cambie de brazos. Su perseguidor la obliga a cruzar de acera y la mete en ese coche negro con los cristales tintados que ya vio junto al hospital el día que quedó con Iván.

Julia llora. Levanta la cabeza. Mira al frente, pero apenas ve. Las lágrimas lo difuminan todo y convierten el otro lado de la ventanilla en un río turbio y gris. Pestañea con fuerza, pero solo ve esa mezcla acuosa de gris y blanco que le recuerda a su abuelo, a Iván, a Ramón, a su padre. Al dolor. Cierra los ojos.

XXV

Julia está encerrada en un despacho. La vigila un agente desde el otro lado de la puerta. Es una puerta transparente. No sabe si han pasado veinte minutos o una hora. Lo que sí sabe es que todo este tiempo lo ha dedicado a una misma secuencia de pensamientos: *¿Cómo ha podido suceder? ¿Y ahora qué? ¿Realmente tienen algo de lo que acusarme? ¿Voy a poder volver a Francia? ¡Tengo que ir a Francia!*

De pie, dando vueltas, a ratos en círculo y a ratos en línea recta, repasa como si de un libreto de teatro se tratase lo ocurrido desde que se encontró con el hijo de Hafner en la puerta de Los Abedules hasta que fue detenida. No tiene móvil, no tiene bolso, no tiene nada. Le inquieta que haya podido filtrarse la grabación de su entrevista con Hafner. Eso la acelera, la empuja hacia la puerta: asoma los ojos a uno y otro lado en busca de alguien a quien suplicar. Pero está sola. Ve la habitación con ese color entre amarillo y naranja que derraman desde el techo unas placas de luz. Estos lugares, viejos o nuevos, suelen ser un homenaje a la geometría. Formas rígidas, líneas rectas.

Julia sabe que no está en manos de la policía, sino del Gobierno. Eso complica su situación y hace inútil la búsqueda de una estrategia con la que defenderse. Se inventarán lo que les convenga. Amelia, la única testigo, hará lo posible por meterla en problemas. Soslayarán el testimonio de Hafner por su ancianidad. ¿Y ahí fuera? *¿Alguien sabe que estoy aquí? ¿Me han reconocido durante la detención?*

Se mete las manos en los bolsillos vacíos. Cae en la cuenta de las demás cosas que no tiene. Por ejemplo, el móvil de Maider, su identidad falsa. Recuerda el mensaje de Lander, que llegó antes de comenzar la conversación con Hafner.

Se levanta la camiseta, se la lleva a la cara y la muerde. Luego la utiliza para secarse la mezcla de lágrimas y sudor que serpentea el camino de los pómulos a la boca. Una pequeña mancha negra junto al hombro derecho. La frota, pero no se disuelve. Recuerda cómo llegó ahí esa mancha. Está segura: fue en la Montaña Artificial del Retiro, cuando visitó con Ramón el sótano donde se reunían los alemanes. Es la misma camiseta que llevaba ese día. Ramón. *¿Qué estará pasando ahora por la cabeza de Ramón? ¿Y si ya no está vivo?* Cae una gota detrás de otra en alguna parte. Julia cierra los ojos y resucita el gotero junto a la cama del hospital. Los abre y escucha el latido de la máquina que mantiene con vida al librero.

No quiere pensar. No quiere acercarse a lo que sea que tiene en el pecho, pero la pulsación acelerada le dice que el corazón de verdad avisa cuando el otro corazón incordia. Para huir de ese sitio, que también tiene muchas goteras, camina rápido haciendo los pequeños círculos que le permite el despacho. Camina alrededor de una mesa marrón casi vacía. Aparta las sillas que hay a cada lado y las apoya en una de las paredes. Se fuerza a escribir en su cabeza el segundo episodio del reportaje. Repasa la conversación, evoca algunas respuestas y se le aparece ese interrogante que dejó pasar. *¿Por qué Hafner insistía tanto en «hablar de lo verdaderamente importante»? Estaba dando por hecho que yo iba a por algo en concreto. Bah, una excusa para alejar la conversación del tema de los judíos. Pero no, qué va, no puede ser eso. Le daba igual charlar conmigo. Se ha mostrado sincero casi desde el primer día, incluso gentil después de que cogiéramos cierta confianza. No parece que esté escondiendo*

nada. Con más de noventa años, no creo que sea posible temer al futuro. ¿Y a la muerte? ¿Y si tiene miedo de que lo maten? Qué va, Julia. Hafner no tiene miedo. No, no tiene miedo, estoy segura. Entonces, ¿qué es eso que, supuestamente, yo había ido a buscar? ¿Y si tiene que ver con la muerte de la madre de Ramón?

Necesita volver a verlo. Preguntárselo. Pero antes necesita publicar por lo menos el primer episodio del reportaje. Llegados a este punto, no cree que el Gobierno vaya a respetar la exclusiva. Imagina a Adánez llegando al piso donde a ella la han detenido. Lo imagina haciendo guardia, tratando de convencer al hijo de Hafner, ganándose la confianza de Amelia. Y lo imagina, al fin, sentado con una libreta abierta sobre las piernas y sonriéndole al viejo alemán. Escucha en su cabeza los gritos de Rivas, pero le duele más intuir la sonrisa indulgente de Ferrándiz al descubrir su fracaso. Apoya la cabeza contra la pared. Inspira con fuerza. Le sorprende el ruido de un manojo de llaves.

—Habría sido un detalle que hubiese venido el ministro en persona —se adelanta Julia, irónica, para no darle al enviado de Olmedo el gusto de contemplar su fragilidad.

—Pensaba que eras más lista, Mendieta. O Uribe. ¿Cómo prefieres que te llamen? A ver si es verdad lo que dicen de los periodistas: que cuando tenéis una noticia entre ceja y ceja, vais como los caballos en las plazas de toros, sin mirar a los lados. —El enviado de Olmedo se sorprende de que no haya sillas junto a la mesa. Las coloca en su sitio tras divisarlas contra la pared. Se nota que el despacho tampoco es un lugar habitual para él. Toman asiento; Julia mira a lo que parece una cámara colgada en uno de los extremos donde confluyen la pared y el techo—. Ah, no te preocupes por eso. Está apagada.

—Tengo derecho a un abogado. —Junta y separa las piernas repetidamente y con brusquedad. No puede evitarlo. Se detiene, pero cuando vuelve a hablar, sus piernas vuelan—. Quiero que venga un abogado ahora mismo.

—No te pongas así, mujer. Podrás irte en un rato, pero tenemos que hablar. Te eché de menos el fin de semana. ¿Qué tal con Igor? ¿Cómo fue el viaje? ¿Hendaya? ¿San Juan de Luz? —Saca un paquete de chicles y le ofrece uno, ella lo rechaza—. Os perdí de vista en la frontera. Deberías tenerlo en cuenta. Allí se te acaba nuestra protección.

—¿Protección?

—¿Te fías de la palabra de un terrorista? ¿Crees que su arrepentimiento es sincero? A la gente tan jodida como tu padre se la engaña muy fácil. Un perdón, un abrazo, unos cuantos cafés y, hala, bienvenido al fantástico mundo de los beneficios penitenciarios. —Julia no esperaba que Interior estuviera al tanto de su investigación sobre el asesinato del abuelo—. ¡Si es que vais como los caballos! ¡Joder, Mendieta! ¿Realmente creíste que me despistaste el otro día en San Sebastián? Iba vestido como un gilipollas, pero no lo soy. ¡Reacciona, coño! Entérate de una puta vez. Tanto tu reportaje como la búsqueda del asesino de tu abuelo solo son posibles con nuestra ayuda. Y tú —se inclina hacia delante, colocando el pecho casi en la mitad de la mesa más cercana a Julia — también puedes ayudarnos a nosotros.

—No necesito vuestra ayuda. Déjame salir de aquí o te vas a meter en un lío de cojones. —Finge seguridad, pero sabe que no está sonando convincente.

—¡No puedes ir sola a ninguna parte! ¿También crees que tu visita a Hafner fue una exclusiva? ¿Un golpe de suerte? ¿Una operación genial? ¿Otra vez un papeleo tan largo de Amelia como para que

puedas charlar todo ese tiempo? ¿Un coche de la policía tan cerca como para detenerte casi al segundo? ¿No es demasiada casualidad? Lo del alemán es un juego, pero lo de Francia no. Tienes que tener cuidado.

—¿Por qué me ayudasteis entonces?

—Queremos que publiques ese reportaje. Va a ser bueno para ti y bueno para nosotros. Queremos que todo el país hable de Gustav Hafner.

—¿Queremos?

—El Gobierno y tú, Mendieta. Todos. Te ayudamos para que veas hasta dónde puedes llegar con nosotros... y lo rápido que fracasarás si rompes la cuerda. No tendrás reportaje ni investigación sobre tu abuelo. ¿Te ha quedado claro esta vez? Si chasqueo los dedos, encuentras al alemán. Si vuelvo a chasquear los dedos, te detiene la policía. Si doy una palmada, no volverás a Francia.

—Qué valientes. Sois impresionantes. El Estado venciendo a una reportera de treinta años. Enhorabuena. Pero tiene más gracia esto otro: un periódico tumbando a un gobierno. Si sois omnipotentes, ¿no podéis evitarlo y así a mí me dejáis en paz? —El enviado de Olmedo vuelve a su posición original. Tira el chicle al suelo y enciende un cigarro. Julia sabe que lo ha contrariado.

—Tu periódico nos está tocando mucho los cojones. No te voy a engañar porque, aunque eres menos inteligente de lo que pensaba, eres una chica lista. Cualquiera que lea la prensa sabe que la situación no es fácil. Pero te prometo aquí y ahora una cosa: si caemos, nos llevamos por delante a tu director, a tu periódico y a ti.

—Yo también te creía más listo. ¿Piensas que me importa tanto el periódico en el que trabajo? Llévatelo por delante. ¿Y a mí qué? Como si no hubiera otros periódicos donde escribir. —Julia agarra el paquete de chicles, acaba por coger uno, lo arroja a la mesa y

recorre con la vista el despacho. Un retrato del rey, un póster de las Fuerzas Armadas y un calendario.

—Estás jugando con fuego, Mendieta. Si no colaboras, te perseguiré todo el tiempo que falta hasta la prescripción. No tendrás reportaje y, lo más importante, no tendrás lo que llevas toda la vida buscando. Venga, madura un poco, así, de repente. Si en el fondo lo sabes... Colabora de una puta vez. Dinos quién es la fuente y, si no lo sabes, averígualo.

—Suéltame ya. Mañana, esta detención ilegal aparecerá en el periódico.

—No aparecerá porque podemos inventarnos lo que queramos. Que agrediste al viejecito alemán, que lo grabaste sin su permiso, que forzaste la cerradura, que le robaste, que también atacaste a su hija... Yo qué sé. Y no aparecerá porque, si abres la boca, te reventamos el reportaje definitivamente.

—Vamos a hablar en serio. —Julia se muerde el labio para impedir que la desesperación se le escape en forma de titubeo o con un temblor de barbilla—. Te prometo que no sé cuál es la fuente que está filtrando las cosas sobre el presidente. Te lo prometo, ¡joder! —El enviado del ministro sonríe. Después, suelta una carcajada. Acaba por aplaudir—. No sé cómo decírtelo, pero no te queda más remedio que creerme.

—Ahora ya da igual si te creo o no. Pero pongamos que te creo... Tienes la confianza de tu director. Eres la periodista que elige para que vaya a la tele a defenderlo. Échale imaginación. Invéntate algo para sonsacarle cuál es la puta fuente.

—Para eso, necesito salir de aquí.

—No pensarás que te voy a dejar marchar de cualquier manera. Mira, primero va a venir tu abogado, ahora lo vas a llamar. Así guardamos las apariencias y tu detención habrá sido exquisita. Y

luego te irás... con cuarenta y ocho horas para averiguar cuál es la fuente.

—¿Y si no lo consigo?

—Ni alemán, ni Francia ni nada. Te volveré a detener con cualquier excusa. Voy a por tus cosas, que para mí también es tarde. Por cierto, Mendieta: las molestias que has causado hasta ahora no te van a salir gratis. Habrá algún susto. A ver si aprendes.

Suena un trueno cuando Julia va camino de casa. Está anocheciendo. El cielo ya está oscuro, pero le queda un leve brillo en alguna parte, como si alguien lo estuviera alumbrando con una linterna detrás de las nubes. Le ha entrado la risa floja al salir de la comisaría. Era la del centro de Madrid, a un cuarto de hora de la buhardilla. Se suponía muy lejos, como encerrada en lo más profundo de una mina, y ahí estaban sus libros, su colchón, sus latas de atún, su ordenador. A quince minutos. Iván se ha ofrecido a acompañarla después de presentarse a recogerla en calidad de abogado. Primero se ha ofrecido, después lo ha hecho a pesar de la negativa, hasta que Julia se ha detenido en medio de la calle, lo ha mirado con firmeza y le ha dicho: «Iván». A secas, «Iván». Y él ha entendido.

Julia siente desazón, cuando piensa en la facilidad con la que el Ministerio del Interior ha encontrado una excusa para encerrarla en una comisaría sin que nadie se dé cuenta. Ya no sabe qué interesaría más a sus lectores, si la historia del alemán o las tuberías llenas de ese barro oscuro y pegajoso por las que discurre el poder. Piensa que esto, lo de la cloaca del poder, lo tiene asumido todo el mundo. Pero no es lo mismo creer en esa corrupción como si se tratara de creer en Dios que comprobarlo en carne y hueso. Lo que

pasa es que Julia ya no sabe quién tiene menos credibilidad en España, si el Gobierno o los propios periodistas.

Lo primero que ha hecho al salir de la comisaría, sin importarle las preguntas con las que le bombardeaba Iván, ha sido encender sus teléfonos. En uno ha comprobado que seguía existiendo la grabación con Hafner. En el otro, ha escrito un mensaje a Lander: «Tengo ganas de verte. No voy a esperar al fin de semana. Llegaré mañana. Iré sola». Tiene cuarenta y ocho horas para intentarlo. No quiere perder tiempo mintiendo a Rivas para conseguir la identidad de la fuente. Sabe que engañarlo es casi imposible. Irá a Francia, donde no habrá «protección»... ni posibilidad de detención.

Suena otro trueno y es como si le hubieran dado al interruptor. Cae la lluvia, tormenta de verano. El interruptor de la lluvia en Madrid enciende una ciudad distinta: aparecen decenas de personas vendiendo paraguas, los taxis derrapan en las esquinas, los portales se llenan de gente y las bocas del metro engullen con más fuerza que las alcantarillas. A Julia la miran desde los lugares a cubierto. Camina en camiseta de manga corta con el pelo mojado y revuelto. Una mirada encima es un leve escalofrío. Muchas miradas a la vez encima son como un empujón.

Le ha dolido de veras el abrazo de Iván al despedirse a pocos metros de la comisaría. Cuando la ha estrechado fuerte, cogiéndola primero de las manos, después de los hombros y al fin por la espalda, ella ha intentado desasirse con rapidez. El miedo se ha disuelto. En su cabeza ya solo está el cronómetro de cuarenta y ocho horas.

Al salir de la comisaría, primero, se han sentado en un banco de piedra, al lado de unos columpios. Iván gritaba, Julia callaba. Iván la cogía de las manos, Julia no se soltaba, pero ofrecía las manos

blandas, como sin pulso. Manos de muerta. Iván la miraba muy cerca a los ojos. Julia miraba a los columpios vacíos.

Ahora que han pasado diez o quince minutos, que está sola y que ya ve al fondo su barrio, siente algo de culpabilidad por no haber contestado las preguntas de Iván con un poco más de profundidad. Hace un amago de ponerse en su lugar, de discurrir cómo se sentiría ella si Iván desapareciera y reapareciera encerrado en una comisaría una noche de lluvia. Pero no puede. El dolor y la prisa de tantos años se han encerrado en esta noche y, lejos de bloquearla, la espolean como a aquella poeta loca de la que un día escribieron en el periódico: se escapaba cada noche para tirarse por el acantilado y cada noche la interceptaban para encerrarla en su dormitorio. Hubo una noche en que corrió más rápido, nadie pudo cogerla. Se tiró al vacío. Hoy ha empezado esa noche. Julia empieza a correr, ya por las calles estrechas de Lavapiés.

Antes de dejarla marchar, Iván la ha besado en la cabeza, la ha estrechado contra su pecho. También la ha agarrado de la cara para interrogarla con los ojos llorosos. «¿Por qué no reaccionas?». La besaba en la mejilla, acercaba los labios a los suyos... y Julia tampoco respondía. De pronto, como saliendo de un coma, Julia le ha dicho: «Iván, por favor, haz lo que te digo. Pónmelo fácil. Es la última vez».

Julia abre el portal de su casa al tiempo que recuerda la despedida de hace un rato y se sorprende de la frialdad con la que le ha dado instrucciones a Iván. «Voy a volver a desaparecer. Solo tú vas a saber dónde estoy. Entre hoy y mañana escribiré la segunda parte del reportaje. Después, viajaré a Hendaya. Les diré a mis padres que solo tú sabes dónde estoy. Y si te llaman, aunque no sepas nada de mí, les calmas, les dices que estoy bien». Julia no ha tenido que añadir más porque, al escuchar Hendaya, Francia, Iván ha

comprendido. Julia ha tenido la tentación de mencionar la prescripción del crimen, pero ha detectado una mezcla de severidad y resignación en él. Sí, había comprendido.

Ha sido ahí cuando Iván ha vuelto a intentar abrazarla para disuadirla: «Déjame ir contigo. Julia, déjame ir contigo». Al no obtener respuesta, con dos zancadas se ha puesto delante y le ha impedido el paso: «No tengo por qué hacer esto. No tengo por qué cumplir con esta mierda». Y Julia, que bebe un vaso de agua ya dentro de la buhardilla y con el codo apoyado en la encimera, evoca la frialdad de su respuesta: «No tienes por qué hacerlo, pero lo harás». No ha pasado ni media hora y lo recuerda como si fuera hace miles de años.

Coge el ordenador, lo mete en el bolso. Mira la cama sin hacer, el armario abierto, la ropa sucia tirada sobre la mesa. Lo mira todo con sensación de irrealidad, como si estuviera recorriendo una casa que no es la suya. Se acerca a la puerta. Duda. Deja las cosas en el suelo y entra en el baño. Se da una ducha. Se frota el pelo con el champú, intenta imitar el movimiento de las manos de su peluquera, una especie de masaje.

Al ritmo de los dedos, adelante y atrás, adelante y atrás, van apareciendo en su cabeza imágenes que son recuerdos. Cuando se trata de recuerdos tristes, en la pantalla negra que nace al cerrar los ojos, Julia ve cine. Esa pantalla negra es un proyector y las escenas son eso, escenas, movimiento, vida nítida, casi tan real como la verdadera. En cambio, cuando se trata de recuerdos alegres, tiene que cerrar mucho más fuerte los párpados para encontrar apenas un leve apunte, el carboncillo de un mal pintor, unos trazos descoloridos; nada más que vida detenida. Instante alegre pero muerto. Adelante y atrás, adelante y atrás. Julia ve a su padre en la calle Easo diciendo «pum». Y con un susurro vuelve a revivir ese

disparo que sonó atronador en algún lugar de su pecho. Adelante y atrás, adelante y atrás, Julia ve a su madre llorando en una esquina del salón; se está tapando la cara con el codo y con la otra mano se seca las lágrimas. Adelante y atrás, adelante y atrás, Julia ve a Ramón frente al parque del Retiro en el momento en que conoce su metástasis. Adelante y atrás, adelante y atrás, Julia se ve a sí misma tirada en la cama, boca arriba, sudando, mordiendo la almohada y queriendo escapar de ninguna parte. Adelante y atrás, adelante y atrás, Julia quiere verse en los jardines de Alderdi Eder comiendo barquillos de la mano de su abuelo, pero no puede. El proyector no funciona. Se aclara el pelo y cierra el grifo.

Sale de casa y anda unos metros. Se topa de frente con la luz amarilla de la farola. La misma que iluminaba la librería de Ramón. Son unos segundos de alivio. Ofrece la cara a la luz como el que se la ofrece al sol del invierno. Llega su taxi y piensa: *Hacia la luz amarilla, por favor*. Pero dice: «Al hospital de La Paz».

De camino, trastea con el móvil. No tiene ganas de consultar las redes sociales, pero abre el WhatsApp y contesta los mensajes imprescindibles. A Marcos y a Clara les dice que está bien, que el reportaje avanza, pero que ya saben cómo se pone cuando está escribiendo, que está encerrada y que no quiere distraerse. A sus padres les cuenta que el regreso a Madrid no ha ido mal, que no tiene novedades sobre lo que intentó en Francia y que va a estar un par de días desaparecida. Ha pensado en engañarlos, en decirles también que su desaparición tiene que ver con el reportaje, pero ¿para qué? No la creerían. Les promete que irá bien y que Iván sabrá en todo momento dónde está por si surge una emergencia. Por último, escribe a Rivas: «Director, tenemos que publicar. Antes de las ocho de la mañana tendrás en tu correo las dos primeras entregas. Si te parece bien, lanza una mañana mismo y la otra al día

siguiente». Lo hace creyendo que el Gobierno puede filtrar a *El Adelanto* las señas de Hafner, los detalles de su historia. Recuerda el castigo que le ha anunciado el enviado de Olmedo. Pero no es eso lo que le importa. Si sigue adelante, es por el librero. Si está yendo a verle, es porque sabe que hay muchas probabilidades de que sea la última vez. «Muchas gracias, no quiero copia, no se preocupe». Se baja del taxi y entra corriendo en el hospital.

En la puerta de la habitación, los lirios blancos. Julia los acaricia con las yemas de los dedos. Se acuerda del hijo de Ramón. También hay otro ramo en la mesilla. Se acuerda ahora de la madre del librero. Del cuerpo que su padre cubrió con lirios blancos cuando lo rescataron tras el bombardeo. Arrima el sillón a la cama. Lo coge de la mano.

—Aquí estoy, te prometo que haciendo todo lo posible. Tengo más, pero no es suficiente. —Llena un vaso de agua en el baño. Le sigue hablando—. ¿Sabes? Hafner cree que yo quiero saber algo concreto, algo que he ido a buscar. Eso es lo que tú llevabas buscando tanto tiempo. Estoy segura. Tu madre, el bombardeo. ¿Qué hizo Hafner? Espero poder volver a verle y preguntárselo, pero tengo que marcharme. El tiempo se nos acaba a todos.

La va dominando el sueño, pero no reclina el respaldo del sillón. Tiene que escribir. Antes de reproducir la grabación para que él la oiga, si es que sigue pudiendo escuchar, para que ella mientras tanto la transcriba, se acerca a la cama. Coge sus dos manos y pone encima las suyas.

—Ramón, quizá sea esta la última vez. Tengo que despedirme. ¿Te acuerdas de mi talón de Aquiles? Me voy de viaje y no sé lo que va a pasar. Estoy metida en un lío. Ojalá pudiera contártelo. Ojalá hubiera decidido contarte antes todas estas cosas. Y sí, ojalá me hubieras contado tú también. Qué bonitas las flores. Veo que tu hijo viene

mucho a verte. No estarás solo. —Las lágrimas van recorriendo las mejillas de Julia como si echaran una carrera—. Mira, mira cómo te he acabado queriendo. Con lo antipático que fuiste. Tú y yo somos muy parecidos. Creemos que podemos encontrar las causas de nuestro dolor y que eso nos aliviará. ¿Sabes? Pienso que, en el fondo, sabemos que no hay nada que nos pueda sanar, que no hay cosa que podamos descubrir para curarnos, pero es esa búsqueda lo único que nos mantiene vivos. Solo existe este camino hasta que... —Apoya el rostro en las manos de Ramón; se seca las lágrimas con los dedos—. Bueno, no hay otro camino, así que vamos a trabajar. A ver si te gusta dormir con el ruido del teclado. A mí me encantaba dormir junto a la máquina de escribir del *aitona*.

XXVI

Antes de despegar el avión y desconectar el teléfono, Julia comprueba con ansiedad si la primera entrega del reportaje ya se ha publicado. Rivas no ha contestado a su mensaje, pero lo ha leído. Ahí está: «Las confesiones de Gustav Hafner, el militar nazi de casi cien años que lleva toda una vida escondido en Madrid». Al lado del titular, figura un «I», advirtiendo de próximas entregas. No es el tema principal de portada porque *El Universal* sigue a la carga contra el Gobierno. Han dimitido dos importantes dirigentes del partido, parece que hay disensiones dentro del Consejo de Ministros y que aquellos que desconocían la financiación irregular de la organización amenazan con dar la espantada. A cinco columnas, como se decía antes, ocupando la pantalla completa del móvil de Julia, se lee: «El Gobierno de Francisco Rodríguez se tambalea». Pero ella encuentra pronto, en un breve vistazo a las redes sociales, lo que en el fondo deseaba. Ha prendido la mecha. Las fotos que le hizo a Hafner y algunas de sus frases más disruptivas han tomado el patio digital. Las radios y las televisiones también lo han elegido como aire fresco. Julia lo nota en los presentadores y en los propios tertulianos. Estaban cansados de la guerra entre periódicos, de las corruptelas de Rivas y del presidente, y la peripecia de Hafner se antoja como un caramelo.

—Señorita, por favor, debe desconectar el teléfono, vamos a despegar.

—Sí, disculpe, ahora mismo.

Y en esos cinco últimos segundos de conexión contempla en la tele la fachada de Los Abedules repleta de reporteros. Recibe un mensaje. Es del ministro Olmedo.

—Señorita, por favor, el móvil.

—Sí, voy, un segundo.

Lee: «Lo estás haciendo de maravilla. Qué mañana tan radiante. Toda España hablando de tu nazi. Nadie hablando del presidente». Desconecta el móvil sin contestarle lo que desea: «Hijo de puta». Tampoco ha querido responder a las decenas de peticiones de medios audiovisuales que la requieren en sus platós. Le han ofrecido entrevistas también desde Francia y Alemania. Imbuida en su reportaje, en la búsqueda de Lander, le ha faltado sobrevolar el contexto. ¿Para qué iba a filtrar el Gobierno la exclusiva del alemán a *El Adelanto* si ya la iba a publicar *El Universal?* ¿No se consigue más credibilidad dando voz al trabajo de un medio contrario que al de uno próximo? Incluso el presidente ha difundido el reportaje de Julia y ha prometido estudiar «qué debe hacer el Ejecutivo», casi dando a entender que se podría abordar la detención de Hafner. Ha sido como tocar a rebato. Los ministros de su cuerda han hecho lo mismo. Pero, entonces, ¿cuáles son esas consecuencias que, según el enviado de Olmedo, pagará Julia «por no haber querido colaborar»? Comienza a extenderse una cortina de humo por el país que beneficia al trabajo de Julia, pero no al de su periódico en conjunto. Resopla. Teme la reacción de Rivas. *Julia, no pienses en esto. Todo esto da igual*.

Aterrizar en el aeropuerto de San Sebastián es como emprender de manera segura la misión de un aviador en guerra. La pista es una lengua de asfalto en medio del mar. Julia no se cansa de verlo, de mirar por la ventanilla. Suele fantasear con la Atlántida, con una ciudad sumergida que conoce a bordo del avión. El aeropuerto, que

se llama de San Sebastián por motivos turísticos, se encuentra en realidad en Fuenterrabía, el pueblecito medieval en la frontera con Francia. Coge un taxi hasta el centro, hasta la zona de los bares de Hondarribia. Su abuelo siempre decía Hondarribia en vez de Fuenterrabía. Aprovecha para comer. Se pone la mano en la tripa mientras llega la comida. Se palpa los huesos de las caderas. Ha debido de adelgazar varios kilos este mes. Tiene las manos ahí, en el regazo, y pasa por delante una pareja. Deben de tener su edad. Llevan un hijo de la mano que da sus primeros pasos. Es un niño rubio, con camiseta de rayas, que se tambalea, pero guarda el equilibrio gracias a sus padres. Julia se mira las manos, se mira la tripa.

Una llamada de Marcos. Cuelga. Otra llamada de Marcos. Cuelga. Suena de nuevo el móvil. Un mensaje de Marcos. Es un enlace que va precedido de una frase: «Ahí tienes a tu amigo». Julia guarda el móvil en el bolsillo, pero le puede la curiosidad y vuelve a sacarlo. *Total, ¿qué más da?* Se resigna al leer el titular de *El Adelanto:* «Alfredo Ferrándiz, antiguo miembro del *staff* de *El Universal,* se incorpora como subdirector responsable de "Reportajes"».

Julia se levanta y paga la cuenta en la barra. Pasea por el camino que subraya el río, ya lleno de turistas por culpa del verano. Va arrimada al bordillo de piedra en dirección a la desembocadura en el mar. Al frente, ve la playa de Hendaya. Intenta aspirar tranquilidad concentrándose en el color del río. Es oscuro, casi negro, aunque el sol lo tiñe de plata en algunos tramos. Hay ramas que navegan como barquitos por un estanque. Hay bolsas de plástico que se inflan y se desinflan; parecen medusas. Incluso hay algunos peces grises y alargados que nadan muy cerca de la superficie. Julia cree haberle visto los ojos a uno. Lo sigue andando más rápido. Lo sigue

a contracorriente, se da media vuelta; camina ahora de espaldas al agua. Se le escapa el pez, suena el móvil. Es Ferrándiz.

—Déjame que te explique, Julia.

—Sabía que ibas a empezar así. No tienes por qué explicarme nada, pero reconozco que no me lo esperaba.

—Quería contártelo yo. No iban a anunciarlo hasta mañana, pero lo han sacado hoy para fastidiarle a Rivas su nuevo día de dimisiones en el Gobierno. Aunque no lo conocen. ¿Realmente creen que lo mío le importa algo? —Julia no contesta, pero suspira muy fuerte—. Me están utilizando igual que utilizaron a Cáceres, ya lo sé.

—No te están utilizando, te estás dejando utilizar. Pero, de verdad, no me des explicaciones. No estoy enfadada.

—No. No es lo mismo. No me estoy dejando utilizar.

—Ah, ¿no?

—Oye, frena, no me toques los cojones, que llevo treinta años más que tú en esto. Cáceres se dejó utilizar para atacar a Rivas. Yo no voy a participar en nada de eso. Lo puse como condición para fichar. Julia, no me puedo jubilar. Tengo que currar. Me han ofrecido un sueldo cojonudo y voy a hacer lo que me gusta, lo mismo de siempre. Cuando esta guerra pase, cuando se disipe el humo y ya no haya disparos, ¿dónde vas a estar tú? Hay que sobrevivir, no te impliques. Sigue haciendo tu curro, pero no te impliques.

—No sé si estás en la posición adecuada para darme consejos.

Julia se ha parado en los escalones que conducen a una pequeña playa; un trocito de arena sucia junto al río, a la sombra del malecón.

—A ti nadie puede darte consejos.

—Ya. —Tras el monosílabo, coge un puñado de piedras y comienza a lanzarlas al agua.

—Solo una cosa. Que este aquí no significa que te vaya a traicionar. Respetaré las reglas del juego, remaré a favor de mi periódico, pero no te voy a joder.

—Hombre, ¡muy amable!

—Por cierto, enhorabuena. Tu reportaje está en todas partes, lo has conseguido. ¿Te acuerdas? «Una historia que nos cambie la manera de pensar». No sé si nos la ha cambiado, pero todos estamos hablando de eso y queremos más. Creo que hasta nosotros hemos sacado algo. Rivas estará jodido porque tapa la corrupción del Gobierno por un rato, pero le tiene que estar dando muchos anunciantes y muchas suscripciones.

—Yo solo escribo. Es mejor que no me «implique». —Julia le arroja sus mismas palabras con la mayor dureza que puede—. Alfredo, no estoy enfadada, no hacía falta que me llamaras. Tengo que colgar, ando bastante liada.

—¿Necesitas algo? —pregunta Ferrándiz sin entrar al trapo.

—Te dejo. Tengo que atrapar un pez.

Un pez plateado igual que el de antes, quizá el mismo, se acerca a la orilla. Rodea una bolsa con restos de patatas fritas y regresa a la profundidad. Julia lo pierde pronto de vista porque nada por debajo del puente que acaba en el muelle adonde ella debe dirigirse. Sin darse cuenta, sin saber si han pasado cinco minutos o media hora, está frente a las escaleras que acaban en el barco que va a coger.

Cuando llega el barco desde Hendaya hasta Fuenterrabía, el mismo en el que ella se va a montar ahora para recorrer ese mismo trozo de río en dirección contraria, se divisa a sí misma entre los pasajeros cogida de la mano de su abuelo. Las manos entrelazadas, levantadas al aire. Gritan: «¡Ya llegamos!». El abuelo grita también: *«La France!».* Y Julia lo repite con muy mala pronunciación; en una mezcla de euskera y castellano. El abuelo lleva una boina blanca,

que es su boina de verano; a ella le cubre la cabeza un sombrero de loneta azul marino. Julia se parte de risa porque el viento agita su vestido. Ríe todavía más cuando ve cómo la camisa del abuelo se infla como si fuera un globo aerostático. Mientras descienden del barco —Julia los ve con inquietante nitidez—, el abuelo dice: *«Maitia,* ¿ves esos peces? Si de verdad nos lo proponemos, conseguiremos atrapar uno». Ella contesta: «Te lo prometo, *aitona,* voy a atrapar al pez».

—Te lo prometo, *aitona,* voy a atrapar al pez —susurra ahora Julia sentada en uno de los bancos de madera del barco.

Junta y separa las piernas, apoya las manos en la tripa, le duele. Mira atrás, Fuenterrabía se hace cada vez más pequeña. Ya no distingue las caras de los que toman sus cervezas apoyados en la piedra del muro. Mira atrás y experimenta la náusea en el estómago. Se gira. Mira hacia delante esperando encontrar algo mejor. Se van haciendo más grandes los árboles, pero la náusea no desaparece y ella se percibe cada vez más pequeña. Coloca la mano instintivamente a su derecha y se promete que, en el aire vacío que aprieta, hay unos dedos estrechos y alargados; unos dedos que son muy veloces a bordo de la máquina de escribir; unos dedos huesudos y con pelo electrizado en los nudillos; unos dedos que tanto se parecen a los de Ramón. Los dedos del abuelo. Julia piensa en su padre, en el paseo por la calle Easo. ¿Qué hizo el abuelo con los dedos cuando cayó al suelo? ¿Todavía podía moverlos? ¿También estrechó con las manos el aire para acordarse de alguien?

Atraviesa el puerto para adentrarse en la playa. Julia escribe un último mensaje a sus padres: *«Aita, ama, asko maite zaitut. Ondo egongo naiz. Agintzen dizut».* Les dice que los quiere, que estará bien, que se lo promete. Y otro a Iván: «Ya estoy aquí. Vuelvo en dos días. ¿Sabes? Creo que te voy a querer». Va a apagar el móvil;

repara en que tiene un SMS sin abrir. Ya nadie le escribe SMS. «Soy Guillermo, el hijo de Ramón. Tranquila, todavía no ha pasado, pero tengo que hablar contigo. Es importante, no sé hasta qué punto urgente». Julia no llama, pero responde: «Hola, Guillermo. Voy a estar fuera un par de días por un asunto personal pero, por favor, escríbeme a este otro número que te envío si pasa. Te llamaré en cuanto vuelva».

A Julia le muerde la curiosidad, pero debe concentrarse en su otra identidad. Cualquier distracción, y más si se trata de algo que verdaderamente le importa, puede suponer un riesgo. Envuelve su teléfono en un par de chaquetas y lo empuja al fondo del bolso. Enciende el otro y escribe a Lander: «Estoy en Hendaya. Voy al apartamento». Ya es Maider Hernández. Otra vez.

Julia no sabe nada de Igor. Por un momento, se siente culpable por traicionarlo, pero no tiene tiempo y su presencia la limitaría.

Desde cada uno de sus extremos, la playa de Hendaya es como se creía en el pasado el cabo de Finisterre. Hay playas mucho más largas, pero tres kilómetros de largo son suficientes para generar esa sensación. El final de la tierra. Un precipicio muy lejano tras el que no hay nada. Solo vacío. Tan larga es la playa de Hendaya que, yendo en soledad, en abstracción, resulta sencillo alumbrar la sensación de lo definitivo. Ahí va Julia, camino del fin de su mundo.

—¡Ey, ey, aquí! —Lander la estaba esperando en el paseo, por el lado de los ventanales, y Julia ya estaba rodeando el edificio para acercarse al portal.

Fuerza una sonrisa. Tiene que acostumbrarse a sonreír. Divisa lo mismo que encontró aquel día: un chico un poco más alto que ella, pero bastante mayor aunque no lo parezca. Las bermudas, las sandalias y una camiseta; esta vez roja. Encuentra al mismo chico, pero con los ojos todavía más achinados. Ríe con muchas ganas.

Julia se tortura con una idea. Una risa así, tan verdadera, tiene que acabar por descubrir una risa tan de cartón como la suya. *Pero, casi siempre, los que ríen de esa manera están ciegos,* se responde para tranquilizarse.

—¡Traes cara de estar pensando mucho, Maider! —Lander se acerca rápido pero, cuando está a un par de metros, duda. Es Julia la que le abre la puerta acercándose también. Se besan en las mejillas—. ¿En qué piensas?

—En tu risa.

—¿Tanto se me nota? —Se lleva las manos a la cara y se recoloca los labios de un manotazo, como borrando la sonrisa de golpe.

—¿Es mucho preguntarte por qué estás tan contento? —Julia apunta con la barbilla hacia delante, dándole a entender que le apetece un paseo por la playa.

—¿Ya empezamos con las preguntas profundas? ¡Joder, Maider!

Lander se quita las sandalias e invita a Julia a acercar el paseo a la orilla. Se ofrece a sujetarle el bolso para que también pueda descalzarse.

—Los que estamos haciendo la tesis somos así. Vamos al fondo de las cosas, como los buceadores. Si te aburro, me lo dices. —Julia está agachada y lo mira desde abajo, desde la altura de sus deportivas.

—¡Hostia, qué fría! —dice Lander al meter los pies en el mar.

—No soy para tanto.

—Me refería al agua.

—Ya lo sé.

Julia se mete las manos en los bolsillos y se adelanta en dos zancadas. El agua está realmente fría y quiere correr para ahuyentar los escalofríos.

—Entonces, ¿buceamos?

Lander se pone a la par, pero más cerca. Alza la voz porque la marea está subiendo y las olas rompen a pocos metros con ese sonido profundo que absorbe los demás ruidos y los disuelve, como encerrándolos dentro de una cueva.

—¡Buceamos!

—Estoy contento porque, por primera vez desde hace mucho tiempo, conozco a alguien que no sabe nada de mí. No sabe de dónde vengo, cuál es mi pueblo, cuál es mi familia, qué he hecho, qué quiero hacer. Siento una cosa rara. Entusiasmo, ganas, llámalo como quieras. Joder, estoy bien, es solo eso. —Al ver que Julia no le contesta, modera el tono y se aleja un par de pasos—. Oye, no quiero asustarte, ¿eh?

—No, no, no me asustas. Supongo que a mí me pasó lo mismo cuando me fui a Nueva York, aunque no me enteré porque era muy pequeña.

—¿Y hoy estás contenta? Desde que te conocí, veo en ti algo... No sé. Estás todo el tiempo alerta. Déjame bucear, me toca a mí.

Lander recoge una piedra del suelo y, desde la distancia que había tomado, se la lanza a Julia, que la caza al vuelo.

—Creo que sí. Solo es que tengo muchas cosas en la cabeza. Una tesis que no se acaba nunca es...

—Venga, Maider, *goazen,* vamos: no me pongas de excusa la tesis. Estamos buceando, eso es solo superficie.

—Tienes razón. —Julia se detiene y se acerca a Lander para mirarlo a los ojos. Se cuela entre los dos un niño que corre hacia una pelota hinchable. Ella lo mira, pero él se refugia en la espuma blanca que les cubre y descubre los pies—. Pero me cuesta confiar. Soy una persona a la que le cuesta confiar.

—¿Y cómo consigo que confíes en mí? Solo existe una manera de ganarse la confianza de las personas, que es confiando en ellas.

Estoy en un momento en que... todo me da igual. Y voy a confiar en ti. Eso creo.

—Inténtalo. *Try it*.

—*I'll try it* —corresponde Lander con un perfecto inglés.

—Oye, ¿también hablas bien el inglés? El otro día me pareció que te manejabas muy bien en francés.

—He vivido mucho tiempo fuera del país.

—¿De qué país?

—Ya sé por dónde vas. Pero creo que no nos conviene ir por ahí. ¿Para qué nos vamos a aburrir con la política? He vivido en lugares donde se habla francés, en lugares donde se habla inglés. He vivido escapando, Maider.

—¿Por qué?

—Para saberlo... ¡tendrás que cogerme!

Lander se quita la camiseta y las bermudas. Entierra el móvil y las llaves en el montón de ropa y echa a correr mar adentro. El agua es blanca en los trozos golpeados por el sol. Lander, con su pelo negro, se va convirtiendo en las corcheas de esos cuadernos de pentagramas que emborronaba Julia en el conservatorio. Apenas estuvo inscrita un par de años. La llevaba el abuelo a la salida del colegio. Ella con el bocata de chocolate. El abuelo, con el violonchelo; estrellándolo contra las farolas, las marquesinas y todas las puertas que cruzaban. Cierra los ojos para intentar quitarse esa imagen de la cabeza. Una brisa caliente le azota el rostro. Vuelve la imagen, ahora acompañada de su padre, que le grita al abuelo: *«Aita,* que lo vas a desafinar con tanto golpe». Y el abuelo le dice: «Los golpes afinan. Te tendría que haber dado yo a ti algún coscorrón para afinarte». Todos ríen. La que más, María. La madre. *«Ama,* ¿qué hago aquí?». Otra bocanada de calor. Abre los ojos, ya ni siquiera divisa a Lander. Se gira, atisba la orilla de Fuenterrabía.

La cruza el barco que ha cogido para llegar a Hendaya. *Ama, ¿y si tengo que marcharme? Ahora que estoy aquí, ¿necesito esto?*

La cabeza de Lander emerge a la superficie como uno de esos peces plateados que saltan, estiran el lomo y vuelven a sumergirse. Grita:

—¡Maider! —Y vuelve a desaparecer—. ¡A ver si me encuentras! —La espuma—. Soy un especialista en huir. —Más espuma.

Julia se quita la camiseta y el pantalón. El sol se esconde e, instintivamente, se abraza para frotarse el tronco. Con el frío, las imágenes que le asaltan son otras. La lluvia en San Sebastián, los insultos que recibía el abuelo camino del periódico y que ella nunca escuchó. O sí que los escuchó y no los entendió. Las lágrimas de su madre cuando ella le grita porque no entiende a su padre. La mirada perdida de su padre cuando ella le recrimina. Toda esa pirámide de cimientos dolorosos que, paradójicamente, se experimenta como un enorme vacío. Julia agarra sendos puñados de arena con los dedos de los pies. Aprieta hasta que, con un latigazo de dolor, los tendones se sueltan. Ha abierto el candado de los dedos como la goma que se rompe de tanto estirar.

—¡Venga, Maider! *¡Goazen, come on, vennez vous!*

—¡Voy a por ti! —le grita Julia antes de juntar las palmas de las manos y tirarse al mar como los nadadores que se lanzan desde los trampolines.

Julia percibe con inusual claridad cómo el agua le recorre la frente, la nariz, los pómulos y los labios. Nada hacia abajo para salvar las olas que se le echan encima.

La sobresalta un pellizco en el pie, pero no ve nada. Sabe que es él. Lander juega como los niños y los niños tienen un lenguaje que hace difícil la concreción. A un niño no se le puede decir que vaya más rápido o más despacio, que vaya a un lugar o a otro. Bueno, se

le puede decir, pero casi nunca funciona. Julia recuerda que su madre se enfadaba con su padre porque le daba «a la niña» órdenes contrarias a lo que verdaderamente pretendía. «Ya verás como así me obedece». «¡Esteban! ¡La vas a acostumbrar a desobedecer!».

Otro pellizco, ahora en la espalda. Ve un cielo gris de un montón de capas, pero distingue al fondo de todas ellas un manto blanco, una luz blanca que supone sin manchas. Una luz que es solo luz. La luz, al fin. Estira las manos y se imagina que ahí está su abuelo, que la luz se puede recuperar desde los muertos, incluso aquellos que han sido asesinados, y que quizá, un día, por qué no, se pueda arrojar sobre los vivos. Julia no piensa en Dios, no cree en Dios, pero hay luces que la ayudan, que le hacen tener esa esperanza que luego se desvanece en cuanto desaparece esa luz.

—Parece que estás rezando o haciendo el saludo al sol. —Lander ha dejado de jugar y se ha puesto a contemplar a Julia, flotando a su espalda—. Venga, te toca a ti, Maider. ¿Crees en Dios?

—No, pero, ¿has visto esa luz? Cuando veo una luz así, entiendo a la gente que cree en Dios. Como mi *aitona,* como mi madre, como las monjas del colegio. —Julia se tumba boca arriba y mueve los brazos y las piernas como si fuera un molino de viento—. ¿Tú crees en Dios?

—No lo sé. Pero he aprendido que el Dios que me enseñaron en el colegio no existe. Estoy seguro.

—Curas, ¿a que sí?

—Sí, los curas del pueblo. —Lander también se tumba hacia arriba y, juntos, miran la luz blanca al fondo de las nubes grises. Al mover los brazos, roza sin querer los dedos de Julia—. Si su Dios existiera, yo estaría enterrado en el fondo del mar. No tendría oportunidades de redención, como esta.

—Oye, ¿quién te ha dicho a ti que yo voy a ser tu «oportunidad de redención»? No me seas cursi. ¿Y si soy todo lo contrario?

—Yo me lo habré buscado.

—¿Tan mala gente has sido?

—¿Mala gente? Tienes una forma de hablar como muy de fuera... Pero tampoco de Nueva York.

—Allí hay muchos latinos, ya sabes.

—Mira, vamos a sumergirnos a la vez. Te voy a decir lo hijo de puta que he sido.

Hunden sus cabezas en el agua, Julia olvida que no lleva gafas. Abre los ojos y, al otro lado del escozor, solo distingue una boca que grita. Julia escucha el estruendo, la rabia, Lander le aprieta las manos con fuerza. Así están varios segundos. Quince, quizá veinte. Julia oye los gritos y llega a sentir dolor en los dedos. No puede separarse de él. Pasan muchas cosas por su cabeza. Se piensa descubierta, en medio del mar, lejos de todo. Luego ya no piensa con claridad y solo se intuye perdida. No puede respirar. Gracias a una patada, se suelta y aspira con fuerza al alcanzar la superficie. Tose. Lágrimas en las mejillas disueltas en el agua. Lander no dice nada. Espera muy cerca, pero sin decir palabra, como si la situación fuera ajena a él y no conociese a Julia.

—¡Qué coño haces! Estás loco, joder. —Julia se aleja con las brazadas más largas que puede, pero todavía nota la falta de aire y le cuesta moverse con agilidad.

—Perdona, perdona, perdona. No quería...

—¿No querías? Eres gilipollas, tío.

—¿Has visto? Me preguntabas por...

—Hazle tus demostraciones de psicoanálisis a otra. Joder, casi me ahogo. —Julia se tranquiliza al comprobar que Lander no ha hecho

eso por haberla descubierto y eso la ayuda a respirar con más calma.

—Eso es lo que soy. A veces vengo al mar a hacerlo. Me sumerjo, grito con todas mis fuerzas y me aprieto las manos. Las putas manos. Esa rabia, esos gritos, el dolor y, sobre todo, la falta de aire. Soy eso, Maider.

Sin darle tiempo a responder, Lander se dirige a la playa. Visto el mar desde lo profundo, ya no hay sol que tiña de blanco las baldosas azules que va dibujando el viento con sus rachas. Lo persigue nadando lo más rápido que puede, pero tiene la sensación de hacerlo a contracorriente. Y quizá sea verdad, que hay corriente. Lo pierde de vista cuando él se adentra, ya incorporado sobre sus rodillas, en esa multitud de balones, palas y padres que persiguen a sus hijos.

Julia tropieza con una piedra al intentar ponerse de pie. Cuando encuentra su ropa en la orilla, solo está la suya. No ve a Lander. Levanta la barbilla y, con la mano tapando los reflejos del sol, estudia los edificios para ubicar el apartamento. Muerde la camiseta antes de ponérsela, pero no grita. Sería como gritar sumergida en el mar.

XXVII

Julia se ha quedado mirando una cesta de tomates amarillos. No los había visto antes así. A su lado, los hay de otros colores. Los rojos, claro, pero también verdes, azules. Julia se ha quedado mirando los tomates amarillos igual que aquel día se quedó mirando la luz amarilla que arrojaba a la calle la librería de Ramón. Le cuesta dominar la curiosidad. Su hijo Guillermo le ha vuelto a escribir: «Oye, tenemos que hablar. Es muy importante». Julia ha bloqueado cualquier distracción con esta respuesta: «Llámame si pasa. Lo siento, pero no puedo hablar».

Se ha lanzado a pasear sin rumbo. Lander no estaba en el apartamento, tampoco en el puerto. Cuando ha pasado por allí, ha visto la cola para coger el barco de regreso. Primero se ha sentido culpable por contemplar la posibilidad de rendirse. Después, por haber llegado a ese pensamiento a través de la empatía. Se ha puesto fugazmente en el lugar de Lander. Ha experimentado sus ganas de gritar, sus ganas de huir, sus ganas de ser otro. Y lo ha hecho con gran verosimilitud porque ella misma ha recorrido esos lugares con la misma frecuencia que cogía el autobús con el abuelo cuando llovía y su madre les decía «No os mojéis, que siempre os mojáis». Pero luego ha sonado el pum que evocó su padre en la acera de la calle Easo donde Lander disparó.

Para librarse del pum, ha encendido un rato el móvil y ha seguido deambulando por los puestos de fruta junto al puerto. Llamadas de países extranjeros, decenas y decenas de felicitaciones. Una

invitación para hablar en la universidad sobre el reportaje, las presiones de los distintos canales de televisión para tenerla en sus platós. Números, dinero, ofrecimientos. Todo eso lo ha despejado rápido con un golpe de pulgar en la pantalla, pero se ha detenido a leer una noticia: «El Gobierno se plantea lanzar una operación para detener a Gustav Hafner». Es obra de *El Adelanto,* por lo que no duda de que sea cierto. No que vayan a detenerlo, pero sí que el Gobierno, a través de portavoces autorizados, haya filtrado la información. Tampoco le cabe duda de que, si lo necesitan para mantenerse en el poder, lo detendrán. Están al borde de la muerte clínica. Los Insumisos han abandonado el Consejo de Ministros tras las nuevas informaciones publicadas por *El Universal*. No aportan nuevos datos, pero redundan en el conocimiento que tenía el presidente Rodríguez de la trama de financiación irregular. La figura de Hafner ha dado aire fresco al debate. Un huracán de pasado para secuestrar el presente.

Si estuviera en Madrid, Julia correría a revisar las posibilidades legales de la detención y el futuro penal que le esperaría a un tipo como Hafner. Pero ¿detenerlo exactamente por qué? ¿Por odiar a los judíos? ¿Por haber participado en la Guerra Civil del lado de los golpistas? ¿Por haber ejecutado prisioneros? ¿Por haber asesinado? *Es un miserable, un racista, un hijo de puta, pero ¿tenemos una ley que permita su arresto? ¿Puede encuadrarse jurídicamente en los crímenes de lesa humanidad? ¿La justicia española permite juzgarlos con carácter retroactivo?* Julia respira aliviada gracias a esas cavilaciones, pero en un arrebato de conciencia se culpa por «perder el tiempo». Otra vez, culpable.

Deja el puerto y, por una acera estrecha, de gravilla, bordea el mar camino del centro del pueblo. Hendaya es un sitio extraño. La playa y el pueblo parecen dos países diferentes. Casi nadie va

andando de un extremo al otro. Julia camina sola. El agua desaparece y se adentra por una avenida rodeada de árboles de un verde muy vivo. Llueve con suavidad, pero lo suficiente para que puedan divisarse las gotas redondas y transparentes, como bolitas de plata, acostadas en las hojas y los troncos.

Se ha convencido de encontrarlo, se ha desterrado a sí misma de la duda. Pero, al poco de pisar las primeras calles, con los grupos de gente, le torturan de nuevo las preguntas. Son preguntas enunciadas en algún punto de su cabeza, pero mira a los ojos de la gente y también es como si se las hicieran todos esos desconocidos. *Si es un arrepentido, ¿qué ganas tú con meterlo en la cárcel? ¿Realmente vas a estar en paz? ¿Y si pidiera perdón? ¿Y si aceptara incluso visitar a tu padre para hacerlo? ¿Realmente estarías en paz metiéndolo en la cárcel? ¿Qué diría tu madre? ¿Y si te pidiera que lo dejaras estar? ¿Realmente estarías en paz metiéndolo en la cárcel? Si le lavaron la cabeza de niño, ¿tiene toda la culpa? Si te la hubieran lavado a ti, ¿podrías haber acabado igual? Detenerlo. ¿Esto es justicia o también es un poco de venganza? ¿Estarías en paz si descubrieras que esto es también un poco de venganza?*

Para encontrar refugio, se esconde en una cabina de las miradas de los que cree que la miran. Se dice que ojalá hubiera encontrado a Lander sin intercambiar una palabra con él. Recuerda ese libro que un día quiso escribir y no escribió: todos los crímenes de la banda sin resolver. No lo escribió porque supo que, si lo intentaba, el libro se la llevaría por delante. Pero discurre que quizá Lander no sea solo el único conocedor de su historia, sino que también pueda desenrollar ese nudo de dolor que recorre el país a través de todos sus puntos cardinales. Mete un par de monedas. Podría utilizar su otro móvil, el de Maider, pero no quiere dejar rastro.

—*Aita*...

—¡Julia! —Y ella, por los ruidos de fondo, imagina a su padre gesticulando, llamando a su madre con las manos para que se acerque y oiga a su hija—. Julieta, ¿dónde estás? No te localizamos, tu móvil está apagado y salta un buzón francés. ¿Has vuelto allí? —Esteban tarda poco en moderar el tono; Julia piensa que por indicación de su madre—. ¿Has vuelto a Francia? Julia, por favor.

—Estoy bien, de verdad, estoy bien. —Solloza. Su respiración, entrecortada, a golpes, se contagia al otro lado de la línea.

—Eso nos ha dicho Iván, pero no le creemos. ¿Dónde estás, Julieta? —María le arrebata el teléfono a Esteban.

—*Aita,* una pregunta. Si lo tuvieras delante, si te constara que es un arrepentido, que quizá incluso se odie por lo que hizo, si hubieras comprobado que se machaca todas las noches... ¿lo detendrías?

—Julia, aléjate, vete de allí. ¡Ya! Por favor, nunca te pedimos nada, siempre has hecho lo que has querido en esto... Déjanos solo una vez. Julia, aléjate. Es peligroso.

—*Aita,* ya sabes que no me voy a mover. Necesito que me contestes. —Julia se ha serenado para repetirle la pregunta a su padre. Mira al suelo cabizbaja. Con una mano sostiene el auricular. Con la otra se sostiene el pelo que le cae sobre la frente, como si en el suelo pudiera encontrar la respuesta que su padre se resiste a darle.

—Julia... —Se cuela en la llamada el ruido que hacen los pañuelos al salir del paquete que, supone, le está tendiendo su madre a su padre.

—Contesta.

—Sí, lo haría. Porque...

Julia cuelga el teléfono. Saca del bolso un espejo pequeño y redondo. Encuentra lo que esperaba. El blanco de los ojos sombreado por rayas de un rojo anaranjado. Los lagrimales,

inflamados y brillantes como guirnaldas de Navidad. Y en alguna parte, quizá en todo el rostro, una determinación que se va abriendo paso por las mejillas, la nariz, las cejas y hasta las pestañas.

Entra en las pocas *brasseries* de la plaza de la República. Están en los bajos de edificios de dos plantas, a lo sumo tres. El ayuntamiento, la construcción más importante de la zona, no es más que otra casa de tejado triangular, muy parecida a los chalés que acompañan el paseo de la playa. Hay un rastro de París en alguna parte. Puede que sean las formas modernistas en el hierro de los balcones. O las farolas de dos cabezas y bombillas redondas. Julia se siente idiota revisando Hendaya centímetro a centímetro, pero está segura de que Lander no ha huido. ¿Huir de ella? Para eso le basta con decirle que no quiere hablar. Pero tiene una intuición: si lo encuentra y sabe conducirse en la conversación, querrá hablar. Primero estuvo segura de que ella le gustaba. Ahora solo está segura de que quizá no haya otra persona, de que quizá estuviera esperando a la prescripción del crimen para abrirse de veras a lo desconocido. Con Julia no le quedó más remedio. Apareció en la puerta en compañía de Igor. ¿Y cómo le iba a traicionar Igor? *Eso, ¿cómo iba a pensar que Igor lo traicionaría?*

Dentro de las *brasseries,* finge interés en las cartas y en la decoración. Pasa a los baños. Si la paran los camareros, compra un botellín de agua para justificar el uso del aseo. Si alguno de los váteres está ocupado, espera con paciencia maquillándose en el espejo encima del lavabo. No puede preguntar a nadie. No se puede preguntar por un fantasma. Ella también huiría si alguien la parara por la calle y le preguntara por un fantasma. Entra incluso en el recibidor del ayuntamiento y otea los dos pisos superiores.

La plaza de la República, piensa Julia, es extraña. No es una plaza como las demás, redonda o cuadrada. Es una recta ni siquiera del

todo peatonal que acaba en lo que parece una iglesia. Ve al fondo un templo blanco con el único adorno de un reloj circular en la parte superior de la torre. Se acerca recordando el barco en el techo de la iglesia de San Juan de Luz, por si también mereciera la pena entrar. Después, regresará a la playa, cenará y hará guardia en el apartamento.

Como el día está nublado, el sacerdote ha dejado encendido un pequeño foco de luz junto al altar. Julia se sienta al fondo y pasea la mirada por un retablo de colores dorados y rojizos. Le sorprende el rojo. Quizá no haya visto antes una iglesia así. Roja. Más que evocar el cielo, la imagen que tiene enfrente le transmite un calor agobiante, la idea del fuego. El infierno. Aunque solo un puñado de kilómetros separa este templo de España, las diferencias son notables. No hay nadie rezando. En las iglesias de San Sebastián, de Madrid, a cualquier hora, mientras estén abiertas, siempre hay alguien rezando. Está cansada del paseo. Los bancos son incómodos. Sonríe. *Quizá los hagan así porque esta incomodidad es la única manera que tiene Dios de castigar a los franceses.* Reza como lo hacía su abuelo. *¿Cómo era? ¡Ah, sí!*

... la vida es bella, ya verás
como a pesar de los pesares
tendrás amigos, tendrás amor.

Un hombre solo, una mujer
así tomados, de uno en uno
son como polvo, no son nada.

Pero cuando yo te hablo a ti
cuando te escribo estas palabras

pienso también en otra gente.

Tu destino está en los demás
tu futuro es tu propia vida
tu dignidad es la de todos.

Otros esperan que resistas
que les ayude tu alegría,
tu canción entre sus canciones.

Entonces siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti como ahora pienso.

Joder, «pensando en ti como ahora pienso»... ¡Cómo seguía el poema!

—Para no creer en Dios, poco has tardado en buscar una iglesia.

Es Lander, con la marca de la humedad sombreando sus bermudas y la camiseta arrugada. El pelo revuelto; es un desorden provocado con los dedos —seguro, piensa Julia—, hecho por alguien que recorre su cabeza con las manos para medir su desesperación. Primero lo mira a él y luego al fondo de la iglesia. Siguen solos. Pensaba, en realidad, que estaba sola, pero Lander ha tenido que salir de la penumbra porque no ha escuchado el crujir de la puerta. Los granos de arena en el suelo apuntan a uno de los pasillos laterales.

—Sí, estaba ahí al fondo, en la esquina —le dice dándose cuenta de que Julia persigue las huellas de sus pies.

—¿Escondido? —Sonríe y procura transmitir sosiego.

—Desde ahí veía toda la iglesia. Quién entra, quién sale. Te he dicho que llevo mucho tiempo escapando. Siempre entro así en los sitios. No sé de estas cosas, pero no vale mucho, ¿no? —contesta apuntando con la barbilla al retablo.

—Yo tampoco tengo ni idea, pero me encanta el barco en el techo de San Juan de Luz. Esta iglesia no me gusta mucho. ¿Por qué has venido? —Con la mano, Julia le ofrece asiento a su lado.

—Aquí no se puede gritar. —Se sienta a una distancia suficiente como para poder girarse hacia ella sin ser invasivo.

—Hombre, poder se puede. Otra cosa es que lo que nos han enseñado de niños nos lo impida.

—¿Y lo que hemos hecho de mayores? ¿Eso nos empuja a gritar?

—Sí que te has tomado en serio lo de bucear —le dice Julia llevándose los índices a cada sien.

—Tan en serio que casi me ahogo.

—Que casi me ahogas.

—Oye, perdona, yo no quería... Quería mostrarte, Maider. Quería mostrarme... Yo qué sé. Esto es muy raro. —Lander se gira al frente, apoya los codos en las rodillas y mira a ese retablo que no le gusta a ninguno de los dos.

—Sí, es bastante raro... ¿Sabes? Cuando has aparecido, estaba pensando en que este lugar... tan rojo, tan cálido, me recuerda más al infierno que al cielo.

—Yo soy oscuro, Maider, pero tú... Tú eres muy rara, piensas en cosas muy raras.

—¡Qué vas a ser oscuro! Seguro que no es para tanto.

Salen los dos juntos de la iglesia. Ha vuelto a llover, pero esta vez más fuerte. Se han vaciado las terrazas y hay unos cuantos grupos refugiados en el porche de la iglesia. Julia camina detrás de Lander. Ahora que lo sabe, ahora que sabe que entra en los sitios y se

coloca al final, como en las películas de espías, puede fijarse en algo que le había pasado desapercibido. Lander camina muy rápido entre la gente y la mira de arriba abajo antes de acercarse. Para disimular, supone Julia, echa a correr y abre los brazos bajo la lluvia, en el centro de la plaza, que está vacía.

—Te vas a enfriar, loco. Vamos a algún sitio. —Julia lo agarra de la camiseta y, con el mayor cariño que es capaz de fabricar, lo va arrastrando hacia el bar más cercano.

Es un bar muy estrafalario. Lander se lo hace saber al oído:

—Has elegido el peor de todo el pueblo.

Una especie de cuadrilátero de boxeo con propaganda de Hendaya pegada en las paredes y una televisión muy antigua encima de la puerta que conduce al baño. El camarero los saluda con desgana, como si hubiera decidido cerrar por la tormenta y ya no pudiera hacerlo. Lleva una camisa blanca de manga corta y una pajarita negra. Tanto el blanco como el negro, salpicados por el aceite de los fritos que reposan en la barra bajo una vitrina coloreada por esa niebla que deja la grasa mal limpiada.

Lander pide un par de cervezas en francés y ofrece a Julia, con sorna escondida, alguno de los fritos, «algo para picar». Ella lo rechaza sin devolver la mueca por miedo al camarero, que la escruta con cierta sospecha. «Si tú supieras», musita. Beben rápido, con voracidad. Se embarcan en una nave que se tambalea cada vez más con cada cerveza que piden. Es un barco construido de trivialidades, de frases absurdas sobre «la gente que se moja», sobre lo rara que es la plaza, sobre lo raros que son los franceses, sobre la incapacidad de Julia para acabar la tesis, sobre el aire acondicionado tan agresivo de Nueva York, sobre las picaduras de las medusas, sobre las diferencias entre las monjas y los curas, sobre la rara pronunciación de Julia en euskera.

El camarero se harta, abre otros cinco o seis botellines y los coloca sobre la barra haciéndoles ver que no piensa molestarse más en servirles. Lander da por hecho que no habla español y dice en alto:

—Joder, si tendría que estar contentísimo.

Julia, cómplice, le indica llevándose un dedo a la boca que cree que sí que habla español. Se ríen. Pero Julia, ni en ese instante ni en ningún otro, consigue reír de verdad. Y tiene miedo de que se le transparente. En los momentos en que se queda absorta y que provocan las bromas de Lander, tiene otro miedo. Teme que el gramo de empatía que le han provocado las dudas en el camino aumente de peso en su conciencia.

—Te quedas como embobada, te vas al espacio cada dos por tres. Tú también tienes algo que esconder, Maider.

—Puede ser —le contesta mientras se levanta y va a la barra para recoger las cervezas y evitar el cruce de miradas.

Julia está borracha. Lo nota en el póster de la playa de Hendaya que está pegado a su derecha, a la altura del hombro. El mar parece de verdad, se mueve ligeramente.

—Qué, se mueve el mar, ¿eh?

Lander parece tener un sexto sentido para los pensamientos de Julia. Y ella, que no consigue llegar tan al fondo de Lander, sabe mucho más sobre él de lo que él sabe sobre ella. Es paradójico, pero también peligroso. Porque las habilidades de uno y de otro, deduce Julia mientras finge analizar la procedencia de la cerveza, conducen a un camino que no le gusta: a que Lander sepa más de Julia y a que Julia no logre que Lander se abra.

Con el alcohol, Julia tiene menos reflejos. Se protege de sí misma, de su guardia baja, acortando las respuestas. Eso abre una distancia que impide su investigación. La conversación va languideciendo

como el líquido de los botellines. Él se levanta a pedir más, ella le hace saber que no quiere, que prefiere ir a dar una vuelta.

—¡Sigue lloviendo!

—Ya estamos tan borrachos como para mojarnos.

Lander lo está menos que ella y Julia va al baño antes de salir; una náusea, otra náusea. Enciende la grabadora del móvil y lo coloca en el bolsillo del pantalón, con los altavoces hacia arriba, sobresaliendo ligeramente. Se mira al espejo y se promete algo a sí misma a lo que no pone nombre. *Te lo prometo, Julia*.

Ha comenzado a anochecer en la plaza de la República. El sol, aupado encima de la torre de la iglesia como si fuera una gárgola, tiñe de naranja los muros blancos del templo. Ruido de persianas metálicas. Ya no hay luz en el ayuntamiento. Se han vaciado los pocos sitios de aparcamiento. Julia se descalza, guarda las zapatillas en el bolso y camina con cuidado de no pisar charcos ni cristales. Lander quiere prestarle sus sandalias. «No, no, estoy bien». La lluvia es suave, como el agua que cae de las duchas de los balnearios. Julia tiene calor, pero no sabe si es el alcohol, la temperatura o los nervios. Él corre hacia el centro de la plaza, alza los brazos al cielo y grita. Pero grita de otra manera. No es el grito bajo el mar. No parece el hombre que huye, piensa ella, sino el hombre que llega. Julia se une a él, coloca los brazos de la misma manera y también grita. Coge aire. Grita otra vez. Lander había dejado de hacerlo, pero se une. Van pasando por la cabeza de Julia algunas imágenes que le hacen gritar más. No siente alivio, pero sí ganas de seguir adelante. Son las imágenes de su dolor, el dolor de siempre, que se van reciclando y convirtiendo en energía.

—Venga, ya vale, ¿quién eres? Lander, dime, ¡quién eres! ¡De qué huyes! Dame razones para quedarme. —La lluvia arrecia. Julia se sitúa delante de él y lo mira a los ojos. Las gotas le encharcan la

mirada y el rostro de Lander se enturbia. Durante los segundos que él tarda en contestarle, se seca varias veces con el codo.

—He matado, Maider, pero te prometo que no soy un asesino.

Julia se recoge el pelo con las dos manos y lo peina hacia atrás con la mayor firmeza que puede. No quiere perderse ni un fotograma. Calla y dedica este instante de silencio a pensar en cómo reaccionaría alguien que descubre que quien tiene enfrente mató a una persona. No le inquieta su propio silencio. Medita con cierta frialdad. Está segura de que él atribuye su parálisis a la sorpresa.

—No tenía ni veinte años, era un crío. Desde entonces, escapo. Pero esto ya está a punto de terminar. En octubre, seré libre. Para siempre. Lo que pasa es que, eso ya lo has visto, creo que no voy a ser libre de verdad nunca. Y me parece justo. —Sigue hablando. Le tiemblan los brazos, gesticula. Mueve la cabeza para mirar el rostro de Julia desde distintos ángulos, como buscando una respuesta en su silencio—. Dime algo, ¡joder!, dime algo. No te tenía que haber contado esto. Total, ¿para qué? —Solloza—. Soy un puto cobarde. ¿Sabes por qué te lo he contado? He creído que por primera vez en mi vida estaba dejando de ser un cobarde. Dime algo. O no digas nada. Si prefieres, me marcho. —Se lleva las manos a la cara y se frota con fuerza.

—Es que no sé qué decir. Me vienen a la cabeza muchas preguntas. Y también tengo miedo. —Baja la cabeza cuando pronuncia la última frase.

—No, no tienes miedo. Tendrás preguntas, pero no tienes miedo. No es eso.

—¿Y tú qué sabes? —Julia alza la mirada.

—Sé que no tienes miedo. Tengo la habilidad de saber... miro y sé. Te miro y sé que no tienes miedo. —Lander se serena al contemplar la reacción de Julia.

—Pero tengo muchas preguntas.

—Eso no importa. Pregunta.

—¿Lo sabe Igor? Fue quien me trajo hasta ti.

—Sí, lo sabe —titubea.

—¿Por qué mataste?

—Por mis ideas.

—¿Ideas? —Hace frío, pero Julia percibe en la tripa un río de fuego que sube en contra de la gravedad y arrolla lo que encuentra a su paso. El frío de los brazos, del cuello, de la cara, de la frente, de la nuca—. ¿Ideas?

—¡Espera, espera! Ideas que han cambiado... Bueno, no es que hayan cambiado, es que ya no mataría por ellas. Ni por esas ni por ninguna.

—Qué santo. —Julia no se contiene. Aprieta los puños, se teme.

—No quiero justificarme. Eso, que quede claro desde el principio. Si respondo a tus preguntas es para explicarme, no para justificarme.

—Ya.

Ha debido de anochecer como anochece siempre, poco a poco, con una cortina de sombra que va envolviendo las ciudades y los pueblos, pero Julia lo distingue ahora que aleja la vista de Lander y mira a la iglesia. La plaza está oscura y se encuentran lejos de las farolas que alumbran el lugar a duras penas. El rostro de Lander se recorta en la sombra y su mitad al descubierto es de un naranja parecido al del sol de hace un rato.

—No pierdas el tiempo.

—¡Que no pierda el tiempo! —Julia suelta una carcajada.

—Eso que estás haciendo ahora, decirme esas cosas, ¿tú sabes las veces que me las he dicho yo? No sirve de nada. —Lander se sienta en el suelo—. Ven, déjame que acabe de contarte y luego te vas.

—«Ideas». Eres un asesino. —Julia también se sienta. Lo hace con cuidado de no entorpecer la grabación del móvil. Mira al cielo; le da miedo que la lluvia lo estropee.

—Lo fui.

—Se es para siempre. Un asesino no deja de serlo.

—¿De verdad lo crees? —Julia no contesta, pero asiente.

—Solo los terroristas dicen que matan por sus ideas —contesta al fin.

—Todo el mundo mata por una idea, equivocada o no, pero una idea. Y hay ideas más... más morales que otras... Aunque no esté justificado matar por ninguna de ellas —apostilla Lander con rapidez.

—Matar a alguien es solo matar a alguien, y no defender una idea. Eso es lo que pienso yo. —Ahora es Lander quien calla al escuchar a Julia.

—No estoy de acuerdo, pero ¿eso qué más da? —reacciona con dificultad, a trompicones—. Cuando se ejecutó a los nazis, ¿no se les estaba matando por una idea, Maider?

—Se estaba haciendo justicia. Se les ejecutó con las leyes que funcionaban en ese momento. —La imagen de Hafner atraviesa fugazmente su pensamiento.

—Entonces, los Estados sí pueden matar por una idea. Una ley es una idea.

—Vosotros no matabais por vuestras ideas. Matabais porque no soportabais que los demás tuvieran ideas distintas a las vuestras. Matabais niños, mujeres, ancianos, policías, carteros, panaderos, abogados, periodistas. —Se le quiebra la voz—. Matabais a todo el que podíais. Por la espalda. Tienes razón. Eres un cobarde. —Le asoman las lágrimas—. ¡Eres un puto cobarde! —Julia tiene la tentación de abalanzarse sobre él, pero nota el peso del móvil en el bolsillo, recuerda y respira hondo.

—Ahora sí que entiendo. Ya entiendo. Tú eres... —Julia se sobresalta ante las palabras de Lander—. Alguien en tu familia... Te mataron a alguien.

—Me matasteis a alguien.

—No quiero que me lo cuentes, no te pido que me lo cuentes. Solo quiero que me escuches.

—¿Vas a atreverte a hablar más? Eres un cobarde.

Julia sabe que le falta escuchar lo más doloroso. Entonces, buscará la manera de irse, de huir para siempre de esta historia. Cree que sí, que si esta misión acaba bien, al fin lo conseguirá. Quizá sea el alcohol, quizá sea la ansiedad, o las dos cosas, pero la conquista una sensación de irrealidad. Toda una vida buscando un secreto que se le está exponiendo con inusitada facilidad, sin apenas insistir. ¿Tan verdadera es esa desesperación que llevaba años y años creciendo dentro de Lander? A poco que Julia pregunta, él contesta como el río que baja tras el derribo de una presa, como si necesitara contestar de una vez por todas.

—Quizá tengas razón, seguro que tienes razón. Yo mismo te lo he dicho varias veces. Pero he empezado a hablar y quiero seguir haciéndolo. —Lander se levanta y se sacude el agua del pelo. Tiende la mano a Julia para ayudarla a levantarse.

—¿Quién era? ¿A quién mataste?

—¿Eso qué importa? Un inocente. Lo que importa es lo que hice. La decisión que tomé.

—¡Todos eran inocentes! —Julia no se reprime.

—¿Y si tienes razón? Si todos fueron inocentes, ¿qué importa quién fuera?

—No me creo que hayas olvidado su nombre.

Se agarra a la mano de Lander y se pone de pie. Están muy cerca. Julia distingue las gotas en su nariz, en su boca; las gotas que le

resbalan por los pómulos y que acaban haciendo de su barbilla un grifo a medio cerrar.

—Ni su nombre ni su cara. Ni el nombre de su hijo, de su nuera, de su familia.

—¿Les has pedido perdón? —Julia se sorprende de su pregunta al poco de hacerla.

—¿Serviría de algo?

—Tienes razón, no serviría de nada.

—En eso estamos de acuerdo. No servirá de nada tampoco que te explique, supongo, cómo llegué a... Mi familia lo pasó mal, pasamos hambre. No podíamos hablar en el idioma de casa. Mi *aita* y mi *aitona* estuvieron en la cárcel. Y de repente había alguien que iba a defendernos... Y en casa, en el colegio, en las calles. A la gente no le parecía mal.

—A quienes les parecía bien lo decían, y a los que no... se callaban porque tenían miedo. Luego me contarás que lo hiciste para ser aceptado, que eras muy joven y que...

—Y que tú en mi lugar, Maider, por qué no, podrías haber acabado de la misma manera.

—Nunca.

—¿Estás segura?

—Cállate. —Julia lo apunta con el dedo—. Cuántos crecieron en el mismo sitio, cuántos escucharon lo mismo que tú siendo niños... Y, al crecer, solo unos pocos fueron asesinos. Un ser humano siempre acaba teniendo la oportunidad de negarse, de decir que no. Y tú la tuviste, nadie te puso una pistola en la cabeza.

—Pero me pusieron la pistola en la mano. Y si no me la hubieran puesto, ¿qué?

—Cómo se llamaba.

—¿Qué más da?

—Sé valiente por una vez. ¡Cómo se llamaba!

—José María Uribe. 22 de octubre de 1993.

—Qué más. —Julia respira cada vez más fuerte. Hace casi tanto ruido con la nariz como con la boca.

—Tenía un hijo, Esteban, iba con él esa mañana. Llovía. Fuimos corriendo, disparé y nos montamos en el coche. No hay más.

—¡Cómo que no hay más! ¡Cómo que no hay más! —Rompe a llorar.

—Maider, tranquilízate, estamos muy borrachos, hemos bebido demasiado... —Lander se acerca y pone las manos en los hombros de Julia, que intenta zafarse dándole puñetazos en el pecho.

—¡Cómo que no hay más! —Lo sigue golpeando.

—No hay más. Porque no lo hubo. No supe nada de él hasta unos pocos días antes. Me dieron una foto, un recorrido. Solo supe que escribía artículos contra Euskal Herria en el periódico. No leí los artículos, no leí nada. Me aislé, fui... y disparé.

—Vete de aquí. —Lander no se mueve, solo la mira—. Te pido que te vayas.

La suelta. Vuelve a mirarla. Ella no sabe si es un gesto de súplica, de perdón o de qué, pero no puede pararse a pensarlo. Solo tiene fuerzas para contener el impulso de comprobar si el móvil ha grabado la conversación.

—*Agur,* Maider.

En cuanto Lander se da la vuelta y se aleja unos metros, ella saca el teléfono y comprueba que sí, que ha funcionado. Se agacha, recoge el bolso del suelo y lo mete dentro. Pensaba que su respiración iba a serenarse, pero sucede lo contrario. No es capaz de domarla. Le falta el aire. Inspira con profundidad, pero siente que lo que entra no es oxígeno; es solo aire, vacío, viento. Cuenta despacio, piensa en playas soleadas, en lugares sin lluvia; piensa

que lo ha conseguido, que *todo ha terminado,* pero comienza a ver borroso, como si la niebla hubiera engullido la plaza.

No tiene fuerzas para mantenerse en pie. Se desploma antes de sentarse. Tumbada en el suelo, cuando intenta levantarse, ve girarse a Lander, que caminaba despacio hacia la playa, supone que hacia el apartamento. Regresa a por ella. Julia quiere levantarse para alejarse de él, pero el cuerpo no le responde. La orden que manda a su cabeza es la de incorporarse y correr, pero apenas logra arrastrarse. No discurre, no razona, solo escucha las palabras que ella misma pronuncia:

—No, no, no, vete, no, ya está, vete, atrás, quiero respirar, solo quiero respirar, déjame, déjame, fuera, quiero volver, quiero irme a casa.

Ya no llueve, pero suenan los truenos acompasados, como si la tormenta se guiara por una partitura. Lander la coge en brazos y se la echa al hombro. Julia quiere zafarse. Los pocos movimientos que puede hacer ni siquiera provocan una reacción en él. Cuando Lander se agacha para recoger el bolso, grita e intenta sin éxito llevarlo ella. Se adentran en el paseo; al fondo, la carretera subrayada por los árboles. Las farolas arrojan una levísima luz amarilla. Eso es lo último que ve Julia antes de dejar de ver todo lo demás. Negro. Hasta las luces amarillas se apagan.

XXVIII

Una luz blanca, como de laboratorio, que, poco a poco, se va difuminando. Julia abre y cierra las manos. Palpa nerviosa alrededor. Sábanas. Está en una habitación a oscuras y esa luz blanca entra por la ventana. Aturdida, se pone de pie y, tras confirmar que se sostiene, se acerca al cristal para verla de cerca. Es una luz que rebota en el mar y en las baldosas del paseo, que está vacío. No sabe qué hora es, pero sospecha que ha amanecido hace poco.

Mirando ese sol agresivo, recuerda. Lander, la lluvia, la plaza vacía con ellos en el centro, la torre de la iglesia, los gritos, el mareo, la dificultad para respirar, ella a hombros de él, el bolso en el suelo. *El bolso, ¡el móvil!* Observa ahora la cama, después la silla junto al armario. Nada. Se agacha. Palpa el suelo. Gatea. Le duele algo, la cabeza; le duele todo. La pesadez, el mareo. No está el bolso, no está el móvil, no está la grabación. Se acerca a la puerta e intenta escuchar. Un silencio a ratos quebrado por el susurro de las olas y de la televisión.

Se asoma. En la pantalla, en la cadena vasca, un programa de tertulia política. «El Gobierno en crisis, a punto de caer», lee en un subtítulo grande y rojo. Divisa a algunos de sus compañeros a ambos lados de la mesa. Camina de puntillas para no hacer ruido. Su bolso, en la cocina. Lo abre y comprueba que están los dos teléfonos. Respira todavía más hondo al comprobar que sobrevive la grabación.

—¡Estás despierta! ¿Cómo vas? —Lander se incorpora, estaba recostado en un sillón. Estira los brazos, bosteza y sonríe.

—Bien, bien... Creo que bien. —Con el sobresalto, a Julia se le cae el móvil al suelo. Se agacha y, cuando se incorpora, tiene a Lander a menos de un metro. Se le vuelve a caer—. ¡Joder!

—¿Funciona? —Es Lander quien lo recoge y lo pone en manos de Julia—. Entre esto y la lluvia que se nos echó ayer encima... Bueno, ayer o hace un rato. Has dormido cuatro horas. Te desmayaste, te llevé en brazos, nos recogió un coche que pasaba por allí y nos dejó aquí abajo. Es lo único que te has perdido.

—Vale. —No sabe qué decir. Solo piensa en la manera más rápida de dejar el apartamento y volver a casa.

—¿Quieres hablar? —Lander vuelve al sillón. Julia no responde—. He preparado café. Quería estar despierto cuando te levantaras. Seguro que café sí que quieres.

—Gracias. —Julia se acerca y se sienta en otro de los sillones, el del extremo contrario, dejando en medio toda la distancia que puede.

—Cómo están las cosas, ¿eh? —Lander sirve el café en una taza y se la tiende. Le ofrece leche. Ella asiente. Aparece en la tele el dirigente del partido de la izquierda abertzale, que anuncia que retira su apoyo parlamentario al Gobierno. Son imágenes de la tarde anterior—. Aunque están mejor que antes... —Es Lander quien quiere continuar con la conversación de anoche. Julia le nota a la legua que busca seguir justificándose, que busca una manera de acabar bien. O de no acabar.

—Sí, las cosas están mejor que antes. —Intenta concentrarse en las palabras que salen de la televisión, pero no puede. Las imagina volando hacia ella, como si fueran pompas de jabón, pero no hay manera de cogerlas.

—Yo tampoco sé qué decir, Maider. Solo quería darte las gracias por haberme escuchado.

—Nada —responde Julia maquinalmente.

—Quizá no tenía que haberte dicho nada. Si hubiera sabido que tú eras... —No la mira. También mira a la tele.

—¿Que yo era qué? —Julia se gira hacia él.

—Una víctima... —Sigue sin mirarla.

—Una «víc-ti-ma» —repite Julia remarcando cada una de las sílabas.

Sigue teniendo miedo, pero ha ganado seguridad con la grabación en el bolsillo. Se siente como aquel día en que despertó de la anestesia. Poco a poco, el cuerpo se va llenando de algo indeterminado que podría llamarse vida. Pero le cuesta. Es un proceso lento.

—Sí, una víctima. Tendría que haberme dado cuenta antes. —Lander apura su café de un sorbo y se sirve otra taza.

—No soy «una víctima». Las víctimas son de alguien. Es una palabra que no se puede decir así, sola, a secas. Las viudas son de alguien, los hijos son de alguien, los hermanos son de alguien, los nietos son de alguien. Y todos ellos, a la vez, son víctimas de los asesinos. —Julia se sorprende de su frialdad y de lo concreto de su respuesta, que ha brotado de su boca como si estuviera ensayada.

—Oye, yo no quería... De verdad que no quería... Tienes razón en eso que dices. No he sido consciente. ¿Tú quieres contarme algo? —Lander cruza las piernas en el sillón, cambia de posición y mira a Julia de frente.

—¿De qué?

—De cómo fue. De quién te falta. A quién te mataron.

—A quién me matasteis.

—A quién te matamos, sí. —Ya no hay titubeo en su voz.

—No, no quiero hablar.

—Lo entiendo, pero... Déjame hacerte una pregunta ¿Cogieron a quienes lo hicieron? —Julia no contesta—. Estaba seguro. No los cogieron.

—¿Por qué estabas seguro?

—Por cómo reaccionaste. Perdiste el control.

—¿Eres un experto en «víctimas»? ¿Has conocido a muchas? —Julia adopta una posición parecida. Se gira en el sillón para poder mirarlo con más comodidad. Le duele el cuello. También las rodillas.

—No, eres la primera víctima que conozco. Ya te dije: he vivido siempre fuera.

—¿Y a ti?

—¿Yo qué?

—¿Te cogieron?

—No. ¿Puedo ayudarte de alguna manera?

—No quiero nada.

—Todo va a acabar en tres meses. Y en cuanto acabe, buscaré la manera de... No sé, de ayudar. Seguro que algo puedo hacer. Lo que pasa es que no puedo ir a la cárcel, Maider. No lo aguantaría, ¿no me has visto? Soy débil, soy cobarde. Muchas veces sueño con la cárcel y pierdo el control. En cuanto pienso en eso, me convierto en otro. Solo el hecho de pensarlo me llena de un miedo que me descontrola, que hace que me sienta capaz de las cosas de antes. Por motivos distintos, pero capaz de lo de antes por evitar la cárcel. Podrá parecerte que soy calmado, tranquilo, pero qué va. Me ocurre a ratos. Si tengo ese miedo, pierdo el control. —Al ver el rostro severo de Julia, cambia de discurso—. Perdona, no tendría que contarte a ti esto. No tendría que haberlo hecho. Lo que sí te digo es que, en cuanto esto acabe, procuraré compensar el pasado... de otro modo. Te lo prometo.

—A mí no tienes que prometerme nada.

Se quedan los dos en silencio, viendo la tele, el techo y el sol, que va lamiendo poco a poco las esquinas del salón.

—Oye, ¿seguro que estás bien? —Lander señala el sudor que cae de la frente de Julia. Ella no se había dado cuenta. Se acerca a la mesa, recoge el bolso.

—Voy a darme una ducha.

Julia cierra la puerta de la habitación. Extiende sobre la cama su ropa interior limpia. Se desnuda y guarda el resto en el bolso. Comprueba que están dentro los dos móviles. Quiere dejarlo todo preparado para marcharse en cuanto salga del baño. Cierra el pestillo. Se lleva el bolso consigo; lo deja encima del váter. Huele a él. Todo está lleno de él. Su maquinilla de afeitar, su colonia, su gel, su champú, la toalla colgada de un gancho de la puerta. Esta vez no tiene curiosidad. Solo prisa.

Abre la ducha. Prefiere el frío. Tiene una sensación extraña, como si no dejara de sudar pese al agua que la recorre de la cabeza a los pies. Cuando recobra lo que le parece una temperatura normal, gira el grifo y se sumerge en un terreno templado. Mientras se enjabona, se imagina a sí misma dentro de dos o tres horas. Primero irá a casa, se sentará en la mesa del comedor, cerrará las persianas, sentará con ella a sus padres y pondrá la grabación. Después, hará una copia en el ordenador, viajará a Madrid y se irá directa a ver al juez. Pedirá su teléfono personal. Si no lo consigue, lo esperará en la puerta de la Audiencia. Pero se lo dirá directamente. Lo llevará a su despacho y pondrá la grabación. No quiere intermediarios, no quiere riesgos. Recuerda las amenazas del enviado del ministro. Teme que intenten bloquearla. No conoce a la fuente que va a acabar con el Gobierno, ni siquiera va a intentar averiguarlo porque cree que, poniendo en manos del juez la grabación, habrá llegado al final del

camino. Le pedirá a su padre que la acompañe a Madrid. Se ve en el coche con él, sonriendo, a ratos en silencio, a ratos hablando. Y su madre, detrás, que seguro que también quiere ir. Quizá incluso cambie su firma en el periódico. ¿Por qué no «Julia Uribe»? Como el *aitona*. No tiene nada que esconder. ¿Qué pasará con Iván? Ahora no siente nada, pero está segura de que lo sentirá. Con él será fácil, no tendrá mucho que contar. Es el único que sabe dónde ha estado, haciendo qué. Y Ramón... *¡Ramón!* Se seca la cabeza con una mano. Con la otra saca los móviles del bolso. No hay ninguna llamada. Guillermo, su hijo, sabía las instrucciones. «Llámame si pasa». Ramón está vivo.

Se cambia, se cruza con su cara en el espejo. No iba a mirarla, pero ahí está. Con los mofletes enrojecidos por el calor de la ducha, las ojeras y el pelo muy oscuro, casi negro, coloreado por el agua. *Ramón, tú derrotaste a Aquiles. Yo estoy a punto de hacerlo*. Sonríe. Se ve sonreír y se altera. Toma conciencia de que ahora sí: va a marcharse y solo va a tener que fingir un par de minutos más.

Regresa al salón, Lander está tumbado en el sillón, igual que cuando lo encontró al despertar. No lo ve, pero sabe que está ahí. La cadena autonómica vasca sigue arrojando al salón a los ministros, al presidente y a los dirigentes de la oposición, pero lo hace en silencio. Julia escucha la respiración de Lander. Con el bolso colgado y una mano en el bolsillo, le dice:

—Oye, creo que lo mejor es que me vaya.

Lander no responde. Julia se acerca porque quiere mirarlo a la cara por última vez. Se planta a un lado de la tele, frente a él.

—Me voy. Gracias por traerme anoche.

—Nada. A ver si un día volvemos a vernos. —Lander se despide con la mano y finge interesarse en la tele, pero ella sabe que no presta demasiada atención. Comienzan a aparecer imágenes de su

reportaje, de Gustav Hafner. Y eso sí que parece captar la atención de Lander—. Mira esto, Maider, están venga a poner fotos de un nazi que han debido de encontrar en Madrid. Es como entrar en la máquina del tiempo.

—¿Un nazi? —Julia reconoce sus párrafos proyectados en la pantalla, las fotos que le hizo a Hafner con su móvil.

—Sí, mira. —Lander se incorpora, se estira a por el mando y sube el volumen.

Aparece en pantalla una periodista en el portal del último piso donde Julia se entrevistó con Hafner: «Fue aquí donde Julia Mendieta, la periodista de *El Universal,* mantuvo una conversación con este hombre, Gustav Hafner, que sigue en paradero desconocido. Según nos cuentan los vecinos, Mendieta fue detenida por la policía después de que la hija del alemán la denunciara. En el reportaje que publica *El Universal,* vemos a un hombre que quiere dar una entrevista, pero esa versión no concuerda con la denuncia que, a tenor de lo que nos explican los testigos, puso Amelia Hafner. Hoy nadie sabe dónde está Gustav Hafner ni dónde está Julia Mendieta».

—Es una historia rarísima, no aparece ninguno de los dos.

Ahora dirige la conversación el presentador desde el plató: «Efectivamente, Julia Mendieta no ha dado señales de vida desde que se han publicado las dos entregas de su reportaje. Algunos de sus compañeros del periódico nos cuentan que no la han visto desde hace un tiempo. Su móvil está apagado. En fin, que no se sabe nada. Lo que sí supimos hace relativamente poco es que la reportera de *El Universal,* no es, en realidad, Julia Mendieta. Lo leímos en un texto de *El Adelanto,* que después replicaron algunas cabeceras más. Julia Mendieta se llama Julia Uribe García Mendieta y...». Aparece una foto de Julia en primer plano.

Nada más verse en la pantalla, Julia da media vuelta y se encamina hacia la puerta del apartamento. No mira atrás, pero escucha a Lander ponerse de pie.

—Eh, eh, ¡eres tú! ¡Joder, soy gilipollas! ¡Eres tú! ¡La nieta de Uribe!

Julia corre. No está el ascensor. Baja por las escaleras. Los pasos rápidos, la respiración. Los pasos rápidos, la respiración. No se escucha a sí misma; solo oye el rastro de Lander, cada vez más cerca. Da un portazo en el portal, se resquebraja el cristal. Lo sabe por el sonido. Un grito de dolor. Ve a Lander con la mano ensangrentada, cortada al abrir la puerta.

Sigue corriendo instintivamente hacia la derecha, hacia el puerto.

—Eh, ¡Julia, Julia! Para.

El que grita es Igor, que aparece en la carretera, a pocos metros del apartamento, y trata de interceptarla. Primero no lo consigue, pero después lo logra tirando de su camiseta. Frente a frente, Julia no es capaz de articular palabra. Por detrás del rostro de Igor, ve a Lander acercarse; baja la velocidad al comprobar que su compañero la ha detenido. Julia ve algo en los ojos de Igor. No sabe qué es, pero... Le pega un rodillazo en el estómago para zafarse de él. Sigue corriendo.

—¡Tú la trajiste! ¡Tú la trajiste! —repite Lander. Su desconcierto al ver a Igor, el intento de este de explicarse, permiten a Julia ganar metros.

Igual que aquel fin de semana, hay mercado en el puerto. Deben de estar a punto de abrir porque la fruta, la verdura y los pescados reposan sobre las mesas. Para dificultar la persecución, Julia derriba cada uno de los puestos con que se cruza. El suelo se llena de tomates, lechugas, plátanos, peces y cubitos de hielo. Lander, que resbala y cae, grita en francés: *«Au voleur!, au voleur!*[1] *».* Algunos

de los vendedores dudan: ¿a quién frenar? Julia niega con la cabeza cuando se acercan a ella. Ven algo en su cara porque muchos le franquean el paso, aunque otros la insultan. Le molesta el bolso, que va golpeando su pierna derecha con cada zancada.

La gente grita. Julia sabe que Lander e Igor están cada vez más cerca, que son más rápidos. Aprovechando la confusión, se esconde bajo una mesa. La mujer que regenta ese puesto le lanza un guiño de complicidad. Desde el suelo, levantando la tela negra que cubre el tenderete, divisa a Lander. Tras él, el edificio naranja; con sus arcos de piedra en los soportales y sus balconadas azules. Al fondo, el mar, que, envuelto en una neblina, ya no parece azul, sino gris. Reconoce en Lander el miedo, los nervios. El temblor. Ese pánico del que le ha hablado hace un rato. Julia interioriza un miedo aún mayor. Escucha en su cabeza la frase de Lander: «Pierdo el control. Si tengo ese miedo, pierdo el control».

En Igor no ve nada de eso. Simplemente, no ve nada. Actúa igual de determinado que cuando la llevó a casa de Lander, pero pasa fugitivo por su cabeza ese trocito de conversación frente a la playa de Gros, en San Sebastián, cuando se sobresaltó al escuchar en boca de Julia la palabra *traición*. Él no era un traidor, no es eso. Quizá tenía razón y no es un traidor. Quizá sea, aquí y ahora, un arrepentido de su traición.

—¡Maider! Ven y lo arreglamos. ¡Por favor, no me hagas esto! ¡Joder, todo iba bien! Te prometo que no voy a hacerte nada. ¡Ven y lo arreglamos! —grita Lander, que va arrimándose a las mesas y levantando las telas de los puestos. Algunos comerciantes forcejean con él. Otros muestran indiferencia; los que más, pánico—. ¡Maider! ¡Maider! —Sigue llamándola así, aunque ya sabe que ese no es su nombre—. Perdóname, quiero pedirte perdón, vamos a acabar con esto, pero de una manera que... No me hagas esto, ¡joder!

Lander se va acercando. Igor también escudriña debajo de las mesas. Julia mira ahora hacia el otro extremo del mercado: el mismo mar gris, pero lleno de barcos. El puerto con sus banderas. El suelo, de un granate desvaído. Busca una manera de escapar, pero no encuentra ninguna. Si sale, está segura de que la cogerán. Escucha a la tendera, que quiere ayudarla; ha llamado a la policía. *Son solo unos minutos, tienes que aguantar unos minutos*.

—¡Julia! Te prometo que solo hablaremos. No te va a pasar nada. Te doy mi palabra. ¡Julia! ¡Sal! No habrá problemas, se lo prometí a tu padre. —Ahora es Igor quien grita para intentar convencerla.

Hay duda en esa última frase. Es la primera vez que Julia lo escucha titubear. La segunda si los ojos pueden titubear. Porque temblaban cuando la ha agarrado por los hombros al salir del portal. Puede que ni él mismo sepa cómo quiere que acabe esto. El paso de los minutos y los gritos de la gente insuflan desesperación en Lander y en Igor. Julia lo percibe en la aceleración de sus movimientos.

Faltan tres mesas para que Lander la alcance. Dos mesas. Una mesa... Lo escucha repetir: «Hostia, hostia, hostia». Julia sale de su escondrijo y echa a correr. Ve el mar, la barandilla. Está a unos metros del embarcadero desde el que zarpa el barco a Fuenterrabía. No sabe adónde va. Porque, aun montándose en el barco, no tendría tiempo. Esos minutos lentos para zarpar la entregarían.

Un fuerte golpe en la espalda. Rueda por el suelo. Cuando consigue ponerse boca arriba, Lander está encima de ella: la está agarrando de las manos. Julia le muerde y él grita.

—Para, por favor, para. ¡Vamos a hablar! ¡Vamos a hablar solo un momento y podrás marcharte! ¡Te lo prometo, joder! ¡No voy a hacerte nada! —Julia le da una patada en la espalda. Otra patada. Logra soltarse. Al levantarse, es Igor quien la placa y la derriba. Más corpulento que su compañero, inmoviliza con facilidad las piernas de

Julia. Lander vuelve a agarrarla por las manos—. Venga, ya está, ya está, vamos a casa —le dice casi susurrando—. Hablamos y te vas, hablamos y te vas —repite fuera de sí, como en una letanía, como queriendo convencerse de que eso es lo que va a pasar.

—Lander, que vienen, joder, que están aquí los putos *txakurras*. ¡Vamos! ¡Déjala! ¡Vámonos! ¡Qué haces! ¡Reacciona, hostia!

Suenan las sirenas en alguna parte. Julia estira el cuello, pero no ve los coches de policía. Igor la suelta. Primero zarandea a su amigo, intenta levantarlo a la fuerza, pero Lander no se mueve, sigue apretando con firmeza los brazos de Julia. Igor echa a correr. Lo intercepta un gendarme salido de un coche que frena de golpe en la carretera del muelle, junto al mercado. Lander vuelve en sí por el ruido que hace la cabeza de Igor al golpear el capó del coche de policía. Julia, al fin, se zafa, se arrastra y se queda tumbada a unos metros. Lander no se mueve. Otro agente pone las manos sobre su espalda y lo levanta. Julia sabe que se los van a llevar. Los han visto agrediendo a una mujer en el suelo.

—¡Eres peor que yo, Uribe! —ahora sí la llama por su verdadero apellido—. Me estás jodiendo la vida, ¡para qué! ¡No ganas nada jodiéndome la vida! Sabes que digo la verdad. —El gendarme que lo ha detenido intenta acallarlo diciéndole unas palabras en francés que Julia no acierta a escuchar—. Recuerda esta mañana. ¡Recuerda! ¡No ganas nada! ¡No ganas nada! Solo odio. Por favor, no me hagas esto. ¡Si haces esto, te vas a pudrir! ¡Vas a estar llena de mierda para siempre!

La mujer del puesto que había escondido a Julia se acerca y la ayuda a levantarse. Le acaricia la cara. Julia se mira las manos; tiene los dedos rojos y le tiemblan como si hiciera muchísimo frío. Lander forcejea para evitar las esposas, continúa gritando. Y Julia decide mirarlo solo una vez más para después darse la vuelta y buscar la

manera más rápida de regresar a Fuenterrabía. No quiere que le tomen declaración. Solo quiere escapar. Así que lo mira y ya está. Se acabó.

—¡Uribe!

Es la voz de Lander, pero es un grito distinto a los anteriores. Hay algo que... Un murmullo. El grito de una mujer. El grito de un hombre. El grito de muchas mujeres y hombres a la vez. Julia nota cómo la señora que la ha ayudado le clava las uñas. Entonces, vuelve a mirarlo. Lander se ha desprendido del policía de un codazo y le ha quitado la pistola del cinturón. El agente, en el suelo. Primero se apunta a la cabeza, después apunta a Julia. Repite el gesto: a su cabeza y luego a Julia.

—¡Uribe! —vuelve a gritar.

Ocurre todo muy rápido. Es un segundo, quizá dos. Pum. Un disparo. Los gritos de la gente; el vuelo repentino de los pájaros, que suena como miles de folios agitados al mismo tiempo. Julia, en ese instante, nota otro placaje y cae al suelo. Percibe el ardor del asfalto en las rodillas. Se revuelve como un pez fuera del agua; es una reacción física similar a la de antes: el placaje de Lander, el placaje de Igor. Esta vez se libera con facilidad. Desenredada del cuerpo que la cubría, encuentra el rostro de Iván. Lander también está en el suelo, ahora inmovilizado por dos agentes. Ve a Igor corriendo por el mercado, escapando.

Julia abraza a Iván; se mancha las manos de sangre.

—¡Iván, Iván!

Iván tendido en el suelo, ahora boca arriba, con una sonrisa en la boca y los párpados cada vez más pesados.

—Julia —dice. Y le roza el vientre con los dedos—. Julia —repite. Pero cuando Julia pregunta, él ya no responde. Sigue respirando.

—¡Un médico! ¡Un médico!

El ulular de una ambulancia acaba irrumpiendo por el mismo lado de la calzada por el que ha llegado el coche de policía. Dos manos en la espalda de Julia. Ella ahora no siente nada, no reacciona a ese tacto. Sigue abrazada a Iván. La cabeza apretada con fuerza contra su cabeza.

—Mendieta, tenemos que irnos. ¡Mendieta, tenemos que irnos! Ya vienen los médicos. ¡Venga! —Arrancada del cuerpo de Iván, se topa con el enviado de Olmedo—. ¡Vámonos! ¡Te dije que no cruzaras la frontera, joder, te lo dije! ¡No cruces la puta frontera!

Julia ve cómo los gendarmes se llevan a Lander. No hay rastro de Igor. Quienes al escuchar el disparo se habían escondido bajo las mesas, como Julia hasta hace unos minutos, comienzan a asomar las cabezas. Llega el barco desde Fuenterrabía. Se arremolinan los curiosos en el puerto.

—Despídete, Mendieta, de verdad, tenemos que irnos.

Julia sigue intentando abrazarse al cuerpo de Iván, que tiene los ojos cerrados. Palpa su espalda, sus brazos, sus piernas, en busca del agujero del que mana la sangre. Le arranca la camisa. No ve. Todo es sangre. No sabe dónde está la herida. Sangre en sus manos, sangre en la espalda de Iván.

—Mendieta, nos vamos, va a estar en buenas manos. Creo que puede salir de esta.

Llegan dos médicos desde la ambulancia. Con una mezcla de cariño y firmeza, la apartan y se llevan a Iván. La señalan a ella para preguntarle si está herida. El enviado de Olmedo —«*Non, non, elle est bien, elle est bien*»— la coge en brazos y, contra su voluntad, la carga camino del coche oscuro y con cristales tintados aparcado a pocos metros.

—¡Iván, Iván!

Julia lo muerde, da cabezazos, intenta soltarse con todas sus fuerzas. Lo consigue y cae al suelo. Es cuando se ve las rodillas cubiertas de gravilla y en carne viva. El asesor del ministro vuelve a levantarla y la tumba en el asiento trasero. Julia pega patadas en la puerta, pero no se abre. El coche arranca. Ella experimenta algo parecido a lo que le contó su padre sobre el día del atentado: la vida en vacío, como dentro de una cápsula, y el tiempo pasando despacio, a cámara lenta.

—Iván, Iván...

Ahora lo dice en bajo, susurrando, muy suave, hasta que su voz se disuelve en las noticias que emite la radio. Al otro lado de la ventanilla, el cielo gris. Llueve.

XXIX

Julia está sentada en el váter de su casa de San Sebastián. Desnuda, recién duchada.

—Julieta, déjame que te cure.

Y Julia no responde, pero le deja hacer a su madre, que coge primero una pierna, después la otra, y las recorre con una gasa blanca. No reacciona al contacto del jabón ni del agua oxigenada. Está callada y la voz de su madre es el eco que sale de una cueva lejana. María se abraza a los pies de su hija y llora. Julia tampoco reacciona. Su padre se ha quedado en el salón escuchando la grabación. Porque lo primero que ha hecho Julia al llegar a casa ha sido poner en sus manos el móvil y darle al *play*. No se han sentado juntos en la mesa del comedor, no ha habido sonrisas, no ha habido celebración, no ha sucedido nada de lo que imaginó por la mañana, al amanecer, en la ducha del apartamento de Hendaya.

—Iván —repite Julia.

Su madre no entiende; no pregunta. Julia mira al frente, al espejo empañado por el vapor del agua caliente. Al otro lado de esa bruma, como si el cristal tuviera la profundidad de un pantano, ve algunas de las escenas sucedidas en el mercado. Ve a Lander con la pistola, apuntándole, perdiendo el control. Ve a Igor y el temblor de sus lagrimales, deteniéndola al salir del portal. Escucha el grito de los tenderos. Y después se ve tumbada en el coche, ya huidos, lejos de Hendaya, con el enviado de Olmedo al volante. «¡Eh, Mendieta! ¡Ya está, ya está!», le decía este hombre, que ahora sabe que se llama

Óscar. «Mendieta, ya está, ya está», le ponía una mano en el hombro después, parados en una gasolinera, apeados del coche. «¿Sobrevivirá?». «Es difícil saberlo. Es imposible saberlo». «¿Qué vas a hacer conmigo?», conseguía preguntarle después de un rato de pie, con las gotas de lluvia oscureciendo el asfalto. «Joder, esto se ha ido de las manos. ¡Joder!». Él tampoco parecía tener el control y eso la inquietaba, no sabía si estaba a salvo o lo contrario. «¡Te dije que no hicieras el gilipollas al otro lado de la frontera!». «Respóndeme. ¿Va a salir?». «Voy a llevarte a tu casa y jurarás, si alguien te pregunta, no haberme visto nunca. Tendrás problemas dentro de unos días; no has averiguado cuál es la fuente». «¿Por qué me ayudas?». La misma pregunta que a Igor. Una pregunta cuya respuesta, ha aprendido Julia, no suele ser fiable. Las respuestas a esta pregunta son volubles. No tienen por qué ser mentira, pero son camaleónicas; cambian con el ambiente, la conciencia y las circunstancias. «Porque yo habría hecho lo mismo en tu lugar. Y porque yo también me jugué la vida frente a esos hijos de puta durante muchos años».

Julia no sabe a quién llamar, cómo preguntar. ¿Hospitales en Francia? ¿Cuál es el hospital más cercano a Hendaya? ¿Hay uno allí mismo?

—Julieta, déjame que te cure bien, se te van a infectar las heridas.

Se levanta, entra en su cuarto y, sin cerrar la puerta, se sienta al ordenador. Llama a su padre, que trae el móvil. Hace una copia de la grabación, la guarda en un USB y lo deja sobre la mesa.

Pone la radio. Primeras noticias. Han debido de pasar dos o tres horas desde el tiroteo. «Corresponsal en Francia, Javier Lorente... Sí, efectivamente, esta mañana un hombre ha disparado en la localidad fronteriza de Hendaya. Ha sido en el puerto, en mitad del mercado que se celebra los fines de semana en temporada veraniega. Es

pronto para saber qué ha ocurrido, pero ha sido detenido el autor del disparo. Al parecer, se trata de un ciudadano español, nacido en la localidad guipuzcoana de Alzo, de nombre Lander Latasa. No tiene antecedentes penales, aunque se ha encontrado en su casa documentación que prueba que vivía camuflado bajo una identidad falsa. Perseguía, junto a otro ciudadano también español, huido y sin identificar, a una mujer joven. La policía baraja la violencia de género y el tráfico de drogas como hipótesis principales. Hay un herido ingresado en el hospital. Se trata de un tercer ciudadano español que trató de proteger a la joven del disparo. Su vida sí corre peligro. Iremos actualizando conforme conozcamos más novedades».

—Iván —musita Julia sin despegar la vista de la pantalla. Sabe que sus padres se han quedado en el marco de la puerta—. Necesito que vayáis con él, por favor. No puedo contaros más. No quiero, ahora no quiero. Pero os lo podéis imaginar. —Julia hilvana las palabras con frialdad. Son las primeras que consigue unir con cierto sentido desde que huyó del apartamento de Hendaya—. Me voy sola a Madrid.

(...)

No deja de darle vueltas en la cama, con la mirada puesta en el techo de la buhardilla, ya en Madrid. Tanto tiempo intentando llegar, tanto tiempo corriendo como un ratón en una rueda. Y ahora que no es una rueda, ahora que el camino es una recta con una línea de meta al final, solo hay dolor. El mismo dolor. *Esto es una mierda, estamos hechos de mierda, de sufrimiento. No hay nada que*

toquemos que no acabe igual. Iván se acercó a mí y está en la cama de un hospital. ¿Y si se muere? Se va a morir.

Ni siquiera se levanta a por una pastilla. Le da igual no dormir. No quiere hacerlo. Suda y mira la luz de las farolas que entra por la ventana. En una mano, nada; solo las uñas clavadas en el colchón. En la otra, el móvil agarrado con fuerza hasta que los tendones se le recogen, con esa sensación tan incómoda, y se ve obligada a aflojar. Han tardado mucho sus padres en escribir: «Ya estamos aquí. Hospital Marino. No saben si va a salir. Su familia viene de camino. ¿Qué les decimos?». «La verdad. Decidles la verdad».

Porque ya no hay otro camino. Han sido muchos años a lomos de esa mentira negra que lo ha carcomido todo como una metástasis. Sus amistades, su familia, las oportunidades de conocer a alguien.

Lo recuerda, a Iván, aquel día frente a su portal, lo recuerda en el McDonald's; lo recuerda las últimas veces que no quiso hablar con él. Sobre todo, recuerda que le pidió tiempo... y que quizá el tiempo se haya acabado. *No pienses eso*. Pero es que ha ocurrido. *Me siguió, me protegió y se dejó matar. Julia, calla, está vivo*.

Le arden los párpados. Va al baño, se mira al espejo y atisba una constelación de hilos rojos en sus ojos. Hace varias horas que tiene ganas de llorar, que siente que llora, pero no sale nada. Ni una lágrima. Se ha dado una ducha. Ha evitado que el agua y el jabón resbalen por el punto exacto donde la tocó Iván, justo encima del ombligo. Ella intenta poner los dedos de la misma manera, como si fueran los dedos de él. No quiere que esa imagen se le clave para siempre en la conciencia. «Iván, por favor. Venga, Iván, por favor», se dice en voz alta. No habla sola; se habla a los dedos, a la tripa.

El ruido de su móvil. Tiene una oportunidad para pensar en otra cosa: es un mensaje de Ferrándiz. «Julia, borra esto cuando lo leas. Me estoy metiendo en un lío, pero tenía que decírtelo. Entra en *El*

Adelanto en cuanto te levantes. Lo siento de veras. Joder, era tu historia. Un abrazo».

No le inquieta eso que va a publicar *El Adelanto,* no hace cábalas. Tampoco le asusta la posibilidad de ser detenida. «El presidente Rodríguez reúne hoy al Consejo de Ministros y podría comunicar su dimisión», lee maquinalmente en la web de *El Universal*. Ha escrito a sus compañeros de tribunales para pedirles el teléfono del juez Almansa. Sabe que lo tienen, pero no contestan. ¿Quién va a contestar a las cinco de la mañana? Supone que imaginarán, que se olerán que tiene que ver con el asesinato de su abuelo, pero no le importa. Anida en su conciencia esa sensación de inminencia similar a la de los corredores que ya están con la rodilla apoyada en el suelo, en la línea de salida. No hay contexto que valga, no hay circunstancia que determine.

Prepara un termo de café. Al rato, el humo que sale de la cafetera le recuerda que estaba preparando café. Abre el frigorífico y permanece con la mirada perdida en su interior; lo suficiente como para que el electrodoméstico avise con un pitido. Se sirve la leche. Recuerda a su padre sentado donde ahora está ella. Vino a contarle lo del abuelo. Se reconforta unos segundos pensando en el abrazo con él al salir de casa, en San Sebastián, camino del aeropuerto. Quiso ir en taxi.

—Vosotros salid ya hacia Hendaya, por favor.

Esteban tenía el pecho tembloroso, las manos temblorosas, los labios temblorosos, pero mantenía un ademán digno, con el mentón levantado. Rompió a llorar cuando Julia, con esos mismos temblores, lo abrazó.

—*Aita,* ¿tú te acuerdas de cómo seguía?

—No entiendo, hija.

—El poema que siempre me recitaba el *aitona*. Me atasco cuando lo pienso. Solo soy capaz de llegar hasta aquí: «Entonces siempre acuérdate de lo que un día yo escribí pensando en ti como ahora pienso».

—Sí, claro que me acuerdo. Todos estos años, algunas veces, por las noches, lo repito como si fuera una oración.

—A mí también me lleva pasando unos días, pero me quedo atascada.

—Dame la mano. —Esteban siguió con el poema; los dos acabaron recitándolo juntos en la puerta de casa.

Nunca te entregues ni te apartes
junto al camino, nunca digas
no puedo más y aquí me quedo.

La vida es bella, tú verás
como a pesar de los pesares
tendrás amor, tendrás amigos.

Por lo demás no hay elección
y este mundo tal como es
será todo tu patrimonio.

Perdóname no sé decirte
nada más pero tú comprende
que yo aún estoy en el camino.

Y siempre siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti como ahora pienso.

Julia se refugia en esa imagen. Apoya la taza en la mesa y se sienta en la silla. La luz de las farolas deja paso a una luz suave, una especie de neblina transparente que va poniendo color a los armarios, la mesa, la estantería, los lomos de los libros y la puerta del baño. Ha venido de pronto la luz, pero ella no la ha visto. Está atrapada en esa frontera donde se unen la vigilia y los recuerdos. Dormita. La respiración se le agita cuando, despertando, razona que quizá la muerte sea algo así, una proyección de recuerdos. Se imagina en un más allá oscuro, reviviendo el atentado de su abuelo como si hubiera estado allí; reviviendo el disparo a Iván una y otra vez, intentando sin éxito interponerse y recibir ella el balazo. Es una pesadilla de la que no puede despertar. Quiere levantarse de la silla. No sabe si está despierta o dormida. Debe de estar despierta porque tiene conciencia de lo que ocurre en su mente, pero no logra abrir los ojos. Manda a su cerebro la orden de mover los brazos, de mover las piernas, pero nada. Un disparo, otro disparo.

Vuelve en sí: son las siete de la mañana y el café está frío. Tiene una llamada perdida de Rivas. Recuerda el aviso de Ferrándiz y abre la portada de *El Adelanto:* «Gustav Hafner, el nazi refugiado en Madrid, fue uno de los pilotos que bombardeó Guernica». No acierta con los dedos en la pantalla, abre varias publicidades sin querer. Por fin lee:

> Gustav Hafner, el anciano alemán refugiado en Madrid desde el final de la Guerra Civil, fue uno de los militares que bombardeó Guernica. Alojado en una residencia de la capital española hasta hace unas semanas, pilotó uno de los aviones que atacaron la localidad vizcaína el 26 de abril de 1937. Así lo ha confirmado este periódico a través del archivo que custodia el Ministerio de Defensa alemán. Hafner no es un arrepentido. Así quedó claro en una entrevista pasada. Sin embargo, en aquella conversación, el militar ocultó su participación en el ataque, uno de los más sangrientos de la guerra. Aquella operación, donde las fuerzas armadas de Hitler probaron su potencial de cara a futuros conflictos

bélicos, fue inmortalizada por Pablo Picasso en su cuadro *Guernica,* que puede contemplarse en el Museo Reina Sofía. En este reportaje, se publica en exclusiva el expediente militar de Gustav Hafner, donde puede apreciarse su llegada a España un año después de iniciarse la guerra con el golpe de Estado de los generales.

Hafner nació en Berlín el 26 de diciembre de 1916. Iba a cumplir veintiún años cuando se produjo el bombardeo. Llegó al ejército siendo ya miembro del Partido Nacionalsocialista. Formó parte de esas levas de adolescentes que fueron aceptados sin demasiadas exigencias y que se encuadraron en la carne de cañón que necesitaba el régimen de Hitler para diseñar un ejército lo más numeroso posible.

Hafner se encuentra hoy en paradero desconocido. Desde que trascendió su identidad, no hay rastro de él. Es viudo y tiene dos hijos, ambos nacidos en España después de la guerra. Finalizada la contienda, no regresó a Alemania. Trabajó en España como directivo de una empresa constructora. A lo largo de los textos que conforman este especial, quedará desgranado su papel en el bombardeo de Guernica, su trayectoria previa en el ejército, su viaje a España y lo que contó él mismo hace unas semanas. Además, tanto el ministro del Interior, Luis Olmedo, como la ministra de Exteriores, Ana Bordón, analizarán el papel que debe jugar el Gobierno ante un hallazgo como este. No descartan lanzar un operativo de búsqueda para interrogarlo. Tampoco que la Fiscalía de Memoria Democrática pueda preguntarle sobre su papel en Guernica. Sin embargo, todavía es pronto y los expertos consultados por *El Adelanto* advierten de que se trata de una situación muy compleja, inédita hasta ahora, y quizá envuelta en un vacío legal difícil de descifrar. Esta es la vida de Gustav Hafner.

Julia arroja el móvil contra la estantería. Caen algunos libros. La pantalla se ha resquebrajado. Al ponerse de pie, empuja la estantería y la vuelca. Suena el móvil. Es Rivas. No lo coge. Recibe un mensaje suyo: «Primero publicas un reportaje que beneficia al Gobierno porque les permite montar una cortina de humo. Después, me callo porque el reportaje genera muchas suscripciones. Y ahora me arrepiento porque tuvimos la historia en las putas narices y nos la han pisado. No había hecho jamás tal ridículo como director hasta hoy». Va a volver a tirar el móvil, pero se contiene porque lo necesita para hablar con sus padres, para saber de Iván. Lo deja en la mesa y da vueltas en círculo. Se acerca a la encimera, abre el cajón de las medicinas y rebusca entre las cajas. No encuentra los

ansiolíticos. Se ilumina la pantalla, piensa que es Rivas, pero pone «Guillermo». Se acerca el auricular al oído sabiendo lo que va a escuchar: «Acaba de pasar. Te esperamos... Te espero en el hospital».

Apoya la frente en la pared y empieza a revisitar los momentos vividos con Ramón. El primer día en la librería, cuando entró para escapar de su memoria familiar; el libro de Arendt y las preguntas al respecto; ese carácter tan avinagrado que se fue suavizando conforme avanzaban las conversaciones; la mirada que primero fue muro y después consuelo; el descubrimiento inesperado de alguien con quien hablar sin cortapisas; la congoja el día del atraco; la búsqueda de los papeles de los alemanes; el paseo por El Retiro y la entrada en la cueva donde se reunían Nagel, Hafner y los suyos; la comunicación del diagnóstico terminal...

Eso en cuanto a los hechos concretos, pero lo más doloroso que revive Julia es aquello a lo que no le puede poner nombre. Ramón era brusco, agresivo, árido, vehemente, gris, oscuro. Pero Ramón era así por la misma razón que ella: por miedo a mostrarse. Se confesaron sus talones de Aquiles —aunque apenas les dio tiempo —, se supieron caminantes de un mismo sendero: el de la violencia, la familia quebrada y el pasado como agujero negro. Con Ramón, Julia empezó a abrirse como no lo había hecho con Marcos o Clara. Y ya no está. Julia sabe que es absurdo, pero se siente llena de muerte. Compara en su cabeza la muerte de Ramón con la que puede llevarse a Iván y se sitúa en el centro como la diosa oscura que corta el hilo de la vida. Ramón es dentro de Julia —sonríe cuando lo piensa— una luz amarilla como la de la librería. Esa luz que está hecha de pasado, papeles y libros. Ese amarillo que era un búnker donde se sentía a salvo. Ramón ha muerto y Julia, que se ha sentado hecha un ovillo, no sabe cómo despedirse de alguien con

quien mantuvo las conversaciones que no lograba mantener con su padre; de esa especie de abuelo que empezó a llenar el vacío del que le arrebataron. Está segura, debe de ser eso. Ramón era amigo, padre y abuelo. Ahora no es nada. Ha desaparecido ese lugar al que volver: la librería, la habitación del hospital.

Deambula camino del taxi. Ni saluda al entrar ni saluda al despedirse. Por la ventana, transcurre ese Madrid de verano que ha vaciado sus calles de golpe, como si un huracán se hubiese llevado los coches volando. El paseo de la Castellana es una recta silenciosa, con pocas sombras. Solo algunos turistas lo caminan. A Julia, la Castellana nunca le ha parecido muy allá, aunque Ramón le dijo una vez: «¡Son nuestros Campos Elíseos!». El librero le mostró unas fotos a las que ella se agarraba para rebatirlo. Un día, la Castellana fue una hilera de palacetes blancos, con balcones preciosos y banderas ondeando. Era un jardín atiborrado de embajadas, diplomáticos, trajes de chaqueta cruzada y vestidos largos. «Muchacha, pareces tú mucho más vieja que yo; siempre con eso de que cualquier tiempo pasado fue mejor». «No, Ramón, no fue un tiempo mejor, pero fue un tiempo más bonito e interesante. Había espías y había fiestas increíbles». Entonces, se sonreían. Él porque ella admiraba sin saber; y ella porque él siempre tenía que estar en desacuerdo.

Julia va situando los palacetes como en un juego de construcción. También va cambiando de ropa a la gente. Va dibujando un tiempo donde a Ramón le quedaba toda la vida por delante... y a su abuelo también. Se refugia en el pasado, ahora y casi siempre, porque no habían ocurrido las desgracias que más le duelen. Entonces, ¿por qué sigue? ¿Por qué nunca ha pensado en quitarse de en medio? ¿Qué es lo que la mueve? *Qué es lo que me mueve*. Intenta responder a esa pregunta porque está segura de que le vendrá bien.

Quiere limpiar el polvo de los peldaños de su salvación. Escribir, encontrar algo que se parezca a la verdad, querer a sus padres, amar a Iván... O mejor, una exclusiva, la vida trepidante de los periódicos, la lubina de su madre, el paseo en bici con su padre, las carcajadas con Marcos y Clara, las bromas en la sobremesa, comer tortilla donde siempre con Iván. Se acaricia la tripa. Desciende a los detalles más insignificantes y encuentra algunas luciérnagas que la saludan. Nunca ha visto la cara de una luciérnaga, pero se la imagina ahora, muchos puntitos amarillos en ese negro de los ojos cerrados, y está segura: le sonríen.

Entra en el hospital. Un hombre la llama desde la sala de espera, junto a las máquinas expendedoras. Es el enviado de Olmedo. Julia duda, piensa en pasar de largo, pero acaba caminando hacia él. Sabe que no puede escaparse, que, si no es ahora, será luego.

—Me habéis jodido la vida y me habéis jodido el reportaje. ¿Qué más quieres?

—Te hemos salvado la vida, Mendieta. ¿Y qué pensabas? ¿Que te iba a salir gratis? Ya te dije aquel día que habría consecuencias. No tengo ni idea de dónde lo han sacado, pero he oído que pusieron a gente de Exteriores a trabajar en eso. No fui yo quien filtró los papeles del archivo alemán a *El Adelanto,* por si te sirve de consuelo.

—Qué me va a servir. Dime, qué quieres, «Óscar». —Julia recuerda su nombre y lo pronuncia con fingida familiaridad.

—Ven. —Se encamina a una de las máquinas de café, la más alejada de las sillas de plástico azul de la sala de espera. El sol golpea en el cristal, hace mucho calor. Julia apenas puede abrir los ojos. Óscar, como siempre, se los cubre con sus gafas negras—. Ya sé que no vas a fiarte, pero te conviene hacerme caso.

—Eres un amigo.

—Mendieta, ¡joder! —A Óscar se le escapa un grito y, consciente de que muchos lo miran, mete un par de monedas en la máquina y pide dos cafés. Vuelve a bajar la voz—. Me la estoy jugando al venir aquí. O me están siguiendo, o van a empezar a hacerlo. Saben que te saqué de Francia y que no has averiguado lo de la fuente.

—Te lo vuelvo a decir: no sé quién es la fuente ni voy a intentar conseguirla. —Julia acepta el café, le da un sorbo y no puede evitar una mueca de asco. Le repugna el café solo—. Oye, de verdad, tengo prisa, ya sabes a qué he venido.

—También sabía que me ibas a contestar así. Por eso estoy aquí, Mendieta. El Gobierno, o lo que queda de él, está muy nervioso. Te van a detener inventándose algo a raíz de la denuncia de la hija de Hafner. Y, otra vez, te ofrecerán colaborar. Ahora ya no puedes darles la fuente, saben que no la tienes, pero piensan que puedes llevarlos hasta Hafner. Encontrar al viejo, que vuelva a salir en la tele, les permitiría ganar tiempo. Con el viejo podrían montar la de Dios. Te van a agarrar en cuanto salgas de aquí. Esperarán a que te alejes tres o cuatro metros de la puerta del hospital. No queda bien una detención en el hospital. Y después te detendrán.

—Vale —responde Julia maquinalmente.

—¿Vale? ¿Has entregado ya al juez lo que sea que consiguieras en Francia? Mendieta, joder, puedes perderlo todo. —Julia calla porque las palabras de Óscar la han golpeado en el estómago. Se atraganta con el café, apoya el vaso en la parte superior de la máquina y saca un pañuelo del bolso para limpiar las gotas marrones que han salpicado su camiseta.

—Tengo que irme.

—Y yo. Suerte.

Recuerda el camino a la última habitación de Ramón. Sabe cuál es el pasillo y que, más o menos, se encuentra al final. La distingue

rápido por los ramos de lirios blancos de la puerta. Huele bien. Julia se para a oler las flores. El ruido de sus pisadas avisa a Guillermo, que asoma la cabeza y le pide que pase. Con una mirada de súplica, ella le hace entender que le gustaría que la puerta estuviese cerrada.

Al pasar, entorna los ojos. Ya no suena ese pitido, la única manera en que Ramón se comunicaba con el mundo. La voz de las máquinas es la voz de los vivos que están a punto de morir. Guillermo se queda de pie a su espalda, junto a la puerta. Julia, por fin, mira, pero lo hace por orden. Primero el suelo, que es gris y tiene unas líneas negras que delimitan las baldosas cuadradas de goma. No hay nada. Bueno, un par de pétalos blancos cerca de la mesilla. Alza levemente la barbilla y se encuentra con el butacón donde durmió algunas veces. El respaldo está erguido, sin rastros de sueño. Imagina ahí a Guillermo, rígido, con las manos postradas en la cama. El gotero está vacío y los cables que cuelgan de ese mástil antes poseído por los medicamentos aparecen anudados y en orden. Se atreve con la mesilla, a pocos centímetros de la almohada: el jarrón de cristal con agua hasta la mitad y los lirios sobresaliendo; el libro de *El principito:* «Si vienes a las cuatro de la tarde, comenzaré a ser feliz desde las tres». Le asalta una primera lágrima.

Mira a la cama. Ramón. Una sábana blanca le cubre el tronco entero, las piernas y los brazos. Es una sábana distinta a las habituales del hospital porque no tiene en su parte superior ese letrero gris con el nombre del centro. Julia se abalanza, apoya su cabeza en la del librero, nariz contra mejilla, y llora. Mete las manos debajo de la sábana para agarrar las suyas. Lo descubre casi hasta la cintura. Apoya la cabeza en su pecho desnudo. Musita cosas, musita todo lo que le va pasando por la cabeza:

—Gracias, gracias... Tú sí me entendías... Me comprendías, sabías cómo era... Qué cabezón, mi jodido cabezón... Qué pronto te vas, qué pronto... Y me dejas sola ahora que... Y te has ido sin decirme por qué, todo esto para qué, Ramón, para qué...

Pasado un rato, Guillermo apoya la mano en el hombro de Julia.

—He pensado que quizá quieras quedarte esto. —Le tiende el mono azul del librero—. Para un día de obras, para un día de limpieza, para una mudanza... No sé, me da pena tirarlo.

Julia coge el mono, se pone de pie, duda... y abraza a Guillermo. Después, percatándose del olor, arrima la nariz al traje. Ese olor a la vieja librería que operaba en ella como un barbitúrico. Un olor a casa de los abuelos, a libros viejos, a papeles crujientes, a chocolate caliente, a infusión de regaliz. Un olor a todas esas cosas que le hacen sentirse a salvo.

—Julia.

—Dime, dime. —Conforme se va serenando, vuelve a cubrir el cuerpo de Ramón. Estira la sábana y, derrotando sus arrugas milimétricamente, la deja tal cual la había encontrado.

—Intenté localizarte, pero... —La invita a sentarse, pero ella lo rechaza con las manos.

—Lo siento mucho, Guillermo, lo siento de veras, pero tenía que estar en otra parte.

—Es que esto sí que tenía un «para qué».

—Sí, ahora entiendo. —Julia se seca las lágrimas con los nudillos.

—Guernica.

—Pero ¿qué hacía la madre de Ramón en Guernica?

—Forua es casi Guernica. Solía ir andando al mercado.

—Ni miré el mapa cuando me dijo que era de Forua. Y tú... —se gira hacia Ramón con una mezcla de cariño y acritud en el rostro—, ¡cómo no me lo dijiste! ¡Por eso perseguías a Hafner!

—Mi padre te lo iba a decir, estoy seguro, pero no quiso hacerlo al principio. Yo pensaba que ya lo sabías. De hecho, cuando publicaste las dos primeras entregas del reportaje, creí que lo estabas guardando para el final. ¿Nunca te habló de su madre ni del bombardeo?

—La primera vez que oí hablar del bombardeo que mató a su madre fue al otro lado de una puerta como esta, escuchándote... Perdona.

—Mi padre te lo iba a decir, de verdad, estoy convencido, pero hacerlo al principio... Ya sabes cómo era. Le gustaba que la gente alcanzara sus conclusiones por sí misma. Sin prejuicios. Pregunta, respuesta, pregunta, respuesta. Estaba todo el día así, con los malditos acertijos.

—¡Qué me vas a contar! ¡Mira! —Saca del bolso el libro de Hannah Arendt—. Me hizo leerlo y me iba examinando. Quiso comprobar que yo era una periodista «sin prejuicios». O por lo menos con pocos prejuicios.

—Aprobaste el examen... —Guillermo se acerca y coge el libro. Lo huele igual que Julia ha olido el mono azul—. Te puedes imaginar... Yo no fui demasiado a la librería. Fue la fuente de muchas de nuestras desgracias, pero quizá ahora la acabe echando de menos, vete a saber. Supongo que si te hubiera dicho lo de Guernica desde el principio...

—No me lo habría creído. Me habría parecido demasiado increíble como para ser cierto y habría dejado de investigar. Lo habría considerado un loco. Y, si lo hubiera creído, me habría cegado el odio contra ese animal. No habría podido escucharlo con la mente despierta.

—Él quería engancharte a la investigación, que tú fueras descubriendo poco a poco, paso a paso. Primero Joaquín y su padre,

luego él, estaban seguros de que alguno de esos alemanes que perseguían, los de los papeles, bombardeó Guernica. Una hermana de Joaquín también murió allí. Mi padre no podía más; quería que tú terminaras con la investigación.

—Y lo consiguió, porque no he parado de pensar en los alemanes hasta que... Bueno, es igual, cosas de familia. —Julia se acerca a la cama, coge la mano de Ramón y mira al suelo—. Si hubiera tenido la cabeza más despejada, habría caído antes.

—Tranquila, ya entiendo, he visto la tele estos días. Me da rabia no haber llegado a tiempo, no habértelo podido contar. Luego salió lo de que estabas desaparecida, que nadie te encontraba y quise avisarte... Oye, ¿estás bien?

—Bueno, digamos que... estoy metida en un lío de mil pares de cojones. —Guillermo no puede evitar la risa ante la expresión—. ¿Qué pasa?

—Me hace gracia que hables así.

—A tu padre también le hacía gracia.

—Mi padre no estaba obsesionado con esta historia de los nazis por romanticismo. Buscaba a los asesinos de su madre. Era una locura, no tenía demasiado sentido. La gente se lo decía hace muchos años, cuando empezó con esto. Y fíjate: casi lo consigue. Te encontró cuando ya no le quedaban fuerzas.

—La cuestión es: ¿qué perseguía exactamente? ¿Meter a Hafner en la cárcel? ¿Vengarse? ¿Simplemente señalarlo y que la gente supiera? ¿Escuchar cómo ocurrió? ¿Conocer el bombardeo desde la mirada del asesino? —Julia le lanza las preguntas a Guillermo, pero sigue acariciando la mano de Ramón y a quien mira es a él.

—Creo que ni él mismo sabría responder. Simplemente, no podía evitarlo. Supongo que era un impulso. ¿Y tú? ¿Por qué escondiste lo de tu abuelo? ¿Por qué has buscado a su asesino? Estabas en

Francia, lo sé porque el contestador de tu móvil saltaba en francés. Seguro que estabas allí haciendo algo relacionado con eso. —Guillermo da la vuelta a la cama y coge la otra mano de su padre.

—No lo sé. La verdad es que no lo sé. Pero no puedes dejar de hacerlo. Es algo que te quema por dentro... y no puedes parar. ¿Justicia? Me parece una palabra muy fría para definir lo que se siente. Creo que tu padre y yo nos reconocimos de lejos. Mirábamos dentro y había algo parecido.

—Conectó de veras contigo. Conmigo nunca lo hizo. Ni yo con él.

—Lo nuestro no tiene mérito, era fácil que conectáramos. Y lo vuestro... Él nunca se olvidó de ti, no pasó página, lo veía en sus ojos.

—Oye, cuéntame lo de ese «lío de mil pares» en el que andas metida. —Julia ve que Guillermo, nervioso, buscando un pañuelo en el bolsillo, quiere cambiar de tema.

—Es muy complejo y muy sencillo a la vez... Van a detenerme al salir del hospital.

—¿A detenerte?

—Sí. Por una denuncia de la hija del alemán. Se van a inventar cualquier cosa.

—¿Y qué es lo que buscan realmente?

—Primero, querían que les contara quién filtra a mi periódico las informaciones que van a tumbar al presidente. Ahora que por fin me han creído y saben que no tengo ni idea, quieren que los lleve hasta Hafner para seguir con el espectáculo.

—Están desesperados.

—Sí.

—Oye, se me está ocurriendo algo. —Guillermo se acerca a la puerta, la abre y comprueba que no hay nadie en el pasillo. Vuelve a cerrarla—. Hay dos coches de la funeraria esperando abajo, en el

aparcamiento. Uno para mi padre y otro para mí, que ponen gratis a la familia. Ya ves, «la familia». Te pones el mono azul y vas al ascensor, yo te sigo. Vamos al garaje, te montas conmigo y, si lo conseguimos, te llevamos adonde nos digas.

—No sé si lo veo.

—No tenemos nada que perder.

—Tienes razón.

Julia sale del baño vestida de librera.

—Me da mucha pena que tu padre no pueda ver esto. Se partiría de risa.

Se acerca a él y vuelve a abrazarlo para despedirse, ya sin lágrimas. Guillermo, que coge del suelo el bolso de Julia, hace lo mismo. Se asoma al pasillo y, al comprobar que está despejado, la anima con la mano a que salga. Entran en el ascensor. Están solos. En la tercera y en la primera planta se suben un par de personas. Julia las mira para ver si la miran a ella con extrañeza, pero pasa desapercibida. Es alguien que va a arreglar algo. Guillermo le pide que espere en el ascensor a que revise el aparcamiento como acaba de revisar el pasillo: «Vamos».

—Disculpe, buenos días, vamos a llevar a esta... prima mía. Tiene un poco de prisa por un asunto urgente de trabajo. No hace falta que esperemos a que esté preparado el otro coche con el féretro... Sí, sí, de acuerdo, muchas gracias.

El coche es negro, alargado.

—Señorita, ¿a dónde vamos, entonces?

—Un momento, disculpe. Clara... Sí, sí, estoy bien. No, no he cambiado de número, ya te contaré, ahora no puedo hablar. Por

favor, estate en casa dentro de un cuarto de hora. Voy para allá, luego te cuento... Vamos a la calle Gaztambide, 74, por favor.

Julia ve el exterior de color gris. Primero la rampa, después un par de hombres situados estratégicamente a las puertas del hospital. Los distingue a la legua. Por su espalda, su manera de observar, la dificultad de fingir que se está haciendo algo cuando no se está haciendo más que vigilar. Está segura de que hay más. Probablemente, alguien que no tenga pinta de policía secreta. Son esas personas las que garantizan el éxito del operativo.

—Ven, no llores.

Guillermo la abraza con fuerza repentinamente y hunde la cabeza de Julia en su pecho. Ella, que no está llorando, entiende y colabora con la mayor fidelidad que puede. Aguanta así varios minutos. Van recorriendo calles, ahora en silencio. Intenta tranquilizarse, se repite por dentro que esos coches de policía que ve en algunas esquinas no van a por ella, que esos hombres con gafas de sol que pasean en este día de verano no son más que eso, hombres con gafas de sol.

—Perdone, ¿puede subir el aire?

Tiene calor. Lee los 34 °C en uno de esos termómetros incrustados en las medianas de la calzada. Ha dejado de llover. Un mensaje en el móvil: «La familia de Iván ya está aquí. Es difícil, cariño, está siendo muy difícil. No hay novedades, ni buenas ni malas. ¿Y tú? Cuídate mucho. Tu padre tiene su copia a salvo». Un mensaje de Igor: «Se nos fue de las manos. Por favor, no lo hagas. Habla conmigo antes, déjame que te cuente». Da un repaso a los periódicos franceses. No hay novedades en la investigación del suceso de Hendaya, o quizá todavía no hayan trascendido. Lander continúa detenido. Iván, «el ciudadano español más gravemente herido», sigue en peligro en el hospital. «La chica a la que perseguían está en paradero desconocido, también el otro de los perseguidores». Otro mensaje.

La luz que sale de la pantalla del móvil ilumina la sonrisa de Julia: es el número del juez Almansa; se lo ha enviado un compañero.

—No se preocupe, yo también me bajo aquí. Ya iré luego por mi cuenta al tanatorio, muchas gracias. —Guillermo desciende del coche con Julia—. Mi padre preferiría que estuviese contigo a que estuviese mirándolo a él a través del cristal. Yo me quedo abajo. Si veo algo raro, te aviso.

Julia no se despide, toca el timbre, abre la puerta y no espera al ascensor. Sube los seis pisos por las escaleras.

—Clara.

Y la abraza.

XXX

La sensación es absurda, pero gracias a ese espejismo de seguridad se ha debido de quedar dormida tres o cuatro horas. Sabe que, si el ministro Olmedo y su gente la encuentran, de poco servirá que Clara se interponga, pero ha entrado en esta casa, ha abrazado a su amiga y ha respirado. Primero han arrimado las confidencias a una taza de té, luego se han quedado un rato en el sofá, cogidas de los brazos sin contarse nada, y después Clara le ha dicho: «Vete a la cama».

Se ha metido debajo del edredón con el convencimiento de que se hallaba, por primera vez en mucho tiempo, dentro de una de esas enormes fortificaciones de piedra que refugiaban a los reyes medievales. Sabe que Guillermo vigila el portal desde una cafetería, que Marcos está de camino y que Iván todavía vive. Ha dormido y quizá sea eso lo que le haya hecho cambiar su discurso mental: *Vive y vivirá*. Incluso dedica tiempo a pensar en otras cosas. De lo poco que le ha contado Clara —«Oye, cuéntame tú a mí también algo, que quiero pensar en otras cosas»—, rescata en sus cavilaciones esa paradoja tan divertida: *El Universal,* el periódico que está a punto de tumbar al Gobierno, también ha sido el que ha lanzado un salvavidas al presidente con el descubrimiento de Gustav Hafner. Además, ahora que la verdadera exclusiva, la de Guernica, está en manos de *El Adelanto,* se palpa más esperanza en el Consejo de Ministros. Eso dicen las crónicas que le ha referido Clara.

Se culpa por una sensación extraña que le ha pasado por la cabeza cuando la han puesto al tanto de las consecuencias judiciales que podrían existir para Hafner. Los periódicos hacen quinielas sobre qué es lo siguiente: «Y ahora qué». Parece estar descartado que el Tribunal de La Haya y la Corte Internacional puedan intervenir. Solo pueden hacerlo si el considerado crimen de lesa humanidad tuvo lugar después de 1998, cuando se aprobó el Estatuto de Roma que regula estas actuaciones. No obstante, hay dos caminos que sí podrían sentarlo ante la justicia. Y el conocimiento de esas dos posibilidades le ha alumbrado en algún lugar de la conciencia una compasión que la incomoda, una especie de pena que la inquieta. Para salir de ese círculo se recuerda a sí misma, con el corazón lleno de fuego, diciéndole a Lander que un individuo siempre tiene la oportunidad de librarse de asesinar, independientemente del contexto. *Sí, siempre se tiene una oportunidad, aunque sea a costa de la propia vida*.

En Alemania, los crímenes del nazismo, tal y como aprobó su Parlamento casi cuarenta años después de la guerra, son imprescriptibles. Le ha hecho gracia a Julia ver a Clara —reacia a todo lo que tiene que ver con la política y la historia— hablar de este tema con tanta propiedad y conocimiento. «¡Si no se habla de otra cosa! ¡Me puede servir hasta para ligar!», se han reído juntas. Si es Alemania quien reclama a Hafner para juzgarlo, España no tendría más remedio que extraditarlo. La cuestión es: el crimen, el bombardeo de Guernica, ocurrió en suelo español, y no alemán. En cualquier caso, «las crónicas de *El Adelanto,* Julita, dicen que el Ministerio de Asuntos Exteriores se está moviendo para lograr que Alemania pida la extradición». «¿Y en España, señora magistrada, podría ser juzgado?». «No exactamente... ¿Te acuerdas de la Ley de Memoria que aprobaron hace unos años?». «Me acuerdo de la ley,

pero no de los detalles». «Dicen los periódicos que hay un par de artículos que hablan del derecho de las víctimas a la investigación. En España, el crimen de Hafner estaría prescrito, por eso se metió en la ley lo del derecho de las víctimas a la investigación». «¿Eso qué significa?». «¡Espera! ¡Si te lo estoy contando! El fiscal podría llamar a declarar a Hafner para esclarecer lo que pasó y que se dicte una resolución que lo declare culpable. No tendría consecuencias porque el crimen, como te digo, estaría prescrito, pero se entiende que, así, las víctimas se verían reparadas de algún modo. Hafner estaría obligado a declarar. Si no acudiera, podrían detenerlo por no haberse presentado». «Creo que entiendo... Bueno, no sé si lo entiendo del todo, ya me lo explicarás otra vez después de la siesta. Pero... ¿dónde está Hafner?». «Nadie lo sabe. Ni tú, ni yo, ni ningún periodista en España, y me atrevería a decir que ninguno en Europa. No has encendido el móvil, ¿no? Tu móvil de verdad, digo... ¡Podrías ganar mucha pasta yendo a las teles! ¡Mucha!». «Me voy a dormir».

Julia, debajo del edredón, acaba de repasar la conversación con Clara. Son las tres de la tarde. Se levanta, percibe las piernas como tablones de madera, pero es una sensación placentera. Se estira y es como si fuera cayendo el musgo de esos tablones. Asomada a la ventana, se pierde en los balcones del edificio de enfrente. Encuentra bajo los toldos un mundo regado de cerveza, vino, risas y camisetas de manga corta. Piensa que, hasta hace no tanto, el arranque de sus veranos también era así, aunque revestido de una cortina de simulación. Tenía ganas de viajar, a ratos reía de verdad, pero siempre estaban en su cabeza la fecha de la prescripción, la sombra de su padre y el recuerdo de su abuelo. Piensa también, por qué no, que quizá esa escena, vivida por otros, sea el prólogo de lo que la espera. Mira a las terrazas y siente nostalgia por lo no vivido. ¿Se puede sentir algo así? Le remuerden las ganas de convertirse en

lo que ve a tres o cuatro metros de su ventana. Luego mira abajo. Seis pisos de vacío. Eso es, en realidad, lo que la separa de la azotea con risas, cervezas y amigos: un salto al vacío. Visitar al juez, convencerlo y esperar a que ya no dependa de ella. *¿Y si me detienen? Después de entregar la grabación, eso dará igual. Confía en la justicia. ¡La justicia! ¡Joder, Julia! ¿Cuándo te ha ayudado a ti la justicia?*

Coge el móvil, el de verdad, el suyo. Quiere distraerse, blindar en algún lugar de la tripa ese optimismo. Se roza el ombligo con los dedos. Otra vez en ese punto, en ese cuadradito concreto de un par de centímetros. Iván. La pantalla iluminada y un ruido percutor, consecutivo. Clara tiene razón en parte. No son propuestas como para hacerse rica, pero ha recibido a lo largo de los últimos días decenas de mensajes de distintas productoras de televisión que, al no recibir respuesta, volvían a escribir con el dinero por delante. ¿Y por qué no? Siempre en la buhardilla, siempre sacrificada al periodismo de manera un tanto romántica. *Si sale todo bien, digo a todo que sí y lo celebro como Dios*.

Llaman a la puerta. Es Clara. Asoma también por detrás la cabeza de Marcos. El móvil continúa sonando.

—Trae, Julita, desde ahora soy tu representante. Que nadie te moleste. A ver, que yo me aclare. Este es un móvil falso y este es tu móvil de verdad, el de siempre, ¿no?

Julia se interesa por Rivas. «Ese cabrón» no le agradeció en su último mensaje que la corrupción del Gobierno y la historia de Hafner hayan cubierto casi por completo su oscura relación con el presidente y los ministros anteriores; casi nadie habla de eso. El ambiente en el periódico es algo mejor. Muchos compañeros se han preocupado por ella, por su ausencia.Ya hay algunos que fabulan con distintas teorías: un lío con alguien, la ha sobrepasado la

presión, ha decidido dejar el oficio... Los más conspiranoicos se dividen en tres grupos: los que piensan que la familia del nazi le ha buscado un problema por entrevistarlo sin su permiso, los que piensan que está fugada y perseguida por la policía y los que piensan que está escondida por algo relacionado con el asesinato de su abuelo.

—Los periodistas nos metemos mucho con los conspiranoicos, pero siempre hay alguno que acierta —dice Marcos mientras saca tres cervezas de la nevera. Clara ha puesto algo de jamón, queso y aceitunas sobre la mesa, frente a la tele.

—Sí, dígame... No, no puede ponerse en este momento. Ni siquiera yo sé dónde está y eso que soy su... me estoy encargando de su agenda. —Marcos se ríe y hace muecas a Julia, que también se ríe—. Oiga, le pido un poco de respeto. Todos dicen que es urgente, pero el tiempo es finito. Se lo diré, sí, muchas gracias.

Brindan. Julia dice que no quiere saber quién era, pero Marcos no se contiene:

—Un tal Eduardo.

—¿Eduardo qué?

—No ha dicho el apellido.

—Mierda, joder, mierda. ¡Trae!

Julia arrebata los dos móviles a Marcos. Apunta en el teléfono de Maider el número de la llamada recibida en el suyo. Vuelve a meterse en la habitación. Cierra la ventana y echa la persiana. No quiere distracciones. Está segura de que es él.

—Eduardo, soy Julia.

—Tiene razón la tele. Es imposible encontrarte.

—Pues menos mal porque, entre la policía y tu hermana, me van a acabar deteniendo.

—Mi padre quiere verte.

—No puedo jugármela otra vez. Además, seguro que van a estar esperándome. Esta mañana han estado a punto de detenerme en la puerta de un hospital.

—Mi hermana está atada de pies y manos. Es quien esconde a mi padre. Si llamara a la policía por tu visita, no solo te detendrían a ti. También lo detendrían a él. ¿Has visto las últimas noticias? Parece que el fiscal de Memoria Democrática va a llamarlo a declarar. Y es obligatorio que vaya. Además... conozco bien a mi hermana. Mi padre quiere verte, ha dado una orden y ella, aunque esté totalmente en desacuerdo, siempre acaba cumpliendo sus órdenes. Siempre. Esta vez le ha costado, pero... cumplirá. Lo del otro día en el piso fue muy extraño, una excepción.

—No gano nada arriesgando, Eduardo, ya lo ha contado todo la competencia. Tengo algo más importante que hacer.

—Confía en mí. Te aseguro que tienes mucho que ganar. Es más, puedes ganar del todo en esta historia.

—Ya. —Julia da vueltas alrededor de la cama de Clara. Resopla, es su única respuesta. Un resoplido largo y profundo.

—Calle Mayor, 26, 2.º derecha. Alcalá de Henares. La hora la eliges tú.

—¿Y cómo hago yo para...?

—Eso es cosa tuya.

—Iré en un par de días —contesta al fin—. Necesito dejar pasar un poco de tiempo para ver cómo evolucionan las cosas. —Está pensando en cómo entregar la grabación al juez.

—¿Qué está pasando, Julia?

Marcos y Clara quieren saber. Esta vez hay algo en sus caras. Ya no preguntan pertrechados simplemente de curiosidad. Julia atisba en ellos una cierta exigencia. No es la intimidad lo que está en juego. Es más que eso. Y ella sabe que, escondida en este piso,

resguardada en sus amigos, los pone también en peligro. Apenas duda. Vuelve a sentarlos a la mesa frente al televisor, sobre la parcela de la alfombra salpicada de migas, junto a los platos casi vacíos.

Marcos y Clara ya no conspiran como antes. Ocurre igual que con su manera de preguntar. Poco a poco, esa gravedad va sacando a Julia de su estado de imprevisto optimismo. El optimismo vital cambia por el optimismo periodístico.

—Julia, déjate de dilemas. Sabes que, antes o después de entregar la grabación al juez, acabarás visitando a Hafner. Jamás te perdonarías no haberlo intentado.

Irá, pues, pasado mañana a Alcalá de Henares. Sus amigos se miran en busca de una solución.

—Al maletero, chica, es la única manera. Conduzco yo. Y que Marcos vaya con su coche por delante para comprobar que no hay nada raro en la carretera.

—Hay que joderse, cuántas películas habéis visto. Hablando de películas. El día de hoy y el de mañana se van a hacer largos.

Julia le pide a Marcos que, cuando baje a hacer la compra, avise a Guillermo, que sigue ahí abajo, de que ya puede marcharse.

—Y dile que me haría ilusión ir con él a Guernica y a Forua cuando esto pase.

Le suplica a Clara, cogiéndola del brazo, que no la deje sola, que se coja un par de días de fiesta. Hay algo gratificante en esta última vuelta de tuerca. Julia no está sola, no se siente incómoda al no estarlo e incluso percibe, como nunca antes cuando se ha tratado de su abuelo, que la compañía la protege de sus nubarrones interiores. Con tanta nitidez lo siente que es ella la que se levanta, saca otras tres cervezas del frigorífico e intenta poner palabras a esa sensación «tan extraña».

Entra el sol por las ventanas del salón-comedor. La mesa blanca, las sillas blancas, las paredes blancas. Julia mira a sus amigos y los contempla sentados en el centro de un agujero de luz.

—¿Qué pasa, Julita? —le pregunta Marcos.

—Nada, no estoy acostumbrada a tanta luz.

El sol luce muy alto, como si fuera a caerse por la espalda del cielo. Marcos dice que se va a por el «avituallamiento». Julia le cuenta a Clara la historia de principio a fin. La ayuda y la traición de Igor, el hallazgo de Lander, la persecución por Hendaya y el disparo que atravesó a Iván. Los dedos de Clara, el índice y el corazón, como aquel día, acariciando la tripa de Julia.

—Pero ¿sabes qué, Clara? Esto va a acabar y, por primera vez, voy a acertar con el orden.

—No te entiendo.

—Voy a dejar resuelto lo del juez, voy a entregarle la grabación antes de visitar a Hafner.

—Tú no sales de aquí. Se la llevamos nosotros.

—No sé. En el fondo, da igual, seguro que acaban averiguando que estoy aquí. Esperarán a que me mueva, a que los lleve a Hafner.

—Venga, llama al juez.

Julia coge de la mesa el móvil de Maider y se acerca a la ventana. No sabe a dónde mirar para concentrarse. No le gusta que la observen mientras habla por teléfono, por eso no hace llamadas importantes en el metro ni en aceras abarrotadas. Clara parece darse cuenta porque le da la espalda y se pone con el lavavajillas.

La pantalla de la tele, los carteles de películas de cine que adornan las paredes, la estantería con la colección de cómics, el suelo de parqué con esas rayas marrones que lo cruzan en diagonal. Otra vez la pantalla de la tele, los carteles, la estantería, el suelo. Prueba con los ojos cerrados, pero el fundido a negro la sobresalta.

Se fija, finalmente, en la superficie lisa de la puerta de la entrada y evalúa, milímetro a milímetro, la cadena del cerrojo.

—Señor Almansa, sé que es por la tarde y que quizá usted ya no esté en...

—¿Quién eres?

—Soy Julia Mendieta, periodista de *El Universal*.

—Mire, ahora no puedo atenderla, me pilla usted en un...

—Señor Almansa, es importante.

—Como veo que usted no coge las indirectas, seré muy claro: ¿cree conveniente que un juez hable por teléfono con una persona que fue detenida hace un telediario?

—Sí, es conveniente. Puedo probar que no hubo ningún delito, que el testimonio de la hija de Hafner es falso y que todo se produjo con el permiso del entrevistado.

—No es a mí a quien tiene que darle explicaciones, no soy yo el encargado de ese asunto.

—Es que no le llamo por eso, no me ha dejado explicarme.

—No quiero explicaciones de nada.

—Usted sabe, lo deduzco porque, según me dice, está al tanto de las cosas de la tele... Usted sabe que yo no soy Julia Mendieta. Soy Julia Uribe García Mendieta. —El juez deja de interrumpir y calla por primera vez desde que ha levantado el teléfono. Se apaga también el ruido de papeles de fondo que había acompañado el arranque de la llamada. Julia lo imagina sentado a la mesa de un despacho, no sabe si el de su casa o el de la Audiencia Nacional.

—Uribe —repite el apellido tras varios segundos.

Es como si la mera escucha le hubiera traído recuerdos. Almansa tuvo que aguantar la presión del colectivo de víctimas ante la falta de culpables del asesinato y los insultos de ambos lados de la calle; los que lo odiaban por ser «un juez español» y los que lo acusaban

de «no llevar la investigación hasta el final». Julia, de niña, también llegó a odiar a este hombre. Hasta que su padre, un día, cuando ella lo insultó al verlo en la televisión, le habló de su vida con escolta, de las amenazas sufridas por parte de «los mismos que mataron al *aitona».*

—Uribe —repite Julia con sosiego, como dejando que la calma inunde la conversación.

—Como para no acordarme. ¿Qué pasa?

—Sé quién disparó, tengo pruebas para demostrarlo. Y sé cómo encontrarlo.

Julia sabe que esta frase va a poner al juez a la defensiva. En todos los años que estuvo investigando sin éxito el asesinato de su abuelo, se encontró con hijos y nietos de víctimas en situaciones similares. Gente que investigaba hasta el delirio y que, con cualquier indicio, por mínimo que fuera, intentaba llegar a la Audiencia Nacional para poner al juez de su lado y en el «camino correcto». Cuando el dolor no era el suyo, cuando la herida era de otro, Julia tenía la perspectiva para comprender con frialdad que la mayoría de los indicios no eran tales. Ese fue el principio de su rendición.

—Oiga, estas cosas no se pueden hacer así, de esta manera... Una llamada de un teléfono desconocido, sin citarnos previamente, a bocajarro. Venga a verme dentro de unos días. La recibiré en mi despacho. Anote el teléfono de mi secretaria: es el 913...

—Señor Almansa, por favor, tiene que escucharme ahora.

—Se lo puedo decir más alto, pero no más claro.

—Tengo una grabación. El terrorista se incrimina, reconoce los hechos. También tengo alguna fotografía... Y sé de su paradero actual. Está detenido en Francia por un suceso que nada tiene que ver. Él sabe que tengo pruebas. Debemos actuar cuanto antes. —

Durante las respuestas de Almansa, Julia se ha ido mordiendo los nudillos.

—«¿Debemos actuar?». Señora Mendieta, usted lo sabe, la justicia no funciona de esa manera. También tiene usted experiencia personal y profesional suficiente como para saber que estas cosas llevan su tiempo. —Julia escucha cómo el juez vuelve a archivar papeles. Por el crujir de lo que parece un respaldo, cree que se está levantando de la silla.

—¿Un tiempo? ¡Un tiempo! ¿Sabe cuánto tiempo llevamos esperando? ¡Van a cumplirse veinte años! —Julia alza la voz y se desprende con vehemencia de la caricia de Clara, que intenta calmarla.

—Cálmese, por favor.

—¡Cómo voy a calmarme! Usted es consciente de la lentitud de la justicia en este país. Usted es consciente del tiempo que hemos estado sin encontrar una sola prueba. Usted es consciente de que la policía hace mucho que dejó de investigar. ¡Usted es consciente de todo! ¡Estamos solos! Y ahora le pongo delante una prueba irrefutable y me pide tiempo. —Le da un manotazo a la mesa.

—Lo siento, pero no voy a hablar en estos términos. Entiendo su dolor. Lo he entendido desde el primer día y así se lo hice saber a su padre. Siento mucho que asesinaran a su abuelo. Siento mucho que asesinaran a tanta gente. Pero, precisamente porque son tantas las víctimas, esto debe seguir un orden. Estoy seguro de que, cuando se calme, entenderá la importancia de los protocolos. Le doy el teléfono de mi secretaria y, como le he dicho, estaré encantado de...

—Si el crimen prescribe, pesará sobre su conciencia. Y yo misma me ocuparé de que toda España sepa que usted tuvo una oportunidad. ¡No lo olvide! ¿Me ha oído? Todo el mundo conocerá su dejación de funciones.

Un clic. Almansa ha colgado. Julia vuelve a morderse la mano. Deja de hacerlo cuando repara en una gota de sangre. Entonces, vuelve a por la mesa. La patea una vez. Se hace daño. La patea una segunda vez. Entra Marcos en casa con las bolsas de la compra. Mira a Clara con sorpresa. Los dos se acercan a Julia y utilizan un abrazo para reducirla, quitarle el móvil y tumbarla en el suelo. Están a oscuras, ha anochecido. Los tres son del mismo color que la alfombra; un mar con puntos de colores que solo se ven mirados de cerca. Forman una bola negra, un gólem que no es de barro, sino de carne que palpita. La bola negra tiene un latido, los espasmos de Julia, y a ese ritmo se infla y se desinfla. Poco a poco el sollozo desaparece y la orquesta, que son los tres cuerpos, reduce sus movimientos al mismo compás. Silencio.

XXXI

Julia está nerviosa. No han hecho demasiadas pruebas en el garaje. Les ha bastado con comprobar que podían escucharse la una a la otra. No viajaba así, como un paquete y en posición fetal, desde la universidad. Algunos amigos comenzaron a sacarse el carné y, cuando eran más de cinco, antes que irse alguno en autobús, hacían una rifa para ver a quién le tocaba el maletero. Clara tiene un coche de un tamaño parecido al de sus amigos entonces: pequeño y cuadrado, con espacio para un par de maletas.

Tres cuartos de hora de camino hasta Alcalá de Henares. Clara es metódica. Ha recorrido el trayecto con el mapa aéreo para encontrar un lugar donde aparcar cercano al número 26 de la calle Mayor. No ha sido fácil. Estrecha, repleta de soportales y tiendas pequeñas, la avenida es peatonal. Solo puede accederse a ella en coche con un permiso que no tienen. Se detendrán en una esquina de la plaza de Cervantes. Marcos, que va delante en su coche, aparcará maletero contra maletero y fingirán sacar unas toallas en el momento en que Julia se desoville.

Apenas ha dormido. Ha conciliado mejor el sueño de día, en el sofá del salón, con la habitación repleta de luz y la cabeza en el regazo de Clara. En la oscuridad, su cabeza se subía a un tren que recorría en bucle las mismas estaciones: el no del juez Almansa, el miedo a ser detenida tanto en la carretera como en Alcalá de Henares; y la salud de Iván, que ni mejora ni empeora. También le inquieta el devenir de Lander. Aunque algunos periodistas veteranos

de la zona elucubraron con la posibilidad de que el tiroteo estuviera relacionado con ETA y el terrorismo de Estado, como sucedía en los ochenta, la mayoría especuló con otras posibilidades más actuales: la violencia de género, los atracos, el tráfico de drogas...

Esa oscuridad de la noche que tanto la agobiaba era menos dolorosa que la del maletero ahora. En la habitación de Clara —su amiga ha dormido en el salón—, había algunas luces en las que refugiarse: el blanco de las farolas filtrado por las rendijas de la persiana, los números verdes del despertador y el círculo rojo en la parte inferior de la tele. Julia veía lo suficiente, veía el mundo, sus formas, sus certezas. Y así, aunque su pensamiento distorsionara la realidad, podía fijarse bien y repetirse: *Una mesa es una mesa. ¿Lo ves? Ahí está*. En el maletero, las únicas formas presentes son las que dibuja su mente y todas ellas le resultan fantasmagóricas, como pescadas en ese río turbio lleno de almas que aparece en los mitos griegos. Se agita su respiración, siente que va a desmayarse, quiere desmayarse; le asalta una mezcla de frío y calor. Se le adormecen los brazos y las piernas, pero cuando Clara pregunta «Julia, ¿estás bien?», ella dice que sí.

Intenta hacer eso que los psicólogos llaman «visualizaciones». Se coloca en el escenario que la espera e imagina una situación fácilmente transitable. Por ejemplo: ve a Hafner con su chaquetón granate a pesar del calor, sentado a un lado de una mesa redonda. Ella está enfrente. Eduardo, en la cocina, ha preparado un par de tazas de té. Solo tiene que activar la grabadora, preguntar, escuchar eso que, según el hijo, hará que gane la guerra con *El Adelanto* y marcharse. Ha llegado corriendo por la calle Mayor y nadie ha reparado en su miedo. Es solo una chica que llega tarde a alguna parte, pero la visualización no funciona. Clic. La intercepta el pasado como un monstruo de mil extremidades, cada una de ellas un

fracaso. La cabeza de la bestia es una pantalla donde se reproducen en vídeo las derrotas sufridas por Marcos en sus dos persecuciones al juez Almansa. Primero lo encontró al día siguiente de la llamada, a la entrada de la Audiencia Nacional. Una puerta moderna, incrustada en una pared también moderna, todo de color gris; todo del color de los jueces. En la esquina, ondea la bandera nacional prendida de un mástil, como una mota de color fuera de sitio. Quienes acceden al edificio llevan el traje completo, americana y pantalón. Ese es el problema de Julia cuando se obsesiona: es capaz de vislumbrar sus recuerdos y los de los demás con gran claridad. Lo que supone su principal virtud a la hora de escribir un reportaje es una condena cuando llueve en su cabeza.

Llegó Marcos temprano por la mañana y esperó con un cigarro en una mano y un café en la otra. Apareció Almansa, se acercó a él a paso rápido, sin correr por miedo a despertar la alarma en el personal de seguridad. Llevaba el USB dentro del bolsillo, prendido con tres dedos. «Señor Almansa, un minuto, por favor». Él no le contestó; simplemente se giró. «Vengo de parte de Julia Mendieta». Y el juez, otra vez sin responder, siguió andando hacia la puerta. «Por favor, es un segundo, solo tiene usted que coger este USB. Es la grabación de la que ella le habló por teléfono».

A Marcos no le dejaron franquear la puerta: se interpuso un policía nacional uniformado. Se lo contó a Julia al llegar a casa de Clara, primero sin demasiados detalles, después con muchos ante la furia de su amiga, que le exigía «toda la verdad» anticipando malas noticias. Marcos acabó su explicación y Julia hizo amago de violentarse, pero brotaron las lágrimas y el silencio de los dos amigos, que la miraban como preguntando: «Dinos qué podemos hacer, vamos a hacer lo que sea». Julia leyó en alguna parte de sus

ojos ese interrogante y les contestó: «No podéis hacer nada más. Quizá esto no tenga solución».

Marcos la convenció para presentarse de nuevo ante Almansa por la tarde. Clara también se ofreció, pero ella es más tímida, menos inconsciente. Volvió Marcos. «Si hace falta, le meto el USB en el bolsillo». Y lo intentó. «Qué coño haces, ¿estás loco? Pírate de aquí si no quieres pasar un rato en el calabozo».

Lo empujó un policía acompañado de otro agente que salió de dentro de la Audiencia al ver el revuelo que se generaba. Se había acercado al juez demasiado, le había gritado desde lejos, pero se aproximó al ver que no respondía a su saludo. Almansa no quiso mirarlo, pero debió de cambiar de opinión porque, cuando Marcos ya se alejaba, salió del portalón gris de la Audiencia y fue a su encuentro. «Chaval, ven, ven, que soy yo ahora quien quiere hablar contigo. Tu amiga está desesperada y lo entiendo. Yo en su lugar estaría igual. Pero, en lugar de venir aquí a montar estos espectáculos, la ayudarías más si la animaras a seguir los cauces legales».

«Y tú, ¿dudaste? ¿Crees que estoy desesperada? ¿Creéis que estoy desesperada?», les preguntó Julia a los dos. Callaron. Luego, reconocieron casi al unísono: «Sí». Fue Clara quien tomó la iniciativa. Marcos, como acostumbra ante los momentos de tensión, fue a buscar algo, no sabía muy bien el qué, a los armarios de la cocina. «Juli, estás desesperada. Lo raro sería no estarlo. Estás actuando con desesperación, pero no hay otro camino. Y nosotros estamos contigo».

Julia volvió a llamar anoche al juez Almansa. Lo hizo desde el teléfono de Marcos para que no pudiera identificarla. «Magistrado, no cuelgue. Soy Julia Mendieta». El resoplido le resultó familiar pese a haber conversado con él tan solo en una ocasión. «No sé cómo

decírtelo, Mendieta. Te he dado la oportunidad de venir a verme. ¿Qué más quieres?... Si no puedes venir, es problema tuyo. No pienso reunirme en la clandestinidad ni recibir cosas de manera extraña. He aprendido la lección. ¿Has visto lo que les ha pasado a mis compañeros que actúan así? Claro que lo has visto porque trabajas en un periódico... No, no, déjame que te explique yo a ti. Cuando quieras y puedas venir, vienes. Pero, mientras tanto, Julia, un respeto. Por favor, solo te pido respeto. Creo que estoy siendo educado contigo y esto ha alcanzado un punto que... No tendría por qué seguir siendo educado». Y colgó.

—Clara. ¡Clara, me oyes! ¡¡¡Clara!!!... Nada, nada, estoy bien. ¿Puedes poner la radio muy alta? A ver si la oigo y me distraigo... ¡Que si puedes poner la radio!

El programa informativo que suena dibuja una especie de estado de excepción. La radio tiene más capacidad que la tele para trasladar ese cóctel de urgencia y tensión. El juez ha imputado a dos ministros, uno de ellos la mano derecha del presidente. Los periodistas recuerdan que el código ético de su partido los obliga a dimitir. El presidente lleva días sin hacer declaraciones, reduciendo al máximo su agenda pública. *El Universal* tira por elevación y asegura que los documentos ya conocidos permiten deducir sin margen de error que el presidente estaba al tanto del método con el que se financió su organización: las mordidas cobradas a las constructoras a cambio de adjudicaciones con concursos amañados en distintas comunidades autónomas. A los analistas les sorprende lo tradicional de este sistema de corrupción, que es el mismo que el empleado por los dos grandes partidos desde que se instauró la democracia en España. Aprovecharon la tecnología para encriptar el rastro que dejaban las operaciones, pero somos seres de papel. Lo dice un tertuliano: «Somos seres de papel. Siempre escribimos a mano

alguna cosa. Y eso queda ahí, pendiente de llegar a alguien dispuesto a traicionar a los suyos». Ese alguien, esos *alguienes,* son los que busca el Gobierno a contrarreloj; la fuente que alimenta a Rivas y le permite sobrevivir a su propio historial de corrupciones con el Gobierno anterior. Julia distingue un tono antipolítico bastante generalizado, incluso en aquellos que defendieron el bipartidismo y lamentaron la aparición de dos organizaciones populistas: una a la izquierda y otra a la derecha. Fue la corrupción de la derecha lo que permitió a Los Insumisos llegar al Gobierno. Ahora, Los Insumisos, dimitidos, desde la oposición, disparan sin piedad contra el presidente. Ven su oportunidad de convertirse en la izquierda mayoritaria.

Julia logra concentrarse en lo que escucha por la radio. Han debido de coger ya el desvío de Alcalá de Henares porque empiezan las curvas y los golpes contra ambos extremos del maletero. Se tapa la boca con la mano porque el vómito le alcanza la garganta. En otro momento, habría disfrutado de las revelaciones sobre la corrupción de un gobierno. En este, le generan desasosiego porque imagina la parte que no se ve, la de las alcantarillas, la que la persigue a ella, dando sus últimos coletazos.

«Pero no hay que quitar importancia a lo del nazi —empieza otro tertuliano—. No, no, no os riais. Si no lo es ya, esto puede convertirse en un escándalo internacional. En algo que, visto con el prisma de la historia, visto diez o veinte años después, será mucho más importante que la corrupción de toda esta panda de ladrones. El fiscal de Memoria Democrática ha llamado a declarar a Gustav Hafner... —¡Clara! ¡Clara! ¡Sube más el volumen!—. No se ha podido entregar la citación porque sigue en paradero desconocido. Tampoco sabemos dónde están sus familiares. Lo normal sería que se dictara una orden de detención porque, aunque el crimen está prescrito

según nuestro sistema judicial, sí se le puede tomar declaración para aclarar su participación en el bombardeo de Guernica e incluso conocer datos de aquella atrocidad todavía hoy inéditos. ¿Por qué digo esto? Pues blanco y en botella. Si lo encuentra rápido, el Gobierno tendrá una oportunidad para sobrevivir. Por lo menos durante un tiempo. A la gente le interesa mucho más lo del nazi que lo de la corrupción. La gente está hasta las narices de la corrupción. Es siempre lo mismo y, aunque quema, aburre. Haced la prueba, preguntad a vuestros vecinos. Y preguntemos nosotros en los periódicos, en las televisiones, en la radio. ¿Qué es lo que se lee? ¿Qué es lo que da audiencia? ¿Qué es lo que da dinero? Lo del nazi. Y ya veréis como lo reclamen los alemanes. Se puede montar la de San Quintín».

El coche va aminorando la velocidad. Julia se acaricia los brazos y las rodillas. Toma conciencia de que se ha vuelto afilada y angulosa. Lo percibe cuando recorre con los dedos la mandíbula. Abre y cierra. Le duele. Como en años anteriores, está segura de que en los pocos ratos que duerme aprieta los dientes.

—Clara, cuando pares el coche, espera un minuto antes de abrir el maletero.

Al escuchar el ruido del freno de mano, Julia mueve la cadera con dificultad para sacar el móvil del bolsillo. Escribe a sus padres: *«Aita, ama,* estoy bien. No tengo novedades de lo nuestro. Voy a estar bastante rato desconectada. Ya os contaré. Por favor, cuando paséis a ver a Iván, que uno de los dos le ponga la mano en la tripa y le diga que es como si estuviera allí con él». Escribe al móvil de Iván: «Corazón, estoy segura de que un día leerás esto. ¿Te acuerdas de que te pedí unos días? Ya han pasado, han sido ajetreados, por el camino me has salvado la vida. Mi respuesta es sí. A todo que sí».

Abren la puerta del maletero, cierra los ojos. El sol la ciega y tarda en hacerse a la luz. Son sensaciones cotidianas, pero desde hace tres días lo más frecuente se le hace cuesta arriba. Le ponen nerviosa incluso estos pocos segundos que tarda en poder abrir los ojos. Marcos y Clara están frente a ella, tapándola. Se pone de pie y, como si fuera el set de rodaje de una película, es inmediatamente caracterizada: en un pestañeo, Clara le coloca una gorra y unas gafas de sol. Le indican el camino.

—Ahí empieza la calle Mayor, corre todo recto hasta que alcances el número 26.

Julia ve a su izquierda la plaza de Cervantes. Ha estudiado en fotografía lo que se resistió a ver un fin de semana cualquiera. Les decía Ferrándiz: «Vuestra generación es la hostia. Conocéis Hawái, China y las Bahamas, pero no habéis estado ni en Cuenca ni en Alcalá de Henares». A Julia, a Marcos y a Clara el nombre les sonaba poco sexi, «Alcalá de Henares», pero hubo un día en que estuvieron a punto de venir. Les hablaron de las tapas, de los bajos precios. «A estos sitios siempre se llega por un motivo que no esperas», dijo Marcos anoche. Julia mira la plaza y ve al fondo un quiosco como el de la plaza del Topo de San Sebastián. Le da tiempo a pensar, antes de echar a correr, en esos lugares a los que le gustaría llegar en un tren bajo tierra: su casa en Donosti, su buhardilla un día sin nada que hacer, la librería de Ramón antes de que todo estallara, la oficina de su madre cuando llegaba por sorpresa a la ciudad. Además del quiosco está la estatua de Cervantes. Marcos parece leerle el pensamiento.

—Tú corre, Julita, que solo son molinos. Estaremos por aquí esperándote. Recuerda, un móvil para grabar y el otro encendido encima de la mesa. Por si acaso.

Todavía detrás de sus amigos, hace un repaso ritual. Revisa que los dos móviles están en el bolso. Ha metido pastillas para el dolor de cabeza y para los nervios, una libreta, un par de bolis y un USB con la grabación de Lander. Ha decidido que, vaya donde vaya, quiere tener ese audio consigo.

Corre. Nadie la persigue, pero necesita velocidad. Quiere acabar. Lleva deportivas y pantalones cortos. Agarra el bolso con una mano para que no le golpee la cadera. Primero va por el centro de la calle, pero pronto se coloca bajo los soportales porque las terrazas de los bares ocupan buena parte de la calzada. Suelo liso, de piedra. Todo es de piedra, ladrillo y madera. Le gustan esas puertas viejas de madera que dan acceso a los edificios. Balcones de barrotes finos, oscuros. Balcones con contraventanas cerradas para frenar al sol. Edificios simétricos, de dos alturas.

Julia choca con una señora que sale de una tienda cargada con barras de pan. Tira su compra al suelo. Duda, pero sigue corriendo. «¡Oiga!». Desconfía igual que desconfían, está segura, quienes la miran. Porque va muy rápido, ya está sudando y las piernas escapan a su control de vez en cuando. Así corren los desesperados, como si un cuerpo extraño se les hubiese colado por la nariz y los empujara en distintas direcciones a la vez. Julia corre con los ojos puestos en los números de los portales. 6, 8, 10, 12, 14. «Oye, ¡mira por dónde vas!». Un grupo de chavales la aplaude y le ofrece la cerveza que están tomando como avituallamiento. Julia parece levantar el viento a su paso; se gira como por un resorte la gente de las terrazas. Frena de golpe, rodea a un grupo de turistas que estudia «ese tipo de construcción tan típica en Alcalá de Henares». «Perdón, perdón, *excuse me, excuse me, I'm in a hurry».* 16, 18, 20, 22. Le da un vuelco el corazón cada vez que atisba a alguien con gafas de sol oscuras, a alguien de espalda cuadrada, a alguien que está solo y

parece mirar a ninguna parte. ¡26! Una puerta metálica, de color oscuro, a medio camino entre el negro y el gris. Toca el timbre, 2.º D.

—Soy Julia.

Sube los peldaños de las escaleras de dos en dos. Se agarra a la barandilla para tomar impulso. Al fin, la puerta. Enfrente, un despacho de abogados sin demasiada vida, que parece vacío.

—Tranquila, está cerrado y puesto en alquiler, nunca viene nadie. —Es Amelia. Julia no la veía desde aquel día en que la detuvieron. La recuerda en el centro del salón, llamando a la policía y, después, ante los agentes, pidiendo que se la llevasen. Retrocede un par de pasos por instinto.

—Calma, ahora remamos en la misma dirección. Pero te voy a decir una cosa que estoy segura de que vas a entender. Soy capaz de matar para proteger a mi padre. Lo están buscando por tu culpa.

Julia la mira a los ojos y contesta:

—Si «remamos en la misma dirección», podrías haber retirado la denuncia.

—Amelia, aparta y déjala pasar, que tenemos prisa. —Es Eduardo, que se acerca en su silla de ruedas mientras hace un gesto con la mano intentando transmitir calma a la recién llegada—. ¿Qué tal el viaje? Tienes cara de que te están buscando. Está bien, está bien... Así, todos en igualdad de condiciones.

Eduardo le acerca el móvil, ella se agacha levemente para leer lo que le está mostrando. Es una noticia de su periódico: «Gustav Hafner, en busca y captura. El piloto que bombardeó Guernica, descubierto por este diario y en fuga desde entonces, debe responder ante el fiscal sobre su participación en el crimen del 26 de abril de 1937». Julia sonríe porque ve el sello de Rivas en el titular, «en busca y captura», como si fuera un delincuente del Lejano

Oeste. La orden de detención ya es una realidad. Julia y Hafner, los dos, bajo el ojo de águila de la policía.

—¿Sabe alguien más que estáis aquí?

Julia deja el bolso en una silla de madera que hay en la entrada. Saca la libreta, los bolis y los dos móviles. Se encuentra una casa nueva, recién reformada, dentro de un edificio viejo. El suelo sí conserva la madera original, con distintas hendiduras, que cruje al paso de Julia y de Amelia, y sobre todo bajo las ruedas de la silla de Eduardo.

—No... Creemos que nadie nos ha seguido —contesta Eduardo sin demasiada seguridad.

—Solo lo saben los propietarios del piso, pero lo he alquilado a mi nombre, que hace ya mucho tiempo que dejó de ser Hafner. Sería difícil que sospecharan.

—Bueno, es igual. Seguro que saben dónde estoy. Si me han dejado llegar es porque les interesa.

—Más te vale que no. —Amelia eleva la voz por encima de la de su hermano e indica el camino hacia el salón, la primera puerta a la derecha. Al fondo, Julia ve tres puertas más. Solo una está abierta, la del baño—. Tú también sabes lo que es cambiarte el apellido, ¿eh, Uribe?

—Nunca me lo cambié. Simplemente, firmo de otra manera.

—Ya —contesta Amelia con displicencia.

—Oye, si tanto te molesto, ¿qué coño estoy haciendo aquí? —Julia y Amelia se encaran a las puertas del salón, al que ya ha pasado Eduardo.

—Por una razón elemental, que seguro entenderás: ¿le negarías algo a tu padre antes de morir? —Julia la empuja con el hombro y entra en el salón—. ¡Eduardo! Me voy abajo a vigilar, estate atento al teléfono —le dice Amelia.

—Padre, ya está aquí Julia Mendieta.

Le llama la atención la manera en que Eduardo se dirige a Gustav Hafner. Distingue muchas cosas en su voz. La reverencia, el miedo, el respeto, el odio. Y también distingue muchas cosas en la reacción de Hafner, que no responde a su hijo y no lo mira a la cara. El menosprecio, la ira contenida, la desidia y el más puro desinterés. Julia piensa en los motivos tan distintos que han llevado a Amelia y a Eduardo a permitir la entrevista. Ella quiere cumplir los deseos de su padre; él quiere que sea juzgado por lo que hizo.

—Hola, señorita Julia. Han sido muchos días de un sitio para otro por su culpa, pero la verdad es que me alegro de verla. Venga, venga aquí, no sea tímida, somos viejos amigos, ¿no?

Hafner está sentado en un butacón gris, nuevo, pero que imita a los viejos butacones de siempre. Rechaza la ayuda de su hijo, que le tiende un brazo pálido y delgado cuando ve que se incorpora para saludar. El alemán, todavía con más firmeza que en los encuentros anteriores, se va acercando a ella. Distingue en él una reciedumbre nueva. Los hombros más erguidos, la barbilla más alta, la espalda más recta. Lleva el chaquetón granate, una camisa de cuadros y unos pantalones de color claro. Le tiende la mano. Los dedos afilados, los nudillos redondos y duros como las piedras en la orilla del río. Hafner estira el cuello para cruzar sus ojos con los de Julia. Otra vez ese azul que el tiempo parece haber hecho gris. Esas pupilas desvaídas por la bruma de las cataratas que Julia quiere aclarar con la precisión de las preguntas. El mismo azul grisáceo capaz de aparentar calma y tormenta. Los viejos rituales caballerescos del siglo pasado y la furia del juramento brazo en alto de aquella mañana.

Julia escucha la percusión de su corazón, que parece asistir a la reunión como un contendiente más. Ahí está la adrenalina, la

sustancia huracanada que necesita para arrasar con las oscuridades que dominan su cabeza: el juez Almansa, Lander, la policía, sus padres, Iván. Hafner sí acepta el brazo de Julia para regresar al butacón, pero no porque necesite ayuda. Es él, caballeroso, el que la guía y le marca el paso. Julia acerca una silla para poder sentarse enfrente y también una mesita de centro para colocar los dos móviles.

—Grabe, por favor, grabe. A eso ha venido. No disimule pidiendo permiso. Ha venido a acabar con esto. Ha venido, ¡quién sabe!, a acabar conmigo. El poder de las palabras puede ser más grande que el de las armas. Los reportajes que se escribieron sobre Guernica nos ganaron la guerra de la posteridad, que es mucho más importante que la guerra del presente.

—¿Por qué ha querido volver a verme, señor Hafner?

—¿Y por qué ha querido volver a verme usted, señorita Julia? No, no, déjeme. —Le pide calma con la mano extendida al ver que va a lanzarse ya con la entrevista—. He visto mucho la tele desde que me trajeron aquí. No hay otra cosa, no hay libros, no hay nada; y no me dejan salir a pasear.

Julia se percata del vacío de la casa cuando Hafner señala los huecos en las paredes y las estanterías desiertas. Va apuntando con el dedo a cada espacio, como los niños que aprenden a señalar lo que les interesa cuando empiezan a distinguir el mundo. El blanco recién pintado engulle la estancia como un agujero negro. *Esto es un agujero blanco*.

—Eso no importa, señor Hafner.

—Sé perfectamente quién es usted, qué le pasó a su abuelo, todas esas cosas. ¿Sabe? Hay una coincidencia curiosa. El primer atentado de aquel grupo terrorista... Sí, en Guipúzcoa, cerca de su ciudad. Año...

—1968.

—Exacto, 1968. Aquel joven disparó al guardia civil con una pistola nuestra.

—¿Una pistola suya?

—Sí. Tras el bombardeo, luego se lo contaré, paseamos por el pueblo. Compramos algunos recuerdos. Luego le mostraré, no se preocupe que le mostraré. El ejército alemán encargó una gran remesa de armas fabricadas allí, en el País Vasco. No me pregunte cómo, pero una de esas pistolas que nosotros pagamos acabó en manos de ese hombre. Lo pensé mientras veía la tele. Su aventura y la mía, señorita Julia, están cosidas por ese hilo tan fino de las casualidades de la Historia. ¿Quiere tomar algo? No puedo ofrecerle más que un café o un té.

—No quiero nada, gracias.

—Trae café para mí —lo dice sin mirar a Eduardo. A Julia comienza a sublevarle la manera en que Hafner trata a su hijo, pero se contiene. No quiere distracciones.

—He venido a verle porque quiero terminar de contar esta historia. Es mi trabajo. Ya está.

—No, no. Claro que no es su trabajo. Hay algo más. Usted no arriesga y viene hasta aquí sólo para hacer su trabajo. No me mienta. ¿Por qué no nos comprometemos, como si hubiera jueces delante, a decir la verdad y nada más que la verdad? Será mucho más divertido.

—Mi amigo Ramón. Acaba de morir. Usted mató a su madre en Guernica. Yo no lo sabía en las entrevistas anteriores. Él quería que escribiera este reportaje.

—¿Yo «la maté»? ¿No nos hemos comprometido a decir la verdad? Usted no puede saber si yo la maté. Fuimos varios pilotos, también había italianos. Es imposible trazar el recorrido exacto de las bombas

que yo lancé. ¿No le parece? Exprésese con propiedad; ese sí que es su trabajo. Digámonos todas las cosas... Su amigo Ramón, claro, claro... Y su incontenible ego periodístico. Apunte eso también.

—¿Y usted? ¿Por qué quería verme? ¿Qué gana con esto? Se está exponiendo. Podría haberse largado. Ya sabe que le están buscando.

—Me parecía justo que fuera usted quien se apuntara «el tanto». Eso es muy español, ¿verdad?, «apuntarse el tanto». Dedicó mucho esfuerzo a encontrarme, a ganarse mi confianza, a ganarse la confianza del personal de la residencia... Como para que luego vaya un colega suyo, sin conocerme, y publique «el gran escándalo». Eso decía ese periódico, *El Adelanto*. ¿Es un gran escándalo que un joven militar alemán cumpla las órdenes de sus superiores y bombardee una localización en mitad de una guerra? No hace falta que me conteste. Quería verla porque me parecía una cuestión de justicia.

—Una cuestión de justicia —repite Julia irónica.

—Echaba de menos esa indignación suya tan juvenil. Yo también fui así.

—Usted y yo no nos parecemos en nada, señor Hafner.

—Oh, claro que sí. Claro que sí, señorita Julia. Usted y yo nos parecemos mucho más de lo que piensa, pero eso le da miedo. Dos jóvenes entusiastas que quieren hacer justicia con los medios que tienen a su alcance. —Hafner coge la taza de café que lleva su hijo Eduardo en una bandeja.

—¿Sabe qué error cometí las primeras veces que charlé con usted? —Hafner la mira en silencio. La apunta con la barbilla dando a entender su interés—. Haber entrado al trapo, haber discutido con usted.

—«Entrar al trapo»... Eso también es muy español. No solo la expresión, sino el mero hecho de hacerlo. Pero ¿por qué iba a ser

eso un error?

—Me lo explicó usted mismo. Nos hemos gastado mucho dinero en ahorcarles. Los hemos matado, les hemos ganado, pero no les hemos convencido. No le voy a convencer ahora, a estas alturas.

—Eso dijo herr Göring, sí... Y ahora añade usted, como la mayoría de los hombres de su tiempo: «Les hemos ganado, ¡les hemos ganado!». —Hafner suelta un par de carcajadas—. Eso también es propio de la juventud. Usted, que nació un siglo después, «ganó al totalitarismo». Usted, antes de nacer, ya estaba «en el lado correcto de la historia».

—Tenía razón Göring. Y yo me equivoqué. No pienso discutir con usted, señor Hafner. No pienso perder hoy ni un solo segundo en decirle que es un genocida, un asesino, un racista, un miserable; alguien que no merece ni el apelativo de «ser humano». —Julia lo dice muy tranquila, paladeando cada palabra; no alza la voz. Mientras lo dice, de hecho, abre la libreta, coge el boli y pone a grabar el teléfono—. Eso solo nos llevaría a dar vueltas en círculo y a perder la cortesía mínima que necesitamos para mantener esta conversación.

—Veo que usted también ha pensado mucho en este encuentro... Me gusta. Si se porta bien, le daré algo al final de nuestra charla con lo que podrá «apuntarse el tanto». Le va a gustar, ya verá, le va a encantar.

—No me trate con condescendencia. —Julia sonríe. Está muy satisfecha de su serenidad y eso la ayuda a sonreír.

—Disculpe, no quería ofenderla. Comencemos. —La mano firme de Hafner lleva la taza vacía de café a la mesa.

—¿Cómo ingresó usted en la Legión Cóndor? —Al contrario que en otras ocasiones, Julia ha escrito en su libreta el cuestionario literal.

Tiene miedo de que los nervios la lleven a la desconcentración. No quiere dejarse ninguna pregunta sin hacer.

—Recordará que le mencioné las Olimpiadas en una de nuestras conversaciones. Se celebraron en Alemania en agosto de 1936, un mes después de que empezara la guerra española. Yo no dediqué demasiado tiempo a leer los periódicos. Quería que triunfara el golpe de los generales, que cayera el comunismo, era lo que queríamos todos, pero no sabía nada más. Los Juegos Olímpicos fueron muy importantes para el Reich. Usted, que nos ve con tan malos ojos... Si tan malos éramos, ¿no le parece raro que las democracias participaran y que todo el mundo viajara a Berlín? —Julia ni siquiera experimenta el deseo de polemizar. Hafner aguanta un par de segundos pero, al ver el silencio convencido de su interlocutora, continúa hablando—. Fueron días muy felices. Nos querían mucho a los militares, nos lo decían por la calle. Teníamos incluso ganas de entrar en combate. Nos habían mentalizado para una guerra, pero ahí estaban las naciones más importantes del planeta, en plena sintonía con la nuestra. No parecía que fuera a haber una guerra que implicara a Alemania, pero... había estallado la guerra en España.

—¿Puedo pedirle algo, señor Hafner?

—¡Por supuesto! ¿Se ha arrepentido y desea una taza de café? —Da una palmada para llamar la atención de su hijo Eduardo.

—Quiero pedirle que se limite a «su» historia. —Julia enfatiza—. No me dé lecciones de geopolítica, no sabemos cuánto tiempo vamos a tener.

—Me parece una observación acertada, limitaré los datos de contexto, señorita Julia, pero algunos son imprescindibles. Era principios de noviembre. O quizá finales de octubre. Ya hacía bastante frío. Un día, se nos propuso a unos cuantos la posibilidad

de viajar a España. No quiero parecer presuntuoso, pero el viaje no se le ofreció a cualquiera. Eligieron a quienes nos habíamos mostrado más hábiles en el entrenamiento. Yo ya era un buen piloto. Olvídese por un momento de mis ideas, tenga en cuenta que yo era un piloto con mucha destreza.

—No lo dudo, señor Hafner.

—Nos reclutaron a unos cuantos. ¿Veinte? ¿Treinta? No lo recuerdo con exactitud. Luego llegarían a España muchos más compañeros. Insisto, estoy hablando exclusivamente de la Legión Cóndor. Hicimos un segundo juramento casi en el preciso instante en que manifestamos nuestro deseo de participar en la misión. Juramos no revelar adónde íbamos.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que el Führer no quería que se supiera que Alemania iba a ayudar a España de esa manera. En ese momento, el equilibrio de las relaciones internacionales era delicado. Nos llevábamos bien incluso con Stalin. Pero esto son conclusiones que he alcanzado después. Además, usted no quiere que hable de geopolítica y me parece que tiene razón. La entrevista saldría peor.

—Entonces, fueron ustedes reclutados. —Cuando Hafner se detiene para tomar aire o mirar por la ventana, Julia coge carrerilla y pregunta rápido. Ella solo mira al alemán; no quiere mirar a la ventana. Siente que, si lo hace, aparecerá alguien que se interpondrá en su camino.

—Nos llevaron a un campo de instrucción a las afueras de Berlín. Se pronuncia así, ¿verdad? «Afueras». Como le decía, fuimos elegidos los más brillantes. Así que fue sencillo explicar a los demás nuestra ausencia. Se nos había premiado con un viaje de casi medio año por el extranjero. Nos dieron trajes, carné y material publicitario de la entidad que nos acogía como tapadera: Grupo Turístico Unión,

Fuerza por la Alegría. ¿No le parece divertido el nombre? —Julia golpea rítmicamente la libreta con la punta del bolígrafo. Cruza y descruza las piernas—. Era una organización dependiente del partido... como casi todas las organizaciones entonces. Ya en aquel 1936, era muy raro encontrar alguna que no dependiera del partido.

—¿Cómo llegaron a España?

—En barco hasta Cádiz. Comenzamos el viaje con entusiasmo. Íbamos a combatir. Teníamos miedo, pero también ganas. La mezcla de miedo y ganas ante la muerte es poderosísima. Te hace estar alerta, te hace pasar momentos malos, de insomnio; pero las alegrías son... ¿cómo se dice? Esplen...dorosas. —Hafner se traba al pronunciarlo—. Hacía frío, mucho frío, pero al amanecer, en la primera hora de la mañana, nos abrazábamos todos juntos mirando al sol, como si miráramos a un dios. Cantábamos, bebíamos cerveza, hacíamos deporte... También hubo una parte desagradable. Muchos nos mareamos y vomitamos. La alegría y el miedo. El vómito y la canción. Una buena metáfora, ¿no le parece? Nunca he vuelto a sentir una alegría igual que la que sentí entre mis compañeros. Cuando embarcamos, cuando regresábamos de un vuelo de reconocimiento, cuando participábamos en alguna de las acciones, cuando sobrevivíamos... —Hafner ha lanzado esta última frase como provocación. Julia está segura. Hafner quiere que ella le recrimine la alegría tras los bombardeos para luego volver a decirle que no son tan diferentes, que ella también se habría alegrado de haberlo vivido.

—¿Cómo eran los vuelos de reconocimiento?

—No se tome como una ofensa lo que le voy a decir, pero supongo que usted no tiene ningún conocimiento militar, y menos referido a la aviación. Intentaré traducírselo todo.

—Es usted muy amable, señor Hafner. —Julia le devuelve la provocación.

—Ya lo creo que lo soy, señorita Julia. Con esta entrevista, si le sale bien, podrá usted conseguir un premio internacional. Obtendrá cierta fama como periodista, pero también como justiciera: «Arrancó la verdad con sus preguntas a ese asesino». Bueno, los vuelos de reconocimiento... Eran vuelos de menor riesgo, lógicamente. Hombre, siempre cabía la posibilidad de ser detectado por el enemigo, pero no era lo normal. Los «rojos», como dicen ustedes, no tenían demasiados medios aéreos al principio de la guerra. Solíamos ir dos compañeros. Uno pilotaba y el otro, con una cámara metalizada, como si fuera un foco enorme, tomaba las fotos. Luego esas cámaras se fueron integrando en el fuselaje y podíamos activarlas desde la cabina. Entre la guerra española y la guerra mundial, la tecnología aérea mejoró mucho.

—Con esas fotos, ustedes elegían los objetivos, sabían dónde había que arrojar las bombas.

—Esa es una traducción muy contundente, pero sí. Puede usted decirlo así, señorita Julia. Voy a hacerle el primero de los regalos... ¡Trae aquí la bolsa grande, está dentro del armario!

Hafner da la orden a Eduardo alzando la voz, pero con la vista puesta en Julia. Y Julia cree, está convencida, que Hafner disfruta viendo la incomodidad que le genera cómo trata a su hijo. A Eduardo, en cambio, no parece incomodarle el tono de su padre. Julia supone que la costumbre hace su trabajo, pero también deduce que a Eduardo le suscita cierto placer escuchar la confesión de lo que sucedió. Es como si todos los que se reúnen alrededor de Gustav Hafner estuvieran obrando impulsados por una conducta a medio camino entre la venganza y la justicia. Julia sale de su

ensimismamiento cuando Eduardo arroja a sus pies una pesada bolsa blanca.

—Adelante, adelante, puede usted curiosear a su gusto —la invita Hafner.

—¿Qué es todo esto?

Julia apoya la libreta y el móvil en la silla, se pone de rodillas y extrae de la bolsa un uniforme marrón oscuro de una pieza con un montón de botones que lo recorren de arriba abajo. Parece un traje de vuelo. Sí, está segura de que es uno de los trajes de vuelo que utilizaba Hafner. Un forro de piel recorre la zona del cuello. Hay también un cinturón negro, unos guantes negros, unas gafas redondas. Julia lo extiende todo en el suelo. Lo coloca cerca de la ventana para que la luz evite las sombras sobre los objetos. Coge uno de los teléfonos y comienza a sacar fotos.

—¡Espere, espere! —Julia no lo escucha. No quiere escucharlo. Sigue tomando fotografías—. ¡Señorita, Julia! ¡Oiga! No hace falta que haga fotos. Es un regalo. Cuando se vaya, podrá llevarse todo esto. Mis hijos no lo quieren y a mí me da mucha pena tirarlo a la basura. Ustedes lo cuidarán, hasta podrían exponerlo en el periódico como un trofeo de guerra. Lo interpretarán de una manera distinta a la mía, pero lo cuidarán, estoy seguro.

Julia, aun así, termina de hacer las fotos. Se las envía a Clara porque tiene miedo de lo que pueda pasar dentro de un rato. Sabe que lo más probable es que la encuentren. Luego hará lo mismo con el audio cuando termine la entrevista. Dobla el traje con delicadeza y lo mete en la bolsa junto a las gafas, el cinturón y los guantes. Vuelve a sentarse.

—No termina de fiarse de mí, ¿eh? Se lo digo de veras. Podrá llevárselo.

—No es eso, señor Hafner. Confío en usted, pero no confío en quienes nos persiguen.

—Ah, ya. Usted tiene mucho más que perder que yo, desde luego.

—Sigamos. —Julia comprueba que el móvil continúa grabando. Abre la libreta y regresa al cuestionario—. ¿En qué bombardeos participó usted antes de Guernica?

—Madrid, Santander y Gijón. Conocí Madrid a dos mil metros de altura. Una manera curiosa de conocer una ciudad, ¿eh? Creo que cumplimos nuestros objetivos.

—¿Cuáles fueron sus... «objetivos»?

—Los soldados de la Legión Cóndor siempre cumplimos nuestros objetivos. Los periódicos lo sabían y así lo publicaban. —*Otra provocación*—. Sí, claro, usted dirá que los periódicos en aquel momento publicaban lo que las autoridades militares les pedían que publicaran. Bien, bien, tiene razón. Pero teníamos el cariño de la gente, eso es importante; eso no se puede inventar. Éramos extraños. No, extraños, no. La palabra sería... *exóticos*. Nos querían más que a los soldados españoles porque éramos la novedad, porque teníamos mejores uniformes y mejores armas. Pero, sobre todo, nos querían porque dábamos mucha propina a quien nos traía la comida, a quien nos vendía el tabaco, los *souvenirs*. —Hafner intenta pronunciar la palabra en francés lo mejor que puede, pero queda de manifiesto que maneja ese idioma mucho peor que el castellano—. Paseamos por Burgos, por Vitoria, por Salamanca, por Pamplona... Qué cantidad de iglesias, señorita Julia. Recuerdo la alegría de los niños al vernos cuando salían de misa. Se nos echaban a los brazos. Les regalábamos pitilleras, carteras, monedas... ¿Qué habrá sido de todos esos objetos? Luego serían los objetos de la vergüenza, ¿no? Pero deben de estar en alguna parte. El amor que ustedes sintieron por nosotros debe de estar escondido en algún

lugar... Matizaré, matizaré, no se altere. —Julia no se había alterado. Se muerde las uñas porque le cuesta avanzar hacia Guernica, pero hace tiempo que se ha blindado frente a las respuestas de Hafner—. El amor que «una parte de ustedes» sintió por nosotros. ¿Mejor así?

—Diga usted lo que quiera. No tiene que convencerme de nada.

—Yo digo lo que quiero, pero... ¿usted se atreverá a escribir todo lo que estoy diciendo? Míreme bien, señorita Julia. Atrévase a escribir que nosotros tuvimos el respaldo moral de millones de españoles. —Julia está tentada de contestarle, ahora sí, que esos millones de españoles, como tantos millones de europeos, no conocían toda la verdad sobre lo que hicieron los nazis entre 1933 y 1945. Hafner habla con un tono serio, que dista de la amabilidad mostrada desde el arranque de la conversación—. Sea tan libre como proclama.

—No perdamos el tiempo, señor Hafner, por supuesto que publicaré todo lo que dice. Los objetivos de esos tres bombardeos, ¿cuáles fueron?

—He vivido en España más años que usted, no lo olvide. Y también viví cómo muchos de ustedes, cuando esa banda terrorista mataba, la apoyaban. Unos convencidos, otros por miedo. En el País Vasco, en su ciudad, en todos esos lugares, todavía hoy reciben a algunos de esos terroristas como héroes. Me recuerdan a mí mismo a la salida de la iglesia aquellos domingos. ¿Lo ve? ¿Ve cómo se enciende? —Julia no sabe cómo va a reaccionar si menciona directamente a su abuelo—. Cuando le hablo de lo que usted vivió, ya no transmite esa serenidad. Lo que quiero decirle, por incómodo que le resulte, es que todas esas acciones armadas fueron posibles gracias a un enorme respaldo popular.

—No hable de «acciones armadas». Fueron asesinatos.

—Llámelo como usted quiera, señorita Julia. Los dos sabemos de qué estamos hablando. ¿Cuántas personas cree que, en su intimidad, quitaron importancia al asesinato de su abuelo? ¿Cuántos cree que incluso lo celebraron? ¿Qué piensa? ¿Que lo que nosotros hacíamos no tenía un pueblo detrás? ¡Tiene que entenderlo!

—¡Cállese! —Julia se pone de pie y, sin querer, derriba la mesa. El ruido de la taza y el plato al estallar contra el suelo saca a Eduardo de la cocina.

—¿No decía, señorita Julia, que no iba a polemizar conmigo? ¿No decía que se iba a limitar a contar mi historia?

—No vuelva a mencionar a mi abuelo. —Julia sosiega la voz, pero sigue de pie, mirando a Hafner en actitud desafiante. Eduardo, como si nada estuviera sucediendo, estira los brazos con visible esfuerzo desde su silla para recoger los trozos de la vajilla.

—Es muy fácil abstraerse, preguntar a otro cuando el dolor está tan lejos. «No quiero polemizar, no quiero discutir, me limitaré a contar...». ¡Usted no puede abstraerse! —Hafner alza la voz, se levanta y apunta con el dedo al pecho de Julia; casi rozándolo—. Si va a contar esta historia, esta historia tiene que pasar por usted. No sea cobarde. Ahora, siéntese.

—No tengo tiempo para discutir. —Respira hondo, cuenta hasta diez dentro de su cabeza—. Solo le pido que no mencione a mi abuelo, nada más. —Julia vuelve a sentarse y coloca la libreta sobre las rodillas.

—Es muy fácil escribir el dolor de los demás, la culpa de los demás. Sea valiente, escriba también lo suyo. ¡Mánchese con ese dolor!

—No quiero escribir mi dolor; en mi caso, me basta con hacer justicia.

—No se engañe. Cuando vino a verme por primera vez, quería hacer las dos cosas al mismo tiempo: escribir para hacer justicia. Pero ahora todo se le ha complicado, la están persiguiendo, está sobrepasada y solo quiere escribir. Míreme a los ojos, escuche, discuta lo que tenga que discutir, reflexione y, después, escriba. Yo le pido que escriba todo lo que digo, pero no así sin más. Para eso, podría haber grabado yo de alguna manera mi testimonio y habérselo hecho llegar. Enfréntese a esta historia como si fuera la suya.

—Los objetivos... ¿Cuáles fueron los objetivos de los tres primeros bombardeos?

Durante los segundos que ha tardado en lanzar de nuevo la pregunta, Julia siente pánico. Un miedo atroz a que su subconsciente le esté dando la razón a Hafner. No puede enfrentarse a esta entrevista y escribir el reportaje como una mera transcriptora. Piensa en Ramón, en el libro de Arendt. Tiene que decir la verdad, tiene que poner los hechos sobre el papel, pero también debe tratar de llegar al fondo de esos hechos con sus preguntas. Tiene que viajar al final de la noche, a las alcantarillas del ser humano.

—Los objetivos fueron distintos en cada caso. En Madrid, necesitábamos atemorizar a la población. Nos explicaron cómo era la vida en Madrid; mucho más alegre que en las ciudades donde nosotros vivíamos: Burgos, Salamanca, Pamplona... En Madrid, iban al cine, bailaban en los subterráneos del metro, hacían teatro, reían por las calles, los mercados municipales funcionaban a pleno rendimiento. Tenían el frente de guerra a media hora andando, pero no se notaba. Eso era importante para resistir. «No pasarán», seguro que conoce el lema. Decidimos dar un golpe encima de la mesa... Bueno, decidieron, yo no decidí nada. —Hafner ha regresado a un tono más parecido al de antes, pero ya no hay sonrisas ni impostada

amabilidad. ¿Y si esa amabilidad del principio ha sido una trampa para llevarla de golpe y por sorpresa al instante que la ha sacado de su automatismo?

—¿Decidieron? Recuerdo Nüremberg. Recuerdo esas defensas: «Yo solo hacía lo que me decían». Sea usted consecuente: dígame, cada vez que me cuente «una acción militar», qué pensaba usted de lo que hacía. —Julia ya no se limita a leer el cuestionario. Ha dejado el boli en el suelo; no va tachando las preguntas.

—Bien, bien, señorita Julia, así me gusta... ¿Qué le dijo el asesino de su abuelo? ¿Llegó a encontrarlo?

—Le he pedido que no lo mencione más. Me impide concentrarme.

—¿Le dijo que era víctima de una educación, que no sabía lo que hacía? ¿Que se arrepiente? Quizá se arrepienta, pero no crea a nadie que ha matado siendo mayor de edad y que le diga que lo hizo porque se lo pidieron. Matar premeditadamente es siempre la acción más racional que existe. No lo olvide. —Hay frases de Hafner que traspasan la coraza de Julia. Él se ha percatado de que lo consigue cuando cita por delante a su abuelo.

—Sí, me dijo eso, pero ¿qué más da?

—Yo era un militar que cumplía órdenes, pero cuando me monté en el avión para bombardear Madrid, estaba convencido de que era necesario. Por eso, bombardeé lo mejor que pude. Me dieron pena las calles, los monumentos... Cuando fui a vivir allí tras la guerra, me era inevitable pensar que la ciudad era más fea por mi culpa.

—Las calles, los monumentos... y la gente.

—Cuando uno bombardea a la población civil, no puede pensar en los individuos. Solo piensa en la ideología que los envuelve.

—Pero...

—Oh, desde luego que en aquel Madrid habría gente sin ideología que solo quería que se detuviese la guerra. Incluso habría

partidarios de nosotros, los alemanes, y de Franco. Dicen que fue el general Mola el que se inventó aquello de la Quinta Columna. Avanzaban con cuatro hacia Madrid y tenían una dentro de la ciudad. Pero, pensando en esas cosas, pensando en esos matices, no se bombardea bien. Y, si no se bombardea bien, no se pueden ganar las guerras. Estará usted de acuerdo conmigo en eso, ¿verdad? —Cuando Hafner lanza una respuesta en forma de pregunta, mira directamente a los ojos de Julia. Si ella está cubriéndose la cara con la libreta, él se inclina para establecer contacto visual.

—¿Disfrutaba dejando caer las bombas?

—Creo que no. Disfrutaba después, cuando aterrizábamos. Más que el disfrute, es la satisfacción del deber cumplido. Y eso conduce inevitablemente a la alegría. Es una alegría muy especial porque se junta con la conciencia nítida de haber sobrevivido.

—¿Uno puede discernir desde ahí arriba cuánto está matando?

—Si se es un buen piloto, se puede discernir, sí. Se puede ir a matar civiles, a matar soldados... Los bombardeos de los ingleses, ¡cómo santifican ustedes a los ingleses!, iban a matar a todo el mundo.

—Entiendo.

—¿Lo entiende? ¿Cómo va a entender usted esa distinción entre civiles y soldados? Es exactamente la misma que empleaban los terroristas que mataron a su abuelo. Primero solo mataban a policías, guardias civiles y militares. Luego mataron a los demás. Ahí no le valdría la distinción, señorita Julia. El dolor de los demás, ¿lo ve?

—Señor Hafner. —Julia respira hondo—. Le decía que entendía su respuesta, no el razonamiento moral que hay detrás. Se lo voy a

decir muy claro: quiero que hablemos de Guernica. Temo quedarme sin tiempo. —Mira el reloj y él lo mira también.

—Pero antes de eso, señorita, hablemos un minuto de esto porque es importante. Y usted, en cierto modo, se ha comprometido conmigo a ir al fondo de las cosas. ¿Es lo mismo matar a un político que a un militar? ¿Es lo mismo matar a un ama de casa que a un policía? Hagámoslo más difícil. Sitúe esas preguntas en un contexto de guerra. ¿Es lo mismo?

—Al lector no le interesa lo que yo piense.

—¡No escape! —Hafner vuelve a gritar—. No escape, no, no... —Ahora susurra—. Se lo he dicho: usted, luego, escriba lo que quiera mientras incluya todas mis respuestas, pero es importante que se pregunte estas cosas antes de escribir. —Niega con la cabeza como el profesor que tiene que repetirle la lección al alumno una y otra vez.

—Para mí, sí es lo mismo. Matar a un hombre, a una mujer, a un niño... es solo matar a un hombre, a una mujer, a un niño.

—¿Y si el hombre o la mujer es culpable? ¿Y si matándolos se pueden evitar más muertes?

—Habría que estudiar cada caso, señor Hafner. —Julia intenta huir. En cuanto responde, se da cuenta de que se ha equivocado.

—Esa es la mayor dificultad de las guerras. No hay tiempo ni posibilidad de estudiar cada caso. Hay que tomar las decisiones en pie, sobre un mapa. ¿Usted qué piensa? ¿Que a mí me gustó matar? ¿Que sentí placer? No, claro que no...

—¿Hitler no disfrutó de la muerte? ¿Y Goebbels? ¿Qué pasa con Eichmann y la solución final?

—Habría que preguntárselo a ellos. —Las preguntas no lo han inquietado lo más mínimo—. Eso es algo muy personal, pero esta entrevista es conmigo, no con el Führer; no sobre el Reich o

Alemania. Está usted hablando conmigo. Y yo no disfruté matando, pero aprendí a distinguir. Aprendí que hay algunos hombres a los que hay que matar. El mundo funciona de esa manera. Julio César, Alejandro Magno, Napoleón, Felipe II... Todos ellos ejercieron el poder de la distinción. A su abuelo lo mataron porque era un obstáculo en el plan que se habían trazado, nada más. No fue algo personal. Para sus asesinos, su abuelo fue lo mismo que para mí las ciudades desde el cielo: un objetivo.

—No va a convencerme. Para mí, matar a un hombre es solo eso: matar a un hombre. Matar no es defender una idea. —Julia no aparta la mirada.

—¿Habría matado usted a Hitler, señorita Julia? ¿Lo habría matado para evitar lo que vino después?

—Señor Hafner... no diga tonterías.

—¡Imagíneselo! Está usted en la calle, viene Adolf Hitler de frente. Usted tiene una pistola con silenciador debajo de la gabardina. No hay nadie mirando. Incluso es probable que pueda escapar después. ¿Lo mataría o no? ¡Conteste! ¡Lo mataría o no!

—Es usted un cínico. —Niega nerviosa con el cuello—. Ni siquiera habría matado a Hitler. Lo habría encerrado en una celda hasta el último día de su vida.

—¡Esa decisión casi nunca es posible! Es morir o matar. ¿Y a los asesinos de su abuelo? ¿Los habría matado?

—No —responde segura—. He tenido la oportunidad de hacerlo y no lo he hecho. —A Julia le viene a la cabeza la imagen de Lander durmiendo en la cama.

—¿Está segura?

—Sí... Creo que sí. —Ahora le asalta la imagen de Lander borracho, sentado en el puente y ella corriendo hacia él. Quiso matarlo, fue a hacerlo, pero Igor lo impidió en el último instante.

—Ha dudado, no es tan fácil. Usted está en la calle, tiene una pistola en la mano y ve cómo esos dos tipos se acercan a su abuelo por la espalda. ¿Lo ve? He estudiado bien lo que pasó. Usted puede disparar, señorita Julia, ¿no lo hace? —Hafner se inclina en su silla, se coloca en el borde del asiento para mirarla lo más cerca que puede.

—Está mezclando cosas distintas. Eso sería disparar en defensa propia. Estamos hablando de matar de una manera meditada, prevista.

—El que mata de manera meditada, prevista —Hafner imita la pronunciación de Julia—, está matando también en defensa propia. Nosotros, en la guerra, matamos en defensa propia. La Historia me da la razón, ¿no cree? Cuando dejamos de matar, nos mataron a nosotros. Estaban deseando matarnos.

—Los mataron cuando no quedó otro remedio. Ustedes mataron por iniciativa propia a millones de personas. Usted es un pequeño eslabón de la ideología más exterminadora que ha existido. Si pretende, con sus acertijos, hacerme ver que fue una ideología ampliamente tolerada por los alemanes de su época, no pierda el tiempo; lo sabe hasta un analfabeto. Y si pretende hacerme creer que yo, nacida en 1916, habría desfilado a su lado... Habría habido muchas probabilidades estadísticas de que sucediera, pero yo me comporto hoy, yo pienso hoy, actúo hoy, para convencerme de que no, de que habría tenido el valor de estar enfrente.

—¿Lo ve?

—No, no lo veo.

—Es cuestión de perspectiva.

—Mi perspectiva, ya lo ve, jamás será como la suya.

—La perspectiva de cada uno es hija de su tiempo.

—A mi abuelo lo mataron «en mi tiempo», no lo olvide. Por favor, Guernica.

—26 de abril de 1937. Por la tarde. —Hafner se repasa la barbilla con los dedos, como si fuera de arcilla y pudiera moldearla.

—26 de abril de 1937 —repite Julia más contundente, como empujándolo a que continúe.

—Sabrá usted, porque veo que ha estudiado, que existe mucha polémica sobre el principio. ¿Por qué bombardeamos Guernica? Algunos dicen que los alemanes quisimos hacerlo para entrenarnos de cara a una posible guerra posterior. Eso es cierto, pero no solo lo fue en Guernica. Cualquier acción nos venía bien en ese sentido. Hubo acciones mucho más duras que la de Guernica. La cuestión es: ¿quién dio la orden? Podríamos empezar por ahí. —Da una palmada y hace un gesto a Eduardo, que se asoma desde la cocina para descifrar el rostro de su padre y preparar de nuevo café. *¿Cómo ha podido Eduardo sobrevivirle tantos años?*—. Señorita Julia, concéntrese, estamos llegando adonde usted quería. ¿Le parece este un buen punto de partida?

—Sí, adelante. ¿Quién dio la orden?

—Puedo asegurar que la orden la dio el general al mando de la Legión Cóndor. Pero, claro, eso no soluciona el acertijo que hoy continúa en los libros de Historia. ¿El mando alemán estuvo de acuerdo con el general Franco? En ese caso, ¿de quién fue la idea? ¿De nosotros los alemanes o de Franco? Si Franco no lo sabía, ¿lo sabía el general Mola, al frente del Ejército del Norte? ¿Y si no lo sabía ninguno de los dos? ¿Fuimos los alemanes capaces de quebrar el pacto y actuar sin consultar a los españoles?

Hafner enlaza una y otra pregunta con rapidez, como si no quisiera perder tiempo en el planteamiento de los interrogantes, como si solo los pusiera sobre la mesa para comprobar que Julia

está verdaderamente al tanto de estos debates historiográficos. Eso intuye ella. La está poniendo a prueba de una manera parecida a la que utilizaba Ramón durante las primeras visitas a la librería. Ramón... Cómo le gustaría que estuviera aquí. Cómo le gustaría que estuviera, como poco, tumbado en el hospital para poder escuchar la grabación de lo que está ocurriendo.

—Usted dirá. ¿Es capaz de responder a esas preguntas?

—Me temo que no. Supongo que esta será la parte más decepcionante de la entrevista, podrán criticarla por «no haber descubierto nada», pero usted es lista, señorita Julia, ya lo creo que lo es. Desde el primer día que vino a verme, supo que lo importante era otra cosa. Escarbó en mi conducta. Por eso le he echado hoy esa... ¿cómo podemos llamarlo? Pequeña bronca. Para que regresara a ese camino. Yo sé que estaba un día por la mañana, en Burgos, en el paseo del Espolón, ¿lo conoce? Hacía bastante frío. Estábamos sentados en los bancos. Habían llegado cosas de Alemania: tabaco, chocolate, alcohol. Venían a vernos los niños para pedirnos. Venían los niños porque el español es orgulloso y no se siente cómodo agachando la cabeza ante un extranjero. Mandaban a sus hijos, a sus nietos, a sus sobrinos. De repente, uno de nosotros dijo: «Todos al cuartel». La cara de nuestros superiores era seria, nada tenía que ver con la nuestra. Cerraron las puertas cuando nunca las cerraban. Nos explicaron el plan. Pero yo no sé dónde se fabricó ese plan; quién, como dirían ustedes, «puso el huevo».

—¿Cómo era el cuartel? ¿Cómo estaban sentados ustedes? —Julia, más despierta, incuba la necesidad de recrear ese ambiente en su reportaje. Lo mismo que le ha contado de la cubierta del barco quiere saberlo de los momentos antes del bombardeo. Pasa de página en su libreta y dibuja una habitación cuadrada a la espera de que Hafner aporte más detalles.

—Tenía una fotografía... Si conservara esa fotografía, no tendría problema en dársela. No era de ese momento, claro, allí nadie estaba para fotografías. Pero era una imagen interesante, tomada en el mismo lugar, aunque durante una fiesta. Podría haber visto usted cómo eran las paredes, nuestros uniformes, nuestras caras, la manera en que decorábamos nuestras pequeñas fiestas... —Hafner ha dejado de mirar a Julia. Tampoco mira por la ventana. Está mirando al frente como si tuviera una pantalla de cine delante y se estuviesen proyectando esos recuerdos.

—Dígamelo usted.

—Era un salón muy ancho y no demasiado alargado. Columnas de madera, paredes blancas. Las mesas, como de campamento militar; se notaba que no habían estado ahí siempre, que las habían llevado para nosotros. Ni siquiera era un cuartel, era un edificio civil reciclado para la ocasión. Solía haber manteles de tela blanca, supongo que traídos de algún restaurante. Todo era una mezcla del blanco de los manteles y el gris de nuestros uniformes. En la foto se nos veía sonrientes ante un montón de platos de comida y botellas de vino. Pero ese día, el día antes del bombardeo, las caras eran de preocupación y responsabilidad. Se hizo el silencio. Recuerdo un solo sonido, el de una ventana que estaba abierta. Se abría y cerraba con suavidad. Cuando terminaron de explicarnos la misión, fue tan incómodo el silencio que comencé a cantar algunas canciones militares. Poco a poco, mis compañeros se fueron contagiando. Cantamos un rato y nos fuimos cada uno a nuestra habitación. En realidad, solo nos encerramos quienes habíamos sido elegidos para participar en la operación de Guernica. El resto, supongo, volvió al paseo del Espolón. Pero nosotros, así se nos recomendó, debíamos concentrarnos, estar descansados, bien despiertos. La aviación no es como el combate cuerpo a cuerpo, señorita Julia. Es más racional,

menos violenta. No ves esas cosas tan desagradables que necesitan del alcohol para afrontarse.

—No me ha contado cuáles fueron las instrucciones.

—Nos dieron unas fotografías que incluían unas coordenadas. Alguien, no sé quién, algún superior, probablemente, ya había hecho un vuelo de reconocimiento. Se nos especificó que había que destrozar un puente y una carretera que, al parecer, eran importantes para el enemigo. Pero luego fueron muy claros: debíamos mostrar todo el potencial de la aviación del Reich, debíamos aterrorizar a la población igual que cuando el bombardeo de Madrid, pero en una mayor dimensión. Se llamó Operación Rügen. Eso, en español, significa algo así como «castigo» o «reprimenda». Había que arrasar el pueblo.

Hafner enumera las instrucciones procurando ser conciso. Julia alumbra un símil para su reportaje. Lo apunta para que no se le olvide: es como la persona que prepara la lista de la compra un día cualquiera antes de ir al supermercado. Un bombardeo planeado con la misma frialdad que una lista de la compra. *La madre de Ramón. Julia, pregunta. Ella estaba en Guernica por eso, por el mercado*.

—Señor Hafner, ¿sabía usted que aquel 26 de abril de 1937 era día de mercado?

—Sí, lo sabía.

—¿Tuvo la posibilidad de abstenerse y de no participar en esa misión?

—Ni siquiera me lo planteé. Eso no entraba ni entra en mi cabeza. Si volviera a estar allí, haría lo mismo: subir al avión y cumplir las órdenes que se nos dieron. —Julia tarda en contestar—. ¡Indígnese! ¡Hágalo! Dígame qué piensa, señorita Julia.

—No creo que sea importante. No me estoy abstrayendo, no empiece con eso de nuevo. Simplemente, me vienen a la cabeza

palabras como *inhumano* y *cruel*. Nada más. No es muy original, ¿no?

—Fue cruel, inhumano... y necesario. Las guerras son inhumanas, pero las hacen los humanos. Es una contradicción interesante. No es que supiera que había mercado, es que lo supuse. Estando en el dormitorio, sin poder dormir, pensé en muchas cosas, imaginé cómo iba a transcurrir el día. Y en un momento dado pensé: «En las ciudades españolas hay mercado los lunes. Habrá mercado». Ahora son los domingos porque quienes van a comprar también trabajan durante la semana.

—No le importó que hubiera mercado.

—Bloqueé ese pensamiento, señorita Julia. Habría sido contraproducente pensar en eso. ¿Lo va entendiendo? Los hombres de ese tiempo somos iguales que ustedes. Exactamente iguales. Pero, llegadas ciertas circunstancias, tuvimos que actuar. Hubo, como hoy, valientes y cobardes. Yo quise ser valiente.

—¿Es valiente bombardear un pueblo en día de mercado?

—Por supuesto. Oh, claro, ¡por supuesto que es valiente! Habría sido mucho más fácil para mi conciencia bombardear cualquier otro día, créame. Luego, si quiere, le doy más detalles, pero mantengamos el orden. Además, creo que el mercado se suspendió a tiempo. Lo he leído en varios de esos libros que se han publicado.

—Estaba en su dormitorio, entonces.

A Julia le gusta que Hafner, en contra de lo que pensó cuando lo conoció, sea un entrevistado modelo. Si le pide más detalles, más concreción, acepta y se esfuerza por llevar de la mano al entrevistador hasta el lugar de los hechos. Eso, que hace más fácil su trabajo, está volviendo a generar una empatía que la incomoda. Recibe con buen ánimo las narraciones de la crueldad porque abren ese abismo que necesita su conciencia. Es una indignación casi

deseada la que surge en ella cuando escucha al alemán relatar el bombardeo.

—Era ya casi mediodía. Primero fui al comedor. Comí un plato de garbanzos, un filete con patatas y unas natillas caseras con canela que hacía doña Mercedes, nuestra cocinera, una señora sensacional con la que, después de la guerra, tuve cierta relación. La conocieron mi mujer y mis hijos. La visitábamos en Burgos.

—¿Comió usted solo? —Julia ha dibujado un plato y ha apuntado dentro «garbanzos, filete, patatas».

—Comí con mis compañeros, pero ninguno habló más que para intercambiarse el agua, la sal y ese artilugio donde guardaban el vino... No era una botella, ¿cómo se llama? Tenía un nombre divertido, de mujer. No he vuelto a escucharlo desde aquellos años...

—¿Garrafa?

—¡Señorita Julia! ¿Garrafa es un nombre de mujer? ¿Llamaría *garrafa* a su hija? —Julia escucha la pregunta y se lleva inconscientemente la mano a la tripa. Piensa en Iván, en sus dedos sobre ella, en esa mirada que se iba diluyendo como si alguien la estuviera extrayendo con un hilo desde fuera de su cabeza. Tiene la tentación de revisar los mensajes por si sus padres le han escrito desde el hospital—. ¡Damajuana! Llamaban damajuanas a esas vasijas.

—Qué nombre tan raro... —Julia continúa abstraída y Hafner, que sabe leerla, la apercibe.

—Está usted pensando en algo que está lejos de aquí. Si quiere, puedo esperar unos segundos para que vuelva a concentrarse.

—No, no, sigamos.

—Míreme. —Julia hace el esfuerzo de mirarlo. El azul grisáceo de sus ojos la trae de vuelta a este salón vacío de paredes blancas, suelo marrón y contraventanas abiertas de par en par—. Ahora sí

está usted conmigo. Le decía que fui al dormitorio después de comer. Eran dormitorios individuales, como de monjes. Llegué a pensar que ese edificio había sido un monasterio, pero doña Mercedes me contó que había sido un colegio donde los niños pasaban las noches...

—Un internado.

—Exacto. Las habitaciones eran pequeñas, eran celdas. Una cama estrecha, una mesita de madera al lado. —A Julia le suenan divertidos esos diminutivos tan españoles en la boca del alemán—. Un suelo que crujía como el de esta casa. Un crucifijo en la pared sobre el cabecero. Y luego una mesa de trabajo enfrente, junto a la ventana. Igual que la cama estaba «protegida» por el crucifijo; la mesa estaba protegida por la imagen de una Virgen. —Hafner mueve las manos y sitúa en el aire los objetos.

—¿Rezaba usted?

—No, ciertamente, no. Desde muy joven, mi religión fue el partido. Las costumbres que tenía por mi madre encajaban bien con el partido. Eran lo mismo, pero con otro nombre. Teníamos fe. Una fe inmensa. Sigo teniendo fe en lo que hicimos, pero lo que hicimos ha desaparecido. Eso les pasa también a ustedes, los cristianos, cuando mueren. Llega el momento definitivo y aquello en lo que han tenido fe desaparece. Hombre, les reconozco una ventaja: pueden conservar su fe hasta el final de la vida. Nosotros no hemos podido hacerlo. Yo no rezaba, señorita Julia, pero me concentraba y pedía en voz baja que las cosas salieran bien. Eso lo hace cualquier ser humano. Somos seres espirituales. Eso da lugar al equívoco: si somos seres espirituales, ¿cómo no va a existir el espíritu? Reconozco que no tengo una respuesta. Pero estoy convencido de que, cuando este saco de huesos se desintegre, se habrá desintegrado por completo. Podrán ustedes hacer lo que quieran:

donarme a la ciencia, descuartizarme, pasearme como un trofeo, mearme encima... Solo les pido que tengan un poco de paciencia, que me ahorren el sufrimiento físico. De todos modos, si no son capaces de contenerse, lo comprenderé. ¿Usted reza?

—Dejé de rezar cuando mataron a mi abuelo. —Julia se sobresalta. Se lleva la mano a la boca, como si pudiera cazar sus palabras y devolverlas adentro. ¿Qué hace contándole a este hombre lo que jamás ha contado a nadie?

—Descuide, señorita Julia, no tenga miedo de hacerme confidencias. Estarán a buen recaudo y, pronto, muertas. Era mera curiosidad.

—Dejé de rezar ese día, pero luego he vivido momentos que me han hecho pensar que hay motivos para hacerlo. —Se pregunta si volvería a rezar en caso de que Iván sobreviviera. Se pregunta si, al pensar en él y susurrarle a la almohada estas noches que ojalá sobreviva, no estaría rezando. No pensaba en ningún dios, no pensaba en nadie, pero lo pedía al aire, a la oscuridad de la habitación: que Iván sobreviva.

—Creo que sé lo que está usted pensando. ¿Hablar solo es como intentar hablar con Dios?

—¿Pudo dormir la noche anterior al bombardeo? —Julia procura volver al relato de los hechos.

—Conseguí dormir a las dos de la mañana. Me desperté a las ocho. Desayunamos juntos, otra vez con pocas palabras. Algunos compañeros regresaron a sus habitaciones... con sus amantes. Le contaré algo que nos va a permitir aterrizar de nuevo; hemos volado muy alto. Las habitaciones, al tener camas tan estrechas, provocaron las quejas de algunos soldados. Era muy difícil... —Duda con la expresión—. Era muy difícil hacer el amor en esos colchones. Los curas españoles hacían la vista gorda con los alemanes. Nos

consideraban paganos. Asumían el coste moral de nuestro apoyo. Unas eran amantes, otras prostitutas. Recuerdo una anécdota muy divertida... Iba un compañero con una prostituta cogida del brazo por el paseo. Se cruzó con un sacerdote, que lo miró con desaprobación. Mi compañero le dijo: «Padre, soy un santo parapléjico. Solo soy santo de cintura para arriba». Los alemanes, en general, se lo decía antes, nos portamos bien con los españoles. Pero las mujeres y el alcohol provocaron situaciones... difíciles. Algunos incidentes desagradables. Fíjese: hubo algunas bajas entre nosotros... por accidentes de tráfico. Borrachos conduciendo a mucha velocidad. Los tiempos no han cambiado. Y lo de las mujeres se lo puede imaginar.

—¿Qué quiere decir? ¿Tuvo «incidentes» usted con alguna mujer?

—Nunca. Supongo que me salvó la timidez. Era un hombre tímido con las mujeres. La timidez me hacía ser muy respetuoso.

—¿Fue valiente para impedir esas situaciones?

—Depende. Si era un superior, no. Si era un compañero, sí.

—Volvamos al momento en que termina de desayunar, antes de coger el avión y volar a Guernica.

Tras un silencio de varios segundos, Julia decide no preguntar más por esos «incidentes con las mujeres». Cree que hay escrito bastante sobre la actitud de los soldados en las noches de la retaguardia. Mira el reloj. Lleva casi dos horas hablando con Hafner y teme, como la otra vez, que algo interrumpa la entrevista cuando está logrando llegar al final.

—Estuvimos encerrados en el salón, repasando los mapas, las fotos, las coordenadas... Hubo dudas por parte de un par de compañeros. Seguro que esto le interesa. «La duda dentro del monstruo». —Lo dice irónicamente, con una carcajada—. «¿No es excesivo?», preguntaron. «¿No es demasiado?». Entonces, el

general, muy serio pero sin violencia, contestó con la historia del subteniente Hermann.

—No la conozco.

—Era un compañero nuestro. Sufrió un accidente en pleno vuelo el 4 de enero de 1937. Se lanzó en paracaídas, sobrevivió, pero cayó en zona enemiga. Sacó la pistola del cinturón, pero no tuvo tiempo. Le dispararon entre varios hombres y cayó muerto. Ataron su cuerpo a un camión. Lo pasearon por pueblos y ciudades, permitiendo que la gente le escupiera, lo vejara, lo golpeara, le arrancara los dedos, el pelo, los dientes y hasta los testículos. El general invocó la memoria del subteniente Hermann y quienes tenían dudas callaron.

—Fue cruel. —Julia intenta tenderle una trampa.

—Muy cruel.

—¿Se puede ser cruel con el enemigo en una guerra?

—No solo se puede. En la guerra, se debe ser cruel. ¿Sabe lo que hicieron los rusos cuando entraron en Berlín? No los culpo, los hubiera matado si hubiese podido, pero no los culpo. En aquella guerra, solo el miedo, el miedo extremo, podía gobernar las retaguardias recién conquistadas. La crueldad tenía una utilidad. Nos permitía seguir adelante cuando teníamos dudas. Fue aquella, también, una guerra de crueldades. Pobre herr Hermann: una mujer encantadora, unos hijos preciosos. Era un buen hombre. Ha intentado desconcertarme, ¿eh? Eso está bien, señorita Julia.

—Siga.

—Un momento, un momento. ¿Sabe por qué es también importante la historia del subteniente Hermann? He leído algunos libros donde se señala aquello como la razón de la contundencia en el bombardeo de Guernica. No lo creo. No puedo asegurarlo, pero no lo creo. No tengo esa sensación. De ser cierto, me parecería ridículo.

Nuestra operación fue tan ambiciosa porque nosotros éramos siempre ambiciosos. Fue una operación... total.

—Se subió al avión.

—Me subí al avión después de haberlo cargado junto a algunos compañeros que no participaron en la misión. Los historiadores hablan de cincuenta mil kilos de bombas. Puede ser cierto. No lo sé. Tenga en cuenta que algunos despegamos desde Burgos, otros desde Vitoria, luego estaban los italianos... ¡Por qué nadie habla de los italianos en Guernica!

—No se descentre, señor Hafner. Le aseguro que, si tuviera delante a un italiano que bombardeó Guernica, le haría las mismas preguntas.

—Este momento cumbre que usted estaba esperando... lamento que vaya a resultarle decepcionante. Fue muy breve, no puedo recrearlo demasiado. Llegué a Guernica, me acerqué, me puse encima de lo que consideré casas todavía indemnes y arrojé mis bombas. Después, di media vuelta y ametrallé a la gente que corría en dirección al monte. Eso es todo. —Hafner coloca las palmas de las manos hacia arriba, en señal de que no tiene nada más que ofrecer.

—¿Eso es todo? ¡Eso es todo!

—Sí, eso es todo. —Sosegado, esboza una sonrisa ante la indignación de Julia.

—¿Ametralló a quienes intentaban ponerse a salvo en el monte?

—Sí, creo que se lo he dicho con claridad. Arrojé las bombas, di media vuelta y, antes de regresar a Burgos, volé bajo para ametrallar a quienes huían. Debíamos arrasarlo todo. ¿Por qué le altera tanto lo de la metralla?

—Gente inocente corriendo. Mujeres, niños, ancianos... Y usted disparó a matar. —Julia se ha puesto de pie de nuevo, pero ahora da

vueltas alrededor del salón. Se acerca a uno de los balcones. La calle está repleta de mujeres, niños y ancianos; de jóvenes en las terrazas. Mira al cielo e imagina la llegada de un avión que dispara sobre todos ellos—. ¿Sabe lo que estoy pensando?

—Sí, creo que sí. —Hafner también mira por la ventana antes de contestar—. Supongo que aquel día, en Guernica, la gente que murió sería muy parecida a esa. Podría haber sido peor. Como sabe y he mencionado, el alcalde de la ciudad, aquella mañana, canceló el mercado que iba a abrirse por la tarde.

—Murió muchísima gente. Hubo gente que no se enteró de que el mercado se había cancelado. —Vuelve a pensar en la madre de Ramón.

—Es imposible acercarse a la cifra real. Los periódicos del enemigo, y los periódicos de todo el mundo contagiados por los periódicos del enemigo, llegaron a hablar de miles de muertos. No lo creo. Hay estudios más serios, más recientes, que hablan de unos trescientos. Quizá eso se acerque más a la realidad.

—Señorita Julia, en su guerra, en la guerra española, se lo repito, hubo bombardeos más crueles que el de Guernica. Bombardeos con muchísimas más víctimas. Pero no hubo ninguno con tanta propaganda. Y luego está el dichoso cuadro de Picasso, con esas figuras tan feas. Nunca me ha gustado Picasso. Ah, no piense que me refiero al tema del cuadro. Si hubiera hecho un buen cuadro, lo diría. Me refiero a su estilo, al cubismo, a esas líneas tan rígidas y angulosas. Soy un clásico, me gusta la escuela holandesa, los pintores españoles del siglo XVII...

—Le miro y... no sé ni qué decirle. No sé ni cómo se dice lo que pienso de usted.

—Supongo que es normal. Pero me alegro. ¿Sabe por qué? Dentro de muchos años, cuando usted recuerde esta entrevista, sentirá paz

por haber experimentado esas ganas de vomitar. Estará orgullosa de sí misma, de su... ¿humanidad? Usted se sentirá humana, lo llamará así, llámelo como quiera. Tendrá razón solo en una cosa: estuvo viva, se manchó, se atrevió. Se lo reconozco desde la más absoluta discrepancia.

—¿Se puede discrepar sobre matar o dejar vivir? Por mucho que haya pasado el tiempo, por muy diferentes que hayan sido nuestras educaciones, señor Hafner, usted y yo hemos bebido de la cultura judeocristiana. Y el mandamiento «no matarás» ha formado parte de nuestra vida...

Vuelve la imagen de la madre de Ramón a su cabeza, los lirios blancos en la habitación del hospital. Cree que él, Ramón, habría preferido una conversación así. Fría, severa. Se sabe en el buen camino y se agarra a su recuerdo para evitar la trampa que le tiende la rabia.

—¿Cultura judeocristiana? No me haga reír. ¿En qué tertulia de televisión ha aprendido esa expresión tan ridícula? Eso es como no decir nada. Claro que me eduqué en ese mandamiento. Y sigo fiel a él. He vivido más años en España que usted sin matar a una sola persona, probablemente cometiendo menos acciones inmorales que usted, señorita Julia. Damos vueltas en círculo. Usted se olvida continuamente del contexto. Los asesinos de su abuelo tendrían su propio contexto, sus propias reglas.

—Matar no tiene reglas, señor Hafner. Eso es lo que yo pienso. Matar es simplemente romper la última de las reglas.

—Me recuerda a mi madre. Oh, sí, no ponga cara de desconcierto. Me recuerda mucho a mi madre. A ella nunca le gustó que yo fuera militar. Sabía que llevar ese uniforme, en aquel tiempo, condenaba a morir... o a matar. —Hafner sonríe y la inquiere con cariño, como si estuviera de veras viendo a su madre. Julia recuerda, en cambio, la

ira de su interlocutor cuando ella mojó sin querer en la residencia la fotografía de aquella mujer.

—Supongo que su madre, si viera lo que hizo en Guernica, le diría lo mismo que yo. No por ser madre ni por ser mujer, sino por ser humana. Si hiciéramos una encuesta entre todos los habitantes del mundo, su opinión, la de quienes bombardearon Guernica, sería minoritaria.

—No sea presuntuosa, señorita Julia, no se arrogue la capacidad de decidir por todos los seres humanos del mundo. Pero... dígame: ¿usted quiere ser madre?

—Eh... —Julia siente una puñalada en el estómago.

—¿Está usted bien?

—¿Por qué hace preguntas tan indiscretas? Roza la mala educación.

—¡Yo hago preguntas indiscretas! ¡Tiene usted mucho sentido del humor! —Hafner se inclina y golpea amistosamente la rodilla de Julia.

—Sí, quiero ser madre, pero no entiendo por qué eso es importante ahora.

—Es la mera curiosidad de un amigo.

—Yo no soy su amiga, no se equivoque.

—¿Lo ve? Incluso algo tan aparentemente simple como la amistad es relativo. Yo la creía a usted mi amiga y usted me toma por todo lo contrario. —Hafner iba a volver a golpear amistosamente a Julia, pero ella se reclina para evitarlo.

—Usted dice todo el rato que yo no lo entiendo porque no lo he vivido. También había gente de su tiempo que les consideraba a ustedes unos asesinos. No puedo poner la mano en el fuego por mí misma, pero sí le digo que ojalá yo, de haber vivido entonces, hubiera tenido esa altura moral.

—Es un bonito deseo, pero no es más que eso, un deseo para mantener su conciencia tranquila... y otra expresión rimbombante que nada significa. ¿«Altura moral»? —Hafner se ríe.

—¿Y su conciencia?

—Cumplí las órdenes que recibí lo mejor que pude. Está bastante tranquila... Y añadiría que muy satisfecha.

—Solo tengo una pregunta más, señor Hafner. Si usted hubiera estado en un campo de concentración, ¿habría apretado el botón para activar una cámara de gas con cientos de judíos dentro?

—Disimule un poco mejor. No sea tan barata. No malogre esta entrevista con una pregunta tan burda. Ese es el titular que busca, ¿verdad? Su gran momento. Además, creo que ya se lo dejé caer en otra de nuestras conversaciones... «Gustav Hafner, el último monstruo, se enorgullece del exterminio de los judíos». Póngalo así si le parece, ya le he dicho que iba a apuntarse un buen tanto con esta entrevista.

—Usted no puede pensar eso. No puede. ¿Cómo va a creer que un judío es como un animal enfermo? ¿Cómo va a creer que la genética determina etnias superiores e inferiores? Cómo va a creer, señor Hafner, usted que ha vivido casi medio siglo en una sociedad abierta, que un hombre en silla de ruedas merece la vida menos que usted. —Suena un golpe seco. A Eduardo se le ha caído algo en la cocina.

—No me falte al respeto, señorita. Está simplificando un pensamiento complejo, una ideología compleja. No sea como los de su especie, no sea periodista en el peor de los sentidos. Si fuera tan fácil, ¿por qué millones de alemanes apoyaron al Führer?

—Esa es la gran pregunta. ¿Por qué hubo tanta gente que celebró el asesinato de mi abuelo? —Ahora es Hafner quien se reclina. Lo hace cuando Julia incluye a su abuelo en la conversación.

—No compare los crímenes de unos jóvenes iluminados con las acciones meditadas de un imperio.

—Deme la oportunidad de escribir este reportaje de otra manera. No puedo creer que, a estas alturas, después de haber conocido el mundo que vino después, siga pensando de esa forma.

—¿Me está llamando mentiroso? Retire esas palabras. No he dicho una sola mentira desde que la conozco. Retírelo.

—No es eso, señor Hafner.

—He dicho que lo retire.

—Debajo de todos esos crímenes, debajo de Guernica, debajo de su... concepción del ser humano —Julia mira a Eduardo—, he visto algunos signos de algo diferente. Muy pequeños, fugaces, ¡minúsculos! Pero los he visto. Y lo que no entiendo es cómo ese algo diferente dejó paso a todo lo demás. —Cierra la libreta y la guarda.

—La próxima vez, cuando me encierren en una celda gracias a su maravilloso reportaje, podríamos mantener una nueva conversación... con un psicoanalista al lado. ¿Qué le parece? Ah, le he dicho que había una sorpresa. —Con el dedo índice y el pulgar, Hafner se frota los ojos—. Vaya a ese armario, está en el primer cajón. Coja el sobre que hay dentro y tráigalo. No sea tímida, ya nos conocemos desde hace tiempo. Ábralo usted misma. Y hágame un favor. Se lo va a llevar, no se ponga a tomar fotografías con su teléfono. Disfrute del momento.

Julia lleva hasta la mesa una carpeta azul de terciopelo. Su abuelo usaba una parecida, un poco más grande, tamaño folio, para guardar los borradores de sus artículos. «Cartapacio», lo llamaba. También, en los últimos años, hablaba de «la fundica». «Pásame la fundica, *maitia»,* le decía a su nieta. El terciopelo está ajado, con la mera caricia se le nota un pasado muy largo. Julia se percata de que

solo el toque de los dedos deshace la superficie como si fuera uno de esos pasteles de hojaldre fino, finísimo, que vendían en una pequeña tienda del paseo de La Concha. «Cuando tengo mucha hambre, *aitona,* me imagino que toda esa barandilla blanca es de nata». Dentro de la carpeta hay algo más duro, unos papeles, quizá unas fotos.

—Venga, señorita Julia. Láncese. Ya tendría que haber imaginado qué hay dentro.

El sobre se abre con un cierre de metal oscuro, una mezcla de negro y marrón. *¡Mierda!* Se corta la yema del dedo. Chupa las gotas de sangre que empiezan a brotar.

—No se preocupe por eso. Lo sé por mis hijos, usted está vacunada ante posibles infecciones.

Julia vuelca el contenido en la mesa. Caen unas fotografías.

—Pero siéntese, no esté de pie.

Julia ha dejado de oír a Hafner. Lo único que escucha en su cabeza es el motor de un avión. Los gritos. Oye el grito ahogado de una mujer. No ve su cara, no se la imagina, pero es la madre de Ramón. Va tocando las fotos una a una con el dedo índice de la mano derecha, el mismo que se ha cortado. También se olvida de eso. Las gotas rojas van serpenteando sobre el blanco y el negro de las fotografías.

—Pero... esto qué es —se pregunta Julia en voz alta.

—Exactamente lo que está pensando. El bombardeo de Guernica. Cuando las publique, podrá irse de vacaciones unos días. Quizá unos meses. Le deberá su mayor ascenso profesional a un criminal de guerra, a un asesino cruel e inhumano. Antes lo ha dicho así, ¿verdad? ¡Y sin arquear las cejas! Eso es la democracia. Se pueden decir todas esas barbaridades como el que dice la hora.

La sorpresa no lleva a Julia a dudar de la veracidad de las imágenes. Nunca ha estado en Guernica, pero sabe que es Guernica. Lo sabe porque siente que, a través de su mirada, está llegando a ese lugar que primero describió el hijo de Ramón desde la tierra y después Hafner desde el cielo. No ve nada porque solo atisba casas de cal blanca, fábricas de tejados alargados y decenas de metros de campo. Pero lo ve todo. Ve a Ramón con un palillo en la boca, en vertical, para que no le revienten los tímpanos. Ve a su madre enfrente, con los ojos fijos en él, esperando a que todo termine. Y termina. Bum.

Las últimas fotos, como si alguien hubiera apretado un botón, *¡es que apretaron el botón!,* muestran el mismo pueblo teñido de negro. La cal blanca ha dejado paso a los círculos oscuros, como si la imagen, en lugar de estar tomada de arriba hacia abajo, estuviera tomada de abajo hacia el espacio. No siente la necesidad de coger el móvil y hacer fotos de las fotos. Se sienta en la silla, las coloca sobre su regazo y las va pasando una tras otra. No se atreve a mirar a Hafner, al que supone disfrutando del impacto. Está tentada de levantarse y marcharse. Sin decir adiós, sin decir nada. Ya está, esto es todo. La violencia ha cerrado su círculo y ha ido quemando a los que se han interpuesto en su camino. A millones de hombres; a hombres solos, con nombre y apellido, perseguidos por una idea que ha ido mutando su identidad, pero que es la misma: el exterminio de la diferencia, la intolerancia ante el desempate. Julia piensa estas cosas y vuelve a sorprenderse a sí misma porque sus ganas de marcharse no son pánicas ni urgentes. De hecho, van acompasadas de una respiración sosegada, similar a la que precede al sueño.

Muy poco después de conocer a Ramón, aprendió que lo que estaba haciendo inconscientemente era utilizar ese descubrimiento concreto —la identidad de Hafner, la identidad de Lander— para

descifrar el corazón tenebroso de algo mucho más complejo: el asesinato. Ahora que ha llegado al final, ahora que ha leído a Arendt, ahora que ha conocido a los asesinos, ahora que ha viajado por las heridas de las víctimas, ahora que se ha conocido a sí misma mejor que nunca... Ahora, sentada en una silla de un piso de Alcalá de Henares bajo la mirada de un militar nacionalsocialista, se convence de que es imposible alcanzar lo que perseguía. No sabe cuáles son los mecanismos que ponen en funcionamiento la brújula del asesino. La educación, la política, la religión, el desamor, la inseguridad, la sed de reconocimiento, el poder... Todo parece explicarlo, pero llegada a este punto de la historia, sabe que nada de eso lo explica de veras. Julia —concluye mientras alza la mirada y encuentra los ojos grisáceos de Hafner— ha aprendido un par de cosas: el asesinato deja dos deseos en los seres amados de la víctima. El deseo de venganza y el deseo de justicia. Por motivos que también desconoce, todos quieren justicia, pero solo algunos quieren también venganza. Ella quiso las dos cosas, pero la salvó la casualidad. Ahora ha decidido conformarse con la justicia, pero no sabe si va a ser posible. ¿Y si muere Iván? ¿Qué pasaría dentro de ella con esa nueva víctima? ¿Volvería a estar absorbida por las fuerzas motrices de la justicia y la venganza? Piensa en Iván, lo imagina inconsciente en el hospital francés, y comienza a desterrar el sosiego. Nota la llamarada en el estómago, nota cómo se clava las uñas en las piernas. Hafner está hablando, pero no lo escucha. Las palabras están ahí, flotando en el aire; Julia no las descifra. Suenan como la música que está puesta en los bares. Uno puede repetir la última frase de la canción, pero no sabe qué significa.

—Es una pena que no guardara las fotografías de después. Como empecé a contarle, mis compañeros y yo pusimos pie en Guernica cuando se había relajado la situación y los nuestros controlaban por

completo el lugar. Apenas había gente por la calle y quienes trabajaban en tareas de reconstrucción desaparecían a nuestro paso. Recuerdo el ruido de las persianas, el golpear de las contraventanas. Vimos máquinas de coser que se habían disuelto en el fuego. Colchones de muelles en mitad de la carretera. Un hombre gritó: «¡Asesinos!». Y desapareció como los demás que desaparecían voluntariamente. No piense, señorita Julia, que aquel paseo fue un ejercicio de... No me sale la palabra. Un ejercicio de... regodeo —pronuncia con dificultad la erre, como si saliera de su boca después de resbalar entre los dientes—. No, nada de eso. Fuimos a Guernica porque queríamos comprobar con exactitud el alcance de nuestra operación. El balance fue satisfactorio. En realidad, muchos de los pilotos no teníamos nada que hacer allí, pero nuestros superiores nos llevaron para recompensar el esfuerzo.

»¿Ha estado usted en Guernica, señorita Julia? Es vasca, supongo que sí. No deben de ser más de dos horas desde San Sebastián. Además, basta pisar Guernica para saber que es un lugar sagrado para los vascos. Mentiría si no le dijera que me impresionó lo del dichoso árbol. La Casa de Juntas. Y el árbol sagrado de Guernica ahí, en pie, inmortal. ¿Cómo fue posible? Es un árbol que... ¿«induce»? ¿Se dice así? Creo que sí. Induce. Es un árbol que induce al susurro. Nos quedamos ahí mirando, susurrando entre nosotros. Nos lo explicó el nuevo alcalde, que ya ejercía el mando por orden del general Mola. Todo eso de «la democracia más vieja del mundo», «las libertades y los derechos de los vascos en pie desde el siglo XV»... Hoy me gusta menos la mitología, pero entonces me encantaba. Por la cara que pusieron mis compañeros, diría que a ellos también les interesó aquella historia del árbol mágico y simbólico. Entramos en la Casa de Juntas. ¡Hasta firmamos

en el libro de visitas! Usted no se lo creerá, pero ya lo creo que firmamos. Fuimos respetuosos.

»Señorita Julia, nosotros sabemos separar ocio y trabajo. Igual que herr Himmler, que vio una corrida de toros en España y no le gustó... ¡porque le pareció sangrienta! Tiene gracia, ¿no cree? Los toros le parecieron sangrientos a herr Himmler. Pepe Luis Vázquez era uno de los toreros de aquel día. ¿Cómo no pudo disfrutar? A mí sí que me gustan los toros. ¿Y a usted? No hay manera de que me conteste, ¿eh? Se preguntará usted si he vuelto a Guernica. Pues no, no he vuelto. Sé que mis hijos han estado. Sería un buen ejercicio ir allí y comprobar qué ha pasado con nuestras firmas. ¿Se conservará intacto el libro de visitas?

»Luego fuimos a una fábrica a las afueras del pueblo y encargamos las pistolas que le dije. Entre ellas estaba la que utilizaron para matar por primera vez los terroristas que asesinaron a su abuelo. Sería mucha casualidad, y es imposible que sea así porque había pasado mucho tiempo, pero... ¿y si a su abuelo lo mataron con una de las pistolas que nosotros compramos exactamente ese día? Estaríamos unidos para siempre en lo más íntimo. —Julia deja las fotos sobre la mesa, pero las sigue mirando —. ¿No dice nada? ¿Ve como se trataba del mejor regalo que podía esperar? ¿Ahora ya puede llamarme amigo? —Hafner le tiende la mano.

—Ahora ya puedo convencerme de que estaba equivocada. —No estrecha su mano—. Mis dudas no tenían sentido. No existe en usted ni una sola gota que salvar. —Julia se pone de pie y lo mira desde arriba.

—Muy bien, señorita Julia, muy bien... Hemos llegado exactamente adonde yo quería. ¿Ve cómo es posible dejar de considerar humano a un semejante? Usted lo ha hecho con mucha

más facilidad que yo. Lo ha hecho en el siglo XXI, ¡el siglo de la paz!, en un país donde ya nadie mata por sus ideas. —Hafner se pone de pie y ahora es él quien mira a Julia ligeramente desde arriba.

—Deje de decir eso. Yo no soy como usted. —Se da la vuelta y se acerca a uno de los balcones. Julia quiere acabar con la conversación.

—El asesinato de su abuelo, mirado desde cierto punto de vista, no quiero decir que acertado, tuvo una utilidad política. Para gente que no piensa como usted, pero la tuvo. Esa voz... desapareció.

—¡Cállese de una puta vez! —Por un segundo, agarra a Hafner de la camisa, pero lo suelta como si hubiera metido las manos en el fuego—. ¡Silencio!

—¿Lo siente? ¿Lo experimenta con nitidez? —Suelta una carcajada —. Ha prometido que iba a mancharse, que iba a vivir esto de verdad. ¿Nota esas ganas de violencia? Siga por ese camino. Piense, no sé, imagine que yo hubiera matado a su abuelo. Máteme. ¿Por qué no? Podría hacerlo y nadie se lo tendría en cuenta. Ni siquiera yo mismo. Mi hijo Eduardo se lo agradecería y a mi hija Amelia se le pasaría en unos cuantos meses. ¡Máteme! No lo va a hacer, claro que no lo va a hacer, pero solo piénselo. ¡Piense en matarme! Piense qué sentiría al hacerlo y qué sentiría después.

Una sirena se interpone entre los dos y los separa como si fueran las caras contrapuestas de dos imanes. Julia se asoma al balcón y ve a lo lejos, a la altura de la plaza de Cervantes, dos coches de policía que se adentran en la calle Mayor. No sabe si vienen a por ella o a por Hafner, pero cuando los vean, se llevarán a los dos. *Ahora no, joder, ¡ahora no!* Cierra las ventanas y se da la vuelta. Ve a Eduardo junto a la mesa y las fotos. Está hablando por teléfono.

—Era Amelia. Nos han encontrado. Es cuestión de minutos.

Julia detiene la grabación y envía el archivo a Clara. Mete las fotos en el cartapacio y lo esconde entre la tripa y el pantalón, bajo la camiseta. Mira a la ventana, a los balcones; mira a la puerta. Recorre la casa lo más rápido que puede. Las habitaciones, el baño.

—Julia, no hay patio interior, no hay manera de salir de aquí si no es por el portal —le dice Eduardo, que la va siguiendo en su silla.

Regresa al salón, se asoma al balcón. La policía, poco a poco, se va acercando. Dos agentes, junto al portal, parecen estar terminando de diseñar el operativo. Julia nota un empujón que la lanza hacia fuera. Se agarra a la barandilla, que se le clava en la tripa y le provoca un dolor agudo, como el de los balonazos que dejan sin respiración. Después, un escalofrío metálico en la sien, y luego, el grito coral de la calle, como si gritara por sí sola, como si la acera de las terrazas fuera un solo hombre. Tarda unos segundos en darse cuenta. Lo primero que ve es el brazo pálido y huesudo de Hafner rodeando su cuello. Al final, una pistola.

—¡Si cruzáis la puerta de esta casa, la chica está muerta! Y usted, señorita Julia —dice bajando la voz, hablándole al oído—, ya ve que tengo todavía mejor salud de lo que usted creía. Podría arriesgarse; podría ponerme a prueba, intentar liberarse y quizá lo consiguiera, pero en cuanto note un ligero movimiento, disparo. ¡Eduardo! —vuelve a gritar—. Sé lo que estás pensando. Si oigo el crujir de la silla, también disparo. Y ahora, señorita, un paso atrás. Eso es, eso es... Otro paso atrás.

Hafner cierra las puertas y las contraventanas del balcón. Eduardo se aleja hacia la cocina después de que su padre se lo pida displicentemente con el mentón.

—Señor Hafner, esto no tiene ningún sentido.

—No hay quien la entienda. Si encajo en la descripción que usted ha hecho de mí hace un momento, lo normal sería que esto tuviera

mucho sentido y que yo no tuviera escrúpulos en matarla. Es más, un simple disparo daría sentido a todo esto. ¿Por qué voy a renunciar a dispararle si es algo que, según usted, va en mi condición? No puedo fiarme de usted, pero me encantaría enseñarle bien esta pistola: una Luger P08. Son tantos recuerdos... Iba a hacerlo después de entregarle las fotos. También se la iba a regalar, pero ha debido de ser la providencia. Todavía tenía una última función.

—No va a matarme, usted lo sabe, señor Hafner. Deje de hacer teatro.

—Oh, no. Yo no lo sé. Solo lo sabe la policía. De ellos depende. Para mí, matar, como le he dicho antes, es un ejercicio absolutamente racional. Lo hice porque tenía un sentido y ahora lo haré si también lo tiene.

—¿Y no es mejor que nos pongamos de acuerdo para intentar salir de aquí?

—Es imposible salir de aquí, usted lo sabe. No malgastemos los últimos minutos de conversación. Lo estábamos pasando bien. Lo estábamos pasando... muy bien.

—Señor Hafner, hace un rato me ha dejado entrever que no le importa nada de lo que le pueda suceder. Esto es absurdo.

—Si me llevan, me humillan y me interrogan, no me estarán humillando a mí, sino a todo un Estado, a una idea. Ese es el patriotismo que hoy ustedes no pueden entender. Lo de dar la vida por una idea... ¿A que no lo había visto en directo? Pues lo va a ver. ¿Dispararán a un pobre anciano si la mato antes? ¿Hasta dónde llega la democracia?

Conforme hablan, caminan hacia la puerta de la casa. Se colocan frente a ella, a una distancia de dos o tres metros. Eduardo los mira desde la cocina. Julia percibe el brillo de un cuchillo entre sus

manos, pero no cree que pueda utilizarlo. También le cuesta creer que Hafner vaya en serio. Sin embargo, la presión de la pistola en la cabeza la va sumiendo poco a poco en la duda. Su lado más emocional le dice que Hafner le ha cogido cariño, que sería incapaz de disparar. Su lado más racional, más periodístico quizá, le dice que un asesino nunca deja de serlo y que, además, a estas alturas, ¿qué más le da?

Su mente burbujea sin sentido. Primero, para tranquilizarse, se dice que la peor de las opciones, la muerte, no sería para tanto. Piensa en su abuelo, en las broncas con su padre, en la dificultad de condenar a Lander, en la posible muerte de Iván, en su aparente incapacidad para amar. ¿No es eso lo que le pasa? La incapacidad de amar. Julia procura convencerse a sí misma del pensamiento que lleva intentando ahuyentar desde hace veinte años: toda ella es una herida, toda ella es una navaja que desgarra a quien se acerca. Ahora, ese pensamiento no le produce dolor; la anestesia.

Pero cuando cree que lo ha conseguido, resuena en su cabeza la voz de su madre. Cuando se cerciora de que quizá no sea un mal final, siente en su tripa los dedos de Iván; la caricia de un futuro que abra un abismo con lo sucedido hasta ahora. Un niño pequeño que corre, un piso con plantas que hay que regar, una librería de confianza, una foto de Ramón en una cómoda, la lectura de los artículos de su abuelo en las noches de insomnio, el primer baño en La Concha como tarde en mayo, el abrazo de su madre, el beso conciliador en la cabeza de su padre. Tantas cosas.

—Señor Hafner —agarra su brazo con la mano e intenta desasirse —, déjeme, ¡suélteme!

—Quieta. —Aprieta la punta de la pistola contra la cabeza de Julia —. Mantenga la compostura un minuto más. ¿No lo oye? Ya están aquí.

Un golpe en la puerta. Otro golpe. Con el tercero, un ruido seco. La puerta se abre. Tres agentes se amontonan en el umbral.

—Pasen, hombre, pasen, no sean tímidos. Están en su casa —los saluda Hafner. Con un paso disciplinado y metódico que trasluce muchas horas de entrenamiento, los agentes se disponen en horizontal—. No hacía falta tanto. Se han puesto sus mejores galas, muchas gracias, pero solo soy un pobre anciano. Estoy cansado. Acabemos con esto cuanto antes.

Julia intenta leer en los agentes si la tranquilidad se impone a la tensión. Uno de ellos quiere transmitirle calma asintiendo con la cabeza. O eso quiere creer ella. Sostienen un arma. Apuntan a Hafner. El que está en el centro dice:

—Señor Hafner, suelte el arma. No va a pasar nada. Suelte el arma, deje a la chica. Después, uno de nosotros se acercará a usted. Repito, no va a pasar nada. Voy a contar hasta diez. Tiene diez segundos. No vamos a esperar más. ¿De acuerdo?

10, 9, 8. Julia aprieta la mano de Hafner. 7, 6, 5. Julia acaricia los dedos de Hafner a modo de súplica. 4, 3, 2. Julia le clava las uñas. 1. Julia tiene tiempo en un segundo para pensar en la plasticidad del tiempo, en todo lo que cabe dentro de un segundo, como si fueran estrellas capaces de encerrar otra dimensión. En diez segundos se ha imaginado los dos desenlaces posibles con extremada transparencia. Se ha visto tumbada en el suelo, con los ojos mirando al techo sin mirar en realidad a ningún sitio. También ha visto a Hafner muerto, mirando sin mirar, tumbado de la misma manera que ella, tapado por una sábana dorada de la misma manera que ella, provocando en los agentes el mismo gesto anodino que ella. ¿Y si tiene razón Hafner? ¿Y si no fueran tan distintos?

El mismo agente que ha dado las instrucciones da un paso al frente. Hafner eleva la voz. Ya no hay ironía. Ya no hay una sonrisa

que cuelgue de cada una de sus frases.

—¿Piensan que no voy en serio? ¡Atrás! —Julia nota la boca de Hafner rozando su oreja—. Confíe en mí. Confíe en mí, ya lo verá.

Un disparo. ¿Cuántos segundos puede durar un segundo? Julia ve al policía retroceder hasta situarse en línea horizontal con sus compañeros. Piensa que no le han disparado a ella. Y, de pronto, en lo que tarda en acabar ese segundo, aparece el dolor como el río que rompe una presa. Ve puntos negros, luego puntos de colores. Se marea. No sabe dónde le duele; le duele por todas partes. Al mirar el suelo, ve la sangre. Es su pie derecho. La zapatilla blanca se va tiñendo de rojo. Julia grita. Se escucha gritar a sí misma. Comienza a verlo todo como si ella estuviera mirando por la ventana.

—Confíe en mí —escucha de nuevo en el oído—. Ahora, pida lo que necesite.

—¡Óscar! ¡Óscar! ¡Por favor, que venga Óscar! ¡Ya! No disparen, no disparen. Por favor, Óscar. En Interior, saben. Óscar, Óscar... Él sabe cómo sacarme de aquí.

Ante la cara de circunstancias de los agentes, Hafner añade con la misma voz firme de antes:

—Ya lo han oído. Que venga Óscar. Aquí lo esperamos.

El piso se vacía y solo la respiración entrecortada de Julia quiebra el silencio.

—Necesito sentarme, estoy cansado —dice Hafner antes de soltar a Julia, que se desploma.

Eduardo se acerca con la mayor rapidez que puede. El viejo apoya la pistola en la mesa y pide a su hijo que traiga una toalla del baño.

—Ayúdala a que se quite la zapatilla. Acércala y que apoye la pierna en la mesa. Yo le haré el torniquete. Pon un poco más de luz, busca una lámpara o algo parecido.

Con las contraventanas cerradas, las dos pequeñas bombillas que cuelgan de los extremos del techo no bastan para alumbrar con fuerza el salón. La habitación está a medias, con esa luz blanquecina, como la sala de espera de un hospital por la noche.

Julia grita ahora de rabia:

—¡Joder! ¡Estás loco, hijo de puta! ¡Estás loco!

Hafner estira la mano y le pide que se acerque con un movimiento acompasado de los dedos.

—Señorita Julia, sé que es doloroso, pero lo he hecho por usted, créame. Solo le he mentido una vez desde que nos conocemos y ha sido para sacarla de aquí. A mí me van a coger de cualquier modo, pero usted tiene la oportunidad de salir ganando. ¿No lo ve?

Eduardo, desde su silla, extiende los brazos para ayudar a Julia a levantarse. Por un momento, se le cae encima, pero la acaba sosteniendo.

—Tranquila, tranquila... Ey, mírame, Julia, sé que no sirve de nada, pero al mismo tiempo sé que solo eso puede calmar el dolor cuando no hay otra opción. Respira, respira, respira... —le dice Eduardo.

Julia va a reaccionar como se reacciona cuando se reciben consejos así en situaciones así, pero Eduardo, que lo percibe, le enseña una cicatriz en el centro de la mano derecha y apunta a su padre con la cabeza. Ella comprende, logra erguirse y camina hacia la mesa. Arrastra el pie dejando un hilo de sangre por donde pisa. La zapatilla blanca ya es de un granate desvaído. Respira lo más profundo que puede y concentra sus esfuerzos en dar pasos grandes.

—Siéntese y apoye el pie en la mesa. Yo haré el resto. Puede estar tranquila. Saldrá bien. Pronto estará con un médico. —Hafner pone las palmas de las manos hacia arriba y acerca su silla a la de Julia. La pistola está a pocos centímetros. Él se da cuenta de que ella no

responde y de que mira fijamente a la pistola mientras se desabrocha los cordones—. Ah, por esto no se preocupe. En eso no le he mentido. Igual que las fotos y el uniforme, el arma también será suya. Ya lo verá, dentro de muy poco tiempo, estando un día en su casa, probablemente en un atardecer, mirará la pistola y me recordará con un afecto desagradable e involuntario. Muy poca gente guarda en su casa un arma que le ha provocado una herida de bala. Pero usted no es como los demás, señorita Julia, es un poco... maso... masoquista. ¿Se dice así?

—Óscar trabaja para el Gobierno. Es la persona que puede solucionar esto. —Julia sigue concentrando su mirada en la pistola. No quiere mirar a los ojos de Hafner, pero tampoco quiere ver su pie ensangrentado.

—Pronuncie frases más largas, señorita. Así se mantendrá consciente. No lo haga por mí, hágalo por usted. Necesita estar despierta para la conversación que viene ahora. Un último esfuerzo. Déjeme ver, no tiene mala pinta... ¡Tú! Unas pinzas o algo parecido, busca en la cocina. Y otra toalla para limpiar. —Se dirige a Eduardo, que lo mira con desdén, pero actúa con rapidez, probablemente por ayudar a Julia.

—Creo que me estoy mareando.

—Tome, muerda esto mientras tanto, pero no cierre los ojos.

—Eduardo, por favor, ¿puedes vigilar por una rendija de la contraventana? —le pregunta Julia—. Óscar es un hombre alto, moreno, de espalda ancha.

—¡Le he dicho que muerda! —Hafner retoma el tono que ha utilizado con los agentes. Está inclinado sobre Julia con unas pinzas de madera que su hijo ha traído de la cocina—. ¿Ve como no tiene mala pinta? ¿Ve como tampoco le mentí cuando le hablé de mi

destreza? La trayectoria de la bala es muy superficial, muy lateral. Mire, mire qué maravilla... ¡Aquí está! —La acerca a los ojos de Julia.

—Joder, joder, joder.

Julia no acierta a decir otra cosa. Ve bien lo que está lejos, pero ve borrosa la bala, cobriza, a pocos centímetros de sus ojos. Muerde la toalla para enfrentar el dolor que le provoca la limpieza de la herida. Recuerda cuando clavaba los dientes en la almohada durante las noches de insomnio. Por fortuna, el cuerpo inclinado de Hafner tapa su pie. La toalla azul ha ennegrecido.

—Recuerde pedirle antibiótico al médico. La pena es no tener un fuerte analgésico a mano...

—Qué has hecho, qué has hecho... —Eduardo no grita, pero alza la voz respecto a su tono normal y le apunta con el dedo. Julia, pese a su dolor, atisba la tensión del hijo en esa mano que tiembla; en esa voz que quiere transmitir firmeza pero se quiebra en todas las palabras de la frase que pretendía ser un disparo.

—Nadie te ha dado la palabra. Cállate.

—He pensado en matarte muchas veces, pero va a ser mucho más placentero que quiera matarte un país entero. —Aprieta las manos en los reposabrazos de su silla, pero ni siquiera así puede esconder el temblor.

—Eso es una excusa, Eduardo. —Vuelve Hafner a su ironía tradicional—. Nunca habrías tenido valor. Hay que tener mucho valor para matar a quien se desea matar. Mira a Julia Mendieta, tan valiente, tan impetuosa... y no ha pensado siquiera en matarme.

—Si vuelve a hablarle así, le pego un tiro. —Con un golpe de espalda, Julia coge la pistola y apunta a Hafner—. Yo también voy a cumplir con mi palabra. Si yo me movía, me pegaba un tiro. Si usted le vuelve a hablar así, disparo.

—¿Qué es lo que siente? ¿Alguna vez había tenido un arma en la mano? Tan parecidos, Julia Mendieta, tan parecidos.

Julia no responde. Intenta respirar hondo, pero es como si tuviera un caballo galopando en el estómago. El corazón empieza a recorrer los raíles de la garganta, sufre un mareo repentino, pero agita la cabeza y respira con fuerza. Hafner guarda silencio en lo que ella presiente como una señal de respeto. Eduardo calla concentrado junto a la contraventana, como si la escena anterior se hubiera fundido con un pasado que ella no conoce pero adivina.

No sabe qué hora es. No sabe si quiere que haya pasado poco tiempo desde que llegó o que haya transcurrido mucho. Piensa por un momento en Marcos y Clara. Los imagina disimulando en una terraza cercana al cordón policial. Se concentra en su miedo para ahuyentar el suyo. ¿Qué habrán pensado al verla asomada al balcón con una pistola en la cabeza? Esa cabeza, ahora, empieza a funcionar. Consigue analizar los distintos escenarios. Está segura de que ya hay debajo varias cámaras de televisión. *¿Cuándo habrán llegado?* De lo que no le cabe duda es de que Rivas ya estará explotando que una de sus periodistas se encuentre retenida de esta manera. Sigue respirando. Se va olvidando poco a poco del dolor. Está ahí, pero lo ha aparcado en algún lugar de la conciencia. Juega a imaginar los titulares de cada periódico, sobre todo los del suyo. Juega a reproducir en su cabeza los rostros y las voces de los presentadores de radio y televisión.

¿Y ella? ¿Cómo escribirá esto? ¿Tiene ganas de escribirlo? Le dará pudor, está segura, ambientar la entrevista. Sabe que no podrá relatar su conversación con Hafner eludiendo lo que ha pasado antes y después, pero pensar en eso la intranquiliza. Aprendió con Ferrándiz a relegar la primera persona a las ocasiones especiales. «¡Mendieta! ¿Y esta no es una ocasión especial?», le diría si siguiera

siendo su jefe. Desde que se fue, en la anarquía en que ha caído el periódico, le toca decidir sola. Mira al techo. Elabora distintos arranques. Duda. Vuelve a empezar. Se desconcentra. Iván, sus padres. Un hospital en Francia. Iván muerto, Iván vivo. Lander saliendo de un calabozo. Sonríe, Igor le espera fuera. Lander entrando en un calabozo.

—Ya está. Creo que es él, Óscar. Está subiendo —avisa Eduardo, que conduce su silla hasta colocarse a un lado de Julia, en el extremo opuesto al que está su padre. Los tres mirando a la puerta. Julia con el pie en alto, envuelto en la toalla. Hafner frotándose las manos con otra toalla; no se le va ese color granate por mucho que se empeña. Un ruido desagradable, como de tenedor arañando un plato, precede la entrada de Óscar en el salón. La puerta había quedado encajada pero rota tras la marcha de los policías.

—Cierre la puerta en la medida de lo posible. No quiero trucos. Ahora acérquese y escuche. —Hafner no se levanta. Parece exhausto y, además, está desarmado, lo que no parece preocuparle. Óscar, que se da cuenta, mira a Julia como proponiéndole algún tipo de maniobra—. No haga el idiota, la señorita Julia y yo estamos juntos en esto. ¿Le ha gustado el teatro? Haga lo que ella le pida y acabemos. Yo me iré con ustedes, puede estar tranquilo, podrá incluso presumir de haberme puesto las esposas.

—Julia, no entiendo, ¿esto qué es? —Óscar los mira desde arriba —. Oye, ¿estás bien? —Viste tan despreocupadamente como aquel día en que se hizo pasar por un turista extranjero en San Sebastián. Dirige los ojos a su pie.

—Óscar, solo quiero una cosa, ya sabes cuál es.

Intenta descifrar qué Óscar tiene enfrente: el asesor del ministro del Interior que la perseguía para obtener a cualquier precio la identidad de la fuente que filtraba información a Rivas; o el Óscar

que la rescató en el tiroteo de Hendaya y la llevó a casa de sus padres.

—Yo no puedo darte eso. A estas alturas, me da igual. He sido apartado de todo. —Incómodo al tener que mirarlos de arriba abajo, agarra una silla y se sienta delante de ellos.

—Tú no puedes dármelo, pero sí puedes traer aquí a la persona capaz de hacerlo. Llama al juez Almansa y dile que venga. Llama a Francia y di que fuiste testigo del tiroteo, acusa a Lander Latasa. Vincúlalo con el asesinato de mi abuelo. —Vuelven los mareos. Julia se agota al hablar. No al pensar, pero sí al hablar.

—Julia, no puedo conseguir que...

—¡Claro que puedes! Solo quieren a Hafner. Dáselo a cambio; están desesperados. Lo necesitan ahora más que nunca. Porque toda esta gente que está abajo, toda la gente que tiene la tele puesta, quiere conocer su historia. Darían cualquier cosa para prolongar el espectáculo. No me hagas hablar más, joder, ¡hazlo! —Julia da una cabezada; Eduardo la sostiene.

—El Gobierno cree que Gustav Hafner te tiene a ti como rehén. ¿Para qué cojones va a querer él al juez Almansa?

—Oh, dígales que Julia Mendieta es quien manda y que no va a dudar en pegarme un tiro si no le dan lo que pide —interviene Hafner, que lanza la toalla al suelo para que Óscar vea la sangre con más claridad.

—Pero...

—Se lo creerán, claro que se lo creerán. Porque pensarán que ella ha aceptado pegarse un tiro para hacer ¿verosímil?, ¿se dice así?, para hacer verosímil la simulación. Nadie en este tiempo está dispuesto a pegarse un tiro por algo que desea. Pero, si piensan que ella ha sido capaz, creerán que me disparará a mí. No tiene que darme las gracias, señorita Julia. —La mira a ella—. Si se lo hubiese

propuesto, si le hubiese dado a usted la oportunidad de decidirlo, no habría aceptado dispararse. Pero ha ganado. Ya ha ganado, tenga paciencia. Tómeselo como el último regalo de un viejo amigo. Señor... ¿cómo ha dicho que se llamaba usted?

—Óscar.

Julia, y seguro que Hafner también, saben que no es una muestra de confianza, sino la voluntad de esconder el apellido.

—Llama al juez o disparo. ¿Mejor si lo digo yo? —musita Julia.

Óscar saca el teléfono. Julia pierde el conocimiento. La imagen del salón, borrosa, ha seguido desdibujándose esta vez como si le hubiera caído encima un vaso de agua. Julia siente algo parecido a lo que sentía cuando sumergía la cabeza en el primer baño del verano en La Concha. El frío primero, después la realidad convertida en un amorfo azul, blanco y dorado. Después, cerrar los ojos... y no ver nada.

Saca la cabeza a la superficie de la realidad con las palmadas de Óscar en su cara y el agua fría que le cae por la nuca desde un vaso sostenido por Eduardo.

—Julia, Julia, ¡Julia! —le dice Óscar—. Tienes que estar despierta. Almansa acaba de pasar el cordón policial. Estará aquí en dos minutos. Debe verte fuerte. Piensa que estás al mando, que vas a pegarle un tiro a Hafner si no hace lo que le pides. ¡Julia! ¡Julia! ¿Me entiendes? ¿Sabes dónde estás?

—Sí, sí... Ponedme de pie, ponedme de pie —insiste ante la impasibilidad de los demás—. Óscar, coge un USB que hay en mi bolso y tráemelo.

Julia escucha un pitido en los oídos. Sigue mareada. Mira a la puerta con los brazos estirados hacia atrás y las manos apoyadas

estratégicamente en la mesa para no perder el equilibrio. Guarda el pendrive en uno de sus puños.

Suena la puerta repetidamente, pero esta vez no se abre. Se acerca Óscar para ayudar al magistrado. A Julia le cuesta reconocerlo. Se ha afeitado, lleva el pelo engominado hacia atrás. Camisa blanca de lino y manga corta. Bermudas y una mochila negra. Está segura de que lo han caracterizado así cuidadosamente para que ninguno de los periodistas en torno al edificio pueda percatarse de su identidad. No hay rastro de la seguridad que exhibió ante ella por teléfono; tampoco de la que presumió cuando Marcos lo abordó a las puertas de la Audiencia Nacional. Almansa es ahora, en este instante, un hombre que transpira una mezcla de nervios e indignación.

—No puede ser, no puede ser, no puede ser —repite compulsivamente cuando se topa con los ojos de Julia—. Se lo dije mil veces, Mendieta, no puede ser de esta manera, pero usted es incansable y... yo tenía razón. ¡Tenía razón! Acercarme a usted solo iba a traerme problemas. ¡Esto es un delito! ¡Voy a cometer un delito en contra de mi voluntad!

Almansa da vueltas en círculo. Julia percibe pronto que le incomoda la sangre, como si le trajera recuerdos de escenarios desde hace tiempo inéditos. No la ha vuelto a mirar, pero no ha podido evitar algunos vistazos por el rabillo del ojo en dirección a Hafner y a la pistola que está a unos centímetros de Julia.

—Tendría que estar usted agradecido —le dice ella al descubrir el objeto de su mirada—. Comparte salón con el hombre del momento.

Almansa se repasa con las manos el pelo peinado hacia atrás. Suda. La camisa transparenta varias franjas de su pecho.

—No puede ser, de verdad que no puede ser —repite entrando en un bucle.

—¡Magistrado! ¡Ya está bien! Sabe que no tiene otra salida, así que siéntese y escuche. —Óscar lo agarra por los hombros y le habla con una vehemencia a la que Almansa, piensa Julia por su cara de sorpresa, no está acostumbrado.

—Mendieta, tengo una trayectoria, llevo toda una vida evitando situaciones como es...

—Aunque no lo crea, puede estar tranquilo. No va a prevaricar. Si usted me cree, se librará de este mal rato. Va a evitar la prescripción del asesinato de mi abuelo con una grabación donde el culpable se incrimina. Además, es una grabación legal porque se trata de una conversación entre él y yo. Sí, yo misma la grabé. —Julia pronuncia la frase como una opositora. Llevaba muchas noches ensayando. Varias veces por semana desde que se mudó a Madrid.

—Está usted loca, Mendieta. Está usted totalmente loca.

—Puede que tenga razón, señor Almansa. Siéntese. Escriba, por favor, lo que tenga que escribir. Fírmelo y démelo.

—Estas cosas no se pueden hacer así, ya nadie escribe estos papeles a mano —responde mientras saca el bolígrafo y los folios—. No puedo darle un documento oficial, ¡no puedo darle la única copia de un documento oficial!

—Puede estar usted tranquilo. En cuanto salga de aquí, lo publicaré en el periódico y lo llevaré a su despacho. Le doy mi palabra. Lo sé, lo sé —añade Julia con rapidez ante las negativas gestuales de Almansa—, pero no tiene más que mi palabra. En el USB encontrará la grabación y después escribirá los papeles como corresponda. Yo necesito algo de su puño y letra ahora, ¡ya!, con ese papel timbrado que posponga la prescripción. Algo que le impida a usted dar marcha atrás ante la opinión pública cuando salga de aquí.

—Necesito unos minutos.

—Claro.

Julia entrega el USB a Óscar para que lo deje en el extremo de la mesa donde el juez se ha sentado a escribir. Ella se acerca con el pie a rastras. No se contiene. Quiere leer el papel. No entiende la letra, pero se concentra en el rasgado del bolígrafo sobre el folio.

—Aquí tiene. —Le entrega el documento a Julia y se guarda el USB en uno de los bolsillos—. Me gustaría marcharme ya. —Mira ahora a Óscar.

—Nos marchamos todos...

Julia tiene que leer el primer párrafo una y otra vez. Lo fotografía y lo envía a Clara en lo que ya es una costumbre. No se concentra. Intenta comprender las frases hilvanadas por Almansa, pero su cabeza está en otra parte. En el periódico, escribiendo la noticia. En casa de sus padres, contándoles. En el bar de siempre, en Lavapiés, explicándoles a Marcos y a Clara. En la cama, en la buhardilla, por la noche, contándose a sí misma que al fin sí. Cierra los ojos, pierde el equilibrio; Óscar la sostiene. Acaricia la palma de su propia mano con los dedos. La acaricia de una manera muy determinada. Huele a barquillos. Está segura de que huele a barquillos y de que pasea por el final de la calle Easo, ya cerca de La Concha, sin cambiar de acera. Está en el Topo, cruzando a Francia bajo tierra. Está escuchando cómo vienen las corrientes mañana. Sigue acariciándose la mano. Los dedos resbalan y está segura de que es el aceite después de preparar el bocadillo de bonito, anchoas y piparras. Escucha un ruido seco, pero no le da miedo. Son los fuegos artificiales asomando más allá de la bahía, cuando empiezan las fiestas de Semana Grande. Pum, pum, pum. Está mirando al cielo, en concreto a una estrella. Pum, pum, pum. «Y siempre siempre acuérdate de lo que un día yo escribí pensando en ti como ahora pienso».

—Por favor, todos atentos. —Óscar eleva la voz tras realizar una llamada de teléfono y reclama la atención de Julia con un golpe en su hombro—. ¡Todos atentos! Es importante que salgamos de aquí de la siguiente manera... Primero lo harán el señor Almansa y... —Apunta hacia la silla.

—Eduardo —tercia Julia.

—Primero el magistrado y Eduardo. Se dirigirán rápido hacia la derecha. Habrá una ambulancia esperando tras el cordón policial. Almansa, usted, sin decir nada, aparentará ser un médico. Si no cuela, da igual. Usted no habrá mentido. Se meten en la ambulancia y se acabó. Después, saldrás tú sola, Mendieta. El Gobierno no quiere declaraciones a la salida. Habrá otra ambulancia para ti. Te curarán ahí dentro o te llevarán a un hospital, no lo sé. Por último, yo escoltaré al señor Hafner hasta un furgón de policía.

—¿Y adónde me llevarán? ¿Es una sorpresa? —Hafner camina hacia la puerta y se coloca detrás de Julia. Almansa está delante de ella.

—Si le soy sincero, no lo sé.

—Un momento, mi bolso. ¿Alguien puede acercármelo? Óscar, por favor.

De repente, un disparo. Julia se palpa el cuerpo. Como antes, espera que el dolor la asalte, aparezca en un lugar concreto y luego arrase cada centímetro de su piel. Pero el dolor no aparece por ningún lado. Observa a Almansa, que está justo delante tirado en el suelo. Se ha llevado las manos instintivamente a la cabeza. Óscar, junto a su bolso, mira a Julia. No, no. No la mira a ella. Julia tarda pocos segundos en darse cuenta. Óscar está mirando detrás; está mirando al suelo.

Julia gira sobre sí misma. Eduardo tiene la pistola en la mano. Eduardo se mira las manos. Julia vuelve a mirar a los demás. Lo

nota. Solo están haciendo eso. Mirándose unos a otros; y luego mirando al suelo. Las miradas rebotan en el salón. La bala, ya adivinada por los ojos de Julia, está en la cabeza de Hafner, que yace boca arriba. Él también mira, pero mira sin mirar, como se había imaginado Julia a sí misma cuando era él quien empuñaba el arma.

—¡Joder, yo me voy de aquí! ¡Me voy ya de aquí! —Almansa se levanta como un resorte y corre a la puerta, pero es interceptado por Óscar.

—Señor juez, voy a tener que pedirle una cosa más. Esto ha sido un suicidio. —Almansa tiembla—. Señor Almansa, míreme bien y repita conmigo: «Esto ha sido un suicidio». ¡Esto ha sido un suicidio!

—Pero...

—¡Repita conmigo!

—Esto ha sido un suicidio, esto ha sido un suicidio... Por favor, salgamos ya de aquí. —El juez le suplica tirándole de la camisa.

Óscar quita la pistola de las manos de un Eduardo paralizado y le indica a Almansa que empuje la silla de ruedas a la entrada de la casa. El juez, con las manos temblorosas, mira a Eduardo de la cabeza a las rodillas. Lo escruta. Y él no hace más que palparse las manos. Julia está segura. Eduardo está preguntándose cómo ha sido posible y si vale la pena. Se ve a sí misma corriendo por el puente para empujar a Lander.

—Ustedes dos primero, ya lo saben —dice Óscar—. Después, saldremos Mendieta y yo. Julia, Hafner te ha quitado la pistola cuando íbamos a salir de casa y se ha suicidado. Eso es lo que ha pasado.

—Vale, pero solo una cosa más —dice Julia cuando Almansa entra en el ascensor con Eduardo—. Espérame en la puerta un minuto. Ahora salgo yo.

Julia intenta ponerse de rodillas, pero cae al suelo. Agarra la cabeza de Hafner y la coloca sobre su vientre. Se inclina para cruzar los ojos con los suyos por última vez. El gris. Toca sus mandíbulas, sus labios, sus párpados, sus cejas. No es una caricia; es más la palpación del niño que toca por primera vez. La curiosidad. Una curiosidad que arde en el calor de la sangre.

Se asusta de sí misma cuando la invade algo parecido a la pena; aunque quizá sea nostalgia. Reacciona alejándose instintivamente, en defensa propia. Defendiéndose de sí misma. Un ruido seco. Ha dejado caer la cabeza de Hafner. Piensa en Ramón, en su madre, en los niños con el palillo entre los dientes refugiados en un granero cualquiera de Guernica. Vuelve a recorrer el rostro del alemán, esta vez solo con la punta del dedo índice, como intentando descifrar por qué ahí dentro hubo un pensamiento que se transformó en la decisión de hacer descender el avión para ametrallar a los que huían. La decisión de colaborar con el exterminio de una etnia. Querría seguir preguntando. Es entonces cuando regresa ese sentimiento tan incómodo. ¿Dolor? ¿Pena? Hubo algo a medio camino entre la ira y la empatía que la llevó continuamente a su encuentro. Le pone una mano en cada sien. Primero lo mira y luego cierra los ojos. En la cara inerte de Gustav Hafner, que ya asume que no olvidará, se van superponiendo otras caras: la de su abuelo, la de Lander, la de Igor, la de Iván, la de su padre. Van corriendo una tras otra como las páginas de un libro abierto tirado en la calle una mañana de ventolera. Hafner es un hombre pálido, azulado, pero Julia empieza a verlo amarillo, iluminado por la luz de la librería donde entró aquella noche. O quizá sea la luz que se colaba por el agujero de la Montaña Artificial del parque del Retiro. O el ocre de las páginas crujientes de los libros que coleccionaba Ramón.

—Julia, vamos, nos están esperando.

Se arrastra hasta la mesa que quiere utilizar para darse impulso y levantarse, pero Óscar la ayuda antes. Colgada de él, camina haciendo fuerza con el pie izquierdo. Ordena su bolso antes de colgárselo al hombro.

—¿Y esto? —le pregunta él. Es el uniforme de Hafner, que está tirado en el suelo.

—Es verdad, el uniforme, ha estado ahí tirado todo el tiempo.

Lo que la lleva a pensar si la Historia no es eso: algo que está ahí arrumbado, cerca, pero que conviene olvidar para poder avanzar. Duda si dejarlo ahí. Pero no, quiere llevárselo. Julia Mendieta lo coge todo. A Julia Uribe, el pasado le va pesando menos. Cada vez un poco menos con cada paso que da hacia la puerta. Pesa menos, sí, pero deja ese rastro de sangre reseca.

Suena el teléfono. Es un número francés, el número largo del hospital.

—Julia.

Y los ojos se le llenan de amaneceres, como en aquella canción que tanto le gustaba escuchar comiendo barquillos, asomando la cabeza por el agujero de la barandilla blanca, con una mano que le hacía tirabuzones en el pelo.

XXXII

Julia ya es capaz de recorrer Madrid y San Sebastián sabiendo dónde irrumpen exactamente los bramidos que despiertan a Maider. Julia es una arquitecta del ruido. Una revisora en los andenes de todos los silencios. Como si fuera una empleada del ayuntamiento, ubica milimétricamente los contenedores de vidrio, que provocan estruendos fatales a los que jamás había dado importancia. Como si fuera médico de urgencias, sabe por qué puerta de cada hospital corren las ambulancias con las sirenas encendidas. Como si fuera policía municipal, distingue las calles donde más fieramente saludan las bocinas.

Hay cosas que Julia no se explica. Por qué Maider puede dormir con una banda de música tocando a dos metros, pero se despierta si ladra un perro cerca. Cómo es posible que duerma dentro de un campo de fútbol, pero abra los ojos si, en su habitación, por la noche, se cuela un grito desde la calle.

Las calles. Eso, las calles. Julia se ha sacado un doble grado en arquitectura y geología. Maider, por motivos que tampoco comprende, concilia el sueño en el carro siempre que la superficie atravesada revista ciertas rugosidades. Maider, como su madre, no se entiende con los caminos lisos y previsibles. *«Maitia,* no le pidas a la niña lo que no has hecho tú en la vida. Porque tú tampoco dormías. Oye, no te imaginas lo que se disfruta del insomnio de una niña cuando es tu nieta, y no tu hija. Venid, que os doy un beso. Nos vemos por la noche».

Iván se ha quedado en Madrid trabajando. Llegará a San Sebastián mañana o pasado. Ya es el tercer verano en que se organizan así: primero viajan las dos, después él. Julia es de otra manera y Rivas también es de otra manera... solo con ella. Desde aquel día, como si se sintiera culpable de las persecuciones del Gobierno, ha limitado en buena medida sus exigencias. Julia coordina ahora la sección de «Reportajes» y pisa menos la calle. Esto de la calle es hoy sobre todo cosa de Maider y sus paseos. Julia está segura de que a Rivas le ponen enfermo los avances en la conciliación, pero el consenso social generado en torno a ellos le impide a su director mostrarse —y actuar— como le gustaría.

«¿No echas de menos cómo nos lo pasábamos antes?», le dijo Rivas hace unos meses cuando se quedaron solos al acabar una reunión de portada. Julia vio en él la cara de un niño que es feliz en la travesura. «No, no lo echo de menos, director. Estoy mejor así... de momento». Y Julia le guiñó un ojo. Ha habido sobresaltos, ha habido alguna que otra guerra con ciertos ministerios, pero nada comparable a lo que pasó. Rivas dirige *El Universal,* que sigue en el segundo escalón del podio, pero que ha ido creciendo paulatinamente. La supervivencia de Rivas es para Julia la prueba irrefutable de que, en la política y en el periodismo, existe la tabla rasa para los que ganan la batalla independientemente de los métodos empleados.

En San Sebastián, en verano o en invierno, en fin de semana o en vacaciones, Julia elige el paseo del río para dejar atrás el Kursaal y acabar en los columpios de la playa de Gros, justo encima del muro. Así, cuando Maider se despierta, está ya en el lugar donde puede entretenerse. Julia se culpabiliza como madre porque a ratos, muchos ratos, se le descontrola el cine de los recuerdos y se ausenta. Maider, que tiene el carácter de su madre según su padre,

se lo hacía saber primero con arrebatos físicos, con tirones de jersey, pero ya lo hace mediante una concretísima sintaxis: *«Ama,* te has ido».

¿Cómo no se va a ir? Son los mismos lugares, la misma cicatriz. Han pasado más de tres años, pero cuando Iván se quita la camiseta, cuando ya se han cerciorado de que Maider está profundamente dormida, Julia se queda mirando la cicatriz en el torso de Iván, sonríe y los ojos le revientan en mil cristales. Los viajes al pasado de Julia, de todos modos, ya no son como los de antes. «Qué suerte recordar así, ¿eh?», le suele decir a Iván. También se lo ha dicho tres o cuatro veces a Guillermo, frente a la tumba de su padre en Forua. Y dentro de aquel lugar de Guernica donde cayó la bomba.

«¿Recordar cómo, Julia?», le preguntó Iván la primera vez que se lo dijo, cuando estaba embarazada de Maider, en una sala de espera del hospital de La Paz, las manos sobre su tripa. «No sé. Recordar con el viento a favor. Son los mismos recuerdos, pero con otra música. Y esa música, que suena tan bien, ha llegado porque los últimos recuerdos son tan buenos como para reeducar a los viejos, que eran unos cabrones». «¿Se lo has contado a tu padre?». «Sí, creo que al *aita* le pasa un poco lo mismo». «Lo de veros ahí a los dos recitándole el poema a Maider antes de dormir da hasta mal rollo. Parecéis de una secta». «¿Y ahora te quejas? Tantos años dándome la brasa para que hablara con el *aita».* «Tranquilo, torooo».

A Julia le encanta cuando Iván le dice eso de «torooo». Esta mañana, se le ha vuelto a olvidar el plástico de la lluvia. *«Maitia,* tu hija no es un anfibio». Sabe de sobra cómo colocar el jersey por encima del carro para que no se filtre ni una gota. Es una maniobra de ingeniería con dos nudos a cada lado. Sabe que, antes de llegar a

los columpios, habrá parado de llover. Si su intuición le dijera lo contrario, correría hacia ese banco blanco de los jardines de Alderdi Eder, a la esquina sobre la que las ramas del árbol levantan una muralla infranqueable. Está siendo un agosto como los que más le gustan: algo de lluvia a media mañana, cierto sol por la tarde y un fresco creciente al anochecer.

Maider ha resignificado el mundo de Julia. Hasta los elementos más sagrados. Para Julia, las farolas enrejadas del puente de la Zurriola, esas que por la noche alumbran el mar con el amarillo de las postales, eran bolas de helado. La luz de ese puente, suele pensar, es muy parecida a la que arrojaba la librería de Ramón. El abuelo le decía que, cada mes, las farolas de helado tenían un sabor distinto, pero que nadie las podía probar por el riesgo de electrocutarse. Al abuelo le hacía mucha gracia cómo decía Julia «electrocutar». Desde el verano pasado, esas farolas con la peana verde son las luces que saludan a los extraterrestres. *«Ama,* como las del cuento del cole. ¿Iguales?». Ahí nació una de las microscópicas refundaciones que traen los niños. Julia pasa por ahí, como esta mañana, y cada vez se acuerda menos del abuelo y de las bolas de helado. Tiene que ir pensando en los nombres de los extraterrestres que anoche estuvieron cerca para contárselo a Maider cuando se despierte.

En el último semáforo antes de adentrarse en el barrio de Gros, Julia revisa el bolso del carro. Algo de comida por si Maider se pone peleona después en el restaurante. «Un día es un día, Julieta. Dale todas las croquetas que quiera, que tampoco pasa nada. Si vieras lo que te dábamos a ti cuando íbamos por ahí», le ha dicho su padre cuando la ha visto preocupada por el menú. Esa frase, hace años, habría levantado entre los dos una de esas galernas que se anuncian por los altavoces y vacían las playas. Ahora, esas discusiones, si

empiezan, se conjuran con inusitada rapidez. Antes de dormir, Julia las recuerda frase a frase y las va masticando poco a poco, con una sonrisa, igual que cuando Maider se esconde tras una esquina a comer, miga a miga, el trozo de queso que alguien le da a deshoras.

Está tardando demasiado en parar de llover. Julia bordea la playa hacia los columpios con el viento en contra. La capucha se le cae una y otra vez. El chubasquero se le infla por la espalda, como si algo le pesara y la echara hacia atrás. Se detiene. Mira al mar, muy lejos, y respira fuerte. *¡Sí! ¡Solo es viento!* No hay nubes negras detrás del monte Ulía. Julia sonríe. Otro lugar que Maider ha resignificado. Ahí subían Iván y Julia por la noche, en verano, cuando acababan de conocerse, los padres de Julia estaban en casa y una habitación de hotel era demasiado. «Murcia te gustará menos, Mendieta, pero allí tenemos para cena y habitación. Esta ciudad es de locos. Aquí, follar no es pecado, ¡es un milagro!», le decía Iván. Hoy, la cima de Ulía es el lugar desde el que los tres divisan las ballenas. «¡Maider, desde aquí se pueden ver muy bien las ballenas. ¡Fíjate en la espuma!».

Con un periódico que hay en el suelo, seca uno de los bancos frente a los columpios y se sienta a esperar. La lluvia va remitiendo. A Julia le gusta pensar que Maider es la hija de Poseidón. Suelen tener suerte. Cuando Maider se despierta, cuando abre los ojos y se los frota para devolverse al mundo, la lluvia casi siempre se apaga.

—Venga, venga, venga... —le susurra Julia al ver que comienza a mover los pies—. Con cuatro patadas más, ya te habrás cargado casi todas las nubes.

Acaricia la cara de su hija. Se pone en cuclillas y la besa en la frente. Al dar la espalda al mar, se topa con esa terraza: las mismas mesas de plástico donde se sentó con Igor a planear el viaje a Francia. El camarero, *¿será ese chico el mismo que el de aquel día?,*

seca las sillas con un trapo. Julia quiere que huela a tortilla. No ha vuelto desde entonces, pese a que este parque es el centro de sus paseos cuando regresa a San Sebastián.

—*Ama,* ¿es una ballena?... *Ama, ama.* —Maider le tira del chubasquero—. ¿Has visto una ballena?

—*Maitia,* qué bien has dormido... No, hija, las ballenas están dentro del mar. —La saca del carro y la coge en brazos.

—Miras muy allí. —Maider señala a la terraza.

—Estaba embobada, corazón. Oye, adivina con quién vamos a comer hoy. ¡Y vamos a comer croquetas!

—¿Con los *aitatxis?*

—No, no. Con unos amigos de la *ama* que viven en Madrid, y que también son amigos tuyos.

—*Ama,* quiero suprimir columpios. —Maider golpea cariñosamente a su madre en la zona de los hombros y mueve las piernas con fuerza para pedir suelo.

Videollamada de Iván, que querrá ver a Maider. Pero Julia no lo coge porque la niña lleva las mangas del jersey mojadas —algo de lluvia se ha colado— y no quiere que su padre lo vea, *que se pone muy pesado*. En realidad, le apetece estar un rato con el piloto automático: viendo a Maider, empujándola en el columpio, devorando el mar.

—Despacio, hija, ¡despacio!

Estos meses, hay gente que la para por la calle para preguntarle por Hafner. Le dieron, como vaticinó el alemán, un premio internacional de periodismo y eso provocó que una productora española, asociada con una productora alemana, confeccionara un documental sobre la investigación. No había vídeo, pero sí fotografías de él —las que ella le robó desde la distancia más las que

Hafner le regaló de los bombardeos—, sus trajes antiguos y el audio de sus conversaciones.

—Oye, *¡ama!* ¡Más fuerte!

El documental, que incluye entrevistas a los directores de los periódicos y hasta al ya expresidente del Gobierno, acaba de estrenarse y ha resucitado la atención por el caso. Julia sonríe. *Las cosas del periodismo... Le debo mi carrera al asesino que arrasó a todo un pueblo; a mi pueblo*. No ha pensado demasiado en Hafner, por lo menos conscientemente. Pero a veces, por las noches, en unos sueños que no sabe si definir como pesadillas, se le aparece vivo y le plantea dilemas incómodos. Pese a su final —el cuerpo tirado en el suelo con la sangre manando de la cabeza—, solo le asalta su imagen de cuando estaba vivo. Con el azul irisado de los ojos y las manos blancas salpicadas de distintos ríos del mismo azul. ¿O era verde? ¿Por qué a veces le parecía verde? Un niño se sube al columpio de al lado.

—Maider, saluda... Pregúntale cómo se llama. Dile también cómo te llamas tú.

—Así que la niña se llama como su madre —dice el hombre que se acerca al columpio para empujar al niño.

—No, no. —Sonríe mientras se gira a su derecha—. Ella se llama Maider. Yo me llamo... ¿Qué haces aquí? —No es una pregunta a bocajarro, como solía hacérselas. No es la expresión de una decepción ni de una sorpresa desagradable. Es simplemente asombro. Está ahí, como aquel día cuando casi trunca su reunión con Igor. Lleva las mismas gafas de sol, pero han proliferado las canas en su flequillo.

—¿Quién es, *ama?*

—¿Le has preguntado a este niño cómo se llama?

—¿Cómo te llamas, niño?

—Pablo.

—Maider, creo que Pablo no ha venido mucho a estos columpios. ¿Por qué no le enseñas el secreto del tobogán? Mirad a ver si sigue ahí abajo el nido de hormigas. —Julia ayuda a su hija a bajarse del columpio; Maider echa a correr.

—Venga, campeón, tú también. —Y Pablo sigue a Maider hasta un tobogán verde coronado por una caseta de madera.

—¿Nos sentamos, Mendieta?

—¿Cómo te siguen durando esas gafas?

Julia camina tras él con las manos en los bolsillos y la mirada puesta en Maider, que parece haberse colocado una hormiga en el brazo para enseñársela a Pablo.

—Qué simpática la niña. Supongo que ha salido al padre.

Se sientan en un banco frente a los columpios, que tienen detrás el mar. El cielo se ha ido aclarando. Ha extraviado poco a poco el gris y todo está envuelto en un blanco espolvoreado de ceniza. Julia piensa que el cielo es ahora como imaginó el purgatorio leyendo aquella novela. A su lado, Óscar. Enfrente, Maider. Y en medio, arriba y abajo, cierta sensación de irrealidad.

—¿Tu nieto?

—Sí. Mi nieto. El hijo de mi hija, que debe de tener más o menos tu edad. —Óscar saca un paquete de cigarros, se enciende uno y ofrece otro a Julia, que primero lo rechaza pero después lo acepta. No hay nadie más en el parque. Julia solo tiene que preocuparse de que su hija no la vea fumar. Cuando Maider se gira hacia ellos, esconde el pitillo bajo el banco.

—¿Ya ha aprendido tu nieto a seguir a la gente? —Con la otra mano, Julia le quita las gafas a Óscar. Se encuentra con dos ojos grandes, envueltos en una pequeña constelación de arrugas todavía

no muy marcadas—. Lo sabía. Siempre te imaginé con los ojos negros.

—En otro momento te habría cortado la mano. —Óscar sonríe y bromea, le lanza una mirada de seductor.

—Pero en este momento solo eres un abuelo que pasea a su nieto por Donosti. ¿Qué haces aquí? No habrás venido a verme.

—No, aunque tampoco es casualidad. A mi hija le gusta venir de vacaciones. Hay muchos parques en la ciudad, pero sé que te gusta este cuando vienes a ver a tus padres. —Hace amago de levantarse —. ¡Pablo, si te vuelves a tirar de cabeza, se acabó el tobogán!

—Y te has tomado la licencia de dar por hecho que me apetecía verte. Por no romper la tradición.

—El cigarro solo era una propuesta.

—Es broma. ¿Qué tal te va? ¿Estás jubilado de verdad?

—Después del fracaso de mi misión, me echaron los míos. Luego llegaron los vuestros y ya era imposible regresar a un cargo así. Y para seguir picando piedra... Prejubilado, y creo que de maravilla.

—Yo no soy de nadie. Y no, no me vengas con lo de las películas de periodismo. O sea que te he jubilado y estás encantado. Me debes un favor.

—Visto así... ¿Y tú? Te has convertido en una estrella. Hay que joderse con lo que has explotado la historieta del alemán. Estás en todas partes con lo del documental. —Óscar muestra su móvil a Julia, que ve deslizarse en la pantalla una especie de dosier con noticias referidas a Hafner y a ella.

—Eso no parece el móvil de un jubilado. —Lo coge y repasa los titulares deteniéndose en los de la prensa alemana. No los había visto.

—Te prometo que sí. Es solo la costumbre. ¿Sabes con quién me crucé hará un par de años?

—Dispara.

—Con los hijos del alemán. Iba yo con el carro de mi nieto por El Retiro, bordeando el parque por el extremo, no había manera de que se durmiera. Y me di con ellos de frente. Él, en la silla a motor, mirando a ninguna parte. Ella detrás de la silla. —Óscar, piensa Julia, es mucho más expresivo que antes. Derrama la mirada por el cielo para imitar a Eduardo y Amelia.

—Y los seguiste.

—Con muy poco provecho. En veinte minutos... ¡ni una frase! ¡Ni una! Es imposible pasear veinte minutos con tu peor enemigo y no decir nada.

—¿Cuántas veces me has seguido a mí?

—No demasiadas. Cinco o seis. Además, ya de otra manera. Las últimas, con mi hija y el nieto. Está bien San Sebastián, aunque me sale por un ojo de la cara.

—¿Y ellos saben? —Ahora es Julia la que se levanta—. ¡Maider, cuidado con el balancín, que Pablo es mucho más grande que tú! Mejor, jugad a otra cosa. ¡Enséñale las vistas desde la casita de arriba del tobogán!

—¿Qué va a saber de ti tu hija? ¿Lo va a saber todo?

—Tengo la suerte de no pensar en eso. Pienso mucho menos. Desde que nació, todo va muy rápido.

—Tu chico está bien.

—Sí, está muy bien. Te pesa lo que pasó, ¿eh? —Julia le pide otro cigarro—. Por eso me has... supervisado.

—Era como acabar el trabajo. Ahora es tu padre el que no para... Parece el mundo al revés.

—Cuando llegó la orden de detención desde España contra Lander, en Francia querían juzgarlo primero por lo que pasó en Hendaya.

Están en eso. Ahora, mi padre no solo odia a la justicia española, también odia la justicia francesa.

—Pero el caso no ha prescrito. Eso sí lo conseguiste. Todo vuelve a empezar. ¿Tú estás en eso?

—Ya sabes que no. Lo habrías notado.

—Entonces, ¿todo para qué?

—Es que tampoco me lo pregunto.

—No me lo creo, Mendieta.

—Ya no tengo ningún interés en mentirte.

—Pues te lo pregunto yo. Todo esto, ¿para qué?

—Yo ya hice lo que tenía que hacer. Con eso me basta. Es casi una sensación más física que mental. Tengo la tranquilidad de que hice lo que pude. Lo noté desde el día en que Iván abrió los ojos. Ahora hay otros veinte años de plazo. Ya tendré tiempo de arrepentirme, ¿no? Cuando Maider vaya a la universidad... —Ríe a carcajadas y mira a su hija, que está volviendo loco a Pablo con un juego de adivinanzas.

—Conocerlo te ablandó.

—Lo conocí, lo descubrí, todo el que quiera puede saber quién mató a mi abuelo. Y no sé cómo me han influido exactamente las cosas que han pasado, no sé qué cosas de las que viví en aquellos meses me han hecho guardar en alguna parte el fuego que sentía cuando pensaba que Lander estaba libre. Además, ya no está libre.

—Es una manera de verlo.

—En esto, todo son maneras de verlo. Y yo, hoy, quiero verlo de la forma que me conviene. Tengo una relación normal con mi padre, no machaco a mi madre, ahí está Iván, ha nacido Maider, gano más dinero... y me acuerdo de mi abuelo un rato todos los días, pero sonriendo, como si fuera una rutina, como si fuera el desayuno. ¿Qué hago contándote todo esto?

Julia apaga el cigarro con el pie, lo recoge y lo tira a una papelera. Óscar se levanta y hace lo mismo con sus colillas.

—No sé si creerte, Mendieta.

—¿Quieres una prueba irrefutable? ¡Si hasta tiro las colillas a la basura! No tengo nada que esconderte.

—No te creo.

—Igor, ¿te acuerdas? —Julia señala la terraza del bar donde Óscar los sorprendió antes de viajar a Francia—. Me ha escrito varias veces.

—¿Y qué quiere?

—No sé, no le contesto.

—¿Se lo has dicho a tu padre? Que te ha escrito.

—No. Ahí también está todo al revés. Ahora soy yo la que lo protege a él.

—¿Y si le escribe a tu padre?

—Él sabrá lo que hace... igual que supe yo.

—*¡Ama, ama!* ¡Que no te enteras! ¡Mira! Te llaman ahí.

Maider tira del chubasquero de su madre, que al decir la última frase se ha quedado mirando hacia su izquierda, hacia la calle Easo; un lugar que no se puede ver desde aquí, pero que ella es capaz de ver desde cualquier lugar del mundo. Óscar y Pablo le dicen adiós, pero no contesta. Escucha a Maider perfectamente, que va camino de los brazos de Almudena, Marcos y Clara, pero sus ojos, como dos cápsulas espaciales, viajan a la velocidad de la luz por el paseo de la playa, dejan atrás el Kursaal, se zambullen en el río y vuelven a salir, revolotean por encima del puente de los extraterrestres, corren por el bulevar, otean los sabores en la heladería de la esquina, saltan por encima del ayuntamiento, juegan al escondite inglés frente al Náutico, se enredan en la barandilla blanca, merodean el puesto de los barquillos y, al fin, se paran en la esquina de la calle Easo, en

esos centímetros de suelo que la acababan encerrando. Pero, cuando llegan allí, sus ojos, como si fueran de otra, escapan rápido. Vuelven a los barquillos, a la barandilla blanca, al escondite inglés, al helado de dos bolas si es domingo, a las piedras que van a parar al río, a los columpios.

—*¡Ama,* vuelve! Estamos aquí.

Y Julia, después de un repentino fundido a blanco, regresa de su viaje a la velocidad de la luz.

De su viaje a la luz.

Nota del autor

Cuando ya había empezado a escribir esta novela, se cruzaron por el camino dos personas que me empujaron a rehacer la trama. No quería hacerles caso, pero su historia, atravesada en mi libreta como un tren de mercancías, me obligó a detenerme. Y a empezar a escribir de nuevo. Otra vez.

Esther, de noventa y cuatro años, ya fallecida al entregar este libro, compartió conmigo sus recuerdos de aquel 26 de abril de 1937 en Guernica, cuando salió al campo a jugar con una amiga y comenzaron a caer las bombas. La rescataron unos milicianos, que le pusieron un palillo en la boca para que no le reventaran los tímpanos. La minuciosidad de su testimonio, que emitimos en la radio[1] , me voló la cabeza.

Poco después, a la busca de una entrevista para el periódico, di con la hija de uno de los pilotos nazis que arrojó las bombas sobre Guernica. Iba a ser un reportaje. Aquella mujer no quiso que hiciera público su testimonio con nombre y apellidos, pero sí aceptó —para que yo lo llevara a la ficción— contarme cómo era su padre, cómo actuaba, por qué pensaba de esa manera y qué hizo el paso del tiempo con él. Mi personaje, Gustav Hafner, no es su padre en concreto, pero solo pudo nacer y vivir en mi cabeza con verosimilitud gracias a aquella conversación.

Ella, además de sus recuerdos, me mostró fotografías de su padre y de sus compañeros. Fotografías de los lugares que arrasaban tomadas desde el cielo. Juntando unas notas con otras, las de ambas entrevistas, podía ver el rastro de la violencia desde las dos perspectivas: la del que la recibe y la del que la propaga.

A ellas dos les debo lo más importante que existe para un escritor: el barro en el que meter las manos para extraer personajes que parezcan de carne y hueso. Cuando no sabía cómo seguir, volvía a la libreta. A Esther y a esa otra mujer que me contaba sin conocerme de nada aquella historia que le cayó encima como un rayo el día de su nacimiento. Dos hijas del fuego de Guernica.

Esos fueron los dos bidones de gasolina más grandes: las pequeñas historias, los pequeños recuerdos. Para saber cómo pensaban los jóvenes nacionalsocialistas, también entrevisté a otros hijos, a otros nietos de los millones de alemanes que apoyaron aquella revolución totalitaria.

Tuve la suerte de haber conversado antes para el periódico y para la radio con varios soldados de la División Azul, que combatieron del lado de Hitler en la Segunda Guerra Mundial y que compartieron muchas horas de retaguardia con gente como Gustav Hafner.

Al otro lado del río, al otro lado de la novela, en lo que se refiere a ETA, supongo que fue mucho más fácil. Crecí en una de esas ciudades que hoy está inundada de placas con menciones a asesinatos, muchas de ellas referidas a abuelos de mis amigos. Una ciudad en la que estaban representadas todas las actitudes posibles frente al terrorismo y al lado del terrorismo: el grito del dolor acompasado con el grito del silencio. Porque la pervivencia de ETA durante tantos años solo fue posible gracias a ese incómodo silencio que aún hoy llena las habitaciones como un gas en expansión.

En aquella ciudad de la niñez, no había familia donde el terrorismo no se apareciera en alguna de sus formas: la de la víctima o la del victimario. Era un ambiente asfixiante, del que la infancia te protege y te convierte en un testigo extraño: al tanto, pero a salvo. Al escribir, que es una mezcla de imaginación y recuerdo, de repente todo resuena: ¿cómo era posible que hubiesen disparado en la cabeza a ese hombre a unos metros de la puerta por la que nosotros, los niños con raqueta y bañador, entrábamos a la piscina? ¿Cómo era posible que casi todos los niños de aquel pueblo nos dijeran a los que llegamos de la ciudad que los de ETA eran sus *gudaris*[2] *?*

El trabajo en el periódico, vinculado de vez en cuando al rastro que dejó ETA, me llevó a conocer a algunos terroristas, casi todos arrepentidos. También experimenté el silencio y la brusquedad de alguno que no lo estaba.

Una casa a cuyo buzón ha llegado en algún momento una carta con el dibujo de la serpiente jamás vuelve a ser igual. El silencio que guardaron en la mía sobre esas cartas, que yo descubrí muchos años después en un momento inesperado, cuando escribía la novela, me ayudó a dibujar el personaje de Julia. A vivir en su cabeza. A revivir lo que pensaba que jamás había vivido.

Notas

XXI

1. Mentira.

XXII

1. Sí, vamos a repasarlo otra vez.

XXIII

1. Una, dos y tres.

XXVIII

1. ¡Al ladrón, al ladrón!
1. *Centenarios*, capítulo 6: «Guernica, una infancia bombardeada». Episodio disponible en Onda Cero. Emitido en *Más de Uno* en julio de 2021.
2. Soldados.

Los días que no existieron
Daniel Ramírez

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Le Yack (Alexandre Pelletier)

© Daniel Ramírez García-Mina, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www espasa.com
www planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-670-8023-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta